

Tomás Wiecezorek

Juan Bautista Alberdi - Mariano Fragueiro:
un debate teórico-político en el momento constituyente de 1853

Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Directora: Dra. Gabriela Rodríguez Rial
Co-director: Dr. Gerardo Aboy Carlés

Buenos Aires
2019

Resumen

La presente investigación tiene por objetivo fundamental la restitución de una polémica teórico-política desarrollada en los albores de la organización constitucional argentina: aquella entablada entre Juan Bautista Alberdi, principal inspirador teórico del texto constitucional a partir de sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud, y del tratado litoral del 4 de enero de 1831, y Mariano Fragueiro, primer Ministro de Hacienda de la Confederación Argentina en la era posrosista, autor de *Cuestiones Argentinas* e impulsor del Estatuto para la organización de la hacienda y el crédito público aprobado, en carácter de legislador ordinario, por el mismo Congreso General Constituyente que sancionara la Constitución de 1853. Se trata, como habremos de abordar con mayor detenimiento, de la primera gran polémica de interpretación en torno al texto constitucional argentino de 1853.

Sus posiciones se encuentran ligadas por una serie de coincidencias: en primer lugar, ambos habían estado radicados en Chile a lo largo de la década previa a la sanción constitucional de 1853; en segundo lugar, los dos se cuentan entre las filas de los “hombres de Paraná”, conjunto de políticos, publicistas e intelectuales agrupados en torno a Urquiza y al proyecto político de la Confederación Argentina, a la que permanecerían leales luego de la secesión de la Provincia de Buenos Aires; finalmente, ambos tienden a concordar en aspectos fundamentales del derecho público, en lo que habremos de denominar “federalismo centralizante”. Sus propuestas, sin embargo, son sugestivamente divergentes en virtud de su diversa adscripción ideológica: mientras Alberdi llegará a ser tenido por padre putativo del liberalismo argentino, hacia 1850 Fragueiro se proclamará abiertamente socialista.

Nuestra pregunta de investigación apunta a esclarecer cuáles son los fundamentos intelectuales de las posiciones políticas asumidas por Alberdi y Fragueiro en esta coyuntura crítica: en especial, nos proponemos restituir el modo en que los lenguajes políticos efectivamente disponibles de cara a la organización constitucional de la Confederación Argentina establecen las coordenadas de los respectivos diagnósticos en torno a las causas del conflicto político vernáculo, así como sus pronósticos respecto a las posibilidades de su superación. Nuestro modo de abordar esta polémica estará ordenado por una hermenéutica del momento constitucional que se centra en el estudio de las condiciones históricas de posibilidad que subyacen a las posiciones de nuestros

protagonistas. Mediante una restitución del entramado de los lenguajes y tradiciones contextualmente disponibles -cuya reconstrucción remontamos a las postrimerías del ciclo revolucionario-, nos proponemos determinar las líneas de continuidad y de ruptura tradicional, así como las convergencias, distanciamientos, críticas e innovaciones respecto a sus fuentes intelectuales. De este modo, el trabajo hermenéutico sobre las historiografías política, conceptual e intelectual, así como la exégesis de fuentes primarias —tanto en el rol publicístico como en la escritura autobiográfica— son herramientas que, visibilizando la puesta en acción de lenguajes, conceptos y tradiciones políticas no siempre sistemáticamente compatibles, vehiculizan una lectura politológica dirigida a las cuestiones de la formación de un orden político, en la doble referencia a su pasado y a su proyección de futuro.

Los resultados de la investigación pueden agruparse en dos grandes conjuntos. El primero, ligado a la crítica de las narrativas históricas dominantes por medio de la aplicación del arsenal de la nueva historia intelectual, remite al modo en que la primacía histórica de la figura alberdiana contribuiría a desdibujar los rasgos de una circunstancia política más rica en matices. En especial, identificamos el papel desempeñado por la autointerpretación ideológica retrospectiva realizada por Alberdi desde mediados de la década de 1840, por algunas contraposiciones políticas eminentes de la época —entre Buenos Aires y la Confederación en lo político, entre el federalismo estadounidense y el vernáculo en lo doctrinario, y entre Sarmiento y Alberdi en lo individual —, y por la política editorial de los sucesivos gobiernos nacionales hasta entrado el siglo XX, que se proyectan en diversas narrativas “mitológicas” en torno a la historia del pensamiento político argentino aún vigentes. Asimismo, la investigación nos ha permitido señalar la incidencia del escenario político-intelectual chileno de la década previa a la sanción constitucional, donde ambos protagonistas despliegan un rol publicístico en el que van delineándose progresivamente sus posturas. El segundo conjunto de resultados es producto de la historización de los lenguajes a los que ambos fueron permeables: junto a la relativización de la influencia del ejemplo estadounidense, habremos de destacar la casi excluyente incidencia de la literatura francesa posterior a la década de 1820. La investigación nos permitió advertir también que el campo de la reflexión económica se interseca con la filosofía de la historia: en especial, habremos de advertir el modo en que la interpretación de los acontecimientos europeos de 1848, a la luz de la secular querella malthusiana, impacta decisivamente en la formación político-intelectual de esta polémica.

Abstract

The fundamental aim of this thesis is the restitution of a theoretical-political polemic that arose at the dawn of the Argentine constitutional organization: the one settled between Juan Bautista Alberdi, main theoretical inspirer of the constitutional text in its *Bases and starting points for the organization policy of the Argentine Republic*, derived from the law that presides over the development of civilization in South America, and from the coastal treaty of January 4, 1831, and Mariano Fraguero, first finance minister of the Argentine Confederation in the post-Rosas era, author of *Argentinian Issues* and promoter of the Statute for the organization of the treasury and approved public credit, as an ordinary legislator, by the same General Constituent Congress that later sanctioned the Constitution of 1853. As we will address more thoroughly, this is the first great controversy of interpretation around the Argentinian constitution of 1853.

Both positions share a series of coincidences: first, both had lived in Chile during the decade prior to the constitutional sanction of 1853; secondly, the two are counted among the ranks of the "men of Paraná", a group of politicians, publicists and intellectuals grouped around Urquiza and the political project of the Argentine Confederation, to which they would remain loyal after the secession of the Province of Buenos Aires; finally, both tend to agree on fundamental aspects of public law, on what we shall call "centralizing federalism". Their proposals, however, are suggestively different by virtue of their ideological ascription: while Alberdi will come to be regarded as the putative father of Argentine liberalism, by 1850 Fraguero will proclaim himself openly socialist.

Our research question aims to clarify the intellectual foundations of the political positions assumed by Alberdi and Fraguero at this critical juncture: in particular, we intend to restore the way in which the political languages actually available in view of the constitutional organization of the Confederation Argentina establish the coordinates of their respective diagnoses about the causes of the vernacular political conflict, as well as their predictions regarding the possibilities of their overcoming. Our approach to this controversy is guided by a hermeneutic of the constitutional moment that focuses on the study of the historical conditions of possibility that underlie the positions of our protagonists. Through a restitution of the framework of the contextually available languages and traditions -whose reconstruction goes back to the end of the revolutionary cycle-, we seek to determine the lines of continuity and traditional rupture, as well as the convergences, differences, criticisms and innovations with respect to their intellectual sources. In this way, the

hermeneutical work on political, conceptual and intellectual historiography, as well as the exegesis of primary sources -both their public and autobiographical writings- are tools that, making visible the putting into action of languages, concepts and political traditions that are not always systematically compatible, convey a political reading aimed at the questions of the formation of a political order, in the double reference to their past and their projection to the future.

The results of the investigation can be gathered into two large groups. The first, linked to the criticism of dominant historical narratives through the application of the critical arsenal of the new intellectual history, refers to the way in which the historical primacy of the figure of Alberdi would contribute to blurring the features of a political circumstance richer in nuances. In particular, we identify the role played by the retrospective ideological self-interpretation carried out by Alberdi since the mid-1840s, by some eminent political oppositions of the time –between Buenos Aires and the Confederacy on the political aspect, between American federalism and the vernacular in the doctrinaire one, and between Sarmiento and Alberdi individually - and the editorial policy of successive national governments until the twentieth century, present in various "mythological" narratives around the history of Argentine political thought still in force. Likewise, the research has allowed us to point out the impact of the Chilean political-intellectual scenario of the decade prior to the constitutional sanction, in which both protagonists took on a publicity role in which their positions are progressively delineated. The second set of results is the product of the historicization of the languages to which both were permeable: next to the relativization of the influence of the American example, we will highlight the almost exclusive incidence of French literature after the 1820s. Research allowed us to see how the field of economic reflection intersects with the philosophy of history: in particular, we will emphasize how the interpretation of the European events of 1848, in light of the secular Malthusian quarrel, has a decisive impact on the political-intellectual formation of this controversy.

Índice

Resumen	1
Índice	5
Agradecimientos.....	7
I. Introducción	8
Lecturas de la polémica Alberdi-Fragueiro.	10
Nuestra propuesta de interpretación	16
II. Perspectivas de análisis	22
II.1. La polémica en el discurso político.....	25
Conceptos y problemas políticos en la historia	25
Discurso político: Contextos y lenguajes.....	30
Momentos y tradiciones.	35
II.2. El problema de la historia: temporalidad y modernidad	38
Lógicas históricas: entre la historiografía y la mitología.	39
Secularización, filosofías de la historia, historia de la civilización.	40
II.3. Los prolegómenos conceptuales de la decisión constitucional de 1853	51
Constitución, revolución.	51
Soberanía, economía, política	66
III. La formación histórica de la polémica.....	89
Incurso: “la marcha de la república posible a la verdadera” y sus textos.	90
III. 1. Momentos constituyentes en el Río de la Plata (1810-1835).....	95
Economía política y crédito público, entre los rivadavianos y Rosas	121
III.2. Alberdi y Fragueiro, vidas paralelas.	131
El universo rivadaviano y el rosismo temprano	131
La emigración chilena: la república oligárquica y el presidencialismo autoritario..	140

III.3. Caseros y la Confederación Argentina como contexto.....	154
IV. El andamiaje institucional para la Confederación Argentina.	160
IV.1. El modelo estadounidense y la argentinidad de la constitución.....	161
La “argentinidad” del federalismo en el temprano constitucionalismo argentino ...	167
El “anacronismo argentino” y los federalismos rioplatenses.	175
IV.2. El federalismo centralizante.....	181
Las singularidades del texto: pluralidad de soberanías, primacía nacional, presidencialismo monárquico.....	186
Las fuentes de la Constitución de 1853 como problema: el Congreso General Constituyente, Alberdi y Fraguero.	199
IV.3. El pensamiento económico del momento constituyente.....	203
La institucionalidad económica de la Confederación.....	206
Las polémicas por el Estatuto.....	213
V. El sentido histórico de la constitución.....	224
V.1. Liberalismo y socialismo en la historia intelectual de 1853.....	225
El liberalismo argentino, concepto y tradición.....	225
El “socialismo” rioplatense como problema historiográfico.	232
V.2. La filosofía de la Historia del momento constituyente de 1853.....	236
El momento constituyente en la historia de las ideas.....	239
Visiones de la historia entre dos revoluciones francesas: 1830-1848.....	244
V.3. Diagnósticos y pronósticos entre el liberalismo y el socialismo.....	264
Alberdi y Fraguero ante el rosismo tardío.	265
La civilización económica y el impacto de 1848.	273
Excursus sobre la Constitución de California.....	285
VI. Conclusiones.....	287
VII. Bibliografía.....	292

Agradecimientos

El autor no pretende innovar al advertir que toda obra científica es producto de una labor colectiva. En razón de ello, quisiera comenzar agradeciendo a quienes, a lo largo del desarrollo de esta investigación, colaboraron de diversas maneras. A la Dra. Gabriela Rodríguez Rial, mi directora, por su permanente estímulo y siempre renovada confianza. Al Dr. Gerardo Aboy Carlés, mi codirector, por su ayuda y consejo. Al Dr. Luciano Nosetto, quien me iniciara en la vida académica y que, sin dejar de ser para mí un maestro, al día de hoy me honra también con su amistad y generoso respaldo. A las y los integrantes del Proyecto de Reconocimiento Institucional “Problemas metodológicos de la teoría política” (FSoc-UBA) y del UBACyT “República y republicanismismo en la cultura política argentina”, por el apoyo irrestricto, las inspiradoras discusiones, y la siempre estimulante amistad. Huelga indicar que, si gran parte de los aciertos de esta investigación les resultan atribuibles, el autor es estrictamente responsable de todas sus faltas. Agradezco, asimismo, al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y al Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), instituciones que hicieron posible esta investigación.

Quisiera agradecer también a mi familia su amor y acompañamiento. A Marisa, mi madre, ejemplo de lucha. A Conrado, mi padre, quien me inició en el estudio de lo político y hoy me acompaña en el recuerdo. A mi abuelo Pocho, cuyas enseñanzas de vida atesoraré siempre. A mi abuela Irma, por su corazón infinito. A mi tía Irma y mis tíos Vica y Juan, por su presencia permanente aún en la distancia. A mis hermanas Valeria y Luciana y a mi hermano Andrés, por estar siempre.

A Sabrina, amorosamente, por todo.

I. Introducción

El siglo XIX se encuentra significativamente dividido, en lo político, por la década que va de 1852 a 1862. En 1852, las tropas rosistas fueron derrotadas por el Ejército Grande aliado de Sud-América capitaneado por Urquiza. Se abría entonces un proceso político que, por primera vez, daría con un texto constitucional eficaz: la célebre Constitución de 1853. La Provincia de Buenos Aires, sin embargo, no respondería a la convocatoria del Congreso General Constituyente de la Confederación Argentina, para lanzarse a una política secesionista que se consagraría con la sanción de la constitución del Estado de Buenos Aires: desde entonces tendría lugar lo que Oscar Oszlak denominara el “duopolio” de la representación exterior¹, sentándose las bases de un enfrentamiento que se prolongaría hasta fines de 1861, y que encontraría en el abierto conflicto militar la expresión esporádica de una permanente guerra económica².

Antes de la caída de Rosas, se vislumbran cincuenta años signados por la disolución de la unidad colonial en soberanías provinciales, que alcanza su cenit a mediados de 1820. Luego de esta década de conflicto, se desenvolvería el canónicamente denominado “proceso de organización nacional”, definido por la formación del aparato estatal nacional consolidado hacia la década de 1880. Por entonces, y acompasada por la juridificación general de la sociedad, la “Constitución de 1853” -alternativamente considerada como realidad, promesa o deber- se convertiría en uno de los significantes privilegiados de la disputa política argentina.

La primacía de algunas contraposiciones eminentes -entre Buenos Aires y la Confederación en lo político, entre Sarmiento y Alberdi en lo individual, y entre el federalismo estadounidense y el vernáculo en lo doctrinario-, contribuiría a desdibujar los rasgos de una circunstancia política más rica en matices. En efecto, el conjunto de políticos, publicistas e intelectuales agrupados en

¹ Oszlak, Oscar. “Formación histórica del estado argentino: La conquista del orden”. *I Seminario Latino-Americano de Políticas Públicas*. FUNDAP/CLACSO, Sao Paulo, noviembre de 1979. Disponible en: <http://www.oscaroszlak.org.ar/images/articulos-espanol/La%20conquista%20del%20orden.pdf>

² Álvarez, Juan. “La guerra económica entre la Confederación Argentina y Buenos Aires”. En Levene, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina*, Vol. VIII. Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1946; Scobie, James. *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina, 1852-1862*. Buenos Aires, Hachette, 1964; Garavaglia, Juan Carlos. *La disputa por la construcción nacional argentina. Buenos Aires, la Confederación y las provincias (1850-1865)*. Buenos Aires, Prometeo, 2015.

torno a Urquiza, conocidos como los “hombres de Paraná”³, quienes integraron el cuadro de las polémicas constitucionales desarrolladas en el seno de la Confederación Argentina, resulta menos homogéneo que la imagen historiográfica y teórico-política actualmente imperante, retrospectivamente dominada por la figura de Juan Bautista Alberdi.

A partir del proyecto de texto constitucional incorporado a la segunda edición de sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud, y del tratado litoral del 4 de enero de 1831⁴, el publicista tucumano, y uno de los principales integrantes del colectivo romántico que fundaría la historiografía nacional, es reconocido como el principal inspirador doctrinario del texto constitucional. Alberdi también incursionó en la economía política con su *Sistema Económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*⁵, que leído en conjunto con las *Bases...* constituye una de las piedras angulares de la tradición liberal argentina. Sin embargo, la incursión de Alberdi en materias económico-financieras no se extendió a la práctica política: el tucumano declinó el Ministerio de Hacienda que le fuera ofrecido por Urquiza, para embarcarse en la tarea diplomática como Plenipotenciario de la Confederación Argentina ante las cortes de Francia, el Reino Unido, España y la Santa Sede.

Menos consideración retrospectiva ha recibido quien efectivamente fuera entonces primer Ministro de Hacienda de la Confederación: el cordobés Mariano Fraguero, ex director del Banco

³ La fórmula “hombres del Paraná” aparece en la autobiografía de Lucio V. Mansilla, “diputado alquilón” –según la fórmula despreciativa porteña a los miembros bonaerenses– por Santiago del Estero en el Congreso de Paraná, y es recuperada por Roca en su “Carta-prólogo”. Mansilla, Lucio V. *Retratos y recuerdos*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1894, especialmente pp. 229-236. Ver también: Gálvez, Víctor (seudónimo de Quesada, Vicente G.). *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*. Buenos Aires, Solar, 1942, pp. 191-227.

⁴ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud, y del tratado litoral del 4 de enero de 1831. Segunda edición, corregida, aumentada de muchos párrafos y de un proyecto de constitución concebido según las bases propuestas*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1852. En lo sucesivo actualizaremos la grafía.

⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Sistema Económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, 1854. En lo sucesivo recurriremos a la siguiente edición: Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Buenos Aires, Administración General Vaccaro, 1921.

Nacional de la era rivadaviana, autor de *Organización del crédito*⁶ y *Cuestiones argentinas*⁷, y miembro del Gobierno Delegado de la Confederación Argentina conformado por Urquiza luego de la victoria de Caseros. Su ministerio se extendió, hasta septiembre de 1854, a lo largo del febril primer año de existencia constitucional de la Confederación Argentina: bajo su impulso, la aprobación del *Estatuto para la organización de la hacienda y el crédito público*, por el mismo Congreso General Constituyente que sancionara la Constitución en carácter de legislador ordinario sería la plasmación legal de un ordenamiento económico-institucional delineado por Fragueiro unos años antes en las obras mencionadas.

Una de nuestras hipótesis de partida es, precisamente, que el *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853* publicado en el año 1854 constituye, antes que la enunciación de una doctrina acabada, una réplica por momentos feroz al proyecto fragueriano. La polémica entre Alberdi y Fragueiro es, así, el primer conflicto de interpretación de un texto constitucional que, en su sentido jurídico eminente⁸, perdura hasta nuestros días.

Lecturas de la polémica Alberdi-Fragueiro.

Impulsado por la combinación entre una fuerte transformación científica e institucional de la cultura jurídica argentina, y una cierta rehabilitación de la figura de Alberdi por parte de Bartolomé Mitre, entre fines del siglo XIX y principios del XX se produce un nuevo destaque de la originalidad o “argentinidad” de la Constitución⁹: la figura de Alberdi pasaría a ocupar desde

⁶ Fragueiro, Mariano. *Organización del Crédito*. Santiago, Imprenta de Julio Belín, 1850. En lo sucesivo recurriremos a la siguiente edición: Fragueiro, Mariano. “Organización del Crédito”. En Fragueiro, Mariano. *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos aires, Solar/Hachette, 1976, pp. 177-320.

⁷ Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas*. Copiapó, Imprenta del Copiapino, 1852. En lo sucesivo recurriremos a la siguiente edición: Fragueiro, Mariano. “Cuestiones argentinas”. En Fragueiro, Mariano, *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, pp. 111-176.

⁸ Heller, Hermann. *Teoría del Estado*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2014.

⁹ Palti, Elías José. *El pensamiento de Alberdi*. Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, 1989, pp. 5-6; Polotto, María Rosario. “La argentinidad de la Constitución. Nuevos enfoques para el estudio de nuestra carta magna a principios del siglo XX (1901-1930)”. *Revista Historia del Derecho*, N° 37, ene.-jun. de 2009. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/rhd/n37/n37a04.pdf>. Sobre la vida intelectual de la época: Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000; y Altamirano, Carlos. “Entre el naturalismo y la psicología. El comienzo de la ciencia social en Argentina”. En Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (eds.). *Intelectuales y Expertos*. Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 31- 65.

entonces un lugar central en las lecturas de la historia constitucional argentina elaboradas por las nacientes -en un plural propio de la época- “ciencias políticas” argentinas. La figura de Fraguero, en cambio, mereció mucha menor consideración por parte de un campo académico dominado por los estudios jurídicos. En buena medida, las retrospectivas fragueroanas han tendido a surgir de un contraste más o menos polémico con el plan constitucional de Alberdi.

En el año 1902 Paul Groussac¹⁰, figura de una indudable centralidad en la vida cultural intersecular e introductor de la crítica historiográfica, aunque excéntrico al sistema de referencias del naciente campo de la academia universitaria, se preguntaba

¿[c]on qué elementos propios, o bajo qué influencias extrañas, fueron elaborados los cinco o seis estatutos que, desde el provisional de 1811 hasta el «definitivo» de 1853, han regido teóricamente los destinos de estas provincias? ¿Han sido (siquiera en parte) productos legítimos de la *socialidad*, frutos precoces del árbol transplantado, o bien meras importaciones apenas deformadas, tan arbitrarias y ficticias como las vestiduras europeas, que sucesivamente adoptamos y reemplazamos por espíritu de imitación? La doble pregunta no tiene sólo interés histórico, lo tiene también político: mejor dicho, plantea en su breve enunciado todo el problema nacional, puesto que la historia representa la política de ayer, así como la política de hoy no es otra cosa que la historia de mañana.¹¹

En vistas de esta doble pregunta, el entonces director de la Biblioteca Nacional desplegaba una puesta en cuestión de la “entronización” de la figura de Alberdi y sus *Bases...*, a cuyo predominio atribuye una fuerte limitación en la perspectiva histórica de los estudios jurídicos. Groussac proponía interpretar a las *Bases...* de Alberdi como una obra de urgencia, redactada –según había reconocido su mismo autor- recurriendo a publicaciones pasadas en vistas de una coyuntura novedosa. En una digresión en torno a las obras redactadas de cara al momento constituyente de 1853, Groussac es el primero entre los historiadores de las ideas en trazar el paralelo entre las *Cuestiones Argentinas* de Mariano Fraguero y las *Bases* de Alberdi: incluso más, en una nota al

¹⁰ Eujanian, Alejandro. “Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares”. *Estudios Sociales*, Vol. 9, N°1, pp. 37-55; Eujanian, Alejandro. “Lecturas sobre Paul Groussac”. *Prismas*, Vol. 10, N° 2, diciembre de 2006, pp. 223-227; Bruno, Paula. “Paul Groussac. Un articulador cultural en el pasaje del siglo XIX al XX argentino”. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*. Vol. 8, N° 15, 2006, pp. 176-186.

¹¹ Groussac, Paul. “Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional argentino”. En Groussac, Paul, *Estudios de historia argentina*. Buenos Aires, J. Menéndez, 1918, p. 261.

pie el director de la Biblioteca Nacional advertía el “mayor caudal de información y doctrina” en la obra de Fraguero¹².

En el segundo tomo de la *Historia de la Literatura Argentina* de Ricardo Rojas, dedicado a la generación romántica, “los proscriptos” del gobierno rosista, el autor dedicó un apartado a la figura de Fraguero en su abordaje del momento constituyente. En el capítulo XVIII (“Publicistas de la organización nacional”), y luego de destacar las luces del cordobés como economista –“rama científica que”, según este ensayista, “casi no contaba con precedentes en la cultura de estos países”-, Rojas subrayó también el paralelo entre las *Cuestiones Argentinas* de Fraguero y las *Bases* de Alberdi en vistas de la coyuntura constituyente de 1852. Refiriéndose al primero, advirtió que

[e]n aquel librito de 72 páginas, injustamente olvidado hoy por nuestros compatriotas, Fraguero traza, con claridad y laconismo, todo el cuadro de nuestros viejos y nuevos problemas, o sea el programa institucional de la Constituyente y de las primeras legislaturas, incluyendo en él, como cuestiones vitales, cuanto se refiere al problema económico argentino. (...) Todas estas cinco cuestiones y los tópicos menos que en ellas se incluyen, concretados a nuestro país y a aquel momento, constituyen un libro gemelo de *Las bases*, por su oportunidad y su pensamiento, no sospechado bajo el título un tanto vago de *Cuestiones argentinas*, causa, probablemente del favor menos asiduo que la posteridad le ha concedido a la obra de Fraguero, a pesar de que él fue, en persona, uno de los constituyentes que contribuyeron a realizar, como legisladores y hombres de acción, su programa de publicista.¹³

En “Una nación para el desierto argentino”, Halperín Donghi atribuyó a la corriente “denominada revisionista” el “descubrimiento” del rol de la Generación de 1837 en la formación de un “proyecto nacional”. Abundando en esta tesitura, Halperín afirmaba que

[a]unque sus trabajos están a menudo afectados, tanto como por el deseo de llegar rápidamente a conclusiones preestablecidas, como por una notable ignorancia del tema, fueron quienes adoptaron el punto de vista revisionista los primeros que llamaron la atención sobre el hecho, sin embargo obvio, de que esa definición de un proyecto para una Argentina futura se daba en un contexto ideológico marcado para la crisis del

¹² *Ibid.*

¹³ Rojas, Ricardo. “Los proscriptos”, Volumen II, Tercera parte de la *Historia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1948, pp. 543-551, la cita corresponde a las pp. 546-548.

liberalismo que sigue a 1848, y en uno internacional caracterizado por una expansión del centro capitalista hacia la periferia, que los definidores de ese proyecto se proponían a la vez acelerar y utilizar.¹⁴

Si Alberdi y Fraguero habrían de compartir una común valoración positiva de las posibilidades abiertas por dos décadas de orden rosista, según Halperín el “autoritarismo progresista” de Juan Bautista Alberdi se mostró, respecto a aquella transformación capitalista a escala planetaria, más adecuado que el proyecto “sansimoniano” de “una nueva sociedad ordenada conforme a la razón”¹⁵ propiciado por Fraguero. En definitiva, “Alberdi había tenido razón: los cambios vividos en la Argentina son, más que el resultado de las sabias decisiones de sus gobernantes posrosistas, el del avance ciego y avasallador que se apresta a dominar todo el planeta.”¹⁶ Según evalúa Halperín, “es comprensible que [Fraguero] se nos presente en un aislamiento que sus no escasos admiradores retrospectivos hallan espléndido, y que sus contemporáneos preferirían atribuir a su total irrelevancia.”¹⁷ Una línea interpretativa afin adoptó más recientemente Alberto Lettieri¹⁸ al señalar las coincidencias entre Alberdi y Fraguero respecto a “su valoración positiva del orden impuesto por Rosas sobre el Río de la Plata”. En contrapartida, este autor subraya que

Fraguero prescribía la necesidad de conservar ese legado ampliando la concentración del poder político hacia un amplio conjunto de funciones, para lo cual asignaba al Estado el monopolio del crédito público. (...) La obra de Fraguero demostraba una coherencia interna que pocos trabajos de la época alcanzaban a exhibir. Sin embargo, después de Caseros, estaría destinada al fracaso, en tanto se contraponía decididamente con un espíritu liberal, fuertemente embebido en la doctrina de la escuela racionalista del derecho natural, que aconsejaba reducir el intervencionismo del Estado a lo indispensable, respetando la libertad humana para que cada uno pudiese forjar su propio destino.

El juicio menos severo de los contemporáneos permite relativizar estas caracterizaciones retrospectivas. Es importante advertir, en primer lugar, que fue el mismo Congreso General

¹⁴ Halperín Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto argentino”. En Halperín Donghi, Tulio (comp.), *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Buenos Aires, Espasa Calpe-Ariel, 1995, pp.7-107, aquí p. 9.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 27-28. No deja de ser sugestiva esta atribución de racionalidad al proyecto fragueriano, contrastante con su febril caracterización de la expansión capitalista planetaria.

¹⁶ *Ibid.*, p.101.

¹⁷ *Ibid.*, p.27.

¹⁸ Lettieri, Alberto. “De la República de la Opinión a la República de las instituciones”. En Bonaudo, Marta (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Tomo IV de la Colección Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana, 2007 [1999], pp.97-160, especialmente pp.103-107.

Constituyente como legislador ordinario el que aprobó el *Estatuto para la organización de la Hacienda y el Crédito Público*, piedra angular del programa económico fragueiriano; como sostiene Lanteri su prestigio como especialista en cuestiones financieras había impulsado a Urquiza a convocar al cordobés a integrar el Gobierno Nacional Delegado.

Tampoco el fracaso de su política económica sería óbice de cara a los prolegómenos de la sucesión de Urquiza: Como James Scobie resume, incluso fuera del círculo de Paraná “Fragueiro habría de surgir como un candidato a presidente muy aceptable para los influyentes políticos porteños y sus amigos diseminados en las provincias del interior”¹⁹; Sarmiento y Vélez Sarsfield, por caso, apoyarían la candidatura presidencial del cordobés como segundo presidente de la Confederación Argentina, ponderándolo como posible prenda de unidad nacional²⁰. Fragueiro replicaría que su candidatura solo podría prosperar con el apoyo de Urquiza, quien se inclina por Santiago Derqui como sucesor. Incluso habiendo declinado públicamente su candidatura, Fragueiro obtuvo la mitad de los votos del Colegio Electoral. Halperín, sin embargo, es preciso al advertir que fue la denominada escuela revisionista –o, siguiendo la caracterización de Devoto, militante²¹– la que más páginas le ha dedicado a la controversia entre Alberdi y Fragueiro en los albores de la organización constitucional de la Argentina.

Mariano Fragueiro y la constitución de 1853 de Benito Díaz²², publicado en el año 1973, es un estudio seminal respecto a la propuesta de organización económica de la naciente Confederación Argentina elaborada por su primer Ministro de Hacienda, en el que la polémica, así como las coincidencias –por caso, respecto al motor esencialmente económico del levantamiento urquicista– con Alberdi aparecen de modo colateral. La nota distintiva de este trabajo es su énfasis, antes que en la filiación teórica o ideológica, en el seguimiento –a través de una atenta restitución de los diversos actos administrativos involucrados– de un proyecto integral en que una serie de políticas públicas rentísticas, financieras, aduaneras, portuarias, navales, territoriales y poblacionales se engarzan en una totalidad sistemática hasta entonces inexplorada.

¹⁹ Scobie, James R. La lucha por la consolidación...op.cit, p. 226.

²⁰ García, Carlos. F. *La candidatura presidencial de Don Mariano Fragueiro en Buenos Aires*. La Plata, 1943; Martínez Paz, Enrique. “Don Mariano Fragueiro. Noticia biográfica y crítica”. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año 17, N° 3-4, Segunda Parte, Mayo-Junio de 1930, pp. 10-12, 52-53.

²¹ Devoto, Fernando y Pagano, Nora (eds.). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires, Biblos, 2004. Halperín Donghi también dedicó un estudio a la primera generación revisionista: Halperín Donghi, Tulio. *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

²² Díaz, Benito. *Mariano Fragueiro y la constitución de 1853*. Buenos Aires, Editorial El Coloquio, 1973.

El contrapunto entre las perspectivas de Fragueiro y Alberdi ha merecido también un tratamiento explícito, aunque asimismo lateral, en *El verdadero Alberdi. Génesis del liberalismo económico argentino* de Juan Pablo Oliver. En oposición a la idea de que “las Bases fueron para su época exponente de las doctrinas económicas sociológicas más avanzadas o «progresistas»” iniciada por Ingenieros y sostenidas por sus “panegiristas de izquierda”, el autor afirma que la obra alberdiana “traduce una completa orfandad doctrinaria”, ya que más allá de ciertas menciones a Rossi, Tocqueville y Story, a los que en su *Sistema...* se suman Say y Chevalier –para este autor, simples divulgadores de la escuela clásica de la economía política-, “omitió fundarse en autoridad alguna.” En oposición, Oliver destaca que Fragueiro es “el principal exponente en el Plata” del “vasto movimiento antiliberal de las escuelas socialistas” que habían surgido en respuesta a la economía clásica. De este modo, el autor identifica en el *Sistema* alberdiano una “contestación encubierta a las doctrinas de Fragueiro”²³.

En 1994 Enrique Díaz Araujo publicó su *Mariano Fragueiro* como segundo tomo de la colección “Hombres olvidados de la Organización Nacional”²⁴, en el que destacaría las inconsistencias y la superficialidad del pensamiento económico de Alberdi, para ponderar la organicidad de la alternativa de Fragueiro a través de un meditado análisis de las fuentes de su pensamiento, que no se exime de discutir algunas de las hipótesis de Alfredo Terzaga²⁵.

Más recientemente, Rubén Bourlot²⁶ ha insistido también en la contraposición entre el carácter socialista de Fragueiro y el liberal de Alberdi, dedicándole más importancia al plan económico delineado por el primero. En tal sentido, ha afirmado que el *Estatuto para la Administración de la Hacienda y el Crédito Público* aprobado por el mismo Congreso General

²³ Oliver, Juan Pablo. *El verdadero Alberdi. Génesis del liberalismo económico argentino*. Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1977, pp. 282-293, aquí pp. 282-283.

²⁴ Díaz Araujo, Enrique. *Hombres Olvidados de la Organización Nacional II: Mariano Fragueiro*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional de Cuyo, 1994. En el año 1965 el autor publicó una monografía –a la que lamentablemente no hemos podido acceder- basada en una explícita contraposición entre las propuestas de Alberdi y Fragueiro: Díaz Araujo, Enrique. *Dos Planes para la Organización Nacional*. Mendoza, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales-Universidad de Mendoza, 1965.

²⁵ Terzaga, Alfredo. “Mariano Fragueiro, un socialista en tiempos de la Confederación”. *Todo es historia*, N° 63, Buenos Aires, julio de 1972, pp. 9-29. Aumentado como Terzaga, Alfredo. *Mariano Fragueiro. Pensamiento y vida política*. Córdoba, Ediciones del Corredor Austral, 2000.

²⁶ Bourlot, Rubén. *Mariano Fragueiro y la constitución económica de 1853*. Dirección Editorial de Entre Ríos-Ministerio de Gobierno, Justicia y Educación-Provincia de Entre Ríos, 2012.

Constituyente en carácter de legislador ordinario es una verdadera “constitución económica”, desechada fácticamente pero jamás derogada legalmente.

Matizando la intensidad de tal contraposición, Alberto Dalla Via²⁷ ha relativizado la idea de que el contrapunto constituyera una polémica signada por el total desencuentro doctrinario, ya que “[n]i Alberdi ni Fraguero representaban posiciones extremas, sino que reunían sistemas de ambas posiciones, aunque debe reconocerse un rasgo más liberal en Alberdi y más proteccionista en Fraguero.”

Antes que en los aspectos intelectuales o ideológicos del debate que hasta entonces – y con la excepción del estudio de Díaz- habían predominado, Matías Pascualotto²⁸ se ha abocado recientemente a un análisis comparativo de los diseños institucionales derivados de sus respectivos lineamientos programáticos.

Nuestra propuesta de interpretación

En una medida no despreciable, la historiografía político-intelectual latinoamericana se ha orientado largamente a comprender las singularidades históricas del pensamiento político de su ámbito en función de tres grandes orientaciones metodológicas: en primer lugar, a partir del cotejo de la “desviación”, “refracción” o “distorsión” respecto a aquellas tradiciones o corrientes europeas y norteamericanas a las que se atribuía su filiación; en segundo lugar, a partir de su estructuración en torno a una serie de modelos teleológicos dicotómicos, predicados una y otra vez como autoevidentes (tradicionalismo-modernismo, conservadorismo-liberalismo, organicismo-individualismo, unanimismo-pluralismo); en tercer lugar, a partir de la oposición entre “prácticas” y “discursos” que ha estado a la base de muchos estudios históricos de cultura política. El “problema de las palabras” se aparecía, entonces, como una realidad (desviada y) exclusiva de esta periferia (también) política. Los presupuestos de esta actividad han entrado en una generalizada

²⁷ Dalla Via, Alberto. “Los aportes de Mariano Fraguero, Pedro de Ángelis y Juan Bautista Alberdi a la Constitución de 1853. Comunicación del académico Alberto Dalla Vía en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 10 de junio de 2009”. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*. T. XXXVI, la cita corresponde a p. 9. Disponible en: <https://www.ancmyp.org.ar/user/FILES/08-Dallay%C3%ADa.pdf>

²⁸ Pascualotto, Matías Edgardo. “Constitución Económica. Crítica de Juan Bautista Alberdi al Estatuto para la Administración de la Hacienda y el Crédito Público del Ministro Mariano Fraguero”. *Revista de Historia Americana y Argentina*, Vol. 48, Nº 2, 2013, pp. 197-220.

puesta en cuestión en los últimos años: tales comparaciones se apoyan, en efecto, en una profunda simplificación del pluriverso discursivo noratlántico, en el que las cuestiones de la libertad, la democracia y la república -por nombrar sólo algunos conceptos políticos fundamentales- carecerían de dinanismos, antinomias, contradicciones y aporías, y como si el discurso no fuera él mismo una práctica, y como si una práctica pudiera restituirse en su plenitud “originaria” y “real” de modo inmediato, no discursivo. Contra el encorsetamiento propio de una historia intelectual dominada largamente dominada por la tendencia, en los últimos años se ha desarrollado una nueva sensibilidad teórica que pretende desprenderse de la historia de “modelos”, para aproximarse más bien a una historización de los “problemas” asociados de los léxicos y las prácticas políticas²⁹. Si el entrecruzamiento de la reflexión teórico-política con la historiográfica es incapaz de revelar lo “esencial” y “permanente”,³⁰ puede en cambio contribuir a avanzar ciertos criterios para una comprensión circunstanciada de una polémica históricamente delimitada.

La relevancia indudable que los debates constitucionales revisten para la teoría política, y el vasto campo que se abre para su análisis, exige delimitar nuestras intenciones. Los capítulos sucesivos se proponen una lectura eminentemente teórico-política de la polémica entre Alberdi y Fraguero, el primer conflicto constitucional en torno al texto de 1853, inscribiéndola en el más amplio contexto significativo del momento constituyente. La relevancia particular de nuestro objeto surge, en primer lugar, porque en este período se conforma, de derecho, la Confederación Argentina, bajo un pacto constitucional que sería retrospectivamente capital para la historia constitucional argentina³¹. En tanto existe un consenso extendido en considerar a la constitución

²⁹ Palti, Elías José. “De la historia de «ideas» a la historia de los «lenguajes políticos». Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”. *Anales*, Instituto Iberoamericano-Universidad de Göteborg, N° 7-8, 2004-2005, pp. 63-81, especialmente 75 y ss.; Palti, Elías José. “Introducción: Ideas, teleologismo y revisionismo en la historia político-intelectual latinoamericana”, en *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 21-56; Palti, Elías José (org.). *Mito y realidad de la ‘cultura política latinoamericana’*. *Debates de Iberoideas*. Buenos Aires, Prometeo, 2010.

³⁰ “[E]xigir a la historia del pensamiento una solución a nuestros propios problemas inmediatos es cometer no simplemente una falacia metodológica, sino algo así como un error moral. Pero aprender del pasado -y de lo contrario no podemos aprender en absoluto- la distinción entre lo que es necesario y lo que es el mero producto de nuestros dispositivos contingentes es aprender la clave de la autoconciencia misma.” Skinner, Quentin. “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En Skinner, Quentin. *Lenguaje, política e historia*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, pp. 69-164, aquí p. 164.

³¹ El ordenamiento constitucional sancionado en 1853 parece perdurar hasta nuestros días. Desde entonces, todos los gobiernos que sucedieron a su sanción invocaron su continuidad: reconocida como fundacional, la constitución de 1853 llegó a ser el texto y la promesa jurídico-política fundamental de la República Argentina. Esto es cierto tanto para los revolucionarios “cívicos” y luego radicales -que hacían de ella su promesa y programa-, como para sus

de 1853 como una promesa política y un diseño institucional signados por su carácter individualista en lo jurídico, liberal-neutral en lo socio-económico, y autoritario en lo político -tales serían, en resumidas cuentas, los rasgos centrales de la “república posible” delineada por Alberdi-, esta polémica constituye, en segundo lugar, un prisma privilegiado para la comprensión de un momento histórico más rico en matices y complejidades teóricas y políticas.

Nuestra pregunta de investigación apunta a esclarecer cuáles son los fundamentos intelectuales de las posiciones políticas asumidas por Alberdi y Fraguero en esta coyuntura crítica: en especial, nos proponemos restituir el modo en que los lenguajes políticos efectivamente disponibles de cara a la organización constitucional de la Confederación Argentina establecen las coordenadas de los respectivos diagnósticos en torno a las causas del conflicto político vernáculo, así como sus pronósticos respecto a las posibilidades de su superación.

Nuestro modo de abordaje de la polémica estará ordenado por una hermenéutica del momento constitucional centrada en el estudio de las condiciones históricas de posibilidad que subyacen a las posiciones de nuestros protagonistas. Mediante una restitución del entramado de los lenguajes y tradiciones contextualmente disponibles nos proponemos determinar las líneas de continuidad y de ruptura tradicional, así como de las convergencias, distanciamientos, críticas e innovaciones respecto a sus fuentes intelectuales. El tenor interpretativo propuesto inscribe históricamente esta polémica en un “pluriverso histórico” delimitado, por lo que el análisis propuesto en lo sucesivo se despliega a dos tiempos y niveles: en el cruce entre los acontecimientos y los lenguajes que los hacen posibles como objetos históricos, la polémica -que en términos *cuasi* sincrónicos puede delimitarse en el lapso que va entre 1852 y 1854- será restituida a partir de una perspectiva diacrónica que se propone remontar sus condiciones históricas de posibilidad (en especial, pero no únicamente, entre las décadas de 1820 y 1840). De este modo, el trabajo hermenéutico sobre las historiografías política, conceptual e intelectual, así como la exégesis de fuentes primarias —tanto en el rol publicístico como en la escritura autobiográfica— son

más acerados críticos desde el plano intelectual. Las dictaduras militares que, a lo largo del siglo XX, una y otra vez definieron su propia provisionalidad anunciando la restauración del legítimo imperio constitucional. Incluso las dictaduras con pretensiones de reforma social, las autodenominadas *Revolución Argentina* (1966-1973) y *Proceso de Reorganización Nacional* (1976-1983), que elevaron sus Estatutos a rango supraconstitucional y llegaron a dictar reformas constitucionales “en ejercicio del poder constituyente” —como en 1972—, habrían de invocar su continuidad. La transición a la democracia, desde 1983, puso la vigencia del orden constitucional y del Estado de Derecho como condición de la vida democrática: en tal sentido se inscribió la reforma constitucional de 1994.

herramientas que, visibilizando la puesta en acción de lenguajes, conceptos y tradiciones políticas no siempre sistemáticamente compatibles, vehiculizan una lectura politológica dirigida a las cuestiones de la formación de un orden político, en la doble referencia a su pasado y a su proyección de futuro.

La exposición que sigue se divide en cuatro capítulos y una conclusión.

El primero, de orden metodológico, se ocupa de sentar el andamiaje teórico y los presupuestos históricos de largo aliento de esta querella. Apelando especialmente a las historias intelectual, conceptual y política, y a la sociología de conceptos de Carl Schmitt, abremos de estabilizar nuestro modo de comprensión de lo político-polémico, señalar las precauciones de método que adoptaremos respecto a los usos del tiempo y sus implicancias teóricas -en especial, histórico-filosóficas-, y fijar los prolegómenos conceptuales en relación al constitucionalismo moderno y al mudable enlace histórico entre economía y política.

El segundo capítulo se propone delinear la formación histórica de la controversia entre Fraguero y Alberdi. Nos ocuparemos en primer lugar de delinear los principales rasgos de los momentos constituyentes rioplatenses previos al de 1853 (con énfasis en el de 1824-26), enfatizando la multiplicidad de semánticas que revelan las historias de los conceptos de constitución, soberanía y representación, como ordenadores de la pluralidad de lenguajes posrevolucionarios. El segundo apartado se aboca a reconstruir los aspectos más salientes de los escenarios intelectuales de Argentina y Chile en las dos décadas previas a 1853: advertiremos la especial relevancia del gran ciclo de las reformas rivadavianas —en sus instituciones educativas Alberdi se formaría intelectualmente y construiría sólidos lazos generacionales, mientras Fraguero participaría de sus iniciativas de reforma económica—, como de la menos explorada incidencia del espacio cultural trasandino de la década de 1840 —una república autoritaria dominada largamente por los conservadores, de cuya oposición liberal emergería una nueva identidad popular, democrática y socialista-. Finalmente, y a contrapelo de las lecturas homogeneizantes del período 1853-1862, nos proponemos señalar las implicancias del horizonte asociado al proyecto político de la Confederación Argentina, en que se inscribe la polémica entre nuestros protagonistas, y que nos permitirá relativizar el absoluto predominio ulterior de la figura alberdiana.

El tercer capítulo se detiene a analizar el andamiaje institucional propuesto por Alberdi y Fraguero para la Confederación Argentina. A este respecto, habremos de señalar en un primer movimiento algunos de los principales hitos de la historia de la querella en torno a la adecuación

del sistema federal argentino al patrón estadounidense. Luego, nos abocaremos a un análisis del diseño trazado para el régimen político, que por sus características inmanentes y tendencia histórica llamaremos “federalismo centralizante”; notaremos en su oportunidad que este es un punto de acuerdo entre Fraguero y Alberdi. Finalmente, habremos de entrar en el campo de la clara controversia entre nuestros protagonistas, al tratar el problema del pensamiento económico del momento constituyente; repararemos, en especial, el modo en que la cuestión de la organización del sistema de hacienda y finanzas de la Confederación sería ocasión para un intenso contrapunto, que habrá de incardinarse en la polaridad liberalismo/socialismo, entre nuestros protagonistas.

El cuarto capítulo se centra en la cuestión del sentido histórico de la constitución en relación a la contraposición entre liberalismo y socialismo. Para ello, en un primer momento habremos de de restituir la indubitable centralidad del “liberalismo” como concepto ordenador de la comprensión del momento constituyente de 1853; como contrapartida, abordaremos al “socialismo” como índice problemático de la historia intelectual rioplatense, seminalmente asociado a las generaciones románticas y sus oscilaciones ideológicas. El segundo apartado se centra en las transformaciones en los discursos histórico-filosóficos que tienen lugar en el panorama intelectual francés entre las postrimerías de la Restauración y mediados del siglo XIX, para señalar la tendencia futurocéntrica y las expectativas de democratización que atraviesan -con valoraciones disímiles- a todo el arco ideológico. El tercer apartado se aboca a desentrañar el modo en que la adscripción de Alberdi y Fraguero a un régimen político nacionalmente centralizado y presidencialmente concentrado es producto de la común consideración del poder estatal como instrumento de reforma social; por otra parte, veremos el modo en que la convergencia en esta técnica política tiene como contraparte una divergencia fundamental en torno a su misión histórica: si para el primero resulta un instrumento adecuado para consumir, por medios inmigratorios, una suplantación que ponga eventualmente a la ciudadanía a la altura de la república democrática, el segundo considerará indispensable democratizar el capital para permitir al pueblo una verdadera ciudadanía.

Los resultados de la investigación pueden agruparse en dos grandes conjuntos. El primero, ligado a la crítica de las narrativas históricas dominantes por medio de la aplicación del arsenal crítico de la nueva historia intelectual, remite al modo en que la primacía histórica de la figura alberdiana contribuiría a desdibujar los rasgos de una circunstancia política más rica en matices: en especial, habremos de identificar el papel desempeñado por la autointerpretación ideológica

retrospectiva realizada por Alberdi hacia mediados de la década de 1840, por algunas contraposiciones políticas eminentes de la época —entre Buenos Aires y la Confederación en lo político, entre el federalismo estadounidense y el vernáculo en lo doctrinario, y entre Sarmiento y Alberdi en lo individual—, y por la política editorial de los sucesivos gobiernos nacionales hasta entrado el siglo XX, y su proyección en diversas narrativas “mitológicas” en torno a la historia del pensamiento político argentino aún vigentes; asimismo, la investigación nos ha permitido señalar la incidencia del escenario político-intelectual chileno de la década previa a la sanción constitucional, donde ambos protagonistas despliegan un rol publicístico en el que van delineándose progresivamente sus posturas.

El segundo conjunto de resultados es producto de la historización de los lenguajes a los que ambos fueron permeables: junto a la relativización de la influencia del ejemplo estadounidense, habremos de destacar la casi excluyente incidencia de la literatura francesa posterior a la década de 1820. La investigación nos permitió advertir el modo en que el campo de la reflexión económica se interseca con la filosofía de la historia: en especial, habremos de advertir el modo en que la interpretación de los acontecimientos europeos de 1848, a la luz de la secular querella malthusiana, impacta decisivamente en la formación político-intelectual de esta polémica.

Antes de concluir esta introducción quisiéramos hacer dos salvedades. La primera, que las mismas fuentes nos han obligado a un relativo desbalance en el tratamiento de nuestros actores: a este respecto es dable señalar simplemente que el *corpus* bibliográfico alberdiano, tanto en relación a fuentes primarias como secundarias, es infinitamente más vasto. La segunda, que al emprender esta tarea no ignoramos los trances que acechan a quien se posa en “tierra de nadie”: sabemos que a la vocación teórico-política que nos anima podrá oponérsele el juicio de resultar excesivamente *historicista*; tampoco ignoramos que la declinación histórica que anima este recorrido puede adolecer, a los ojos de la historiografía, de severas desviaciones *teoricistas*. La certeza de la provisoriedad de tales demarcaciones nos impulsa a asumir los riesgos señalados, en la confianza de que la “tierra de nadie” es, también, “tierra de todos”.

II. Perspectivas de análisis

*Dentro del método hay que ocuparse de la relación que existe entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, del problema de la actitud cognoscitiva y los modos de trabajo y del modo de formación de los conceptos.*³²

Como señalara Giorgio Agamben, “[q]uien está familiarizado con la práctica de la investigación en ciencias humanas sabe que, contra la opinión común, la reflexión sobre el método muchas veces no precede, sino que viene luego de la práctica.”³³ En efecto, buena parte de las reflexiones metodológicas que presentamos aquí son el producto de un trabajo crítico sobre la propia práctica de investigación: en lenguaje kantiano, lo que sigue es un intento retrospectivo de dar cuenta de sus condiciones de posibilidad y validez.

Una parte central del legado actual de la filosofía contemporánea supone la disolución de toda “ilusión de inmediatez” en el acceso a lo real³⁴. Partimos del reconocimiento de que todo ejercicio teórico, incluida una historización de lo político, (es) parte del presente³⁵. La falta de una

³² Heller, Hermann. “Método de la teoría del Estado”, en *Teoría del Estado*, op. cit., p. 55.

³³ Agamben, Giorgio. *Signatura rerum. Sobre el método*. Barcelona, Anagrama, 2008.

³⁴ La expresión corresponde a Ernesto Laclau, para quien tanto la filosofía analítica como la fenomenología y el estructuralismo habían pretendido, en sus orígenes, dar cuenta de un acceso sin mediaciones a lo real. Sin embargo, y a partir de sus diversas derivas, todas ellas sufrieron la eventual desintegración de estas “ilusiones de inmediatez” -del referente, el fenómeno, y el signo, respectivamente-. Esto le ocurrió a la primera después de las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein, a la segunda después de la analítica existencial de Heidegger, y a la tercera después de la crítica posestructuralista del signo, siendo en todos los casos la necesaria incorporación de ciertas formas de mediación discursiva un común denominador. Por otra parte, algunos años después Laclau adiciona a esta serie la crisis sufrida por la teoría marxista, operada por las derivas de la teoría de la hegemonía de Antonio Gramsci. Ver: Laclau, Ernesto. “Primera conferencia (22 de octubre de 1997)”. En Villalobos-Ruminott, Sergio (ed.) *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2002; ver también Butler, Judith, Laclau, Ernesto, Žižek, Slavoj. *Contingencia, Hegemonía y Universalidad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 80.

³⁵ En palabras de Duso, “[l]a postura crítica del historiador conceptual, en cuanto a que es imposible no partir del presente, no sólo consiste en tener conciencia tanto del horizonte del pensamiento que caracteriza la fuente como de la historicidad determinada del concepto moderno, sino al mismo tiempo en interrogar los conceptos con los cuales se piensa la política en nuestro presente, es decir, de aquellos significados que de modo ineludible habitan en las palabras que usamos. Tal interrogación es filosófica y también es necesaria para el trabajo del historiador

exterioridad no significa, sin embargo, un demérito metodológico: por el contrario, es a la luz propia de la perspectiva presente -que sólo puede proyectarse sobre aspectos parciales del total de significaciones pasadas-, que un artefacto cultural se torna a la vez teóricamente significativo y políticamente relevante. La afortunada contrapartida de este desafío -es decir, de la necesaria implicación presente con un objeto de investigación de carácter discursivo- es condición de posibilidad de una permanente expansión del cuadro de su comprensión, e incluso de su misma definición. En línea con estas consideraciones, la reflexión metahistoriográfica contemporánea también ha hecho propia la idea de que la toma de conciencia de las temporalidades que habitan a lo político, las más de las veces como presupuestos inexaminados, no consiste en una mera captación objetiva de un “tiempo muerto” que vendrían a proveer la exterioridad y la distancia³⁶.

La idea de cierta vigencia del texto constitucional de 1853 supone una correlativa relativización del significado de sus reformas posteriores: en cuanto se trata de reformas y no de destrucciones, transformaciones o reemplazos, presuponemos la persistencia de un hilo significativo de continuidad histórica. Una investigación que toma como objeto el momento constituyente de 1852-54 encierra el peligro de llevarse por la tentación de encontrar allí, en el luminoso mediodía del origen, la clave de nuestra historia institucional. Este estudio sobre el momento constitucional de 1853 no pretende ser, sin embargo, una imposible remisión a la esencia del origen. Proponemos rehuir de la exaltación de la “originalidad” que brota del concepto romántico-subjetivista del “genio”, así como de las funciones sintéticas del autor y de la obra; finalmente, tampoco pretendemos alcanzar determinaciones teóricas por remisión a un determinado fundamento de lo social: la “civilización”, el “espíritu” de la nación o del “pueblo”, la “estructura social”, o el “modo

de los conceptos.” Duso, Giuseppe. “Conceptos políticos y realidad en la época moderna”. *Historia y Gráfica*, Año 22, N° 44, enero-junio de 2015, pp. 17-46, aquí p.32.

³⁶ Como señala Fernández Sebastián, “la captación del cambio conceptual no es -como pudiera pensarse ingenuamente- una mera constatación empírica ‘objetiva’ de las transformaciones sufridas por los conceptos en algún momento del pasado, sino que depende en alto grado tanto de la reconstrucción de las redes semánticas imperantes en aquel momento distante como de los instrumentos utilizados más tarde para aprehender dichas transformaciones (instrumentos que tampoco escapan a la historia, puesto que han sido forjados en contextos, lugares y circunstancias cognitivas dadas). *El cambio, en suma, no es un simple dato que viene dado por “lo que sucede en el mundo” -o por lo que en cierto momento sucedió-, sino que más bien es moldeado de acuerdo con nuestras perspectivas, interpretaciones y representaciones cambiantes de aquellos sucesos, ocurrencias y discursos (incluyendo las concepciones subyacentes de la temporalidad que enmarcan dichas perspectivas).*” Fernández Sebastián, Javier. “*Ex innovati traditio/Ex traditio innovatio*. Continuidad y ruptura en la historia intelectual”. En Oncina Coves, Faustino (ed.) *Tradición e innovación en la historia intelectual: métodos historiográficos*. Madrid, Biblioteca Nueva-Siglo XXI, 2013, pp. 51-74, aquí p.57.

de producción” son para nosotros, antes que las claves de un acceso inmediato a lo real, problemas histórico-conceptuales.

Este trabajo se mueve por tanto en dos planos. Por un lado, proponemos un análisis de sucesivos estratos tradicionales de significado que se depositan sobre la constitución de 1853 considerada como un artefacto cultural: en especial, los presupuestos teóricos de una pluralidad de imputaciones retrospectivas -y por ello política e históricamente significativas- proveerán uno de nuestros motivos de investigación. Por otro, nos proponemos un estudio de las condiciones históricas de la polémica entre Alberdi y Fraguero, abordando a aquéllas en términos de lenguajes políticos disponibles; nuestra comprensión histórica -ejercicio presente y reflexivo y, por lo tanto, un discurso de “segundo orden”-, no puede sino extenderse especialmente sobre los presupuestos inexaminados de los discursos político-intelectuales, tanto en relación a sus conceptos fundamentales como a los lenguajes políticos movilizados o puestos en acto.

Este capítulo se propone fijar los lineamientos teórico-metodológicos a partir de los cuales se despliega el trabajo ulterior. En el primer apartado, recurrimos a los aportes de la “sociología de los conceptos” schmittiana, enlazándola con la complementariedad metodológica entre la historia conceptual koselleckiana y la historiografía político-intelectual de Pocock y Skinner³⁷. El segundo apartado se centra en la genealogía específicamente moderna de los conceptos de “Constitución” -a partir del arco trazado entre las revoluciones atlánticas de fines del siglo XVIII y su ulterior configuración hacia 1848- y de “Economía política” -tanto a partir de su enlace con la teoría de la soberanía y el nacimiento de la razón de estado, como su contrapartida: el desafío que importaron para el republicanismo cívico el ejército permanente y el crédito público, las “instituciones del Leviatán”. El tercer apartado recupera los aportes de la nueva historia intelectual sobre el área rioplatense para intentar delinear los principales aspectos de los momentos constituyentes previos (y muy especialmente los de 1816-1819 y de 1824-26), enfatizando en la multiplicidad de semánticas que revelan las historias de los conceptos de soberanía, democracia, representación,

³⁷ En el ámbito de la teoría política, Melvin Richter y Kari Palonen han sido los más fecundos cultores de este diálogo. Ver: Richter, Melvin. *The History of Political and Social Concepts: a Critical Introduction*. New York, Oxford University Press, 1995; Lehmann, Hartmut y Richter, Melvin. *The Meaning of Historical Terms And Concepts New Studies On Begriffsgeschichte*. Washington, German Historical Institute, 1996; Palonen, Kari (ed.). *Politics and Conceptual Histories: Rhetorical and Temporal Perspectives*. Baden-Baden, Nomos-Bloomsbury, 2014. En la teoría política argentina, ver: Pinto, Julio y Rodríguez, Gabriela. *Entre la iracundia retórica y el acuerdo: El difícil escenario político*. Buenos Aires, Eudeba, 2015.

como conceptos ordenadores de una pluralidad de lenguajes posrevolucionarios. Finalmente, el excursus del capítulo es un breve comentario sobre el republicanismo agrario del círculo de Dorrego, que nos resultará indiciario para caracterizar la posterior apropiación alberdiana del *exemplum* estadounidense.

II.1. La polémica en el discurso político.

Conceptos y problemas políticos en la historia

En lo que es un verdadero signo de nuestra época, el carácter controversial de lo político - esto es, el carácter controversial de sus conceptos y lenguajes- se aparece como evidente. El problema no se circunscribe a la oposición entre un uso corriente o vulgar y un uso científico. En efecto, si la tarea científica normalizada suele tener como precondition la asunción axiomática de definiciones claras, tal abordaje sobre los conceptos políticos no podría consistir en otra cosa que denunciar los aciertos y desaciertos, propiedad o impropiedad, de usos particulares y específicos. Tal abordaje, y el nominalismo radical de Hobbes es la expresión más cabal de este paradigma, debe renunciar, por necesidad, a captar la cualificación específicamente política a esos usos: su constante apropiación y resemantización por las partes involucradas o interesadas en todo conflicto o dilema político.

Carl Schmitt, referente fundamental de la forma polemológica en el siglo XX³⁸, afirmó que “[t]odos los conceptos de la esfera del espíritu, incluido el concepto mismo de espíritu, son en sí

³⁸ El concepto schmittiano de lo político como grado de intensidad de una asociación y disociación entre colectivos humanos presupone, en su extremo, la aniquilación física; su filosofía jurídico-política decisionista supone a la vez el carácter representativo y personal de tal decisión. El monopolio de la decisión política (esto es, la determinación de los amigos y enemigos públicos) es el atributo esencial de la teoría de la soberanía clásica que dio lugar, históricamente, a una identificación entre lo político y lo estatal. En una obra de madurez Schmitt habría de autodefinirse como un Epimeteo del *Jus Publicum Europaeum*, precisamente por diagnosticar de modo palmario el fin de la época de la estatalidad clásica. El desafío de una era en que la identificación de lo estatal y lo político ha llegado a su fin es el punto de partida de este esfuerzo de determinación conceptual de lo político. Para Schmitt, la identificación entre estatalidad y politicidad tuvo lugar, no sin dificultades, sólo durante el período que va desde el fin de las guerras civiles religiosas de Europa continental hasta la politización interior y las modernas tendencias hacia el Estado total: dicha identificación fue ella misma de carácter político, y surgió por lo tanto de situaciones polémicas concretas. Muy sucintamente, podemos afirmar que la mentada crisis de la modernidad

mismos pluralistas, y se entienden únicamente a partir de la existencia política concreta.”³⁹ En lo que es a la vez una tesis ontológica y una precaución de método para la labor científica, este jurista sostuvo que

todos los conceptos, ideas y palabras [políticas] poseen un sentido polémico; se formulan con vistas a un antagonismo concreto, están vinculados a una situación concreta cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos (...), y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación. Palabras como estado, república, sociedad, clase, o también soberanía, estado de derecho, absolutismo, dictadura, plan, estado neutral estado total, etc., resultan incomprensibles si no se sabe a quién en concreto se trata en cada caso de afectar, de combatir, de negar y refutar con tales términos.⁴⁰

Esta tesis habría de impactar de lleno en la formación de la perspectiva historiográfica de Reinhart Koselleck, para quien la historia conceptual⁴¹ se plantea una “exigencia metódica mínima: (...) hay

estatal se consuma para Schmitt en diversos frentes: en la politización interna de la unidad estatal, que daría lugar al pasaje del Estado neutral al total (Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 2009); en la disolución del *Jus Publicum Europaeum* como ordenamiento global sobre la base de equilibrios entre tierra y mar, entre tierras estatales y no estatales, y entre potencias territoriales europeas (Schmitt, Carl. *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum*. Buenos Aires, Editorial Struhart y Cía, 2005); en la aparición de nuevos frentes para y postestatales armados, encarnado primordialmente por la lucha partisana o guerrillera (Schmitt, Carl. *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid, Trotta, 2013), y legales, en virtud de las pretensiones de la nueva izquierda de realizar una revolución mundial por la vía de la legalidad positiva (Schmitt, Carl. *La revolución legal mundial*. Buenos Aires, Hydra, 2012). La orientación schmittiana en relación al *fundamento* de la decisión política fue criticada de manera insuperada por Leo Strauss (“Comentario sobre El concepto de lo político, de Carl Schmitt”. En Meier, Heinrich (comp.) *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*. Buenos Aires, Katz, 2008, pp.133-168) y Karl Löwith (“El decisionismo ocasional de Carl Schmitt”. En Löwith, Karl, *Heidegger, pensador de un tiempo indigente*. Buenos Aires, FCE, 2006, pp.43-89) quienes advirtieron que el relativismo schmittiano a este respecto participa del mismo horizonte nihilista que pretende criticar. Para el pensamiento político posfundacionalista, en cambio, la cuestión del fundamento sólo puede aparecer como problema: el descubrimiento de su carácter contingente tensa su indecidibilidad entre la necesidad y la imposibilidad (Marchart, Oliver. *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009). Elías Palti advierte que esta ontología posfundacional no es una realidad empírica suprahistórica, sino que su configuración comienza a tener lugar con la ruptura epistémica del siglo XVII (Palti, Elías José. *Una arqueología de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018).

³⁹ Schmitt, Carl. “La era de las neutralizaciones y despolitizaciones”, en Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid, Alianza, 2009, pp. 107-122, aquí p. 112.

⁴⁰ Schmitt, Carl. “El concepto de lo político”, en Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid, Alianza, 2009, pp. 49-106, aquí pp. 60-61.

⁴¹ La tradición continental de la historia conceptual puede remontarse, al menos nominalmente, al siglo XVIII. A través de diversas disputas en el campo de la academia alemana, esta disposición intelectual se abrió el camino hacia una pregunta por la metodología historiográfica en sentido propio, buscando esclarecer en sentido más amplio sus condiciones de posibilidad en la senda previa de un modo politicista de tematizar la historia de la filosofía a través de sus conceptos. En este tránsito, la historia conceptual perdió a la vez dos de sus orientaciones

que investigar los conflictos políticos y sociales del pasado en el medio de la limitación conceptual de su época y en la autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado.”⁴²

Abordados como objeto científico con relativa autonomía, y a diferencia de la mera palabra, los conceptos políticos y sociales fundamentales son plurívocos: según Koselleck, reúnen en sí “la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable” a través de ellos⁴³. En lo que permite un fructífero diálogo con la historia social -que también reivindicamos-, el concepto importa, pues, una forma (lingüística) de condensación de un conjunto de experiencias pasadas y posibles⁴⁴.

filosóficas originales: la kantiana historia de los problemas de la filosofía -criticada por la ahistoricidad dogmática que la eterna identidad de tales problemas supone-, y la historización teleológica de la autoconciencia del Espíritu en clave hegeliana -sustentable sólo sobre la identificación plena del ser con el *logos*, con su consecuente obliteración de todo límite y “resto” de la razón-. Para una sumaria reposición de los antecedentes histórico-filosóficos en el marco europeo continental, ver Villacañas, José Luis, Oncina, Faustino. “Introducción”, en Koselleck, Reinhart, Gadamer, Hans-Georg. *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1997, pp. 10-20. Richter, Melvin. *The history of political and social concepts*, op. cit.

⁴² Koselleck, Reinhart. “Historia conceptual e historia social”. En Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, pp. 105-126, aquí p. 111.

⁴³ *Ibid.*, p. 117.

⁴⁴ El concepto organiza y hace pervivir la experiencia, que supone siempre un “fondo” más allá de sí misma; ese “fondo” adquiere, a través de ciertas categorías trascendentales, la forma del lenguaje, de modo que la teoría conceptual de Koselleck supone una antropología trascendental. Para este autor la existencia de una relación diferenciada entre los conceptos [lingüísticos] y la historia [extralingüística] no puede refutarse seriamente: “toda vida humana está constituida por experiencias, bien sea estas nuevas y sorprendentes o, por el contrario, de naturaleza repetitiva. Se necesitan conceptos para poder tener o acumular experiencias e incorporarlas vitalmente. Son necesarios para fijar las experiencias, que se diluyen, para saber qué sucedió y para conservar el pasado tanto en nuestro lenguaje como en nuestro comportamiento. (...) En lenguaje kantiano: no hay experiencias sin conceptos y no hay conceptos sin experiencias. Este adagio también se puede considerar como un enunciado antropológico. (...) Todas las teorías actualmente de moda que reducen la realidad exclusivamente al lenguaje olvidan que el lenguaje tiene y conserva dos facetas: por un lado registra -receptivamente- lo que es exterior a él, manifiesta lo que se le impone sin que esto último sea lingüístico, es decir, el mundo tal y como se presenta prelingüístico y no lingüísticamente. Por el otro lado, el lenguaje hace suyos -activamente- todos los estados de cosas y hechos extralingüísticos.” (Koselleck, Reinhart. “Historia de los conceptos y conceptos de historia”. En Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012, p.29.) En su extremo, “el sin sentido lingüístico se puede descubrir lingüísticamente. Pero el sin sentido que, con ayuda del lenguaje, dimana de motivos y coacciones que escapan al lenguaje, sólo se puede encauzar en el marco de una consideración racional mediante un proceso adicional de traducción” (*Ibid.*, p.29). La inspiración de la epistemología weberiana en su método de “racionalización” histórica se hace explícita al consignar sobre su *Crítica y Crisis* que “[e]ste marco teórico ofrece un contexto más amplio, construido ideal-típicamente, dentro del cual pueden ser colocados los acontecimientos detallados y los nuevos hallazgos.” (Koselleck, Reinhart. “Preface to the English Edition”. En Koselleck, Reinhart. *Critique and Crisis. Enlightenment and the pathogenesis of Modern Society*. Cambridge, MIT Press, 1988, p. 3, traducción nuestra.) En *Historia y hermenéutica* (Barcelona, Paidós, 1997), Koselleck identifica como trascendentales del conocimiento histórico al

Koselleck propone las categorías meta-históricas, mutuamente irreductibles e internamente entrecruzadas, de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa” como principales vectores de abordaje de la infinidad de trayectos temporales posibles que resultan concebibles a través de los conceptos. Mientras que la primera supone una pluralidad de experiencias pasadas hechas presente por acontecimientos conceptualmente incorporados, la segunda refiere a la anticipación de una “experiencia futura”.⁴⁵ La referencia temporal dual de los conceptos políticos fundamentales modernos permite comprenderlos tanto como índices, en la medida en que se proponen describir (siempre polémicamente) un estado de cosas dado, así como factores, en cuanto también representan -de un modo cada vez más intenso- un sentido posible de la acción⁴⁶. En palabras de Koselleck, “la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro”, “también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, *dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político*”⁴⁷.

Según la formulación de este historiador, la pluralidad de significaciones de los conceptos políticos fundamentales sólo resulta comprensible en el contexto lingüístico -y extralingüístico, siempre lingüísticamente restituido- en que se inscriben sus usos: la captación de un concepto, por tanto, no puede escindirse una reconstrucción contextual a nivel semasiológico como onomasiológico. Como advierte el mismo Koselleck

conjunto de las determinaciones formales universales que constituyen condiciones de posibilidad existencialmente determinadas de toda historia. Estas condiciones “extralingüísticas”, “prelingüísticas”, “presupuestos de la historia que no se agotan en el lenguaje ni son remitidos a textos” –según las fórmulas del autor- desvinculan a la propuesta de Koselleck con la de un subtipo de la hermenéutica gadameriana. La Histórica [*Historik*] se ocupa de estos trascendentales tales como el tiempo y el espacio que, aunque lingüísticamente expresados, son existencialmente prelingüísticos. Koselleck propone como determinaciones universales de las estructuras prelingüísticas y extralingüísticas las categorías trascendentales de “dentro/fuera”, “arriba/abajo”, “antes/después”, y las más concretas de “generatividad” (o la arendtiana “natalidad”, que complementa a la “mortalidad” o el “ser para la muerte” heideggeriano), “amo/esclavo”, “público/secreto”, y de “amigo/enemigo” -esta última, central para nuestro objeto, de explícita inspiración schmittiana- (Koselleck, Reinhart. “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”. *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, Nº 134, Madrid, diciembre de 2006, pp. 17-34).

⁴⁵ Koselleck, Reinhart. “«Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas”. En Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Op. cit.*, pp. 333-358, aquí pp. 333 y 357.

⁴⁶ Según Koselleck, “[t]odo concepto fundamental contiene elementos de significados pasados en estratos situados a distinta profundidad y expectativas de futuro de distinta importancia. Con ello estos conceptos generan, en cierta forma en un proceso inmanente al lenguaje, un potencial de movimiento y de modificación temporal con independencia de su contenido de realidad.” Koselleck, Reinhart. “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *op. cit.*, pp. 37-38.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 337.

[a]unque los conceptos fundamentales funcionen siempre dentro de un discurso, ellos son pivotes que dan vueltas alrededor del argumento. Por esta razón no creo que la historia de los conceptos y la historia del discurso puedan ser consideradas como incompatibles y opuestas. Cada una depende ineludiblemente de la otra. Un discurso requiere conceptos básicos para expresar algo por completo. Y el análisis de los conceptos necesita dominar tanto el contexto lingüístico como el extralingüístico, inclusive esto proporcionado por el discurso. Sólo con este conocimiento del contexto puede el análisis determinar lo que un concepto múltiple significa, su contenido, importancia y la extensión de lo que presenta.⁴⁸

En afinidad con esta prescripción, Skinner afirma que

para entender un concepto es necesario captar no sólo los significados de los términos usados para expresarlo, sino también el rango de cosas que pueden hacerse con él. Esa es la razón por la cual, a pesar de las largas continuidades que indudablemente han marcado nuestros patrones inherentes de pensamiento, no me arrepiento de mi creencia de que no puede haber historias de conceptos; sólo puede haber historias de sus usos en la argumentación y el debate.⁴⁹

Desde la teoría de los actos de habla, Skinner ha divisado las posibilidades de la innovación conceptual, retóricamente considerada, a través de los términos que “realizan funciones evaluativas tanto como descriptivas en lenguajes naturales”, y que él denomina “evaluativo-descriptivos”.⁵⁰ En línea con estos desarrollos se inscriben las elaboraciones koselleckianas en torno a las “coordinaciones contrarias” simétricas y asimétricas, comprendidas como estructuras lingüísticas iterativas que remiten a modalidades de representación del mundo orientadas binariamente, tendencialmente abarcativas de la totalidad del horizonte de expectativas de los actores políticos y

⁴⁸ Koselleck, Reinhart. “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”. En Lehmann, Hartmut y Richter, Melvin (coords.). *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*. Washington, German Historical Institute, 1996, pp. 65 (traducción nuestra). Tal como precisan Villacañas y Oncina Coves, “un uso masivo, con pretensiones de universalidad, jamás puede ser unívoco. Sólo el contexto discursivo brinda razones para decidir una interpretación en su arriesgada e inevitable equivocidad”. Villacañas, J. L. y Oncina Coves, F. “Introducción”. En Koselleck, R. y Gadamer, H. G. *Historia y hermenéutica*,., op. cit., p. 3.

⁴⁹ Skinner, “Reply to my Critics”. En Tully, James (ed.) *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*. Cambridge, Polity Press, 1988, p. 283.

⁵⁰ Skinner, Quentin. “Rhetoric and Conceptual Change”. *Finnish Yearbook of Political Thought*, N° 3, 1999, pp. 60-73, la cita corresponde a p. 61. Ver también: Skinner, Quentin. “Retrospect: Studying rhetoric and conceptual change”. En *Visions of Politics. Volume 1: Regarding Method*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 175-187, y Palonen, Kari. “Quentin Skinner Rhetoric of Conceptual Change”. En *Politics and Conceptual Histories: Rhetorical and Temporal Perspectives*, Bloomsbury Publishing, 2016, pp. 45-58.

sociales. Mientras las primeras implican una reciprocidad de las cualificaciones entre las partes (por ejemplo, “madre/hijo”), las segundas se aplican unilateralmente y de modo adversativo (por caso, la distinción entre cristiano y pagano o, particularmente relevante para el siglo XIX argentino, aquélla entre civilizado y bárbaro).⁵¹

Discurso político: Contextos y lenguajes.

En el prólogo a su capital *Fundamentos del pensamiento político moderno*⁵², Quentin Skinner ha sugerido los lineamientos generales de lo que denomina un enfoque contextualista de la historiografía del pensamiento político. Según su propuesta,

[en oposición al método tradicional de la historia de las ideas] he tratado de no concentrarme tan exclusivamente en los principales teóricos y en cambio he enfocado la matriz social e intelectual, más general, a partir de la cual surgieron las obras de aquéllos. *Comienzo analizando las características que me parecen más pertinentes de la sociedad en la cual y para la cual escribieron originalmente. Pues considero que la propia vida política plantea los principales problemas al teórico de la política, al hacer que cierta gama de asuntos parezcan problemáticos, y que una correspondiente gama de cuestiones se conviertan en los principales temas del debate.* Sin embargo, esto no es decir que estoy tratando estas superestructuras ideológicas como resultado directo de su base social. No menos esencial me parece *considerar el marco intelectual en que fueron concebidos los textos principales: el marco de los escritos anteriores y las suposiciones heredadas acerca de la sociedad política, y de contribuciones contemporáneas más efímeras al pensamiento social y político; pues es evidente que la naturaleza y los límites del vocabulario normativo disponible en cualquier momento también ayudarán a determinar las formas en que llegan a elegirse y elucidarse problemas particulares.*⁵³

⁵¹ Koselleck, Reinhart. “Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos”. En *Futuro Pasado*, op. cit., pp. 205-250, y “Conceptos de enemigo”. En *Historias de conceptos*, op. cit. pp. 189-197. Ver también: Junge, Kay y Postoutenko, Kirill (eds.). *Asymmetrical Concepts after Reinhart Koselleck. Historical Semantics and Beyond*. Bielefeld, Transcript Verlag, 2011.

⁵² Skinner, Quentin. “Prólogo”. En *Los fundamentos del pensamiento político moderno: El renacimiento*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁵³ *Ibid.*, pp. 8-9 (subrayado nuestro).

Esta noción de “contexto” no constituye, según su propuesta, una mera instancia de determinación material, sino principalmente un criterio de objetividad -entendido, también, como criterio de delimitación del objeto-. En palabras de Eduardo Rinesi, el “«método Skinner» prescribe pensar esos contextos *no* (...) como un conjunto de determinaciones sociales inmediatas, sino como contextos *intelectuales*. Esto es, como textos hechos de debates, de lecturas, y de debates con estas lecturas.”⁵⁴ En suma, la exigencia metodológica de conocer estos contextos no tiene por objeto alcanzar explicaciones surgidas de determinaciones ambientales; en cambio, la propuesta de restitución del “marco intelectual” realizada por Skinner tiene por objeto comprender lo que los autores estudiados “trataban de hacer”⁵⁵ con su discurso; esto es, captar el aspecto intencional del discurso, aquello que la pragmática austiniana ha denominado el componente ilocucionario del acto de habla.

Inspirado también en la lingüística pragmática⁵⁶, Pocock define al discurso político como “una secuencia de actos de habla realizados por los agentes en un contexto de prácticas sociales y

⁵⁴ Rinesi, Eduardo. “Prólogo”. En Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e historia*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, p. 14. (subrayado del autor)

⁵⁵ “¿Qué es, exactamente, lo que este enfoque nos capacita a captar acerca de los textos clásicos que no podamos percibir simplemente leyéndolos? La respuesta, en términos generales es, creo yo, que nos capacita a caracterizar lo que sus autores estaban haciendo al escribirlo.” Skinner, Quentin. “Prólogo”. En *Los fundamentos...*, *op. cit.*, p. 11.

⁵⁶ John Pocock ha propuesto partir teóricamente de “un modelo en el que el lenguaje fuera un sistema de comunicación bidireccional, capaz de transformar la afirmación unilateral de poder en el ejercicio conjunto de ese poder en el seno de una comunidad política. Existe una comunidad política cuando hay comunicación entre las personas, es decir, cuando se enuncia y replica una afirmación, y crítica y contracritica se formulan en un entorno que ofrece cierta continuidad.” (Pocock, John. “Verbalización de un acto político: hacia una política del discurso”. En Pocock, John, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid, Akal, 2011, pp. 49-66, aquí p. 54.) En tal comunidad de lenguaje, aún la mayor intensidad de dominación en una relación intersubjetiva, tal como la existente en la relación de esclavitud, supone de todos modos que el esclavo participa necesariamente del *logos*, sin estar jamás reducido a la mera *phoné*. De esta premisa de comunicabilidad Pocock no deriva un carácter acontecimental de lo político, sino más bien la constatación de la persistencia en el tiempo de los rasgos fundamentales de un lenguaje que definen a una comunidad de habla. Este modelo comunicacional “simple”, afinado en la bidireccionalidad de la acción comunicativa en el marco de una comunidad de lenguaje (que al circunscribir las posibilidades del acto individual, hacen de ella una comunidad política de poder compartido), es sólo un punto de partida para una analítica del discurso, que no debe interpretarse ingenuamente en el sentido de suponer una total “horizontalidad” (per)formativa ni absoluta autonomía de cualquier comunidad histórica de lenguaje: según advierte Pocock, por un lado los lenguajes están “prejuiciados a favor de los grupos gobernantes, que son los que más los usan y contribuyen más a su desarrollo”, por lo que recomienda atender a “la política general y segmentada del sistema lingüístico.” (Pocock, John. “La reconstrucción del discurso: Hacia una historiografía del pensamiento político”, en Pocock, John, *Pensamiento político e historia...*, *op. cit.*, pp. 81-100, aquí p. 83.); por otro lado, en el mundo histórico “no hay una comunidad unitaria, ni tampoco cierto número de comunidades segmentadas de escritores y lectores, autores e interlocutores (...) [U]na única comunidad y, de hecho, incluso un autor aislado, pued[en] responder a un número simultáneo de paradigmas activos que coexisten,

situaciones históricas, y expresados en unos lenguajes políticos imprescindibles para llevarlos a cabo.” En sus palabras,

[l]os seres humanos se comunican entre sí por medio de un lenguaje que está formado por una serie de estructuras fijas e institucionalizadas. Encarnan actos de habla y nos permiten realizarlos, pero lo que moldea las intenciones del usuario son palabras surgidas de la sedimentación e institucionalización de lo que expresaran otros cuyas intenciones e identidades puede que ya no conozcamos bien. (...) Lo que podemos deducir de la premisa de la institucionalización es que, aunque en realidad nunca llegamos a entendernos plenamente (...), siempre podremos contestarnos unos a otros (...) El lenguaje existe en un medio un tanto refractario y recalcitrante que asegura que el lenguaje que yo moldeo para realizar a utilizarlo para expresar una contrarréplica. El lenguaje me da un poder que nunca puedo controlar del todo y del que no puedo excluir a los demás.⁵⁷

En cuanto “no existe nada parecido a un acto de habla totalmente autodefinido”⁵⁸, una de sus orientaciones de método fundamentales consiste en advertir que “estos actos de habla se ejercen sobre (1) los oyentes o lectores a los que se transmite el discurso, el orador o escritor mismo al que siempre afectan sus propios actos y (2) la estructura lingüística que el acto de habla y las condiciones en las que se lleva a cabo, confirman o modifican.”⁵⁹ La acción discursiva de todo agente histórico supone siempre ciertos efectos performativos: “[r]edefine la percepción que [las personas] tienen de sí mismas, la forma en que las perciben los demás y de los universos conceptuales en los que son percibidas”⁶⁰. Como resume Bocardo Crespo,

los libros, en particular los libros polémicos (...), son esencialmente sucesos políticos, que son capaces de alterar las concepciones y las creencias de los lectores y que fueron

se solapan e interactúan, que son consonantes y disonantes, [que] exigen al agente que elija pero le permiten combinar, comparar y criticar.” (*Ibid.*, p. 93, subrayado nuestro).

⁵⁷ Pocock, John. “Verbalización de un acto político...”, *op. cit.*, pp. 54-55.

⁵⁸ Pocock, John. “Verbalización de un acto político...”, *op. cit.*, pp. 62-63.

⁵⁹ Pocock, John. “La reconstrucción del discurso...”, *op. cit.*, p. 81.

⁶⁰ “La información contenida en determinada locución («la capa de hielo es fina») no cubre necesariamente la ilocución que quiere realizar («¡Cuidado idiota!»). En este conocido ejemplo la locución se convierte en ilocución con ayuda del tono de voz o algo más complejo como el uso de diversas convenciones verbales y no verbales que transmitan el mensaje: «Soy el tipo de funcionario que está autorizado a advertirle de que encuentra en peligro porque la capa de hielo es fina». Por lo tanto, «le advierto de que (sic) está en peligro y le explico por qué.» *Ibid.*, p. 83.

concebidos precisamente para que tuvieran el poder de producir acciones políticas y alterar las creencias sobre las que se sustentaba la legitimidad de un suceso político.⁶¹

El importante papel que la retórica desempeña en la metodología historiográfica no implica, para Pocock, que la historiografía de los discursos políticos carezca de criterios científicos⁶². El trabajo historiográfico posee ciertos parámetros de objetividad y objetivos de investigación⁶³: Pocock reúne los principios del falsacionismo popperiano con las postulaciones de la filosofía

⁶¹ El autor, sin embargo, previene contra las implicancias de la identificación entre aspecto ilocucionario y perlocucionario que estaría a la base de la propuesta de Skinner. Según su visión, la comprensión de las obras políticas “tampoco se puede limitar a identificar el conjunto de actos ilocucionarios que realiza el escritor, o comprender qué es lo que hace cuando escribe de esa manera. Es preciso tener en cuenta qué fines y objetivos perseguía, qué acción política se proponía causar o evitar; lo que hace que el rechazo de la fuerza perlocucionaria o su asimilación a las convenciones que regulan la producción del acto ilocucionario para entender el sentido del texto, distorsione considerablemente nuestra comprensión del texto.” Bocado Crespo, Enrique. “Intención, convención y contexto”. En Bocado Crespo, Enrique (ed.), *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*. Madrid, Tecnos, 2007, pp. 357-8.

⁶² “El historiador aprende un lenguaje para leerlo, no para escribirlo. Sus propios escritos no serán pastiches de los diversos lenguajes que ha ido aprendiendo (...). Usará para la interpretación lenguajes que ha ido componiendo y ha aprendido a escribir, diseñados para desvelar y articular, en una especie de gigantesca paráfrasis, las premisas, indicios, etcétera, explícita e implícitamente contenidos en uno o varios de los lenguajes que ha aprendido a leer. (...) [E]l lenguaje en el que expresa el resultado de sus reflexiones, no será el del otro sino el suyo propio. Es lo que le permite adoptar cierto distanciamiento crítico e histórico. El lenguaje del historiador cuenta con recursos propios para comprobar que se están interpretando adecuadamente las *paroles* de los demás y que esas *paroles* se encarnaron en una de las *langues* o en una de la selección y combinación de *langues* clasificadas por el historiador.” Pocock, John. “El concepto de lenguaje y el *métier d'historien*: Reflexiones en torno a su ejercicio”. En *Pensamiento político e historia...*, *op. cit.*, p. 108.

⁶³ Los objetivos (“mínimos”) a los que, según Pocock, debe aspirar un historiador son “descubrir el lenguaje o lenguajes en el que fue escrito el texto que está estudiando y los parámetros del discurso; hallar los actos de habla que el autor realizó o quería realizar, así como cualquier punto en el que pudieran entrar en conflicto con los parámetros impuestos por los lenguajes; debe asimismo demostrar con ayuda de qué lenguajes han interpretado esos textos los interlocutores y preguntarse si son los mismos usados por el autor para redactar los textos. Habría que ver, además, si el proceso de interpretación generó una de esas tensiones entre intención, acto de habla y lenguaje que imaginamos pudieron llevar a la innovación o modificación del lenguaje político y sus usos.” Pocock, J. G. A. “La reconstrucción del discurso...”, *op. cit.*, p. 95.

analítica y la lingüística pragmática para proponer criterios de acotamiento de los juegos del lenguaje⁶⁴ en el que la prueba juega un papel principal en el razonamiento histórico⁶⁵.

Finalmente, debemos advertir con Palti que los lenguajes no consisten en conjuntos delimitables de temas, asuntos, ideologemas o *topoi* semánticamente determinados, a los que antes hemos asociado con las tradiciones. Según Palti,

Para hacer una historia de los lenguajes políticos es necesario, pues, traspasar el plano textual, los contenidos semánticos de los discursos (el plano de las “ideas”) y penetrar el dispositivo argumentativo que les subyace e identifica, los modos o principios formales particulares de su articulación. (...) Las mutaciones de los lenguajes políticos remiten a transformaciones objetivas; indican, más allá de la persistencia de las ideas, alteraciones cruciales en las condiciones de su enunciación. No son las ideas de los actores; son los cambios en las preguntas que se plantean los que señalan desplazamientos en las coordenadas conceptuales, trastocando los vocabularios de base.⁶⁶

Este autor sugiere comprender a los lenguajes como “modos de producción” de los conceptos políticos, de modo tal que “si el sentido de las categorías nucleares del discurso político no puede fijarse no es porque éste cambie históricamente, sino, más simplemente, porque tales categorías no remiten a ningún objeto discreto que pueda definirse. Éstas representan, básicamente,

⁶⁴ En sus palabras, “[e]l historiador afirma que no se ha «inventado» el lenguaje en cuestión debido a que: 1) puede demostrar que distintos autores realizaron diversos actos de habla en el mismo lenguaje, debatiendo entre sí en su seno y utilizándolo como medio y como modalidad discursiva; 2) puede demostrar que se debatió en torno a su uso y se crearon lenguajes de segundo orden para criticarlo; en el caso ideal, que se le identificó explícita y verbalmente como el lenguaje utilizado (...); 3) puede predecir las implicaciones, indicios, efectos paradigmáticos, problemas, etcétera, que planteará el uso de un lenguaje dado en situaciones específicas y demostrar que esos pronósticos se cumplieron o, lo que puede ser incluso más interesante, se falsearon (prueba experimental); 4) experimenta sorpresa y place al descubrir un lenguaje familiar en lugares donde no esperaba encontrarlo (prueba del descubrimiento casual); 5) no toma en consideración lenguajes que no estuvieran a disposición de los autores analizados (prueba de anacronismo).” Pocock, John. “Ideas en el tiempo”. En *Pensamiento político e historia...*, *Op. cit.*, pp. 41-42.

⁶⁵ En el marco de la reflexión metahistoriográfica contemporánea, el papel de la prueba en el razonamiento histórico de las ciencias sociales ha sido recientemente abordado con enorme elocuencia en: Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

⁶⁶ Palti, Elías. “Teleologismo y normativismo históricos. La revolución historiográfica de François-Xavier Guerra y sus límites”. Ponencia presentada en las V Jornadas de Investigación en Filosofía, 9 al 11 de diciembre de 2004, La Plata, Argentina, p. 6. Disponible en en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.118/ev.118.pdf

índices de problemas.”⁶⁷ Según prescribe Pierre Rosanvallon, los conceptos políticos, deben ser abordados a partir del trabajo histórico de sus indeterminaciones y aporías constitutivas⁶⁸.

Momentos y tradiciones.

La historia de la tradición republicana noratlántica ensayada por John Pocock en *El momento maquiaveliano* puede ser considerada una historia de los efectos de la revolución maquiaveliana en el pensamiento político británico de la modernidad temprana. En la tesis de Pocock, las insuficiencias del lenguaje escolástico -y con él, del pensamiento tardo-medieval en conjunto- para concebir la actividad humana en el cambio histórico -es decir, de la experiencia de una temporalidad que parece sustraerse a sus patrones de teorización de la costumbre y la gracia hasta entonces dominantes-, fueron precondiciones de la formación de un nuevo discurso político animado por motivos de raigambre aristotélica, pero íntimamente transformados por el “descubrimiento” de la contingencia⁶⁹. Según Pocock,

[l]a fuerza motriz detrás del *Momento maquiaveliano* fue el «humanismo cívico» representado por Hans Baron en *La crisis del primer renacimiento italiano* (...) Allí se afirma que la forma más elevada de vida humana alcanzable en este mundo era la del ciudadano participante en la vida política de una ciudad libre. A esto agregó tres afirmaciones adicionales: primero, que este ideal era el expresado por Aristóteles, que el hombre es por naturaleza un animal político (*zoon politikon*); segundo, que para alcanzar la ciudadanía, que era el fin de la vida humana, se consideraba necesario portar armas en la causa pública; tercero y más crucial, que este fin, aunque universal y por lo tanto intemporal, debía ser perseguido en el tiempo, en el dominio de las contingencias

⁶⁷ Palti, Elías José. “Ensayo bibliográfico: Hans Blumenberg, Reinhart Koselleck, Pierre Rosanvallon. La frágil arquitectura del pensamiento moderno. Tiempo y secularización en la historiografía conceptual”. *Revista de Estudios Políticos*, N° 134, octubre-diciembre de 2006, pp. 241-257, aquí pp. 253-254.

⁶⁸ Rosanvallon, Pierre. *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003. Cfr.: Sgarbi, Marco. “¿Por qué problemas en vez de conceptos? Teoría y práctica”. En Oncina Coves, Faustino (ed.), *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010, pp. 278-287.

⁶⁹ En lo sucesivo nos ajustaremos a la visión retrospectiva del *Momento maquiaveliano* que Pocock propuso recientemente, en la medida en que presenta la virtud de acentuar los rasgos de su intersección entre la historia del pensamiento político y la historia de la historiografía. Ver: Pocock, John. “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion; The Machiavellian Moment, the history of political thought and the history of historiography”. *History of European Ideas*, Vol. 43, N°2, 2017, pp. 129-146.

particulares que desafiaban su logro. Esta proposición final aportó la problemática de la que derivó su significado el «momento maquiaveliano».⁷⁰

En tensión con la teología política de las monarquías que dominaban el escenario europeo -y especialmente, en oposición al pensamiento imperial-, “la república no formaba parte de un orden divino universal, sino que existía en tiempo finito, la dimensión de la particularidad, y el accidente y - la palabra clave – fortuna”⁷¹. Los accidentes internos y externos que acechan a la existencia de la república en el tiempo son el producto de su trabajo. Alejado de todo finalismo natural y sus nociones de justicia y bien común, el paradigma humanista cívico que se forja en el renacimiento italiano, según Abensour, reafirma “la naturaleza política del hombre” y asigna “como objetivo de la política no ya la defensa de los derechos sino la puesta en práctica de esta «politicidad» primera, bajo la forma de una activa participación ciudadana en la cosa pública”, descubriendo “una figura de la razón capaz de crear por medio de la acción un orden humano, político, dando una forma al caos del universo y la contingencia y de la particularidad”. La república sería la forma política adecuada a esta esencia contingente de lo político, porque en ella una conciencia virtuosa del tiempo humano permite alcanzar la estabilidad frente a los golpes de la fortuna y los efectos de la corrupción. Afirma el mismo autor que, “contra el rechazo del tiempo, propio del Imperio o de la Monarquía universal, la idea republicana está ligada a una asunción del tiempo y a la noción de un actuar humano que, desplegándose en él, trabaja en su efectividad misma para separar el orden político del orden natural.”⁷²

Tal como precisa Rinesi, la categoría de “momento maquiaveliano” acuñada por Pocock se dispone en un doble registro, a la vez “histórico” y “teórico”. Históricamente, refiere al análisis de las coordenadas de inscripción de la obra maquiaveliana en el contexto de la crisis del *Quattrocento* -algo que, por otra parte, supone ya una lectura histórica de este contexto intelectual, que es condición del encuadramiento de la revolución de Maquiavelo-. Teóricamente, alude “no a un momento en el tiempo sino a lo que tal vez debería designarse como una cierta disposición teórica” asociada a “las ideas del conflicto, desacuerdo y lucha, la preferencia por el sistema republicano de gobierno, el énfasis en el carácter contingente de la historia y, de ahí, en la irremediable

70 Pocock, J.G.A. “Afterword: The Machiavellian Moment: A Very Short Retrospect and Re-Introduction”. *History of European Ideas*, Vol. 43, N°2, 2017, p. 215.

71 Pocock, J.G.A. “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion, *op. cit.*, p. 3.

72 Abensour, Miguel. *La democracia contra el Estado*. Buenos Aires, Colihue, 1998, pp. 17-19.

precariedad de la legitimidad de toda y cualquier dominación”⁷³. En oposición paradigmática a esta disposición teórica se yergue el momento teórico-ordinativo hobbesiano: a través del lenguaje del derecho (y de la *jurisprudencia*) natural Hobbes se dirige precisamente a cancelar -o al menos neutralizar- el conflicto y la lucha, edificando una teoría de la representación por consentimiento de acuerdo a la cual la voluntad del representante debía ser tomada como propia por el representado. Con Hobbes, para Pocock, “el acto político esencial se convirtió en alienación de sí mismo”⁷⁴. Así, Maquiavelo y Hobbes pueden ser considerados como los fundadores de las bases de dos grandes tradiciones contrapuestas del pensamiento político moderno.

La tradición es un concepto árido para las ciencias sociales: en cuanto heredera de la Ilustración, el prejuicio *contra* la tradición se presenta como uno de sus axiomas fundamentales⁷⁵. En lo que sigue, sin embargo, insistiremos en la relevancia científica de la tradición en su doble valencia de precondition de toda comprensión y venero de legitimidad de la acción. Por un lado, apelaremos a la hermenéutica gadameriana para reconocer en la tradición histórica no el simple objeto de un saber, sino un elemento constitutivo del propio ser histórico: en esta clave, las representaciones del mundo que nos son dadas o legadas, incluidos los lugares comunes del discurso político corriente, son precondition de toda comprensión histórica efectual, entendida ésta como una fusión de horizontes que no puede realizarse sino a través de la elaboración de dichos prejuicios.⁷⁶ En estrecha conexión con este sentido, apelaremos también a la tradición como un elemento constitutivo de toda identificación política: junto a la alteridad y la representación, la tradición es una de las dimensiones de análisis fundamentales de las identidades políticas apuntadas por Aboy Carlés, para quien

[t]oda identidad política se constituye en referencia a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. Si la vinculación de la acción colectiva con la obtención de

⁷³ Rinesi, Eduardo. *Política y tragedia. Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes*. Buenos Aires, Colihue, 2011, pp. 157-165. Rinesi resume los componentes teóricos centrales del momento maquiaveliano en (p. 164).

⁷⁴ Pocock, J.G.A. “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion, *op. cit.*, p. 10.

⁷⁵ Shils, Edward. *Tradition*. Chicago, The University of Chicago Press, 1981, pp. 7-11, 137-141. El estatuto ideal-típico de la tradición en la sociología comprensiva weberiana es indiciaria de este prejuicio: la acción tradicional, aquella basada en pautas repetitivas y la santidad del pasado y las costumbres, adquiere su contenido concreto en oposición al carisma y a la moderna racionalidad instrumental, constituyendo algo así como un tipo ideal “residual” de legitimidad de la dominación.

⁷⁶ Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método*, Vol. I. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2003, especialmente pp. 331-377.

metas definidas como deseables parece evidente para quienes pretenden abordar la acción atendiendo a su racionalidad, la asimilación del accionar presente a empresas pretéritas adquiere particular importancia al contribuir a cubrir de sentido a la acción colectiva a partir de una legitimación de tipo tradicional.⁷⁷

Si, por caso, en una estricta cronología histórico-causal puede ser incorrecto llamar “liberal” a John Locke, desde esta doble valencia de la tradición resulta perfectamente comprensible. Pero con ello queda planteado el problema de los efectos de la temporalidad en la comprensión de lo político, y a esto nos abocaremos en el próximo apartado.

II.2. El problema de la historia: temporalidad y modernidad

La naturaleza del material histórico exige una meditada indagación en torno a los efectos de la temporalidad implicados en la labor hermenéutica, de la que nos ocuparemos en lo sucesivo. Por un lado, y en el nivel de los trascendentales científicos, nos ocuparemos de los “usos del tiempo”, con especial atención a la relación entre sincronismo y diacronismo. Nos aproximaremos luego al tratamiento de la multiplicidad de modos de experimentación del tiempo y su plasmación -o más bien, las condiciones de su plasmación-. En línea con lo que se ha denominado “régimenes de historicidad”⁷⁸, y que advertimos como temporalidades de lo político: el significativo impacto de la analítica existencial en la reflexión metahistoriográfica contemporánea proveerá un hilo conductor.

⁷⁷ Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2001, p. 68.

⁷⁸ La expresión fue acuñada por François Hartog, quien se propuso reflexionar sobre los tipos de distancia y modos de tensión entre espacios de experiencias y horizontes de expectativa, intersecando planteamientos koselleckianos con elaboraciones de la antropología culturalista. Hartog, François. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris, Le Seuil, 2012.

Lógicas históricas: entre la historiografía y la mitología.

Quentin Skinner sugirió una serie de precauciones de método que debieran orientar la labor historiográfica-intelectual en vistas de alcanzar una comprensión históricamente circunstanciada del pensamiento político. En “Significado y comprensión en la historia de las ideas”⁷⁹ Skinner elaboró una tipología de cuatro modos predominantes/ procedimientos habituales en la práctica de la historia de las ideas/de abordar la historia del pensamiento político que, según su juicio, habrían dado con la formulación de “mitologías” antes que con la elaboración de verdaderas “historias”.

La “mitología de las doctrinas”, en primer lugar, supone el estudio de las “ideas políticas” a partir del rastreo de las transformaciones morfológicas de ciertas “ideas unitarias” que no son sino un tipo ideal prefijado por el investigador –como, por caso, la “división de poderes”-; incurriendo en frecuentes anacronismos, sus subtipos son aquellos que, apoyándose con frecuencia en pasajes fragmentarios y laterales, se esfuerzan por detectar las “necesarias” aportaciones de un autor a una doctrina determinada, mientras que el otro subtipo se dirige a reprochar las ausencias de aquello que los grandes autores políticos, individualmente considerados, debieron haber aportado a los “grandes temas” de la filosofía -precisamente aquéllos que el investigador considera tales-.

La “mitología de la coherencia” alude precisamente a la inclinación por parte del investigador a atribuir una sistematicidad, en ocasiones forzada y contra toda evidencia, a la obra de determinado autor, forzando su interpretación como una totalidad unitaria, integral y no contradictoria.

La “mitología de la prolepsis”, por su parte, surge de un exceso de valoración de las significaciones retrospectivas que ha recibido una obra antes que el significado que pudo haber tenido para el propio agente histórico: en su extremo, esta evaluación teleológica y finalista del pensamiento político por parte del historiador implica una (con)fusión entre la intencionalidad del agente histórico -contextualmente discernible- con la significación que la obra habría de adquirir en épocas posteriores. Siguiendo esta línea de razonamiento, Elías Palti ha incluido en esta serie a la “mitología de la retrolepsis”, o “el pensar que se pueden traer sin más al presente lenguajes del

⁷⁹ Skinner, Quentin. “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *Prismas: revista de historia intelectual*, N°4, 2000, pp.149-191.

pasado una vez que la serie de premisas y supuestos en que se fundaban (que incluyen visiones de la naturaleza, ideas de la temporalidad, etc.) se han visto definitivamente quebrados.”⁸⁰

La “mitología del localismo”, por último, alude a la posibilidad de una incorrecta descripción del sentido de un texto o de una referencia en función de la confusión de los criterios de clasificación y discriminación propios del investigador con los del autor -ya sean anteriores, detectando así diversas y en ocasiones improbables “influencias”, como posteriores, dando entonces con inverosímiles “anticipaciones”-.

Secularización, filosofías de la historia, historia de la civilización.

El concepto de secularización es el centro de una de las controversias teóricas más relevantes para las humanidades contemporáneas⁸¹. Es habitual remontar su primera configuración en el campo de las ciencias sociales a la formulación weberiana: la “secularización”, término que aparece raramente en sus escritos de sociología de la religión, es a la vez un proceso y el resultado de este proceso. Sucintamente, el *Säkularisationsprozess* weberiano es, a la vez, desmagificación o desencantamiento del mundo, juridificación positiva de la vida social y progresiva racionalización (instrumental) de una acción social cada vez más desvinculada de la legitimidad tradicional. Es habitual, también, reconocer en este teorema weberiano un tronco comprensivista común a las sociologías de la religión y del derecho⁸². Precisamente en el marco de un número

⁸⁰ Palti, Elías José. “Teleologismo y normativismo históricos. La revolución historiográfica de François-Xavier Guerra y sus límites”. En *V Jornadas de Investigación en Filosofía 9 al 11 de diciembre de 2004 La Plata, Argentina*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Filosofía, 2004, p. 7.

⁸¹ Marramao, Giacomo. *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*. Barcelona, Paidós, 1998; Rivera, Andrés. “La secularización después de Blumenberg”. *Res publica. Revista de filosofía política*, 11-12, 2003, pp. 95-142. Monod, Jean-Claude. *La querella de la secularización. Teología política y filosofías de la historia de Hegel a Blumenberg*. Buenos Aires-Madrid, Amorrortu Editores, 2015. Frade Blas, Mario. “Hans Blumenberg y Carl Schmitt: secularización política y reocupación retórica”. Tesis doctoral, Universidad Carlos III de Madrid, 2015.

⁸² Swatos, W. H., & Christiano, K. J. “Secularization Theory: The Course of a Concept”. *Sociology of Religion*, Vol. 60, N° 3, 1999, pp. 209-228; Pierucci, Antônio Flávio. “Secularization in Max Weber. On Current Usefulness of Re-Accessing that Old Meaning”. *Brazilian Review of Social Sciences*, N° 1, special issue, Octubre de 2000, pp. 129-158.

homenaje a Max Weber, Carl Schmitt habría de formular por primera vez su principal teorema teológico-político⁸³. Según sostiene Schmitt en *Teología política*,

[t]odos los conceptos centrales de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados. Lo cual es cierto no sólo por razón de su evolución histórica, en cuanto fueron transferidos de la teología a la teoría del Estado, convirtiéndose, por ejemplo, el Dios omnipotente en el legislador todopoderoso, sino también por razón de su estructura sistemática, cuyo conocimiento es imprescindible para la consideración sociológica de estos conceptos.⁸⁴

La singular “sociología de conceptos” propugnada entonces por Schmitt se propone el análisis de la estructura sistemática de los conceptos políticos fundamentales de la modernidad -y muy especialmente, de la Teoría del Estado-, en vistas de su cotejo con la articulación conceptual que domina la estructura social de su época. Antes que derivar una instancia de la otra, esta orientación se propone poner de manifiesto la identidad sustancial y espiritual que constituye toda metafísica epocal⁸⁵. El teorema del joven Schmitt⁸⁶ en torno a la secularización implica a la vez un

⁸³ Los que llegarían a ser los tres primeros capítulos de su *Teología política I* aparecieron con el título “*Soziologie des Souveränitätsbegriffs und politische Theologie*” (“Sociología del concepto de soberanía y teología política”) en una obra colectiva editada por Melchior Palyi y titulada *Hauptprobleme der Soziologie, Erinnerungsgabe für Max Weber* (“Problemas fundamentales de sociología, ofrecidos en memoria de Max Weber”), en 1922. El último capítulo, dedicado a los contrarrevolucionarios, apareció separadamente con el nombre “*Zur Staatsphilosophie der Gegenrevolution*” en el *Archiv für Rechts und Wirtschaftsphilosophie* (“Archivos de filosofía del derecho y de la economía”), XVI, 1922.

⁸⁴ Schmitt, Carl. “Teología política”. En Schmitt, Carl. *Teología política*. Madrid, Trotta, 2009, pp. 37-48, aquí p. 37.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 44. Para una concisa exposición sobre la noción de “metafísica epocal”, ver: Dotti, Jorge. “Definidme como queráis, pero no como romántico”. En Schmitt, Carl, *Romanticismo Político*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2001, p. 11-12.

⁸⁶ Nuestra lectura de la obra de Schmitt está regida por la hipótesis discontinuista, por lo que nuestro recurso en este punto es de orden científico-descriptivo, en oposición a sus posibilidades normativas/prescriptivas y ontológicas. Según entendemos, el concepto de teología política se modificará en función de las transformaciones metafísicas de la filosofía de Schmitt: si en la reflexión orientada a la forma política católica del joven Schmitt encontramos claras marcas de trascendentalismo, en el concepto y exigencia inmanentista de la autoridad que signó a su filosofía durante la agonía de Weimar veremos una progresiva disolución de todas sus distinciones tópicas y político-formales previas. Célebre por su “decisionismo político”, la matriz “representacionista” de su pensamiento político habría de resultar de mayor relevancia teórica. Desde su juventud, su pensamiento en torno a la representación conjuga motivos y debates católicos, que se ven siempre tensionados por una inspiración luterana que rechaza las mediaciones institucional-eclesiásticas entre lo secular y lo trascendente. Su opción y posición por Hobbes y Hegel da cuenta de ello. Tal como lo interpretamos, la restitución del elemento de la trascendencia en la intelección schmittiana de lo político habría de llegar hacia los años cincuenta, luego del nazismo, para proveer el sentido normalizador-ordinativo de la decisión política. Ejemplo palmario del abandono del concepto y exigencia inmanentista de la autoridad que signó a su filosofía durante la agonía de Weimar y se consumó en el nacionalsocialismo es el célebre Cristal de Hobbes, que aparece en un comentario agregado en 1962 a *El concepto de lo político*. Inmerso en el totalitarismo nacionalsocialista, Schmitt había sugerido que la sistematicidad

desplazamiento desde la teología como ámbito de las controversias políticas fundamentales, y su reocupación funcional por la ciencia jurídica. Ello supone una correlativa “transferencia” de la estructura formal de la conceptualización teológica a la praxis jurídica -formalmente, ambas son ciencias racionales orientadas a derivar prescripciones particulares de verdades dogmáticas-, que es concomitante con el nacimiento del Estado absoluto. Pero no se trata únicamente de “reocupación” y “transferencia” conceptual: según el temprano abordaje schmittiano, la secularización consiste en una tendencia general de la metafísica moderna. La gran transformación moderna es un movimiento de la trascendencia a la inmanencia que inaugura, en contrapartida, una historia singularmente moderna -poscristiana- de pretensiones de neutralización de lo político.

En paralelo a la disolución de la intervención personal de Dios en la historia bajo diversas fórmulas teístas, Schmitt advierte la emergencia de un modo radicalmente heterogéneo de interpretación de la historia. Ante la teología histórico-salvífica, hace su aparición una filosofía de la historia en sentido estricto: se trata de una imagen secular y progresista de la historia que remonta su origen al racionalismo de Voltaire, quien destronó a la teología histórica de Bossuet, y que luego de la Revolución Francesa alcanzó un desarrollo que la haría adueñarse de la autocomprensión

autoritaria de la Teoría del Estado del *Leviathan* de Thomas Hobbes estaba condenada al fracaso por incardinarse en el individualismo y su fuero interno irrenunciable, que explotarán los poderes intermedios. En los años sesenta, en cambio, habría de identificar la insuficiencia de la perspectiva que reduce la autoridad y la unidad políticas a simples emergentes del sistema de necesidades, como articulación (horizontal) de juicios particularistas.

En cuanto la procura individual de protección alcanza a explicar el fundamento del *jus vitae et necis*, la raíz individualista del principio *protego ergo obligo* es incapaz de fundar plenamente el *jus belli* que corresponde a la soberanía. En el eminente sentido público de lo político, aquél no es mera atribución soberana sino también una común exigencia en favor de la existencia política, aún a expensas de la propia vida. Schmitt indicó sólo entonces que la forma política de la teoría autoritaria del Estado de Hobbes supone una articulación “cristológica” (la noción es de Jorge Dotti) de la verticalidad y la horizontalidad. El componente trascendental, condensado en la máxima “Jesus es el Cristo”, es el informante del principio vertical de la autoridad y capaz de “plenificar” (la expresión, nuevamente, pertenece a Dotti) a la unidad política. Schmitt, a diferencia de muchos de sus exégetas, se detiene sin responder a una pregunta que permanece abierta: si tal máxima es intercambiable. Finalmente, la figura (y doctrinas) del *Katechon*, que ha sido identificada como la última fuente de sentido sustancial de la teología política de Schmitt (la sustancia ordinativa y normalizadora de la forma decisión, que remite a la figura del “dique” que, al contener la llegada del Anticristo, pospone al fin del Eón presente), no aparecerá en los textos del Schmitt de Weimar, sino en las obras de la década del cincuenta, tales como *El nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum* o su conferencia “La unidad del mundo”.

Acerca de las variaciones en torno a la forma y contenido de la teología política schmittiana a partir de una lectura diacrónica de los núcleos polémicos del jurista, ver: Noretto, Luciano (comp.). *Lecturas de Carl Schmitt. Forma y contenido de la teología política*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani (Documentos de Trabajo N° 71), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2014.

histórica, con Hegel y Saint Simon como principales legatarios⁸⁷. Si hasta fines del siglo XVIII el “progreso” había brotado del *ordre naturel*, la filosofía de la historia del siglo XIX comenzaba a ajustarse a un nuevo principio dinámico: cada vez más desvinculado de toda actividad humana consciente (propia del racionalismo ilustrado), la inmanencia del mismo ser histórico pasa a ser fundamento de una novedosa lógica evolucionista de lo social⁸⁸. En su plano formal, las estructuras conceptuales bimembres, dominantes en la era de la polémica contra el absolutismo, ceden al predominio a novedosas estructuras ternarias. Según Schmitt,

[e]n la primera mitad del siglo XIX, las construcciones trimembres eran dominantes. Esto obedecía a la hegemonía de la filosofía de Hegel y a su gradación dialéctica: comunidad natural, sociedad civil y Estado. También la famosa ley de los tres estadios de Auguste Comte contiene una gradación trimembre: teología, metafísica y científicidad positiva. Las contraposiciones trimembres son evidentemente más susceptibles al equilibrio y la mediación de oposiciones que las distinciones bimembres, y conducen, de acuerdo a su estructura, más fácilmente hacia una síntesis. El carácter trimembre era distintivo de una época de restauración y de una fuerte necesidad de paz que, a través de la coexistencia de las oposiciones, quería llegar a una unidad superior y abarcadora.⁸⁹

A mediados del siglo XX Karl Löwith⁹⁰ sostuvo que

⁸⁷ Schmitt, Carl. “La unidad del mundo: (conferencia pronunciada en la Universidad de Murcia)”. *Anales de la Universidad de Murcia 1950-1951*, Vol. IX, 1º, 2º, 3º y 4º trimestre 1950-51, pp. 343-355. Murcia, Universidad de Murcia, 1951. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10201/6499>

⁸⁸ “El despotismo educativo de la filosofía de la Ilustración se hizo ya dependiente del cumplimiento de un cometido. Está basado en la creencia, en la perfectibilidad del género humano, la cual conduce a la filosofía de la historia que propugna una evolución selectiva del hombre singular. La teoría filosófico-histórica de la evolución se ha fundamentado sistemáticamente en dos sistemas completamente distintos del siglo XIX: los de Hegel y Comte. Pero en Turgot ya está enunciada la ley de Comte llamada de los tres estadios de este desarrollo de la humanidad (el estadio teológico, el metafísico-abstracto y el positivo), así como la dependencia social del individuo respecto del medio ambiente, y el *Tableau historique des progres de l'esprit humain* de Condorcet sobrepasa ya tanto al racionalismo del siglo XVIII que Bonald pudo llamarlo, no sin razón, el «apocalipsis de la Ilustración». Sin embargo, el progreso sigue siendo aquí obra de la actividad humana consciente.” Schmitt, Carl. *La dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria*. Madrid, Revista de Occidente, 1968, p. 311.

⁸⁹ Schmitt, Carl. “La oposición entre comunidad y sociedad como ejemplo de una distinción bimembre. Consideraciones sobre la estructura y el destino de tales antítesis”. *Anacronismo e Irrupción*, Vol. 4, N° 7, noviembre de 2014 a mayo de 2015, pp. 171-188, aquí pp. 173-174.

⁹⁰ La obra de Löwith, de 1949, lleva por título original *Meaning in history*, significativamente similar a *El sentido de la Historia (Smysl Istorii)* de Berdiaev, publicado originalmente en el año 1923 en Berlín por Obelisk-Verlag. En *El sentido de la historia*, de 1923, Nikolái Berdiáyev había sostenido que “[l]a idea de progreso es fundamental para una metafísica de la historia. Desde finales del siglo XVIII y durante todo el XIX, esta idea jugó un papel

[e]l rompimiento de la tradición, producido a finales del siglo XVIII, fue, en particular, lo que originó el carácter revolucionario de la historia moderna y de nuestro moderno pensamiento histórico. La revolución política en Francia, y la revolución industrial en Inglaterra, con su repercusión universal sobre todo el mundo civilizado, acrecentaron el sentido moderno de vivir en una época en la cual los cambios históricos lo son todo.⁹¹

Este autor, para quien “la filosofía de la Historia se origina con la fe cristiana y judía en la perfección, y termina con la secularización de su entramado escatológico”⁹², abordó la emergencia de la filosofía de la historia profundizando la indagación en las líneas de continuidad entre ella y la tradición de la escatología judeo-cristiana. Según este filósofo, con su idea de salvación la tradición judeo-cristiana rompe con la temporalidad antigua, e inaugura una temporalidad lineal y teleológica orientada por el mensaje escatológico⁹³. El teorema de la secularización de Löwith destaca el modo en que la “mundanización” de la filosofía contemporánea se figura como la

decisivo en la *Weltanschauung* de la humanidad europea. No obstante, hay que hacer notar, sobre todo, que esta idea, a pesar de que parece muy nueva y se nos presenta como característica del último período de la conciencia «progresista», tiene raíces religiosas antiguas y muy hondas, como ocurre con todas las verdades, y el hecho de estar esencialmente vinculada a la profundidad misma de la vida histórica nos muestra sus antiguos orígenes. (...) La idea de progreso presupone que el proceso histórico tiene una meta que le da sentido. Más aún: la idea de progreso presupone que tal proceso tiene una meta que no es inmanente a él, es decir, que no está dentro de él, ni está ligada a ninguna época concreta, a ningún período del pasado, del presente o del futuro, sino que se eleva por encima del tiempo; sólo así puede dar un sentido a lo que existe de un modo germinal en el proceso histórico. Las raíces antiguas de esta idea son de índole mesiánico-religiosa; se trata de la antigua idea judía del desenlace mesiánico de la historia, del Mesías venidero, de la culminación terrena del destino de Israel, que se transformó en el destino de todos los pueblos, la idea del advenimiento del Reino de Dios, que encierra en sí toda perfección, toda justicia y toda verdad, y que ha de realizarse algún día. Esta idea mesiánica y milenarista seculariza y se transforma en la idea de progreso, es decir, pierde su carácter abiertamente religioso y toma un matiz mundano y, a menudo, antirreligioso. Puede decirse con toda razón que la teoría del progreso fue para muchos una religión, es decir, que ha existido la religión del progreso, profesada por los hombres del siglo XIX, y que para ellos ha sustituido a la religión cristiana de la cual habían apostatado.” Berdiaev, Nicolai. *El Sentido de la Historia. Experiencia de la filosofía del destino humano*. Madrid, Encuentro Ediciones, 1979, aquí pp. 164-165.

⁹¹ Löwith, Karl. *El sentido de la historia: Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*. Madrid, Aguilar, 1958, p.220.

⁹² “Contra [la] opinión tan extendida, que sostiene que el propio pensamiento histórico no comienza hasta los tiempos modernos, con el siglo XVIII”, Löwith se propone demostrar que “la filosofía de la Historia depende enteramente de la teología de la Historia, en particular del concepto teológico de la Historia como una historia de perfección y de salvación.” Löwith, Karl. *El Sentido De La Historia, op. cit.*, pp. 7-8.

⁹³ “Los historiadores griegos escribieron historia pragmática centrada en un gran acontecimiento político; los Padres de la Iglesia desarrollaron, basándose en la profecía hebrea y en la escatología cristiana, una teología de la Historia, centrada en los acontecimientos suprahistóricos de la Creación, Encarnación y Consumación; los modernos elaboran una filosofía de la Historia secularizando los principios teológicos y aplicándolos a un número siempre creciente de hechos empíricos. Parece como si las dos grandes concepciones de la Antigüedad y del Cristianismo, movimiento cíclico y dirección escatológica, hubieran agotado las consideraciones básicas para un entendimiento de la Historia.” Löwith, Karl. *El Sentido De La Historia, op. cit.*, p. 27.

realización intramundana del cristianismo, que con en el pensamiento hegeliano alcanza su consumación.

Koselleck afirma que “la historia del concepto no puede entenderse sin una teoría del tiempo histórico”⁹⁴: la captación de las múltiples temporalidades o estratos del tiempo que habitan en todo concepto fundamental es un aspecto metahistoriográfico central de los desarrollos koselleckianos, que ordenan su práctica historiográfica en torno al gran problema teórico de la modernidad, o la modernización⁹⁵. Según este historiador, las transformaciones de base en la conceptualización moderna deben ser comprendidas, en toda su dimensión, a partir de una transformación de la experiencia del tiempo histórico que tiene lugar entre los siglos XVI y XIX: se trata de una “temporalización de la historia en cuyo final se encuentra aquel tipo peculiar de aceleración que caracteriza a nuestros modernos”⁹⁶. Con la modernidad -no *Modernität*, sino *Neuzeit*-, se disuelve la aristotélica experiencia “natural” del tiempo, y adviene la emergencia del tiempo histórico: comienza a perfilarse “una experiencia del tiempo inmanente, enteramente mundana e histórica, cuya diferencia con el tiempo de la naturaleza es sin duda la experiencia de la aceleración, en virtud de la cual se cualifica el tiempo histórico.”⁹⁷ El desacople entre la experiencia y la expectativa, que desemboca en una experiencia aceleracionista, es para Koselleck una novedad característica de la conceptualización moderna. Desde el ángulo conceptual, y reenviando a procesos sociales más vastos, este historiador ha identificado a la temporalización, la ideologización, la politización, y la democratización⁹⁸ - serie teorema a la que Fernández Sebastián ha adicionado la emocionalización y la internacionalización de los lenguajes⁹⁹- como componentes distintivos que

⁹⁴ Koselleck, Reinhart. “Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica”. *Prismas*, N° 14, 2010, pp. 140.

⁹⁵ Oncina Coves, Faustino. *Teorías y prácticas de la historia conceptual*. Madrid-México, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Plaza y Valdés, 2009, así como el número 37° de *Isegoría: Revista de filosofía moral y política* (2007), coordinado por el mismo autor, y dedicado a la teoría y práctica de la Historia Conceptual.

⁹⁶ Koselleck, Reinhart. “Futuro pasado del comienzo de la modernidad”. En Koselleck, Reinhart, *Futuro Pasado...*, *op. cit.*, p.23.

⁹⁷ Koselleck, Reinhart. *Accelerazione e secolarizzazione*. Roma, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989, p. 19, traducción nuestra.

⁹⁸ Fernández Torres, Luis: “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”. *Revista anthropol: Huellas del conocimiento*, 2009, n°223, pp.92-105.

⁹⁹ Fernández Sebastián, Javier (dir.) *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*. Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, p.30.

caracterizan a la conceptualización moderna. El corolario más notable de estas tendencias es la emergencia de lo que Koselleck denomina “conceptos de movimiento”¹⁰⁰.

Respecto al nacimiento de la filosofía de la historia, Koselleck se coloca en una posición intermedia entre las tesis anteriores: para él, “a partir del siglo XVIII la tesis articulada en torno a la experiencia de la aceleración es, por decirlo así, autonomizada. Esta puede sostenerse independientemente de la deducción cristiana.”¹⁰¹ : con la Revolución francesa, la tesis aceleracionista conquista para él el estatuto de una “teoría de la historia susceptible de verificarse sobre la base de la aserción empírica, sin necesidad alguna de recurrir a un plano divino.”¹⁰²

La más célebre tesis historiográfica de Koselleck –formulada en principio para el ámbito cultural alemán, pero que tendría amplias resonancias en Occidente - sostiene que, entre los años 1750-1850 tiene lugar un “tiempo bisagra” [*Sattelzeit*] signado por una progresiva intensificación en el descalce entre el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas que caracteriza a la emergencia de esta nueva experiencia del tiempo. En el ámbito iberoamericano Fernández Sebastián ha identificado a las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX, la era de las revoluciones iberoamericanas, con este “tiempo bisagra” de pasaje a la contemporaneidad política¹⁰³. Como sintetiza Zermeño Padilla en referencia al cuadro total del mundo iberoamericano,

¹⁰⁰ “Los conceptos formados con el sufijo -ismo son representativos de los términos con una gran carga de innovación. La lista de estos -ismos es extensa. Comienza a principios del siglo XVIII con «patriotismo», que programa un amor a la patria inducido por un cosmopolitismo que supera todas las monarquías, y llega, pasando por «republicanismo», «democratismo», «liberalismo», hasta «socialismo» y «comunismo», así como a «nacionalismo», «fascismo» y «nacionalsocialismo». «Sionismo» también forma parte de esta serie y no solo lingüísticamente. Todos estos *conceptos de movimiento y de acción* compartían la ausencia de experiencias acumuladas en el momento de su acuñación, a excepción de la disposición psíquica de sus usuarios. Solo en el transcurso de las luchas políticas se hicieron realidad, con distinto éxito, los diversos programas. (...) Por consiguiente, puede establecerse una regla para los conceptos de movimiento de la modernidad: cuanto menores son las experiencias contenidas, mayores son las expectativas. Esta regla semántica de compensación ha impregnado internacionalmente todo nuestro vocabulario desde la Revolución francesa.” Koselleck, Reinhart. “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *op. cit.*, pp. 37-38.

¹⁰¹ Koselleck, Reinhart. *Accelerazione e secolarizzazione*, *op.cit.*, p. 37, traducción nuestra.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 37-38.

¹⁰³ Como sintetiza este autor, “[e]n las últimas décadas del siglo XVIII y en las primeras del XIX, coincidiendo con las reformas ilustradas y, sobre todo, con las llamadas revoluciones liberales y de independencia, se produjo en el Atlántico hispano-luso una mutación profunda en el universo léxico-semántico que vertebraba las instituciones y las prácticas políticas. Gran parte del entramado simbólico que daba sentido a las costumbres, normas e instituciones que ordenaban la vida colectiva se vio sometida a una renovación extensa y profunda. (...) Ese gran terremoto político-conceptual, un vasto seísmo con varios epicentros que alcanzó a buena parte del mundo occidental, fue acompañado en muchos lugares de un cambio en la vivencia del tiempo y de una conciencia más

[g]rosso modo el periodo se puede dividir en tres etapas. En la primera domina un concepto clásico de inspiración ciceroniana que entiende a la historia como un género literario. En una segunda etapa, impulsado sobre todo por los movimientos políticos y sociales, el concepto tenderá a asimilarse a la historia nacional. La ruptura con el pasado colonial y/o con el pasado no republicano estructura otras narrativas históricas cuyo sentido está dado por un proceso incierto, un acontecer cuyo desenlace es desconocido por los participantes. La apertura de un nuevo espacio de experiencia no necesariamente elimina automáticamente otras formas de vida conformadas en el pasado. La trayectoria, por lo tanto, tendría que ser leída no en términos lineales sino diferenciales. Los pronósticos de futuro pueden ser formulados a la luz de una historia providencialista y, al mismo tiempo, basarse en otra clase de argumentos. Unos y otros, sin embargo, se refieren a una misma «experiencia». Finalmente, en una tercera etapa tiene lugar el desarrollo de una historia universal o filosofía de la historia articulada a partir de nociones de progreso y civilización.¹⁰⁴

El globo alcanza por entonces a convertirse “en una unidad de experiencia”: la historia, así, se universaliza temporal y espacialmente¹⁰⁵. Motorizado por las siempre ingentes innovaciones técnicas, este régimen de “aceleración” histórica se carga de una orientación hacia el “descubrimiento del futuro” y al pronóstico que será una marca distintiva del lenguaje de la Ilustración¹⁰⁶. Según Koselleck,

[l]a supremacía de la historia, que corresponde paradójicamente a su factibilidad, ofrece dos aspectos del mismo fenómeno. Porque el futuro de la historia moderna se abre a lo desconocido, se hace planificable -y tiene que ser planificado-. Y con cada nuevo plan se introduce un nuevo elemento que no puede ser objeto de experiencia. La arbitrariedad de la historia crece con su realizabilidad. La una se basa en la otra y

aguda de la historicidad de las sociedades.” Fernández Sebastián, Javier (dir.) *Diccionario político, op. Cit.*, pp. 29-30.

¹⁰⁴ Zermeno Padilla, Guillermo. “Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850”. En *ibid.*, pp. 551-579, aquí p.562.

¹⁰⁵ Koselleck, Reinhart. “Espacio e historia”. En Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós, 2001, p. 111. En su *Crítica y Crisis* Koselleck señala que la uniformación técnica del espacio de experiencia de la contemporaneidad ha hecho a la contradicción central del estado absolutista europeo (el trabajo de antítesis ilustrada entre moral y política), un problema planetarizado.

¹⁰⁶ Koselleck, Reinhart. “Innovaciones conceptuales del lenguaje de la Ilustración”. En Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos...*, op. cit., pp. 199-223.

viceversa. (...) Esta anticipación subjetiva del futuro, deseado y por ello acelerado, recibió por la tecnificación y la Revolución Francesa un núcleo de realidad inesperado y duro.¹⁰⁷

La autointerpretación histórica del gran parteaguas revolucionario francés se cifra en el rostro jánico del clasicismo dieciochesco: mientras que, por un lado, la Antigüedad parece seguir proveyendo sus esquemas de intelección, por el otro, el carácter inédito y súbito de los cambios parecía sugerir que se trataba de un momento novedoso, irrefrenable e irreductible a la mera repetición del pasado. Como precisa Lucian Hölscher,

el concepto de futuro (...) se desarrolló en el siglo XVIII en el contexto de una interpretación teológica de la historia que desembocaba en una finalidad más allá de su extensión temporal y que, por lo tanto, solo podía fundamentarse teológicamente. Pero, para dar realce al contenido de este proceso histórico, los filósofos de la historia recurrían en gran medida al modelo histórico de la Antigüedad clásica. (...) [E]n la referencia retrospectiva a los modelos antiguos (...) surgió no obstante algo completamente nuevo. (...) Según la intención, los esfuerzos de la filosofía de la historia se dirigían a lo que se tenía por origen de la etapa de la civilización. Pero, de hecho, se introducía con ello una nueva etapa de la civilización. Mirando retrospectivamente el modelo de la Antigüedad, la edad del clasicismo trabajaba en un futuro que era nuevo y revolucionario en todas sus formas.¹⁰⁸

También en el Río de la Plata, “[l]a revolución (...) dio lugar a una nueva experiencia de tiempo orientada hacia el futuro y signada por la ruptura con el pasado, la aceleración y la temporalización de la política.” Sin embargo, esto “no implicó que se forjara una nueva conceptualización de tiempo. (...) Si bien la revolución había producido una brecha irreparable entre pasado y presente, las novedades siguieron procesándose en el marco de una concepción de la Historia como *magistra vitae* tal como sucedió en otras experiencias revolucionarias contemporáneas.”¹⁰⁹ La revolución rioplatense, en efecto, se ve a sí misma en los moldes clásicos: así lo patentizan tanto los testimonios de Moreno, Monteagudo y Funes¹¹⁰, como el devenir de la emergente República del

¹⁰⁷ Koselleck, Reinhart. “Historia magistra vitae”. En Koselleck, Reinhart. *Futuro Pasado...*, op. cit., pp. 62-4.

¹⁰⁸ Hölscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro*. Madrid, Siglo XXI de España, 2014, pp. 63-64.

¹⁰⁹ Wasserman, Fabio. “Experiencias de tiempo y cambio conceptual en el proceso revolucionario rioplatense (1780-1840)”. *e-l@tina*, Vol. 14, N° 54, enero-marzo de 2016, pp. 3-20, aquí pp. 16.

¹¹⁰ Mariluz Urquijo, José María. “El Río de la Plata y el ambivalente modelo de Roma (1800-1820)”. *Investigaciones y Ensayos*, N° 37, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1988, pp. 53-69.

Paraguay. Todavía en 1824 Bernardo de Monteagudo escribiría que “[l]a revolución del mundo americano ha sido el desarrollo de las ideas del siglo XVIII y nuestro triunfo no es sino el eco de los rayos que han caído sobre los tronos que desde la Europa dominaban el resto de la tierra.”¹¹¹

Como índice de la unificación de la experiencia a escala global —o más bien, de la “idea” de dicha unificación—, el concepto de “civilización” ocupa progresivamente un lugar central en los léxicos políticos del ámbito cultural atlántico. Aunque la genealogía de sus usos contrario-asimétricos puede remontarse hasta la recepción de Aristóteles en la segunda mitad del siglo XIII —cuando empieza a implicar una oposición a lo no cívico, rural, bárbaro, e incluso bestial—, será hacia mediados del siglo XVIII en que el mismo se expresará neológicamente en las lenguas francesa e inglesa. Acuñado entre la ilustración escocesa y la fisiocracia francesa, este concepto aparece hacia 1760 de manera casi simultánea en las obras de Adam Ferguson y el Marqués de Mirabeau, hasta encontrar en Condorcet su primera formulación canónica. Concepto ordenador del *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, la civilización adquiere en la teorización de Condorcet un carácter progresivo, gradual, universal y futurible¹¹². Sus funciones evaluativo-descriptivas comienzan a referir a un estado de cosas dado y evidente para las élites intelectuales ilustradas: la historia de la civilización en Francia, signada por el eventual acceso de las élites intelectuales a importantes parcelas del poder estatal, se ligaría a las expectativas de transformación de los grandes colectivos humanos¹¹³. Las vastas transformaciones técnico-informacionales, por otra parte, impulsan en la Europa atlántica la mutación de una esfera pública

¹¹¹ Monteagudo, Bernardo. “Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización.” Impr. del estado por J. Gonzalez; reimpresso en Guatemala, Impr. nueva, dirección de C. de Arevalo, 1826.

¹¹² den Boer, Pim. “Civilization: comparing concepts and identities”. *Contributions to the History of Concepts*. Vol. 1, N° 1, pp. 51-62. El aspecto futurible no es destacado por den Boer, pero es palmario en el último capítulo de la obra de Condorcet (“De los futuros progresos del espíritu humano”), en que el autor aborda los “destinos futuros de la especie humana” de cara a “tres cuestiones: la destrucción de la desigualdad entre las naciones, los progresos de la igualdad en un mismo pueblo y, en fin, el perfeccionamiento real del hombre. ¿Se acercarán,” se pregunta entonces el filósofo “todas las naciones, algún día, al estado de civilización al que han llegado los pueblos más ilustrados, los más libres, los más liberados de prejuicios, los franceses y los anglo-americanos?” Condorcet, Juan María Antonio Nicolás de. *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 224-225.

¹¹³ Según Goudsblom, el concepto de “cultura”, en cambio, remite desde las postrimerías de Goethe a la experiencia de una élite intelectual alemana “rigurosamente excluida de la influencia política, y (que) consecuentemente tendía a cultivar la «cultura» como una cualidad individual marcada en particular por la erudición clásica y el compromiso con estándares éticos absolutos.” Goudsblom, Johan. “Civilization: The Career of a Controversial Concept”. *History and Theory*, N° 45, Vol. 2, 2006, pp. 288-297, aquí p. 289.

caracterizada por la multiplicación exponencial de empresas periodísticas: la identificación de la sociedad con la opinión pública, y de esta con la prensa, implicó su elevación a la función de tribunal de los gobiernos. Frente la “sociedad” dinástica del sistema europeo de la Restauración, la nueva autonomía del ámbito de la “sociedad” y su civilización económica se opone a la política de tronos de la Santa Alianza ¹¹⁴.

El concepto de civilización, que según Elias refleja “el destino social específico de la burguesía francesa”¹¹⁵, intensifica en este cuadro el carácter contrario-asimétrico de sus funciones evaluativo-descriptivas¹¹⁶. Esta tendencia encontraría su expresión más decidida en la obra de Guizot¹¹⁷, quien habría de trastocar la noción ilustrada de civilización para transformarla en un hecho “empírico” y nacionalmente encarnado¹¹⁸. Tal como sintetiza Elias,

[a] diferencia del momento inicial en la acuñación del concepto, de ahora en adelante, los pueblos creen que el proceso de civilización dentro de las propias sociedades se ha terminado ya; se consideran a sí mismos, en lo esencial, como transmisores a otros de una civilización existente o acabada, como abanderados de la civilización. (...) Resulta característico de la estructura de la sociedad occidental el hecho de que la consigna de sus movimientos de colonización sea la de «civilización».¹¹⁹

¹¹⁴ Hölscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro. Op. cit.*, pp. 82-86.

¹¹⁵ El concepto de civilización constituye para este autor, en un principio, “un instrumento de los círculos de oposición de la clase media, especialmente en el enfrentamiento social interno. Con el ascenso de la burguesía, este concepto de *civilisation* se convierte en la quintaesencia de la nación, en la expresión de la autoconciencia nacional. El concepto de *civilisation* que, en lo esencial, remite a un proceso paulatino, a una evolución y que no niega su carácter originario de consigna reformista, no tuvo una importancia considerable entre las consignas de la Revolución. A medida que la Revolución va moderándose, poco antes de fin de siglo, el término comienza a dar la vuelta al mundo como consigna. Ya en esta época cumple su función como concepto justificatorio de los impulsos nacionales franceses de expansión y de colonización.” Elias, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987, p.95.

¹¹⁶ Bowden, Brett. *The Empire of Civilization. The Evolution of an Imperial Idea*. Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2009, especialmente la parte 1; y Bowden, Brett. “Civilization: the essence of an evaluative descriptive concept”. *Journal of Civilization Studies*, Vol. 1, Nº2, 2014, pp. 1-23.

¹¹⁷ Hacia 1828 Guizot se preguntaba “si los pueblos se han transmitido de siglo en siglo alguna cosa que no se ha perdido, que debe crecer y transferirse como un depósito y llegar así al fin de los siglos. Por mi cuenta”, se respondía, “estoy persuadido de que hay, en efecto, un destino general de la humanidad, una transmisión del depósito de la civilización, y, por consiguiente, una historia universal de la civilización que escribir.” Guizot, François. *Historia de la civilización en Europa*. Madrid, Alianza, 1972, p.21.

¹¹⁸ Goberna Falque, Juan R. *Civilización. Historia de una idea*. Monografías da Universidad de Santiago de Compostela, Nº 202. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela-Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 1999, pp. 53-61.

¹¹⁹ Elias, Norbert. *El proceso de la civilización... op. cit.*, pp. 95, 516.

II.3. Los prolegómenos conceptuales de la decisión constitucional de 1853

En lo que sigue abordaremos el arco histórico del concepto de Constitución que, desde la perspectiva atlántica, se tensa entre el ciclo revolucionario de fines del siglo XVIII y el de mediados del siglo XIX.

En un primer movimiento sobrevolaremos los criterios que definen al concepto de “Constitución” movilizado en la lucha política durante las revoluciones francesa y estadounidense, dos acontecimientos que signan el espacio de experiencia de la política contemporánea. En un segundo movimiento, abordaremos los conceptos de “soberanía” y “política” - contemporáneamente antitéticos-. Restituiremos sucintamente la formación de la coordinación de la “economía política”, desde el ángulo de la sociología histórica y de la historia intelectual. Se trata de una cuestión que, como habremos de ver, habría de proyectarse hacia el republicanismo fundacional de la revolución estadounidense, y su larga estela se figuraría, incluso, sobre los debates del congreso constituyente rioplatense de 1824-1826.

Constitución, revolución.

Nociones como la “división” o el “equilibrio” de los poderes públicos, o la idea que un gobierno limitado por la ley es condición esencial de la libertad, podrían permitir remontar la historia del concepto de constitución a la antigüedad clásica: Imperio de la ley, *Rule of law*, *Rechtsstaat*, *empire de droit*, no serían más que vocablos útiles para designar en lenguas vernáculas al “gobierno mixto”, cuya paternidad en la Antigüedad se remontaría a Aristóteles y Polibio¹²⁰. En cambio, nuestra comprensión del concepto de constitución implica inscribirlo en la ruptura conceptual de la modernidad clásica.

Constitución no evocará aquí las fórmulas “perennes” de la antigüedad, cuyas reflexiones acerca de lo bueno, justo y mejor para el orden de la *polis* corresponden a la totalidad cosmológica de sentido, a cuya legalidad cósmica perfecta, eterna e inmutable corresponde una conciencia

¹²⁰ Los ejemplos pueden multiplicarse hasta el infinito. Entre muchos otros, ver: Loewenstein, Karl. “Constituciones y Derecho Constitucional en Oriente y Occidente”. *Revista de estudios políticos*, N° 164, 1969, pp. 5-56; Maddox, Graham. “Constitution”. En Ball, Terence, Farr, James y Hanson, Russell L. (eds.). *Political Innovation and Conceptual Change (Ideas in Context)*. Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 50-64.

temporal circular. Tampoco nos ocuparemos de las “Cartas” otorgadas por soberanos personales en el medioevo, cuya recta comprensión sólo puede tener lugar a la luz trascendente de la teología política cristiana y las nociones de temporalidad salvíficas que le corresponden. No quedará incluida, por último, entre los discursos histórico-prudenciales de la “antigua constitución”, ni entre los del republicanismo cívico renacentista, todavía impregnados de la circularidad de la *anakylosis*¹²¹. Lo “constitucional”, tal como aquí será comprendido, se circunscribe a las posibilidades de la acción humana en el campo experiencial de la modernidad, en íntima conexión con los procesos de secularización y de emergencia de la filosofía de la historia.

Precisando su sentido histórico concreto, Pierangelo Schiera afirma que

[l]a constitución –un episodio auténticamente memorable en la historia constitucional europea moderna, un momento crucial comparable al representado por la creación del «Estado (moderno)» en los albores de la Edad Moderna y al más antiguo de la invención (o el descubrimiento o redescubrimiento) de la política en la Edad Media– fue el compendio de una serie de circunstancias (carencias, objetivos, necesidades) que marcaron, con sus contradicciones, la época entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX (que es también la del comienzo de la propia historia contemporánea.)¹²²

Aproximadamente hacia 1750 se inaugura ciclo político tensionado entre la reforma y la revolución política que habría de signar con igual intensidad, aunque con marcas nacionalmente diferenciadas, en la realidad de los imperios coloniales atlánticos y de los Estados territoriales europeos¹²³. La dialéctica de la Ilustración entra en su fase hiper-crítica, y el lenguaje político comienza a dar cuenta de profundas transformaciones conceptuales. Los conceptos de “Revolución” y “Constitución” se enlazan y trastocan mutuamente desde el último tercio del siglo XVIII: se forja por entonces lo que Schmitt denomina “concepto ideal de Constitución”, surgido

¹²¹ Schmitt, Carl. *El Nomos de la Tierra, op. Cit.*; Kantorowicz, Ernst. *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*. Madrid, Akal 2012; Pocock, John. *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid, Tecnos, 2008. Ciertamente la revolución recupera significantes clave del lenguaje político clásico –especialmente romano–; su contenido semántico, sin embargo, ha variado por completo. La antigua preferencia de raigambre aristotélico–polibiana por la *politeia* como mejor forma política había sido recuperada, pero también hondamente alterada, por el republicanismo cívico renacentista. El contenido concreto de los temas del republicanismo clásico se ha transformado por completo en una ilustración que se nos muestra íntimamente conectada con los discursos del humanismo cívico inglés del siglo precedente.

¹²² Schiera, Pierangelo. *El constitucionalismo como discurso político*. Madrid, Dykinson, 2012, p. 102.

¹²³ Morelli, Federica, Thibaud, Clément Verdo, Geneviève (eds.). *Les empires atlantiques: des Lumières au libéralisme, 1763-1865*. Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009.

de la crítica ilustrada en su lucha contra el absolutismo. Aparece el “concepto jurídico-político” de constitución, como ordenamiento normativo fundamental y forma de producción de la ley del Estado¹²⁴; por entonces, también, la conceptualización barroca de la soberanía como supremo poder de mando es nuevamente contrastada con una revitalización de su formulación republicana, resaltando el origen popular de toda autoridad política; incluso el mismo concepto de Revolución se desliga por entonces de la signatura astral, y se abre a nuevas posibilidades de organización futura.

La historia contemporánea del concepto de Constitución está signada por una cesura de su lastre experiencial: muy pronto, incluso la “antigua constitución” perderá el derecho a ser conceptualizada “constitucionalmente”. Su compensatoria orientación de futuro lo impulsará a convertirse en el concepto de movimiento “constitucionalismo”¹²⁵, cargado él mismo de una plurivocidad que da cuenta no sólo de diferentes tradiciones de discurso, sino también de su específica configuración de acuerdo con las circunstancias políticas nacionales diversas¹²⁶. Central para el primer ciclo de revoluciones modernas contra el absolutismo, el “constitucionalismo” será cifra de un común frente de adversidad hacia una pluralidad de formas políticas monárquico-estamentales y absolutistas, a las que calificará de tiranías y despotismos. La serie de prescripciones concretamente implicadas en el concepto moderno están lejos de ser políticamente neutrales: esta

¹²⁴ Breaud, Olivier. “La historia del concepto de Constitución en Francia. De la Constitución política a la Constitución como estatuto jurídico del Estado”. En Oncina Coves, Faustino (ed.). *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010, pp. 218-258.

¹²⁵ “En el curso de su realización constitucional surgieron, naturalmente, numerosas experiencias antiguas y elementos que ya estaban contenidos en los conceptos aristotélicos de organización. Pero los conceptos de movimiento se distinguen de la antigua topología por su finalidad y su función. Mientras que el uso lingüístico aristotélico, que había puesto en circulación los tres tipos de organización, sus formas mezcladas y decadentes, apuntaba a posibilidades finitas de autoorganización humana, de modo que se podían deducir históricamente uno del otro, los conceptos de movimiento que se han citado iban a descubrir un futuro nuevo. En vez de analizar una posibilidad finitamente limitada de presuntas oportunidades de organización, tenían que ayudar a crear nuevas situaciones de organización. Visto desde la historia social se trata de expresiones que reaccionaron ante el desafío de una sociedad que cambiaba técnica e industrialmente.” Koselleck, “«Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa» ..., *op. Cit.* p. 355.

¹²⁶ Para Schiera, el constitucionalismo moderno tiene cuatro componentes nacionales fundamentales: el inglés, vinculado al predominio de la tradición; el alemán, vinculado a la reforma; el francés, ligado a la revolución, y el estadounidense, agnado al federalismo. Schiera, Pierangelo. “Tra costituzione e costituzionalismo (costituito e costituente). Appunti sul mutamento costituzionale (riconsituente)”. En Bertolissin, M, Duso, G., Scalone, A (eds.) *Ripensare la costituzione. La questione della pluralità*, Monza, Polimetria International Scientific Publisher, 2008, pp. 77-92. Para una reconstrucción histórica más amplia de estas cuatro vertientes, remitimos a Schiera, Pierangelo. *El constitucionalismo como discurso político*, *op. Cit.*

verdadera diferencia se anuncia como una ruptura con la de la experiencia política preterida, sancionando una verdadera ruptura epocal.¹²⁷

La figura de Montesquieu, a la vez introductor en Francia de la idea de una constitución jurídico-política¹²⁸ y el autor más citado por los pensadores políticos norteamericanos de la segunda parte del siglo XVIII¹²⁹, es indiciaria de una paradigmática ambivalencia epocal. Mediante una sinuosa argumentación, la respuesta montesquevina a la pregunta por las condiciones de la libertad política es ligada al ejemplo histórico de la “constitución” inglesa, en la que una república comercial existe bajo el velo de la monarquía¹³⁰. No es menos cierto que, para él, el comercio no es condición suficiente para la libertad política: en efecto, el pensamiento de Montesquieu revela también un aspecto apologético del Antiguo Régimen, discernible en su reflexión en torno al rol jurisdiccional de los poderes intermedios. Para el antiguo presidente del Parlamento de Burdeos, el equilibrio entre las partes del reino es un producto histórico-prudencial (y no simplemente mecánico-racionalista) en el que la nobleza, depositaria del derecho, desempeña un papel fundamental como garante contra el despotismo. De modo que si sus pretensiones descriptivas respecto al caso inglés parecen claras -la desaparición de sus cuadernos de viaje ingleses impiden ser conclusivos al respecto, aunque la influencia del discurso *whig* parece evidente-, esta argumentación resulta estrictamente prescriptiva en una Francia signada por los últimos estertores de la lucha nobiliaria contra los avances niveladores y centralizadores del absolutismo¹³¹. Así, su doctrina del “equilibrio de poderes”, habitualmente considerada como precursora de la doctrina de “frenos y contrapesos” de cuño federalista -cuya formulación específicamente funcional supone, sin embargo, la ausencia de partes naturales o estamentos inmemoriales que fundamenten tal división o separación-, puede presentarse legítimamente como una expresión epigonal del pluralismo del Antiguo Régimen. El que los principales revolucionarios a ambas orillas del

¹²⁷ Hölscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro*, op. Cit., pp. 64-67.

¹²⁸ Breaud, Olivier. “La historia del concepto de Constitución en Francia, op. Cit..

¹²⁹ Lutz, Donald S. “The Relative Influence of European Writers on Late Eighteenth-Century American Political Thought” *The American Political Science Review*, Vol. 78, N° 1, 1984, pp. 189-197.

¹³⁰ Mansuy, Daniel. “Comercio y virtud en el pensamiento de Montesquieu”. *Ideas y Valores*, Vol. 65, N° 162, 2016, pp. 213-232.

¹³¹ Althousser, Louis. *Montesquieu la política y la historia*. Buenos Aires, Ariel, 1974; Anderson, Perry. *El Estado Absolutista*. México, Siglo XXI, 1998, pp. 105-109; Rinesi, Eduardo (ed.) *Tiempo y política: el problema de la historia en Montesquieu*. Buenos Aires, Gorla, 2007; Levy, Jacob T. “Montesquieu’s Constitutional Legacies”. En Kingston, Rebecca E. *Montesquieu and His Legacy*. Albany, State University of New York Press, 2009, pp. 115-137.

Atlántico norte lo leyera en la primera clave es ilustrativo de la cesura contemporánea. En 1837 el joven Quiroga Rosas incurrirá en idéntica parcialidad al invocar a Montesquieu como “el día de la historia, (...) el sol que ilumina el mundo de las leyes”¹³².

Las revoluciones estadounidense y francesa merecen cierto especial detenimiento preliminar en razón de nuestro objeto. Como habremos de ver más adelante, la experiencia histórica de la Revolución Francesa provee -también para nuestros protagonistas- el caso paradigmático y fundador de la genealogía del constitucionalismo moderno. Las referencias al caso estadounidense serán, sin embargo, tan ambiguas como recurrentes: el esclarecimiento de sus ulteriores implicancias exige una determinación previa. En ambas revoluciones, se produce, por primera vez, la práctica de la constitución escrita. Según la interpretación tradicional, son “revoluciones burguesas”, “liberales” y, de un modo más contencioso, “democráticas”. Según Schmitt,

en los intentos de Teoría del Estado ínsitos en las Constituciones americanas de la liberación, y en las manifestaciones de los teóricos y políticos franceses de la Revolución de 1789, se ha ligado un cierto tipo de Constitución con el concepto ideal de Constitución (...) El ejemplo de los Estados Unidos de América y de la Constitución de la Revolución francesa dio su impronta a este tipo y fijó el esquema de esta especie de Constituciones: sólo se considerarían Constituciones liberales, dignas del nombre de «Constitución», aquellas que contuvieran algunas garantías (...) de la libertad burguesa.¹³³

“Derechos fundamentales y división de poderes designan”, para Schmitt, “el contenido esencial del elemento típico del Estado de Derecho, presente en la Constitución moderna.”¹³⁴ Se trata de un concepto “ideal” de Constitución, cuyo contenido normativo específico Schmitt identifica como elemento propio del concepto de Estado de Derecho “liberal-burgués”. Desde el punto de vista decisionista, éste supone, en primer lugar,

una decisión en el sentido de la libertad burguesa: libertad personal, propiedad privada, libertad de contratación, libertad de industria y comercio, etc. El Estado aparece como el servidor, rigurosamente controlado, de la sociedad; queda sometido a un sistema

¹³² Quiroga de la Rosa, Manuel. *Tesis sobre la naturaleza filosófica del derecho*. Buenos Aires, Imprenta de la Libertad, 1837, p. 3.

¹³³ Schmitt, Carl, *Teoría de la Constitución*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 80 y 60.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 139.

cerrado de normas jurídicas o, sencillamente, identificado con ese sistema de normas, así que se convierte en sólo norma o procedimiento.¹³⁵

En cuanto se dirige a “la protección de los ciudadanos contra el abuso del Poder público”, tal conformación es para Schmitt liberal en sentido específico¹³⁶. Así, “[s]on garantías constitucionales de la libertad burguesa: reconocimiento de los derechos fundamentales, división de poderes y, al menos, una participación del pueblo en el poder legislativo mediante una Representación popular.”¹³⁷ Con mayor rigor ante las consecuencias prácticas de los principios democráticos, Hermann Heller replicó la caracterización de Schmitt: en efecto, los mismos jugarían una rol capital en la formación del movimiento socialista previo al predominio de la filosofía marxista¹³⁸.

Revolución francesa

“Una sociedad en la que la garantía de los derechos no está asegurada, ni la separación de poderes determinada”, afirma el artículo 16º de la Declaración Universal de los Derechos del

¹³⁵ *Ibid.*, p. 137.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 139. El sentido específico de lo liberal para Schmitt está dado por su incapacidad de fundar una verdadera teoría política. En este sentido, el elemento del Estado Burgués de Derecho de las constituciones modernas se despliega en dos principios apolíticos en su esencia, que no refieren a un principio de gobierno, sino precisamente a su limitación y moderación, cualquiera fuere aquél. Schmitt identifica dos principios: de “distribución” y de “organización.” Al primero corresponde la afirmación de los derechos fundamentales de raíz individualista proclamados por las Constituciones modernas: la libertad del individuo es supuesta como dato fundamental pre-estatal, consecuentemente ilimitada en principio y, en oposición, la esfera de acción estatal aparece en principio limitada. El principio de “organización”, por su parte, consiste en la distinción y distribución -Schmitt considera inapropiada la noción de “división”- de los poderes públicos en Ejecutivo, Legislativo y Judicial, cuyo mutuo control y refrenamiento se encuentra funcionalmente subsumido a la garantía y realización de los derechos individuales.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 60.

¹³⁸ “se difaman tildándolas de “burguesas” las libertades fundamentales propias del Estado democrático de Derecho -echando mano así de esa incitación hoy tan popular a las emociones antiliberales-. Si se consigue desacreditar la libertad de opinión, las libertades de asociación, reunión y prensa, el sufragio universal secreto, como propiamente «antidemocráticos», se habrán eliminado a un tiempo *las garantías de la única vía democrática para indagar la voluntad del pueblo.*” Heller, Hermann. “¿Estado de Derecho o dictadura?”. En *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1985, p. 297. La infravaloración contemporánea de los múltiples lazos históricos que ligan al socialismo y su comprensión democratizadora de la sociedad con el respeto a los derechos y garantías individuales dan cuenta de la persistencia de la “afección antiliberal” y la retórica marxiana: la perspectiva actual hace por demás evidente el carácter contingente del lazo entre las garantías individuales y democráticas y la acumulación capitalista: los fascismos, los modelos burocrático-autoritarios, los capitalismo monopolistas de Estado, e incluso los sistemas mixtos como la China contemporánea dan cuenta acabada de ello. O'Donnell, Guillermo. *Modernization and bureaucratic-authoritarianism: studies in South American politics*. Berkeley, Institute of International Studies, 1973; O'Donnell, Guillermo. *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Prometeo, 2009; y O'Donnell, Guillermo. *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires, Prometeo, 2011.

Hombre y del Ciudadano, aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente francesa el 26 de agosto de 1789 y receptada por la Constitución de 1791, “no tiene Constitución”. El carácter adversativo de esta tesis es indiciario de la lucha por la realización constitucional: a este respecto es importante advertir que la revolución no clausura, sino antes bien inaugura un largo ciclo de debate teórico y experimentación constitucional en Francia, que arrojará el saldo de cuatro textos constitucionales aprobados hasta 1799¹³⁹.

La reflexión constitucional del largo ciclo de la Revolución francesa tiene en Sieyès a su figura emblemática. Su teoría constitucional temprana es, a la vez que una obra de coyuntura muy concreta, una referencia que habría de fijar el horizonte sucesivo de buena parte de la dogmática jurídica ulterior. Su gran aporte teórico no radica en sus apelaciones a la “garantía de derechos” ni a la “separación de poderes”: ambas corresponden a reclamaciones corrientes para el vasto movimiento liberal europeo, incluso cruentamente actualizados por la revolución inglesa del siglo precedente¹⁴⁰. Sièyes, en cambio, es el gran artífice de una novedosa máquina de guerra conceptual: el abate sería el autor de la primera formulación sistemática de la doctrina del “poder constituyente de la nación”¹⁴¹. El carácter estructuralmente paradójico de su categoría política principal no sería óbice para su extraordinario significado histórico; antes bien, el rendimiento de su rigurosa “deconstitución” teórica del orden hasta entonces constituido tendría la virtud de cifrar una serie de dilemas centrales para la teoría jurídico-política ulterior¹⁴².

Su aporte más significativo para la dogmática jurídica subsiguiente es su conceptualización dualista del poder constituyente y el poder constituido. La titularidad del poder constituyente radica para él en la nación, a la que define como “un cuerpo de asociados viviendo bajo una ley común y representados por la misma legislatura”, y se yergue en una triple oposición: contra el derecho

¹³⁹ Para una reconstrucción política de las oscilaciones constitucionales en el período: Martucci, Roberto. “La Constitución inencontrable. Conflicto político y estabilización constitucional en Francia durante la transición de la monarquía a la república (1789-1799). *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del estado, derecho público e historia constitucional*, N° 2, 2000, pp. 129-209.

¹⁴⁰ Jardin, André. *Historia del liberalismo político: de la crisis del absolutismo a la Constitución de 1875*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 69-128.

¹⁴¹ Sieyès, Emmanuel Joseph. *Political Writings: Including the Debate Between Sieyes and Tom Paine in 1791*. Hackett Publishing, 2003.

¹⁴² Halévi, Ran “La déconstitution de l’Ancien Régime. Le pouvoir constituant comme acte révolutionnaire”. *Jus Politicum*, 2009, Vol. 3; Keitner, Chimene I. *The Paradoxes of Nationalism: The French Revolution and Its Meaning for Contemporary Nation Building*. Albany, State University of New York Press, 2007, especialmente pp. 61-68.

divino de los reyes -pero no contra la institución de la monarquía-, contra la historia -sede en que la aristocracia pretende fundar su derecho al privilegio-, contra el regionalismo -al que se advierte agazapado tras las teorías federales¹⁴³. La nación, para el abate, “existe antes que todo, ella es el origen de todo. Con anterioridad a ella no existe sino el derecho natural”, y ella misma “no sale jamás del estado de naturaleza”. Una dimensión fundamental de su teoría es su conceptualización del estado de naturaleza en clave económica: si la participación en la producción de la existencia social es el verdadero principio constituyente de la vida social, entonces sólo el tercer estado es la nación, y sólo a él corresponde el poder fundamental del Estado¹⁴⁴. Contra las prescripciones de Rousseau, su teoría proclama representable a la voluntad general, único fundamento de la verdadera ley. Sienta así las bases teóricas de un concepto novedoso de dictadura que, alejándose de la teoría romana clásica, ya no apunta a la salvaguarda de la constitución o las leyes fundamentales del cuerpo político, sino que se endereza a dar, conforme a lo que considera principios racional-naturales de justicia, una entera nueva constitución al cuerpo político.¹⁴⁵

¹⁴³ Beaud, Olivier. “Federalismo y federación en Francia: ¿historia de un concepto impensable?”. *Res publica*, N° 3, 1999, pp.7-63.

¹⁴⁴ Negri, Antonio. *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid, SENESCYT, 2015, especialmente pp. 282-302 (“La constitución del trabajo”). Ello, sin perjuicio de que la posición política de Sieyès es enteramente conciliatoria -según su panfleto más célebre, el tercer Estado, verdadero “todo” de la nación políticamente reducido a la “nada” por los privilegiados, apenas quiere ser “algo”-; la misma Convención, sensible ante las tendencias democratizantes implícitas en la posición de Sieyès respecto a la natural indistinción entre individuos, habría de limitar censitariamente los derechos políticos.

¹⁴⁵ En cuanto la revolución se propone hacer coincidir derecho y poder, se estructura sobre un dualismo surgido en y de la crítica al absolutismo: de este modo, lleva a pleno cumplimiento la ontología individualista de su teoría de la representación (Duso, Giuseppe. “Génesis y lógica de la representación política moderna”. *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del estado, derecho público e historia constitucional*, N° 3, 2004, pp. 71-147). Carl Schmitt identifica en la teoría revolucionaria del poder constituyente de la nación el paradigma teórico de la constitución moderna y del concepto de “dictadura soberana” a partir del cual se estructuran los dualismos entre los principios político-formales de representación e identidad, y entre los principios negativos del “Estado de derecho liberal-burgués” y el principio sustancial de la democracia. (Schmitt, Carl, *Teoría de la Constitución*, op. Cit.; Schmitt, Carl, *La dictadura*, op. Cit.). Andrew Arato (*The Adventures of the Constituent Power*. Cambridge University Press, 2017) ve en la teoría constitucional de Schmitt la más desarrollada versión del “mito” de una entidad que no puede ser sociológica o procedimentalmente representada; esto, sin embargo, reduce la relevancia teórica de estos dualismos. Kalyvas ve en la teoría del poder constituyente la “verdad de la democracia moderna”: enfatizando la insuficiencia del modelo soberano y descendente de la autoridad (el poder como supremo mando) para comprender su lógica, recupera la incidencia democrática del republicanismo a partir del principio de autonomía popular y su teoría ascendente del poder. (Kalyvas, Andreas. “Poder constituyente: Una breve historia conceptual”. En Bustamante, Gonzalo y Sazo, Diego (comps.) *Democracia y poder constituyente*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 27-71). Una exposición sistemática de la doctrina constitucional de Sieyès: Goldoni, Marco. *La dottrina costituzionale di Sieyès*. Firenze, Firenze University Press, 2009.

La teoría del poder constituyente sobrevive a la Revolución, para convertirse en un presupuesto jurídico-político del lenguaje de la Restauración. Las formaciones estatales tienden a identificarse en el suelo europeo con monarquías “constitucionales”, neutrales de cara a la esfera de una sociedad civil regida por la lógica de la economía política. Sin embargo, el sistema interestatal de la restaurada alianza entre el trono y el altar se mueve enteramente en el conflicto de legitimidades que, en el marco de la más vasta “primavera de los pueblos”, habría de consumarse en la proclamación de la República Social y Democrática francesa de 1848¹⁴⁶.

Revolución estadounidense.

El último medio siglo ha sido testigo de una renovación de las miras intelectuales sobre la revolución norteamericana, en las que largamente habían predominado inclinaciones superpuestas a inscribirla sin matices en una tradición liberal inspirada fundamentalmente en la autoridad de John Locke¹⁴⁷. En su examen crítico de la historiografía reciente sobre la revolución estadounidense Joyce Appleby advirtió que “por mucho tiempo los escritos históricos estadounidenses simplemente explicaron cómo los Estados Unidos se volvieron la incorporación territorial de las verdades liberales”.¹⁴⁸ Años antes Hannah Arendt describía en *Sobre la revolución* que la autointerpretación histórica de la revolución estadounidense habría de alejarse de su rica

¹⁴⁶ La teoría constitucional europea-continental de la segunda posguerra habría de pivotar en torno al concepto de “*Estado Social y Democrático de Derecho*”, al que Hermann Heller daría su primera formulación sistemática, y que en el debate constitucional argentino entre la reforma justicialista de 1949 y la contrarreforma de 1957 habría de superponerse con la polémica liberalismo-antiliberalismo. Más recientemente, este concepto fue recuperado por Guillermo O’Donnell.

¹⁴⁷ Hartz, Louis. *La tradición liberal en los Estados Unidos/ Una interpretación del pensamiento político estadounidense desde la Guerra de Independencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. Este tenor interpretativo tendió a obviar que Locke jamás se identificó como “liberal”, y más significativamente, que la Declaración de la Independencia de las trece colonias, redactada por Jefferson en decente respeto a las “opiniones de la humanidad” afirmara como “verdades autoevidentes” que “todos los hombres son creados iguales, y dotados por su Creador [el “Dios de la Naturaleza”] de “ciertos Derechos inalienables”, entre los que se cuentan la *vida*, la *libertad*, y la búsqueda de la *Felicidad*”, mientras que para Locke “vida”, “libertad” y “propiedad” son principios del derecho natural-racional y contenido material de la regla “*salus populi suprema lex*” (*Segundo ensayo sobre el gobierno civil*. Capítulo XIII, sección 158).

¹⁴⁸ Appleby, Joyce. *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*. Harvard University Press, 1992, pp. 2-3.

conexión con la tradición del pensamiento político clásico, para comenzar a escribirse, especialmente a partir del siglo XX, en el lenguaje de la historia de las ideas europeas¹⁴⁹.

La historiografía contemporánea sobre las colonias británicas en América en la segunda mitad del siglo XVIII permite reconstruir una constelación mucho más heterogénea de lenguajes y tradiciones políticas, un vasto pluriverso discursivo en que autores de la antigüedad clásica se entremezclan con los ilustrados anglo-franceses -pero, principalmente, aquéllos empiristas prudentes, de tendencia conservadora-; las evocaciones milenaristas y el pactismo veterotestamentario se entrecruzan con el lenguaje del humanismo cívico neoharringtoniano¹⁵⁰. Al interior de la cultura británica es inescindible del ciclo iniciado por las revoluciones de mediados del siglo precedente; desde el ángulo americano, y como señala Rodríguez Rial, tres acontecimientos fueron fundamentales:

¹⁴⁹ “Se trataba”, advertía Arendt, “de una «historia de las ideas», como si los intelectuales y eruditos de América, al salir ésta de su aislacionismo en los primeros años de este siglo, sintiesen la necesidad de repetir en letras de imprenta lo que otros países había escrito con sangre”. Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid, Alianza, 2012, pp. 131-132.

¹⁵⁰ Entre las obras capitales para esta renovación de miras, cabe destacar: Bailyn, Bernard. *Los orígenes ideológicos de la Revolución Norteamericana*. Buenos Aires, Paidós, 1972; Pocock, John. *El momento maquiavélico*, op. cit., cap. XV, pp. 611-661; Appleby, Joyce. *Liberalism and Republicanism*, op. cit., 1992. Asimismo, remitimos a: Schultz, David. “Political Theory and Legal History. Conflicting Depictions of Property in the American Political Founding”. *The American Journal of Legal History*, Vol. XXXVII, 1993, pp. 464-495; McDowell, Gary L. “The Language of Law and the Foundations of American Constitutionalism”. *The William and Mary Quarterly*, Vol. 55, N° 3, 1998, pp. 375-398; Pocock, John. “Conservative Enlightenment and Democratic Revolutions: The American and French Cases in British Perspective”. *Government and Opposition*, Vol. 24, N° 1, 1989, pp. 81-105. Nos permitimos citar en extenso una caracterización magistral de Pocock. Según él, “una cultura política que poseía los rasgos típicos del humanismo cívico neoharringtoniano, tomó cuerpo durante el siglo XVIII en las colonias inglesas de América. La civilización anglófona parecía ofrecer un amplio panorama de sus numerosas variantes (...) implantadas a ambas orillas del Atlántico. El canon *Whig* y los autores neoharringtonianos, Milton, Harrington y Sidney, Trenchard, Gordon y Bollingbroke, además de los maestros griegos, romanos y renacentistas de esa tradición hasta Montesquieu, constituían el *corpus* literario que confería *auctoritas* a esta cultura que, además, tenía como valores y conceptos aquellos que ya nos resultan familiares: un ideal patriota y cívico en el que la personalidad se fundaba en la propiedad, se realizaba plenamente en la ciudadanía, y se encontraba permanentemente amenazada de corrupción. El poder existente tal y como estaba configurado, representaba paradójicamente la fuente principal de una corrupción que venía operando a través de medios como el clientelismo, la facción, los ejércitos de soldados permanentes (opuestos al ideal de la milicia), las iglesias establecidas (opuestas al puritanismo y a los modos deístas de la religión americana) y la promoción de los *monied interes* (sic), aun cuando la formulación de este último concepto se veía considerablemente lastrado (sic) por el deseo ampliamente extendido entre las colonias americanas de disponer de un papel moneda común. El pensamiento político neoclásico proporcionó a las elites el *ethos* y el lenguaje retórico que precisaba una sociedad en movilidad ascendente, y ello explica la excepcional homogeneidad cultural e intelectual de los Padres Fundadores (*Founding Fathers*) y de su generación. Y no es que todos los americanos se hubieran formado en esta tradición, sino que (y así lo entendían los contemporáneos) parecía que no existía ninguna otra tradición alternativa en la que un hombre pudiera ser educado.” (p. 612)

el Gran Despertar (1730-40), un movimiento que revigorizó el fervor religioso tanto en las colonias como en el continente; la guerra franco-india (1754-63) que generó un sentimiento nacionalista (más contrario al enemigo invasor que pro-británico) y anticatólico; y las rebeliones contra la política impositiva británica (la Ley del Azúcar de 1764, la Ley de Estampillado de 1765 y la Crisis del Té, 1768-74). En los tres acontecimientos se perfilaron liderazgos religiosos que empezaron a participar activamente en política y liderazgos políticos que imitaron los dones carismáticos de los predicadores.¹⁵¹

En lo inmediato, la crisis fiscal provocada por la Guerra de los Siete Años, induce las medidas impositivas que encienden las ardorosas protestas de las Colonias americanas. La subsiguiente insistencia del monarca en ser uno con su Parlamento frente a las peticiones de las colonias¹⁵² motiva la sospecha de que se encuentra en marcha una conspiración contra la misma Constitución inglesa, “sus libertades, privilegios, franquicias e inmunidades” trasplantadas a América por los “primeros colonos de Su Majestad”¹⁵³. La “lógica de la rebelión”, según la expresión de Bailyn, impulsa un intenso movimiento de crítica y debate que habría de trastocar sensiblemente los conceptos fundamentales de *commonwealth*, constitución, derecho, soberanía, y representación a lo largo de las tres últimas décadas del siglo.¹⁵⁴

¹⁵¹ Rodríguez Rial, Gabriela. “La fundación de la república moderna en Estados Unidos de América. Más allá de la disputa entre federalistas y republicanos”. En Rodríguez Rial, Gabriela. *República y republicanismos. Conceptos, tradiciones y prácticas en pugna*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, pp. 169-189, aquí 174-175.

¹⁵² Según Pocock “existe un sentido profundamente importante en el que la Revolución Americana sólo puede entenderse colocándola en una serie de crisis ocasionadas por el crecimiento y el cambio de instituciones políticas inglesas.” Vista desde el “contexto británico”, la Revolución Americana debe ser tenida “primero como una crisis en la historia del consorcio anglo-escocés creado en 1707, y en segundo lugar como una crisis en la historia de la central y más inglesa de las instituciones de gobierno, el Rey-en-el-Parlamento.” Desde este punto de vista, los orígenes de la Revolución Americana presentan dos características: “la incapacidad del gobierno parlamentario *whig* para extenderse a colonias, y la existencia dentro de la tradición parlamentaria de una alternativa republicana que podría ser usada para negar Legitimidad del Parlamento y sugerir que otros modos de gobierno eran posibles.” (Pocock, John. *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. New York, Cambridge University Press, 2002, p. 74, traducción propia) Fue precisamente contra la Gran Bretaña oligárquica en su aspecto político-parlamentario e imperial en lo mercantil, naval y militar que se alzaron las colonias americanas. Lo que sucedía en la América revolucionaria era “un repudio a la autoridad del Rey-en-el-Parlamento sobre legislaturas subordinadas, que se tornaron republicanas sólo cuando la apelación al rey contra el parlamento falló a causa del rechazo del rey a separarse del Parlamento.” Pocock, J.G.A. “Afterword: The Machiavellian Moment...”, *op. Cit.*, p. 219.

¹⁵³ La fórmula corresponde a la declaración de la legislatura de Virginia con motivo de la mencionada Ley. Ver: “Virginia Stamp Act Resolutions (1765)” y “Resolutions of the Stamp Act Congress (1765)”, así como la respuesta del gobierno británico en su “Declaratory Act (1766)”. En Urofsky, Melvin I., Finkelman, Paul (eds.). *Documents of American Constitutional and Legal History. Volume I: From the Founding Through the Age of Industrialization*. New York-Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 35-39.

¹⁵⁴ Bailyn, Bernard. *Los orígenes ideológicos de la Revolución Norteamericana*, *op. cit.*

Delegados de las Colonias se reúnen en un Congreso Continental en 1774: luego de que el monarca respondiera a sus peticiones ordenando suprimir la rebelión y la sedición, volvería a reunirse para declarar la independencia en julio de 1776 y poner en pie el Ejército Continental. En los debates en torno a “Artículos de la Confederación y Unión Perpetua” aprobados en 1778, la cuestión de si las colonias estaban formando un único Estado soberano o una Confederación de Estados soberanos apenas fue abordada: el texto, aprobado por la Convención en noviembre de 1777 y ratificado por todos los Estados en marzo de 1781, fijó que “cada Estado retendrá su soberanía, libertad e independencia, y todo poder, jurisdicción y derecho, que no haya sido expresamente delegado por esta confederación al Congreso”; la opción relativiza la propuesta original de que “todo el poder soberano radica en los Estados por separado, actos particulares de soberanía, que deben ser expresamente enumerados, podrán ser ejercidos en conjunto, y de ninguna otra forma; pero en todas las demás cuestiones, los Estados ejercerán, incontrolados, todas las prerrogativas y poderes de la soberanía”.

Los *Artículos* empiezan a aparecer como un encuadramiento constitucional inapropiado frente a los conflictos de competencias en la política exterior, la falta de coordinación militar, la carencia de un dispositivo fiscal apropiado y las crisis de deudas públicas y privadas -con protestas civiles que serán consideradas rebeliones-, y la convocatoria a una nueva Convención para modificar el sistema constitucional gana lugar a los ojos de una parte de la élite revolucionaria. En torno a su conveniencia y contenido, y en lo que sería un debate verdaderamente fundacional para la política estadounidense, comienzan a dividirse las aguas entre los sectores “federalistas” o “nacionalistas” y los “republicanos” o “anti-federalistas”. Los argumentos en favor del *status quo* de los anti-federalistas giran en torno a la primacía histórica y lógica de los gobiernos existentes como verdaderos garantes de la libertad: si la tradición republicana clásica suponía que un gobierno republicano libre sólo es posible en pequeños estados, los gobiernos estatales existentes eran para ellos los verdaderos garantes de la libertad civil¹⁵⁵. James Madison, Alexander Hamilton y John

¹⁵⁵ Storing, Herbert J. *What the Anti-Federalists were for*. Chicago, The University of Chicago Press, 1981, pp. 48-52. Tal como señala este autor, “cuando, durante la época de la Confederación, un hombre era llamado “federal”, su apego a los principios del federalismo no estaba en cuestión; eso se daba por hecho, y el punto era que se trataba de un hombre que (dado este sistema federal) favorecía el fortalecimiento de la autoridad «federal» o general. La ambigüedad surgía porque el fortalecimiento de la *autoridad* federal puede llevarse tan lejos como para minar el *principio* federal; y eso era precisamente lo que los antifederalistas afirmaban que sus oponentes estaban haciendo. (...) Era posible (o así lo creían los Anti-Federalistas) ser un federalista en el sentido de favorecer una fuerte

Jay, alineados con el partido federalista, publican una serie de ochenta y cinco editoriales firmados bajo el seudónimo de *Publius* con motivo del debate por la ratificación de la Constitución Federal por parte del decisivo Estado de Nueva York, que serían conocidos como los *Federalist Papers*, y que habrían de revolucionar la tradición republicana¹⁵⁶: Madison, en especial, sería quien introduciría la tesis de que la gran extensión territorial es la mejor garantía institucional de la libertad contra las facciones y las tiranías mayoritarias que acechan a los gobiernos populares en las pequeñas repúblicas¹⁵⁷. La negociación por la ratificación de la Constitución termina por incorporarle una serie de diez enmiendas conocidas como la “carta de derechos”, que con su promulgación en 1791 terminan de perfilar el texto fundacional.

A lo largo de la década siguiente a la aprobación de la Constitución federal de 1787, el sistema notabiliario de la política estadounidense se iría reorganizando en dos partidos (o facciones) cuyos programas políticos remitían, a su vez, a interpretaciones globales de la situación posterior a la revolución. Nacía así, en el seno del gabinete presidencial del general Washington, el que sería considerado como el primer sistema de partidos estadounidense: se trata de la oposición entre los partidos federalista y demócrata-republicano¹⁵⁸. El partido federalista, vinculado a los sectores del comercio y las manufacturas, había defendido el nacimiento y la formación de la figura

agencia de la federación y, al mismo tiempo, ser un federalista en el sentido de adherir al principio de una liga de Estados independientes. En el nombre del federalismo en el primer sentido, se afirmaba, los proponentes de la Constitución habían abandonado al federalismo en el último (y fundamental) sentido. Los Anti-Federalistas, entonces, defendieron al federalismo en oposición a lo que llamaron una tendencia e intención de la Constitución -la tendencia a establecer un gobierno nacional completo, que destruiría o socavaría a los Estados.” (p. 10)

¹⁵⁶ En su introducción *The Federalist with Letters of “Brutus”*, Terence Ball, apunta una “ambivalencia persistente entre los Federalistas: por un lado, favorecieron la soberanía popular y la regla mayoritaria; por otro, temieron la tiranía de la mayoría. Su nueva constitución representaba su ingenioso e innovativo intento de asegurar la primera evitando la segunda.” (Ball, Terence. “Introduction”. En Hamilton, Alexander, Madison, James, Jay, John, y Ball, Terence (ed.). *The Federalist with Letters of “Brutus”*. New York, Cambridge University Press, 2003, pp. xiii-xxxii, aquí pp. xxiv-xxv.

¹⁵⁷ Sheehan, Colleen A. *James Madison and the Spirit of Republican Self-Government*. New York, Cambridge University Press, 2009; y de la misma autora Sheehan, Colleen A. *The Mind of James Madison: The Legacy of Classical Republicanism*. New York, Cambridge University Press, 2015, muy especialmente pp. 29-42. Para esta autora, en el pensamiento de Madison (que configura minuciosamente a partir de una recuperación de sus *Notes on government*) “la separación de poderes, los controles intergubernamentales, y el federalismo son dispositivos prudenciales que contribuyen a la prevención de la seducción demagógica y la tiranía mayoritaria, y sirven como equivalentes a la contracción territorial y la formación de una efectiva voz pública a lo largo de una gran república.” (pp. 85-86, traducción nuestra). Para una visión de las innovaciones teóricas madisonianas en torno a la república, la división de poderes y la soberanía popular desde la perspectiva de la tradición política británica: Malcolm, Joyce Lee. “The Novelty of James Madison’s Constitutionalism”. En Samples, John. *James Madison and the future of Limited Government*. Washington D.C., Cato Institute, 2001, pp. 43-58.

¹⁵⁸ Staloff, Darren. *Hamilton, Adams, Jefferson: The Politics of Enlightenment and the American Founding*. Hill and Wang, New York, 2005.

presidencial, con legitimidad popular propia, e investida de importantes poderes políticos. Su figura programática descollante fue Alexander Hamilton, ayudante de campo de Washington durante la guerra de independencia, miembro fundador y segundo presidente de la aristocrática Sociedad de Cincinnati, Secretario del Tesoro federal (1789-1795) e Inspector General del Ejército Continental (1798-1800). Formado en la tradición humanista, el derecho y la economía eran componentes integrales e inescindibles de su reflexión moral y política agudamente realista¹⁵⁹. Muy temprano Hamilton se había revelado como un intérprete audaz del naciente ordenamiento constitucional: bajo la constitución confederal había apelado a la historia de las confederaciones republicanas para defender la competencia del Congreso de la Confederación para dictar cualquier medida que tenga por contenido “*to preserve the republic from harm*”¹⁶⁰. Pero eso no sería todo: ya aprobada la constitución federal, Hamilton abogará por una tesis fuerte sobre las competencias políticas de la figura presidencial en el debate que, bajo las máscaras de *Pacificus* y *Helvidius*, sostuvo con Madison -quien, por otra parte, había sido movido a intervenir por Jefferson-¹⁶¹. Una década después, en vistas de la “casi guerra” con la Francia revolucionaria durante la presidencia de John

¹⁵⁹ Federici, Michael P. *The Political Philosophy of Alexander Hamilton*. JHU Press, 2012. Rodríguez Rial, Gabriela “Guerra, comercio y política en Alexander Hamilton: ¿republicanismo liberal contra la *Weltanschauung* liberal?”. *Anacronismo e irrupción: Revista de teoría y filosofía política clásica y moderna*, Vol. 5, N° 9, 2015, p. 135-170.

¹⁶⁰ Hamilton, Alexander. Carta a James Duane, 3 de septiembre de 1780. Disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Hamilton/01-02-02-0838>

¹⁶¹ “«Las Cartas de *Pacificus*», como se les tituló cuando aparecieron por primera vez en los periódicos de Nueva York, surgieron de una disputa en 1793 entre los federalistas y los republicanos sobre la autoridad del presidente Washington para emitir una Declaración de imparcialidad en la guerra entre Inglaterra y Francia. Escribiendo como *Pacificus*, Alexander Hamilton defendió la Declaración contra la acusación de que el presidente había excedido sus poderes. A instancias de Thomas Jefferson, James Madison argumentó a favor de una interpretación restringida del poder del presidente para declarar la neutralidad de los Estados Unidos y, en nombre de *Helvidius*, produjo cinco ensayos que sostienen que solo el Congreso tenía la autoridad para determinar si Estados Unidos estaba en guerra o en paz. Las «Cartas de *Pacificus*» y las «Cartas de *Helvidius*» ofrecen una de las discusiones más esclarecedoras sobre el poder ejecutivo en la historia política estadounidense. Durante mucho tiempo se los ha considerado como comentarios importantes sobre la guerra y los poderes diplomáticos del presidente, comentarios, cabe señalar, que no son del todo coherentes con las enseñanzas de *Publius*.” “Editors Introduction”, en Hamilton, Alexander, Jay, John, and Madison, James. *The Federalist. The Gideon Edition*. Indianapolis, Liberty Fund, 2001. p. LI (traducción nuestra). El debate habría de aclarar “ciertos principios constitucionales que ahora asociamos con el poder ejecutivo en general: (1) que la dirección de la política exterior es esencialmente una función ejecutiva; (2) que, más allá de la enumeración de poderes específicos en el Artículo II, otros poderes fueron depositados en la concesión general del poder ejecutivo en ese artículo; y (3) que las esferas de poder superpuestas creadas por la Constitución son necesarias para la operación más efectiva de la separación de poderes, de modo que los poderes mismos puedan caer dentro de los límites de los demás y al mismo tiempo se mantengan independientes entre sí.” Frisch, Morton J. “The Significance of the Pacificus-Helvidius Debates: Toward the Completion of the American Founding”. En Hamilton, Alexander y Madison, James. *The Pacificus-Helvidius debates of 1793–1794: toward the completion of the American founding*. Indianapolis, Liberty Fund, 2007, p. xiv (traducción nuestra).

Adams, Hamilton (con el apoyo de Washington, quien lo impondría como su segundo contra la voluntad del presidente) entraría en una controversia con el mismo Adams sobre la puesta en pie del ejército de tierra, que sería percibida por la oposición jeffersoniana como una verdadera amenaza¹⁶². En lo que podríamos llamar el “proyecto hamiltoniano”, la legitimidad electoral propia del presidente y la primacía legislativa del Congreso Federal sobre las legislaturas locales fueron instrumentos para la consolidación de tres grandes poderes nacionales sobre los que habremos de volver más adelante: una nueva “aristocracia” nacional, junto a un ejército permanente y un sistema de crédito público también nacionales. En este triángulo Madison, quien progresivamente se distanciaba de Hamilton para aproximarse a Jefferson, veía la amenaza de la formación de una nueva tiranía como la que el país acaba de dejar atrás¹⁶³. Como resume Simal,

[e]l tema favorito de muchos republicanos, especialmente los cercanos a los virginianos Jefferson y Madison, al definir la República consistía, por un lado, en una abstracta conexión entre una sociedad agraria basada en la agricultura de subsistencia y la virtud de sus ciudadanos-granjeros (*yeomen*) y, por otro, el pánico a la pérdida de esa virtud cuando la sociedad se integrara en un mundo moderno de comercio y productos superfluos, que percibían como agentes generadores de lujo, corrupción y decadencia.¹⁶⁴

En la visión de la emergente oposición demócrata-republicana capitaneada por Jefferson, que fundaba la virtud política en la pequeña propiedad rural, el destino de la república estaba amenazado por la corrupción intrínseca a una era de predominio de las manufacturas, el comercio y las finanzas¹⁶⁵. Pero, como precisa Edmund Morgan, la propuesta demócrata republicana no gira en el vacío: su frente de adversidad polémica bien definido es el representado por el programa hamiltoniano. En términos de Morgan,

[e]n la década de 1790, cuando Madison y Jefferson trataron de organizar a los *yeoman* de Norteamérica en lo que iba a convertirse en el partido republicano, actuaban contra el poder del dinero, contra la aristocracia antinatural criada y cultivada por Hamilton, no

¹⁶² Godfrey, Carlos E. “Organization of the Provisional Army of the United States in the Anticipated War with France, 1798-1800”. *The Pennsylvania Magazine of History and Biography*, Vol. 38, N° 2, 1914, pp. 129-132; Murphy, William J. Jr. “John Adams: The Politics of the Additional Army, 1798-1800”. *The New England Quarterly*, Vol. 52, N° 2, 1979, pp. 234-249.

¹⁶³ Sheehan, Colleen. “Madison v. Hamilton: The Battle Over Republicanism and the Role of Public Opinion”. *American Political Science Review*, Vol. 98 N° 03, 2004, pp. 405-424.

¹⁶⁴ Simal, Juan Luis. “El republicanismo agrario en Estados Unidos, 1785-1824”. *Historia Agraria*, 49, Diciembre de 2009, pp. 73-100, aquí p. 74

¹⁶⁵ Banning, Lance. “Jeffersonian Ideology Revisited: Liberal and Classical Ideas in the New American Republic”. *The William and Mary Quarterly*, Vol. 43, N° 3, 1986, pp.4-19.

contra la aristocracia natural de Estados Unidos, no contra hombres como ellos mismos que tradicionalmente, desde los comienzos mismos de la organización [del asentamiento], había provisto al país de líderes. Aquellos líderes, fueran cuales fueren sus faltas personales, habían demostrado durante la Revolución estar vigilantes contra las amenazas a los derechos de propiedad de los colonos. Una vez obtenida la independencia, su vigilancia se necesitó [se necesitaba] más que nunca para defenderse de nuevas y más insidiosas amenazas. Para los votantes, ser intimidados o comprados por sus líderes naturales, que habían demostrado ser verdaderos protectores de su propiedad, no era motivo de alarma. De lo que los votantes necesitaban protección, es más, de lo que todo el país necesitaba protección, era de la siniestra y oculta influencia de la «aristocracia de papel» que Hamilton parecía estar fabricando.¹⁶⁶

Las mismas bases del pensamiento hamiltoniano serían motivo de prevención para Madison y Jefferson, quienes todavía confiaban en la “deferencia” como medio de reclutamiento natural de una aristocracia republicana. La “aristocracia de papel” refiere a la una nueva oligarquía que los demócrata-republicanos ven brotar en torno al establecimiento de un Banco Nacional con capacidad de emitir papel moneda propugnado por Hamilton. Habremos de volver por necesidad más adelante sobre el modo en que este Banco sería motivo de una querella fundacional del constitucionalismo estadounidense entre Hamilton y Jefferson, y acerca de cómo se constituiría en uno de los principales puntos de mira de la oposición. En cualquier caso, en este punto conviene señalar que la victoria del partido Demócrata-Republicano sobre el Federal en las elecciones presidenciales de 1800 inaugura ocho años de presidencia de Thomas Jefferson, que el virginiano asume como la segunda Revolución Americana y verdadera consumación de los principios de 1776.

Soberanía, economía, política

Las múltiples relaciones teóricas entre los conceptos de “economía” y “política” son un nudo gordiano del pensamiento social, cuya genealogía ha sido remontada recientemente a los albores

¹⁶⁶ Morgan, Edmund S. *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2006, p. 177.

de la cristiandad¹⁶⁷. La historia del concepto unitario “economía política”, en cambio, se remonta a los primeros años del siglo XVII: su surgimiento, por tanto, se liga históricamente al nacimiento del moderno estado absolutista y es concomitante a la gran época de la teoría de la soberanía; pero si nace intentando salvar la discontinuidad entre el orden doméstico y el estatal, un siglo después esta cesura será evidente para Rousseau¹⁶⁸. Desde mediados del siglo XIX, los usos de los conceptos de “soberanía” y “economía” han tendido a configurarse como tendencialmente contradictorios: tal como grafica Ilgen, “mientras la historia de la soberanía culmina en su concentración en el Estado Nación, ésta se ve desafiada por la economía de mercado y su tendencia natural a expandirse más allá de las fronteras políticamente definidas de los estados.”¹⁶⁹

Tal diagnóstico respecto a una oposición entre las leyes de la economía y el reino de la política no es en absoluto novedoso para las ciencias sociales latinoamericanas. Más allá de las diversas declinaciones ideológicas, la identificación de la debilidad institucional y la falta de autonomía política como rasgos originarios de la estatalidad periférica y sudamericana, cuya estructuración se desenvuelve en paralelo a la formación de sucesivos estratos de capas económicamente dominantes, enlaza a las diversas teorías influidas por las perspectivas de la dependencia y del sistema-mundo: el *status periférico*, posición subordinada en el sistema mundial, signa el modo en que se estructuran históricamente los poderes estatales periféricos y, en buena medida, condiciona

¹⁶⁷ En *El reino y la gloria* Giorgio Agamben ha identificado en la “secularización” una *signatura* que remite a la conexión entre lo político y lo teológico, cuya genealogía remonta más allá de la filosofía de la historia del idealismo alemán -que define como una “continuación consciente” de la “escatología de la salvación”-. Su tesis central es que “[d]e la teología cristiana derivan en general dos paradigmas políticos, antinómicos aunque funcionalmente conectados: la teología política, que funda en el único Dios la trascendencia del poder soberano, y la teología económica, que sustituye a esta por la idea de una *oikonomía*, concebida como un orden inmanente – doméstico y no político en sentido estricto– tanto de la vida divina como de la humana. Del primero derivan la filosofía política y la teoría moderna de la soberanía; del segundo, la biopolítica moderna hasta el actual triunfo de la economía y el gobierno sobre todo otro aspecto de la vida social.” Agamben, Giorgio. *El Reino y la Gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno (Homo sacer, II, 2)*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008, p. 13.

¹⁶⁸ Montchrestien, Antoine de. *Traicté de l'oeconomie politique: dédié en 1615 au Roy et à la Reyne mère du Roy*. Paris, E. Plon, Nourrit et cie., 1889; Rousseau, Jean-Jacques. *Le Citoyen, ou Discours sur l'Economie Politique*. Ginebra, s./e., 1765. Ver también: King, James E. “The Origin of the Term «Political Economy»”. *The Journal of Modern History*, Vol. 20, N° 3, 1948, pp. 230–231; y Maifreda, Germano. *From Oikonomia to Political Economy: Constructing Economic Knowledge from the Renaissance to the Scientific Revolution*. Londres, Asgate, 2012, pp. 171-180.

¹⁶⁹ Entre muchos otros: Ilgen, Thomas L. (ed.). *Reconfigured Sovereignty. Multi-Layered Governance in the Global Age*. Aldershot, Ashgate, 2003; Paul, T. V., Ikenberry, G. John, y Hall, John A. (eds.). *The Nation-State in Question*. Princeton, Princeton University Press, 2003, especialmente el capítulo “What States can do now” de John Ikenberry.

sus capacidades y modalidades de intervención ulteriores¹⁷⁰. No es azaroso que los prolegómenos teóricos de las perspectivas dependentistas y periféricas puedan remontarse a una corrosiva crítica a los modos en que la academia estadounidense, especialmente bajo el formato de las teorías de la modernización inspiradas en el funcionalismo, eclipsara la sensibilidad histórica que animara a las teorías de quienes “sentaron los contornos del debate sobre la formación del estado”¹⁷¹: tal como advirtió muy tempranamente André Gunder Frank,

Parsons, Hoselitz y los teóricos sociológicos de último cuño no sólo modifican varios conceptos de Marx, sino que también se alejan de Weber. El estructuralismo y el integrismo de Parsons se reducen al análisis de un modelo completamente abstracto de todas las sociedades imaginarias o reales y no al de una sociedad que en verdad exista. Aunque Marx y Weber hayan dependido de los modelos teóricos y de los tipos ideales, ninguno se arriesgó jamás a alejarse tanto de la realidad (...) Con sus presuntos enfoques de índole estructural e histórico típicoideal, los discípulos de Weber están dejando atrás el alcance y el método científico del maestro para dedicarse simplemente a hacer la caricatura cruel de todo ello.¹⁷²

En *El Capital*, Marx dirige una corrosiva crítica histórica contra uno de los axiomas “morales” de la “economía política clásica”: la mistificación de la laboriosidad y la frugalidad como orígenes de la acumulación capitalista. El papel desempeñado por el poder de policía del Estado en la creación de “trabajadores libres”, forjando las condiciones esenciales de la acumulación originaria de capital industrial al interior de las economías nacionales europeas mediante el cercamiento de tierras y la expropiación, es un tópico remanido por la sociología de inspiración marxista. Sin embargo, en un pasaje que tendría una enorme influencia para las teorías de la dependencia y del sistema mundo Marx apunta también que

[e]l descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista, el

¹⁷⁰ O'Donnell, Guillermo. *El Estado burocrático autoritario*, op. Cit., pp. 28-36; Oszlak, Oscar. “Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio”, en *Estudios CEDES*, vol. 1, n°3, 1978, pp. 1-22; Oszlak, Oscar. “Reflexiones sobre la formación del Estado y la construcción de la sociedad en Argentina”. *Desarrollo Económico*, vol. 21, N°84, 1982, pp. 531-548; Faletto, Enzo. “La especificidad del Estado en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, N° 38, agosto de 1989, pp. 69-87.

¹⁷¹ Lachmann, Richard. *States and Power*. Cambridge, Polity Press, 2010, p. 26.

¹⁷² Gunder Frank, André. “La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología”. *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XIII, N° 3, 1969, pp. 269-331.

saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria* (...) Los tesoros expoliados fuera de Europa directamente por el saqueo, por la esclavización y las matanzas con rapiñas, refluían a la metrópoli y se transformaban allí en *capital*.¹⁷³

Esta cuestión merece dos consideraciones adicionales, que enlazan a la teoría social con la historiografía. La genealogía de la “acumulación originaria” efectuada por Perelmann, cuya sugestiva historización intelectual se desenvuelve en permanente diálogo con la historiografía social, lo conduce a afirmar que

la presentación hecha por Marx de la acumulación primitiva tuvo la infortunada consecuencia de divorciarla de la economía política. (...) En realidad, la acumulación primitiva no sucedió justo antes de la transición al capitalismo europeo, ni estuvo confinada a la región de Europa occidental. La acumulación primitiva puede ser vista teniendo lugar incluso antes de la era del capitalismo. (...) [por otro lado, e]l proceso de la acumulación primitiva no se extiende simplemente antes de la época de la economía política clásica: duró hasta bien entrados los tiempos modernos.¹⁷⁴

David Harvey va un poco más allá al sostener la tesis de la continuidad de esta lógica explotatoria como medio permanente de ajuste (*fix*) -no devaluatorio de los activos fijos existentes- del capital excedente en las economías centrales: “acumulación por desposesión” es el nombre que Harvey da a esta contrapartida permanente de la reproducción ampliada de capital¹⁷⁵.

Notablemente, la crítica de Marx a la “economía política clásica” comparte con ésta uno de sus principales axiomas: el de la *autonomía impolítica* de la lógica capitalista. Según declara metodológicamente el mismo Marx, “[p]ara concebir el objeto de la investigación en su pureza, libre de circunstancias accesorias perturbadoras, hemos de enfocar aquí a todo el mundo comercial como una nación y presuponer que la producción capitalista ha arraigado en todas partes y que se

¹⁷³ Marx, Karl. *El Capital. Crítica a la economía política*. Libro I, Vol. III, Capítulo XXIV, apartado 6 “Génesis del capitalista industrial”). México D.F., Siglo XXI, 2009, pp. 939, 942-943 (subrayado del original).

¹⁷⁴ Perelman, Michael. *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*. Durham y Londres, Duke University Press, 2000, pp. 32-34.

¹⁷⁵ Harvey, David. “El «nuevo» imperialismo: acumulación por desposesión”. *Socialist Register: El nuevo desafío imperial*, 2004, pp. 99-129; Harvey, David. *El nuevo imperialismo*. Madrid, Akal, 2004.

ha apoderado de todos los ramos de la industria.”¹⁷⁶ La economía política se eleva así a la forma más alta de autoconciencia de la legalidad inmanente a la “anatomía” de la sociedad civil como una uniformada realidad capitalista global. Como apunta con rigor Hermann Heller, con ello queda expuesto también que tal presupuesto analítico de Marx

poseería una efectividad plena y firme sólo en el caso de que se pudieran desenvolver los procesos de cambio de la sociedad capitalista monetaria de modo completamente libre de toda clase de obstáculos y trabas extraeconómicas, y singularmente si pudiera mantenerse al margen de toda clase de influencias políticas, de limitaciones y regulaciones estatales.¹⁷⁷

El abordaje sociológico-institucional del fenómeno estatal realizado por Max Weber, canónico para las ciencias sociales contemporáneas¹⁷⁸, provee una explicación alternativa a la concurrencia

¹⁷⁶ Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro I, Vol. 2, Cap. XXII, “Transformación de plusvalor en capital”, nota 21bis. México D.F., Siglo XXI, 2009, p. 715.

¹⁷⁷ Heller, Hermann. *Teoría del Estado*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 272. Así, mientras el poder político estatal juega un papel central en la formación de las condiciones intranacionales e internacionales para el despliegue del capitalismo, la perspectiva marxista, sin embargo, es renuente a toda comprensión extra-económica de los fenómenos políticos. De esta limitación teórica da cuenta el modo en que, para uno de los intentos más sistemáticos de una teoría del Estado marxista, el Estado “se” aparece: “En el capitalismo los productores directos están totalmente *desposeídos* del objeto y de los medios de su trabajo; no solamente están separados en la relación de propiedad económica sino también en la relación de posesión. Se asiste a la emergencia de la figura de “trabajadores libres”, que sólo posee su fuerza de trabajo y no pueden poner en marcha el proceso de trabajo sin la intervención del propietario, representada jurídicamente por el contrato de compra-venta de la fuerza de trabajo. Esta estructura precisa de las relaciones de producción capitalistas es la que hace de la misma fuerza de trabajo una mercancía y la que transforma el plus trabajo en plusvalía. Dicha estructura da lugar, igualmente, en cuanto a las relaciones entre el Estado y la economía, a una *separación* relativa del Estado y del espacio económico (acumulación del capital y producción de plusvalía), separación que está en la base de la armazón institucional característica del Estado capitalista porque delimita los nuevos espacios y campos respectivos del Estado y de la economía. Tenemos, pues, la separación del Estado y del espacio de reproducción del capital, específica del capitalismo: no debe ser percibida como el efecto particular de instancias autónomas por esencia, compuestas de elementos invariantes cualquiera que sea el modo de producción, sino como una característica propia del capitalismo, en la medida en que este último configura nuevos espacios del Estado y de la economía, transformando sus elementos mismos. Tal separación no debe hacernos creer que existe una exterioridad real entre el Estado y la economía, como si el Estado no interviniese en la economía más que de este fuera. *No es -esta separación- más que la forma precisa revestida bajo el capitalismo por la presencia constitutiva de lo político en las relaciones de producción y, por lo mismo, en su reproducción.*” Poulantzas, Nicos: *Estado, Poder y Socialismo*. Siglo XXI, Madrid 1980.

¹⁷⁸ Como es sabido, Weber advierte que una definición científica de la institución estatal es imposible de ser alcanzada por la delimitación de sus fines, históricamente siempre variables y tendencialmente ingentes -la *salus populi*, la gloria del reino, las libertades del individuo, la justicia social, la libertad de mercado, etc.-. La especificidad del Estado institucionalmente considerado, en cambio, se sigue de su medio específico: el Estado moderno, advierte Weber, “reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo”, afirma Weber hacia 1920, “es que el Estado es la única fuente del ‘derecho’ a la violencia”. Producto del despliegue de un progresivo proceso de racionalización de la vida social en Occidente -la secularización como “desmagificación” o “desencantamiento” del mundo-, el estado es una asociación de dominación política especificada por la desvinculación del cuadro administrativo de la propiedad sobre los medios de administración. Según esta formulación canónica, el nacimiento de la burocracia profesional, con su correlativa centralización

entre el despliegue del capitalismo y del estado modernos, que inscribe esta afinidad en el más amplio proceso de racionalización moderna. Históricamente, según Weber,

el «progreso» hacia lo burocrático, hacia el Estado que juzga y administra asimismo conforme a un derecho estatuido y a reglamentos concebidos racionalmente, está en la conexión más íntima con el desarrollo capitalista moderno. La empresa capitalista moderna descansa internamente ante todo en el cálculo. Necesita para su existencia una justicia y una administración cuyo funcionamiento pueda calcularse racionalmente, por lo menos en principio, por normas fijas generales con tanta exactitud como puede calcularse el rendimiento probable de una máquina.¹⁷⁹

Así, la racionalización de la vida social a través de la homogeneización jurídica coactiva que signa al proceso de estatización social desempeña un rol capital en el despliegue del capitalismo moderno, en tanto es condición necesaria para el desarrollo de su orientación en favor de la calculabilidad y previsibilidad. Pero, para Weber, las íntimas conexiones entre el despliegue del Estado moderno y la empresa capitalista racional no se limitan a la fijación del primero como el productor y promotor de las condiciones para el despegue de la segunda: se trata, en realidad de que el mismo estado llega a constituirse en una empresa de dominación regida por la racionalización de la forma empresarial. Según advierte Weber,

[e]l primer indicio de una política económica principesca racional aparece en Inglaterra, en el siglo XIV, (...) en lo que a partir de Adam Smith se denomina mercantilismo. (...) Mercantilismo significa el paso de la empresa capitalista de utilidades a la política. El Estado es tratado como si constara única y exclusivamente de empresas capitalistas; la política económica exterior descansa en el principio dirigido a ganar la mayor ventaja posible al adversario: a comprar lo más barato posible y a vender a precios mucho más caros. El objeto consiste en reforzar el poder de la dirección del Estado hacia fuera. Mercantilismo significa, pues, formación moderna de poder estatal, *directamente*

político-administrativa, es uno de los elementos técnicos distintivos del Estado moderno, que tiene como precondition histórica la expropiación de tales medios al resto de los poderes no estatales -espirituales, estamentales y territoriales-. Ver: Weber, Max. “La política como profesión”, en *El político y el científico*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 49-106; Weber, Max. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, FCE, 1974, pp. 1047-1117 (La “sociología del Estado”, novena sección de *Economía y Sociedad* intitulada “la institución estatal racional y los partidos políticos y parlamentos modernos”, es una compilación de diversos textos realizada por la editora y esposa de Weber Marianne Schnitger)

¹⁷⁹ Weber, Max. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, op. cit., pp. 1061-1062.

mediante aumento de los ingresos del príncipe, e *indirectamente* mediante aumento de la fuerza impositiva de la población.¹⁸⁰

En sus consideraciones en torno a los sus supuestos históricos del Estado actual, Hermann Heller propone, siguiendo esta línea, que “la política económica mercantilista convirtió al Estado en el más fuerte sujeto económico capitalista (...) Pero no sólo dejó a los señores feudales el capital agrario sino que fomentó, lo que pronto sería más importante, en la forma de un poder económico burgués muy potente, el capital móvil financiero, comercial e industrial, al que el Estado liberal dio luego casi absoluta libertad de acción.”¹⁸¹

Importantes aportes de la sociología histórica del Estado, enrolados en lo que Lachmann denomina el “modelo fiscal militar”¹⁸², dan rigurosa cuenta del modo en que las guerras europeas de fines del siglo XVII y principios del XVIII habrían de perfilar decididamente los rasgos de las maquinarias estatales modernas. El doble proceso de concentración de la coerción y el capital delineado por Charles Tilly encuentra en este período un momento decisivo: se trata del ocaso de los ejércitos mercenarios y su paulatino reemplazo por ejércitos nacionales, que las guerras revolucionarias terminan por imponer¹⁸³. Ello implica, para Tilly, complejizar la tesis de Elías respecto al doble monopolio de la violencia y la tributación como distintivos de la estatalización social moderna: según Tilly, “el dúo de Elias (...) representa en realidad las dos voces de un trío. El miembro que falta, el crédito, une el monopolio militar al monopolio fiscal.”¹⁸⁴ La transformación fundamental a este respecto tiene lugar en la naciente República de Holanda: su

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 1053.

¹⁸¹ Heller, Hermann. *Teoría del Estado*, op. cit., p. 153.

¹⁸² Lachmann, Richard. *States and Power*, op. cit., pp. 37-41. Bean, Richard. “War and the birth of the nation-state”. *Journal of Economic History*, V. 33, 1973, pp. 203-221; Mann, Michael. *States, war and capitalism: studies in political sociology*. Basil Blackwell, 1988.

¹⁸³ “Con grandes variantes de un Estado a otro, la contratación de fuerzas armadas sirviéndose de empresarios más o menos independientes culminó en el siglo XVII, y empezó a receder (sic, retroceder) en el XVIII. (...) Los Estados mayores de Europa se habían esforzado durante mucho tiempo por contener a los mercenarios dentro de ejércitos capitaneados por sus propios militares y controlados por sus propios civiles. Con la llegada del siglo XVIII, además, los costes y los riesgos políticos de las fuerzas mercenarias a gran escala indujeron a los soberanos de dichos Estados a alistar en medida creciente a sus propios ciudadanos, y a sustituir con ellos a los mercenarios forasteros siempre que fuera posible. En las primeras etapas de expansión militar con ejércitos contratados, los gobernantes comprobaron que construir ejércitos con su propia población era costoso y políticamente arriesgado; el peligro de resistencias y sublevaciones interiores fue siempre considerable. Las guerras francesas de la Revolución y el Imperio invirtieron esta tendencia, y terminaron con el predominio de los ejércitos mercenarios.” Tilly, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid, Alianza Editorial, 1992, Capítulo 3 “De cómo la guerra forjó estados, y viceversa”, pp. 130-132.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 134.

potencia comercial le permite niveles de tributación directa inéditos que, a su vez, constituyen una incomparable garantía para el crédito público, y permiten así reforzar el poder naval que refuerza su predominio comercial. Así,

[u]na economía intensamente comercial permitió al Estado holandés del siglo XVII seguir la vía que había sido vedada a la vecina Prusia, y que los ingleses, agraciados con un flamante rey holandés, adoptaron en la década de 1690. Al incorporar técnicas fiscales holandesas, los ingleses consiguieron reducir su anterior dependencia de los banqueros holandeses, y con el tiempo superar a Holanda en la guerra.¹⁸⁵

En torno a la década 1690 comenzaba lo que Dickson denomina la “revolución financiera inglesa”, incentivada por la transformación del sistema de crédito público que siguió al ascenso al trono de Guillermo III, que eventualmente le permitiría triplicar el presupuesto estatal¹⁸⁶. Precisamente en 1694 fue erigida la corporación del “Gobernador y Compañía del Banco de Inglaterra”¹⁸⁷, cuyo temprano involucramiento en compañías coloniales siguiendo el ejemplo holandés -de cuya crisis en 1720 no estaría exento-, sus eventuales monopolios de la banca por acciones y de la emisión de bonos jugarían un importante papel en Reino Unido, consolidando su posición a mediados de siglo: la plaza londinense supera a la de Ámsterdam, y sus funciones de financista del gobierno permiten reducir para entonces la tasa de interés de mercado al 3%. A lo largo del siglo XVIII, el Reino Unido se convierte en la primera potencia naval, industrial y comercial del planeta, sobre la cual podía afirmarse -y la eventual derrota de Napoleón parece probarlo-, que “*non est potestas super terram quae comparetur ei*”.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 141. David Stasavage matiza la reflexión de Tilly, al incorporar las dimensiones territoriales y político-institucionales como variables decisivas en la determinación de esta tendencia: así, por caso, si la pequeña extensión facilitó la tributación en las pequeñas repúblicas comerciales de la temprana modernidad, en cambio su sistema político oligárquico tendría efectos más ambiguos, al desalentar la innovación económica y tender a tornarlas en repúblicas rentísticas. Stasavage, David. *States of Credit: Size, Power, and the Development of European Polities*. Princeton, Princeton University Press, 2011.

¹⁸⁶ Dickson, Peter. *The Financial Revolution in England. A study in the development of Public Credit. 1688-1756*. Nueva York, Routledge, 2017 (1967, 1993), especialmente pp. 3-198.

¹⁸⁷ Kynaston, David. *Till Time's Last Sand: A History of the Bank of England 1694-2013*. Bloomsbury Publishing, 2017, especialmente pp. 9-103. Andreades, Andreas Michael. *History of the Bank of England. Two volumes in one. 1640-1903*. Londres, P. S. King & son, 1909.

La neutralización económica de lo político: historia de una idea.

En la década de 1920 Carl Schmitt afirmó que “el Estado moderno parece haberse convertido efectivamente en aquello que Max Weber ve en él: una gran empresa”¹⁸⁸. La posibilidad de que la economía constituyera una esfera de la existencia puramente social y, en cuanto tal, políticamente neutral, fue inscrita por Schmitt en la serie de desplazamientos del centro de gravedad de neutralización de lo político que definieran la vida espiritual del Occidente moderno. Desde el ángulo de la historia espiritual, para este jurista se trata del corolario político-estatal de un largo proceso de neutralización iniciado en el siglo XVII, y que “culmina consecuentemente en la tecnificación general.”¹⁸⁹ Según Schmitt,

[e]l Leviatán como *magnus homo*, en tanto persona estatal soberana en forma divina, fue destruido desde el interior en el siglo XVIII. (...) Sin embargo, su obra, el Estado, le sobrevivió como un ejecutivo bien organizado, un ejército y policía con un aparato administrativo y judicial, así como con una burocracia muy funcional y profesionalmente preparada. Desde este momento, el Estado aparece siempre bajo la imagen del mecanismo y de la máquina. También el desarrollo del concepto de derecho y de ley va de la mano con el proceso anterior. Debido a que el Estado de los príncipes absolutos debía ser vinculado jurídicamente por la ley y, de esta manera, ser transformado de Estado-potencia y Estado-policía en «Estado de derecho», también la ley se transformó y se volvió un medio técnico para domar al Leviatán. (...) La ley devino un instrumento técnico, destinado a hacer calculable el ejercicio del poder estatal.¹⁹⁰

Según Schmitt, a lo largo del siglo XIX el campo de fuerzas de neutralización de lo político pasa progresivamente del humanitarismo moralista hacia la estetización romántica y de allí a la economía, hasta desembocar en un siglo XX dominado por la tesis de la neutralización técnica¹⁹¹.

¹⁸⁸ Schmitt, Carl. *Teología política*, op. Cit., p. 73.

¹⁸⁹ Schmitt, Carl. *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes Sentido y fracaso de un símbolo político*. México D.F., UAM, 1997, p. 89.

¹⁹⁰ *Ibid.*, pp. 125-126. Según sugiere Schmitt, la ciencia política de Hobbes es inescindible del concepto barroco de arte, todavía no moderno en el sentido de inscribirse en un contexto previo a la especialización técnico-científica y división del trabajo: “a lo largo del texto mismo, el Leviatán es mencionado solamente tres veces. Exactamente al principio se dice que la *civitas* o *res publica* es un gran hombre, un gran Leviatán, un ente artificial, un *animale artificiale*, un *automaton* o una *machina*. Aquí se menciona, sin explicaciones o aclaraciones al respecto, la expresión «*magnus ille Leviathan*» para denotar al gran hombre y a la gran máquina, de manera que desde este momento tenemos ante nosotros tres imágenes: un gran hombre, un gran animal y una gran máquina producida por el arte y la creatividad humana.”

¹⁹¹ Schmitt, Carl. “La era de las neutralizaciones y despolitizaciones”, en Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid, Alianza, 2009, pp. 107-122.

La irrupción de la economía como sector dominante de la existencia (espiritual y material) permitió una novedosa neutralización de las “representaciones éticas”: en especial, “la «neutralidad en cuanto a los valores» de la empresa, configuración que, nacida de la economía, se impone a todos los tipos de actividad, pone fin a las controversias religiosas, metafísicas o éticas sobre los fundamentos del orden político.”¹⁹²

En *La gran transformación*, Karl Polanyi supo dar nuevo relieve al carácter histórico del proceso de naturalización de la sociedad de mercado, remontando al siglo XVIII su genealogía de la trabajosa destrucción de las sociedades tradicionales y su correlativo reemplazo por la nueva sociedad mercantil; su triunfo sería la precondition para el auge del determinismo económico decimonónico, cuya crisis –por izquierda y derecha– se tornó palmaria hacia el siglo XX. Según este autor, las cuatro instituciones en que se asentaba la “civilización” decimonónica (el sistema de equilibrio entre las grandes potencias europeas, el patrón-oro internacional, el mercado autorregulador, y el Estado liberal) tenían por fundamento “una idea puramente utópica”: “la idea de un mercado que se regula a sí mismo”; de modo que las “leyes que gobiernan la economía de mercado” proveerían “la clave del sistema institucional del siglo XIX”.¹⁹³

Hacia mediados de la década de 1970 Michel Foucault ensayó una superación del prejuicio epistemológico dominante en torno a la negatividad del poder, que en las ciencias humanas tendiera a visibilizar únicamente sus dimensiones o funciones “extractivas” y “represivas”: por entonces se propuso, según indicaba programáticamente, “analizar el poder al margen del modelo del Leviatán, al margen del campo delimitado por la soberanía jurídica y la institución del Estado (...) analizarlo a partir de las técnicas y tácticas de dominación.”¹⁹⁴ En *Vigilar y castigar* Foucault reconstruyó la emergencia y veloz proliferación de las novedosas técnicas disciplinarias surgidas en el seno de las

¹⁹² Kervégan, J.-F. *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*. Madrid, Escolar y Mayo, 2007, pp. 103-104.

¹⁹³ Polanyi, Karl. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid, La Piqueta, 1989, pp. 25-26.

¹⁹⁴ Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 42. “Mi trabajo”, afirma Foucault algo después, “no está dirigido a una historia de instituciones o una historia de ideas, sino a la historia de la racionalidad tal como funciona en las instituciones y en la conducta de las personas. La racionalidad es lo que programa y guía la totalidad del comportamiento humano. Existe una lógica tanto en las instituciones como en la conducta de los individuos y en las relaciones políticas. Hay racionalidad incluso en las formas más violentas. Lo más peligroso, en la violencia, es su racionalidad. Por supuesto, la violencia es en sí terrible. Pero la violencia encuentra su raíz más profunda y extrae su permanencia de la forma de racionalidad que utilizamos. Se ha argumentado que, si vivimos en un mundo de razón, podemos deshacernos de la violencia. Esto es totalmente falso. Entre la violencia y la racionalidad no hay incompatibilidad.” Foucault, Michel. *Dits et écrits*, Tomo III (1976-1979). Paris, Gallimard, 1994, texto N° 272, p. 803 (traducción propia).

grandes monarquías administrativas: la vertiginosa expansión del poder disciplinario en el Occidente moderno, expresado en las instituciones de encierro (el hospital, la prisión, la escuela, la fábrica) y sus “métodos de buen encauzamiento” (vigilancia jerárquica, examen y sanción normalizadora), inauguró una era anatomopolítica que habría de desbloquear una serie de saberes microfísicos del poder cuya comprensión ya no podría ser reconducida –o reducida– a los términos globales del discurso jurídico-político de la soberanía. En este marco, Foucault presentó una contracara mucho menos atendida de la relación entre el estado moderno y la emergencia del capitalismo que la mera negatividad de la destrucción de las sociedades tradicionales. Foucault advierte que, en un nivel microfísico, las tecnologías disciplinarias desplegadas en el seno de las monarquías absolutistas desempeñaron un papel productivo capital en el despliegue de las sociedades capitalistas modernas: los dispositivos disciplinarios produjeron, en primer lugar, cuerpos más “dóciles” y “productivos”, indispensables para el desarrollo de la industria capitalista moderna; luego, su progresiva coordinación a nivel estratégico –la gubernamentalización emprendida a partir de su progresiva colonización estatal– habilitó una resolución global del “problema” de las poblaciones flotantes por medio de la identificación y el asentamiento; finalmente, como reverso permanente de la expansión de la igualdad jurídica primero, y de la democracia parlamentaria más tarde,

[l]as disciplinas reales y corporales [constituyeron] el subsuelo de las libertades formales y jurídicas. El contrato podía bien ser imaginado como fundamento ideal del derecho y del poder político; el panoptismo constituía el procedimiento técnico, universalmente difundido, de la coerción. No ha cesado de trabajar en profundidad las estructuras jurídicas de la sociedad para hacer funcionar los mecanismos efectivos del poder en oposición a los marcos formales que se había procurado.¹⁹⁵

En la trilogía de cursos dictados en la segunda mitad de la década de 1970 en el *College de France*, Foucault avanzó una analítica del fenómeno estatal en el marco del más amplio programa de investigación de las “gubernamentalidades” o de las “racionalidades de gobierno”. Según sostuvo por entonces, “vivimos en la era de la gubernamentalidad, descubierta en el siglo XVIII (...) Lo importante para nuestra modernidad, es decir, para nuestra actualidad, no es entonces la estatización de la sociedad, sino más bien lo que yo llamaría «gubernamentalización del

¹⁹⁵ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 221-224.

Estado».”¹⁹⁶ En suma, “es preciso comprender las cosas no como el reemplazo de una sociedad de disciplina por una sociedad, digamos, de gobierno. De hecho, estamos ante un triángulo: soberanía, disciplina y gestión gubernamental, cuyo blanco principal es la población y cuyos mecanismos esenciales son los dispositivos de seguridad.” Según la genealogía foucaultiana, “gobierno, población, economía política, constituyen a partir del siglo XVIII una serie sólida que, sin duda, ni siquiera hoy está disociada.”¹⁹⁷

La emergencia de las “poblaciones” como novedoso problema y objetivo de la naciente biopolítica y la crisis de la racionalidad pastoral cristiana inducida por la Reforma proveen las coordenadas en que se despliega un conjunto de novedosas tecnologías políticas que desbordan el “Estado territorial” y su aparato diplomático-militar, y que Foucault reúne en la categoría de “Estado de población”. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, y bajo las exigencias impuestas por el juego interestatal de las soberanías territoriales, las doctrinas de la “razón de estado” habrían de encontrar en la policía el medio idóneo para el fortalecimiento del cuerpo político: a este respecto, el cameralismo y el mercantilismo, aun cuando emprendieron una reflexión que se enmarca en los albores de la “economía política” en sentido lato, no escapan sin embargo a la circularidad de la razón de estado, en cuanto el fortalecimiento vital y productivo de la población y su correlativo aumento de la capacidad tributaria son medios orientados al incremento de la gloria y poder del soberano¹⁹⁸.

La emergencia de la gubernamentalidad liberal, anticipada en cierto modo por la reflexión fisiocrática, se hizo patente en la cuestión de los granos en la Francia de mediados del siglo XVIII, cuando la libre circulación de mercancías surgió como una respuesta teórica novedosa al problema de la escasez. Foucault no se interesa por el modo en que el liberalismo político había apelado al repertorio del discurso jurídico-político para estructurar una limitación “externa” al poder estatal;

¹⁹⁶ Foucault, Michel. *Seguridad, Territorio, Población. Curso en el College de France (1977-1978)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006., p. 137.

¹⁹⁷ Foucault, *Ibíd.*, p. 135.

¹⁹⁸ “Mutación profunda y a la vez continuidad respecto del pastorado cristiano, la razón de Estado articula la salvación, la obediencia y la verdad en una remisión tautológica a sí misma. El Estado es el objeto de esta racionalidad gubernamental, es el principio de inteligibilidad de este saber y esta práctica de gobierno. El Estado constituye la idea reguladora, la forma de concebir, analizar definir la naturaleza y las relaciones entre hombre y cosas que son objeto del gobierno. Es el objeto del gobierno, pero es también su objetivo: el gobierno del estado está orientado circularmente a su conservación, su fortalecimiento es su objeto y su objetivo.” Noretto, Luciano. *Michel Foucault y la política*. San Martín, Universidad Nacional de San Martín, 2013, p. 177.

por el contrario, encuentra en la “economía política”, tal como empieza a perfilarse desde mediados del siglo XVIII, un nuevo régimen de discurso gubernamental que, en oposición conceptual al paradigma de la soberanía, funda por primera vez un principio de limitación interna a la misma razón gubernamental no basada ya en la “maldad natural del hombre”, sino en la “naturaleza de las cosas”. Si el acceso al “orden natural” de la ciencia económica fisiocrática pretendía revelar al déspota ilustrado la totalidad de la vida económica de la sociedad -de allí tanto su vocación fatalmente estadística, como su preferencia política por un gran estado agrario¹⁹⁹-, con su invención de la estructura conceptual de los mercados autorregulados la economía política liberal o clásica importa una verdadera ruptura epistémica, al fundar una nueva grilla de intelección que declara imposibles las totalizaciones de lo social que hasta entonces constituyeran el ideal orientador de la soberanía.²⁰⁰ Así, como ha sintetizado recientemente Ellen Meiksins Wood,

[l]os economistas políticos clásicos no fueron los primeros en la historia en reflexionar sobre los procesos de producción, apropiación y distribución en tanto asuntos principales de la disciplina económica, ni los ingleses o los escoceses fueron los primeros en teorizar sobre los «circuitos» económicos autopropulsados. Pero nunca antes del advenimiento del capitalismo había sido posible concebir los procesos económicos abstraídos de las relaciones y prácticas «no económicas», operando de acuerdo a sus propias y distintivas leyes, las leyes puramente «económicas» del mercado, y sin la integración impuesta por un «despotismo legal» a la manera fisiocrática; nunca antes había sido posible conceptualizar «la economía» con sus propias formas de coerción, a las que no parecían aplicarse las categorías políticas. Las «leyes» de la oferta y la demanda, la producción y distribución de bienes o la formación de salarios y precios podrían, a los efectos de la «ciencia» económica, ser tratados como mecanismos impersonales; y los seres humanos podrían percibirse en la esfera económica como factores abstractos de producción, cuyas

¹⁹⁹ “Los *economistes* franceses, quienes desarrollaron un sentido particularmente agudo de los peligros del comercio a mediados del siglo XVIII, preferían firmemente una gran monarquía territorial para anclar su riqueza y poder en una base agrícola fuerte. El lenguaje severamente analítico que Quesnay y sus compañeros miembros de secta desplegaron en su teoría económica no debería ocultarnos el hecho de que, como teóricos políticos, los economistas justificaron su preferencia por la estabilidad de un estado agrícola en términos muy similares a los de los teóricos ingleses y escoceses de la sociedad comercial. Al igual que el de sus homólogos en Gran Bretaña, su vocabulario político asociaba comercio y libertad, presentando su propia defensa de las monarquías civilizadas modernas en términos de un análisis sofisticado de las ventajas y desventajas relativas del gobierno republicano y monárquico.” Dunn, John. *The Economic Limits to Modern Politics*, Cambridge University Press, 1992, 41-120, aquí p. 45 (traducción nuestra)

²⁰⁰ Foucault, Michel. *Defender la sociedad...*, *op. cit.*, pp. 24-89.

relaciones entre sí eran muy diferentes de las relaciones de poder, dominación y subordinación que definían la esfera política, la esfera de gobernantes y súbditos o ciudadanos y estados.²⁰¹

El recorrido emprendido permite advertir que la aparente antinomia entre la soberanía y la economía política puede ser mejor comprendida en su historicidad como un proceso problemático. Concurrente en su origen a la misma modernidad política, hemos seguido a la sociología histórica en su análisis de la creación político-estatal de las condiciones en que habría de emerger la economía capitalista: en especial, hemos identificado el papel que la guerra europea habría jugar en imponer la formación del moderno sistema financiero basado en el gran crédito público. Luego, hemos ensayado una breve historia de las pretensiones de neutralización económica de lo político: este hilo conductor nos ha conducido a comprender la emergencia de la “economía política clásica” como una nueva racionalidad gubernamental estratégicamente enderezada a neutralizar su genealogía, “descubriendo” -o inventando- en la institución del mercado un origen y una naturaleza de la armonía social que se aparta del repertorio histórico y jurídico, y que pretende también dar cuenta de las relaciones entre las sociedades más allá del estado natural de guerra que presupone el sistema cerrado de la soberanía²⁰².

Las instituciones del Leviatán: Ejército permanente y crédito público.

El hito fundacional de la historiografía *whig*, la Revolución inglesa de 1688, sería uno de los motivos preferidos del movimiento liberal de la Francia en el absolutismo tardío, y su mito alcanzaría una plasticidad impar en la historiografía liberal francesa de los 40 años posteriores. El acceso al trono inglés de Guillermo III ha sido uno de los asuntos principales de la historia intelectual centrada en la tradición inaugurada retrospectivamente por Locke. Con agudo sentido histórico, Pocock prefiere apartarse de esta revolución política como “eje” de su historia intelectual, para centrarse en el modo en que sus eventuales consecuencias sociales, económicas y políticas se

²⁰¹ Meiksins Wood, Ellen. *Liberty and Property. A Social History of Western Political Thought from Renaissance to Enlightenment*. Londres, Verso, 2012, p. 316.

²⁰² Sobre el tema remitimos asimismo a: Rosanvallon, Pierre. *El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2006, especialmente pp. 41-134.

inscribieron en la conciencia de la época. Así, el eje desde el cual aborda el pensamiento político intersecular se define por la toma de conciencia, con el fin de la Guerra de los Nueve Años, de “que Inglaterra era ya una potencia agresiva que tenía necesidad de un ejército de soldados profesionales permanente y de un endeudamiento a largo plazo, y que su implicación en guerras extranjeras estaba de una manera u otra conectado con el hecho de practicar un comercio extranjero cada vez más extenso”²⁰³, en un espacio de experiencia signado por “[l]a «revolución financiera» de mediados de la década de 1690 y, veinte años después, la Ley Septennial, que formó la piedra angular de lo que J. H. Plumb ha denominado «el crecimiento de la oligarquía».”²⁰⁴ Lo que por entonces intensificó el gran debate intelectual según este autor

no fue la revolución política de 1688, sino su consecuencia en gran parte imprevista, la llamada «revolución financiera» de la década de 1690; y esto enfrentó la ideología de la propiedad real con una amenaza de las operaciones no de un mercado comercial, sino de un sistema de crédito público. A muy alta velocidad se creó una nueva clase de inversionistas grandes y pequeños –Locke fue uno de ellos– que habían prestado al gobierno un capital que se estabilizó y amplió enormemente, y vivió desde entonces con expectativas de un retorno (a veces comercializable) de sus inversiones. Las clases terratenientes, y más aún sus ideólogos a derecha e izquierda, veían en este proceso una expansión revolucionaria menos de un mercado comercial y manufacturero que de un sistema de mecenazgo parlamentario. Llamaron a esto «crédito público», un modo de propiedad que hacía al gobierno dependiente de sus acreedores, y a éstos dependientes del gobierno, en una relación incompatible con la virtud clásica o agraria. Era una propiedad no en los medios de producción, sino en las relaciones entre el gobierno y el

²⁰³ Pocock, J.G.A. *El momento maquiavélico*, op. Cit., p. 547.

²⁰⁴ “En la primera de ellas se crearon las grandes instituciones de crédito público -el Banco de Inglaterra, la Deuda Nacional y, menos auspiciosamente, la Compañía del Mar del Sur- que trajeron al régimen posrevolucionario la estabilidad política, fundada en una gran clase de inversionistas, Y los recursos financieros necesarios para hacer la guerra en Europa, para absorber una Escocia ardientemente deseosa de oportunidades comerciales y para perseguir imperio en el Atlántico, el Mediterráneo y la India. En el segundo -después de dos décadas de rebelión Country y Tory contra la guerra, los impuestos altos, y el gobierno por el patrocinio y la finanzas- la aristocracia y la nobleza parlamentarias deliberadamente se movieron para reducir la competitividad de la política incluso si esto significó confirmar la supremacía de la influencia y del patronazgo. Los largos términos parlamentarios y las elecciones incontestadas abrieron el camino a la Inglaterra de Walpole y Newcastle, y la Escocia de los duques de Argyl.” Pocock, John. *Virtue, Commerce, and History*, op. cit., pp. 76-77. (traducción propia)

individuo, por lo demás un individuo propietario; estas relaciones podrían ellas mismas ser «apropiadas», y podrían ser medios de apropiarse de personas.²⁰⁵

Pocock advierte que la gran transformación del “debate augústeo” no consiste en una oposición teórica entre intereses hacendados y comerciales²⁰⁶, sino que se estructura más bien en relación al desafío que para ambos supone la emergencia del crédito público:

El crédito era una fuerza nueva en el mundo, y se podía temer más allá de los límites; pero en el mundo moderno temprano del siglo XVIII, no era la única fuerza en acción. Era posible imaginar un escenario en el que los «intereses monetarios» predominaran sobre los «intereses hacendados», e incluso sobre los «intereses comerciales» (...) pequeños corredores de acciones, soldados ambiciosos y sus partidarios políticos podían conducir al país a una guerra sin límites, que podía incrementar la carga de la deuda pública y aumentar la capacidad de la corona para corromper al parlamento.²⁰⁷

Así considerado, “el *novus ordo seclorum* en la historia inglesa fue la reconstrucción de un ejército regimental y profesional que Guillermo pudiera usar en *sus* guerras, y del sistema inglés de finanzas públicas para sostenerlo.”²⁰⁸ La cuestión del ejército permanente y sus implicancias para la libertad política inglesa habían sido un tópico recurrente desde el ciclo revolucionario iniciado a mediados del siglo XVII, y había ganado una centralidad fundamental en el último cuarto del siglo. Para los neomaquiavelianos de la época augústea, la entera estructura política y social, incluido el equilibrio constitucional entre estamentos y poderes, “se encontraba en peligro por la presencia en el escenario social de nuevos tipos humanos cuya subsistencia económica no era la propiedad sino pensiones, cargos, créditos, fondos... que hacían de ellos sujetos dependientes del poder ejecutivo y, por tanto, incapaces para la virtud”²⁰⁹: en esencia, se trata de una fuente de corrupción asociada a la destrucción del equilibrio constitucional por medio de la generación de un interés permanente entre el ejecutivo y un ingente funcionariado que, integrando también el Parlamento, podía pasar a formar parte del sistema de patronazgo ministerial. Apoyada en una

²⁰⁵ *Ibid.*, pp. 68-69. (traducción propia)

²⁰⁶ En polémica con la historia social británica de inspiración marxista, Pocock afirma que “[e]l debate augústeo no opuso la causa agraria a la causa empresarial, el feudo al mercado, y no parece legítimo afirmar que esa polémica haya surgido y tenga una primera toma de conciencia en el conflicto entre propiedad mobiliaria e intereses financieros.” Pocock, John. *El momento maquiavélico*, *op. cit.*, p.544.

²⁰⁷ Pocock, John. “Afterword: The Machiavellian Moment...”, *op. cit.*, p. 219.

²⁰⁸ Pocock, John. “Standing Army and Public Credit: The Institutions of Leviathan”. En Hoak, Dale y Feingold, Mordechai (eds.). *The World of William and Mary, Anglo-Dutch Perspectives on the Revolution of 1688-89*. Stanford, Stanford University Press, 1996, pp. 87-103, aquí p. 94 (traducción nuestra).

²⁰⁹ Pocock, John. *El momento maquiavélico*, *op. Cit.*, p. 547.

republicana intrincación entre la virtud cívica y la propiedad rural, e invocando los peligros que el ejército mercenario había supuesto para la libertad de Roma, la protesta contra la combinación del crédito público y el ejército profesional permanente –con la vasta provisión de empleos que le es propia– como potencial corruptora del equilibrio constitucional llega a ser un motivo central de la ideología *country* de los viejos *Whigs*, y de parte de los *tories* luego de perder el favor de la corte. Desde 1720 éste se encuentra en manos de los “nuevos” *court whigs*, quienes para 1760 habrán abandonado definitivamente la teoría contractualista en favor de la prescripción como fundamento de la autoridad política ²¹⁰. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII inglés, también el neomaquiavelismo cae definitivamente “bajo las largas sombras de «la antigua constitución», «los dos cuerpos del rey» y «el equilibrio inigualable» de los reyes, señores y comunes”, en que la invocación a la virtud de cualquiera de las partes del reino “podía ser presentada preservando la *virtù* amenazada por la corrupción de sus socios”²¹¹. Pero este eclipse inglés de la “economía política neomaquiaveliana”²¹², tendría su contrapartida en su recepción británica allende el océano²¹³.

En el marco de la crítica situación fiscal y crediticia de los nacientes Estados Unidos, Alexander Hamilton sería quien en una serie de escritos²¹⁴ en respuesta a las consultas permanentes del Congreso habría de delinear, inspirándose en la economía política mercantilista tardía de Steuart más que en la liberal clásica de Smith²¹⁵, los trazos fundamentales de la primera gran política

²¹⁰ Dickinson, Harry T. *Liberty and Property: Political Ideology in Eighteenth-Century Britain*. Holmes & Meier Pub, 1979, pp. 102-162.

²¹¹ Pocock, J.G.A. “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion...”, *op. cit.*, p. 13.

²¹² Precisamente ese nombre lleva el capítulo XIII de su *Momento maquiavaliano*, dedicado a los siguientes cincuenta años que siguen a la Revolución Financiera. Ver: Pocock, John. *El momento maquiavélico*, *op. Cit.*, pp. 513-562.

²¹³ Pocock, John. *El momento maquiavélico*, *op. cit.*, 635-644. Acerca de la literatura hobbesiana y sus controversias epocales: Downes, Paul. *Hobbes, Sovereignty, and Early American Literature*. Cambridge, Cambridge University Press, 2015, especialmente pp. 69-85.

²¹⁴ Hamilton, Alexander. “First Report on the Further Provision Necessary for Establishing Public Credit” 13 de diciembre de 1790, disponible en: <https://founders.archives.gov/?q=Ancestor%3AARHN-01-07-02-0227&s=1511311111&r=4>; “Second Report on the Further Provision Necessary for Establishing Public Credit (Report on a National Bank)”, 13 de diciembre de 1790, disponible en: <https://founders.archives.gov/?q=Ancestor%3AARHN-01-07-02-0229&s=1511311111&r=3>; “Report on the Subject of Manufactures”, 5 de diciembre de 1791, disponible en: <https://founders.archives.gov/?q=Ancestor%3AARHN-01-10-02-0001&s=1511311111&r=7>. Ver: Murray, Joseph A. *Alexander Hamilton: America's forgotten founder*. New York, Algora Publishing, 2007, pp. 121-151.

²¹⁵ Perelman, Michael. *The Invention of Capitalism*, *op. cit.*, pp. 244-245. Adam Smith no sería un autor relevante en el pensamiento estadounidense sino hasta principios del siglo XIX, cuando ingresaría en la currícula universitaria (Appleby, Joyce. *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*, *op. cit.*, p. 4)

económica estadounidense impulsada por el partido federalista, y dirigida a proveer de circulante a las ex colonias, brindar recursos propios al tesoro nacional en formación, recuperar el crédito nacional, y desarrollar las capacidades manufactureras y navales nacionales. Los ardorosos debates posteriores a la sanción de la constitución federal encuentran a Hamilton argumentando en favor de la nacionalización de las deudas estatales y la amortización total de la deuda nacional a valor nominal, la implementación de diversas medidas arancelarias, y la creación de una entidad bancaria nacional basada en el modelo del Banco de Inglaterra como pivote de su plan²¹⁶. Esta última cuestión, la erección de un Banco Nacional, es motivo de un contrapunto entre Hamilton y Jefferson, que llegaría a ser la primera gran polémica de interpretación de la constitución federal de 1787. Mientras el último consideraría el Estado Federal incompetente para establecer un Banco, el primero afirmaría la competencia del gobierno federal a través de lo que luego se conocería como teoría de los “poderes implícitos” de la constitución federal. En el Congreso se despertó una encendida disputa en que las disensiones en torno a la conveniencia política se solaparon con aquellas relativas a su constitucionalidad. Finalmente, la ley de creación del (primer) Banco Nacional hamiltoniano se aprobó en febrero de 1791, con el apoyo fundamental de los estados novoiingleses y del atlántico medio y el rechazo principal de los sureños.²¹⁷

Las instituciones del crédito público y el ejército permanente nacionales pergeñados por Hamilton habrían de consolidar a un nuevo partido de oposición: en especial, el Banco Nacional sería un objetivo principal contra el que el naciente partido demócrata-republicano movilizaría su base rural. La crítica de estos sectores no giraría tanto en torno a la injusticia económica que podía percibirse en el pago nominal de las deudas -en tanto los soldados de la independencia habían malvendido la deuda pública recibida en recompensa de sus servicios-, o acerca de si la deuda pública podría funcionar efectivamente como nuevo capital circulante; en cambio, sus críticos comienzan a definir al sistema hamiltoniano como una amenaza a la libertad y la virtud republicana,

²¹⁶ Perkins, Edwin J. *American Public Finance and Financial Services, 1700-1815*. Columbus, The Ohio State University Press, 1994; Cowen, David Jack. *The Origins and Economic Impact of the First Bank of the United States, 1791-1797*. New York, Garland Publishing, 2000.

²¹⁷ Klubes, Benjamin B. “The First Federal Congress and the First National Bank: A Case Study in Constitutional Interpretation”. *Journal of the Early Republic*. Vol. 10, N° 1, primavera, 1990, pp. 19-41; y muy especialmente: Reid, Charles J. “America's First Great Constitutional Controversy: Alexander Hamilton's Bank of the United States”. *Legal Studies Research Paper* N° 16-21, University of St. Thomas School of Law, septiembre de 2016. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2841459>

vinculándolo con impuestos excesivos, corrupción política y la creación de una aristocracia y un ejército permanente, pero también advirtiéndole que el secretismo que rodeaba a la oscura ciencia de las finanzas no podía tener otro objeto que sustraerse a la opinión pública para engañarla y traicionarla.²¹⁸

La llegada de Jefferson a la presidencia en 1801, sin embargo, no implicaría la disolución del Banco. Trece años ocuparía Albert Gallatin el puesto de secretario del Tesoro para el que fuera designado por Jefferson, a lo largo de los cuales quien había sido un fervoroso crítico del sistema de financiero pergeñado por Hamilton se abstendría de avanzar contra sus pilares²¹⁹. En 1806, con la oposición tanto de Hamilton como de Gallatin, el primer Banco Nacional sería parcialmente privatizado. Bajo la presidencia de Madison (1809-1817) su carta expiraría sin renovación del Congreso (1811), dando inicio a un debate que se extendería a lo largo de toda la década. La experiencia de una presidencia débil en el marco de la guerra de 1812 impulsaría a Madison a cambiar de opinión respecto al Banco y, en 1816, el Congreso crearía el segundo Banco Nacional de inspiración hamiltoniana, que renovarían las protestas de Jefferson²²⁰. Desde mediados de la segunda década el activo círculo neohamiltoniano capitaneado por Andrew Carey comienza una fuerte campaña por la protección tarifaria en de la industria que, consolidada en 1824²²¹, inicia el “despegue proteccionista estadounidense”²²². Friedrich List, hasta entonces librecambista seguidor de Smith, descubriría en los escritos de la Sociedad Filadelfia para el Fomento de la Industria Nacional durante su exilio estadounidense (1825-1830), los fundamentos para su posterior

²¹⁸ Schmeller, Mark. “The Political Economy of Opinion: Public Credit and Concepts of Public Opinion in the Age of Federalism”. *Journal of the Early Republic*, Vol. 29, N°1, 2009, pp. 35-61.

²¹⁹ Hacia 1830, Gallatin sostenía la necesidad de reformar la exigencia de autorización legal para la recepción de depósitos o el descuento de notas o billetes, que sólo podía haber tenido un fin transitorio, mientras que consideraba indiscutible la indispensable autorización legal para emitir dinero circulante. Cfr.: Gallatin, Albert. *Considerations on the Currency and Banking System of the United States*, s/e, 1831, p. 95 y ss.

²²⁰ Jefferson, Thomas. “Bank-paper must be suppressed, and the circulating medium must be restored to the nation to whom it belongs.” Carta a John Wayles Eppes, 11 de septiembre de 1813, disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-06-02-0388>); “I sincerely believe with you, that banking establishments are more dangerous than standing armies; & that the principle of spending money to be paid by posterity, under the name of funding, is but swindling futurity on a large scale” Jefferson, Thomas, Carta a John Taylor, 28 de mayo de 1816, disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-10-02-0053>); “The bank mania (...) is raising up a moneyed aristocracy in our country which has already set the government at defiance”. Jefferson, Thomas. Carta a Josephus B. Stuart, 10 de mayo de 1817, disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-11-02-0287>

²²¹ Rothbard, Murray N. *The panic of 1819. Reactions and Policies*. Auburn, Ludwig von Mises Institute, 2002 [1962], p. 148-169.

²²² Hudson, Michael. *America's Protectionist Takeoff: 1815–1914*. Islet, 2010, pp. 57-174.

teorización sobre la economía nacional como ámbito relativamente autónomo entre la economía doméstica y la cosmopolita.²²³

El “sistema” de Law

En las postrimerías del reinado de Luis XIV Francia estaba sumida en una grave crisis fiscal inducida, entre otros factores, por el fatigoso ciclo de guerras en que el reino se había complicado. Bajo la Regencia del duque de Orleans, Francia recurre al expediente de una nueva institución bancaria nacional, una proposición cuyos antecedentes se remontaban al final del reinado del “Rey Sol”²²⁴: la inestabilidad del absolutismo tardío, época, por igual, de grandes proyectos de reforma y crisis ministeriales, le impone peculiares características; en este sentido los ministerios de Law y Turgot son ensayos en sentidos opuestos.

Luego de la cesación de pagos de 1713 (la tercera en un siglo), rescatar el crédito público, amortizar las deudas existentes y ordenar la situación monetaria eran objetivos inmediatos de la política fiscal del reino; por otra parte, la reducción de la acuñación de metálico dispuesta como salvaguarda de las cuentas públicas –en virtud del bimetalismo francés, el soberano fijaba por decreto el valor de referencia de la unidad de cuenta–, hacía deseable el recurso a medios alternativos de crédito comercial. El escocés John Law, quien se había tornado en un activo publicista en favor del dinero bancario²²⁵ luego de conocer por cuenta propia la revolución

²²³ Faur, David Levi. “Friedrich List and the political economy of the nation-state”. *Review of International Political Economy*. Vol. 4, N° 1, 1997, pp. 154–178; Wendler, Eugen. *Friedrich List (1789-1846) A Visionary Economist with Social Responsibility*. Springer-Verlag Berlin Heidelberg, 2015, especialmente pp. 101-227; Strath, Bo. “Mitteleuropa: From List to Naumann”. *European Journal of Social Theory*, Vol. 11 N° 2, 2008, pp. 171-183.

²²⁴ Herlaut, Colonel. “Projets de création d'une Banque Royale en France à la fin du règne de Louis XIV (1702-1712)”. *Revue d'histoire moderne*, T. 8e, N° 7, 1933, pp.143-160.

²²⁵ En lo que suele considerarse un antecedente de la teoría cuantitativa del dinero, Law había atribuido en su *Money and Trade* la devaluación de la moneda escocesa a las fluctuaciones del volumen de metálico que ingresaba a Europa desde las colonias americanas españolas (“*The reason is plain, why silver has increased more in quantity than in demand: the Spaniards bring as great quantities into Europe as they can get wrought out of the mines, for it is still valued tho' none of it come into Britain, yet it will be of less value in Britain, as it is in greater quantity in Europe.*” En razón de ello, había propuesto el establecimiento de un sistema de dinero fiduciario apoyado en el más estable precio de la tierra. Law, John. *Money and Trade Considered, With a Proposal for Supplying the Nation with Money. First published at Edinburgh, 1705*. Glasgow, R. & A. Foulis, 1750, la cita corresponde a pp. 132-133 (publicado en francés en 1720 como *Considérations sur le commerce et sur l'argent*). Por otro lado, parte de sus *Proposals and Reasons for Constituting a Council of Trade in Scotland* (Law, John. *Proposals and Reasons for Constituting a Council of Trade in Scotland. First Published at Edinburg at 1700*. R.

financiera holandesa de fines del siglo XVII, llegaría a ser el artífice de lo que sería conocido como su “Sistema” ²²⁶.

En 1715 el Consejo de Estado rechazó la primera propuesta de Law, que implicaba la creación de un banco público emisor que debía actuar como tesorero de la corona asumiendo la recaudación de impuestos. El duque de Saint-Simon aconsejaba al monarca rechazar el proyecto, en tanto que

bueno como podría ser este establecimiento en sí mismo, solo podría ser en una república, o en una monarquía como Inglaterra, cuyas finanzas son absolutamente gobernadas por aquellos que las abastecen, y que solo les abastecen en la medida que les place; pero en un estado ligero, cambiante, más que absoluto, como Francia, la solidez era necesariamente inexistente, y por lo tanto la confianza en un rey justo y sabio, y bajo su nombre una amante, un ministro, los favoritos, y necesidades aún más extremas, como aquellas en las que se encontró al difunto rey en los años 1707, 1708, 1709 y 1710. Cien cosas podrían finalmente derribar el banco, cuyo cebo era demasiado grande y, al mismo tiempo, demasiado fácil.²²⁷

Law, en cambio, esgrimía que el sistema absolutista francés, en lugar de ser un óbice para la instalación de un Banco Nacional, era un factor de estabilidad que debía incrementar los rendimientos del recurso a una institución bancaria nacional. Según él,

«[e]n el crédito como en las autoridades militares y legislativas», argumentó, «el poder supremo debe residir en una sola persona y todas las potencias inferiores deben unirse con él, porque de la unidad de una sola voluntad depende el secreto, la obediencia y la rapidez, el orden y la unidad tan necesarios en la administración del estado». De acuerdo a Law, era en los «gobiernos populares», y no en las monarquías absolutas, que las personas tenían que temer la acumulación de fondos bancarios por parte de las autoridades públicas, porque era en estos gobiernos que los príncipes o magistrados

& A. Foulis, 1750) han sido consideradas un antecedente keynesiano, en especial por sus propuestas de gran inversión pública, alivio de la situación de los pobres por medio de la creación de empleo, la administración del comercio exterior, una política de bajas tasas de interés, la confianza en lograr el equilibrio presupuestario no por medio del aumento de tributos sino por un aumento del ingreso nacional, y la construcción de “graneros nacionales” con la misión de compensar las fluctuaciones de los precios del cereal. (Zweig, Ferdinand. *Economic ideas. A history on historical perspective*. New York, Prentice-Hall, 1950, pp. 87-96.)

²²⁶ Kaiser, Thomas. “Money, Despotism, and Public Opinion in Early Eighteenth-Century France: John Law and the Debate on Royal Credit”. *The Journal of Modern History*, Vol. 63, N°1, 1991, pp. 1-28. Ferguson, Niall. *The Ascent of Money. A financial history of the world*. New York, Penguin, 2009; Murphy, Antoin E. *John Law: Economic Theorist and Policy-Maker*. Oxford: Clarendon Press, 1997, especialmente pp. 149-293.

²²⁷ Le Goffic, Charles y Tellier, Jules (eds.). *Les Mémoires de Saint-Simon (Extraits)*. Paris, Librairie G. H. Delagrave, s./f., p. 176 (traducción nuestra)

tenían intereses diferentes a los del estado y, por lo tanto, podrían desviar fondos del banco nacional para sus propios usos. Incorporar un banco emisor de crédito dentro de una monarquía absoluta y amalgamar los fondos personales del rey con los del banco garantizaría que el rey nunca socavara el crédito del banco ya que hacerlo, Law insistió, sería contrario a los intereses del rey en mantener la credibilidad de un banco público. Finalmente, Law opinó que los «gobiernos populares», siendo más vulnerables a la sedición, las guerras civiles y los disturbios de todo tipo, eran garantes del crédito público mucho menos confiables que un régimen tan inherentemente estable como la monarquía absoluta de Francia.²²⁸

En mayo de 1716 se aprueba su segunda y más modesta propuesta: el *Banque Générale*, bajo la dirección de Law, fue establecido como un banco privado con autorización para emitir billetes convertibles y pagaderos en especie (oro o plata)²²⁹. En 1717 logra que sus billetes fueran de uso obligatorio para el pago de impuestos, y consigue también la concesión del monopolio del comercio con Luisiana para su nueva *Compagnie d'Occident*, además del control de los asuntos internos de la colonia por un período de 25 años: para entonces el banco había logrado un descenso drástico de la tasa de interés (según afirmaba Law, del 48% al 6% anual). Un año después Law obtiene una ampliación de los privilegios para su Compañía y, más importante aún, su *Banque Générale* es nacionalizado por una compra real, y transformado en el *Banque Royale*. Inicia entonces una experiencia emisionista a gran escala mediante la cual, para 1719, la *Compagnie* absorbe las compañías coloniales existentes (de Indias Orientales, China y Senegal) para pasar a ser la *Compagnie perpétuelle des Indes*. Extiende sus rubros a la recolección de impuestos directos e indirectos –asume la *Ferme Generale*– y la acuñación de moneda, y como contrapartida se involucra en la refinanciación de la deuda pública²³⁰. Con el acceso de Law a los cargos de Contralor General y Superintendente de Finanzas del Reino se completa su famoso “Sistema”: la

²²⁸ Kaiser, “Money...”, *op.cit.*, pp. 6-7 (traducción nuestra).

²²⁹ La autorización le fue concedida por un período de veinte años. Su capital inicial eran unas 6.000.000 de libras constituido en tres cuartas por depreciados *billets d'état*, de modo que el capital efectivo estaba más cerca de las 2.850.000 libras.

²³⁰ “La operación terminó siendo una conversión de deuda pública en capital de una empresa que, al mismo tiempo, cobraba prácticamente todos los impuestos en Francia. (...) El plan podría haber funcionado, pero una característica particular de las emisiones de acciones, la forma de pago inicial y el plan de pagos, hicieron que la operación dependiera de que los ex tenedores de bonos estuvieran dispuestos a ejercer opciones sobre las acciones de la compañía. Para inducirlos a hacerlo, Law se sintió obligado a sostener un alza en el precio de las acciones, a través de encubiertas manipulaciones de precios e intervenciones en el mercado de valores. Para este propósito, el Banco demostró ser muy conveniente, ya que las subsiguientes emisiones de billetes fueron esencialmente desenfrenadas.” Ferguson, Niall. *The Ascent of Money*, *op. cit.* p.230. (traducción nuestra).

Compañía recaudaba todos los impuestos, emitía libremente dinero fiduciario que era el único medio legal de pago, era propietaria o administraba la mayoría de las colonias en el extranjero, y monopolizaba el comercio exterior. Su éxito inicial se vería opacado por lo que se percibió como un exceso de emisión accionaria y monetaria, que lanzó a Law a una política errática para intentar salvar su Sistema. Su estrepitoso colapso sería la primera gran crisis económica provocada por una burbuja de mercado que se contagia a la británica Compañía de los Mares del Sud, la cual también había considerado convertir la vasta deuda pública inglesa en acciones de la compañía. El estrepitoso derrumbe del Sistema de Law y el predominio fisiocrático ulterior -con la repulsa teórica al papel moneda de la que da cabal cuenta el pensamiento de Turgot- se combinarían para privar al absolutismo francés de un recurso que la nueva era de guerras parecía imponer a las potencias europeas. Habrá que aguardar hasta la Revolución para verificar un nuevo recurso al dinero fiduciario, y al ascenso de Napoleón para la instalación de un nuevo Banco Nacional: la cuestión del crédito público habría de enlazarse desde mediados del siglo XVIII con los pronósticos sobre el futuro de la monarquía francesa elaborados por Hume y Steuart, y ocuparía muy especialmente a Sieyès a lo largo de la década revolucionaria²³¹.

²³¹ Sonenscher, Michael. *Before the Deluge: Public Debt, Inequality, and the Intellectual Origins of the French Revolution*. Princeton, Princeton University Press, 2007.

III. La formación histórica de la polémica

En lo que sigue esbozaremos algunos de los aspectos predominantes que definen el mudable contexto intelectual en que tuvo lugar la formación de Alberdi y Fraguero de cara al desafío constitucional de 1852-1853 en vistas de perfilar los presupuestos contextuales de nuestra interpretación del momento constituyente de 1853.

El primer apartado recupera los aportes de la nueva historia intelectual sobre el área rioplatense para intentar delinear los principales aspectos de los momentos constituyentes previos (1811, 1813, 1815, 1817, y especialmente 1824-26); en especial, se propone remitirnos a la formación y transición de una serie de nudos teóricos que la teoría política y la historiografía interesada en los lenguajes o discursos políticos han destacado en torno a los conceptos de constitución, soberanía, representación y democracia.

El segundo apartado se aboca a perfilar los rasgos salientes del entorno cultural en el que se desarrollan las primeras intervenciones públicas de ambos, y seguiremos su itinerario en el extranjero remontando hacia 1820 nuestra reconstrucción de sus condiciones de emergencia. Nos demoraremos especialmente en las implicancias de las reformas rivadavianas. En sus claustros Juan Bautista Alberdi recibiría su educación formal y construiría sólidos lazos generacionales. El cordobés Fraguero, en cambio, tiene intereses industriales en Córdoba, mineros en la Rioja y comerciales en Buenos Aires: desde esta posición se involucra en algunas de las principales reformas impulsadas por el círculo rivadaviano, y adquiere un punto de vista privilegiado sobre las reformas financieras de la época. Por otra parte, la década previa a la Alberdi y Fraguero, ambos emigrados durante el rosismo, coinciden se encuentran radicados en Chile, y este aspecto jugará un papel importante en nuestra reconstrucción: la perspectiva de sus posicionamientos en la vida pública chilena nos permitirá advertir una serie de contrastes políticos e ideológicos que resultan imperceptibles para una historia de las ideas centrada en la literatura política “argentina”.

Finalmente, , y a contrapelo de las lecturas homogeneizantes del período 1853-1862, nos insertaremos en la vida política de la Confederación: luego de la Batalla de Caseros, tanto Alberdi como Fraguero se inclinan por la causa de la Confederación Argentina frente al Estado de Buenos Aires, y la concreta adscripción de ambos a las filas de la Confederación Argentina será un común punto de acuerdo y, por tanto, presupuesto polemológico fundamental que nos permitirá relativizar el absoluto predominio ulterior de la figura alberdiana.

Incurso: “la marcha de la república posible a la verdadera” y sus textos.

Transcribir la historia no significa, empero, falsear a expensas de la verdad y en nombre de la utilidad para la vida, el poder irrevocable de lo que ha acontecido de una vez y para siempre, sino tener en cuenta el hecho histórico-vital de que reconocemos el árbol por sus frutos y al padre por sus hijos.²³²

Los años que van desde la sanción de la Constitución confederal de 1853 -y, en especial, desde la integración del Estado de Buenos Aires a la Confederación Argentina en 1862- hasta el año 1880, son comúnmente considerados como de afirmación de la estatalidad nacional argentina bajo el signo del liberalismo económico y el elitismo político. Entre 1853 y 1880, en resumidas cuentas, se daría la formación de una “Argentina liberal”, consolidada en el camino de una senda abierta por la caída de Rosas y clausurada por la reforma electoral de la Ley Sáenz Peña. Tanto para los liberales-conservadores, que parecen aún hoy volver su vista atrás para encontrar los signos de un período de vieja gloria y esplendor, como los nacionales-populares, que ven en él el frente de adversidad ante el que se alzaron los grandes movimientos nacionales del siglo XX, la formación de aquella “Argentina liberal” viene a ser un lugar común que parece atravesar a todos los campos de identificación política²³³.

El desenvolvimiento de la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX suele ser atribuido al acierto del programa político-constitucional alberdiano, habitualmente cifrado bajo la tesis de la marcha “de la república posible a la república verdadera”. Este “lugar común” ha llegado a cumplir una función verdaderamente paradigmática en la narrativa historiográfica contemporánea: según

²³² Löwith, Karl. “Prólogo a la primera edición alemana”. En *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX*. Buenos Aires, Katz, 2008, p. 15.

²³³ Para una sintética reposición de las transformaciones en el abordaje de la cuestión liberal, ver: Roldán, Darío. “La cuestión liberal en la Argentina del Siglo XIX. Política, sociedad, representación”. En Bragoni, Beatriz; Míguez, Eduardo. *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires, Biblos, 2010, 275-291; y del mismo autor “Introducción al Dossier 'La cuestión liberal'”. *Programa Interuniversitario de Historia Política*, Núm. 77, febrero de 2016. Disponible en <http://historiapolitica.com/dossiers/dossier-la-cuestion-liberal/>. Para el estado de la “cuestión constitucional”, ver el dossier “Historia Política e Historia del Derecho: confluencias, divergencias y resistencias”. *Polhis. Boletín Bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Año 5, N° 10, segundo semestre de 2012; especialmente: Zimmermann, Eduardo. “Constitucionalismo, historia del derecho e historia política: ¿El retorno de una tradición historiográfica?”.

esta célebre modelización histórico-política, el proyecto de la “república posible” se inicia con la sanción de la Constitución de 1853 que modela al autoritarismo progresista consolidado en 1880, y con la sanción de ley Sáenz Peña alcanza a desembocar en la democrática “república verdadera”. La fórmula “de la república posible a la república verdadera” da también nombre al estudio de Ezequiel Gallo y Natalio Botana sobre las ideas políticas del período 1880-1910²³⁴. Como señala Ana Romero,

[l]a tradición historiográfica [contemporánea] recogió la propuesta de *El orden conservador* y formuló a partir de éste una versión, hoy comúnmente aceptada, para entender la dinámica política. La fórmula alberdiana se convirtió en la llave para entender la política. Según esta versión simplificada del modelo de análisis de Botana, se habría establecido una combinación entre una receta operativa, que ofrecía los mecanismos para controlar el poder evitando las luchas de la elite, a través de la restricción de los derechos políticos, y una prescriptiva que se establecería plenamente una vez transformadas las costumbres.²³⁵

En *El orden conservador*, el mismo Natalio Botana había atribuido la enunciación de la “fórmula prescriptiva” alberdiana al prólogo que en el año 1958 Halperín dedicara a la *Campaña en el ejército grande* de Sarmiento²³⁶. La historia del *tropo* “de la república posible en marcha a

²³⁴ Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel. *De la república posible a la república verdadera. 1880-1910*. Buenos Aires, Ariel, 1987.

²³⁵ Romero, Ana Leonor. “A treinta años de El orden conservador. Un Dossier sobre un clásico de la historia política”. *Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Año I, N° 2, 2008, pp. 7-13.

²³⁶ Según advierte Botana, “[e]l lector podrá encontrar el punto de partida de la reflexión que aquí se propone acerca de Alberdi en el siguiente texto de T. Halperín Donghi: «En sus *Bases* ha expuesto Alberdi los fundamentos teóricos de (su) punto de vista: lo que la Argentina necesita para superar, en una suerte de salto cualitativo, el círculo infernal de miseria y guerras civiles es la introducción acelerada de capitales extranjeros e inmigrantes también extranjeros. Facilitar esa introducción es toda la tarea del futuro gobierno argentino; para facilitarla debe asegurar, aun a precio muy elevado, el orden. Y también la libertad civil y comercial; no la política, que puede provocar turbulencias dañinas. El régimen político que bajo la máscara republicana organice una dictadura heredera de los instrumentos de compulsión creador por el rosismo, orientados ahora por un plan de progreso económico acelerado, es lo que Alberdi llama la república posible. La república posible es, para Alberdi, el único camino que queda abierto a un régimen de libertad en la Argentina, sólo concebible en un remoto futuro en el cual toda la realidad nacional se habrá transformado sustancialmente: entonces, y sólo entonces, a la república posible reemplazará la república verdadera. He aquí el punto de partida de la involución que bajo el doble estímulo del fracaso de las tentativas de liberar a la Argentina y de la frustración de la experiencia revolucionaria francesa de 1848 (que) sufrió el ideario de la generación de 1837.» La república verdadera se situaba, pues, en un futuro que habría de dar cabida al ciudadano formado en plenitud, virtuoso y responsable, para participar y ejercer el gobierno de la sociedad.” Botana, Natalio. *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880- 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1985, pp. 20-21 (nota 7). La cita de Halperín corresponde a: Halperín Donghi, Tulio. “Prólogo” a Sarmiento, Domingo Faustino. *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. XXVII y ss.

la república verdadera” puede remontarse al año 1887, cuando Mitre recurriera a él para celebrar la adaptación de la constitución política a la sociabilidad sudamericana²³⁷. Elías Palti ha señalado recientemente que

[l]a *República verdadera* no tiene historia. Por eso puede definirse. Pero la expresión de la *República posible a la República verdadera* sí la tiene. La tan vapuleada idea de República posible remite a Juan Bautista Alberdi. Ésta designaría la «fórmula prescriptiva» cuya «fórmula operativa» plasmaría en 1880. Así lo dicen los manuales de historia política argentina. No importa que Alberdi mismo no lo creyera así, ni que la supuesta fórmula prescriptiva no se encuentre nunca en sus escritos, aun tampoco que él imaginara la federalización de la ciudad de Buenos Aires ocurrida en el ‘80 como culminando el tránsito a la república verdadera. Está claro que, en todo caso, era él quien estaba equivocado. Él fue el ideólogo del régimen del ‘80, la mejor encarnación de la República posible que recién en 1912, con la sanción de la Ley Sáenz Peña, cedería lugar a la República verdadera.²³⁸

La virtual sinécdoque entre la obra de Juan Bautista Alberdi y el constitucionalismo argentino difícilmente pueda ser escindida de una serie de posicionamientos gubernativos y políticas editoriales estatales que, hacia 1880, habrían de colocarla en su centro. En su primera asunción presidencial el general Roca, reciente triunfador de la batalla por la federalización de Buenos Aires, sostuvo ante la Asamblea Legislativa—célebre por fijar el lema de “paz y administración” para su presidencia—, que

[e]l Congreso de 1880 ha complementado el sistema del Gobierno representativo federal y puede decirse que *desde hoy empieza recién a ejecutarse el régimen de la Constitución en toda su plenitud*. La ley que acabáis de sancionar fijando la capital definitiva de la República, es el punto de partida de una nueva era en que el gobierno podrá ejercer su acción con entera libertad, exento de las luchas diarias y deprimentes de su autoridad

²³⁷ “Si la América del Sur no ha realizado todas las esperanzas que en un principio despertó su revolución, no puede decirse que haya quedado atrás en el camino de sus evoluciones necesarias en su lucha contra la naturaleza y con los hombres, en medio de un vasto territorio despoblado y de razas diversas mal preparadas para la vida civil. *Está en la república posible, en marcha hacia la república verdadera, con una constitución política que se adapta a su sociabilidad*, mientras que las más antiguas naciones no han encontrado su equilibrio constitucional.” Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Tomo I, Tercera edición, Buenos Aires, Biblioteca de la Nación, 1903, pp. 83-84.

²³⁸ Palti, Elías José. “De la República posible a la República verdadera. Oscuridad y transparencia de los modelos políticos”. *Historia política. Revista virtual del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 2007, disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/palti.pdf>. Del mismo autor, ver: *El pensamiento de Alberdi*. op. cit.

que tenía que sostener para defender sus prerrogativas contra las pretensiones invasoras de funcionarios subalternos. (...) No hay felizmente un solo argentino, en estos momentos, que no comprenda que el secreto de nuestra prosperidad consiste en la conservación de la paz y el acatamiento absoluto a la Constitución.²³⁹

Es el mismo Alberdi quien habría de ver realizado por entonces el programa político implícito en su diseño constitucional. En el año 1881 aparece *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*, en la que el tucumano celebra ver a Buenos Aires “como capital exclusiva de la República Argentina, constituida en Estado libre, democrático y representativo.”²⁴⁰ También en 1881, y sin que la animadversión que entonces Mitre manifestara desde las páginas de *La Nación* afectara al proyecto del gobierno, se produce una publicación oficialmente ordenada de los textos alberdianos sobre derecho público y economía política²⁴¹.

La identificación sinecdótica entre la figura alberdiana y el pensamiento del momento constitucional de 1853 puede remontarse al gobierno de Urquiza cuando, “convencido de la benéfica influencia que ejercen en la opinión pública los escritos políticos y de derecho público argentino dados a luz por el ciudadano Juan Bautista Alberdi”, decretó la publicación de sus textos iuspublicísticos y económicos, que tendría dos ediciones²⁴². Si hacia 1880 se realiza el contenido

²³⁹ Roca, Julio Argentino. “Discurso ante el Congreso al asumir la presidencia (1880)”. En Halperín Donghi, Tulio. (comp.) *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Op. cit., pp. 591-595, aquí pp. 592 y 595.

²⁴⁰ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*. Buenos Aires. Imprenta de Pablo Coni, 1881, p. 41.

²⁴¹ Tarcus, Horacio. “La historia editorial como historia intelectual. Avatares de las ediciones de Juan Bautista Alberdi”. En Quattrochi-Woisson, Diana (dir.). *Juan Bautista Alberdi y la independencia argentina. La fuerza del pensamiento y de la escritura*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2012, pp. 153-176.

²⁴² Como detalla Alejandro Herrero, “Urquiza impulsa dos ediciones de las obras de Alberdi, en 1856 y en 1858. *Organización política y económica de la Confederación Argentina* que contiene: 1. Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina; 2. Elementos de derecho público provincial argentino; 3. Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina; 4. De la integridad nacional de la República Argentina bajo todos sus gobiernos, por D. Juan Bautista Alberdi, Encargado de negocios de la Confederación Argentina en París y Londres, etc., Nueva edición oficial corregida y revisada por el autor, Besanzon, Imprenta de José Joaquín, Grande-Rue N 14, 1856, 870 páginas. La otra edición dice: *Organización de la Confederación Argentina*. Tomo primero que contiene: 1. Bases y puntos de partida para la Organización política de la República Argentina; 2. Elementos de derecho público provincial argentino; 3. Constitución de Mendoza y de Buenos Aires; 4. Estudio sobre la Constitución General Argentina, por Juan Bautista Alberdi, miembro correspondiente del Instituto Histórico, de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad de Zoológica y de Aclimatación de Francia; de la Sociedad de los Economistas de París; de la Academia de Historia de Madrid, de la Sociedad Geográfica de Berlín, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina en la Corte de Londres y otras de Europa, etc., Nueva Edición Oficial corregida y aumentada por el autor, Besanzon, Imprenta de José Joaquín, 1858, XVII, 360 y CXXVI páginas. Tomo segundo contiene: 1. Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina; 2. De la integridad nacional de la República Argentina bajo todos sus gobiernos, por Juan Bautista Alberdi, Miembro Corresponsal del Instituto Histórico... Besanzon, Imprenta de José Joaquín, 1858,

que el propio Alberdi atribuye a la “república verdadera”, su “república posible” es aquélla que delinea programáticamente en los primeros años del gobierno de Urquiza. Es Alberdi quien hacia 1854 se proponía superar la era del publicismo faccioso que había dominado una época y que, con la sanción de la Constitución, esperaba definitivamente conjurada. En sus palabras,

[l]a República Argentina ha vivido cuarenta años en las discordias de la prensa periódica en que se han agotado talentos infinitos, sin dejar al pueblo la doctrina limpia, tranquila, clara, como la ciencia de sus intereses y destinos. *El país de los publicistas, de los oradores, de los escritores ruidosos, en Sud América, no ha tenido un solo libro en que su juventud pudiera aprender los elementos del derecho público argentino, los principios y doctrinas en vista de los cuales debía organizarse el gobierno político de la República toda.* Ni los unitarios ni los federales habían formulado la doctrina respectiva de su creencia política en un cuerpo regular de ciencia. Pedid las obras de Várela, de Rivadavia, de Indarte, de Alsina, y os darán periódicos y discursos sueltos, alguna compilación de documentos, una que otra traducción anotada; pero ni un solo libro que encierre la doctrina más o menos completa del gobierno que conviene a la República. No pretendo que no haya habido hombres capaces de formarlos, sino que tales libros no existían. *Un tercer partido, representado por hombres jóvenes, inició trabajos de ese orden en 1838, en los cuales están tal vez los elementos principales de la organización que ha prevalecido por fin para toda la Nación en 1853.*²⁴³

Precisamente una de nuestras hipótesis hermenéuticas de partida es que desde fines del siglo XIX una pluralidad de apropiaciones retrospectivas, ellas mismas significativas en sus implicaciones políticas, han tendido a un marcado predominio de la figura histórica de Alberdi. Esta centralidad alberdiana en la historiografía intelectual del momento constituyente de 1853 ha implicado, en muchas ocasiones, cierta desestimación de la orientación contextual como principio hermenéutico: en su aspecto sincrónico, ello ha implicado una subestimación de los asuntos y actores implicados en las controversias de la época de la Confederación. En su dimensión diacrónica, la orientación “tradicional” de estas apropiaciones está estrechamente vinculada a la celebración de la unidad doctrinaria del pensamiento del jurista.

páginas 363 a 864.” Herrero, Alejandro. “Alberdi, Bases y el gobierno de la Confederación Argentina en la década de 1850”. *Épocas. Revista de Historia*. N° 12, segundo semestre de 2015, pp. 47-68, aquí pp. 51-52.

²⁴³ Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico*. Op. cit., p. 247 (subrayado nuestro).

Centrada en la reconstrucción de una controversia desarrollada a mediados de siglo, nuestra perspectiva también debe advertirse críticamente frente a la teleología del despliegue de los “atributos de estatidad”, cuya consumación habría de darse hacia la década de 1880. En cuanto a la perspectiva concreta de Fraguero y Alberdi, se trata más bien de una obra a realizar. Atendiendo a las condiciones históricas de formación del texto constitucional, este capítulo se centra en los aspectos relativos al diseño del orden institucional en ciernes. A tales efectos, combinaremos los aportes del constitucionalismo tradicional con la nueva historia intelectual.

III. 1. Momentos constituyentes en el Río de la Plata (1810-1835).

La cuestión constitucional es motivo de un reverdecer en las humanidades vernáculas²⁴⁴, y la nueva historiografía político-intelectual de la primera mitad del siglo XIX rioplatense ha fijado en buena medida sus coordenadas teóricas en torno a los conceptos-problema “constitución”, “república” y “liberalismo”. El recorrido que ensayaremos a continuación permite identificar una serie de desplazamientos de los motivos y contenidos que se asocian al constitucionalismo rioplatense²⁴⁵.

Como señala Sabato, “[l]a ruptura del orden colonial puso muy rápido en marcha una transformación que, en cambio, sí se probó irreversible, al menos para el Río de la Plata: la opción por la república, o mejor dicho, la adopción de formas republicanas de gobierno.”²⁴⁶ La *vacatio regis*, que implicó también una *vacatio legis*, disparó la emergencia de la polémica revolucionaria en torno a la naturaleza y el origen de la soberanía, así como la forma legítima —o fórmula de

²⁴⁴ Para el estado de la “cuestión constitucional” en la historiografía académica argentina actual, remitimos a especialmente: Zimmermann, Eduardo. “Constitucionalismo, historia del derecho e historia política: ¿El retorno de una tradición historiográfica?”, en el *dossier* “Historia Política e Historia del Derecho: confluencias, divergencias y resistencias”. *Polhis. Boletín Bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Año 5, Nº 10, segundo semestre de 2012.

²⁴⁵ Aludimos a “rioplatense” como ámbito socio-espacial legado de la experiencia tardo-colonial, en virtud de la inexistencia de una nacionalidad argentina “originaria”; como demuestra Chiaramonte, ésta es, antes que una causa, un efecto de la atribulada primera mitad del siglo XIX. Ver: Chiaramonte, José Carlos. *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires, Ariel, 1997.

²⁴⁶ Sabato, Hilda. “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada”. En Palacios Guillermo (coord.). *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, S. XIX*. México, El Colegio de México, 2007, p. 91. Ver también: Sabato, Hilda. “El experimento republicano en Hispanoamérica. Un ejercicio de síntesis”. En Palti, Elías José (org.). *Mito y realidad de la ‘cultura política latinoamericana’*. *Debates de Iberoideas*. Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 211-237.

legitimidad— de su representación. Desafiado el fundamento monárquico de la unidad política, a la tesis afirmada por el centro gaditano de que ella correspondía a la Nación hispánica, se oponía en la perspectiva americana la noción pactista de su emergente de los pueblos integrados en la unidad personal monárquica. Como señala Erica Pani, “existe una vigorosa tradición hispana de pensar la república, como «comunidad perfecta» que se basta a sí misma tanto en el aspecto civil como en el espiritual, como cuerpo político, como elemento de una monarquía compuesta”²⁴⁷; en esta línea se ha señalado la incidencia de la tradición pactista hispánica (en especial, la vinculada a la figura de Suárez)²⁴⁸, mediada a través de las reformas borbónicas en el gran ámbito de la ilustración española²⁴⁹. A esta tesis se ha contrapuesto aquélla, rigurosamente clásica, que ha subrayado el carácter experiencial y conceptualmente rupturista de la revolución²⁵⁰. En oposición a la tesis de una presencia significativa de la tradición pactista hispánica, Jorge Myers ha señalado que

[e]n sus grandes rasgos, toda la década revolucionaria estuvo marcada por la centralidad del pensamiento francés, tanto de su vertiente ilustrada como —más esporádicamente— de su vertiente revolucionaria. (...) Rousseau y Thomas Paine parecerían ofrecer en los primeros años de ese movimiento no sólo referencias que podrían servir para tornar más inteligible el proceso que se estaba viviendo, sino una guía, un manual, para fijarle un rumbo preciso al comportamiento político de los ciudadanos.²⁵¹

²⁴⁷ Pani, Erica. “Maquiavelo en el Septentrión. Las posibilidades del republicanismo en Hispanoamérica”. *Prismas*, N° 13, 2009, p. 297.

²⁴⁸ El señalamiento de la influencia de la tradición pactista hispánica —la “doctrina católica de la soberanía popular”, la llama el autor— corresponde originalmente a Manuel Giménez Fernández, quien en 1947 publicó *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispano-América*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947.

²⁴⁹ Más recientemente, en una línea que enfatiza la continuidad respecto a la tradición de la ilustración española-católica, ver: Chiaramonte, José Carlos. *La ilustración en el Río de la Plata: cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*. Buenos Aires, Puntosur Editores, 1989, y el más reciente Chiaramonte, José Carlos. *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias: Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica*. Buenos Aires, Teseo, 2010.

²⁵⁰ Halperin Donghi, Tulio. *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985. El autor ensaya una genealogía de la plural tradición de la neoescolástica hispánica para finalmente oponerle el carácter verdaderamente revolucionario que los acontecimientos de 1810 tuvieron para sus mismos protagonistas. Cfr.: Palti, Elías José. “Los orígenes intelectuales de la revolución de independencia como ‘historia de efectos’.” Introducción a Halperin Donghi, T. *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires. Prometeo, 2009.

²⁵¹ Myers, Jorge. “Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo”. *Estudios Sociales*, N° 26, primer semestre de 2004, p. 167.

En cualquier caso, y tal como señala Elías Palti, “si la crisis del sistema político [imperial] llevó al discurso político hispano a reencontrarse con sus tradiciones pactistas neoescolásticas, lo que resurgiría con ella (...) no serían tanto sus postulados fundamentales como sus dilemas nunca resueltos.”²⁵² El ciclo revolucionario implicó el comienzo de una militarización de la sociedad sin precedentes²⁵³. Como la francesa, la revolución en el Virreinato del Río de la Plata postuló

que todos los ciudadanos estaban obligados a defender a la Patria con las armas, pero al momento de organizar sus ejércitos de línea no procedió a un sorteo sobre la base de un padrón universal –con la excepción de un breve intento en este sentido del general San Martín en Mendoza–, sino que apostó al fervor patriótico de los voluntarios y al disciplinamiento social de la plebe, que iba a ser forzada a servir en la clase de soldado.²⁵⁴

Junto con el fin del hasta entonces rígido encuadramiento militar propio de la segmentación social del antiguo régimen, esta militarización revolucionaria de la vida social –largamente vinculada a una politización tendencialmente facciosa de la vida social– tendría proyecciones decisivas en la configuración del emergente orden político-institucional: el largo ciclo de intensa movilización de los sectores subalternos impactaría sobre la definición y composición de la ciudadanía –esto es,

²⁵² Palti, Elías José. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007, pp. 106 y ss.

²⁵³ Al respecto, no debe perderse de vista que ya desde 1760 “la impronta militar en la vida de la ciudad [de Buenos Aires] había sido y seguía siendo decisiva”, con una tasa de militarización de tropa veterana superior a la de la Habana y muy superior a la de Lima; sin embargo, la presencia de dichas tropas sería “inestable y de tendencia no sólo decreciente sino cada vez más concentrada en Montevideo”, lo que acarrearía que “la defensa de la capital, antes de 1806, ya descansaba en buena medida en las milicias.” Fradkin, Raúl O. “Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución”. En Flavio Heinz (comp.). *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*, São Leopoldo, Editora Oikos, 2009, pp. 74-126. Como indica Alejandro Rabinovich, “el frágil Estado revolucionario rioplatense [había] podido movilizar de manera permanente a una proporción de su población equivalente a la reclutada por el poderoso Estado francés en su momento de mayor demanda. [1791-1870] (...) Esta movilización constatada de un hombre por cada dos y medio hombres adultos es extraordinariamente elevada a nivel internacional. (...) Estamos así, cuando hablamos de la militarización del Río de la Plata, frente a un fenómeno de una intensidad inusitada, que ubica al caso local entre los ejemplos más extremos de movilización guerrera que se conozcan para el período, casi al límite del poder descriptivo de las categorías normales utilizadas para un conflicto de orden político-militar. Una militarización de este tipo y de esta magnitud sobrepasa ampliamente el ámbito de las consideraciones estratégicas y de las campañas militares. Se trata de una militarización estructurante que condiciona profundamente el nuevo orden económico, social y político generado por la revolución y perpetuado por la larguísima crisis postrevolucionaria.” Rabinovich, Alejandro. “La militarización del Río de la Plata, 1810-1820: Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis.” *Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani*, N° 37, 2012, pp. 11-42. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0524-97672012000300001&lng=es&nrm=iso

²⁵⁴ Rabinovich, Alejandro M., Zubizarreta, Ignacio. “A modo de introducción: Clausewitz a caballo (o hacia una teoría de la guerra y la política aplicada al Río de la Plata)”. *La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880*. Foros de Historia Política, 2013, p. 5 disponible en: http://historiapolitica.com/datos/foros/foro_movilizacionmilitar_zubizarretayrabinovich.pdf

sobre el principio político y la forma de representación—, a la vez que inauguraría la “carrera de la revolución”, que transformaría indudablemente los mecanismos de formación y reclutamiento de la nueva élite posrevolucionaria²⁵⁵.

Bajo la doctrina de la soberanía popular, la delimitación de la titularidad del poder constituyente y su representación, así como la pasan a ser los problemas políticos capitales. La pluralidad de los pueblos o la unidad de la nación es el eje en torno al cual gira la controversia acerca de la competencia de las Juntas, Asambleas, y Congresos sucesivos²⁵⁶. En 1810 el Cabildo de Buenos Aires, órgano de representación “vecinal” de la ciudad principal del Virreinato del Río de la Plata, se pronunció definitivamente por el autogobierno, desvinculando al Río de la Plata del movimiento constitucional hispano iniciado en Cádiz. Tan temprano como 1811, la Junta Conservadora de los “derechos” y de la “soberanía” de Fernando VII aprobó un reglamento de división de poderes inspirado por el deán Gregorio Funes, cuya ineficacia respecto a su objetivo normativo-funcional no le ha restado relevancia teórica. Según la Junta, “una nación á (o) un estado es un personaje moral”, procedente de la “asociación de hombres, que buscan su seguridad á fuerzas reunidas.” “[L]a ausencia y prisión de Fernando VII” agregaba, dejó al “estado en una orfandad política”, y fue la ausencia de magistrados -legítimos- la que obligó a los pueblos, en ejercicio del derecho inalienable de “autoconservación”, a reasumir “el poder soberano”. Proseguía argumentando que “por estos principios de eterna verdad, (...) para que una autoridad sea legítima entre las ciudades de nuestra confederación política debe nacer del seno de ellas mismas, y ser obra de sus propias manos.” Trazando una implícita y ambigua equivalencia —plena de significaciones históricas— entre “los pueblos” y “la nación”, no siendo un verdadero “Congreso Nacional”, la Junta se atribuye una representación imperfecta de la “Soberanía” de estas “ciudades” o “pueblos”.²⁵⁷ Un mes después el Triunvirato desconoce la soberanía de la Junta. La acusa tanto de intentar “perpetuarse en el mando y arbitrar sin regla sobre los destinos de los pueblos” como de excederse en sus facultades al dictar una constitución (el “Reglamento” del 22 de octubre) que, por

²⁵⁵ El referente ineludible de esta tesis, y que produjera una vasta bibliografía derivada, es Halperín Donghi, Tulio. *Revolución y guerra: Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014 (1972).

²⁵⁶ Goldman, Noemí. “«Revolución», «Nación» y «constitución» en el Río de la Plata: léxicos, discursos y prácticas políticas (1810-1830)”. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, N°12, 1997, p. 101-107. Goldman, Noemí. “El concepto de «Constitución» en el Río de la Plata (1750-1850)”. *Araucaria: Revista Iberoamericana de filosofía, política y humanidades*, N°17, 2007, p. 169-186.

²⁵⁷ AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina*. Ministerio del Interior, Poder Ejecutivo Nacional, República Argentina, 1974, pp. 40-41.

otra parte, considera ruinoso para la felicidad pública, y la disuelve por decreto el 7 de noviembre. En consulta con el Cabildo de Buenos Aires, dictaría un Estatuto Provisional para el Gobierno Superior de las Provincias Unidas del Río de la Plata a nombre del Sr. D. Fernando VII, seguido de los decretos de “seguridad individual” y de “libertad de imprenta”: según argumentaba el Triunvirato, este cuerpo normativo se proponía “dar una acertada dirección al patriotismo, y fixar de un modo permanente las bases de nuestra libertad civil”, así como refrenar “la arbitrariedad popular” y afianzar “sobre las bases del orden el imperio de las leyes”²⁵⁸.

La cuestión de la división y distribución del poder político, tal como ha subrayado Marcela Ternavasio, ocupa entonces un lugar privilegiado en el debate político. A este respecto, las normaciones constitucionales posrevolucionarias no remiten al acomodamiento político de elementos estamentales y corporativos, según la imagen propia del pluralismo del antiguo régimen. En cambio, su trayectoria se disyunta entre las tendencias en favor de un nuevo modo de distribución funcional de inspiración liberal, y aquellas que, apelando al repertorio del republicanismo clásico-ilustrado, propenden a la dictadura de cara a las exigencias de centralización del mando político-militar que el proceso revolucionario parece hacer evidentes²⁵⁹. Por un lado, la administración de justicia, hasta entonces atribución monárquica ejecutada por mediación de las Reales Audiencias, es un punto de vista privilegiado para acceder al nuevo principio de configuración del poder político que comienza a desplegarse: La conjura contra el despotismo, fundada hasta entonces en el equilibrio entre los estamentos del reino a través de su representación corporativa, es reemplazada progresivamente por una nueva forma de distribución, afincada (aunque ambiguamente) en la moderna idea liberal-republicana de distribución funcional emergente del principio ascendente de la representación. La contracara de esta tendencia se corresponde con la progresiva concentración del poder político que la azarosa fortuna de la Revolución parece exigir: la salvación de la república motoriza la institución de la dictadura, legítimamente vinculada al horizonte intelectual del republicanismo clásico y reactualizada por mediación de Rousseau en el repertorio de las revoluciones democráticas modernas²⁶⁰. Es dable

²⁵⁸ AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina, op. Cit.*, pp. 49-54.

²⁵⁹ Ternavasio, Marcela. *Gobernar la revolución: Poderes en disputa en el Río de la Plata, 180-1816*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, especialmente capítulo 4.

²⁶⁰ Negretto, Gabriel L., y Aguilar Rivera, José Antonio. “Liberalism and Emergency Powers in Latin America: Reflections on Carl Schmitt and the Theory of Constitutional Dictatorship”. *Cardozo Law Review*, Vol. 21, Nº 5-6, mayo de 2000, pp. 1797-1823; Crespo, María Victoria. “Del republicanismo clásico a la modernidad liberal: La

identificar, en líneas generales, rasgos ilustrados cada vez más marcados en el discurso político del núcleo morenista, en indudable combinación con derivas del iusnaturalismo germánico y de la tradición hispánica²⁶¹. Sin embargo, el fracaso de la deriva jacobina era bien conocido por Mariano Moreno²⁶², célebremente responsable por impulsar en 1810 una edición de *El Contrato Social* a la que cercenara los “desvaríos religiosos” en que incurriera el ginebrino. Las influencias de la teoría clásica de la dictadura son más resonantes en el caso del Paraguay²⁶³.

Convocada por el segundo Triunvirato, la Asamblea General Constituyente de 1813-1815 comienza a sesionar sólo un año después de que las Cortes de Cádiz aprobaran la constitución española de 1812, haciendo del “liberalismo gaditano” una de las fuentes de discusión principales²⁶⁴. La Asamblea define a sus integrantes, a quienes prohíbe obrar en comisión, como diputados “de la Nación en general”; además, transforma el colegiado del Triunvirato en un

gran mutación conceptual de la dictadura en el contexto de las revoluciones hispanoamericanas (1810-1830)”. *Prismas, Revista de historia intelectual*, N° 17, 2013, pp. 67-87.

²⁶¹ Goldman, Noemí. “La revolución de Mayo: Moreno, Castelli y Monteagudo. Sus discursos políticos.” *Revista Ciencia y Cultura*. N° 22-23, 2009, pp. 321-351. Recientemente se ha sugerido que “el discurso político de Moreno adquirió varias formas hasta conformar en una retórica final en noviembre de 1810. De esa manera se pasó de una posición inicial vinculada a las similitudes con el juntismo español, a una negación de los vínculos tradicionales” por medio de la apelación a doctrinas propias de la ilustración francesa. Eiris, Ariel Alberto. “Mariano Moreno y la construcción del discurso legitimador de la Revolución de Mayo a través de la *Gazeta de Buenos Ayres*”. *Temas de Historia Argentina y Americana*, N° 22, enero-diciembre de 2014, pp. 103-133.

²⁶² Años después el hermano del Secretario de la Primera Junta sugería que el calificativo de jacobino era atribuido por sus adversarios en la política local: según puntualizaría Manuel Moreno, “[e]l doctor Moreno profesaba principios sólidos de política y estaba versado en la historia de las naciones, para no haber caído en errores, que la experiencia hace en el día inexcusables. Con todo esto, los discursos con que se dirigía en la Gaceta a sus conciudadanos, no han dejado de ser mirados por el interés y la prevención como esfuerzos del jacobinismo” (Moreno, Manuel. *Vida y memorias del Doctor Don Mariano Moreno*, en Biblioteca de Mayo, T. II, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, p. 1254). En retrospectiva, el “Plan de revolucionario de operaciones”, cuya autoría habría de imputársele, jugaría un papel aún más importante a la hora de determinar el carácter “jacobino” de su pensamiento político; recientemente, en base a diversos argumentos filológicos, se ha descartado la autoría de Moreno sobre este texto. Cfr. Bauso, Diego Javier. *Un plagio bicentenario. El “Plan de operaciones” atribuido a Mariano Moreno. Mito y realidad*. Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

²⁶³ A este respecto, ver: Báez, Cecilio. *Ensayo sobre el Doctor Francia y la Dictadura en Sud-América*. Asunción, Talleres Nacionales de H. Kraus, 1910. Según señala este autor, “[l]os escritores del Río de la Plata, que han falsificado toda la historia sud americana, han esbozado su política del punto de vista argentino, es decir, con un criterio partidista y manifiestamente apasionado. (...) [L]a dictadura, ya individual, ya colectiva, nació con la revolución de la independencia, no siendo la dictadura paraguaya un caso esporádico o un hecho aislado, si bien que reviste caracteres particulares. Todas las juntas y gobiernos revolucionarios fueron dictatoriales, y todos fusilaban y expulsaban del territorio a los sospechosos de españolismo y confiscaban sus bienes, lo mismo en el Paraguay que en Buenos Aires, en Chile como en el Perú bajo los gobiernos de O'Higgins y San Martín.” (pp. VI-VII)

²⁶⁴ Levene, Ricardo. *El mundo de las ideas y la revolución hispanoamericana de 1810*. Editorial Jurídica de Chile, 1956, pp. 170-174; Dalla Vía, Alberto Ricardo. “La constitución de Cádiz de 1812: su influencia en el movimiento emancipador y en el proceso constituyente”. *Revista de Derecho Político*, N° 84, mayo de 2012, pp. 165-193. Disponible en: <http://revistas.uned.es/index.php/derechopolitico/article/view/9202>

ejecutivo unipersonal. En su seno se formularon cuatro proyectos de Constitución de una fuerte heterogeneidad²⁶⁵. Mientras que en uno de ellos –el de la Comisión oficial encargada a tal efecto– primó el concepto de federación legado por la Revolución Francesa, entendida aquélla como la asociación de ciudadanos que conforman la soberanía nacional-estatal, otro –inspirado por los delegados artiguistas– propuso una orientación confederal según el modelo estadounidense: probablemente en razón de sus célebres “Instrucciones”, la incorporación de los diputados orientales fue rechazada *in limine*²⁶⁶. Así, las referencias al plan constitucional confederal estadounidense de 1778 –en singular combinación con motivos hispánicos y romanos– proveerían el repertorio predominante del primer ciclo artiguista; por otra parte, se ha sugerido que el predominio de las referencias al plan confederal de 1778, y no al federal de 1787, no son atribuibles a la ignorancia de tal distinción, sino a una oposición deliberada: si en Norteamérica se marchó de la dispersión a la unidad, la perspectiva artiguista sostenía que en el ámbito rioplatense lo conveniente y adecuado era una inversión estratégica de la secuencia constitucional estadounidense²⁶⁷.

²⁶⁵ AA. VV., *op. cit.*, pp. 49-54.

²⁶⁶ Yurman, Rogelio Pablo. *Nación y Confederación. Rosas y el Pacto Federal de 1831*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2014, pp. 7-8.

²⁶⁷ Según Ana Frega, “Entre las fuentes que conformaron el sentido que el artiguismo atribuyó a la revolución, figuran dos obras que daban cuenta de los fundamentos y la experiencia anglo-norteamericana, traducidas por el venezolano Manuel García de Sena y publicadas en Filadelfia en 1811 y 1812. La primera de ellas, *La independencia de la Costa firme justificada por Thomas Paine treinta años ha*, incluía escritos de Paine y los textos constitucionales de los Estados Unidos y de los estados de Massachusetts, Pennsylvania y Virginia, entre otros. La segunda, *Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de la América hasta el año de 1807*, de John M’Culloch, presentaba una visión del proceso revolucionario. Sobre este libro escribió Artigas al Cabildo Gobernador de Montevideo: «Yo celebraría que esa historia tan interesante la tuviese cada uno de los Orientales».” Frega, Ana. “Comentarios a «La dimensión atlántica e hispanoamericana de la Revolución de Mayo», de José Carlos Chiaramonte. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 33, 2011, pp. 24-28, aquí p. 28. Ver también: Frega, Ana, Islas, Ariadna (comps.) *Nuevas Miradas en Torno al Artiguismo: recopilación de ponencias e intervenciones del Simposio “La Universidad en los 150 años de la Muerte de José Artigas: Nuevas Miradas y Debates Actuales sobre el Artiguismo”*. Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Universidad de la República, 2001. Petit Muñoz, Eugenio. *Artigas. Federalismo y soberanía*. Montevideo, Universidad de la República, 1985. Gros Espiell, Héctor. “El pensamiento institucional del período artiguista (1810-1820)” y Petit Muñoz, Eugenio. “Valoración de Artigas”, ambos en *Revista de la Facultad de Derecho – Universidad de la República*. N° 18, julio-diciembre de 2000, pp. 249-266 y 284-306. Es de destacar que Artigas fue acompañado hasta el final por el franciscano, antiguo titular de Filosofía de la Universidad de Córdoba, José Benito Monterroso (ver: Cayota, Mario. *José Benito Monterroso: el inicuo destierro de un ilustre ciudadano*. Montevideo, Dedos, 2011).

El periodista Uvano Clovi relató el encuentro entre Paz y Artigas en 1846, en el que este último habría afirmado “General Paz, yo no hice otra cosa que responder con la guerra a los manejos tenebrosos del Directorio y a la guerra que él me hacía por considerarme enemigo del centralismo, el cual solo distaba entonces un paso del

En 1814 se constituye la “Liga de los Pueblos Libres”, de la que el “ciudadano Artigas” es declarado “Protector”. Con la toma de Montevideo, 1815 es el año del momento más alto del federalismo artiguista, cuando “el movimiento federal parece extenderse a casi todo el país”²⁶⁸: bajo su influencia incluso la mediterránea Córdoba llegó a declararse independiente y proclamarse en favor de la causa federal. En el mismo año tuvo lugar el Congreso de Oriente, y se desata la guerra entre el Directorio y la Liga: la crisis de 1815, luego del levantamiento en Fontezuelas de las tropas directoriales enviadas a reprimir el alzamiento santafesino, concluyó con el régimen del director Alvear.

La derrota de Bonaparte y la restauración de Fernando VII al trono en el mismo año –que implicaran la derogación de la Constitución de Cádiz y el retorno de un absolutismo peninsular poco dispuesto a aceptar una derrota americana– desdibujaron las posibilidades de la opción autonomista, e inclinaron a todo el arco revolucionario en favor de la independencia. En este contexto crítico, el nuevo Director Supremo y la Junta de observación instaladas en Buenos Aires por el auspicio del Cabildo se abocaron a buscar la adhesión de las ciudades del interior por medio de la negociación de un nuevo texto constitucional, que acaba plasmándose en el Estatuto Provisorio del 5 de mayo de 1815. En él se perciben las transformaciones que la crisis acaba por imponer al concepto de representación: por un lado, se impone el principio de elección popular de todas las autoridades; por otro, y debido a una militarización que se rige por la lógica del ciudadano-soldado, el abandono de la ciudadanía “vecinal” y su extensión a todos los habitantes de las

realismo. Tomando por modelo a los Estados Unidos, yo quería la autonomía de las provincias; yo quería que fueran estados y no provincias, lo cual aviene mejor con el sistema confederado, dándole a cada Estado su gobierno, su Constitución, su bandera y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores entre los ciudadanos naturales de cada Estado. Esto era lo que yo había pretendido para mi provincia y para los que me habían proclamado su protector. Hacerlo así habría sido darle a cada uno lo suyo, erigiendo al mismo tiempo un monumento a la diosa Libertad en el corazón de todos. Pero los Pueyrredones y sus acólitos querían hacer de Buenos Aires una nueva Roma imperial, mandando sus procónsules a gobernar las provincias militarmente y despojarlas de toda representación política, como lo hicieron rechazando los diputados al Congreso que los pueblos de la Banda Oriental habían nombrado y poniendo a precio mi cabeza. El fusilamiento de José Miguel Carreras y el manifiesto de sus hermanos a los chilenos serán eternamente mi mejor justificativo.” *El Nacional*, Diario de la mañana, Montevideo, Jueves 25 de septiembre de 1884. Año II. Núm. 265 p. 1, citado en Rodríguez Díaz, Universindo. “Conversaciones del general José María Paz con el general José Artigas en el Paraguay”. *Revista de la Biblioteca Nacional del Uruguay*. Año 4, 3a. época, N° 6-7, 2012, p. 299.

²⁶⁸ Halperín Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Losada, 1985, p. 105.

campañas; finalmente, la promesa de instaurar una verdadera representación provincial en un Congreso constituyente que debía reunirse lo antes posible²⁶⁹.

El Congreso General Constituyente se reunió en Tucumán a principios de 1816, y declaró la independencia a mediados del mismo año. El contexto en que se desplegaron sus sesiones se revela completamente trastocado:

La condena a las revoluciones y las repúblicas que hizo el Congreso de Viena influyó fuertemente en el Río de la Plata, único territorio que para entonces había sobrevivido a la restauración realista en Hispanoamérica. Mientras los artiguistas se mantuvieron firmemente republicanos, en las Provincias Unidas surgieron proyectos monárquicos, desde el de entronizar a un noble inca hasta importar un príncipe europeo para que asumiera como rey constitucional.²⁷⁰

Belgrano informó entonces “que había acaecido una mutación completa de ideas en la Europa, en lo respectivo a formas de gobierno; que como el espíritu general de las naciones en años anteriores era republicarlo todo, en el día se trataba de monarquizarlo”, para sugerir la preferencia por una monarquía temperada al estilo inglés, inclinándose —a diferencia de los antiguos carlotistas— a la legitimidad incaica para hacer viable la unidad de la autoridad política en tan vasto territorio²⁷¹. La Restauración europea importaría así un giro en el ámbito de referencia de los discursos políticos circulantes entre las élites. Es también por entonces que

otra vertiente del pensamiento francés —aquella bautizada más tarde con el nombre de «liberalismo doctrinario»— comenzaría a hallar lectores en la Argentina. Sin que

²⁶⁹ Verdo, Geneviève. “El dilema constitucional en las Provincias Unidas del Río de la Plata (1810-1819)”. *Historia Contemporánea*, N° 33, 2006, p.524 (subrayado nuestro). Disponible en: <http://www.chu.eus/ojs/index.php/HC/article/view/4177/3723>

²⁷⁰ Di Meglio, Gabriel. “Un brindis por «el gran Washington». Miradas sobre los Estados Unidos en el Río de la Plata, 1810-1835.” *Co-herencia*, V. 13, N° 25, diciembre de 2016, p. 67, 66. Disponible en: <http://publicaciones.cafit.edu.co/index.php/co-herencia/article/view/4001>

²⁷¹ Belgrano informaba entonces “que la nación inglesa, con el grandor y majestad a que se ha elevado, no por sus armas y riquezas, si por una Constitución de monarquía temperada, había estimulado las demás a seguir su ejemplo; que la Francia la había adoptado: que el Rey de Prusia, por sí mismo, y estando en el goce de un poder despótico, había hecho una revolución en su reino, y sujetádose a bases constitucionales iguales a las de la Nación inglesa; y que esto mismo habían practicado otras naciones. (...) que conforme a estos principios, en su concepto la forma de gobierno más conveniente para estas provincias sería la de una monarquía temperada; llamando la dinastía de los incas por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casa tan inicua y despojada del trono por una sangrienta revolución, que se evitaría para en lo sucesivo con esta declaración y el entusiasmo general de que se poseerían los habitantes del interior, con sola noticia de un paso para ellos tan lisonjero, y otras varias razones que expuso.” *Exposición de Manuel Belgrano ante el Congreso de Tucumán proponiendo la adopción de una monarquía incaica como forma de gobierno. 6 de julio de 1816*. Archivo General de la Nación. Documentos escritos. Fondo Congreso General Constituyente. Legajo, 1 Doc. 7.

desaparecieran por ello las referencias a la tradición revolucionaria (ni a las tradiciones de otros países como Inglaterra), los años de 1815 a 1830 aproximadamente constituyeron el momento de mayor presencia de la obra Benjamin Constant en la Argentina. Tanto la crítica antirousseauiana de Constant como la de otros autores franceses afines (Sieyès, Mme. de Stäel, otros miembros de la «escuela» liberal doctrinaria) aparecería invocada para defender el nuevo principio de organización política a través del cual se buscaba hallar una «salida» a la revolución: el principio de representación. En un contexto en el cual parecía más urgente poner una valla a la «carrera de la revolución», o descubrir mecanismos que permitieran estabilizar una sociedad percutida por las rencillas facciosas, el pensamiento «liberal doctrinario» eclipsaría al de Rousseau.²⁷²

El Congreso se desplaza a Buenos Aires y, luego de una renovación de su composición, dicta el Reglamento Provisorio para la Dirección y Administración del Estado el 3 de diciembre de 1817, que entre otras cuestiones pondría en manos del Director del Estado la suma del poder miliciano del que eran despojados los Cabildos²⁷³. Desde el ángulo de las finanzas públicas, la creación de la Casa de la Moneda se complementa con el lanzamiento de la efímera Caja Nacional de Fondos de Sudamérica²⁷⁴. Mientras que el Reglamento proclamaba abiertamente su provisoriedad en vistas de una eventual sanción de la Constitución definitiva, el Director Supremo Pueyrredón negociaba la elevación del príncipe de Luca a un eventual trono rioplatense. Luego de una renovación de sus integrantes, el Congreso presidido por el deán Gregorio Funes dictaría la infructuosa Constitución centralista y bajo unidad de régimen de 1819. En su *Manifiesto*, el Congreso Constituyente afirmaba que pretendía poner al poder político a resguardo de los efluvios de la licencia y la tiranía propias de las democracias tumultuosas:

La presente constitución no es: ni la democracia fogosa de Atenas, ni el régimen monacal de Esparta ni la aristocracia patricia o la efervescencia plebeya de Roma, ni el gobierno absoluto de Rusia, ni el despotismo de Turquía, ni la federación complicada de algunos

²⁷² Myers, Jorge. “Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo”. *Estudios Sociales*, N° 26, primer semestre de 2004, pp. 167-168.

²⁷³ Souto, Nora. “La idea de unidad en tiempos del Congreso de 1816-1819”. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, Vol. 16, N° 1, 2016. Disponible en: <https://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAv16n1a03>

²⁷⁴ Halperín Donghi, Tulio. *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 101-112.

estados. Pero es un estatuto que se acerca a la perfección; un estado medio entre la convulsión democrática, la injusticia aristocrática, y el abuso del poder ilimitado.²⁷⁵

El Congreso Nacional se componía, por primera vez en la historia de los textos constitucionales rioplatenses, de dos Cámaras: “Representantes” –y no “diputados”–, y Senadores. Si estas denominaciones podrían sugerir la inspiración estadounidense, la efectiva conformación de la cámara alta se muestra bien distante de dicho modelo: el Senado corporativo, alejado también de cualquier intento de restauración del principio dinástico-tradicional, se compone de senadores por provincia, senadores militares, un obispo y tres eclesiásticos, un senador por cada Universidad, y el director del Estado concluido el tiempo de su gobierno. También restringía la ciudadanía conforme a un criterio censitario y, lo que acaso haya sido más significativo en la época, era ambiguo respecto al carácter de la jefatura de Estado –lo que habría de motivar prevenciones del partido republicano, o antimonárquico.

El rechazo al texto constitucional de 1819 por parte de la Liga de los Pueblos Libres se orientó a su resolución por la vía militar. El Protectorado artiguista lanzó sus fuerzas litorales en ofensiva contra Buenos Aires, mientras el Imperio lusobrasilero mantuvo militarmente sus pretensiones sobre las tierras orientales. La autoridad directorial ordenó a los ejércitos nacionales la represión del levantamiento de la Liga de los Pueblos Libres, y el 8 de enero de 1820, se produce en Arequito el amotinamiento de parte del Ejército del Norte. Por otra parte, las fuerzas leales a Artigas fueron derrotadas en el suelo oriental de Tacuarembó el 22 de enero de 1820, y el Imperio se aseguró desde entonces su dominio sobre la Banda y las Misiones Orientales. El 1° de febrero de 1820 las provincias litorales coaligadas triunfaron en Cepeda sobre el Director Supremo Rondeau; diez días después éste renunció. En un golpe a la representación nacional del Congreso –donde las inclinaciones monárquicas todavía mantenían cierto predicamento–, el 12 de febrero de 1820 el Cabildo de Buenos Aires comunicó a sus iguales del interior la disolución de las autoridades

²⁷⁵ “Manifiesto del Soberano Congreso General Constituyente de las Provincias-Unidas en Sud América al dar la constitución”, en AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina*, op. cit., p. 243. Algo antes afirmaba: “No menos en centinela para que el abuso de la autoridad no pasase a tiranía; lo estuvimos también para que la libertad del pueblo no degenerase en licencia. Huyendo de esas juntas tumultuarias para las elecciones de jefes de los pueblos, reformamos las formas recibidas, y no dimos lugar a esos principios subversivos de todo el orden social. Tuvimos muy presente aquella sabia máxima: que es necesario trabajar todo para el pueblo, y nada por el pueblo; por lo mismo limitamos el círculo de su acción a la propuesta de elegibles. Fue así como se consiguió la tranquilidad; y que no abandonando los ciudadanos sus trabajos útiles por entregarse al discernimiento de materias erizadas de abrojos, dejasen de correr como al principio todos los periodos del desorden.” (p.238)

nacionales, iniciando así un ciclo de progresiva afirmación del soberanismo provincial que se extendería a lo largo de toda la década siguiente, y que sepultaría definitivamente en el pasado todas las anteriores aspiraciones monárquicas. La derrota artiguista precipitó también la disolución del Protectorado: el 23 de febrero los gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos celebraron la paz con el de Buenos Aires mediante el Tratado del Pilar, cuyo primer artículo es una protesta y un pronunciamiento a favor “de la federación que de hecho admiten”²⁷⁶; el mismo protocolo, por otra parte, sirvió de ocasión para sancionar el fin de la Liga de los Pueblos Libres, al reducir a Artigas al rol de gobernador y capitán general de la Provincia Oriental. Éste último, que se había guarecido en Corrientes luego de su derrota en tierra oriental, cayó definitivamente ante las tropas de Ramírez en septiembre del mismo año.

Sobre el telón de fondo de una cada vez más manifiesta situación de guerra civil, las antiguas ciudades extenderán y consolidarán el influjo a su campaña, para reclamarse progresivamente provincias soberanas hasta conducirse entre sí conforme a nociones de Derecho de Gentes²⁷⁷. A lo largo de la década de 1820 tiene lugar una progresiva disolución capitular, tanto de los cabildos legados de la época virreinal como en el resto de las antiguas intendencias de reciente emancipación²⁷⁸. Los Cabildos, estructuras político-administrativas que reposaban sobre los resabios jurisdiccionales del antiguo ordenamiento colonial, serían progresivamente disueltos en los primeros años de esa década bajo una doble acusación de extemporaneidad, por constituir una

²⁷⁶ AA.VV. *op.cit.*, p. 251.

²⁷⁷ Chiamonte, José Carlos. *Ciudades, provincias, estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires, Emecé Editores, 2006; “Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia”, en Terán, Marta (coord.). *Las guerras de independencia en la América española*. México D.F., El Colegio de Michoacán - Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, pp. 99-124, especialmente 115-118; y “El Federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”. En Carmagnani, Marcello (coord.). *Federalismos latinoamericanos. México, Brasil, Argentina*. México D.F., El Colegio de México - Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 81-132.

²⁷⁸ En el mismo año de 1820 se suprimen los Cabildos de Buenos Aires, de Gualleaguay, Concepción del Uruguay y Gualleguychú; por otra parte, los Cabildos de Santa Fe, Santiago del Estero y Jujuy sólo se extinguirán hacia mediados de la década siguiente. La supresión de los tres Cabildos de la provincia de Córdoba tiene lugar a fines de 1824 –que hasta entonces concentraban funciones rentísticas y jurisdiccionales– bajo argumentos ciertamente más moderados que en el caso de la Provincia de Buenos Aires. Cfr.: Ternavasio, Marcela. “La supresión del Cabildo de Buenos Aires: ¿Crónica de una muerte anunciada?”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, n° 21, 1er. Semestre, 2000, pp. 33-73; Agüero, Alejandro. “La extinción del Cabildo en la República de Córdoba, 1815-1824”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 37, segundo semestre 2012, pp. 43-84, especialmente 71 y ss.

corporación aristocrática depositaria de privilegios propios del despotismo depuesto, a la par de ser un resabio de democracia tumultuaria, bajo su modalidad de “cabildo abierto”²⁷⁹.

Los órdenes políticos provinciales tendieron desde entonces a la constitucionalización, con las excepciones de Buenos Aires –que pese a que el 1° de agosto de 1821 la Sala de Representantes se declaró “extraordinaria y constituyente”²⁸⁰, no dictaría un texto constitucional para la provincia, aunque sí avanzaría en el dictado de una serie de leyes fundamentales a las que la práctica gubernamental se atendería en lo sucesivo–, Mendoza y San Juan²⁸¹. Desde el punto de vista del principio político y su forma de representación, se trata en todos los casos de constituciones o reglamentos constitucionales estrictamente modernos, apoyados en la tradición que la Revolución había impuesto: en todos los casos se afirma el principio de la soberanía popular y la representación libre. Así, la crisis de 1820 corrió a la par de ciertos ensayos de ampliación del universo de la ciudadanía sin parangón en el orbe occidental hasta entonces: la elección directa del caudillo provincial por una ciudadanía que alcanza a todo americano (excepto reo o enemigo de la causa americana) en Santa Fe, la elección popular del Jefe Supremo de la República Federal Entrerriana²⁸² –reemplazada por la elección popular indirecta según el Estatuto Provisional Constitucional de Entre Ríos²⁸³–, o la más célebre ley electoral rivadaviana de 1821²⁸⁴, sobre la que enseguida volveremos. No obstante, las evidencias sobre la práctica electoral demuestran la tendencia generalizada al forzamiento del unanimismo –en ocasiones, por medio de un

²⁷⁹ Salas, Rubén Darío. “Élites rioplatenses, Sistema Representativo, y Cabildo (1810-1827): el vocabulario político”. En Aguirrezabala, Marcela. *De prácticas, comportamientos y formas de representación social en Buenos Aires (s. XVII-XIX)*. EdiUNS, 2006, pp. 64-73.

²⁸⁰ *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, N° 1, Buenos Aires, septiembre de 1821, p. 8.

²⁸¹ Entre otras: Constitución de la Provincia de Santa Fe de 1819, la efímera República Federal Entre-Riana, el Estatuto Provisional Constitucional de Entre Ríos, la Constitución de la República Federal de Tucumán en 1820, el Reglamento Provisorio de la Provincia de Córdoba de 1821. Ver: de Dromi, María Laura (comp.). *Documentos constitucionales argentinos*. Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1994.

²⁸² Mega, Aixa Noemí y Delsart, Ileana Luján. “Comunidad real y comunidad imaginada: Entre Ríos en la República Entrerriana 1820 / 1821”. *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. 2 al 5 de octubre de 2013. Disponible en: https://www.academia.edu/12499016/COMUNIDAD_REAL_Y_COMUNIDAD_IMAGINADA_ENTRE_R%C3%82DOS_EN_LA_REP%C3%9ABLICA_ENTRERRIANA_1820_1821

²⁸³ En su texto se advierte “la circulación de ciertos principios liberales y del constitucionalismo republicano, no estando ausentes distintas premisas del derecho natural, especialmente en la sección dedicada a los derechos particulares y la subsistencia de antiguas normas del derecho español y del derecho revolucionario.” Tedeschi, Sonia Rosa. *La construcción de los Estados provinciales en el Río de la Plata: poder político, institucionalización y conflictividad: Entre Ríos, 1820-1840*. Tesis doctoral, 2016, p. 110.

²⁸⁴ Ternavasio, Marcela. *La Revolución del Voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, segunda edición, 2015 (1° edición 2002), pp. 75-98.

desembozado control gubernamental sobre los comicios y sus resultados—, fundado en la prevención de los efectos disolventes del faccionalismo²⁸⁵.

El sistema de división y distribución de poderes a nivel provincial tiende a acomodarse al mismo esquema general. El poder ejecutivo, en manos de los gobernadores o gobernadores intendentes mantendrá amplias facultades y prerrogativas políticas y militares, en muchos casos legadas por el ordenamiento de la Real Ordenanza de Intendentes, que en buena medida se extenderán sobre la totalidad de la administración de justicia²⁸⁶. El poder legislativo —el ordinario, y en ocasiones también el constituyente— sería desde entonces encarnado por las Salas o Juntas de Representantes, conformadas por elección popular generalmente indirecta. Con las excepciones que después señalaremos, la elección del gobernador provincial solía ser indirecta, recayendo sobre las Salas o Juntas — en reiteradas ocasiones la elección del gobernador por parte de la Sala no sería algo distinto que el reconocimiento jurídico de una situación fáctica—. Por otro lado, y en cuanto se veía acompañada de un mandato fijo del Gobernador y de la irresponsabilidad del Gobierno ante el Legislativo, antes que constituir un rasgo “parlamentario” de los regímenes, ésta tenía por objeto acotar la representación política a la elaboración de las élites políticas locales. Por caso, en 1820 tiene lugar la inauguración de la Sala de Representantes de la Provincia de Buenos aires, que vendría a ocupar el centro institucional de la representación social, y que por primera vez aceptaría un restringido pluralismo político —como la victoria de una lista opositora al gobierno—. Como señala Ternavasio, la Sala de Representantes

[n]o sólo era la encargada de elegir al gobernador, sino además la responsable de discutir y aprobar el plan de reformas emprendido en aquellos años, votar el presupuesto anual de gastos, aceptar la creación de todo nuevo impuesto, evaluar lo actuado por el Ejecutivo y fijar el período de sesiones. El Poder Ejecutivo se desempeñó bajo los cánones de este principio —no aplicándose las facultades extraordinarias confiadas a los

²⁸⁵ Ternavasio, Marcela. “La visibilidad del consenso. Representación en torno al sufragio en la primera mitad del siglo XIX”. En Sabato, Hilda y Alberto Lettieri (comps.). *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 57-73; Sabato, Hilda y Marcela Ternavasio. “El voto en la república. Historia del sufragio en el siglo XIX”. En Hilda Sabato, Marcela Ternavasio, Luciano De Privitellio, Ana Virginia Persello. *Historia de las Elecciones en la Argentina: 1805-2011*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2011, pp17-134.

²⁸⁶ Giamportone, Tereza Alicia. “Principios hispanos en la formación de los Estados Provinciales en el siglo XIX. El estudio del Poder Ejecutivo en la Provincia de Mendoza, República Argentina”. *Estudios Ibero-Americanos*, Vol. 39, N° 2, julio-diciembre de 2013, pp. 304-322.

anteriores gobiernos revolucionarios— y cumplió con la presentación anual de su mensaje, que no era otra cosa que la rendición de cuentas de lo actuado durante su gestión.²⁸⁷

Esta importante innovación se inscribe en una serie de transformaciones institucionales de rasgos liberales operados, a lo largo de la primera mitad de la década de 1820 en la provincia de Buenos Aires, bajo el gobierno del general Martín Rodríguez, con Bernardino Rivadavia y Manuel José García ocupando los Ministerios de Gobierno y de Hacienda respectivamente.

Reformas rivadavianas

Las reformas rivadavianas de la institucionalidad política fueron una respuesta novedosa a la encerrona fundamental que debió afrontar este círculo de políticos profesionales: la oposición entre su ascenso al poder político por efecto del saldo de la década revolucionaria con sus pretensiones de clausurarla, encaminando el curso de los acontecimientos políticos, según las nociones rectoras de su discurso, en la senda del *progreso* y la *felicidad pública*²⁸⁸. Mientras que, por un lado, la década revolucionaria había impuesto el principio político de la soberanía popular, cuya singularmente intensa difusión hacía inviable el imperio del principio dinástico-tradicional — y con él, el establecimiento de una anhelada monarquía templada en el Plata²⁸⁹—; por el otro, los

²⁸⁷ Ternavasio, Marcela. *La Revolución del Voto*, op. cit., pp. 75-98.

²⁸⁸ Ternavasio, Marcela. “Las reformas rivadavianas en Buenos Aires y el Congreso General Constituyente (1820-1827)”. En Goldman, Noemí (dir.). *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. Nueva Historia Argentina, T. III. Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 159-197; Ternavasio, Marcela. “Construir poder y dividir poderes. Buenos Aires durante la «feliz experiencia» rivadaviana”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 26, segundo semestre 2004, pp. 7-43. Como sintetiza Marcela Ternavasio, la reforma electoral de 1821 “fue una respuesta pragmática a una situación política local que requería de un nuevo régimen representativo para legitimar el poder surgido de la crisis del año '20. En esta dirección, era preciso combinar los valores consagrados por la Revolución -libertad e igualdad- con respuestas concretas a problemas pendientes de la década anterior, entre ellos, resolver la inestabilidad política -atribuida al alto grado de división en el interior de la elite- y el desorden provocado por las asambleas populares, generalmente convocadas a partir de un cabildo abierto.” Ternavasio, Marcela. *La Revolución del Voto*, op. cit., pp. 75-98.

²⁸⁹ “Verdad es, que los diferentes gobiernos, establecidos en la América, no se han constituido en otras tantas monarquías: porque la América está convencida, que en el presente siglo no se hacen ya reyes nuevos: pasó esa época, ni es fácil que vuelva, si las luces no retroceden. Desgraciado el país, y más desgraciado el punto de nuestro continente, que cayese en semejante delirio.” “Representación que la municipalidad del Rio Janeiro ha dirigido a nombre del pueblo al príncipe regente del Brasil.” *La abeja argentina*, N° 4, Buenos Aires, 15 de julio de 1822. La noción de la imposibilidad de una monarquía en el Plata es extensible a *El nacional* y *El Argos*. Ver: Myers, Jorge. “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: *El Argos* de Buenos Aires, 1821-1825”. En Alonso, Paula (comp.). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la*

diez últimos años habían revelado, también a sus ojos, las vicisitudes de la anarquía asociadas a los esporádicos conatos democrático-plebeyos de ejercicio directo de la soberanía popular por parte de unos sectores populares poco dispuestos a mostrarle su favor a este grupo²⁹⁰. El testimonio de Beruti es representativo de los recelos respecto de las posibilidades de un gobierno estable en Buenos Aires:

Desgraciado pueblo, que no hay gobierno que se ponga que los malvados no traten de quitarlo porque no es de su facción, de manera que no hay orden, subordinación ni respeto a las autoridades, cada uno hace lo que quiere, los delitos quedan impunes y la patria se ve en una verdadera anarquía, llena de partidos y expuesta a ser víctima de la ínfima plebe, que se halla armada, insolente y deseosa de abatir la gente decente, arruinarlos e igualarlos a su calidad y miseria.²⁹¹

En lo que no era un mero celo antidemocrático unitario –la visión de la democracia que en la década de 1820 perfila Monteagudo desde Perú, antiguo “jacobino”, es sumamente sugestiva a este respecto–, una publicación rivadaviana de la época afirmaba que,

la América está muy distante de hallarse encantada con los prestigios de la democracia. (...) La democracia no existe, ni es fácil que exista en ningún punto del vasto continente americano. La forma de gobierno, porque este aspira, y que muy en breve debe dominar en todo él, es la que han creado las nuevas luces del siglo, y que no estuvo a los alcances de los que solo conocieron las que nos ha transmitido la envejecida y abstracta clasificación de democracia, aristocracia, monarquía &c. Sí: un *gobierno verdaderamente representativo*, que es el único que puede hacer la felicidad de los pueblos, por el que claman todas las naciones del mundo civilizado, *que nada tiene de común con la democracia, y en nada se parece a las formas anárquicas que la constituyen, es el único gobierno por que la América suspira*, y cuyo establecimiento ha sido el objeto de sus pasados sacrificios, y es hoy el de sus trabajos y desvelos.²⁹²

formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

²⁹⁰ Zubizarreta, Ignacio. “La intrincada relación del unitarismo con los sectores populares, 1820-1829”. *Quinto Sol*, Vol. 15, Nº1, 2011, pp.1-27. Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/quisol/v15n1/v15n1a02.pdf>

²⁹¹ Beruti, Juan Manuel. *Memorias Curiosas*. Buenos Aires, Emecé, 2001, p. 321, citado en Zubizarreta, Ignacio. “La intrincada relación del unitarismo con los sectores populares, 1820-1829”. *Quinto Sol*, Vol. 15, Nº1, 2011, p. 8, recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/quisol/v15n1/v15n1a02.pdf>. Ciertamente, el círculo rivadaviano no gozaría del aprecio del “bajo pueblo” o la “ínfima plebe”.

²⁹² “Representación que la municipalidad del Rio Janeiro ha dirigido a nombre del pueblo al príncipe regente del Brasil.” *La abeja argentina*, op. cit.

La élite rivadaviana recurrió, consecuentemente, al expediente de una nueva fórmula de legitimidad concordante con esta definición del saldo revolucionario: si la república era una exigencia indeclinable de los tiempos, la representación era la clave de bóveda del orden por venir. La tarea de instituir una república representativa exigía “«inventar» ciudadanos allí donde antes no los había”. El programa rivadaviano para alcanzar esta meta se desarrolló en dos vertientes: Por un lado, se promovió una compleja red de instituciones y asociaciones civiles –paradójicamente, creadas en muchos casos por decreto estatal– “con el propósito de inculcar en los habitantes del país esos hábitos, actitudes y prácticas juzgados indispensables para un apropiado ejercicio de la ciudadanía”. Por otro, se desarrolló un entramado de instituciones culturales y educacionales que apuntaba a “la difusión de la Ilustración –que desde el punto de vista de los rivadavianos era un prerequisite necesario para la participación de la vida pública”²⁹³; se trataba, en palabras del mismo autor, de “«inventar» una sociedad civil en una sociedad política que parecía girar en el vacío.”²⁹⁴ Respecto al primer punto, un rasgo saliente de la sociabilidad del período lo constituye

la articulación de un denso entramado de asociaciones «privadas», cuya acción debía definir un espacio intermedio entre el Estado y la sociedad. (...) Aquellos ámbitos – monopolizados por miembros de la elite– ofrecerían en la década del 20 un conjunto de recintos idóneos en los que fueran simultáneamente compatibles con el ideal moderno del individuo autónomo o privado y con el nuevo espíritu republicano.²⁹⁵

En este sentido, veremos surgir a la Junta de Comerciantes y Hacendados (1821) y a la Bolsa de Comercio (1822) como asociaciones civiles de carácter económico, a la Sociedad Literaria (1822), “Valeper” (1822), Filarmónica (1822) y la Academia de Medicina (1822) en el plano cultural, así como la Sociedad de Beneficencia (1823) con un carácter caritativo. En paralelo, es significativa la aparición de una serie de periódicos dirigidos a formar una esfera de la opinión pública, como *El Argos de Buenos Aires* (1821-1825), *El Centinela* 1822-1823), *El Nacional* (1825-1826), así como la publicación científica-cultural *La Abeja Argentina* (1822-1823), entre otros; su impulso gubernativo, sin embargo, atentaría de modo indudable contra su autonomía.

²⁹³ Myers, Jorge. *Languages of politics: a study of republican discourse in Argentina from 1820 to 1852*. Tesis de maestría, Stanford University, Enero de 1997, p. 53. (Traducción propia).

²⁹⁴ Myers, Jorge. “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860”. En Devoto, Fernando y Marta Madero (dirs.). *Historia de la vida privada. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires, Taurus, 1999, t. I, p. 139.

²⁹⁵ Myers, Jorge. “Una revolución en las costumbres...”, *op. cit.*, p. 113.

En el plano de los lenguajes políticos, Myers advierte la persistencia del «liberalismo doctrinario», el liberalismo español de la tradición de Cádiz, la nueva «Economía Política» inglesa y francesa, y más en general, todas las referencias aún abundantes a la tradición ilustrada del siglo dieciocho (desde Montesquieu y Rousseau –dos referencias constantes– hasta Jovellanos)”, aunque sería la emergencia del utilitarismo la que signaría el período. En efecto,

los años rivadavianos presenciarían el surgimiento de Inglaterra como una fuente alternativa de concepciones y doctrinas políticas. (...) Si es posible detectar algunas resonancias del discurso «Whig» más liberal en los debates legislativos y en la prensa argentinos de la década del '20, si circularon algunas de las obras de Lord Brougham, si hubo ciertos puntos de contacto –tanto directos como indirectos a través de España– con los escritos del círculo de Holland House, la corriente que mayor repercusión lograría (...) fue sin duda el utilitarismo de Jeremy Bentham.

Mientras en Inglaterra éste servía de expresión a unas ascendientes clases medias, el utilitarismo fue apropiado en Buenos Aires por una élite gubernativa con alta confianza en sus capacidades, proveyendo al círculo rivadaviano

la promesa de una base científica o racional para la elaboración de la nueva institucionalidad republicana, y un criterio de legitimidad [el de utilidad] alternativo tanto al difuso contractualismo que había estado en la base de casi todas las propuestas constitucionales hechas desde la Revolución en adelante, cuanto al «legitimismo» que había servido para justificar el ordenamiento del Antiguo Régimen.²⁹⁶

En diciembre de 1824 se instala en Buenos Aires el Congreso General de las Provincias de Sud América, convocado por el gobernador bonaerense Martín Rodríguez. Como advierte Noemí Goldman,

el carácter incierto de la noción de constitución que recorre la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata se relaciona con *la indefinición del sistema político y con las disputas por la determinación del sujeto de imputación del poder constituyente*, que alcanzan su punto más álgido en el Congreso General Constituyente de 1824-1827.²⁹⁷

²⁹⁶ Myers, Jorge. “Ideas moduladas...”, *op. Cit.*, p.168. Para una restitución de las polémicas en torno a la efectiva incidencia de Bentham sobre Rivadavia, ver: Gallo, Klaus. “Jeremy Bentham y la “Feliz Experiencia”. Presencia del utilitarismo en Buenos Aires 1821-1824”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, 2002, pp.79-96.

²⁹⁷ Goldman, Noemí. “Constitución. Argentina - Río de la Plata”. En Fernández Sebastián, Javier (Dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Iberconceptos I. La era de las revoluciones, 1750-1850*. Madrid, Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y

En el seno de este Congreso la contraposición entre monárquicos y republicanos, que había perdurado entre 1815 y 1820, fue definitivamente desplazada por aquella entre unitarios y federales: la división no es *esencialmente* teórica o doctrinaria, sino que responde a agrupamientos realmente existentes que no podían ser ignorados por un cuerpo legislativo para el que los resultados de 1819-1820 estaban todavía bien a la vista²⁹⁸. En 1825 el Congreso sancionó la Ley fundamental, por la que se declaró Constituyente, reconociendo que las provincias se regirían interiormente por sus propias instituciones hasta la promulgación de una constitución nacional, la que sería puesta a consideración de las provincias, y no sería promulgada ni establecida hasta ser aceptada por ellas. Según Goldman, el dictado de la Ley Fundamental “reconoce una situación de hecho”:

el estado de independencia en el cual se hallan las provincias. Hasta tanto se establezca una nueva constitución, que debía ser nuevamente sometida a los pueblos, se delegaba el Ejecutivo Nacional provisorio en Buenos Aires. El reconocimiento de esta situación ubicó la discusión constitucional en otro escenario, que planteó un nuevo interrogante: ¿cómo preparar a los pueblos para que acepten organizarse en Estado Nación? Fracasado el proyecto constitucional de 1819, ya no se trataba de buscar la traducción perfecta de una combinación de formas en un código constitucional sino de organizar previamente el Estado por medio de leyes particulares. Es el diputado por Buenos Aires, y luego ministro de Rivadavia, Julián Segundo de Agüero, quien desarrolla una extensa argumentación en favor de una organización gradual. «Es un error, nos dice, creer que la constitución organiza un Estado. Si esto fuera cierto y siendo tan fácil elaborar un código constitucional, un Estado se organizaría en un día solo». Lo que hace la felicidad de un Estado –afirma– es su riqueza, su prosperidad y su organización, no la forma de la

Constitucionales, 2009, p. 325. Ver también: Goldman, Noemí. “El debate sobre las formas de gobierno y las diversas alternativas de asociación política en el Río de la Plata”. *Historia Contemporánea*, N° 33, 2006, pp. 495-511.

²⁹⁸ Hasta donde hemos podido identificar, Adolfo Saldías fue pionero en interpretar la lucha política del período que va entre 1815 y la sanción constitucional de 1853 a la luz de la oposición entre monárquicos (más o menos encubiertos y descubiertos, y tendencialmente encarnado por figuras asociadas al partido directorial-unitario) y republicanos (predominantemente federales). Ver también, entre muchos otros: Goldman, Noemí. “Los orígenes del federalismo rioplatense (1820-1831)”, en Goldman, Noemí (dir.) *Nueva Historia Argentina. Tomo 3. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. España, Sudamericana, 1998, pp. 103-124.; Levaggi, Abelardo. “Espíritu del constitucionalismo argentino”. *Revista de Historia del Derecho*. Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, N° 9, 1982, pp. 255-256, 265-272; Souto, Nora. “Unidad/ Federación”, en Noemí Goldman (ed.). *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 175-193.

constitución. Y propone una organización progresiva por medio de leyes particulares, según exijan las circunstancias, y teniendo en vista los objetivos fundamentales de la constitución para cuando llegue el caso de dictarla.²⁹⁹

El Congreso dictaría luego las leyes de Presidencia y de Capitalización de la Ciudad de Buenos Aires: por la primera, y de cara al conflicto bélico contra el emperador del Brasil –la guerra, según la declaración del Congreso, se declararían personalmente al emperador, y no al Imperio ni al pueblo–, se creaba la magistratura de un ejecutivo nacional que era puesta a cargo del gobernador de la Provincia de Buenos Aires; la segunda garantizaba el dominio presidencial sobre un vasto territorio que, abarcando buena parte de los resortes administrativos de la época, ponía bajo su dominio directo las principales fuentes rentísticas .

En los ardorosos debates sobre la ley de ciudadanía de 1826, Manuel Dorrego hizo una defensa encendida del voto popular: en la sesión del 25 de septiembre sostuvo que toda restricción censitaria era contraria a las bases del gobierno republicano y representativo, afirmado en el principio de la igualdad de derechos del hombre. Dorrego denunciaba que, según el proyecto oficial, la nueva restricción se limitaba a jornaleros y asalariados, y no se extendía a los empleados del gobierno. Según su visión, siendo estos últimos más proclives a dejarse afectar por los influjos del gobierno, la restricción electoral antes señalada no tenía otro objeto que consolidar una “aristocracia del dinero”:

si se excluye a los jornaleros, domésticos, asalariados y empleados, ¿entonces quién queda? Un corto número de comerciantes y capitalistas. He aquí la *aristocracia del dinero*; y si esto es así podría ponerse en giro la suerte del país y mercarse. Entonces sí que sería fácil poder influir en las elecciones, porque no es fácil influir en la generalidad de la masa, pero sí en una corta porción de capitalistas; y *el que formaría la elección sería el Banco*, porque apenas hay comerciante que no tenga giro en el Banco, y entonces el Banco sería el que ganara las elecciones, porque él tiene relación en todas las provincias.

El diputado Castro replicaría por cuenta del oficialismo que, si la aristocracia hereditaria y de sangre es odiosa, aquella nacida “de la naturaleza de las cosas” no es temible ni puede destruirse:

²⁹⁹ Goldman, Noemí. “El concepto de «Constitución» ...”, *op.cit.*, pp.179-180.

incluso más, según argumentaba el diputado ella “es realmente existente en toda sociedad; y todo lo demás es una quimera, y una triste teoría.”³⁰⁰

La oposición federal bonaerense lanzó en octubre de 1826 un periódico llamado *El Tribuno*, cuyo primer número advertía “[n]o os azoréis, aristócratas, por esta aparición”. El apelativo no es casual: en efecto,

[l]a aristocracia había sido discutida un mes antes en el Congreso, en el debate acerca de quiénes iban a tener derecho a voto de acuerdo con la nueva Constitución. Los unitarios —muchos de los cuales habían creado la ley electoral de 1821 en Buenos Aires— abogaron ahora por una restricción del sufragio, suspendiendo la ciudadanía de los jornaleros, domésticos a sueldo, soldados, los procesados penalmente y los «notoriamente vagos». La novedosa posición obedeció quizás a que los unitarios sabían que no podían controlar la participación plebeya en las elecciones de otras provincias, como lo hacían en Buenos Aires.³⁰¹

Una maniobra política conducida por Valentín Gómez fuerza una mayoría de representantes bonaerenses en el Congreso General, que en noviembre de 1826 expide una nueva constitución. El texto aprobado elimina el Senado corporativo, pero intensifica el carácter aristocrático de la Cámara de Diputados. La incorporación de consejos de administración bajo unidad de régimen remite, por otra parte, a la tradición político-administrativa francesa. Las novedades no alcanzan para convencer a las provincias interiores, que rechazan rotundamente la unidad de régimen prevista en el texto³⁰².

Precipitada por los resultados de las negociaciones de paz con el Brasil conducidas por el ministro García, que cedían la provincia Oriental al Imperio, la renuncia de Rivadavia arrastraría a su disolución a la débil magistratura presidencial. El triunfo arrollador de la lista federal en las elecciones bonaerenses encumbraría a Dorrego en el gobierno provincial a mediados de 1827; las

³⁰⁰ Ravignani, Emilio (comp.). *Asambleas Constituyentes Argentinas, seguidas de los textos constitucionales, legislativos y pactos interprovinciales que organizaron políticamente la Nación. Fuentes seleccionadas, coordinadas y anotadas en cumplimiento de la ley 11.857*. Tomo tercero, 1826-1827. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1937. pp. 735 y ss.

³⁰¹ Di Meglio, Gabriel. “Chaquetas y ponchos frente a levitas. La participación política del bajo pueblo de la ciudad de Buenos Aires a partir de la Revolución de 1810”. *Histórica*, Vol. 34, N° 1, 2010, p. 92. Disponible en: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/viewFile/91/91>

³⁰² Salas, Rubén Darío. “Élites rioplatenses, Sistema Representativo, y Cabildo...”, *op. cit.* Para una reposición de las oposiciones conceptuales fundamentales del Congreso de 1824-1827, ver: Aramburo, Mariano José. “Estado, soberanía, nación y otros conceptos conexos en el Río de la Plata, 1824-1827”. *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, N° 1, 2012, pp.107-132. <http://www.ehu.es/ojs/index.php/Ariadna>

provincias habrían de investirlo con la delegación del manejo de las Relaciones Exteriores. Las nuevas negociaciones de paz, que concluirían con la independencia de la Banda Oriental, motivarían el alzamiento del general Lavalle en el marco de una nueva coalición unitaria. En la batalla de Navarro los sublevados vencen a Dorrego, quien es fusilado a mediados de diciembre de 1828. En las postrimerías de la batalla, Rosas —que se había mostrado leal a las autoridades legalmente establecidas— caracteriza a los sublevados en un lenguaje afín al de Dorrego para caracterizar a sus adversarios políticos:

Solo salí de Buenos Aires el día de la sublevación, y a los cuatro días tuve conmigo dos mil hombres; pero esos mismos grupos de hombres, que por instantes se me reunían llenos de entusiasmo, causaban un completo desorden, que se aumentaba—porque estando conmigo Dorrego, yo no podía obrar conforme con mis deseos y con mis opiniones, en el todo, o en la parte principal. —Por otra parte, *como el señor Gobernador, a pesar de lo que trabajaban los enemigos, tenía en manos de estos todos los principales recursos, que son las armas y el Banco, y la gente que se me reunía toda, era sin armas y sin moneda, cuando nuestros enemigos tenían estas dos poderosas armas en abundancia.* En fin, los enemigos nos estrecharon y obligaron a presentarles acción, y por causa que diré a ud. a la vista, la perdimos. Pude haber reunido la gente toda, pero cansado de sufrir disparates, quise más bien venirme a saber la voluntad del gobierno de esta provincia y de la Convención, por esto no quise traer la gente, ni decirles que venía, y a pesar de esto, y de que he procurado venir escondido, se han venido varios jefes de los Regimientos, alguna tropa y oficiales, y vendrán cuantos se quieran, si se les llama. En esta vez, se ha uniformado el sistema federal, a mi ver, de un modo sólido absolutamente. —Todas las clases pobres de la ciudad y campaña están en contra de los sublevados, y mucha parte de los hombres (ilegible) Sólo creo que están con ellos los quebrados y agiotistas, que forman esta *aristocracia mercantil*.³⁰³

En 1829, el general José María Paz derroca a Bustos y asume el gobierno de Córdoba; en el mismo año, Juan Manuel de Rosas es elegido por la Sala de Representantes como gobernador de la provincia de Buenos Aires. Entre Córdoba y Buenos Aires se produce entonces un enroque de posiciones: La primera, que durante la gobernación de Bustos había pretendido ser un eje para

³⁰³ Carta de Rosas a Estanislao López, 12 de diciembre de 1828, en Bilbao, Manuel. *Historia de Rosas*. Buenos Aires, Imprenta Buenos Aires, 1868, p. 245.

la organización federal, bajo el mando de Paz se torna en el eje del “sistema de unidad”; la otra, capitaneada por Rosas, en campeona del “sistema de federación”³⁰⁴.

En agosto de 1830, y de acuerdo a las normas del Derecho de Gentes, se alza la Liga del Interior encabezada desde Córdoba por el General Paz; como respuesta, en febrero de 1831 se erige la Liga Litoral. Según la prensa oficial cordobesa, por entonces

[l]a República Argentina dividida en dos grandes fracciones debe considerarse en cuanto a los efectos de la guerra como dos naciones independientes que se hostilizan mutuamente... Cuando la nación se divide en dos partidos absolutamente independientes, que ya no reconocen superior común, se disuelve el estado; y la guerra entre dos partidos viene a pasar, por todos aspectos, en el caso de una guerra pública entre dos naciones diferentes.³⁰⁵

En 1829 Rosas asume al gobierno provincial con el apoyo de “rosistas”, “dorreguistas” y “federales recién convertidos al unitarismo”³⁰⁶-, y en 1831 la campaña del General Paz acaba por un certero golpe de boleadora: en palabras de Halperín Donghi, la victoria rosista de 1829-1831 “es sobre todo la de los pueblos en lucha contra el ejército profesional.”³⁰⁷ El 18 de mayo del mismo año Fragueiro fue designado gobernador interino por la Legislatura cordobesa. Desde ese puesto concertó con el gobernador López, acampado en Calchín, un tratado de paz. Más tarde, firmó con el gobernador Echagüe, de Santa Fe, un tratado de alianza y protección³⁰⁸. La publicación de su correspondencia con Rosas, López y Quiroga por El Clamor Cordobés –semanario federal surgido sólo un mes antes–, propició su caída y encarcelamiento por orden de José Roque Funes, su sucesor en el gobierno provincial³⁰⁹. Tras dos meses en el gobierno, Funes renuncia, y José Vicente Reynafé, el Comandante de Armas de la Provincia y aliado de López, es designado gobernador: devuelve entonces el encargo de las relaciones exteriores al gobernador de la provincia de Buenos

³⁰⁴ Herrero, Fabián. “Los unitarios convertidos en federales y la organización de la nación. Buenos Aires, hacia 1830”. *Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani*, N° 30, Buenos Aires, Enero-diciembre, 2007, pp. 35-71. En http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0524-97672007000100002

³⁰⁵ *La Aurora Nacional*, Córdoba, 29 de setiembre de 1830, citado en Herrero, Fabián. “Los unitarios convertidos en federales...”, *op. cit.*, p. 42. <http://www.scielo.org.ar/pdf/bihaar/n30/n30a02.pdf>

³⁰⁶ Herrero, Fabián. “Los unitarios convertidos en federales...”, *op.cit.*, p.39.

³⁰⁷ Halperín Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia a la Confederación Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 290.

³⁰⁸ Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina. Tercera parte: Los proscriptos*. Tomo II. Losada, Buenos Aires, 1948, p. 544.

³⁰⁹ Martínez Paz, Enrique. “Don Mariano Fragueiro. Noticia Biográfica”, *op. cit.*, p. 13.

Aires. En 1831 Rosas había concluido su primer mandato coronado con la representación exterior de las provincias confederadas.

A lo largo del año que siguió a la caída de Paz, el resto de las provincias argentinas adherirían a la Liga Litoral, hasta llegar a constituir la denominada Liga Federal. La Liga hubo de instituir una Comisión Representativa orientada a los preparativos de la organización constitucional, aunque su vida efímera ligada a la intransigente oposición de Rosas le impediría materializar cualquier avance significativo en este sentido³¹⁰. Su trayectoria, luego de la disolución de la Comisión Representativa, se precipita velozmente a una nueva delegación de las relaciones exteriores y de las tropas nacionales en la persona del gobernador de Buenos Aires: se trata de un recurso que, como hemos visto, no era novedoso ni históricamente excepcional, ya que al mismo resorte habían apelado los Congresos Constituyentes de 1816-19 y 1824-26. Sin embargo, y como revela la correspondencia entre los principales caudillos identificados con la causa federal, la cuestión constitucional está en el centro de los debates de la hora³¹¹: la célebre “Carta de la Hacienda de Figueroa”, con la que Rosas intenta persuadir a Quiroga de que el país no estaba en condiciones de entrar en una organización general, es elocuente al respecto.

En 1834 el brigadier Juan Facundo Quiroga es comisionado por el Dr. Maza, gobernador de Buenos Aires, para mediar en la guerra entre Tucumán y Salta, que se resolvió con la victoria del tucumano Heredia y el fusilamiento de La Torre antes del arribo del riojano. De regreso de Santiago del Estero, Quiroga es asesinado en Barranco Yaco por orden de los hermanos Reynafé³¹². Ante la proximidad del segundo gobierno de Rosas, Fragueiro tramita y consigue en 1834 sus pasaportes ante el gobernador Viamonte: Alberdi y Fragueiro, según relata el primero, coincidirían en su viaje al norte.

Luego de la “Revolución de los Restauradores” y el breve interinato de Maza, Rosas y sus exministros son llamados por la Sala a ocupar la gobernación. Rosas declina cuatro veces la

³¹⁰ “Pacto celebrado entre los representantes de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, en virtud del cual se constituye la Liga Federal, 4 de enero de 1831”, en Leiva, Alberto David (comp.) *Fuentes para el estudio de la historia institucional argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 1982, pp. 289-294. Para un reciente análisis centrado en la Comisión Representativa surgida del Pacto Federal, ver: Yurman, Rogelio Pablo. *Nación y Confederación*, op. cit.

³¹¹ Barba, Enrique. *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*. Buenos Aires, Hyspamerica, 1985, pp.7-45, 90-105.

³¹² Zinny, Antonio. *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta la fecha, precedida de la cronología de los adelantados, gobernadores y virreyes del Río de La Plata, desde 1535 hasta 1810*. Vol. II. Buenos Aires, Administración General Vaccaro, 1920, p. 117.

magistratura, ofreciendo incluso su renuncia a la comandancia de milicias de campaña: argüía entonces que la Suma del Poder Público era esencial para el restablecimiento de la ley. Finalmente, esta prerrogativa le es acordada por la Sala y, a solicitud de Rosas, plebiscitada por el pueblo de la ciudad de Buenos Aires³¹³. Hacia mediados de la década, en la provincia de Buenos Aires “[e]l federalismo moderado que predomina en los primeros tramos del gobierno de Rosas y que unía a rosistas y unitarios convertidos es reemplazado (...) por (...) el federalismo radicalizado, una nueva alianza que asocia a rosistas y dorreguistas.”³¹⁴ Para entonces, Rosas ha hecho saber su franca oposición a emprender otro ensayo de organización constitucional: de ello da cuenta la respuesta que para el mismo año Rosas dirigiera al gobernador de Entre Ríos, Pascual Echagüe, en réplica a sus lamentos por la falta de organización constitucional:

dice que estamos en tan difíciles y delicadas circunstancias, que el país se resiente y retrograda con el menor movimiento por falta de constitución; de modo que si tuviésemos lo que vulgarmente se llama constitución, no deberíamos cuidar de los menores movimientos, pues, aunque por ellos se preparan los mayores, no harían entonces resentir ni retrogradar el país. De lo que se deduce que, cuanto antes y sin pérdida de tiempo, debemos tratar de que se reúna un congreso nacional que nos dé un cuadernito con el nombre de constitución, para cuya formación se inviertan ingentes miles de pesos, asuman su tiempo todos los gobiernos desatendiendo otros asuntos vitales y del momento, se pongan en juego todos los unitarios e intrigantes y en alarmas y desconfianza los pueblos, se promuevan cuestiones odiosas y acaloradas que nadie pueda resolverlas dejando en tranquilidad la República y, por último resultado, unos estén por una parte del cuadernito, otros por otra, algunos lo reprueben del todo, entre aquéllos se dispute la parte que se debe adoptar, éstos no los quieran reconocer, y la República toda se vea convertida en un campo de anarquía y de horrores, como ha sucedido siempre que se ha querido organizarla de este modo, sin guardar el orden lento, progresivo y gradual con que obra la naturaleza en el orden físico y moral, ciñéndose

³¹³ Para despejar las acusaciones de su excesivo influjo directo sobre la población de la campaña –de la cual, por otra parte, se sabía representante-, la ratificación popular-plebiscitaria por él solicitada se restringió al pueblo de la ciudad: éste le dio una victoria de 9.720 votos a favor contra 8 negativos (*Recopilación de las Leyes y Decretos promulgados en Buenos Aires, desde el 25 de Mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, pp. 1.346-1.353).

³¹⁴ Herrero, Fabián. “Los unitarios convertidos en federales...”, *op. cit.*, pp. 35-71.

para cada cosa a las oportunidades que presentan las diversas estaciones del tiempo y de la edad y del concurso más o menos eficaz de las demás causas influyentes.³¹⁵

Bajo el segundo gobierno de Rosas, iniciado en 1835, el republicanismo unanimista que impregnara todo el discurso oficial y paraoficial haría que la “Santa Causa de la Federación” y su rojo emblema se extendieran a todo aspecto de la vida pública, que sería hegemonizada de manera casi incontestada por la voz oficial. Como resultado de su meditado análisis, Jorge Myers afirma que “el lenguaje político hablado por el rosismo fue esencialmente republicano”³¹⁶. Los elementos que sostienen esta tesis son “un agrarismo republicano adaptado a los usos de una sociedad de fronteras en expansión, que se vería reforzado por una obsesiva identificación de Rosas con la figura clásica de Cincinato”; “el desarrollo consciente de una imagería ‘catilinaria’ para designar a los opositores y disidentes del régimen”; “la elaboración de un discurso ‘americanista’ sobre la base de elementos clásico-republicanos y nativistas”; y “una articulación sistemática entre las nociones de *virtus*, *salus populi* y el concepto romano de dictadura para justificar los poderes excepcionales conferidos a Rosas en su ejercicio como gobernador”³¹⁷. Sarmiento, en la singular retrospectiva de un entonces expresidente, diría que

Rosas era un republicano que ponía en juego todos los artificios del sistema popular representativo. Era la expresión de la voluntad del pueblo, y en verdad que las actas electorales así lo muestran. (...) No todo era terror, no todo era superchería. Grandes y poderosos ejércitos lo sirvieron durante años y años impagos. Grandes y notables capitalistas lo apoyaron y los sostuvieron. Abogados de nota tuvo en los profesores patentados del derecho. Entusiasmo, verdadero entusiasmo, era el de millares que lo proclamaban *Héroe del Desierto*, y el Grande Americano. La *suma del poder público* (...) le fue otorgada por aclamación, *Senatus consultus* y plebiscito, sometiendo al pueblo la cuestión.³¹⁸

En su caracterización ideológica de Rosas, Halperín sostiene que, según advierte Rosas, “[e]l Río de la Plata (...) sólo puede gobernarse popularmente; su herencia colonial, confirmada por su experiencia revolucionaria, excluye toda solución aristocrática, y por ello excluye también una

³¹⁵ Carta de Rosas a Echagüe, citado en Beverina, Juan. “Rosas y Lavalle y la expedición del «segundo ejército libertador» (1839-1840)”. *Humanidades*, N°4, 1922, pp. 115-130, aquí 119-120.

³¹⁶ Myers, Jorge. *Orden y virtud. el discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995, p. 13.

³¹⁷ *Ibid.*, p. 45.

³¹⁸ Sarmiento, Domingo F. *Bosquejo de la biografía de don Dalmacio Velez Saarsfield*. Buenos Aires, Imprenta de la Tribuna, 1875, pp. 40-41.

organización política unitaria, impensable, siempre según Rosas, sin una aristocracia gobernante.” Hay, para Halperín, una causa “más honda e inquietante” en el pensamiento rosista que las formas facciosas asumidas por la disputa entre las élites posrevolucionarias. Se trata de

la politización tan amplia que la revolución introdujo y que los unitarios contribuyeron a hacer avanzar al provocar resistencias tan generalizadas. Una plebe militante, poco dispuesta a reconocer la superioridad de otros sectores sociales, es un peligro permanente, no sólo en cuanto facilita el surgimiento de nuevos conflictos, sino todavía en cuanto puede hacer de ellos el punto de partida de una guerra social.³¹⁹

Economía política y crédito público, entre los rivadavianos y Rosas

El conjunto de transformaciones institucionales comúnmente conocidas como las “reformas rivadavianas” se extendieron a la esfera económica en un sentido amplio. Las reformas militares, fiscales, y del crédito público completan el ciclo de leyes fundamentales por las que se afirma la economía –también de la violencia- propia del paradigma leviatánico³²⁰, y se implican con los primeros ensayos de institucionalización de la economía política en el Río de la Plata.

En el ámbito de la Universidad de Buenos Aires tendrían lugar dos esfuerzos dirigidos a institucionalizar su enseñanza: la cátedra de Ideología, y el curso de Economía Política. La cátedra, que consideraba a la economía en tanto fenómeno moral, estaba desde 1822 a cargo del célebre Juan Manuel Fernández de Agüero³²¹, quien

debió basar su labor docente (...) en la primera edición francesa del *Traité de la volonté*, la misma que tradujo Jefferson. JMFA pudo haber trabajado con ejemplares del propio Rivadavia, quien poseía los cuatro tomos de *Éléments d'Idéologie* de Destutt de Tracy. Debe notarse que trabajaba con el más reciente conocimiento, al menos en lo que respecta a los

³¹⁹ Halperín Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia*, op. cit., p. 290.

³²⁰ Tomamos la expresión de: Garavaglia, Juan Carlos. “La apoteosis del Leviathan: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”. *Latin American Research Review*, Vol. 38, No. 1, febrero de 2003, pp. 135-168.

³²¹ di Pasquale, Mariano. “La recepción de la *Idéologie* en la Universidad de Buenos Aires. El caso de Juan Manuel Fernández de Agüero”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 15, Bernal, 2011, pp. 63-86. Entre 1822 y 1827 la primera cátedra de filosofía libre de tutela eclesiástica estaría a su cargo, desde la cual publicaría sus *Principios de ideología elemental, abstractiva y oratoria*. Luego, y hasta 1842, la misma quedaría a cargo de su discípulo Diego Alcorta.

ideólogos, pues el *Traité de la volonté* de Destutt de Tracy se reimprimiría en 1823 como *Traité d'Économie politique*, y en 1824 se publicaría en España como *Tratado de Economía política*.³²²

El segundo emprendimiento de institucionalización del pensamiento económico sería el mencionado curso de Economía Política, establecido por decreto a fines de 1823³²³. Entre 1823 y 1824 el curso estuvo a cargo de Pedro José Agrelo, quien apelaría a los *Elementos de política económica* del utilitario (y radical) James Mill en traducción local de Santiago Wilde; se trata de una de las pocas fuentes del pensamiento económico que Fragueiro invoca en sus escritos chilenos de la década de 1840³²⁴. Con la crisis del año 1826, la cátedra quedaría en manos de Dalmacio Velez Sarsfield, quien la conservaría hasta 1829: El *Tratado de Economía política* de Jean Baptiste Say³²⁵, principal apoyatura ulterior de Alberdi, proveería la base bibliográfica del curso. Es significativo sobre este punto que, entre los años 1828 y 1829, “de cinco tesis doctorales (...), cuatro eran sobre economía y finanzas: “Disertación sobre bancos”, “Disertación sobre impuestos”, “El comercio libre” y “Utilidad del comercio libre.”³²⁶

Por otra parte, la dependencia fiscal de las rentas de la aduana, como la primacía del gasto militar sobre el total de las erogaciones públicas, fue francamente superior a la del resto de las regiones -en que los mismos ya desempeñaban un papel más importante que en los estados

³²² Fernández López, Manuel. “Los textos en la enseñanza de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires (siglo XIX)”, p. 7. Comunicación presentada ante la Academia Nacional de Ciencias Económicas de la República Argentina en la sesión ordinaria privada del 13 de diciembre de 2006, disponible en: <https://ucema.edu.ar/conferencias/download/Paper.pdf>. Las noticias sucesivas sobre la enseñanza de la economía política se extraen de esta fuente.

³²³ “La duración del curso será de dos años. En el primero se dictará la teoría de la ciencia, sirviendo de texto los «Elementos de Economía Política por Mill», publicados últimamente en esta ciudad. En el segundo se dictará la aplicación a la economía doméstica y comercial, y a la estadística y administración de la hacienda pública. Concluido el curso, el catedrático redactará la parte correspondiente al segundo año y, con la historia de la ciencia, la elevará al gobierno para disponer su impresión, con arreglo a lo resuelto en 6 de marzo último.” “Decreto fundando una cátedra de economía política, 28 de noviembre de 1823”. En De Ángelis, Pedro (comp.) *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires, desde el 25 de mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835 con un índice general de materias*, primera parte. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, p. 536.

³²⁴ Fragueiro, Mariano. *Observaciones sobre el proyecto de estatuto para el Banco Nacional de Chile*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845, p. 18.

³²⁵ El *Tratado de economía política* de Jean Baptiste Say tiene su primera edición en 1803, y fue traducido al español en 1816: Say, Juan Bautista. *Tratado de Economía Política ó simple exposición del modo con que se forman, distribuyen y consumen las riquezas*, 3 vols. Madrid, Imprenta del Collado, 1816.

³²⁶ Fernández López, Manuel. “Los textos en la enseñanza...”, *op. cit.*, pp. 7, 10.

europeos³²⁷. La reforma militar no se dirigió únicamente a garantizar el predominio civil sobre la órbita militar sino que apuntó muy especialmente a una reducción de las exigencias del dilatado instrumento bélico posrevolucionario sobre el erario público. Gracias a la reforma militar, que implicó el pase a retiro forzoso de 250 oficiales, “se advierte en el áureo trienio de 1822-1824 una decidida transformación del equilibrio entre gastos militares y no militares (...), lo que supone una drástica reversión de la tendencia dominante hasta entonces, y que volverá a dominar luego de ese breve interregno.”³²⁸ En el marco de esta dependencia fiscal de los ingresos del comercio de exportación, y de cara a la amenaza permanente de un enfrentamiento militar abierto con el Imperio del Brasil, el aumento de las contribuciones directas y la formación de un sistema de crédito público adquirió por entonces una centralidad indiscutible³²⁹. El contexto financiero internacional se mostraba favorable -un auge del crédito inglés en Sudamérica se combina con una fiebre de la plata que se mostraría en retrospectiva efímera³³⁰-, y el grupo rivadaviano comenzó a pergeñar una estrategia que combinaba la creación de un Banco con la refinanciación de la deuda pública en plaza local, mediante su apalancamiento con deuda externa³³¹. Como señala Elena Bonura, el

³²⁷ Tomamos la expresión de: Garavaglia, Juan Carlos. “La apoteosis del Leviathan...”, *op. cit.*

³²⁸ Halperín Donghi, Tulio. *Guerra y finanzas*, *op. cit.*, p.138. Según precisa Burgin, “[e]n 1822 el Ministerio de Guerra consumía el 38,4% de los gastos de la provincia. Esta proporción subió en 1824 al 42,2%, y en 1829 (...) (el 77% de todos los ingresos) correspondieron a las fuerzas militares y navales de la provincia.” Burgin, Miron. *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Buenos Aires, Solar, 1975, p. 83.

³²⁹ Estas intenciones están plasmadas en: “Mensaje de los ministros encargados del poder ejecutivo Bernardino Rivadavia y Manuel José García al abrir las sesiones de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires en mayo 5 de 1823”. En Magrabaña, Heraclio. (comp). *Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina redactada cronológicamente por sus gobernantes. 1810-1910*, Tomo I (1810-1839), Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, 1910, p. 193-199. Ver también: Halperín Donghi, Tulio. *Guerra y finanzas*, *op. cit.*; Burgin, Miron. *Aspectos Económicos del Federalismo Argentino*, *op.cit.*

³³⁰ “El primer gobierno latinoamericano en firmar un contrato para un empréstito extranjero fue el de Colombia en 1822. Pronto fue seguido por los de Chile y Perú, y para 1825 la mayoría de los flamantes Estados habían acumulado cuantiosas deudas externas. Los bonos de Argentina, Brasil, la Federación Centroamericana, Chile, Gran Colombia, México y Perú eran vendidos y comprados a precios elevados en la Bolsa de Londres y el furor de esos valores exóticos pero lucrativos siguió imperando hasta la catástrofe financiera de diciembre de 1825.” Marichal, Carlos. *Historia de la deuda externa de América Latina: Desde la independencia hasta la gran depresión, 1820-1930*. México D.F., Alianza Editorial, 1988, p. 23.

³³¹ A este respecto nos permitimos citar en extenso a Amaral: “La resolución del problema que para el funcionamiento del Crédito Público presentaba la deuda pública anterior acarreo otro: la proliferación de bonos en plaza por su utilización como medio de pago hizo caer su precio al 30 por ciento de su valor nominal; así, cualquier emisión que se intentara para hacer frente a gastos extraordinarios no podría sino provocar una mayor caída de la cotización y consecuentemente un alza de la tasa de interés real de los bonos públicos. Era necesario, si se quería contar con una vía de financiación regular y de largo plazo, levantar el piso de cotización a fin de que pudiera absorberse el impacto de nuevas emisiones; la tasa real del 20 por ciento que redituaban los bonos públicos corriendo al 30 por ciento era ya suficientemente alta frente a la tasa nominal del 6 por ciento. Este nuevo problema surgido de la relación entre la tasa de interés real y la apreciación de los bonos no era de fácil solución: la valorización de los

bloque reformista bonaerense evidenciaba una confianza ilimitada en las posibilidades del “crédito público”, que implicaba por entonces

mucho más que una simple deuda pública: sin exagerar se puede afirmar que hacia la década de 1820 él era, para hombres como Bernardino Rivadavia, Julián Segundo de Agüero, y los redactores de *El Nacional*, *El Argos*, *El tiempo*, etc., casi un concepto mágico, al conjuro del cual los males financieros del país se curarían como por encanto y un ilimitado y venturoso porvenir se abriría si se cumplían sus «leyes».³³²

Las publicaciones que en *La Abeja Argentina* Manuel Moreno dedicó a estas cuestiones, y en las en que se advierte su experiencia como emigrado en los Estados Unidos de la democracia jeffersoniana, son sugestivas respecto a la pluralidad de lenguajes que circulaban en la época³³³. En su “Vista político-económica de Buenos Aires” Moreno celebra la conformidad de la vida

bonos acrecentaba el pasivo del sector público -puesto que el rescate se hacía al tipo de plaza- y reducía el atractivo de la colocación en bonos públicos si la escasez de medios de pago mantenía una tasa de interés alta. Si el crecimiento del pasivo podía soslayarse en beneficio del funcionamiento del sistema, la persistencia de la iliquidez afectaría ese funcionamiento. Entonces, antes de buscar la apreciación de los bonos debía resolverse la escasez de medios de pago. Con este fin el ministro de Hacienda promovió a principios de 1822 la creación de un banco que pusiera en circulación billetes convertibles a la par contra el descuento de letras giradas en la plaza. (...) Sus billetes permitieron limitar las funciones monetarias de los bonos públicos, liberándolos de la presión que la oscilación de la liquidez podría haber ejercido sobre su cotización. Quedaba por resolver el problema de lograr la apreciación de los bonos y mantener su atractivo como inversión; la manera de alcanzar un equilibrio entre ambos términos era efectuar una fuerte inversión en títulos públicos y mediante posteriores operaciones de compra y venta, regular su rentabilidad y la tasa de interés de plaza. Además, si esa inversión en bonos públicos producía un alza considerable de su precio, antes que perjudicados por la caída de la rentabilidad, los tenedores se verían favorecidos por el incremento real de sus activos. El problema pasaba entonces por la obtención de los recursos necesarios para efectuar esa fuerte inversión en bonos públicos que aseguraría el funcionamiento de los mecanismos de financiación internos creados poco antes. Dentro de la plaza no era posible conseguirlos por lo que solo cabía acudir a otros mercados de capitales; fuera a través de un agente -como lo sugiere la presencia de un señor Bary en Buenos Aires-, por los periódicos que regularmente llegaban o por la correspondencia particular, se sabía que en Londres había capitales disponibles para los más imaginativos proyectos, a un costo tan bajo como para creer que la tasa diferencial de interés entre ambas plazas permitiría atender los servicios de la deuda externa mediante el giro de los fondos en esta sin afectar su disponibilidad.” Amaral, Samuel. “El empréstito de Londres de 1824”. *Desarrollo Económico*, Vol. 23, N° 92, 1984, pp. 562-563.

³³² Bonura, Elena. “El crédito público bajo la administración de Juan Manuel de Rosas”. *Nuestra historia. Revista de historia de occidente*. Año XIV, N° 28, Buenos Aires, 1981, p. 195.

³³³ *La Abeja Argentina* es una publicación surgida de la “Sociedad Literaria”, grupo surgido a comienzos de 1822, bajo la inspiración de Julián Agüero y compuesto por unos veinticinco miembros entre los que se destacan el Deán Gregorio Funes, Antonio Sáenz y Manuel Moreno. Apareció por primera vez el 15 de abril de 1822, constituyendo la primera revista científico-literaria del Río de la Plata. Los artículos en cuestión son: “Vista político-económica de Buenos Aires”. *La Abeja Argentina*, N° 1, pp. 5-11, N° 2, pp. 41-49; y N° 3, pp. 81-98; y “De la amortización y sistema del crédito público trasuntado del ensayo político de Mr. Ganilh sobre la renta pública” y “Concluye el artículo de Mr. Ganilh, sobre el crédito público que empezó en el número 1”. *La abeja argentina*, N° 1, pp. 12-19; y N° 2 45-54 (el título alude al Ganilh, Charles. *Essai politique sur le revenu public des peuples de l'antiquité, des peuples de l'antiquité, du moyen age, des siècles modernes, et spécialement de la France et de l'Angleterre, depuis le milieu du 15 siècle jusqu'en 1823. revue, corr. et augm.* Treuttel et Würtz, 1823.)

agraria provincial con las preferencias republicanas, frente a las tendencias corruptoras del comercio, las manufacturas y las finanzas, amenazas siempre latentes para la república. Sus precauciones paradigmáticamente republicanas se advierten también en su tratamiento republicano del “crédito público”, en el que no omite replicar a la posibilidad de un predominio incontestado del gobierno por medio de la distribución de rentas y honores, y la consecuente posibilidad de la subordinación de todo el cuerpo político a los dictados del “interés amonedado” –traducción literal del inglés “*coined interest*”-. Según Moreno, sin embargo, la historia política y financiera de Inglaterra había desmentido todas estas prevenciones, hasta llegar a convertirla una potencia de primer orden. La autoridad de Montesquieu, quien había encontrado a la república (entendida como el gobierno de las leyes) bajo la constitución inglesa, permite inferir la clave explicativa del éxito inglés: la constitución templada del reino. El establecimiento de un gobierno subordinado a las leyes, el imperio de la ley, era garantía de la prosperidad del crédito público provincial.

Finalmente, en 1822 estas iniciativas se materializan con la formación del Banco de Descuentos o de la Provincia de Buenos Aires, al que por ley se le acuerdan una serie de privilegios públicos³³⁴. Tal como señala Sergio Bagú, con la institución “había triunfado evidentemente la tesis del banco privado, con privilegios del estado, a la cual Rivadavia se había adherido tempranamente y ahora aceptaba”³³⁵. El Banco de Descuentos, según la ley que lo conformaba, estaba obligado a respaldar todas sus emisiones, garantizando la convertibilidad de la moneda; la emisión, sin embargo, llegaría a superar ampliamente el capital del Banco. Fragueiro, habremos de ver, es inversor local e integrante del Directorio de la institución, dominado por inversores británicos, desde donde es posible que advirtiera que los accionistas “[n]o sólo generaron una gran

³³⁴ “Art. 1. Se concede a la sociedad que trata de establecer el Banco, la gracia de que no pueda existir otra de igual naturaleza en el término de 2[0] años. 2. Que las propiedades invertidas en acciones del Banco, sean libres de contribuciones, 3. Que los accionistas, en el caso de ejecución civil o fiscal, solo puedan ser obligados a vender sus acciones en la plaza. 4. Que el Banco pueda usar de sellos particulares, y los falsificadores de ellos sean castigados como monederos falsos. 5. Que el Banco goce de la acción hipotecaria o ignorancia sobre los bienes de los deudores, mientras la ley no provea de medio más eficaz. 6. Que las obligaciones que firme el Banco en sus transacciones se consideren como de oficio para el uso del papel sellado. 7. Que los depósitos judiciales se hagan en el Banco. Y de orden de la misma Honorable Junta se comunica á V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes.” Ley concediendo privilegios al Banco de Descuentos, 22 de junio de 1822. En De Ángelis, Pedro (comp.) *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires*, op. cit., pp. 369-370.

Para una vista de conjunto sobre la bibliografía historiográfica relativa al Banco, ver: Martí, Gerardo Marcelo. “Aportes para una historiografía de entidades oficiales de crédito. El paradigma del Banco de la Provincia de Buenos Aires”. *Ciclos*, Año XIII, Vol. XIII, N° 25-26, 1° y 2° semestre de 2003, pp. 195-224.

³³⁵ Bagú, Sergio. *El plan económico del grupo rivadaviano (1811-1827): su sentido y sus contradicciones, sus proyecciones sociales, sus enemigos*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966, p. 37.

depreciación de la moneda, sino que se otorgaron autopréstamos al tiempo que se trababa todo crédito que no fuera entregado a los mismos.”³³⁶ Las exigencias pecuniarias derivadas de una movilización militar como la derivada de lo que parecía una inminente guerra con Brasil durante el gobierno de Las Heras golpearon al tesoro del Banco, atañendo nuevas presiones emisionistas que chocarían con una paralela retracción del comercio ante la inminencia del bloqueo: se inicia lo que habría de considerarse la primera inflación emisionista de la historia vernácula, y mientras el directorio del Banco solicita la declaración de curso forzoso, el gobierno dilata la medida a la espera de una renuncia a los privilegios³³⁷.

El 8 de enero de 1826 el Congreso se declara garante de los billetes del Banco de Descuentos *hasta la creación del Banco Nacional*, encomendándole al gobierno el tomar los recaudos necesarios para preservar el escaso metálico en sus existencias³³⁸. Un día después, invocando un informe de la Junta de Directores del Banco, el gobierno decreta la retención a disposición del gobierno del metálico existente en la caja del Banco de Descuentos y prohíbe la emisión de nueva moneda³³⁹. Rápidamente el gobierno envía al Congreso General Constituyente un proyecto de ley para la creación del mencionado Banco Nacional. En su presentación y defensa del proyecto ante el Congreso, el ministro García afirmó que

[e]l estado de las Provincias Unidas demanda urgentemente que se establezca un Banco Nacional, de acuerdo con el proyecto que vengo a presentar hoy a esta Cámara. Esta medida es ya indispensable, si es que las provincias argentinas han de tener, al fin, un fuerte vínculo que las reúna entre sí, dándoles un centro de fuerza y de vigor que pueda reanimarlas y darle aquella prosperidad necesaria para que sean respetadas. Es necesario, pues, que formemos un *establecimiento en el cual venga a reconcentrarse todo el poder del crédito que corresponde a la concurrencia de las partes para poner en común sus recursos; y este establecimiento no puede ser otro que un Banco Nacional*, tanto más necesario cuanto que las circunstancias que han sobrevenido, al organizarse la nación, demandan a todos

³³⁶ Vitelli, Guillermo. “Las seis convertibilidades de la moneda argentina: la reiteración de una misma historia”. Ciclos. Año XIV Vol. XIV, N° 28, 2° semestre de 2004, p. 35.

³³⁷ Camperchioli, Alfredo. *La historia de la teoría y realidad de los privilegios del Banco de la Provincia de Buenos Aires*. Tesis doctoral, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1967.

³³⁸ Quedaban en caja solamente “14.000 onzas de oro (mon. 238.000.-) y 17.000 macuquinas de plata, apenas mon. 250.000.- en metálico contra circulante de cerca de tres millones de pesos.” *Ibid.*, p. 9.

³³⁹ “Decreto del 9 de enero de 1826”. *Registro Nacional*, N°2, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 8 de febrero de 1826, pp. 40-41.

sacrificios nuevos, y más grandes esfuerzos *al paso que se obstruyen los principales canales de las rentas públicas*, fundadas desgraciadamente en las entradas eventuales del comercio exterior. (...) [L]a insuficiencia del capital del Banco de Descuentos para llenar las necesidades del comercio (...) [h]izo pensar al gobierno en la necesidad de crear un gran Banco Nacional, porque comprendió muy pronto que no era fácil, de otro modo, *nacionalizar todo el país*, reunir por lazos verdaderamente fuertes y durables las provincias, y propender al fomento de su industria y prosperidad, que es el origen verdadero de la fuerza pública, y el calmante más poderoso de las revoluciones.³⁴⁰

El Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata autoriza al Poder Ejecutivo Nacional a establecer un Banco Nacional el 28 de enero de 1826³⁴¹. La conformación de la nueva institución es reglamentada en el mismo acto, mediante la nacionalización y amortización del Banco de Descuentos, el aporte del empréstito inglés ante la *Baring Brothers*, y la suscripción de nuevas acciones. Conforme su nueva ley orgánica, se trata ahora de un banco mixto, con un capital inicial de \$ 10.000.000 de pesos, que se compone de tres millones tomados aportados por la Nación – solventados por el empréstito de la Provincia de Buenos Aires que el poder Nacional había asumido como propio-, un millón de pesos nominales en acciones como aporte de los accionistas del liquidado Banco de Buenos Aires, y el resto por medio de la eventual suscripción de acciones; en un artículo adicional de la ley, sin embargo, se instruye al Poder Ejecutivo a que proceda a conformar el Banco con los capitales existentes, sin esperar a que la suscripción de acciones complete el total de capital estipulado por la misma. Respecto del Banco de Descuentos, la transformación en el gobierno de la institución es sustancial: según su nueva ley orgánica, “[e]l presidente y directores no entrarán al ejercicio de sus funciones, sin la previa aprobación del gobierno: cuando no la obtengan serán reemplazados” El Banco dejaba de ser una sociedad estrictamente privada con privilegios acordados bajo inspección pública, y pasaría a encontrarse bajo directo control gubernativo: Fragueiro integra, también, el nuevo Directorio de la institución³⁴². Entre sus privilegios, concedidos por diez años, se establece que

³⁴⁰ *Diario de Sesiones*, vol. V, núm. 78, citado en López, Vicente Fidel. *Historia de la República Argentina*. Tomo V. Buenos Aires, Casa Editorial Sopena, 1949, pp. 218-219, 2232-223.

³⁴¹ *Registro Nacional*, N°2, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1826, pp. 41-51.

³⁴² El 2 de febrero de 1826, el gobierno decretó la conformación del directorio según la siguiente composición: “Queda nombrado presidente del banco nacional don Juan Pedro Aguirre, y directores, don Manuel H. Aguirre, don Miguel Riglos, don José María Rojas, don Manuel Arroyo, don Félix Alzaga, don Pedro Capdevila, don Sebastián Lezica, don Diego Brittain, don Juan Zimmerman, don Jozué Thwaites, don Juan Molina, don Manuel Haedo, don

“[s]olo el banco nacional podrá acuñar moneda en todo el territorio del estado”, y que “no podrá tampoco establecerse otro cuyo capital exceda de un millón de pesos.”³⁴³ En marzo Rivadavia emite un decreto que limita la emisión del banco a los “valores reales que posea”, limitando “el valor de los billetes” al “mismo que el de los emitidos por el anterior Banco de Descuentos”. Una ley de mayo limita la conversión de billetes en metálico a un tercio del giro total del banco por los próximos dos años, y en contrapartida fija que “los billetes del Banco Nacional son en todo el territorio de la república, moneda corriente por su valor escrito.”³⁴⁴ Dos decretos emitidos a fines de mayo terminan de rearticular en torno al Banco el sistema rentístico-financiero del Estado: el primero declara abolida la Tesorería General y transfiere aquél sus funciones; el segundo obliga al “gobierno de la República” a contraer sus obligaciones con los billetes del banco nacional, fija que las “oficinas de recaudación recibirán por el mismo valor y en la misma moneda todos los impuestos y derechos que forman el tesoro nacional”, y finalmente ordena a los gobiernos de provincia comunicar, obedecer y hacer cumplir “esta disposición y la ley de mayo”³⁴⁵.

A fines de septiembre de 1827 el gobernador Dorrego relaciona la inflación con los excesos de emisión provocados por la subordinación de la institución bancaria a las necesidades gubernativas³⁴⁶: ello no es óbice para que el convulso año de 1828 resulte crítico para el Banco,

Mariano Frgairo (sic), don Braulio Costa don Mariano Sarratea, don Francisco del Sar.” *Registro Nacional*, N° 2, Libro 2, *op. cit.*, p. 52.

³⁴³ *Registro Nacional*, N° 2, *op. cit.*, pp. 45, 50.

³⁴⁴ “Decreto reglando la emisión de billetes del Banco Nacional”, 13 de marzo de 1826. *Registro Nacional*, N°4, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, p. 79

“Ley prescribiendo la forma y plazos en que el Banco Nacional debe pagar sus billetes” (promulgada el 8 de mayo de 1826). *Registro Nacional*, N°4, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, pp. 137-138.

³⁴⁵ “Decreto aboliendo la Tesorería General cuyas funciones reasume el Banco” 20 de mayo de 1826. *Registro Nacional*, N°9, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, pp. 157-158

“Decreto declarando que el Gobierno no contraerá obligación de dar ó pagar sino en billetes de Banco”, 24 de mayo de 1826 *Registro Nacional*, N°9, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, pp. 159-160.

³⁴⁶ “La institución del Banco y el estado del medio circulante, reclaman una atención muy especial. El cuadro aflictivo que presenta la depreciación del papel y la consiguiente subida de los valores de las cosas hasta el extremo de romperse el equilibrio de la industria con los medios regulares de subsistencia, no puede menos de excitar el celo de la Legislatura. Los estragos de esta calamidad han penetrado á todas las clases del pueblo, han puesto en conflicto las fortunas, debilitado la confianza y obstruido en gran manera el crédito. Las circunstancias de una guerra exterior, en que el Banco fue establecido y la necesidad y forma en que se le eximió de pagar sus notas en metálico, antes de haber corrido cuatro meses de su erección, no pueden menos de contarse entre las causas que hoy afectan la estimación de sus promesas. (...) Pero otras causas 110 menos graves y eficaces se hallan sin duda en el modo con que fué organizado y en la influencia exorbitante del Ejecutivo General. (...) La latitud que la administración anterior había dado á sus empeños con el Banco, y que ha producido la deuda que se acaba de referir, fué acompañada de una licencia igual para disponer de las rentas, sin la intervención de la ley (...) De todas las necesidades interiores ninguna es más exigente, que la de fijar de un modo cierto y positivo la suerte del Banco Nacional; este establecimiento requiere hoy todo género de garantías, y para dárselas bastará solamente obrar con

comenzando con la ley del 16 de enero por la cual la Legislatura se declaraba en condiciones de reformar su estatuto; lo que parece una amenaza surte efecto, y el Banco se atiene a dar cumplimiento a una serie de emisiones legalmente ordenas por dicho cuerpo³⁴⁷. Así, “la deuda de la provincia al Banco Nacional aumentó de \$11 a \$18.000.000 y el importe de papel moneda en circulación de \$9.495.143 el 31 de enero de 1828, a \$15.289.076 en octubre del mismo año”; la moneda pasa de una paridad de \$17 la onza de oro en enero de 1826 a \$51 el año siguiente, y en enero de 1828 alcanza a \$70³⁴⁸. La situación inflacionaria había impulsado al gobierno de Viamonte a delinear un nuevo plan económico, y en 1829 había ordenado la creación de una Caja de Amortización de los billetes de banco con el objeto de sacar de circulación el numerario que evalúa excesivo; la destrucción de billetes ordenada, sin embargo, no será ulteriormente sostenida por Rosas. Por entonces se estabiliza un orden monetario mixto: “la moneda de papel conserva curso legal y es el instrumento monetario que usa el Estado para percibir impuestos, pagar a sus servidores y (salvo en contadísimas excepciones) atender sus otras obligaciones”; sin embargo, en la esfera comercial el papel se combina con metálico y letras pagaderas en Londres. Así, “el Estado renuncia a asegurar a la moneda de papel que ha creado el monopolio de la función monetaria, y juzga más conforme a la realidad asegurar que cumpla con eficacia la función más modesta que el sistema finalmente consolidado le asigna”³⁴⁹. Ya en su segundo gobierno, y con el ministerio de José María Roxas y Patrón, a principios de diciembre de 1835 Rosas informa a la Legislatura que el gobierno se encuentra al aguardo de la expiración del privilegio del Banco Nacional para proceder a su liquidación, y a fines de mes adopta la Ley de Aduanas. En 1836 la Legislatura ordena la liquidación el Banco Nacional: la Casa de la Moneda, institución puramente oficial, lo reemplaza en sus funciones. Luego de su liquidación Rosas lo caracteriza como una “institución tan

gran prudencia.” “Mensaje del gobernador Manuel Dorrego al abrir las sesiones de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires en Setiembre 14 de 1827”. En Magrabaña, Heraclio. (comp). *Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación, op. cit.*, pp. 229-231, 240.

³⁴⁷ Las medidas adoptadas en relación al Banco a lo largo de 1828 pueden seguirse en De Ángelis, Pedro (comp.) *Recopilación de las leyes y decretos, op. cit.*, pp. 909-910, 916, 920, 939-941, 950, 952, 957-958, 967. La creación de la Caja de Amortización, de un derecho adicional a las importaciones dirigido a su ejecución, y del direccionamiento de los dividendos del gobierno al mismo fin, en pp. 998-1000, 1002, 1068-1069. Sobre la inflación del período y sus consecuencias sobre la estructura de precios relativos: Amaral, Samuel. “Alta inflación y precios relativos. El pago de las obligaciones en Buenos Aires (1826-1834). *El Trimestre Económico*, Vol. 56, N° 221 (1), enero-marzo de 1989, pp. 163-191.

³⁴⁸ Burgin, Miron. *Aspectos Económicos, op. cit.*, pp. 104, 213.

³⁴⁹ Halperín Donghi, Tulio. *Guerra y finanzas, op. cit.*, p. 150.

prematura” que, creada “en los momentos de triunfo de la facción unitaria, se organizó como para ayudarle a imponer su pesado yugo a la República.” Por otra parte, Rosas afirmaba que

el período de once años en que ella ha sido exclusiva en la circulación, la conciencia que ha formado el público y el Gobierno, de que sería un crimen de lesa patria aumentar la emisión y las buenas disposiciones de este pueblo para esperar tranquilo el resultado de las cosas, dejando á la autoridad el cuidado de remediarlas, han hecho que poco á poco el oro y la plata hayan quedado como objetos de puro comercio, sin relación á los demás valores; y que los billetes conservan hace seis años una misma representación, con cortas diferencias, aún en medio del desorden y de la anarquía. (...) En fuerza de estas observaciones, el Gobierno sin adoptar teorías exclusivas, ni permanecer en las ideas comunes, levantaba sus proyectos para depurar la moneda actual, o hacer la transición al metálico con nuestros propios recursos, según lo aconseja la experiencia; cuando los últimos acontecimientos lo han obligado a suspender sus operaciones, esperando mejor oportunidad.³⁵⁰

Las subsiguientes exigencias de la guerra del Plata, el enfrentamiento latente entre Brasil y Argentina todo lo largo de la cuenca del Paraná, y muy especialmente los bloqueos -que dan cuenta de un nuevo auge de la expansión colonialista europea en la que la política de gabinete se compromete conjuntamente-, acaban por transformar el gobierno económico rosista. En lo que se anuncia como una medida provisoria, en agosto de 1837 el gobierno dispone la prohibición de exportar oro y plata, que habría de mantenerse hasta 1852. La posibilidad de tomar prestado – voluntaria o forzosamente - en la economía doméstica se agotó hacia 1840, y el gobierno recurrió a la emisión de papel moneda inconvertible, que muestra una sorprendente estabilidad hasta la caída de Rosas, sólo interrumpida por los bloqueos de 1838-1840 y 1845-1848³⁵¹.

³⁵⁰ “Mensaje del Gobernador Juan Manuel de Rosas al abrir las sesiones de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires en enero 1º de 1837”. En Magrabaña, Heraclio. (comp). *Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina*, op. cit., pp. 333-336.

³⁵¹ Varona, E. *Sistema monetario argentino*. Tesis doctoral. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Facultad de Ciencias Económicas, 1917, pp. 13-14; Irigoien, María Alejandra. “La Expansión Ganadera de la Campaña de Buenos Aires: ¿Una consecuencia de la financiación inflacionaria del déficit fiscal en Argentina del siglo XIX?”. Documento de Trabajo 02-03, Serie de Historia Económica e Instituciones, Depto. de Historia Económica e Instituciones, Universidad Carlos III de Madrid, 2002, p. 7. Disponible en: <https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/380/dh020301.pdf>

III.2. Alberdi y Fragueiro, vidas paralelas.

El universo rivadaviano y el rosismo temprano

Tanto Fragueiro como Alberdi, cada uno a su modo y a pesar de los quince años que los diferencian, participan de algunas de las instituciones más emblemáticas del ciclo rivadaviano.

Mariano Fragueiro, hijo de una antigua familia cordobesa, arribó a Buenos Aires en 1818. Había abandonado las aulas de la Real Universidad de San Carlos, en las que se formó durante el período reformista del rector deán Funes, para dedicarse al comercio y la industria. En la primera mitad de la década de 1820 es ya un empresario con intereses que se reparten entre Buenos Aires y Córdoba, propietario de una barraca en la primera y de una fábrica de botas de cuero en la segunda³⁵²; sabemos también que hacia 1823 integra el tribunal del Consulado de Comercio de Buenos Aires³⁵³. Es accionista y director del Banco de Descuentos de la Provincia de Buenos Aires, y consta que en vísperas de su nacionalización, y ante la escasez de metálico en el tesoro bancario, sugirió la innovadora idea de resellar la moneda metálica existente³⁵⁴. La actividad industrial de Fragueiro se desarrolla en la que entonces se proclamaba república autónoma de Córdoba, y que

³⁵² Mariano Antonio Silverio Josef Fragueiro -tal es el nombre que figura en su partida de nacimiento- había nacido en Córdoba el 20 de junio de 1795, en el seno del matrimonio Fragueiro-Corro. Cursó sus estudios formales entre 1808 y 1813 en el Colegio de Monserrat y en la Universidad Mayor de San Carlos, que desde 1807 estaba bajo el rectorado del deán Funes. La principal fuente primaria de la trayectoria vital de Fragueiro es un prospecto biográfico que, según demuestra Gregorio Weinberg, es una autobiografía (“Apéndice [Autobiografía]”, en Fragueiro, Mariano. *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, pp. 100-110).

Las noticias biográficas sucesivas se extraen de las siguientes fuentes: Martínez Paz, Enrique. “Don Mariano Fragueiro...”, *op. cit.*; Weinberg, Gregorio. “Estudio preliminar” (1975). En Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas y Organización del Crédito*. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976; Díaz Araujo, Enrique. *Hombres Olvidados...*, *op. cit.* Terzaga, Alfredo. *Mariano Fragueiro. Pensamiento y vida*, *op. cit.*, 2000.

³⁵³ Al calor de las reformas rivadavianas el Tribunal había perdido sus funciones corporativas de justicia, y continuado como tribunal administrativo.

³⁵⁴ El 4 de octubre de 1825 se evaluó “«la necesidad de pedir otras sumas en onzas de oro a Inglaterra y se comisionó a don Guillermo Robertson para que por el presente paquete tomara letras hasta cierto límite y a un cambio dado, debiendo los señores Baring remitir el oro». (...) El Directorio perdía la cabeza con una situación tan amenazante. Muchas opiniones se emitían como remedios, si bien todos transitorios. Una llamó la atención y así en la sesión del 22 de noviembre de 1825 el director Fragueiro propuso la de resellar o marcar los pesos fuertes dándoles un aumento para impedir la exportación. El Directorio nombró una comisión para estudiar la idea, debiendo el Presidente explorar la opinión del Ministro de Hacienda. (...) La comisión se vio con el Ministro, pero éste declaró que el Gobierno «estaba proyectando arbitrios para suplir la falta de metálico», los que en breve tendrían efecto. No se pensó más en el proyecto del director Fragueiro.” Casarino, Nicolás *El Banco de la Provincia de Buenos Aires en su primer centenario, 1822-1922*. Buenos Aires, Casa Jacobo Peuser, 1922, pp. 30-31.

bajo el gobierno del coronel Bustos se pretendiera una alternativa federal al programa doctrinario bonaerense³⁵⁵. En el relato del capitán Joseph Andrews, viajero inglés que entre los años 1825 y 1826 recorrió la región impulsado por una súbita (y efímera) fiebre minera que sacudió a los mercados ingleses, Mariano Fragueiro merece una mención especial: se trata, según el capitán, de una de los pocos “caracteres públicos” que se oponen a una situación cordobesa que advierte regresiva³⁵⁶. Sabemos también que en el año de 1825 Fragueiro suscribe un aporte de 300 pesos

³⁵⁵ El 30 de enero de 1820 Bustos ingresa a la ciudad de Córdoba al mando de la tropa rebelada en Arequito, y es aclamado por una multitud. El 18 de marzo de 1820 la Asamblea Provincial declara la independencia de Córdoba, y dos días después Bustos es designado gobernador, jurando el 24 de marzo. La extensión de la ciudadanía a la campaña –y el correlativo fin de la ciudadanía “vecinal” del régimen virreinal plasmado en la institución capitular, implicó una importante transformación política. La extensión de la ciudadanía a la campaña, sin embargo, no implicó su universalización: “los electores de la campaña fueron los principales propietarios y/ o funcionarios civiles, militares o eclesiásticos de cada departamento, quienes a su vez delegaron la función electoral en los «notables» de la ciudad (catedráticos y/ o clérigos y comerciantes). Este mecanismo aseguró también que los grupos de la élite pudiesen elegir como legisladores a sus parientes o allegados.” (Romano, Silvia y Ayrolo, Valentina. “Poder y representación política en Córdoba (Argentina) a mediados del siglo XIX”. *Historia-Uncinos*, vol. 5, N°1, 2001, pp.15-49) Sobre la “república federal de Córdoba” durante el gobierno de Bustos, Valentina Ayrolo indica que “si en la letra (...) parecía inspirada en la homónima fundada en los Estados Unidos de Norteamérica”, y especialmente en la del Estado de Virginia, “por sus prácticas se parecía más a la antigua república de Venecia. Un ejecutivo fuerte, una legislatura acólita y un poder judicial casi inexistente resumen la estructura de gobierno de Córdoba.” (Ayrolo, Valentina. *Funcionarios de dios y de la república: clero y política en la experiencia de las autonomías provinciales*. Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 47) Córdoba intenta desde los primeros días del gobierno de Bustos constituirse en un núcleo federal a partir del cual transitar hacia la reorganización política: en el pensamiento político de Bustos, el proyecto de un federalismo “débil” –más cercano a la forma confederal-, jugó un rol central. Como indica la misma autora, “fue en ese momento en el que, al interior del espacio provincial, comenzó a construirse una realidad política como si fuese «única», que sería definida como una república federal (...). La solución encontrada por los nuevos tutores del poder para mantener la estabilidad provincial estuvo ligada a la construcción de un modelo político alternativo al de Buenos Aires, asentado fundamentalmente en dos valores. Uno, que permanecía intacto a través del tiempo: la religión católica. El otro fue un credo político, el «federalismo» cuya interpretación estaba más cercana al fracasado proyecto de una confederación de estados, que a la república federal fundada en 1853.” (Ayrolo, Valentina. “La construcción de un sistema político alternativo: Córdoba durante el gobierno de Juan Bautista Bustos, 1820-1829”. En Peire, Jaime (comp.) *Actores, representaciones e imaginarios, nuevas perspectivas en la historia política de América Latina: Homenaje a Francois Xavier Guerra*. Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2007, p. 199).

³⁵⁶ Según el capitán Andrews, la situación cordobesa estaba entonces signada tanto por los efectos funestos de la interrupción del comercio de mulas con el Perú debida a la guerra emancipatoria, como por el hecho de que acaso allí “la influencia eclesiástica sea más poderosa (...) que en cualquier otro lugar de Sudamérica (...), superior aún a la autoridad ejecutiva y legislativa”. Según el testimonio del viajero, con “Don Mariano Fragueira (sic), estuve en deuda por muchas cortesías personales, así como por la gratificación de atestiguar sus esfuerzos para restaurar su ciudad natal a su riqueza e importancia original. Don Mariano no sólo era comerciante, sino que me complació descubrir que también había encontrado tiempo libre para dedicarse a las manufacturas. Había establecido una curtiembre; y cuál fue mi sorpresa al visitar sus instalaciones y encontrar trabajando activamente allí a tres o cuatro de mis compatriotas. Me mostraron polainas iguales en apariencia a las mejores británicas; pero en su opinión, debido a la “fineza” del clima, nunca iban a absorber el teñido tan bien. Esto lo verifiqué al calzarme un par de botas cordovesas (sic), que se venden de dos a tres dólares el par. En cuanto a la hechura y apariencia, eran iguales a unas salidas de Hoby [el fabricante de botas más importante de Londres en la época] y en un clima seco durarían lo mismo, pero el cuero no es a prueba de agua y es mucho más permeable que el inglés. Encontré una cantidad

fuertes para la expedición de Lavalleja y los 33 Orientales a la Banda Oriental, que da con su efímera reincorporación a las Provincias Unidas³⁵⁷, y que afronta los gastos de edición del *Examen crítico de los discursos sobre una constitución religiosa considerada como parte de la civil*, de su coprovinciano y antiguo maestro, el deán Funes³⁵⁸. Consta también que por entonces se involucra en operaciones mineras en La Rioja. Ya hemos consignado que en la época del último Congreso Constituyente, en que el Banco provincial fue nacionalizado y la conformación de su directorio subordinada a la aprobación gubernamental, Fraguero continuó integrando su directorio. Sabemos también que tiene un papel relevante en la crisis de 1829, oficiando como agente del gobierno del general Paz ante el de Rosas. En una carta fechada el 26 de diciembre, en la que expresa de modo elocuente su caracterización y posicionamientos políticos de la hora, el cordobés informa el contenido de sus entrevistas con el general Guido, ministro de Guerra y Relaciones Exteriores en los albores del primer gobierno de Rosas³⁵⁹. Con el arribo a Buenos Aires de la noticia de la derrota

de franceses y otros extranjeros en Cordova (sic), empleados en diferentes ramas profesionales y comerciales, que se habían establecido por el sistema liberal y los esfuerzos patrióticos de Don Mariano, proporcionando un feliz contraste con el estrecho y cauteloso espíritu de mejora que se evidencia en otras partes de América del Sur.” Andrews, Joseph. *Journey from Buenos Aires, through the province of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi in the years 1825-26*. Vol. 1, 1827, pp. 70, 74-75. (Traducción propia).

³⁵⁷ Escardó, Florencio. *Reseña histórica, estadística y descriptiva con tradiciones orales de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay, desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta el año de 1876*. Montevideo, La Tribuna, 1876, p. 241. Una vez concretada su incursión, en agosto de ese año la Sala de Representantes de la restablecida Provincia Oriental proclamada por el Congreso de la Florida, declararí, “en virtud de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente reviste para resolver y sancionar todo cuanto tienda a la felicidad de ella, (...) que su voto general, constante, solemne y decidido es, y debe ser, por la unidad con las demás Provincias Argentinas a que siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce. Por tanto, (...) [q]ueda la Provincia Oriental del Río de la Plata unida a las demás de este nombre en el territorio de Sud América, por ser la libre y espontánea voluntad de los Pueblos que la componen, manifestada con testimonios irrefragables y esfuerzos heroicos desde el primer período de la regeneración política de dichas Provincias.” (Ravignani, Emilio. *Asambleas Constituyentes Argentinas*. T. IV, op. cit., p. 166.) En línea con estos votos de unidad, la Provincia Oriental enviaría dos representantes al Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas, que el 25 de octubre declararí la “Reincorporación de la Provincia Oriental”. (*Registro Nacional*, N° 5, Libro 1. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, p. 58.)

³⁵⁸ Funes, Gregorio. *Examen crítico de los discursos sobre una constitución religiosa considerada como parte de la civil*. Buenos Aires, Imprenta de Hallet, 1825. En el *Archivo del doctor Gregorio Funes, deán de la santa iglesia Catedral de Córdoba* (Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1949, T. III, pp. 331-333) consta el ofrecimiento por parte de Fraguero y su aceptación por parte de Funes, cediendo al primero y a Mariano Lozano los 500 ejemplares que la editorial reserva al autor.

³⁵⁹ Fraguero se “permitía decir que el General Paz parecía unitario en el sentido en que lo habían sido los cordobeses y amigos que lo acompañaron con sus votos, es decir, en cuanto aprovecharon el momento de la revolución del 1° de diciembre para aliviar a su país de un yugo que le había oprimido por nueve años sin esperanzas de romperse: en lo que nada había de común con los principios de 1° de diciembre ni con Lavalle ni con Buenos Aires, pues que en la deposición de Bustos habían terminado las aspiraciones de aquellos unitarios, los que respecto de Buenos Aires no tendrían sino deseos por su prosperidad y por la armonía y buena inteligencia con Córdoba desde que ambos Gobiernos estaban en paz.” Afirma también haberle indicado al ministro Guido que “López era el único

de Quiroga la residencia de Fraguero, comisionado del gobierno de Córdoba ante el de Buenos Aires, es atacada; poco después solicita su pasaporte para salir de la provincia y reunirse con Paz, con la invitación de Rosas a “evitar el rompimiento” entre las partes. Según relataría en la década de 1850, por entonces una serie de contingencias dispusieron el malentendido entre las partes: la indecisión de Paz fue interpretada como una negativa, Rosas invadió la provincia y la guerra estalló³⁶⁰.

El joven Juan Bautista Alberdi³⁶¹ había arribado a Buenos Aires en 1824 “como uno de los seis escolares que cada provincia envió al Colegio de Ciencias Morales, estando de gobernador en

poder nacional que aparecía” al momento del alzamiento del General Paz, y por consiguiente solo él “podía juzgar la conducta del General Paz en la revolución”: mientras que, por un lado, López hacía la guerra a Lavalle, por otro se mantenía en “una completa armonía y estrecha relación con el General Paz, aún en momentos en que la situación militar de este no era muy ventajosa.” Al consultarle Guido qué podía exigir el gobierno de Córdoba, Fraguero informa a Paz que él “no podía estar en los deseos del gobierno de Córdoba. Sin embargo, dije: se me ocurre que haría buen efecto (...) notificar a Quiroga que este gobierno se interesa que la guerra cese; que de consiguiente no invada sin oír proposiciones de paz, y que si tal no hiciese, este gobierno tomaría la ofensiva en unión con Córdoba. Contestó que no era fuera de razón, pues que, en efecto resistiendo Quiroga tal proposición debía considerársele como un enemigo del género humano.” Martínez Paz, Enrique. “Don MARIANO FRAGUEIRO...”, *op. cit.*, pp. 39-43.

³⁶⁰ En sus palabras, “[e]l ataque y destrozos causados a la casa habitación de Fraguero por las serenatas exaltadas que recorrían la ciudad a la entrada de Quiroga, revelaban también un cambio notable en la política por la circunstancia de investir el agraviado el carácter de comisionado del gobierno de Córdoba; y aunque el general Rosas le dirigió con este motivo palabras de satisfacción, y añadió “esté V. tranquilo que nadie le molestará en lo sucesivo”; y por más que pudiera contarse con esa promesa confirmada con el hecho de no ser comprendido Fraguero en la orden que se dio para que salieran de esta provincia todos los individuos de las del interior, especialmente —de Córdoba, el comisionado creyó sin embargo que era llegada la oportunidad de dirigirse al lado del general Paz para manifestar la situación de Buenos Aires y para conocer el estado de las cosas en el interior; y en consecuencia pidió su pasaporte con pretexto de negocios. El general Rosas se lo dio de oficio, y al mismo tiempo le encargó transmitir a Paz un mensaje verbal reducido a manifestarle sus deseos de evitar un rompimiento entre ambas partes, porque sería funesto para el país y sin ventajas para ninguno de los dos. (...) Al dar este mensaje Fraguero se esforzó cuanto pudo para que el general Paz se prestara a la invitación que se le hacía; pero éste, aceptando en el fondo la idea, dudaba sobre la oportunidad y los medios de realizarla. “La civilización no peligra en Buenos Aires: la nacionalidad la obtendremos por los esfuerzos comunes de los hombres cultos de la República; no hay pues necesidad de exponer a la contingencia de las armas las ventajas que hemos reportado”. (...) Algún tiempo después el jefe de Córdoba, en vista de la imposibilidad de reunir los contingentes de fuerza armada de las provincias, y por varias otras consideraciones, manifestó a Fraguero su decisión, a entenderse con el general Rosas. «La guerra, militarmente hablando, es imposible», le decía. «Vea usted estos estados, lea usted esas notas de los gobiernos de las provincias, y sobre todo, esta del gobierno de Salta. ¿Cómo hacer la guerra?» (...) Pero en esas circunstancias ocurrió la insurrección de Santiago del Estero y este suceso detuvo nuevamente al general Paz para entenderse con Buenos Aires. «No quiero que se diga que lo hago por este motivo», decía. Al mismo tiempo el general Rosas, que sin duda interpretaba aquella indecisión como una negativa, invadió la provincia, y la guerra principió.” Fraguero, “Autobiografía”, pp. 100-102

³⁶¹ Para la información biográfica de Alberdi remitimos a la celebratoria Mayer, Jorge. *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires, Eudeba, 1963, y a la condenatoria Oliver, Juan Pablo. *El verdadero Alberdi*, *op. cit.*

Tucumán don Juan López y de Buenos Aires el general Las Heras.”³⁶² El Colegio de Ciencias Morales, de orientación secular y científica, había sido erigido por Pueyrredón en 1823 en reemplazo del Colegio de la Unión del Sud³⁶³. Considerado por Rivadavia una institución nacional antes que provincial, y continuando una tradición instituida por el Colegio directorial, el gobierno bonaerense dispuso un sistema de becas para estudiantes internados de las provincias, a ser asignadas por los respectivos gobiernos provinciales: sus claustros llegarían a ser el ámbito seminal de socialización de la que eventualmente se identificaría como la Generación del ’37.

Hacia fines de la década comienza a tener lugar una reformulación del campo intelectual, de la que participarían principalmente los “letrados rivadavianos” arribados en la década de 1820 a ambas costas del Plata, y los antiguos publicistas netamente federales. La figura descollante de entre los primeros sería sin dudas la del napolitano Pedro de Ángelis, erudito polígrafo arribado al Plata bajo el gobierno rivadaviano, que llegaría a ser una referencia intelectual central del discurso oficial rosista y eventual principal contradictor de la juventud romántica³⁶⁴. La importancia de estos letrados también tendría implicancias en la temprana formación jurídica de la “juventud romántica”: Rafael Casagemas -otro arribado en 1825 por invitación de Rivadavia- fue nombrado profesor titular de Derecho Civil de la Universidad de Buenos Aires en 1832, y tres años más tarde titular de Derecho de Gentes, quedando a cargo de ambas hasta 1857³⁶⁵.

³⁶² Alberdi, Juan Bautista. “Mi vida privada, que se pasa toda en la República Argentina”, en *Escritos Póstumos*, Tomo XV. Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900. El carácter romántico de Alberdi evidenciado en su gesto autobiográfico de 1869 se advierte en Martino, Luis Marcelo. “La auto-representación de un sujeto romántico: «Mi vida privada» de Juan Bautista Alberdi”. *Mitologías hoy*, V. 13, junio de 2016, pp. 147-161. Disponible en: <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v13-martino/259>

³⁶³ Sobre las bases del extinto Real Colegio de San Carlos se ordenó el Colegio de la Unión del Sud, cuyo rector fundador fue el sacerdote cordobés, y profesor de filosofía en el Real Colegio, don Domingo Achega. En 1819, la enseñanza de filosofía en el ámbito del Colegio había sido reemplazada por la cátedra de “Ideología”. En este marco Achega, quien avanzada la década del ’20 llegaría a ser un férreo opositor a las reformas eclesiásticas rivadavianas, designó –luego de sustanciarse el correspondiente concurso- como profesor de Filosofía del Colegio al joven Juan Crisóstomo Lafinur, bachiller de la Universidad de Córdoba formado bajo el modernizante rectorado de Funes, e introductor del racionalismo sensualista en los claustros hasta entonces dominados por el aristotelismo –al que no duda en vilipendiar en el “Prefacio” a su *Curso filosófico*. La aparente paradoja representa con precisión un período de intensa convulsión, también en el plano espiritual. Es dable señalar que de entre el cuerpo docente de la institución, quien impresionaría más hondamente a Alberdi sería el entonces joven médico Diego Alcorta, continuador (con un sesgo fisiologista) de la prédica de Lafinur.

³⁶⁴ Ver Baltar, Rosalía. *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata, EUDEM, 2012.

³⁶⁵ “Decreto de nombramiento a cargo de las cátedras de derecho natural y público de gentes y la de derecho civil, N° 316/1832 del 24 de marzo de 1832”. *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires*. N° 3, Libro Decimoprimer. Buenos Aires, Marzo de 1832, p. 7. Como precisa Leopoldo Godio, Casagemas fue designado “para comenzar a cargo de la Cátedra desde el 24 de marzo de 1832, hasta el 22 de abril de 1834, fecha en que asume su sucesor: Valentín Alsina, quien solo estuvo a cargo durante un año y luego solicitó renunciar formalmente el 10 de diciembre

En 1831 Alberdi retoma sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, a expensas de las gestiones de su hermano mayor, asistente del antiguo protagonista de la sublevación de Arequito y entonces gobernador de Tucumán, el doctor en teología y coronel Alejandro Heredia. Compartiría por entonces la parte principal de su formación jurídica con otras figuras centrales del momento constituyente de 1853, como Benjamín Gorostiaga y Juan María Gutiérrez. El tucumano, sin embargo, no concluiría su grado en Buenos Aires, sino en la Universidad de Córdoba. En 1834 compartiría casualmente su transporte con Fragueiro, quien ante la proximidad del segundo Gobierno de Rosas había Fragueiro tramitado y conseguido sus pasaportes ante el gobernador Viamonte. Alberdi relata unos años después que

[p]ara entretener el tiempo, nos leía don Mariano Fragueiro el Viaje del Capitán Andrews, hecho al través de nuestras provincias del Norte, por cuenta de una compañía inglesa de minas, en 1825. El señor Fragueiro lo traducía del inglés al tiempo que lo leía. Nos había leído todo lo relativo a Santiago, a Tucumán, a Salta y hasta Potosí, menos a Córdoba, el país nativo del lector. ¿Por qué omitía lo que más nos interesaba, pues era el pueblo que acabábamos de habitar? — De temor de leernos, confesó el señor Fragueiro, la crítica amarga que de muchas cosas de la sociedad de su provincia había hecho el viajero protestante³⁶⁶.

Obtenido su grado, y luego de una breve estancia en su Tucumán natal vuelve a la ciudad de Buenos Aires en noviembre del mismo año³⁶⁷, justo para la publicación del primer poemario de Echeverría.

de 1834. Su pedido fue aceptado el 14 de enero de 1835. José Barros Pazos, graduado de la Universidad en 1831 y en ese entonces Defensor de Pobres en lo Criminal, se presentó a la solicitud para suplir la vacante dejada por Alsina. Sin embargo, la Cátedra fue nuevamente adjudicada a Casagemas, quien permaneció al frente de esta hasta 1857 y tuvo entre sus alumnos al mismo Juan B. Alberdi.” Godio, Leopoldo. “La enseñanza en la Universidad de Buenos Aires: del ‘Derecho Natural y de Gentes’ de Sáenz en el Departamento de Jurisprudencia, al ‘Derecho Internacional Público’ de Podestá Costa en la Facultad de Derecho y su legado”. En Ortiz, Tulio (Coord.) *Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, enseñanzas de su historia*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, 2015, pp.177-214, citado de página 187.

³⁶⁶ Como relata en su autobiografía de 1869, “[c]on el doble objeto de anticipar [la terminación de los estudios] y de visitar a mi familia, hice en 1834 un viaje a Córdoba y a Tucumán. Había consumido ya muchos años de mi vida en las escuelas, y yo presentía que se podía obtener el mismo resultado en menos tiempo. (...) Yo estuve en Córdoba desde Abril hasta Junio de 1834, con el objeto de tomar un grado universitario, que me fue concedido previo examen del tercer año de Derecho, que me faltó hacer en Buenos Aires.” Juan Bautista Alberdi, “Mi vida privada, que se pasa...”, *op. cit.*, pp. 284-285.

³⁶⁷ Según relata Alberdi en su autobiografía, “[e]n el mes de Junio de ese mismo año de 1834, pasé a Tucumán, teniendo por compañeros de viaje, entre otros sujetos agradables, a mi amigo don Juan Avellaneda y a don Mariano Fragueiro, que se encaminaba para Bolivia. Hacíamos el viaje en una diligencia o carruaje de cuatro ruedas, tirado

La primera operación de posicionamiento de la nueva generación como colectivo identitario corresponde a Esteban Echeverría quien, retornado al Plata luego de una estancia europea³⁶⁸, pretende presentarse como un poeta romántico, renovador –e incluso fundador- de la literatura vernácula. Constituido en figura de mediación con las nuevas fuentes del pensamiento francés, los cuadernos de apuntes de extractos europeos de Echeverría evidencian, según Juan María Gutiérrez, evocaciones a Montesquieu, Sismondi, Vattel, Lermínier, Lammenais, Guizot, Vico, Chateaubriand, Leroux, y figuras olvidadas como Lando, Saint Marc Girardin, y Vinet³⁶⁹; lecturas que, sumadas a su edad algo superior al resto del colectivo generacional, lo posicionarían como su primer referente. El heteróclito agrupamiento juvenil que se aproxima a Echeverría se caracteriza tanto por su extracción social –pertenecen todos a familiar federales, generalmente acomodadas a los primeros lugares del sistema rosista-, como por su correspondencia, no ya con la figura del letrado, sino con la del intelectual moderno: por primera vez en la historia del Plata emergía a la actividad pública un agrupamiento que pretendía derivar su autoridad y legitimidad política de modo exclusivo en un conjunto –poseído o anhelado- de saberes y capacidades extraídos de una heterodoxa combinación de sansimonianismo, mazzinismo y eclecticismo³⁷⁰. Como señala Myers,

al contrario de la generación literaria subsiguiente, la de 1845, los primeros románticos argentinos lograron en sus comienzos una cohesión grupal y un grado de institucionalización inusitados para la época y para la región: el Salón Literario de 1837, la Asociación de la Joven Argentina, la Asociación de Mayo, y las redacciones compartidas de un puñado de periódicos de ideas definieron un «partido» literario e

por caballos, de propiedad privada de mi paisano y amigo don Baltasar Aguirre.” Alberdi, Juan Bautista. “Mi vida privada...”, *op. cit.*, pp. 284-285.

³⁶⁸ Sobre la estancia europea de Echeverría, remitimos a Goldwasser, Nathalie. “Esteban Echeverría en París (1826 – 1830). ¿Una incógnita histórica?”, en Vermeren, Patrice y Muñoz, Marisa (comps.). *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig*. Buenos Aires, Colihue, 2009, pp. 277-289.

³⁶⁹ Gutiérrez, Juan María. “Noticias Biográficas Sobre Don Esteban Echeverría”, en *Obras Completas de d. Esteban Echeverría. Escritos en prosa con notas y explicaciones por Don Juan María Gutierrez*. Tomo V, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1874, p. XVI. En nota al pie, Gutiérrez agrega: “Entre los maestros de la filosofía, le merecieron particular atención los siguientes: Tenneman (filosofía), Leroux (De l’eclectisme), Cousin (Hist.de la philosophie), De Gerando, (De l’humanité.), Damiron (Cours de philosophie).”

³⁷⁰ Rama, Angel. *Utopismo socialista en América Latina (1830-1893)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. XXVIII- XXXVIII; Halperín Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto argentino”, *op. cit.*; Rama, Angel. *La Ciudad Letrada*. Montevideo, Arca, 1998, pp. 17-59.

intelectual, que se imaginaria con capacidad de reemplazar a los autenticos partidos que entonces se disputaban el poder.³⁷¹

A pesar de su corta vida de cuatro meses, y de que las asistencias a su inauguración revelan una concurrencia que excedía a la juventud de la época, el Salón literario organizado en la Librería Argentina de Marcos Sastre en 1837 es considerado el hito fundacional de la formación de la Generación del '37³⁷². En el *Dogma Socialista*, texto programático de la Asociación de la Joven Argentina, Esteban Echeverría afirmaba que “[l]a igualdad y la libertad son los dos ejes centrales, o más bien, los dos polos del mundo de la democracia. [...] La soberanía del pueblo es ilimitada en todo lo que pertenece a la sociedad, en la política, en la filosofía, en la religión; pero el pueblo no es soberano de lo que toca al individuo, de su conciencia, de su propiedad, de su vida y su libertad.”³⁷³ Abrevando del liberalismo ecléctico y espiritualista francés de la época, el concepto de “democracia representativa” acuñado por Echeverría conjuga la idea de “facultad natural” de Théodore Jouffroy, fundamento de la igualdad democrática, con un criterio de la representación como ejercicio de la soberanía moderada en la razón, inspirado en François Guizot³⁷⁴. En un cuadro más amplio, la visión de Echeverría se propone, como parte del programa de la Asociación de la Joven Generación Argentina, dar cauce a la simiente democrática de la revolución de Mayo por medio de una “ciencia política” -según la expresión de Miguel Cané padre-, y muy especialmente de una pedagogía política, al servicio de la institución eficaz de un moderno gobierno

³⁷¹ Myers, Jorge. “La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”. En Goldman, Noemí (dir.). *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. Nueva Historia Argentina, T. III. Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 381-445, aquí p. 384.

³⁷² Weinberg, Félix. *El salón literario de 1837*. Buenos Aires, Hachette, 1958. All respecto, “Es sumamente interesante tomar conocimiento de los asistentes al acto de la apertura: Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Marcos Sastre, Manuel José Quiroga de la Rosa, Juan Thompson, Félix Frías, Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, Vicente Fidel López, Gervasio Antonio Posadas, Carlos Tejedor, José y Luis L. Domínguez, Carlos y Manuel Eguía, Pastor Obligado, Domingo Viola, Rafael Jorge Corvalán, José Barros Pazos, Nicanor Albarello, Santiago Albarracín, Miguel Estévez Seguí, Mariano Sarraute, José María Cantilo, Andrés Somellera, entre otros. También concurren algunos extranjeros como Pedro de Angelis y Gian Batista Cúneo. (...) Hubo ausencias y, sobre todo, algunas muy notorias. Es el caso de Diego Alcorta, Nicolás Mariño y José Rivera Indarte. Cabe destacar, especialmente, la ausencia de Diego Alcorta, quien fuera profesor de Alberdi y Gutiérrez.” Ghirardi, Olsen. *La generación del '37 en el Río de la Plata*. Ediciones de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, Volumen XXXIX, Ed. Advocatus, 2004.

³⁷³ Echeverría, Esteban. “Dogma Socialista de la asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837”. En *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, Tomo IV. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, pp. 172, 174.

³⁷⁴ Betria, Mercedes. “La ciudadanía política en el pensamiento de Esteban Echeverría”. *Temas y debates*. Año 16m N° 23, enero-junio de 2012, pp. 57-70; Betria, Mercedes. “El concepto de democracia representativa en Esteban Echeverría”. *Acta Sociológica*, N° 71, septiembre-diciembre de 2016, pp. 145-165.

representativo³⁷⁵. En el mismo año de 1837 Alberdi publica su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, con el que dará inicio a su carrera de publicista³⁷⁶. Aunque no pertenece en estricto sentido generacional a dicho colectivo, Fraguero se cuenta entre los asistentes al Salón Literario en el día de su inauguración³⁷⁷.

La situación se transforma con el primer bloqueo francés: “quienes manifestaban gustos afrancesados se convertían en sospechosos de traición a la patria, y, ante las suspicacias del régimen, el Salón Literario dejó de existir.”³⁷⁸ El gobierno de Rosas, aduciendo la crisis fiscal, cesa de proveer recursos a la Universidad³⁷⁹. Hacia fines de la década, la censura y la exigencia de afirmación de la causa federal –reducida a la acepción rosista– serían datos permanentes. En vistas del agotamiento de las perspectivas en el seno del sistema rosista de la que pretendía ser una nueva élite política, los jóvenes románticos se lanzan desde 1838 a la emigración y la política revolucionaria en coalición con Francia e Inglaterra. Las publicaciones de la prensa rosista y de las emigraciones opositoras en Montevideo dan cuenta de la intensificación de los rasgos facciosos que ha adoptado la política argentina. Se verifica desde entonces una intensificación de la adversariedad tendencialmente orientada, en lo político-conceptual, hacia la formación de coordinaciones contrario-asimétricas: mientras el universo intelectual rosista apelará a la retórica de la apostasía y la locura para caracterizar a sus enemigos políticos, la emigración anti-rosista, en

³⁷⁵ Betria, Mercedes. *Pensar la política: la Generación de 1837 y la institución del orden político moderno 1830-1853. Las miradas de Echeverría y Alberdi*. Tesis de doctorado en Ciencia Política, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales- Universidad Nacional de Rosario, 2012, especialmente caps. 3 y 4. Un tratamiento abreviado de la cuestión puede hallarse en Betria, Mercedes. “Los publicistas del 37: entre la teoría y la praxis del gobierno representativo”. *Cuadernos del Ciesal*. Año 10, N° 12, enero-diciembre de 2013, pp. 11-31.

³⁷⁶ Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho, acompañado de una serie numerosa de consideraciones formando una especie de programa de los trabajos futuros de la inteligencia argentina*. Buenos Aires, Imprenta de la libertad, 1837.

³⁷⁷ Molina, Eugenia. “Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)” *Universum*, 2000, N° 15, pp. 399-431, especialmente p. 424; Weinberg, Félix. *El salón literario de 1837*, op. cit., p. 47.

³⁷⁸ Fernández, Teodosio. “En busca de la emancipación mental”. *Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2011. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/en-busca-de-la-emancipacion-mental/html/a5722076-6046-11e0-8d69-00163ebf5e63_2.html

³⁷⁹ “El ‘déficit’ de nuestras rentas obligó al gobierno a suprimir la dotación de los empleados de la Universidad, ordenando la cesación de las cátedras que no fuesen sostenidas por los alumnos. Ninguna de éstas ha suprimido sus trabajos. El gobierno tendrá presente la útil necesaria reforma de la Universidad.” “Mensaje del gobernador Juan Manuel de Rosas al abrir las sesiones de la Legislatura de la Provincia De Buenos Aires en diciembre 27 de 1838”. En Magrabaña, Heraclio. (comp). *Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento...*, op.cit., p. 390.

la pluma de la Generación del '37, abundará en metáforas monstruosas y sanguinolentas para definir a Rosas y su séquito³⁸⁰.

Luego de su abandono del sitio de Montevideo, Alberdi realiza un viaje europeo que trastoca definitivamente sus miras revolucionarias. La Génova en que se había formado Mazzini - inspirador del modelo carbonario y, en no menor medida, programático de la Asociación de la Joven Argentina³⁸¹ - era entonces para Alberdi el escenario de una vida orientada “a lo positivo, a la política, a los intereses materiales e industriales” que empapa incluso a los antiguos revolucionarios de la Joven Italia³⁸². El mismo Mazzini, referente internacional de las luchas republicanas nacionalistas y liberales de las décadas de 1830 y 1840, comenzaba a mirar entonces con fuertes prevenciones la posible captación de las organizaciones populares por el flamante “comunismo”³⁸³.

La emigración chilena: la república oligárquica y el presidencialismo autoritario.

El provincialismo historiográfico ha sido, en muchas ocasiones, responsable de una tara respecto a la justa comprensión de la marcha de las ideas durante la década previa a la sanción constitucional de 1853. Como advierte Edward Blumenthal,

³⁸⁰ Sobre el tema, ver: Ferro, Gabriel. *Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*. Buenos Aires, Marea, 2015; Román, Claudia A. “Caricatura y política en *El Grito Argentino* (1839) y *¡Muera Rosas!* (1841-1842). En Batticuore, Graciela, Gallo, Klaus, Myers, Jorge (comps.). *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Eudeba, Buenos Aires, 2005, pp. 49-69; Domínguez Arribas, Javier. “El enemigo unitario en el discurso rosista (1829-1852)”. *Anuario de Estudios Americanos*, V. 60, N° 2, 2003, pp. 557-579. Para un encuadre más amplio, remitimos a: González Bernaldo, Pilar. *Civilidad y política en los orígenes de la Nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires, FCE, 2008, pp. 197-249; y Zubizarreta, Ignacio. *Los Unitarios: faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852*. Tesis Doctorado en Historia, Universidad Libre de Berlín, 2011, y del mismo autor: “Las logias antirrosistas: análisis sobre dos agrupaciones secretas que intentaron derrocar a Juan Manuel de Rosas, 1835-1840”. *Historia Crítica*, N°55, 2015. <http://www.redalyc.org/pdf/811/81135390003.pdf>

³⁸¹ González, Horacio. *Filosofía de la conspiración: marxistas, peronistas y carbonarios*. Buenos Aires, Colihue, 2004, pp. 208-225.

³⁸² Alberdi, Juan Bautista. *Veinte días en Génova*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845, reimpresso en el Alberdi, Juan Bautista. *Obras Completas*, Tomo 2. Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886 (la cita corresponde a la pág. 267). Ver también los tomos XV (“Impresiones de Viajes”, pp. 836 y ss.) y XVI (“Recuerdos de Europa”, pp. 99-107) de los *Escritos Póstumos* (Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900 y 1901 respectivamente).

³⁸³ Hammen, Oscar J. “The Spectre of Communism in the 1840's”. *Journal of the History of Ideas*, Vol. 14, N° 3, 1953, pp. 404-420.

[e]ntre 1851-1852 ocurrieron dos hechos clave en la historia de Chile y Argentina que la historiografía ha tendido a pensar como acontecimientos separados: la guerra civil chilena de 1851 y el movimiento armado de Justo José de Urquiza que puso fin al gobierno de Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, en la batalla de Caseros en 1852. Sin embargo, estos dos acontecimientos no eran puramente “nacionales” ni estaban encerrados en fronteras herméticas. Por el contrario, estuvieron unidos por varias cuestiones, sobre todo por el fenómeno del exilio. En efecto, los emigrados argentinos participaron en los conflictos políticos chilenos y estos conflictos provocaron el exilio de jóvenes chilenos liberales a la Confederación Argentina.³⁸⁴

Fragueiro, hemos visto, había arribado a Chile en 1834 para desarrollar intereses mineros en Copiapó. Algo mayor que las generaciones románticas, se mantendría sin embargo en el ámbito de sus redes de socialización durante la emigración³⁸⁵. En 1840 el sanjuanino José Manuel Quiroga Rosas escribe desde Copiapó a Alberdi:

Después de llegado aquí, a los pocos días, tuve la felicidad de haber conseguido conmover un poco la emigración argentina, tanto por lo que respecta a nuestras ideas; como por lo que respecta a nuestra política de circunstancia. Vamos por parte: el Catecismo ha agradado sobremanera a estas gentes enfermas y deseosas de elevarse. Tenían la peor idea de la juventud de Buenos Aires y su resignación a la desgracia, llegaba a su colmo. Hoy es otra cosa. D. Mariano Fragueiro y otros, creyeron al principio que el Catecismo sería de Rivadavia, luego que les hablé circunstanciadamente de todo, vieron su desengaño, que más se afirmó cuando vieron los trabajos continuos de la juventud, durante la Tiranía y cuando conocieron las páginas de nuestro maestro Leroux. Fragueiro dice que no quisiera ir a Francia, sino para ver a Leroux, que los negocios públicos de nuestra República, después de un cambio, debían dejarse libremente a la capacidad de la juventud. ¿Es esta una completa conquista o no? Ya se ve, no era difícil hacerla en un espíritu tan despejado y en un corazón tan generoso, tan nuevo.³⁸⁶

³⁸⁴ Blumenthal, Edward. “Revolución, ciudadanía, fronteras: las milicias argentinas en la guerra civil chilena de 1851. La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880”. *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 2014.

³⁸⁵ Rodríguez Rial, Gabriela. “Exilio y comunidades intelectuales en los procesos de consolidación nacional. El impacto de la experiencia chilena en la trayectoria colectiva e individual de los hombres de la generación argentina de 1837”. *Estudios Trasandinos*, N° 16, Vol. 1, 2010, pp. 8-32.

³⁸⁶ Carta de Quiroga Rosas a Alberdi. 1/7/1840, en Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos*. Tomo XV, Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900, pp. 369-370.

Por gestiones comerciales, en 1841 pasaría brevemente a Buenos Aires, para retornar pronto a Copiapó. Tres años después Alberdi llegaba a Chile, donde la expansión de la prensa periódica organizada en torno a los apoyos de un régimen político personalista de la tardía república portaliana daría cobijo a buena parte de la emigración argentina. Quedaba definitivamente atrás la senda de la política revolucionaria que se había abierto a la Asociación de la Joven Argentina hacia el año 1838, y se hace manifiesta por entonces una mudanza de sus principales referencias intelectuales. Como precisa Herrero, por entonces Alberdi

abandona explícitamente a ciertas autoridades intelectuales: Lerminier, Leroux, Lamennais y Jouffroy son reemplazados por Chevalier y Rossi (Tocqueville y Guizot continúan siendo sus referentes). (...) Alberdi (...) abandona la idea de una república democrática (a lo Lamennais, a lo Leroux) para adoptar la posición doctrinaria (siguiendo a Rossi y a Guizot): distingue la libertad política restringida a los más capaces (élite criolla), de la libertad civil abierta a todos los habitantes que en su trabajo diario construyen una economía liberal. Además Rossi y el saintsimoniano Chevalier le indican un camino rápido para alcanzar el cambio: una inmigración masiva que trajera sujetos (con hábitos de trabajo y capital), y la promoción de una educación práctica que permita transformar a los criollos en eficaces trabajadores. Pero Alberdi no olvida del todo a Lerminier, ya que continúa pensando en la necesidad de un Poder Ejecutivo fuerte para alcanzar la unidad nacional disciplinando a una élite que tiende una y otra vez a la guerra civil.³⁸⁷

La importancia de esto no debe ser infravalorada en el desarrollo del pensamiento constitucional de 1853. Ciertamente, si desde un ángulo estrictamente rioplatense la historia política parece desconectarse de la historia intelectual, aquello que, recortado sobre el fondo de un “oscurantismo rosista”, aparece plagado de rupturas y discontinuidades, se torna inteligible en nuevo grado al ser inscripto en su efectivo espacio de experiencia. La corta década previa a la sanción constitucional, encuentra a Alberdi y Fraguero radicados entre Chile y Buenos Aires, ambos como partícipes del escenario político-intelectual: a lo largo de la segunda mitad de la década de 1840 ambos tendrán un rol publicístico relevante en el régimen conservador y autoritario progresivamente estructurado

³⁸⁷ Herrero, Alejandro. “Juan Bautista Alberdi: de la ‘república democrática’ a la ‘república posible’. Un proyecto alternativo al régimen de Juan Manuel de Rosas”. *Anuario del IEHS*, N° 17, 2002, pp. 262-263.

desde la dictadura portaliana que sucedió al triunfo conservador en la guerra civil de 1829, y consolidado en las presidencias de los generales Prieto y Bulnes³⁸⁸.

En retrospectiva, la sanción de la constitución de 1833 sería el hito que marcaría el nacimiento de la “República autoritaria” chilena³⁸⁹. Julio González Heise caracteriza el surgimiento de la Constitución de 1833, formalmente surgido como una reforma legalmente ordenada del texto constitucional de 1828, como la “legalización de la dictadura portaliana”.³⁹⁰ El nuevo texto constitucional había surgido como una reforma legalmente ordenada de la constitución de 1828: la labor reformista de la Gran Convención de 1831-1832³⁹¹ era, en este sentido, una respuesta al predominio liberal de la segunda mitad de la década de 1820, en que la desconfianza al poder ejecutivo concentrado había conducido a un importante predominio institucional del legislativo, al ensayo de una solución federalista, e incluso a la exigencia de la elección popular directa de todas las magistraturas³⁹². En efecto, la ampliación de las competencias presidenciales es figurada como

³⁸⁸ Stuenkel, Ana María. “El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)”, en Myers, Jorge (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Capellades, Katz, 2013, pp. 412-440; Rodríguez Rial, Gabriela. “Exilio y comunidades intelectuales...”, *op. cit.*

³⁸⁹ Ruiz-Tagle, Pablo. “El constitucionalismo chileno: entre el autoritarismo y la democracia”. En Cristi, Renato y Ruiz-Tagle, Pablo. *La República en Chile. Teoría y práctica del Constitucionalismo Republicano*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2008, pp. 79-143.

³⁹⁰ En sus palabras, “[a]unque sugestionada por el éxito ruidoso de la dictadura portaliana, la alta burguesía chilena tomó desde un comienzo dos importantes resoluciones. En primer lugar, decidió legitimar la dictadura portaliana, traducirla en instituciones legales. Esta fue sin duda una tarea genial que la aristocracia cumplió bajo la dirección de Mariano Egaña y de Manuel José Gandarillas. (...) Pero al mismo tiempo los juristas de 1833 –bajo la doble influencia del constitucionalismo anglo-francés y de la obra emancipadora, que significaron reacción contra el despotismo centralizador y absorbente –estimaron que era absolutamente necesario controlar o, por lo menos, frenar el autoritarismo presidencial. Para cumplir con este propósito Mariano Egaña consagró en el Código Político de 1833 las leyes periódicas y otros importantes preceptos constitucionales.” Heise González, Julio. *Historia de Chile. El período parlamentario, 1861-1925*. Tomo I, Fundamentos histórico-culturales del Parlamentarismo Chileno. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1974, p. 17.

³⁹¹ Letelier, Valentín (comp.). *La gran convención de 1831-1833: recopilación de las actas, sesiones, discursos, proyectos y artículos de diarios a la Constitución de 1833*. Santiago de Chile, Imprenta de Cervantes, 1901. La Gran Convención encargó la elaboración del proyecto de Constitución a una comisión compuesta por siete de sus miembros: “[e]n esta tarea sobresalieron el fiscal de la Corte Suprema, Mariano Egaña (1793-1846) y el ex Ministro de Hacienda y Director de El Araucano, periódico oficial, Manuel José Gandarillas (1789-1842). Además, contó la comisión con figuras tan destacadas, como los magistrados judiciales Gabriel José de Tocornal (1775-1841) y Santiago Echevers (1792-1852), el Ministro y catedrático Juan Francisco Meneses (1785-1860), el jurisconsulto Agustín de Vial Santelices (1772-1838) y el senador y magistrado Francisco Antonio de Elizalde.” Bravo Lira, Bernardino. “La Constitución de 1833”. *Revista Chilena de Derecho*, Vol. 10, 1983, p. 318.

³⁹² Collier, Simon. *Ideas y política de la independencia chilena 1808-1833*. Santiago de Chile, editorial Andrés Bello, 1977, pp. 269-297, especialmente 280 y ss. Brahm García, Enrique. “La discusión en torno al régimen de gobierno en Chile (1830 - 1840)”. *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, N° XVI, Valparaíso, Chile, 1994, pp. 36-56. Es posible, sin embargo, advertir que la discontinuidad no es total; en efecto, “[e]n la perspectiva de la formación del Estado nación la Constitución de 1833 consolida un proceso centralizador y autoritario iniciado con la Constitución

un coto conservador para poner en quicio al excesivo poder de las legislaturas, uno de los principales “vicios sustanciales y manifiestos” que el informe de la Comisión encargada de evaluar la viabilidad de la reforma advierte. Según la comisión,

las observaciones del Poder Ejecutivo a las leyes solo producen el efecto de demorar su publicación por quince o veinte días, si las Cámaras quieren sostener su juicio, aunque la ley sea tal que arruine el país, cuya salud es la suprema; y al proponer el objeto de las leyes, parece que se sancionara el detestable axioma de que lo que agrada al Príncipe tiene fuerza de ley; porque ni se fijan los límites del legislador que por las ideas exageradas se cree omnipotente, ni se anuncia en parte alguna que las leyes solo existen en las relaciones de las cosas. Como la exageración de la falsa democracia constituye omnipotente al legislador, deprime al Poder Ejecutivo, y cruza de tal modo sus atribuciones que establece una magistratura insignificante: siguiendo ese falso principio, se le niegan por la Constitución no solo las facultades naturales de nombrar y remover sus subalternos, sino el derecho de indultar para templar la ley con otros muy señalados y sin que no puede marchar el gobierno, cuyo resultado final es que por huir el despotismo de uno, se cae en el de todos, o lo que es lo mismo, en la anarquía.³⁹³

Pocos días antes de promulgarse el resultado de la labor constituyente, el oficialista *El Araucano* anunciaba, siguiendo el mismo tenor, que el principal empeño de los constituyentes había sido

combinar un gobierno vigoroso con el goce completo de una libertad arreglada, es decir, dar al poder la fuerza para defenderse contra los ataques de la insubordinación producida por los excesos de la democracia y proporcionar a los pueblos y los hombres los recursos con que preservarse del despotismo.³⁹⁴

La ampliación de las competencias del ejecutivo y la concentración personal del poder presidencial, que no encontraría limitaciones jurídicas eficaces, forjará el camino del presidente como “gran elector”, tanto en su propia sucesión como en la conformación del legislativo³⁹⁵.

liberal o «pipiola» de 1828, pasando parte importante de su cuerpo de normas a la Constitución conservadora, (...) y que se impone por la fuerza con la derrota liberal en Lircay en 1830.” Zúñiga Urbina, Francisco. “Constitución conservadora chilena de 1833 y la visión crítica de Alberdi”. *Revista de Derecho Político*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, N° 78, mayo-diciembre 2010, p. 381.

³⁹³ Letelier, Valentín (comp.). *La Gran Convención de 1831-1833*, op. cit., p. 11.

³⁹⁴ Citado en Bravo Lira, Bernardino. “La Constitución de 1833”, op. cit., p. 318. (subrayado nuestro)

³⁹⁵ De acuerdo con Zúñiga Urbina, “[l]a concentración de poderes o atribuciones del Presidente de la República, reforzadas por la ley electoral, hicieron del Presidente de Chile, el «gran elector» durante 60 años, hasta la contra-revolución que depuso al presidente Balmaceda. Los otros poderes, el Congreso y la Municipalidad, que dentro de la Constitución aparecían como teóricamente independientes, fueron a lo largo de 60 años hechuras del gobierno.

El Chile de la década de 1840 estaría signado tanto por la consolidación de la emergente “cuestión social”³⁹⁶, como por un sistema autoritario en la esfera cultural desde que, con el asesinato de Portales (1837), el régimen conservador intensificara la persecución contra los intelectuales liberales –los que, por su parte, lanzarían feroces respuestas como *Guerra a la Tiranía*-. En este cuadro, la Generación o Movimiento Literario del 42³⁹⁷ se lanza a la esfera pública en una serie de polémicas públicas –la contraposición entre “romanticismo” y “clasicismo” sería un eje ordenador- que cristalizan parcialmente en la efímera Sociedad de Literatura de Santiago³⁹⁸; a diferencia de su contrapartida en el Plata, esta última contaría con los buenos oficios de Andrés Bello, arquetipo del moderno letrado americano y principal intelectual del régimen.

La contraposición entre conservadores y liberales, que había estructurado el escenario político-intelectual chileno desde las guerras civiles, sentaba las bases para la aparición de un nuevo campo que hacia mediados de la década comenzaría como una escisión del liberalismo hasta condensar un lenguaje socialista y republicano³⁹⁹. Se tratará de un movimiento excéntrico – “des-centrado”, sugiere Illanes– no sólo desde el plano ideológico –en el que las influencias del

(...) El sufragio limitado y controlado por el Poder Ejecutivo, el veto absoluto que se le concedía en la formación de las leyes, la ausencia de responsabilidad efectiva en el Jefe del Estado, las facultades extraordinarias, la organización del Consejo del Estado, la preponderancia de la Cámara de Senadores con su Comisión Conservadora de propio nombramiento manifiestan claramente el espíritu autoritario y oligárquico de la Constitución.” Zúñiga Urbina, Francisco. “Constitución conservadora chilena de 1833...”, *op. cit.*, pp. 385-387.

³⁹⁶ Grez Toso, Sergio. *La cuestión social en Chile: Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago de Chile, DIBAM, 1997. Romero, Luis Alberto. “Urbanización y sectores populares: Santiago de Chile, 1830-1875”. *Revista EURE - Revista De Estudios Urbano Regionales*, Vol. 11, N° 31, 1984, pp. 55-66.

Romero, Luis Alberto. *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997. En “El pensamiento frente a la cuestión social en Chile” (Cruzat, Ximena, y Tironi, Ana. en *M. Berríos et. al. El pensamiento en Chile*, 1830, vol. 1910, p. 1-25) Cruzat y Tironi señalan que la cuestión social se presenta hacia 1880; las autoras aluden a su tratamiento bajo pretensiones científico-positivas.

³⁹⁷ Acerca del movimiento, ver el número especial por su centenario de Revista Atenea: *Atenea. Revista mensual de ciencias, letras y arte*. Año XIX, tomo LXVIII, N° 203. Universidad de Concepción, 1924

³⁹⁸ “Tenemos un deseo, mui natural en los pueblos nuevos, ardiente, que nos arrastra y nos alucina, tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilización, y de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilización europea. Mas no nos apresuramos a satisfacerlo; tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad.” Lastarria, Victorino. *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago del 3 de mayo*. Valparaíso, Impr. De Rivadeneira, 1842, p.9.

³⁹⁹ Gazmuri, Cristián. El “48” chileno igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos”. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1999, pp. 28-35; Illanes O., María Angélica. *Chile des-centrado: formación socio-cultural republicana y transición*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2003.

socialismo republicano francés ocuparía un lugar central-, sino también por su estructuración como una réplica conjunta a la modernización capitalista liberal y a la centralización administrativa desplegadas en la larga década conservadora⁴⁰⁰.

En el año 1844, se publica *Sociabilidad chilena* de Francisco Bilbao, un claro exponente de la nueva época. Como hemos visto, por el mismo año Francisco Bilbao publica su *Sociabilidad chilena*⁴⁰¹. La tesis central del ensayo es la lucha, entonces presente, entre el pasado y el porvenir chilenos: el primero, filiado a la Edad Media representada por España; el segundo, vinculado a “Nuestra revolución o pasado con porvenir”, “la edad nueva de la Europa” que “estalló en Francia”, y que servía al autor para impugnar al conservador gobierno chileno⁴⁰². De acuerdo a esta genealogía,

[n]uestra revolución es la mudanza violenta de la organización y síntesis pasada para reemplazarla con la síntesis vaga, pero verdadera que elabora la filosofía moderna. Nuestra revolución no fue aisladamente política, aisladamente industrial, aislada del progreso de la humanidad, sino que fue a SEDIBUS IMIS, de raíz, de la unidad que había, con sus ramificaciones. Nuestra revolución es en fin la destrucción de la síntesis pasada y el entronizamiento de la síntesis moderna. No fue un hecho parcial, analítico tan solo, sino completo y sintético aunque percibiendo vagamente la realización de los problemas futuros. Pero la obra de la plantación del nuevo sistema de creencias; el pan espiritual que era necesario dar a los pueblos después de la destrucción del antiguo, no se ha podido elaborar de un modo satisfactorio.⁴⁰³

Tal insatisfacción se debe, según el planteamiento de Bilbao, a que la parte educada de la generación revolucionaria había contado únicamente con las armas de la crítica filosófica, sin alcanzar a dar con una nueva síntesis científico-moderna; recostándose sobre los cimientos dispersos y los pilares derruidos de la sociedad antigua reaccionó, siguiendo las inclinaciones

⁴⁰⁰ *Ibid.*, p. 179 y ss.

⁴⁰¹ Bilbao, Francisco. “Sociabilidad Chilena”. *El Crepúsculo. Periódico científico y literario*. N° 2, T. 2, Santiago, 1° de junio de 1844, pp. 57-90.

⁴⁰² *Ibid.*, p. 69. El joven escritor lanzaba el siguiente desafío: “Nosotros hablamos desde la altura de nuestro criterio revolucionario. O salimos de la revolución o no. Si salimos de ella, nuestro deber es completarla. Si no, nuestro deber es definir lo que somos y cuál es nuestra tradición como nación. O los gobiernos han salido de las entrañas de la revolución y entonces es legítima su existencia, o no, y entonces son desconocidos como autoridades del pueblo revolucionario. Esta es la base con la cual podemos calificar a los gobiernos en la clasificación de la vida nueva de Chile. Hemos tenido dos revoluciones civiles. Hemos por consiguiente tenido dos clases de gobierno. Gobierno de la tradición republicana, es decir revolucionario, y gobierno de la tradición del orden antiguo.”

⁴⁰³ *Ibid.*, p. 72-73.

populares, de modo contrarrevolucionario en religión y política ⁴⁰⁴: Catolicismo, sistema prohibitivo de comercio, facultades extraordinarias, censura, todo forma unitariamente esta “contrarrevolución” o “resurrección del pasado”. En contraposición, afirma el joven Bilbao, es deber insistir en las verdades filosóficas de la época, aspirando a consolidar –junto a un cristianismo antieclesiástico, que se afirma en su defensa de la “democracia religiosa”-, los principios revolucionarios de la igualdad y libertad sociales, o la soberanía del pueblo, y de la libertad e igualdad políticas, o la “democracia propiamente dicha”.⁴⁰⁵ A raíz de su publicación el autor fue sometido a juicio por su escrito “blasfemo e inmoral”, perdió su empleo de Profesor en el Instituto Nacional, y acabó en un exilio autoimpuesto; la obra, por su parte, sería “quemada por mano del verdugo” ⁴⁰⁶. Por entonces Alberdi sostenía una caracterización del régimen político diametralmente opuesta a la de Bilbao, al afirmar que

Chile reúne, a las ventajas de un *país republicano*, las de un *estado aristocrático*. Se sabe que el poder, por un movimiento totalmente normal, que se realiza sin resistencia, está consignado en las manos de un vasto círculo que constituye la *aristocracia del dinero*. Este gran círculo gobierna el país; y lo gobierna, como he dicho, sin oposición ni resistencia. Este círculo es homogéneo en miras y deseos, como un cuerpo aristocrático de la más fuerte complexión. (...) he aquí, pues, realizado en Chile el hecho que, según Tocqueville, hace a los gobiernos aristocráticos tan superiores en la guerra y la diplomacia sobre los de constitución democrática. (...) Este sistema de gobierno (...) es más normal, estable y acomodado al país que lo que se lo figuran los partidarios exaltados del radicalismo republicano (...). Cambiar este orden de cosas, subrogar el influjo de la clase pensadora y propietaria a la multitud bárbara y menesterosa, puede ser una idea capaz de halagar la ambición del Dictador [Rosas] que tal vez espera traer un día su bandera de pillaje a este país.⁴⁰⁷

⁴⁰⁴ “Los hombres que encabezaban la revolución reflexiva, hallándose ellos mismos impotentes de organizar las creencias lógicamente relacionadas con la libertad política reaccionaron en religión y política para con el pueblo. Así vemos en muchos pueblos el despotismo constitucional; y el fomento de la predicación antigua. Así fueron casi todos los gobiernos americanos al principio (...) Reaccionaron en la organización cuando el calor de la guerra republicana aún se sentía.” *Ibid.*, p. 73-74.

⁴⁰⁵ *Ibid.*, p. 87-89.

⁴⁰⁶ Grez Toso, Sergio. *La cuestión social en Chile, op. cit.*, pp. 14-15.

⁴⁰⁷ Alberdi, Juan Bautista. “Política continental: Altas conexiones de las cuestiones del Plata (I-VII)”. *El Siglo de Santiago*, 11 de octubre de 1844, en Barros, Carolina (comp.). *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, p. 86.

En el mismo año Alberdi publica *Memoria sobre la conveniencia i objetos de un congreso jeneral americano*⁴⁰⁸, con la que accedería al título de abogado en Chile. Conviene retener el contexto específico de su publicación: en 1841 el gobierno chileno había invitado al argentino a realizar un Congreso Americano, que reuniría a los representantes de los poderes sudamericanos existentes para proponer un ordenamiento común, y las tratativas entre ambas partes habían avanzado sólidamente desde entonces⁴⁰⁹.

En 1844 también Fragueiro se inserta de manera eminente en el debate público, con una serie de artículos sobre Bancos en *El Progreso* de Santiago. En el campo económico, la protección tarifaria se había mostrado incapaz de impulsar las manufacturas locales; la escasez de circulante y de crédito comercial e industrial impulsan nuevamente los debates en torno a la creación de un Banco Nacional, cuyos antecedentes se remontan a las primeras décadas posrevolucionarias⁴¹⁰, y el “Proyecto para un Banco de Chile” de Fragueiro recibe el auspicio de la Sociedad de Agricultura de ese país, que la eleva al gobierno nacional -todo este material será reeditado por el autor en 1845⁴¹¹-. La idea es apoyada en principio también por Pedro Félix Vicuña, que publica una serie de textos a su favor en *El Mercurio* de Valparaíso. Impulsado por Bernardo José de Toro Guzmán, en septiembre de 1844 el proyecto se discute en la Cámara de Diputados⁴¹². Ya por entonces

⁴⁰⁸ Alberdi, Juan Bautista. *Memoria sobre la conveniencia i objetos de un congreso jeneral americano*. Santiago, Imprenta del Siglo, 1844.

⁴⁰⁹ Sierra, Vicente D. *Historia de la Argentina. Gobierno de Rosas - Su caída - Hacia un nuevo régimen (1840- 1852)*, Volumen 1. Buenos Aires, Editorial Científica Argentina, 1972, pp. 129-131.

⁴¹⁰ Sobre la historia del pensamiento económico chileno del período: Jobet, Julio César. *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1951, capítulo 1 (Época de la ascensión de la burguesía liberal). Edwards, José. “La historia del pensamiento económico en Chile (1790s-1970s)”. En Jaksic, Iván, Estefane, Andrés y Robles, Claudio (eds.), *Historia Política de Chile 1810-2010. Tomo III: Problemas Económicos*. Santiago de Chile, FCE, UAI, 2018, pp.369-395; Jaimovich, Dany, y Flores, Andrea. “Cosechando antes de la siembra: Fisonomía del pensamiento económico en los primeros años del Chile independiente”. *MPRA Paper*, N° 72637. Alemania, *University Library of Munich*, 2002. Disponible en: https://mpra.ub.uni-muenchen.de/72637/1/MPRA_paper_72637.pdf; Ross, César. “Innovating Means of Payment in Chile, 1840s–1860”. En Batiz-Lazo, B. y Efthymiou, E. (eds.). *The Book of Payments: Historical and Contemporary Views on the Cashless Society*. Londres, Palgrave MacMillan, 2017, pp. 33-42.

⁴¹¹ Fragueiro, Mariano. *Fundamentos de un proyecto de banco. Presentado a la Sociedad de Agricultura i Beneficencia de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta del Siglo, 1845. Contiene: “Proyecto de Banco”, extraído de *El Agricultor*, Tomo IV, N°50, octubre de 1844, pp. 1-5; “De los Bancos”, pp. 5-54; “Nuevo examen de las operaciones de Bancos”, pp. 54-59; “Reforma que conviene adoptar en los Bancos”, pp. 59-66; “Observaciones sobre el proyecto de reforma para los Bancos”, pp. 66-84; “Evidencia de los Bancos” 84-88; “Carta al señor Vicuña, Santiago, 124 de noviembre de 1844 (en la que transcribe sus cartas al ministro Ramón Irrazabal entre junio y octubre)”, pp. 89-97; “Oficio que la Sociedad de Agricultura eleva al Supremo Gobierno”, pp. 99-110; “Proyecto de Estatuto de Banco Nacional de la República de Chile” pp. 111-118.

⁴¹² Letelier, Valentín (comp.). *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile*, Tomo XXXIV (1844). Santiago, Imprenta Cervantes, 1908, pp. 358 y ss.

Fragueiro comenzaba a articular la idea de un Banco Nacional como una gran administración de crédito público que debía desempeñar todas las funciones de tesorería del Estado, independiente del ejecutivo y organizada de, siguiendo el modelo de neutralidad del poder judicial⁴¹³. En tanto “[n]o hay propiedad, no hay valores sin sociedad, porque sin sociedad no hay dominio”⁴¹⁴, sostiene allí que la condición necesaria para el correcto desenvolvimiento de su propuesta (“para que los bancos verifiquen todas las ventajas que ofrecen, y que no caigan en abusos y errores”) es que los mismos sean

administrados por un cuarto poder político independiente, como los tres ya conocidos en los Gobiernos constitucionales. Sobre esta parte de mi Proyecto pido una atención especial; y tanto más, cuanto que la estimo como esencial, y como la única base *sine qua non*. Con una organización semejante no solo el Banco quedaría libre de las influencias que lo arrastran a cometer abusos, sino que también los soberanos llenarían las exigencias de este siglo industrial, colocándose al frente de la industria nacional, y aliviarían los dolores que aquejan a las sociedades, generalizando los medios de producción⁴¹⁵

La autoría de la revolucionaria propuesta de elevar el crédito al rango de un cuarto poder constitucional sería motivo de una polémica con Vicuña⁴¹⁶. Si para Fragueiro es conveniente que

⁴¹³ “Una propiedad, un bien de necesidad para todos, que no puede sin peligro declararse a favor de un particular, debe quedar como bien común declarado en favor de todos los miembros de la sociedad, como propiedad pública bajo el poder soberano. El poder de legislar, de juzgar, de mandar la fuerza pública, la enseñanza e instrucción general, el establecimiento de aduanas y habilitación de puertos, la propiedad subterránea y la explotación de ella, las rentas de correo, la acuñación de moneda, y tantas otras instituciones que hacen al bien de los pueblos, reconocen sin duda aquel origen, y sobre ese principio es que consideramos la fabricación de moneda de crédito y el giro de los Bancos como un bien de la comunidad, y por lo mismo, como inherente a la soberanía. Mas como importa tanto consultar las garantías sociales, asegurar la fortuna privada y la pública, y en precaución de todo evento, evitar también la influencia directa pecuniaria que expondría la libertad de los ciudadanos; y como por otra parte, la administración de crédito, que viene a serlo también de la propiedad, es tan esencial a la sociedad como la justicia, hemos creído deber darle a aquel una organización como la del Poder Judicial.” Fragueiro, Mariano. *Fundamentos de un proyecto de banco*, op.cit., p. 66-67.

⁴¹⁴ *Ibid.*, p. 67.

⁴¹⁵ *Ibid.*, pp. 2-3.

⁴¹⁶ Ver nota 183. “He leído el proyecto de banco publicado en el núm. 575 del «Progreso», obra según me dices del Sr. Fragueiro. Este señor ha sido director del Banco de Buenos Aires, tiene conocimientos prácticos, ha podido calcular los defectos, que le atrajeron la ruina de aquel establecimiento; ventajas muy considerables sobre el que solo habla por teorías, y ha aprendido algo en sus lecturas. Pero la autoridad no debe subyugar el pensamiento, y yo te expondré más adelante mis ideas contrayéndome ahora a examinar el proyecto del Sr. Fragueiro, algo distinto del que tengo en mi cabeza. (...) El crédito es una garantía nacional, que los bancos adquieren por medio de un privilegio, y la emisión de sus billetes es una moneda, que solo puede certificar la soberanía, a quien pertenece el derecho de sellarla. Sobre esta teoría incuestionable estamos de acuerdo con el Sr. Fragueiro; pero discordamos en la aplicación que de ella deba hacerse.” Vicuña, Pedro Félix. *Cartas sobre Bancos: recopiladas de las que ha*

“el Banco se constituya en autoridad independiente, a fin de que ningún otro poder viole sus derechos, y que la sociedad se encargue de su conservación inmaculada, como sostiene la soberanía e independencia de los otros poderes”⁴¹⁷, para Vicuña ello resulta imposible por las mismas inclinaciones naturales de la humanidad. Según éste,

[u]n gobierno que a su poder constitucional pudiera reunir el de organizar el crédito, y distribuirlo, acabaría en breve tiempo, por hacerse tirano, burlándose de las instituciones, que la libertad hubiera establecido, y para llevar adelante sus proyectos tendría en su mano los elementos necesarios. Hemos visto los peligros, y los inconvenientes, que han presentado en Europa y América los bancos, por el enorme poder que hablan adquirido. En Inglaterra ellos afirmaron el poder extraordinario del rey y de la aristocracia, y corrompieron los brillantes talentos de una oposición, que hablaba a nombre de la libertad, y del patriotismo. En los Estados Unidos conducidos por la misma idea de su importancia, amenazaron las instituciones de aquel pueblo esencialmente demócrata. Uno y otro banco eran asociaciones particulares, en que solo el interés, y el negocio, dieron origen a su organización; pero estos móviles no tienen límites en el corazón humano, y la perspectiva de un gran provecho nos corrompe insensiblemente, y si la libertad y las instituciones son un estorbo a nuestras miras nos olvidamos que somos ciudadanos, y ligamos nuestra suerte, y nuestros intereses a aquel poder, cuya tendencia es siempre el despotismo. (...) Añadamos a estas inclinaciones tan naturales de todos los que mandan, el poder de distribuir el crédito, y veremos asalariada la mitad de la sociedad, para hacer la guerra a la otra mitad, veremos de un lado las armas y el poder de un gobierno acompañados del séquito de miles de especuladores, a quienes este gobierno proporciona capitales y ganancias, y de la otra una multitud envilecida, rodeada de miseria, y de persecuciones, con el solo orgullo de haber defendido la libertad e instituciones de su patria, y no haber querido jamás ser instrumentos de tiranía.⁴¹⁸

De acuerdo a Vicuña, sin la reunión de este poder “[e]l dictador Rosas de Buenos Aires (...) habría sido víctima de sus propios excesos; pero la reunión del poder político al de emitir papel moneda, ha establecido una autoridad monstruosa, incomprensible por su duración, y el sistema que ha

insertado el Mercurio de Valparaíso. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845, ver especialmente pp. 79-115, la cita corresponda a p. 79.

⁴¹⁷ Fragueiro, Mariano. *Observaciones sobre el proyecto*, op. cit., p. 17

⁴¹⁸ Vicuña, Pedro Félix. *Cartas sobre Bancos: recopiladas de las que ha insertado el Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845, pp.79-80.

organizado.”⁴¹⁹ En 1845 aparecen las *Observaciones sobre el proyecto de estatuto para el Banco Nacional de Chile*⁴²⁰, en que analiza los fundamentos del articulado propuesto el año anterior, y donde las consideraciones de orden numerario, que Fragueiro se propone sentar, palidecen ante las notas humanitarias de su discurso:

no hay razón, no hay cálculos, ni término de comparación entre lo que existe para mostrar lo que sería en algunos años un Banco que absorbiese todas las economías públicas y privadas y las hiciese servir como medio de reproducción. (...) Esa influencia que ha de ejercer en los pueblos y en los gobiernos y en la mejora de la condición privada y social del hombre nos ofrece la idea de una perfección social, y nos deja en la más completa inefabilidad.⁴²¹

En 1846 comenzaba la segunda presidencia de Bulnes, en la que tendría lugar lo que Collier llama el “desafío liberal”⁴²². Esta tendencia se consolida hacia el año 1848 con la aparición de un movimiento de contestación que se erige en oposición a los renovados intentos de perpetuación del bloque conservador⁴²³. Con el aparente motivo de una enfermedad de su esposa, Fragueiro se había establecido en 1846 en Buenos Aires, para regresar a Chile en 1849, año en que aparece el *Club de la Reforma* (1849), y su continuación en la más radicalizada *Sociedad de la Igualdad* (1850) capitaneada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao -quien ocho años después sería redactor de *El Nacional Argentino*. Ambas experiencias se inscriben en un ciclo de alza del movimiento revolucionario en Chile que alcanzaría su cénit en la revolución liberal de 1851, aplastada por el entonces presidente Manuel Montt -Bartolomé Mitre sería desterrado al Perú por considerársele comprometido con el alzamiento-. El programa reformista de la *Sociedad de la Igualdad* aparece plasmado con claridad en el siguiente pasaje del periódico *La Barra*, redactado por Francisco Bilbao en respuesta a una crónica de la *Revista de Santiago*:

¿Sabéis cuál es la cuchilla que entregamos a la *Sociedad de la Igualdad*? Es esta: Respetemos a nuestros enemigos; — abolición de la pena de muerte y de la pena de azotes, conquistemos la justicia con la razón y la asociación pacífica—nada de violencia

⁴¹⁹ *Ibid.*, p.115. y Fragueiro, Mariano. *Observaciones sobre el proyecto*, op. cit., pp. 89-98.

⁴²⁰ *Ibid.*, p.18.

⁴²¹ *Ibid.*, p.9.

⁴²² Collier, Simon. *Chile. The Making of a Republic, 1830-1865- Politics and Ideas*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 76-102

⁴²³ Gazmuri, Cristián. *El “48” chileno*, op. cit., pp. 36 y ss.; Abramson, Pierre-Luc. “La Revolución chilena (1848-1852)”, en *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 91-120.

— ¿Sabéis cuáles son las venganzas que pedimos? Son estas: olvidemos los odios políticos para no ocuparnos sino del bien del pueblo - olvidemos las cárceles y destierros de los estados de sitio para pedir libertad y garantías para todos. ¿Sabéis las carnicerías que invocamos? La muerte de la miseria, de la usura, la muerte del vicio, del odio, la muerte del mal. Queremos la vida - somos hombres de fraternidad y queremos ver el reino de la justicia acá en la tierra. ¿Y es por esto que se nos injuria, es por esto que se nos calumnia? Creemos, pedimos el sufragio universal, llamamos a todo chileno a la vida de la patria - pedimos instituciones de crédito para que hagan real la soberanía del hombre y mientras tanto procuramos organizar las asociaciones de los pobres entre sí, para que la fraternidad sea nuestra riqueza—y que el centavo del pobre venga en auxilio del desgraciado. ¿Y cómo se responde, cómo se protege esta obra que emprendemos? Llamándonos comunistas — niveladores— diciendo que llamamos a carnicerías y a venganzas.⁴²⁴

Aunque publicada en 1858, Vicuña redacta en las postrimerías de 1851 *El porvenir del hombre*, cuyo subtítulo rezaba “relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia”. Se trata de una crítica al predominio de la economía política liberal en el pensamiento oficial de la época que, en vistas de una inminente revolución impulsada por los falsos principios de la economía política liberal y del comunismo, habría de insistir en el papel del monopolio público del crédito para la democratización universal⁴²⁵.

La superación de la “aristocracia del dinero”, que Alberdi celebrara como factor de estabilidad política, sería uno de los motivos centrales que inducía a los sectores radicales y socialistas a impulsar una reforma del crédito público, reavivando una vez más la idea de erigir un Banco Nacional. Como señala Edwards,

La concentración de la riqueza entre [las] clases comercial y terrateniente, la inequidad en la distribución de la propiedad y el monopolio del capital y el crédito, motivaron un pensamiento económico de carácter social en el que destacaron Pedro Félix Vicuña (1805-1874) y en menor medida el argentino Mariano Fraguero (1795-1872), Francisco Bilbao (1823-1865) y Santiago Arcos (1822-1874) (hijo de Antonio Arcos).⁴²⁶

⁴²⁴ Bilbao, Francisco. “A la Crónica de la Revista de Santiago”. *La Barra. Diario político y cultural*. Año 1, N° 32, 11 de julio de 1850, Santiago de Chile, pp. 2-3.

⁴²⁵ Vicuña, Pedro Félix. *El porvenir del hombre*. Santiago de Chile, Biblioteca Nacional-Pontificia Universidad Católica de Chile-Cámara Chilena de la Construcción, 2010.

⁴²⁶ Edwards, José. “La historia del pensamiento económico...”, op. cit., p.377.

En este álgido contexto vería la luz la *Organización del crédito* (1850), la obra doctrinaria fundamental de Fragueiro. En ella el autor propone -tal como se anticipó- superar la “aristocracia industrial” en favor de una “democracia industrial” por medio de la institucionalización, con el rango de un cuarto poder del Estado, de una Administración del Crédito Público que monopolice la totalidad de las operaciones de crédito nacionales -incluido todo préstamo a interés, depósito bancario, y la emisión de dinero fiduciario bajo monopolio público. Como parte de este programa de democratización, y en detrimento de la “tiranía del capital” sobre la prensa, Fragueiro afirma la necesidad de crear una imprenta estatal dedicada a la edición de obras de interés público, y financiada por medio del monopolio de los avisos públicos. Su publicación no pasaría inadvertida entre la intelectualidad trasandina: La *Revista de Santiago* publica dos reseñas centradas en un análisis de su propuesta de reforma socialista⁴²⁷. Una especiosa reseña de Mitre, en la que acusa al proyecto de Fragueiro de reinstalar la censura previa, ve la luz en *Los Debates*⁴²⁸. Esta crítica

⁴²⁷ *Revista de Santiago*. Tomo sexto, octubre-diciembre de 1850, pp. 411-413; Matta, Manuel Antonio. “Organización del Crédito”. *Revista de Santiago*. Tomo séptimo, diciembre 1850 a abril 1851, pp. 46-55.

⁴²⁸ “Es de admirar que siendo el libro del señor Fragueiro una enérgica y valiente protesta contra la tiranía del capital y la explotación del trabajo, el sistema que él nos proponga en su lugar sea un sistema de restricciones, en que la tiranía del capital es reemplazada por la tiranía del crédito, la tiranía del Estado y por la tiranía de la ley, mil veces más insoportable que la del individuo, como lo prueba la organización de la república veneciana. [...] Esto es lo mismo que ha hecho el autor de la Organización del Crédito con la libertad de imprenta, que toma entre sus brazos con un amor de padre, y con el fanatismo de un sacrificador antiguo la precipita en la hoguera de su sistema, inmolándola en el interés de su triunfo y en nombre de la conveniencia general. ¿Quiere saberse cuál es el medio que propone el señor Fragueiro para asegurar la libertad de imprenta? Es el restablecimiento de la censura previa. Es cierto que él llama a la censura previa jurado, y cree que con esto está remediado todo, sin acordarse que los nombres no pueden alterar la esencia de las cosas. He aquí cómo desenvuelve su idea. Según él cuestión de libertad de imprenta es cuestión de propiedad, y su solución debe buscarse en el uso de propiedad, así como la imprenta, es decir la fábrica, debe organizarse por las leyes del trabajo. Siguiendo la dialéctica fatal de su idea, como dice Lerminier, de [que] todo lo que busca al público y no a las personas es propiedad pública y debe hacer parte del crédito público para hacer concurrence a la industria privada, el autor de la Organización del Crédito declara propiedad pública los avisos, los datos estadísticos, las noticias del puerto, aduanas, hospitales, población, etc., y por consecuencia despojarse de ellos a la industria privada. Hasta aquí no es sino la idea que se extravía de su camino. Es el autómatas que se ha salido del rail, y corre fuera del ferrocarril arrastrado por la fuerza motriz que lleva en su seno. Pasemos a la aplicación de la idea y asistiremos a su explosión. Lo primero que propone el nuevo reformador socialista es que se establezcan imprentas por cuenta del Estado, que hagan concurrence a las imprentas particulares; funestos principios de economía, que los socialistas han sido los primeros en repudiar, después de la desgraciada tentativa de Talleres nacionales en Francia, después de la revolución de febrero. Luego declara exclusiva de la imprenta del Estado la publicación de los documentos oficiales, avisos y toda otra noticia tomada de las oficinas públicas. Donde haya imprenta habrá jurado. Obligación del jurado será tasar el valor de todas las producciones que se publiquen, y a más (oíd) declarar si es útil o no todo escrito que le sea sometido, antes de su publicación, para que declare si debe o no imprimirse. He aquí la censura previa. Sólo podrá publicarse el escrito que el jurado haya clasificado de útil.” Mitre, Bartolomé. “Bibliografía. Organización del crédito. Censura previa”, en *Los Debates*, Buenos Aires, 22 de mayo de 1852, citado en Halperín Donghi, Tulio. “Un desierto para la nación argentina”, en Halperín Donghi, Tulio. (comp.) *Proyecto y construcción de una, op. cit.*, pp. 7-107.

motivaría una ulterior réplica de Fraguero, en cuyas *Cuestiones Argentinas* habrá de precisar que la publicación en las imprentas estatales de obras declaradas de interés público por parte de un jurado no constituye un óbice para su publicación por la prensa privada⁴²⁹.

III.3. Caseros y la Confederación Argentina como contexto.

A comienzos de la década de 1850, y luego del largo sitio de Montevideo, Rosas consideraba inminente el enfrentamiento abierto con el Brasil. Rompe relaciones y ordena por entonces la movilización de un Ejército de Observación, poniendo a su cargo al hasta entonces más reciente campeón del litoral y muy leal jefe militar, el gobernador de Entre Ríos Justo José de Urquiza. A comienzos de 1851 la prensa entrerriana anuncia un cambio de la posición política de la provincia.

Al comenzar el año 1851 se produce un acontecimiento muy significativo, sobre todo por las consecuencias que produjo. En el número del día 5 de enero de ese año, el periódico *La Regeneración*, de Entre Ríos, stampa un artículo de don Carlos Terrada titulado «El año 1851», que, entre otras cosas, dice: «Apenas hace cinco días que nació y ya todos le conocen y le llaman por su nombre, ni más ni menos, que si habiendo corrido todo su curso, se encontrase viejo en su duodécimo mes. Este año de 1851 se llamará en esta parte de América, ‘La Organización’. Obra de una admirable combinación de ciencia, patriotismo y firmeza, habrá paz general y gloria en la República y con la República».⁴³⁰

En el mismo año de 1851 Rosas renunció una vez más a la representación exterior de la Confederación, alegando la pesada carga que la tarea importaba para su salud debilitada; esperaba nuevamente, como hasta entonces, la también reiterada ratificación de las provincias. La novedad llegó desde Entre Ríos: el 1º de mayo de 1851, Urquiza publicó su “pronunciamiento”, en cuyo encabezado significativamente se reemplazaba el “¡Mueran los Salvajes Unitarios!” por “¡Mueran los enemigos de la organización nacional!”. El manifiesto informaba la reasunción por parte de la provincia de Entre Ríos “de las facultades inherentes a su territorial soberanía (...) para el cultivo de las relaciones exteriores y dirección de los negocios generales de paz y guerra de la

⁴²⁹ Fraguero, Mariano. *Cuestiones Argentinas y Organización del Crédito*, op. cit., pp. 128-129.

⁴³⁰ López Rosas, José Rafael. *Historia constitucional argentina*. Buenos Aires, Editorial Astrea, 1996, pp. 422-423.

Confederación Argentina, en virtud del tratado cuadrilátero de las provincias litorales, fecha 4 de enero de 1831”, en virtud de lo cual la provincia se consideraba “en actitud de entenderse directamente con los demás gobiernos del mundo, hasta tanto que congregada la Asamblea Nacional de las demás provincias hermanas, sea definitivamente constituida la república.”⁴³¹ Al pronunciamiento seguiría la alianza entrerriano-correntina con el imperio brasileño y el partido colorado del Uruguay para la formación de lo que se denominaría el “Ejército Grande Aliado Libertador”, que luego de levantar el sitio de Montevideo vencería a las tropas rosistas en la célebre batalla de Monte Caseros.

A la victoria urquicista de Caseros le siguió, el 6 de abril de 1852, la suscripción de un Protocolo entre Justo José de Urquiza, gobernador de Entre Ríos, Manuel Leiva y Benjamín Virasoro, representantes de las provincias de Santa Fe y Corrientes, y Vicente López y Planes, gobernador interino de Buenos Aires designado por Urquiza. Conocido como el “acuerdo de Palermo” por haberse celebrado en Palermo de San Benito, la residencia que desde 1834 ocupara Rosas, este Protocolo plantea entre sus considerandos una curiosa historia conceptual del derecho público argentino, en que la sinuosa legalidad originada en la independencia es interrumpida por la dictadura de Rosas. Su “desaparición de la escena política”, afirma el manifiesto, “restituyó a los pueblos su respectiva parte de Soberanía Nacional, pudiendo en tal virtud delegarla en el Gobierno Confederado que gustasen y estuviese en mejor aptitud de representar y defender sus derechos en el extranjero.” En virtud de esta competencia, los representantes autorizaban al

Exmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, General en Jefe del Ejército Aliado Libertador, Brigadier D. Justo José de Urquiza, para dirigir las Relaciones Exteriores de la República, hasta tanto que, reunido el Congreso Nacional, se establezca definitivamente el Poder a quien competa el ejercicio de este cargo.⁴³²

El acuerdo de San Nicolás, del 31 de mayo de 1852, procedió a declarar en su primer artículo al pacto que en 1831 había instituido la Liga Federal como “ley fundamental de la

⁴³¹ *Archivo Americano y Prensa del Mundo*, N° 25. Buenos Aires, Imprensta de la Libertad, julio de 1851, pp. 195-198.

⁴³² Martínez, Benigno T. *Historia de la provincia de Entre Ríos*, Volumen 3. Rosario, Jacobo Peuser, 1919, p. 405.

República”⁴³³. Buenos Aires sería la única provincia que eventualmente no ratificaría estos acuerdos, para lanzarse a una política secesionista iniciada el 11 de septiembre de 1852.

En Valparaíso se organiza el *Club Constitucional Argentino*, del que Alberdi es impulsor⁴³⁴. Según afirma Solari, Fragueiro “sin dudas colaboró en las tareas del Club”, y su nombre aparece entre los signatarios que desde Copiapó adhieren a su “acta de instalación”⁴³⁵. Según Sarmiento -fuente documental ciertamente discutible-, Fragueiro hizo públicas ciertas prevenciones a la figura de Urquiza⁴³⁶; cualquiera sea el caso, el cordobés se puso rápidamente a disposición del vencedor de Caseros.

Diversas publicaciones ven la luz de cara a la inminente organización constitucional proclamada por Urquiza. En Buenos Aires Pedro De Angelis publica su *Proyecto de Constitución para la República Argentina*⁴³⁷, mientras que Mitre hace conocer su “Profesión de fe” y su “Política comercial” en el periódico *Los Debates*. En *El Constitucional* de Mendoza ven la luz “El problema constitucional o indicaciones acerca de la organización conveniente para la República Argentina” de Juan Llerena⁴³⁸ y el “Plan de Organización Nacional para las Provincias del Río de la Plata” de Juan Ramón Muñoz⁴³⁹; hay constancias, también de un proyecto de José Benjamín Gorostiaga del

⁴³³ “Pacto celebrado entre los representantes de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, en virtud del cual se constituye la Liga Federal, 4 de enero de 1831”, en Leiva, Alberto David (comp.) *Fuentes para el estudio de la historia*, op. cit., pp. 289-294.

⁴³⁴ AA.VV. *La nota y el credo de los Argentinos residentes en Santiago y la contestación con los documentos justificativos por el Club Constitucional Argentino instalado en Valparaíso*. Valparaíso, Imprenta del Diario, 1852.

⁴³⁵ Solari, Juan Antonio. *Una figura patricia: Mariano Fragueiro*. Buenos Aires, Editorial Centro de Historia Mitre, 1947, p. 24; Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la constitución argentina de 1853, en que se restablece su mente alterada por comentarios hostiles, y se designan los antecedentes nacionales que han sido bases de su formación y deben serlo de su jurisprudencia*. Valparaíso, Imprenta del Diario, 1853, p. 87.

⁴³⁶ “Cuando llegó a Copiapó la noticia del triunfo de Caseros y los argentinos se preparaban a celebrarlo gastando en festejos doscientas onzas de oro, el Sr. Fragueiro les decía «No celebren tanto este suceso. ¡Qué se puede esperar de un hombre de los antecedentes de Urquiza!». Cuando llegó la proclama de la cinta colorada que agitó la fiesta, e hizo suspenderla, el Señor Fragueiro triunfaba sobre los entusiastas. Cuando supo que se trataba de constituir la República sin Buenos Ayres, su indignación subió de punto, declarando tal idea el más inconcebible absurdo. Llegado a Córdoba escribió e imprimió en una hoja suelta lo mismo. (...) Fragueiro fue ministro de Hacienda y renunció más tarde. (...) Fragueiro es un hombre de talento, un hombre de mundo, habla muy bien: pero no es autoridad en política.” Sarmiento, Domingo F. *Obras de D. F. Sarmiento*, Tomo XVII, “La Unión Nacional”. Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1898, pp. 108-109.

⁴³⁷ De Angelis, Pedro. *Proyecto de Constitución para la República Argentina*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1852. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/proyecto-de-constitucion-de-pedro-de-angelis-de-junio-1852/html/920dc935-0178-400e-ad29-f8ec0c39d3b9_2.html

⁴³⁸ René-Moreno, Gabriel. *Notas biográficas y bibliográficas*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1901, pp. 392-395.

⁴³⁹ Muñoz, Juan R. *Plan de Organización Nacional para las Provincias Unidas del Río de la Plata. Serie de artículos publicados en el Constitucional de los Andes por Juan R. Muñoz*. Mendoza, Imprenta del Constitucional, 1852,

año 1852. La emigración también se suma al debate, y en Chile se publican dos de las obras más relevantes para nuestro trabajo: nos referimos a las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud, y del tratado litoral del 4 de enero de 1831* de Alberdi⁴⁴⁰ -que muy pronto serán parcialmente reproducidas en *El Nacional Argentino*, periódico oficial de la Confederación Argentina aparecido en Paraná el 3 de octubre de 1852- y las *Cuestiones argentinas* de Mariano Fragueiro⁴⁴¹.

El derrocamiento de Rosas había transfigurado definitivamente las posiciones y las perspectivas de toda una emigración en la que la enemistad a la figura de Rosas, demonizada otredad, había sido ordenadora de las solidaridades políticas, ligando a los unitarios con las generaciones románticas. Depuesto Rosas sin resistencia, razones etarias juegan un papel relevante para explicar el desplazamiento de los cuadros formados en las postrimerías de la “carrera de la revolución”: por señalar apenas un caso, Manuel José García, antiguo político y diplomático unitario, liberal constantiano, y ubicuo ministro civil –el ramo de la guerra fue el único que jamás asumió en 20 años de oficialismo- había muerto en 1848. Los integrantes de la Generación del '37 asumirán entonces una centralidad largamente proyectada en el proceso de “organización nacional”, y de la narrativa genealógica sobre su origen⁴⁴².

Con la elevación de Urquiza al Directorio Provisorio de la Confederación, la antigua emigración afronta por primera vez el desafío de asumir nuevos posicionamientos y compromisos políticos: Mitre y Sarmiento se alinearán con la provincia de Buenos Aires, cuya política secesionista se afirmaría con la derrota del levantamiento del coronel Hilario Lagos, y se consagraría con la sanción de la constitución del Estado de Buenos Aires en 1854; Alberdi y Fragueiro, en cambio, se alinean con la Confederación Argentina, y contribuyen directa e

reproducido en Silva, J. Francisco V. “Alrededor de las «Bases», de Alberdi. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba. Año 15, Nº 3-4, Mayo-Junio de 1928, pp. 109-285.

⁴⁴⁰ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit.

⁴⁴¹ Fragueiro, Mariano. *Cuestiones argentinas*, op. cit.

⁴⁴² Para su incidencia en la historia de la historiografía, ver: Devoto, Fernando y Nora Pagano. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009, especialmente pp. 18-61. Una visión de conjunto del cono sur sobre la elaboración simbólica y mitológica: Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne. “Mitos y simbologías nacionales en los países del Cono Sur.”, en Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coords.). *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2003, especialmente pp. 454-465.

indirectamente a los debates del Congreso General Constituyente. Sobre la proclamación del reconocimiento de que existían las condiciones estipuladas por el Pacto Federal para proceder a la organización constitucional, y a pesar de la rebelión bonaerense, el Congreso General Constituyente se había establecido en la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz. Urquiza dedicó especial atención a la conformación de este Congreso, sugiriendo, negociando, y aun imponiendo, sus candidatos a los gobernadores que rápidamente se habían alineado a su jefatura, e impulsando la destitución o derrocamiento de los pocos que no lo habían hecho⁴⁴³. Comenzando sus sesiones preparatorias a fines de noviembre de 1852, había desarrollado su actividad a lo largo de un tórrido verano que había obligado al cuerpo a comenzar sus sesiones al ocaso. La premura de los trabajos estaba dictada por un imperativo político de primer orden, dirigido a poner en vigencia el instrumento constitucional en el primer aniversario del pronunciamiento urquicista. El 1° de mayo de 1853 fue sancionada y el 25 del mismo mes promulgada la célebre constitución de 1853, el cuerpo normativo más perdurable de la historia constitucional argentina.

La vida política de la Confederación Argentina ha merecido relativamente poca atención historiográfica a lo largo del siglo XX: su derrota frente a Buenos Aires pareció condenarla a un confinamiento en el que colaborarían también la dispersión y destrucción de buena parte de sus fuentes documentales. Todavía a fines del siglo XIX, sin embargo, Mariano Pelliza identificaba en la década 1852-1862 el inicio de la organización nacional⁴⁴⁴. Los pocos trabajos clásicos sobre la materia permiten encuadrar la situación de la Confederación Argentina en el marco del progresivo contraste con la provincia de Buenos Aires: se trata de un enfrentamiento que se despliega en los planos diplomático, económico, y militar, y que tiene un punto de inflexión con la sanción de la constitución del Estado de Buenos Aires en 1854, cuando se sanciona un *status quo* diplomático

⁴⁴³ Zuviría, José María. *Los Constituyentes de 1853*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1889. Para un breve *racconto* de la elección de los constituyentes, ver: Rosa, José María. *Nos, los representantes del pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*. 1975, pp. 20-37. Resume el autor: “La omnipotencia del gobernador de Entre Ríos y Director de la Confederación, jefe de todos los ejércitos provinciales y dueño de todas sus aduanas, señaló la mitad por lo menos de los diputados: Gutiérrez, Ruperto Pérez, Leiva, Seguí, Derqui, Gondra, Huergo, Elías, Regis Martínez, Delgado, Carril, Gorostiaga y Zavalía. Y dio el visto bueno a la otra mitad: Alvarado, Zuviría, fray Pérez, Centeno, Lavaisse, Zapata, Campillo, Torrent, Colodrero, Ferré, Padilla y de la Quintana.” (pp.36-37).

⁴⁴⁴ Pelliza, Mariano A. *Historia de la Organización Nacional. Urquiza – Alsina – Mitre, 1852-1862*. Buenos Aires, F. Lajouane Editor, 1897. Se trata de una reproducción independiente de: Pelliza, Mariano A. *Historia Argentina*, Tomo V. Buenos Aires, F. Lajouane Editor, 1897.

que daría lugar a lo que Oscar Oszlak denominara el “duopolio” de la representación exterior⁴⁴⁵. Este contraste, sin embargo, no debe hacernos perder de vistas los esfuerzos autónomos de la Confederación por constituir, en un escenario de fuerte carestía de recursos económicos y humanos, una autoridad política federal, y un singular andamiaje institucional. El proyecto político de la Confederación es, también, una primera experiencia de formación de un elenco de funcionarios y legisladores “nacionales”, que se realiza en condiciones de extrema precariedad⁴⁴⁶. La imagen histórica del conjunto de publicistas, intelectuales y políticos profesionales agrupados en torno a Urquiza, conocidos por entonces como los “hombres de Paraná”⁴⁴⁷, estaría dominada retrospectivamente por la figura de Juan Bautista Alberdi. Sin embargo, y como habremos de ver enseguida, la influencia de Alberdi entre los años 1852 y 1854, si bien importante, no es absoluta. En cualquier caso, es importante señalar en este punto que tanto Alberdi como Fraguero habían designado a Buenos Aires como capital natural del Estado, confiando en su desarrollo institucional y sus capacidades administrativas como puntos de apoyo para sus planes de organización: la secesión de Buenos Aires comprende, por tanto, el primer desafío que la coyuntura impone a sus respectivos planes de organización.

⁴⁴⁵ Álvarez, Juan. “La guerra económica entre la Confederación...”, *op. cit.*, y Heras, Carlos y Barba, Enrique. “Relaciones entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires (1854–1858)”. En Levene, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina*, Vol. VIII. Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1946, pp.173-246.; Scobie, James R. *La lucha por la consolidación*, *op. cit.*; Garavaglia, Juan Carlos. *La disputa por la construcción*, *op. cit.*. La referencia a Oszlak corresponde a: Oszlak, Oscar. “Formación histórica del estado argentino...”, *op. cit.*

⁴⁴⁶ Bosch, Beatriz. *En la Confederación Argentina: 1854-1861*. Buenos Aires, Eudeba, 1998; Auza, Néstor Tomás. *El ejército en la época de la Confederación Argentina. 1852-1861*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1971; Lanteri, Ana Laura. “Acerca del aprendizaje y la conformación político-institucional nacional. Una relectura de la «Confederación» argentina (1852-1862)”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. México, 2013, pp. 69-94; Lanteri, Ana Laura. “Instituciones estatales y orden político. Diseño, prácticas y representaciones de la justicia federal en la «Confederación» (1852-1862)”. *Población & Sociedad. Revista regional de Estudios Sociales*, vol. 18, 2011, pp. 49-78; Lanteri, Ana Laura. “Las provincias en un ámbito de poder institucionalizado. Representación política y acción legislativa en el Congreso de Paraná en la «Confederación» (1854-1861)”. *Estudios Sociales*, vol. 41, 2011, p. 69-85.

⁴⁴⁷ La fórmula “hombres del Paraná” aparece en la autobiografía de Lucio V. Mansilla, “diputado alquilón” –según la fórmula despreciativa porteña a los miembros bonaerenses– por Santiago del Estero en el Congreso de Paraná, y es recuperada por Roca en su “Carta-prólogo”. Mansilla, Lucio V. *Retratos y recuerdos*, *op. cit.*, especialmente pp. 229-236. Ver también: Gálvez, Víctor (seudónimo de Quesada, Vicente G.). *Memorias de un viejo*, *op. cit.*, pp. 191-227.

IV. El andamiaje institucional para la Confederación Argentina.

Si la justicia es, para la tradición jurídica occidental nacida en Roma, suum quique tribuere [“dar a cada uno lo suyo”], deberíamos ser justicieros con la herencia de la Confederación más allá de su bancarrota final y del hecho de pertenecer al cementerio de los «Estados fallidos» ...⁴⁴⁸

Con su tendencia a abordar de modo unitario al texto constitucional de 1853 con sus reformas de 1860, la dogmática jurídica y la historia tradicional de las ideas políticas tienden subestimar las implicancias teóricas y políticas del enfrentamiento entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, que se prolongaría hasta fines de 1861⁴⁴⁹. Habremos de notar, al comenzar el primer apartado de este capítulo, que esta controversia política no está exenta de implicancias historiográficas. El primer apartado se aboca entonces a la historia de la controversia en torno a la influencia del ejemplo de la constitución federal estadounidense en el constitucionalismo argentino y rioplatense: en un primer movimiento abordaremos algunas de las fuentes fundacionales de la tesis la singularidad nacional del federalismo vernáculo, para luego proceder al abordaje crítico de los anacronismos que la identidad argentina y de la polaridad entre el modelo federal y confederal implicó en buena parte de su tratamiento.

El segundo apartado se ocupa de los principales puntos de acuerdo entre Alberdi y Fraguero respectivamente a las cuestiones de la unidad nacional y del arreglo político-institucional propuesto, al que en virtud de su explícita orientación de futuro denominamos “federalismo centralizante”. Nos

⁴⁴⁸ Garavaglia, Juan Carlos. “Rentas, deuda pública y construcción estatal: La Confederación Argentina, 1852-1861”. *Desarrollo Económico*. Vol. 50, N° 198, julio-setiembre de 2010, pp. 223-248, aquí p. 243.

⁴⁴⁹ Según Bidart Campos, “1860 clausura el ciclo abierto del poder constituyente ejercido inicialmente en 1853. Por eso la llamada «reforma del 60» no es ejercicio de poder constituyente derivado, sino originario, y por eso su producto es válido, aunque el texto de 1853 prohibía toda enmienda hasta transcurridos diez años. El acto de 1860, bien que revestido de la forma y la apariencia de una reforma, integró el acto constituyente originario, desde que completó con eficacia la composición final -históricamente predispuesta- de nuestro Estado federal.” (Bidart Campos, Germán. “Notas sobre el carácter abierto y eficaz del poder constituyente originario en Argentina”. *Revista de estudios políticos*. N° 188, 1973, pp. 261-272, aquí 270-271). Para Natalio Botana, por ejemplo, “[a]ún en los períodos en el país gozó a medias de una prolongada y sin embargo mutilada vigencia de la constitución de 1853-1860, el federalismo se presentaba ante sus protagonistas envuelto en una honda polémica.” (Botana, Natalio. “Prólogo”. En Calvo, Ernesto y Abal Medina, Juan Manuel (h.). *Sobrerrepresentación, reforma política y gobierno dividido en la Argentina*. Buenos Aires, INAP-Eudeba, 2001, pp. 9-15, aquí p. 9.

proponemos señalar los principales rasgos que hacen a la singularidad del dispositivo constitucional de 1853, restituyendo especialmente los modos en que el texto constitucional argentino se distancia del patrón estadounidense y se aproxima a la constitución chilena de 1833. Por la naturaleza de la materia, habremos de centrarnos en la producción de Alberdi, patentizada en la concentración de poder en la figura presidencial y en la incorporación del estado de sitio como instituto constitucional: habremos de notar algunas decisiones aún más explícitas en favor de la primacía nacional adoptadas por el Congreso General Constituyente. El apartado se propone, por último, sugerir el modo en que la centralización y concentración resultan instrumentales a sus respectivos planes de organización nacional.

El tercer apartado se propone tratar el problema del pensamiento económico del momento constituyente, campo de la clara controversia entre nuestros protagonistas; repararemos, en especial, el modo en que la cuestión de la organización del sistema de hacienda y finanzas de la Confederación sería ocasión para un intenso contrapunto, que habrá de incardinarse en la polaridad liberalismo/socialismo, entre nuestros protagonistas.

IV.1. El modelo estadounidense y la argentinidad de la constitución.

Signada por su orientación en favor del análisis multinivel, la ciencia política contemporánea ha abordado con especial atención a las relaciones entre los (sub)sistemas políticos nacionales y subnacionales, las capacidades exteriores de las provincias, la fiscalidad, la centralización o la descentralización política y administrativa y la democratización y las condiciones de la competencia política⁴⁵⁰. Genéricamente inscriptas en el neoinstitucionalismo, la serie de

⁴⁵⁰ Colacrai, Miryam y Zubelzu, Graciela. “Las provincias y sus relaciones externas. ¿Federalización de la política exterior o protagonismo provincial en las relaciones internacionales?”. *Documento de Trabajo CERIR*, N° 6, diciembre de 1994. Cabeza, Marta. “Las capacidades internacionales de los entes subnacionales en Argentina y en Italia. Un análisis comparado”. *América Latina Hoy*, vol. 44, 2006, pp. 135-151. Disponible en: <http://www.redalyc.org/html/308/30804407/>. Juste, Stella M. “Marco jurídico de la gestión internacional de las unidades subestatales. Un estudio comparado de Argentina, Bolivia y Chile”. *Derecho y Ciencias Sociales*. Octubre 2017. N° 17, pp.226-246. http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/63492/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y; Benton, Allyson L. “What Makes Strong Federalism Seem Weak? Fiscal

presupuestos que liga a este conjunto de investigaciones contemporáneas sobre el federalismo argentino da cuenta de una orientación crítica respecto de los presupuestos conceptuales y teóricos desde los que tendiera a realizarse el abordaje del federalismo vernáculo, y un renovado interés por las implicancias históricas de lo normativo-constitucional en la organización estatal. En efecto, el análisis contemporáneo del federalismo argentino ha motivado un llamado de atención respecto a las vicisitudes asociadas a la traslación o desplazamiento acrítico de esquemas analíticos y patrones teóricos y conceptuales configurados en otras épocas y latitudes⁴⁵¹.

La tesis fuerte en torno a la traslación del patrón estadounidense en el dispositivo constitucional argentino tiene una larga historia, que es dable remontar a la autoridad del mismo Congreso General Constituyente de 1853. Las voces de sus principales protagonistas parecen sugerir que, por entonces, se impone en la Argentina el sistema federal estadounidense. Según José Benjamín Gorostiaga, la “naturaleza de la *forma de gobierno*” estaba determinada “por el tratado de 4 de enero de 1831, y por el Acuerdo de 31 de mayo de 1852”: “la Constitución de la Confederación Argentina debe ser federal”. La Comisión Redactora, que había integrado, había observado “estrictamente esta base organizando un gobierno general para la República, dejando subsistentes la Soberanía e Independencia de las Provincias.” El proyecto de la Comisión Redactora, proseguía

Resources and Presidential–Provincial Relations in Argentina”. *Publius: The Journal of Federalism*. Vol. 39, N.º 4, 2008, pp. 651–676. <https://sci-hub.tw/https://doi.org/10.1093/publius/pjn032>

Bonvecchi, Alejandro y Lodola, Germán. “The Dual Logic of Intergovernmental Transfers: Presidents, Governors, and the Politics of Coalition-Building in Argentina”. *Publius: The Journal of Federalism*, Vol. 41, N.º 2, 2011, pp. 179–206. <https://academic.oup.com/publius/article-abstract/41/2/179/1907185?redirectedFrom=fulltext>; Eaton, Kent. “Decentralization, Democratization, and Liberalization: The History of Revenue Sharing in Argentina, 1934–1999”. Presentado para la Meeting of the Latin American Studies Association. Hyatt Regency Miami, marzo del 2000. González, Lucas I. “Political Power, Fiscal Crises, and Decentralization in Latin America: Federal Countries in Comparative Perspective (and some Contrasts with Unitary Cases)”. *Publius: The Journal of Federalism*, Vol. 38 N.º 2, 2007, pp. 211–247. <https://sci-hub.tw/https://doi.org/10.1093/publius/pjn001>. Gibson, Edward L. *Federalism and Democracy in Latin America*. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 2004. Giraudy, Agustina. “The Politics of Subnational Undemocratic Regime Reproduction in Argentina and Mexico”. *Journal of Politics in Latin America*. Vol. 2, N.º 2, 2010, pp. 53–84. https://scholar.harvard.edu/files/agiraudy/files/giraudy_2010_jpla.pdf. Ardanaz, Martín, Leiras, Marcelo, Tommasi, Mariano. “The Politics of Federalism in Argentina and its Implications for Governance and Accountability”. *World Development*. Vol. 53, 2014, pp. 26–45. <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0305750X13000107>. Giraudy, Agustina. *Democrats and Autocrats: Pathways of Subnational Undemocratic Regime Continuity within Democratic Countries*. New York, Oxford University Press, 2015.

⁴⁵¹ En su orientación empírica, las ciencias sociales suponen un conjunto de definiciones teóricas y parámetros de análisis que, institucionalmente, constituyen los campos de estudio. Históricamente delimitables, la sociología política, la ciencia jurídica, la sociología jurídica, son también polémicamente comprensibles en su historización conceptual.

Gorostiaga, estaba “vaciado en *el molde de la* Constitución de los Estados Unidos, único modelo de *verdadera federación* que existe en el mundo.”⁴⁵² Juan María Gutiérrez insistiría casi literalmente en estos términos, al afirmar que “[l]a Constitución es eminentemente federal; está vaciada en el molde de la de los Estados-Unidos, única federación que existe en el mundo, (sic) digna de ser copiada.”⁴⁵³ El tucumano Zavallía habría de aludir a la “carta de la Unión Americana” como “el gran modelo de las Confederaciones, donde la Comisión se ha inspirado en la concepción de su Proyecto.”⁴⁵⁴ La cuestión, en las actas del Congreso, parece clara: la referencia a la conformidad de la constitución de 1853 con el modelo estadounidense es generalizada.

Alberdi también aborda el tema en sus *Bases*.... Su plan constitucional, afirma allí, se ciñe al diseño de la constitución federal estadounidense de 1787. Aún más, atribuye parte del fracaso del último ensayo constitucional a que

los federales argentinos de 1826 comprendieron mal el sistema que querían aplicar a su país. Como Rivadavia trajo de Francia el entusiasmo y la adhesión por el sistema unitario, que nuestra revolución había copiado más de una vez de la de ese país, Dorrego, el jefe del partido federal de entonces, trajo de los Estados Unidos su devoción entusiasta al sistema de gobierno federativo. Dorrego, aunque militar como Hamilton, el autor de la Constitución norteamericana, no era publicista, y a pesar de su talento indisputable, conocía imperfectamente el gobierno de los Estados Unidos, donde sólo estuvo los cuatro días de su proscripción. Su partido estaba menos bien informado que él en doctrina federalista.⁴⁵⁵

Para Alberdi, el imperfecto conocimiento del sistema constitucional estadounidense por parte de Dorrego y su partido –los federales “doctrinarios”– consistió en que

confundían la Confederación de los Estados Unidos de 9 de julio de 1778 con la Constitución de los Estados Unidos de América, promulgada por Washington el 17 de septiembre de 1787. Entre esos dos sistemas, sin embargo, hay esta diferencia: que *el primero arruinó los Estados Unidos en ocho años, y el otro los*

⁴⁵² Ravignani, Emilio (coord.) *Asambleas Constituyentes Argentinas: seguidas de los textos constitucionales, legislativos y pactos interprovinciales que organizaron políticamente la Nación; fuentes seleccionadas, coordinadas y anotadas en cumplimiento de la ley 11.857. Tomo IV.* Buenos Aires, Casa de Jacobo Peuser, 1937, p. 468. Subrayado nuestro.

⁴⁵³ *Ibid.*, p.479.

⁴⁵⁴ *Ibid.*, p. 520.

⁴⁵⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida, op. cit.*, p.144.

restituyó a la vida y los condujo a la opulencia de que hoy disfrutaban. El primero era una simple federación; el segundo es un sistema mixto de federal y unitario.⁴⁵⁶

Alberdi imputa a aquellos federales una incorrecta comprensión del constitucionalismo estadounidense: se trata de una imprecisión histórica y teórica que tendría larga descendencia, y que sería una premisa de diversas posiciones historiográficas ulteriores. Hemos tenido ocasión de comprobar que los “federales doctrinarios” de mediados de la década de 1820 no ignoraban que el debate fundacional de la política constitucional estadounidense -aquél entre federalistas y anti-federalistas, o entre federalistas y republicanos-, estaba efectivamente saldado; y hemos advertido, también, que los discursos de aquellos exiliados del Directorio guardan una íntima afinidad con el lenguaje republicano de la democracia jeffersoniana.

Desatada en el marco más amplio del conflicto político eminente entre la Confederación Argentina y el Estado-Provincia de Buenos Aires, buena parte de las lecturas del momento constitucional de 1852-1853 han tendido a centrarse en el enfrentamiento entre Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento. Concebida en buena medida como la principal antinomia teórica del constitucionalismo argentino, se trata de una intensa polémica que se desplegó, entre otros frentes, en el relativo a las especificaciones del régimen federal argentino y su relación con el modelo estadounidense⁴⁵⁷. Sarmiento considera defectos del texto constitucional todos aquellos puntos en que la obra del Congreso General Constituyente de Paraná se aparta del sistema federal estadounidense, con un particular énfasis en la cuestión de las autonomías provinciales y el régimen municipal. Apelando a algunas autoridades del constitucionalismo conservador estadounidense – la fundamental es Joseph Story –, la política constitucional propuesta por el sanjuanino consistía no sólo en una reforma constitucional que debería rectificar los defectos en el texto argentino respecto al estadounidense, sino también, y acaso más significativamente, en la asimilación de la jurisprudencia suprema estadounidense⁴⁵⁸. La hipótesis sarmientina cifraría en buena medida las

⁴⁵⁶ *Ibid.*, p.144.

⁴⁵⁷ Alberdi y Sarmiento trabaron una estrecha relación durante su emigración en Chile, que se rompió con la derrota de Rosas y el proceso constituyente motorizado por Urquiza: mientras ambos celebran el triunfo urquicista, luego de un intento de aproximación al triunfador de Caseros, Sarmiento se considera desairado por éste, y con su *Campaña en el Ejército grande* se lanza al ataque de quien hasta hace poco celebrara como un libertador. Esto inició una polémica pública con Alberdi, quien se mantuvo fiel a la política de la Confederación Argentina capitaneada por Urquiza: la dura disputa epistolar entre ambos se plasmaría en las *Cartas quillotanas* de Alberdi y las *Ciento y una* del sanjuanino. Cfr.: Halperín Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto...”, *op. cit.*

⁴⁵⁸ Sarmiento, Domingo Faustino. *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina: con numerosos documentos ilustrativos del texto*. Santiago, Belin, 1853.

interpretaciones que dominarían las dos décadas siguientes: así, la exégesis constitucional ulterior tendería tanto a desdibujar los rasgos “originales” del texto constitucional de 1853 como, en caso de reconocer tales peculiaridades, considerarlas meras desviaciones respecto a la recta doctrina federal estadounidense.

El triunfo de las tropas de la Confederación frente al ejército porteño en la batalla de Cepeda en 1860 se cristalizó en el pacto de San José de Flores y en la convocatoria a la Convención Constituyente de 1860, en la que se consumaría la integración jurídica de Buenos Aires a la Confederación Argentina: a diferencia del Congreso Constituyente de 1853, la Convención reformadora *ad hoc*, presidida por Mariano Fraguero, apelaría a la nación argentina como sujeto del poder constituyente. De inspiración sarmientina, y vehementemente defendida por Vélez Sarsfield⁴⁵⁹, los delegados bonaerenses en la Convención de 1860 insistirían una y otra vez en rectificar el diseño constitucional argentino en todos aquellos puntos en que se apartara del modelo estadounidense⁴⁶⁰. Alberdi, desde Europa, se muestra como un acérrimo opositor a las reformas propuestas, a la que imputa un oscuro designio. “En todas estas reformas”, afirma Alberdi -y desde la ulterior perspectiva del gobierno de la Confederación resultaría acertado-, “hay un plan oculto, pero ciertísimo, de acabar con la institución del gobierno nacional.” La invocación al ejemplo de la Constitución de los Estados Unidos es, según Alberdi, “un pretexto hipócrita”, en la medida en que “quienes se dicen unitarios de tradición, no pueden creer de buena fe que convenga a nuestras provincias el sistema de gobierno que va siendo la ruina de México, Centro América, Nueva Granada y Venezuela.”⁴⁶¹

⁴⁵⁹ Recchia, Giorgio. “La contribución de Vélez Sársfield a las disciplinas publicísticas y al «constitucionalismo latino»”. *Revista de Estudios Políticos*, N° 76, abril-junio de 1992, pp.45-62, y Haro, Ricardo. “Dalmacio Vélez Sársfield y su labor con motivo de la reforma constitucional”, en AA.VV., *Homenaje a Dalmacio Vélez Sársfield*, T. IV. Córdoba, Academia Nacional del Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, 2000, pp. 177-208.

⁴⁶⁰ En su *Informe*, la Comisión Examinadora conducida por Vélez Sarsfield dictaminaría que “Buenos Aires, al tiempo de incorporarse a la Confederación, puede y debe proponer como fórmula general de una reforma, el restablecimiento del texto de la Constitución Norte-Americana, la única que tiene autoridad en el mundo, y que no puede ser alterada en su esencia, sin que se violen los principios de la asociación, y se falseen las reglas constitutivas de la República federal, que como se ha dicho antes, es el hecho establecido que encuentra Buenos Aires desde 1853.” Ravignani, Emilio. *Asambleas constituyentes argentinas*, op. cit., p. 771.

⁴⁶¹ Alberdi, Juan Bautista. *Escritos Póstumos*, op.cit., p. 282.

A lo largo de las presidencias de Bartolomé Mitre (1862-1868) y Domingo Faustino Sarmiento (1868-1884), de las que Alberdi sería un acérrimo opositor⁴⁶², la tesis que propugnó por la adecuación de la constitución argentina al modelo federal estadounidense predominaría oficialmente, tanto en la cátedra⁴⁶³ como en la magistratura, y tendría una particular incidencia en la formación de la justicia federal. La primera Corte Suprema de Justicia de la Nación, instalada en los albores de la presidencia de Mitre, haría suya la jurisprudencia suprema estadounidense con una selectividad plenamente significativa⁴⁶⁴; como señala Zimmermann, su incidencia sería también capital en la conformación seminal del Poder Judicial federal⁴⁶⁵. Por entonces la oposición alberdiana al devenir de la vida jurídica nacional habría de alzarse también de manera vehemente contra la promulgación del Código Comercial de la Nación de 1862, con que se dio puntapié inicial a la codificación jurídica nacional –en cumplimiento, por otra parte, de una manda constitucional de 1853–. La crítica alberdiana apuntaría tanto a considerar al expediente de la codificación como doctrinariamente ajeno a la tradición constitucional estadounidense, cuanto a resultar políticamente contradictorio con la reciente reforma constitucional de 1860⁴⁶⁶.

⁴⁶² Alberdi sería un acérrimo opositor a la que consideraría una política “porteñista” sostenida por las presidencias de Mitre y Sarmiento, y, se opondría vivamente a la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, “Guerra Grande” o guerra *Guasú*, que incluso lo motivara a la redacción de *El crimen de la guerra*. Por otra parte, en sus estudios de la década de 1860 –que sólo serían publicados póstumamente en la década de 1880– Alberdi interpretaría el conflicto entre Buenos Aires y el resto de las provincias argentinas centrándose en la disputa por las rentas de la Aduana porteña, matriz que sería adoptada por buena parte de los revisionistas argentinos, en especial: Alberdi, Juan Bautista. “Belgrano y sus Historiadores”. En Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos, op. cit.*, pp. 5-270. Una recopilación de los escritos alberdianos de 1860-70 contra Mitre puede hallarse en: Alberdi, Juan Bautista. *Proceso a Mitre*. Buenos Aires, Editorial Punto de Encuentro, 2013.

⁴⁶³ Desde el profesorado, Nicolás Calvo y Aristóbulo del Valle acompañarían esta tesis. Calvo, Nicolás Antonio. *Decisiones constitucionales de los tribunales federales de Estados Unidos desde 1789 estableciendo la jurisprudencia constitucional con los artículos relativos de la Constitución Argentina y concordados los textos de ambas constituciones*. Buenos Aires, 1887.

⁴⁶⁴ Huertas, Marta María Magdalena. *El modelo constitucional norteamericano en los fallos de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (1863-1903)*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 2001.

⁴⁶⁵ “A partir de 1863 (...) el gobierno, fomentó la traducción y adquisición de las obras clásicas de la teoría e historia constitucional norteamericana. En uno de sus primeros mensajes, el ministro de Justicia del presidente Mitre, Eduardo Costa, afirmaba que «la justicia federal es una especialidad de la Constitución de nuestros hermanos del Norte, cuyo alcance y cuyo espíritu sólo pueden ser estudiados en las mismas fuentes en que tuvieron origen». Esta preocupación por seguir las fuentes doctrinarias norteamericanas inspiró una política oficial de difusión de las mismas: El Federalista, Story, Curtis, Lieber, Kent, Pomeroy, fueron traducidos y distribuidos ampliamente.” Zimmermann, Eduardo. “La formación de abogados y jueces en la Organización Nacional: Argentina, 1860-1880”. Presentado en el Workshop “The History of Justice in Nineteenth-century Latin America”, Institute of Latin American Studies, University of London, 24 de mayo de 1996, p. 24.

⁴⁶⁶ Alberdi, Juan Bautista. “El Proyecto de Código Civil para la República Argentina”. En García, Manuel R. (comp.). *Juicios críticos sobre el proyecto de Código Civil argentino*. Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor, 1920, pp. 157-

La “argentinidad” del federalismo en el temprano constitucionalismo argentino

En su preocupación por el discernimiento de la naturaleza del federalismo argentino, las actuales humanidades recuperan una de las ocupaciones originarias del constitucionalismo vernáculo. Impulsada por la combinación de una fuerte transformación científica e institucional de la cultura jurídica argentina y la rehabilitación de la figura de Alberdi por parte de Bartolomé Mitre⁴⁶⁷, entre fines del siglo XIX y principios del XX se produce un nuevo destaque de la originalidad o “argentinidad” de la Constitución⁴⁶⁸. La naciente academia finisecular, por lo general a una retórica organicista y evolucionista, tendería a hallar en el federalismo argentino un fenómeno jurídico-político históricamente singular, genealógicamente ligado a la nacionalidad. Época de creciente institucionalización en las disciplinas históricas y jurídicas⁴⁶⁹, se abre un paréntesis entre el fin del predominio de la escuela del comentario exegético-doctrinario y la consolidación del positivismo en el derecho público y constitucional; en la historiografía, ya regida por el método

229. Según Alberdi, “[t]enemos en Sud América la costumbre de aplaudir a las grandes repúblicas, pero, llegando a la práctica, imitamos a los grandes imperios. Ya que tanto respeto inspiran hoy los Estados Unidos de América, ¿por qué no seguimos el ejemplo de su circunspección en legislación civil? Al mismo tiempo que le copiamos su constitución federal y su descentralización política, imitamos al Brasil y a la Francia sus códigos unitarios e imperiales: de donde resulta que tenemos la federación en el código político y la unidad en el código civil. (...) Y las provincias argentinas, que se dicen organizadas a su ejemplo y que no necesitaban unificar su legislación civil ya uniforme, son entre tanto las que han creído necesario emplear ese medio de unificación, y eso al día siguiente de reformar su constitución en el sentido de una descentralización casi feudal. (...) Y los que reformaron la constitución argentina de 1853, dando por razón que no se parecía bastantemente a la de Estados Unidos, son los que hoy pretenden dar un código civil para toda la Confederación Argentina” (pp. 163-165)

⁴⁶⁷ Mitre, Bartolomé. *tribuna nacional*, 5 de agosto de 1888, *op. cit.*

⁴⁶⁸ Palti, Elías José. *El pensamiento de Alberdi*, *op. cit.*, pp. 5-6; Polotto, María Rosario. “La argentinidad de la Constitución”, *op. cit.* Sobre la vida intelectual de la época: Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*, *op. cit.*; y Altamirano, Carlos. “Entre el naturalismo y la psicología”, *op. cit.*

⁴⁶⁹ Todavía en 1875 Pedro Scalabrini ensayaría una comparación de las constituciones argentina y estadounidense que lo conduciría a advertir la profunda unidad que las anima: en efecto, en *Concordancias del Derecho Público Argentino con el Derecho Público Americano* (1875) este autor -imbuido de fe en la perfectibilidad humana a través de la expansión del principio democrático, del que ambas constituciones darían cuenta- inscribe a la constitución argentina en la “Escuela Americana” de derecho público, formada sobre los ejemplos históricos de las repúblicas griegas, italianas y suiza. “Si a estas fuentes históricas unimos”, prosigue el autor, “los principios de las tres revoluciones bien conocidas, la Inglesa de 1688 (...), en nombre de la religión protestante y de las libertades inglesas, la Norteamericana de 1776, en nombre de la soberanía de los pueblos y la Francesa de 1789, en sostén de los derechos naturales del hombre, tendremos explicado el origen histórico del Derecho Público Constitucional, Democrático Republicano.” Scalabrini, Pedro. *Concordancias del Derecho Público Argentino con el Derecho Público Americano*. Paraná, Imprenta de “El Liberal”, 1875, p. XVI.

crítico-erudito, comienza a darse el tránsito entre la declinante “historia filosófica” y la emergencia de la *Nueva escuela histórica*⁴⁷⁰. Se trata de un momento de la historia del constitucionalismo sobre el que conviene detenerse especialmente: en este período se publicaron obras de envergadura que serían decisivas para revolucionar las interpretaciones del momento constituyente de 1853, así como del ciclo político por él inaugurado⁴⁷¹. Con el poeta y diplomático Martín García Merou como precursor, comienza también una recuperación de la figura y la obra de Alberdi, que gana una nueva centralidad interpretativa como emblema del pensamiento constitucional argentino. En un breve ensayo crítico dedicado al comentario del *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina* de Saldías⁴⁷², Mariano Pelliza sostuvo que “[e]studiar lo que las *Bases* tienen de nuestro derecho propio, es estudiar la verdadera historia de la constitución federal; como asimismo, estudiar las reformas introducidas en 1860 y posteriormente, es averiguar cuanto se ha desviado nuestro código de su filiación jurídica argentina, para apropiarse preceptos anglo-americanos.”⁴⁷³ De entre la importante literatura de la época, nos proponemos abordar algunas de las obras que consideramos más significativas -en buena medida, fundacionales-, por ocuparse de manera

⁴⁷⁰ Chiamonte, Juan Carlos. “Federalismo y constitucionalismo a principios del siglo XX”. En *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*. Buenos Aires, Sudamericana, 2013, pp. 123-143; Devoto, Fernando y Pagano, Nora. *Historia de la historiografía argentina*, op. cit., 73-134.

⁴⁷¹ Además de los aquí reseñados, pueden consultarse: Bacqué, Santiago. *Influencia de Alberdi en la Organización Política del Estado Argentino*. Tesis doctoral presentada en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1916. En *El gobierno representativo federal en la República Argentina y el régimen republicano-federal*, José Nicolás Matienzo habría de recurrir a la legislación constitucional comparada, para destacar el carácter idiosincrático de todo régimen federal realmente existente. Al igual que para Alberdi, para Matienzo tampoco faltaba la nación argentina, cuyo origen remonta a la tardía sociabilidad colonial, sino simplemente la institución, largamente demorada, de un verdadero gobierno nacional. Alberdi es abordado por Matienzo en obras específicas: Matienzo, José Nicolás. *Juan Bautista Alberdi; conferencia dada en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires*, 1910; Matienzo, José Nicolás. *Juan Bautista Alberdi antes y después de la constitución*. 1934.

⁴⁷² En su *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina* (1878) Adolfo Saldías fue el primero en expresar la historia constitucional argentina como un relato genealógico-organicista de la nacionalidad argentina. El autor se remonta a los albores de la “revolución orgánica” de Mayo de 1810, en que se produjera el “nacimiento” de la “nación argentina”, para narrar su devenir hacia la “unidad nacional” consumada en 1862, con la instalación del primer Congreso Nacional bajo el imperio normal de la Constitución, luego de la Batalla de Pavón. Saldías, que encuentra a la nación constituida en 1862, es crítico de la posición alberdiana respecto a Buenos Aires: asume jurídicamente apropiada la posición de la provincia, e incluso desmiente las acusaciones alberdianas respecto a la navegabilidad de los ríos interiores (del Paraná, especialmente) y al dominio sobre las rentas de la Aduana local. En su evaluación del origen del federalismo vernáculo, el autor relativiza la incidencia del pensamiento de Alberdi, y destaca la pertinencia doctrinaria de la reforma de 1860. (Saldías, Adolfo. *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1878).

⁴⁷³ Pelliza, Mariano A. “Ensayo sobre la historia de la Constitución”. En *Críticas y bocetos*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1879, pp. 265-266.

original de su significado en relación al pasado y al futuro de la unidad política, y al espacio económico en que se desenvuelve el proceso: nos referimos a los trabajos de Francisco Ramos Mejía, Rodolfo Rivarola, y Juan Álvarez.

En *El federalismo argentino* (1887) Francisco Ramos Mejía intensificó la trayectoria histórica de su interpretación sobre el origen del federalismo argentino, al proponerse abordar la historia argentina como una búsqueda del origen remontándose allí donde “la causalidad cesa”. Al religar genealógicamente el diseño constitucional argentino al círculo de cultura hispánico, que el autor remonta hasta el *status* de los pueblos de la península ibérica en la era romana, fue el primer autor en oponerse enteramente a la tesis de la importación doctrinaria estadounidense. Considerado en su eficacia histórica el federalismo argentino es, para este autor, inescindible de su carnadura en las “masas incultas de las campañas” –la expresión pertenece a Vicente Fidel López–, y no puede ser reconducido artificiosamente al patrón estadounidense⁴⁷⁴. En cambio, el origen del federalismo argentino se inscribe orgánicamente en un medio signado por la herencia de la tradición española: su genealogía del federalismo se remonta entonces al particularismo de nacionalidades que signa al territorio ibérico previo a la unificación española, y que los colonizadores transportan consigo como ejemplo, cultura y tradición política⁴⁷⁵. Es hacia 1829, sin embargo, que para Ramos Mejía

⁴⁷⁴ “¿Créese, acaso”, pregunta Ramos Mejía, “que el sistema federal de gobierno que nos hemos dado es una creación artificial de nuestros constituyentes, de un número reducidísimo de personas que, habiendo leído un poco más que los otros, tenían una que otra idea más? Seguramente, no. Ellos mismos al establecer la forma de gobierno, obedecían a la influencia del medio en que se habían criado y desarrollado, obedecían a una larga cadena de antecedentes a que estaban sometidos casi, y sin casi, sin saberlo. Y lo mismo sucedía con el pueblo todo que recibía esa constitución. Ciertos detalles de ejecución serían propios; pero la idea matriz, la tendencia política a que obedecían en esos momentos, no era en ellos que la proponían como en el pueblo todo que la aceptaba sino un efecto de la acumulación por herencia. (...) No es cierto que nuestro sistema federal de gobierno sea una copia servil del de los Estados Unidos; lo será el detalle de las disposiciones, o si se quiere, la forma técnica del mecanismo funcional, su forma externa, pero la idea misma del sistema político estaba en nuestra sangre y era, aunque parezca absurdo mientras llega el momento de demostrarlo, heredada de los españoles.” Ramos Mejía, Francisco. *El federalismo argentino. Fragmentos de la historia de la evolución argentina*. Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1889, p. 7-9, 18.

⁴⁷⁵ “Eran los conquistadores los que dictaban las leyes constitucionales y administrativas de las nuevas poblaciones y los que las dotaban de magistrados y empleados públicos. Levantada la población en estas condiciones y constituidas las autoridades empezaban a desenvolverse las relaciones políticas y sociales y a notarse como era consiguiente las deficiencias y necesidades que engendraba el movimiento social. Era así preciso a cada instante ocurrir a todas estas eventualidades de la vida común y al hacerlo, tanto el pueblo como las autoridades, procedían recordando lo que habían hecho o visto en su pueblo de origen, implantando así en las nuevas sociedades las prácticas políticas y sociales que le eran tradicionales. No iban a buscar en los libros y en los tratadistas de otros pueblos y de otra raza ideas exóticas para aplicárselas violentando su propia naturaleza por espíritu de servil imitación, sino que aplicaban sus propias ideas, las prácticas y procedimientos de su tierra y de su raza que les eran tan queridas porque representaban una tradición de libertad y de gobierno propio solo comparable con el de

se complementó la transformación del país argentino en el sentido del federalismo. Durante él se federalizó decididamente Córdoba bajo la dirección de Bustos; Tucumán se declaró República independiente; Mendoza, San Juan y San Luis rompieron su antiguo vínculo de Provincia del Cuyo, constituyéndose en Provincias independientes y crearon sucesivamente su gobierno representativo dividiéndolo en sus tres ramas legislativo, ejecutivo y judicial; Santiago del Estero se separó de Tucumán constituyendo su gobierno propio y declarando solemnemente ser uno de los territorios unidos de la Confederación del Río de la Plata; el año siguiente se federalizó Catamarca separándose de Tucumán y nombrando gobernador del Estado a don Nicolás Avellaneda y Tula. Solo Jujuy permaneció unido a Salta por más tiempo hasta el 18 de Noviembre de 1834, en que reunidos en la Sala Consistorial el Cabildo de ciudadanos del pueblo juran libre y espontáneamente sostener y defender la independencia de esta ciudad, su territorio y campaña y su separación de la capital de Salta. Movimiento puramente urbano, no son Provincias que se forman, son ciudades que se emancipan de otras y arrastran consigo en ese movimiento un pedazo de tierra más o menos extenso. El origen de las provincias argentinas es puramente comunal. Tantas ciudades, tantas provincias. (...) La República Argentina no ha sido pues o no es una unidad descentralizada como se ha pretendido, sino una unión de entidades, antes independientes, que se constituyeron a la manera de los Estados-Unidos, pudiendo equipararse al de estos el origen y formación de nuestra nacionalidad.⁴⁷⁶

Rodolfo Rivarola radicaliza el sentido histórico del federalismo en la tradición constitucional argentina, al incluir la orientación de futuro como parte de su totalidad de significado. El delicado sentido histórico de Rivarola le permite, también, presentar una interpretación de la decisión constitucional de 1853 que se propone inscrita en su concreta coyuntura histórica como el producto de un compromiso político finalistamente orientado hacia la plena unidad política –“una solución parcial o transitoria de nuestros problemas de organización institucional”, que dio con la fórmula de las “pseudo soberanías” provinciales⁴⁷⁷. La tesis que defiende en su *Del régimen federal al*

Inglaterra. Siendo, pues, orgánicamente como sus abuelos o imitándolos tenían que ser, como ellos, los conquistadores de América.” *Ibid.*, pp. 100-101.

⁴⁷⁶ *Ibid.*, pp. 284-285.

⁴⁷⁷ “La Constitución Nacional pudo servir para aquel momento en que las provincias pobres y desiertas jugaban a las naciones, y los caudillos que las regían celebraran tratados con solemnidad de monarcas. La Constitución que sacó al país de treinta años de anarquía, dio todo lo que tenía que dar a las pasiones localistas, a los odios salvajes, a las ambiciones estrechas; y satisfizo también sanos anhelos patrióticos. Tuvo así que reconocer como Estados

unitario (1908) es, en definitiva, que “[l]a Constitución de 1853 fue: a) de régimen federal en la forma y en el nombre; b) pero de circunstancias, de carácter actual y transitorio, dentro de una aspiración: la unidad nacional; c) fue por esto, de mayor tendencia centralista que la Constitución de Estados Unidos; d) no fue copia; sino adaptación a los hechos del momento; y e) fue por esto original.”⁴⁷⁸ Rivarola apunta que fueron los mismos constituyentes de 1853 quienes, haciéndose eco de las ambigüedades inmanentes al concepto de “federación”, advirtieron que ésta será

bien entendida si se comprende como en los Estados Unidos del Norte, única federación modelo que existe en el mundo civilizado. Será, por el contrario, pésima, si se creyese que podrá resolverse en una oligarquía regularizada con una centralización relativa en que predominaran los que se apoderasen del poder, sacrificándole sin protección los intereses esenciales de los pueblos. Pero será aún intolerable, si descendiendo en esta escala retrógrada se la redujese a un pacto de conservación entre capitanejos (...) Nadie afirma que gobierno alguno de Provincia, especialmente después de 1880, haya realizado el federalismo bien entendido, según el modelo real o imaginado de los Estados Unidos. (...) Examinada la aplicación del régimen federal, aparece la estructura externa de catorce Provincias que se han dado sus propias instituciones, y establecido relaciones formales con un gobierno nacional. Pero los constituyentes concibieron y declararon la posibilidad y el temor de que esta estructura se resolviera en una oligarquía regularizada

soberanos, de *una cierta soberanía*, a las aldeas aisladas en los desiertos, admitirles la facultad de darse constituciones y gobernarse a sí mismas, para no llamar las cosas por su propio nombre y decir que las daba en feudo a sus mandones. Todo ello se ha transformado la anarquía hizo aquellas *pseudo soberanías*; la concordia de los pueblos bajo el gobierno común las ha deshecho. Hoy queda la *simulación de las soberanías* ante un gobierno único que puede cuanto quiere. Pero el pretexto de las soberanías provinciales sirve al poder central para eludir responsabilidades, que no podría eludir si hubiera concordia entre la Constitución real y la Constitución escrita.” (Rivarola, Rodolfo. *Del régimen federal al unitario. Estudios sobre la organización política argentina*. Buenos Aires, Talleres de la Casa Jacobo Peuser, 1908, pp. XXVII-XVIII, subrayado nuestro) Más adelante agrega Rivarola que “sólo una razón política del momento, pero no una razón jurídica de derecho público, puede explicar en aquella época y en aquellas circunstancias, la aplicación del tratado de 1831. Jurídica e históricamente podría haberse negado autoridad a aquellos tratados y todos los anteriores que sirvieron para establecer sobre un pueblo desgraciado, el dominio del terror y de la violencia, a título de libertad e independencia de las Provincias, y haberse asegurado que el pueblo argentino era uno solo por unidad de raza, de tradición, de independencia, soberanía y de gobierno; y que todos los pactos federales que invocaban una soberanía local, no eran más que la obra de la incapacidad transitoria del Gobierno para mantener el orden y la seguridad de las libertades civiles en el país.” (*Ibid.*, pp. 46-47).

⁴⁷⁸ *Ibid.*, p. 124.

con una centralización relativa. Temieron más aún: que retrogradara hasta reducirla a un «pacto de conservación entre capitanejos».⁴⁷⁹

Este autor dedica un capítulo específico al tratamiento de la figura de Alberdi y la incidencia de sus *Bases*..., a las que pondera positivamente no en razón de sus méritos teóricos, sin en función de su eficaz adecuación a las circunstancias que eran impuestas:

El problema a resolverse por el Congreso y por Alberdi puede expresarse así: ¿Cómo realizar una organización constitucional que conserve de palabra, la denominación federal, de hecho permita a los gobernantes que deben aceptarla, la continuación en el mando de sus Provincias, pero de modo que a la vez facilite la evolución hacia la completa fusión en una sola y misma soberanía? El problema fue resuelto; porque el sentimiento de la unidad nacional es ya incommovible, y las pretendidas soberanías de provincia son cosas que van perdiendo todo sentido. Alberdi presentó la forma mixta, con el nombre federal; la *forma mixta que devolvió a la soberanía nacional la mayor parte de la que retenían ilegítimamente los Gobernadores y Capitanes Generales de Provincia*.⁴⁸⁰

La perspectiva de Juan Álvarez, fundamental para el trazado de las coordenadas de la cuestión constitucional a partir de la geografía económica, supone un rescate de las tesis historiográficas de Alberdi. Como señala Devoto, “[e]n su excursión en la historia de la Argentina independiente y en sus conflictos, Álvarez reposaba en una guía segura: Alberdi. Como él veía el centro de los problemas en el puerto, la lucha por los recursos de la aduana y la navegación de los ríos interiores.”⁴⁸¹ Se trata, es cierto, del Alberdi de los *Escritos Póstumos* que, publicados en la década de 1880, revelan una faz hasta entonces desconocida del pensamiento de Alberdi para el público

⁴⁷⁹ *Ibid.*, pp. 21-22, 24, 25-26, subrayado nuestro. Algo antes aclaraba la incidencia de este extracto: “Al cuarto día de sancionada la Constitución de 1853, sus autores escribieron en un documento que pocos leen, las palabras que aquí transcribo, y otras que comentaré luego: <el Congreso, con claras nociones, ha formulado al fin, la federación, quitando a esta voz lo que tenía de peligroso en la vaga y absurda significación vulgarmente recibida.> Estas palabras inducen en la sospecha de que si la Constitución *federal* proporcionó un término merced al cual podría darse al país la estabilidad de un gobierno central, el término no tuvo, lógicamente, la acepción común que se habría requerido para el consentimiento. Los constituyentes entendieron hablar de una federación, con ‘claras nociones’. Pero el vulgo, el que podría entenderla vulgarmente, le atribuía sin duda otra significación, que el Congreso constituyente calificaba de vaga y absurda. Puede el mismo documento asegurar que el régimen federal era el único posible en las condiciones que se hallaba la República, lo que todos estamos habituados a aceptar; pero lo cierto es que la posibilidad nacía de un equívoco.” (pp. 1-2)

⁴⁸⁰ *Ibid.*, p. 115.

⁴⁸¹ Devoto, Fernando J. “Juan Álvarez, un itinerario historiográfico”. *Anuario IEHS*, N° 23, 2008, pp.75-87, cita de p.75.

argentino, aquella que se desarrolla a partir de la década de 1860. En *Las guerras civiles argentinas* (1912), Álvarez señala que la “Constitución de 1853-1860”

representa una tolerable fórmula de solidaridad entre las diversas regiones del país. No necesitamos ya gran ejército permanente para conservar ficticios equilibrios; pero antes de obtener tal resultado, copiamos los métodos europeos y corrió bastante sangre bajo la ilusión de que sería posible conservar por fuerza una clasificación de privilegios, a base de meridianos de longitud. Para resolver el problema de la solidaridad entre los individuos de cada región, usamos todavía, como los países del Viejo Mundo, el «estado de sitio»: es razonable esperar que alguna vez surgirá de la experiencia propia, y mediante mutuas concesiones, otro acuerdo pacífico y estable. Sin embargo, nuestro gobierno cambia de titulares con tal frecuencia que es difícil conservar unidad en la legislación durante muchos años seguidos; alguna vez, para defender contra esa inconstancia grandes principios –tolerancia religiosa, libre navegación de los ríos– fue preciso insertarlos en tratados internacionales.⁴⁸²

Según Álvarez, “[l]a constitución que hoy nos rige fue la fórmula de acuerdo entre las regiones entonces habitadas”, que

no coincidían ya políticamente con los llamados a congreso general en 1810, pues aparte de los territorios segregados (Alto Perú, Paraguay, Uruguay), catorce provincias reemplazaban a las tres intendencias primitivas. Prescindiendo de intentar la reconstitución del extinguido virreinato quedó especialmente convenido: a) suprimir las trabas opuestas a la libre navegación, a la habilitación de puertos nuevos y al comercio interior; b) disponer la formación de un tesoro federal, recurso ordinario del gobierno central, nacionalizando todas las aduanas exteriores y suprimiendo las interiores; c) asegurar a las provincias, así desprovistas de su gran recurso permanente, los subsidios necesarios para cubrir sus presupuestos; d) crear un organismo que impidiese el predominio de una legislación susceptible de perjudicar a las regiones del interior. Este organismo –el Senado– fue la verdadera llave maestra del sistema. Formado con entera independencia de futuras fluctuaciones de la población, por veinte senadores del interior y ocho del litoral (más dos que corresponderían a la Capital Federal una vez instalada), dio a los primeros mayoría permanente, capaz de impedir con sus dos tercios la sanción de cualquier ley. Imposible modificar la Constitución contra el voto de esos dos tercios,

⁴⁸² Álvarez, Juan. *Las guerras civiles argentinas*. Colección Socialismo y Libertad, 1912, p.18.

y menos bajo la fórmula de 1853, que atribuía exclusivamente al Senado el derecho de iniciar reformas. La elección de senadores quedaba en manos de las legislaturas locales.

En virtud de la mediación económico-territorial entre élites que desempeña esta última institución, para él no es extraño “que exista un Senado compensador de los intereses regionales en las constituciones de los tres países que más se nos parecen: Estados Unidos, Australia y Canadá.”⁴⁸³

Ricardo Zorraquín Begú, referente ineludible en el derecho indiano y en el constitucionalismo latinoamericano formado en los últimos estertores de la escuela erudita, dedicó el capítulo V de su *El federalismo argentino* (1939) a una revisión de las teorías que intentan explicar el federalismo argentino desde el orden colonial o desde la guerra civil subsiguiente. “El error de estas teorías” afirma, allí

consiste en hacer depender los sucesos de las instituciones, confusión explicable cuando se realiza la exégesis de la constitución, pero imperdonable en un historiador. Al hacerlo, se asigna a esas instituciones –que eran meros instrumentos en manos de los revolucionarios– un papel preponderante en los movimientos sociales, cuando es evidente que ni los cabildos en cuanto cuerpo colegiados, ni las intendencias como entidades territoriales, iniciaron o dirigieron los hechos históricos que dieron origen al sistema federal. Es esto tomar el efecto por la causa: los cabildos sólo son el resultado de la existencia de la ciudad, pero la razón de ser de la actual división política del territorio no es la creación anterior de los cabildos, sino la fundación de catorce ciudades [...E]s necesario tomar como punto de partida la existencia de las ciudades, porque son los núcleos que dan origen a las provincias, y porque las zonas rurales adyacentes dependían de ellas como lo accesorio de lo principal.⁴⁸⁴

Para este autor, el federalismo no fue “una tendencia política que respondiera a causas uniformes en todo el territorio”; y su nacimiento sólo puede explicarse como “el estallido incontenible de antagonismos regionales producidos por la situación e intereses de cada grupo”. Los intereses regionales no complementarios entre Buenos Aires, el litoral y el interior son los que habrían de lanzar a las provincias a la lucha política, y

[s]ólo mediante el federalismo se logró obtener una fórmula de paz entre las diversas regiones. Pero no asumieron formas permanentemente territoriales, pues la complejidad

⁴⁸³ *Ibid.*, pp.39-40.

⁴⁸⁴ Zorraquín Becú, Ricardo. *El federalismo argentino*. Buenos Aires, La Facultad, 1953, pp. 123-124.

de intereses y sentimiento impidió la agrupación definitiva de regiones adversas [...] Por eso las ciudades –unidades políticas indestructibles– conservaron por encima de las luchas regionales su situación de relativa independencia, y adoptaron la bandera del autonomismo formando cada una un estado federal.⁴⁸⁵

Al centrarse en el carácter transaccional del pacto entre élites -económicas y/o políticas-, tanto locales como regionales, estos importantes estudios seminales sobre el federalismo argentino se han detenido en el aspecto presentista del diseño constitucional. En cambio, no han profundizado en las implicancias del federalismo en el conjunto del plan constitucional, que como habremos de ver en los próximos capítulos, apunta a una radical reforma o transformación socioeconómica. Conocedores, en muchos casos, de los últimos actores de la organización nacional, y sin perjuicio de la multiplicidad de valoraciones que le asignaran, tampoco habrían de cuestionarse la nacionalidad argentina como presupuesto de análisis. De esto último habremos de ocuparnos en el próximo apartado.

El “anacronismo argentino” y los federalismos rioplatenses.

A un nivel teórico general, la referencia a la nación o nacionalidad “argentina” se extiende como presupuesto inexamined de la temprana historiografía constitucional sobre el federalismo vernáculo. Preocupado por el predominio de anacronismos en las narrativas históricas tradicionales, el problema de los “orígenes de la nación” ha ocupado un lugar principal en los trabajos de Juan Carlos Chiaramonte, cuyas elaboraciones han girado en torno a dos tópicos centrales. En primer lugar, el señalamiento del anacronismo que supone la colocación de la nación o la nacionalidad “argentina” como fuerza motriz del proceso de unificación política que se consumaría en el Estado nacional argentino: a este respecto, el autor sostiene que la apelación a una identidad “argentina” no aparecería sino hasta la década de 1830, y se consolidaría a mediados del siglo XIX. Por otro lado, el destaque del proceso de “soberanización” emprendido desde la década de 1820 por las antiguas ciudades coloniales cabeceras del territorio, dando lugar a provincias-estados soberanas -el tratamiento diplomático que asumen entre sí, y muy especialmente los términos en que se celebran los pactos del período 1829-1831, darían cuenta de

⁴⁸⁵ *Ibid.*, pp. 126-127.

ello-, que sólo habrían de unificarse bajo la forma de un Estado federal con posterioridad a la década de 1850⁴⁸⁶. Como corolario lógico de estas premisas, Chiaramonte ha denunciado, en un reciente artículo abocado a desentrañar el “sentido del federalismo” de Alberdi, el carácter anacrónico de su recurso al “principio de la nacionalidad” como factor explicativo de la organización constitucional argentina⁴⁸⁷.

Como ya ha sido señalado, las conclusiones de Chiaramonte presuponen -además de una equiparación entre la identidad y el gentilicio, y una acaso exagerada identificación entre las fuentes jurídico-estatales y la totalidad del complejo contexto social, cultural y simbólico en que se inscriben- una comprensión algo unilateral de la relación entre la “palabra” y la “cosa”, en el que las identidades se aparecen como significados transparentes, en lugar del resultado de procesos de identificación que se inscriben en un entramado contextual complejo y dinámico, en el cual se movilizan diversos estratos de significación⁴⁸⁸. Considerado desde el ángulo de sus presupuestos teórico-conceptuales, este intento de rectificar los anacronismos que dominaran la historiografía sobre la nacionalidad resulta paradójicamente anacrónico – en tanto supone “que el modelo de nación identitaria que se da hacia fines del siglo XIX es el único que permitió la identificación con la idea de nación⁴⁸⁹”, o tautológico -en cuanto advertir la ausencia del “principio de nacionalidad” genealógico-romántico consiste en apuntar, en definitiva, la inexistencia de lo que (aún) no es⁴⁹⁰-.

⁴⁸⁶ Acerca del concepto de soberanía en el contexto pos-independentista, ver los aportes de Chiaramonte, Juan Carlos: *Ciudades, provincias, estados*, *op. cit.*; Chiaramonte, José Carlos. “Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia”, *op. cit.*, especialmente 115-118; Chiaramonte, José Carlos. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004 y Chiaramonte, José Carlos. “Provincias, caudillo, nación y la historiografía constitucionalista argentina, 1853-1930”, *Op. cit.*, especialmente pp. 99-168.

⁴⁸⁷ Chiaramonte, José Carlos. “Alberdi y el sentido de su federalismo”. *Polhis. Dossier “Alberdi y sus mundos. Conceptos y saberes en la formación de la Argentina moderna, 1830-1860”*. Año 9, N° 17, 2017, pp. 3-21.

⁴⁸⁸ Myers, Jorge. “Una cuestión de identidades. La búsqueda de los orígenes de la Nación Argentina y sus aporías”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. N° 3, 1999, pp. 275-284.

⁴⁸⁹ González Bernaldo, Pilar. “La identidad nacional en el Río de la Plata, *op. cit.*, aquí p. 111.

⁴⁹⁰ La primera regla de las *Instituciones elementales sobre el derecho natural y de gentes* de Antonio Sáenz, utilizado como bibliografía en la Universidad de Buenos Aires en la década de 1820, afirma que “[l]a Sociedad llamada así por antonomasia se suele también denominar Nación y Estado. Ella es una reunión de hombres que se han sometido voluntariamente a la dirección de alguna suprema autoridad, que se llama también soberana, para vivir en paz, y procurarse su propio bien y seguridad. No es propio de este lugar detenerse a buscar el primer origen de las sociedades como lo hacen algunos autores. Esto pertenece a la historia.” Sáenz, Antonio. *Instituciones elementales sobre el derecho natural y de gentes [curso dictado en la Universidad de Buenos Aires en los años 1822-23]*. Buenos Aires, Instituto de Historia del Derecho Argentino-Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1939. Según Chiaramonte, “al emplear la típica sinonimia de época entre los conceptos de nación y de estado -y aún más incluye en ella al de sociedad-”, el manual de Sáenz “nos muestra la total ausencia de toda noción de ‘nacionalidad’ como fundamento de las naciones” Chiaramonte, José Carlos. “Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de

A nuestros fines, es preciso insistir en que para las generaciones románticas, tanto aquéllos que tempranamente adhirieran a la *Joven Argentina* como quienes serían posteriormente decisivos en la forja de la nueva narrativa genealógica de la nacionalidad argentina, el exilio de la década 1840 cristaliza la identidad argentina, galvanizándola definitivamente por sobre otras formas de identificación⁴⁹¹.

Hemos consignado también que para Chiaramonte resulta impropio caracterizar como “federal” al orden político de la Confederación Argentina existente entre 1831 y 1852. Según este autor, en la teoría y en la práctica política rioplatense había predominado desde 1830 una antítesis, no entre unitarismo y federalismo, sino entre unitarismo y “confederacionismo”, neologismo que el autor adopta explícitamente para diferenciar teóricamente esta opción del sistema federal forjado en la revolución estadounidense. Así, “[e]l llamado federalismo, limitado de hecho a un confederacionismo -pero sin llegar siquiera al grado de vinculación que tuvieron los artículos de confederación norteamericanos-, no pudo afirmarse en lo que podríamos llamar con un criterio actual su momento nacional y quedó vigente en su momento autonomista.”⁴⁹² En base a esta constatación, el autor destacó recientemente resaltar la importancia de la cultura jurídica de la Hispanoamérica colonial en la que se formaron los letrados de la revolución, y que se distingue especialmente de la Norteamérica inglesa por la ausencia de una esfera pública pluralista en la que tuvieran lugar los debates constitucionales, y en la que los estudios de derecho natural y canónico tendrían un papel principal en la formación universitaria. Enfatizando en las implicancias teóricas de la polaridad entre unitarismo y confederacionismo, más recientemente Chiaramonte ha afirmado que

independencia”, *op. cit.* Padín, Juan Francisco. “Los albores del derecho internacional en la Universidad de Buenos Aires la enseñanza de la materia según Antonio Sáenz”. *Academia: revista sobre enseñanza del derecho de Buenos Aires*, Año 14, N.º 27, 2016, pp. 79-99. Creemos en cambio que este pasaje puede ser más elementalmente considerado como representativo del concepto de nación de la época; lo que muestra, en rigor, es la ausencia de un concepto “genealógico” de nación, ausencia del todo razonable considerando su más tardía aparición histórica. Palti, Elías José. *La nación como problema: los historiadores y la “cuestión nacional”*. Buenos Aires, FCE, 2003. Un análisis en esta línea puede encontrarse en: Zeitler, Elías. “Un problema de sofismas. Los orígenes de la Nación Argentina y sus antinomias.” *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, Vol. 2, N.º 2, 2015, pp. 120-144.

⁴⁹¹ Wasserman, Fabio. “La Generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*. Tercera serie, N.º 15, 1º semestre de 1997, pp. 7-34; Wasserman, Fabio. *Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837*. Cuadernos Del Instituto Ravignani N.º 11, 1998.

⁴⁹² Chiaramonte, José Carlos. “El Federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”, *op. cit.*, aquí p. 125. Palti, Elías José. *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Eudeba, 2009.

[l]a atribución del federalismo al ejemplo norteamericano desconocía que en Hispanoamérica las tendencias habitualmente denominadas federales eran mayoritariamente confederales y surgían de los intereses de entidades políticas – ciudades, provincias- que se consideraban soberanías independientes. Interesadas en lograr alguna forma de unión con sus vecinas sin comprometer esa independencia soberana, esas ciudades y/o provincias recurrieron a la solución confederal, tema obligado de los tratados políticos de los siglos XVII y XVIII, a la que también habían recurrido los colonos angloamericanos. Desde la Liga Aquea hasta la confederación de los cantones suizos, los ejemplos históricos abundaban y eran reiteradamente evocados. De manera que las entidades soberanas hispanoamericanas que habían adoptado inicialmente por la solución confederal no tenían sólo el reciente ejemplo norteamericano, puesto que las confederaciones fueron desde antiguo un tópico de los tratados políticos -aunque criticadas como proclives a la anarquía, por los riesgos de la lucha entre sus Estados componentes, o por hacerlos víctimas del dominio del más poderoso.⁴⁹³

Entre la revolución y la década de 1830, sin embargo, los usos del federalismo revelan una pluralidad de posiciones irreductibles al dualismo unidad/confederación. Hemos visto ya que, en vísperas de la revolución, la celebración de la gran república del norte es habitual⁴⁹⁴, y que muy pronto su ejemplo constitucional ingresa en el repertorio intelectual del proyecto artiguista⁴⁹⁵. Un nuevo estrato de sentido vendría a sumarse a la tradición federal argentina, cuando a mediados de la década revolucionaria el director Pueyrredón ordenara, por bando, el “extrañamiento perpetuo” de Dorrego, que recala en Baltimore, Maryland, donde habrían de unírsele los subsiguientes desterrados políticos del Directorio, también acusados de complicidad con el anarquista Artigas, y de donde retornarían a Buenos Aires a comienzos de la década de 1820. Hemos tenido oportunidad de advertir que los Estados Unidos que alcanzaron a conocer no eran ya los de la pugna entre federalistas y antifederalistas, o entre los partidarios de los sistemas confederal y federal, sino de la pugna entre dos concepciones surgidas en el seno del gabinete de Washington: la perspectiva de

⁴⁹³ Chiaramonte, José Carlos. *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*. Buenos Aires, Sudamericana, 2016, pp.28-29.

⁴⁹⁴ Di Meglio, Gabriel. “Un brindis por «el gran Washington» ...”, *op. cit.*, p. 67, 66.

⁴⁹⁵ Chiaramonte también lo reconoce: Chiaramonte, José Carlos. “La cuestión de la soberanía en la génesis y constitución del Estado argentino.” *Historia Constitucional*, N°2, 2001, pp. 107-133.

los federales doctrinarios bonaerenses, o populares, es particularmente afín al republicanismo jeffersoniano. Como señala Di Meglio,

su proyecto no era ni una confederación al estilo de la de 1781-1787, carente prácticamente de autoridad central, ni la propuesta de los federalistas de la década de 1790, que impulsaba una autoridad general muy fuerte. Propugnaban más bien por una organización federal semejante a la que habían observado durante su estadía, conducida por el partido demócrata-republicano que había llevado a la presidencia a Jefferson, a Madison y a Monroe sosteniendo la necesidad de limitar el poder central para preservar la libertad de los individuos, y la autonomía y la igualdad de los Estados de la Unión.⁴⁹⁶

La influencia del lenguaje demócrata-republicano en este círculo no se restringe a los discursos de Moreno, tal como hemos tenido oportunidad de advertir en los debates de mediados de la década de 1820 en torno al Banco Nacional y la ley de ciudadanía. El influjo de este lenguaje se hace también patente, por caso, en el tratamiento que Manuel Moreno dedicó a los posibles efectos políticos de la reorganización económica de la provincia en *La Abeja Argentina*⁴⁹⁷. En su “Vista político-económica de Buenos Aires”⁴⁹⁸, advertía la conformidad de la vida político-económica de la provincia con la preferencia republicana por la vida agraria frente a las tendencias corruptoras del comercio, las manufacturas y las finanzas, cuyo predominio era una amenaza latente para la república. No se trata de un recurso aislado: en los textos dedicados a la cuestión del crédito público⁴⁹⁹ las advertencias paradigmáticamente republicanas en torno a las posibilidades de un predominio incontestado del gobierno por medio de la distribución de rentas y honores, y la

⁴⁹⁶ Di Meglio, Gabriel. *Manuel Dorrego. Vida y muerte de un líder popular*. Buenos Aires, Editorial Edhasa, 2014, p 120. El autor agrega que “[e]l eje era evitar el despotismo de una autoridad concentrada que pudiera parecerse a la monarquía británica contra la que se había hecho la revolución –a pesar de todo, tanto Madison como Monroe fueron acusados durante sus presidencias de fortalecer el Estado central. En los Estados Unidos que conocieron los ahora federales porteños imperaba la «doble soberanía»: el gobierno federal y los Estados eran soberanos e iguales en sus esferas respectivas, aunque el primero tenía la supremacía en las cuestiones que le correspondían y los segundos carecían de facultades para oponerse o anular una ley nacional.” Habremos de ver más adelante que esta referencia a una “doble soberanía”, aunque plásticamente apropiada, resulta inexacta en relación a la historia del constitucionalismo estadounidense.

⁴⁹⁷ *La Abeja Argentina* es una publicación surgida de la “Sociedad Literaria”, grupo surgido a comienzos de 1822, bajo la inspiración de Julián Agüero y compuesto por unos veinticinco miembros entre los que se destacan el Deán Gregorio Funes, Antonio Sáenz y Manuel Moreno. Apareció por primera vez el 15 de abril de 1822, constituyendo la primera revista científico-literaria del Río de la Plata.

⁴⁹⁸ *La Abeja Argentina*, N° 1, pp. 5-11, 15 de abril de 1822; N° 2, pp. 41-49; y N° 3, 15 de junio de 1822, pp. 81-98.

⁴⁹⁹ “De la amortización y sistema del crédito público trasuntado del ensayo político de Mr. Ganilh sobre la renta pública”, y “Concluye el artículo de Mr. Ganilh, sobre el crédito público que empezó en el número 1”. *La abeja argentina*, N° 1 y 2, 15 de abril y 15 de mayo de 1822. Los artículos aluden al *Essai politique sur le revenu public des peuples de l'antiquité, des peuples de l'antiquité, du moyen age, des siècles modernes, et spécialement de la France et de l'Angleterre* de Charles Ganilh.

consecuente posibilidad de la subordinación de todo el cuerpo político a los dictados del “interés amonedado” –traducción literal del inglés “*coined interest*”–, prevenciones típicamente ligadas al discurso republicano, eran sin embargo desmentidas apelando a la historia política y financiera de Inglaterra. La clave explicativa del éxito inglés es remontada por Moreno a la autoridad de Montesquieu, quien había encontrado a la república (gobierno de las leyes) bajo la constitución inglesa, para inferir que la razón del éxito del crédito público inglés es la constitución templada del reino: el permanente imperio de la ley y el establecimiento de un gobierno subordinado a aquélla eran la garantía de prosperidad del crédito público.

La prensa unitaria tendió a identificar tempranamente en el artiguismo la divisa bajo la que se ocultaba el caudillismo, la anarquía y el despotismo -situaciones que, por definición, carecen de fundamento jurídico-, imputándole una falta de doctrina y sistema que haría extensiva al vasto movimiento federal rioplatense. Esta imputación sería una de las líneas maestras de la interpretación que, atravesando la década de 1820 -en la que “los ataques unitarios contra el federalismo eligieron identificar al proyecto de Dorrego, Moreno y los otros con el sistema artiguista de la década de 1810, muy desprestigiado en ese momento incluso entre los dirigentes orientales, e identificado con la «anarquía»”-, calarían hondamente en la “historiografía liberal” que comienza a conformarse a mediados del siglo XIX, y de la que Sarmiento y Mitre son figuras capitales⁵⁰⁰. Ya en 1854, y en el marco de los debates sobre la organización constitucional del Estado de Buenos Aires, un Mitre doctrinariamente impropio, pero decididamente incardinado en la antinomia civilización-barbarie, sostuvo que

la única República federal que puede hacer autoridad en esta materia, puesto que todas las demás que así se llaman son confederaciones, son pueblos federados, no repúblicas federativas; la única, repito, son los Estados Unidos de América. (...) Mis opiniones son federalistas; federalistas como Washington, como Moreno, como Franklin; federal de principios; no federal como Rozas, como Urquiza, ni como Artigas, ni como Quiroga; no federal de cuchillo y degüello y de saqueo, como los héroes de la mazorca. Digo que

⁵⁰⁰ Ayrolo, Valentina. “El federalismo argentino interrogado (Primera mitad del siglo XIX)”, en *LOCUS* 36, v. 19, núm. 1, Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal de Juiz de Fora - Minas Gerais, Brasil, agosto, 2013, pp. 61-84.

soy federalista, porque considero que el sistema federal es el más perfecto y el más adecuado a las necesidades y a las tradiciones de nuestra patria.⁵⁰¹

El concepto de federalismo, como todo concepto político fundamental, posee un carácter controversial y polisémico que se conecta tempranamente a la larga tradición contenciosa del *exemplum* estadounidense en el ámbito rioplatense⁵⁰²; tradición que consiste, en buena medida, en la historia de los equívocos de esta apelación. Este carácter plurívoco y polémico del federalismo nos exige clarificar las propuestas institucionales que, respecto a este asunto, asumen nuestros protagonistas. A ello habremos de abocarnos en el próximo apartado.

IV.2. El federalismo centralizante

*Las relaciones entre los cantones suizos apenas constituyen una confederación, aunque a menudo se los cite como ejemplo de la estabilidad de esas instituciones. No tienen erario común; ni tropas comunes aun en tiempo de guerra; ni moneda común; ni judicatura común, ni ningún otro signo común de la soberanía.*⁵⁰³

La cuestión federal tiene la extensión de un presupuesto incuestionado en los prolegómenos de la organización constitucional iniciada en 1852. Informando al gobernador delegado de Entre Ríos la victoria sobre Rosas, el general Urquiza escribía el 1º de febrero de 1852 que “una parte de las fuerzas del Ejército Grande han tenido ayer un espléndido triunfo sobre los esclavos del salvaje

⁵⁰¹ Lamarque, Adolfo (comp.) *Arengas de Bartolomé Mitre, colección de discursos políticos, literarios y económicos, proclamas, alegatos in voce, oraciones fúnebres y alocuciones parlamentarias pronunciados desde 1849 hasta 1874*, Tomo I. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1875, pp. 41, 76-77.

⁵⁰² Seco Villalba, José Armando. *Fuentes de la Constitución argentina*. Editorial De Palma, 1943; Colautti, Carlos E. “La Constitución de Estados Unidos y los primeros documentos constitucionales argentino”. *Lecciones y Ensayos*. N° 48, 1987, pp. 85-97; Vanossi, Jorge Reinaldo. “La influencia de la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica en la Constitución de la República Argentina.” *Revista Latino-Americana de Estudos Constitucionais*, Vol. 3, pp. 247-285; Zimmermann, Eduardo. “Translations of the «American Model» in nineteenth century Argentina: Constitutional culture as a global legal entanglement”. *Entanglements in Legal History: Conceptual Approaches*, Vol. 1, 2014, pp. 385-425.

⁵⁰³ Hamilton, Alexander, Jay, John, and Madison, James. *El federalista*. México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p.77.

unitario Juan Manuel Rosas”⁵⁰⁴. El Acuerdo de Palermo, surgido de este triunfo, reconocería al tratado de 1831 como su principal antecedente al caracterizar la situación de derecho público rioplatense: con ello, y al menos nominalmente, la decisión por la organización federal de la República estaba tomada.

La apelación al tratado de 1831, y la consiguiente adopción del sistema federal, constituye asimismo el más evidente punto de partida de las obras publicadas por Alberdi y Fraguero de cara al momento constituyente. Las “*Bases y puntos de partida...*” para la organización política argentina propuestas por Alberdi afirman derivarse, tanto de la “ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud” -aspecto que abordaremos específicamente en el próximo capítulo-, como del “tratado litoral del 4 de enero de 1831”. Fraguero, por su parte, afirma que “las más graves cuestiones que esperan solucionar el próximo congreso están consignadas en atribución cuarta del tratado de 1831”; incluso más, toda la exposición de sus *Cuestiones Argentinas* se ordena en torno a los objetos allí reseñados: arreglo de la administración general del país bajo el sistema federal; su comercio interior y exterior; su navegación; y el cobro y distribución de las rentas generales⁵⁰⁵. En esta toma de posición por la forma federal, huelga señalarlo, nuestros protagonistas no pretendían originalidad alguna: todos los proyectos constitucionales que los publicistas hacen circular en la época se proclaman abiertamente federales.

En su superficie, la constitución de 1853 muestra una indudable influencia del texto constitucional estadounidense de 1787, pero la adopción del sistema federal, Alberdi lo advierte ya en sus *Bases...*, no debe ni puede suponer una inmeditada importación del texto constitucional estadounidense. La cuestión, según Alberdi, radica en determinar el “grado de centralización” conveniente a la circunstancia argentina, y eso “[l]o dirán sus antecedentes históricos y las condiciones normales de su modo de ser físico y social”⁵⁰⁶.

En *Bases*, la argumentación de Alberdi había tendido tanto a enfatizar los antecedentes unitarios como el ejercicio personalísimo de la autoridad política que la tradición colonial hispánica había impuesto, que habían sido redoblados y consolidados por el disciplinamiento social rosista,

⁵⁰⁴ Citado en Carta de Rosas a Echagüe, citado en Beverina, Juan. “Rosas y Lavalle y la expedición del «segundo ejército libertador» ...”, *op. cit.*, aquí p. 121.

⁵⁰⁵ “[S]ea que el congreso dicte la constitución para el estado o que sólo se ocupe previamente de algunos actos constitutivos, no puede omitir la consideración de los diversos puntos que abrazar la atribución citada; porque esos son por su naturaleza esenciales al arreglo que se procura.” Fraguero, Mariano. *Cuestiones argentinas y organización del crédito*, *op. cit.*, p. 117.

⁵⁰⁶ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, *op. cit.*, p.131.

poniendo límites históricos de hecho a las posibilidades de una exitosa implantación del modelo estadounidense. La singularidad del dispositivo jurídico-político orientado a las repúblicas hispanoamericanas, nacidas bajo la particularidad histórica de la era de la revolución democrática, encuentra para Alberdi su principal referencia institucional en la Constitución chilena. Ya en 1852 el tucumano sostenía que la real disyuntiva de la organización es la omnipotencia de la espada o la anarquía:

Dos sistemas se han ensayado en la extremidad meridional de la América antes española, para salir de esa posición. Buenos Aires colocó la omnipotencia del poder en las manos de un solo hombre, erigiéndole en hombre-ley en hombre-código. Chile empleó una constitución en vez de la voluntad discrecional de un hombre; y por esa constitución dio al poder ejecutivo los medios de hacerla respetar con la eficacia de que es capaz la dictadura misma. (...) La revolución que arrebató la soberanía a los reyes para darla a los pueblos, no ha podido conseguir después que éstos la deleguen en gobiernos patrios tan respetados como los gobiernos regios; y la América del Sud se ha visto colocada entre la anarquía y la omnipotencia de la espada por muchos años. El fin de la revolución estará salvado con establecer el origen democrático y representativo del poder, y su carácter constitucional y responsable. En cuanto a su energía y vigor, el poder ejecutivo debe tener todas las facultades que hacen necesarios los antecedentes y las condiciones del país y la grandeza del fin para que es instituido. De otro modo, habrá gobierno en el nombre, pero no en la realidad; y no existiendo gobierno, no podrá existir la constitución, es decir, no podrá haber ni orden, ni libertad, ni Confederación Argentina.⁵⁰⁷

Una interpretación de la respuesta a este desafío centrada en el contexto de 1852-1854 se enriquece al calibrar esta cuestión con mayor precisión. Consumada la rebelión bonaerense, Alberdi publica dos obras que subrayarán una y otra vez las diferencias entre el texto constitucional de la Confederación Argentina y la Constitución estadounidense de 1787, enfatizando la originalidad de la obra constitucional argentina: se trata de sus *Estudios sobre la constitución argentina de 1853*⁵⁰⁸ —cuyo subtítulo prometía restablecer “su mente alterada por comentarios

⁵⁰⁷ *Ibid.*, pp., 170-171.

⁵⁰⁸ Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la constitución argentina de 1853*, op cit.

hostiles”, una réplica a los *Comentarios a la constitución de la Confederación Argentina*⁵⁰⁹ de Sarmiento que se propone señalar “los antecedentes nacionales que han sido bases de su formación y deben serlo de su jurisprudencia”-, y *Elementos del derecho público provincial para la República Argentina*⁵¹⁰. Con acierto, Palti señala que entre las *Bases...* y *Elementos...* se produce una transformación sustancial al nivel de la argumentación alberdiana⁵¹¹: si en el primero las prevenciones políticas de Alberdi tenían en vistas evitar que la movilización popular de rasgos facciosos tuviera proyecciones en el ámbito institucional –para lo cual se instrumentan mecanismos como las elecciones indirectas, las senadurías provinciales uninominales, la ausencia de vicepresidente, etc.-, luego de la secesión de la Provincia de Buenos Aires la argumentación alberdiana apunta hacia el faccionalismo de las mismas élites urbanas. Según este advierte,

[d]espués de las ciudades de Arauco, arruinadas hace siglos, los indígenas, los salvajes no han destruido ninguna ciudad importante, no han derrocado gobierno alguno legalmente constituido e instalado. (...) Luego no son los *salvajes* los enemigos militantes de la civilización de Sud-América. Tampoco se hallan estos en las campañas, cuyos habitantes producen con sus brazos esas materias primeras, que Sud-América vende a la Europa en cambio de su civilización traída en sus productos, comercio y poblaciones.

Para Alberdi, “[l]os enemigos de estos países no están en sus desiertos sino en el seno de sus ciudades pobladas de facciosos”: los verdaderos enemigos de la organización nacional no son los salvajes, sino sus “*cruzados contra el caudillaje*”.⁵¹² En esta coyuntura, Alberdi subraya con nuevo énfasis las singularidades de la constitución de 1853 frente al modelo estadounidense. Sostiene ahora que “[t]odo es diferente en las dos constituciones argentina y norteamericana, respecto a la organización del gobierno, por más que la forma federal que les es común las asemeje al ojo del observador inatento y superficial.”⁵¹³ En abierta réplica metodológica a Sarmiento⁵¹⁴, Alberdi asevera que

⁵⁰⁹ Sarmiento, Domingo F. *Comentarios a la constitución*, op. cit.

⁵¹⁰ Alberdi, Juan Bautista. *Elementos del derecho público*, op. cit.

⁵¹¹ Palti, Elías, José. “Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el Liberalismo argentino del siglo XIX”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. Vol.5, N°2, 1994, pp.95-124.

⁵¹² Alberdi, Juan Bautista. *Sistema Económico y rentístico*, op. cit., pp. 437-438 (subrayado del autor).

⁵¹³ Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la Constitución Argentina*, op. cit., p.13.

⁵¹⁴ Alberdi ataca los fundamentos metodológicos del trabajo de Sarmiento. Según el tucumano, “[l]as fuentes naturales de comento son: 1. ° la historia del país: 2. ° sus antecedentes políticos: 3, ° los motivos y discusiones del

[e]l federalismo no ha sido extraño a nuestra revolución desde 1810; y no debió su inspiración a la República de Norteamérica exclusivamente. La Holanda y la Suiza nos asistían con su ejemplo. Rousseau, Necker, Dumont, trajeron a la revolución francesa el liberalismo de la Confederación Helvética. Moreno y Paso, repetidores argentinos de la revolución de Francia, se inspiraban de Rousseau, lo traducían, lo enseñaban y eran federales como él.⁵¹⁵

Si la historización alberdiana del federalismo vernáculo ensayada en las *Bases* imputaba al círculo de Dorrego un severo desconocimiento de la historia constitucional estadounidense que lo había conducido a patrocinar los Artículos de la Confederación y Unión Perpetua entre los Estados norteamericanos de 1778, Alberdi sostiene ahora, por el contrario, que “Dorrego, Gómez y otros publicistas argentinos traían de Estados Unidos el anhelo de aplicar literalmente a la República Argentina el gobierno federal de Norte América.”⁵¹⁶ En las obras alberdianas del bienio 1853-1854 es posible advertir, también, un nuevo destaque de los efectos que la cultura jurídica, política y administrativa francesa tendría en la política constitucional desde la era rivadaviana.

legislador: 4.º los trabajos preparatorios de los publicistas: 5.º las doctrinas aplicadas de la ciencia pública: 6.º la legislación comparada o la autoridad de los textos extranjeros y sus comentadores. (...) La historia política de la colonia hispano-argentina, y no la historia de las colonias inglesas de Norte-América; la historia de la revolución del Plata y no la historia de la revolución de Norte América; nuestras constituciones ensayadas en los 40 años precedentes, y no los ensayos predecesores de la Constitución de la Unión Americana; los partidos, las luchas, los intereses, las doctrinas de los pueblos argentinos, y no las luchas de los intereses opuestos de los pueblos de Norte-América tan distintos de los nuestros; la capacidad de los habitantes, la disposición del suelo, las clases de industria, el estado de cultura, la extensión de la población de los pueblos argentinos, y no de otra nación diversísima en todos esos ramos: es la verdadera fuente de comento y de explicación de la Constitución actual argentina, como ha sido de su elaboración para el Congreso.—Por más que se niegue (y en el interés del comentario) el Congreso argentino se ha dado cuenta de esos antecedentes; los ha estudiado y valorizado con los publicistas del país y ha hecho un trabajo que no es un plagio literal de la Constitución de un país sin analogía con el nuestro, como pretenden los que nada han hecho por esa obra, y mucho por estorbarla y evitarla. (...) Los propósitos del Congreso Constituyente argentino; los pactos preexistentes que lo han hecho existir y que invoca él en la Constitución; el proyecto, las discusiones, los informes, todo lo que el Congreso ha tenido en sus manos y a la vista para elaborar su obra, esos son los documentos explicativos, los que sirven de natural comento de la Constitución Argentina. Después de eso, los trabajos de los publicistas argentinos, que han tenido influjo en los trabajos del Congreso, por haber sido expresión de la opinión general del país, de que la Constitución debía ser reproducción. Esos trabajos existen y son una parte del comentario de la Constitución que los cuenta entre sus antecedentes. El señor Sarmiento los conoce mejor que nadie, conoce el influjo que han ejercido; los ha recomendado antes de ahora; los ha señalado como programa obligado de todo Congreso patriota, y solo ahora en sus *Comentarios* los silencia, (por no decir los ataca) a pesar de haberse respetado por el Congreso de Santa Fe.” Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la constitución argentina de 1853*, op. cit., pp. 16-17.

⁵¹⁵ *Ibid.*, p.8.

⁵¹⁶ *Ibid.*, pp.8-9.

Las singularidades del texto: pluralidad de soberanías, primacía nacional, presidencialismo monárquico.

En su artículo 1º, el proyecto alberdiano establece que la “República Argentina” se constituye en “un Estado federativo, dividido en provincias, que conservan la *soberanía* no delegada expresamente por esta Constitución al Gobierno Central”⁵¹⁷. La atribución de “soberanía” a los estados miembros de la federación, una de las consignas que agrupaba a los sectores opositores al partido federal estadounidense⁵¹⁸, no tiene homólogo en el sistema estadounidense de 1787: la argumentación de *Publius* a este respecto, apoyada en una prudente consideración de la historia de las confederaciones antiguas y modernas, había sido determinante⁵¹⁹. La redacción definitiva del texto constitucional argentino, en que la técnica jurídica de Gorostiaga jugaría un papel principal⁵²⁰, estableció que “las provincias conservan el *poder* no delegado al gobierno nacional”. Resuena ahí, parcialmente, la X enmienda de la constitución de los Estados Unidos, que fijó que los “poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos por ella a los Estados, serán reservados a los Estados, o al Pueblo respectivamente”⁵²¹.

La “soberanía” provincial es invocada nuevamente por Alberdi, al definir, en el Artículo 52 de su proyecto que “[e]l Senado representa las Provincias en su *soberanía* respectiva.” La institución senatorial no existe en los “Artículos de la Confederación y Unión Perpetua”, y corresponde, en cambio, al texto constitucional de 1787. El cotejo del Senado pergeñado por Alberdi con su homólogo estadounidense hace notar diferencias de magnitud, que relativizan en extremo su componente “soberano”. En especial la “cláusula de designación” estadounidense, que exige la

⁵¹⁷ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., p.261.

⁵¹⁸ Storing, Herbert J. *What the Anti-Federalists were for*, op. cit.

⁵¹⁹ “La experiencia es el oráculo de la verdad; y cuando sus respuestas son inequívocas, deberían ser concluyentes y sagradas. La importante verdad que pronuncia inequívocamente en este caso es que una soberanía colocada sobre otros soberanos, un gobierno sobre otros gobiernos, una legislación para comunidades —por oposición a los individuos que la componen—, si en teoría resulta incongruente, en la práctica subvierte el orden y los fines de la sociedad civil, sustituyendo la violencia a la ley, o la coacción destructora de la espada a la suave y saludable coerción de la magistratura.” Hamilton, Alexander, Jay, John, and Madison, James. *El federalista*, op. cit., p.81.

⁵²⁰ Sobre el papel de Gorostiaga, ver: Vanossi, Jorge Reinaldo. *La influencia de José Benjamín Gorostiaga en la Constitución argentina y en su jurisprudencia*. Buenos Aires, Ediciones Pannedille, 1970.

⁵²¹ The powers not delegated to the United States by the Constitution, nor prohibited by it to the States, are reserved to the States respectively, or to the people (traducción nuestra). Disponible en: <https://www.archives.gov/founding-docs/bill-of-rights-transcript>.

confirmación senatorial para la designación de los oficiales principales de la alta administración nacional⁵²² (Secretarios, Jefes superiores de la administración y Comisionados que componen las juntas directivas de las agencias independientes del gobierno federal), provee al Senado estadounidense una efectiva y superior *influencia* en la conformación del gobierno federal: Hamilton mismo había opinado que, al estar el Senado a la par de la Presidencia en materias de tratados y de designaciones, la Constitución federal hacía a los Senadores, hasta cierto punto, consejeros constitucionales del Presidente⁵²³. En su proyecto, Alberdi incluso reduce a uno el número de senadores por provincia; como en el texto estadounidense, los senadores por Provincia contemplados en el texto constitucional de 1853 serían dos.

Un año después de sancionada la Constitución, Alberdi volvería a insistir en estos términos, planteando ahora una convergencia. Según él, “la República Argentina ha formado un solo pueblo, un grande y solo Estado consolidado, una colonia unitaria, por más de doscientos años, bajo el nombre de Virreinato de la Plata”:

durante la revolución en que se apeló al pueblo de las Provincias, para la creación de una soberanía independiente y americana, los *antecedentes del centralismo monárquico y pasado ejercieron un influjo invencible en la política moderna, como lo ejercen hoy mismo*, impidiéndonos pensar que la República Argentina sea otra cosa que un solo Estado, aunque Federativo y compuesto de muchas provincias, dotadas de soberanía y libertades relativas y subordinadas.⁵²⁴

La concurrencia entre una soberanía independiente de la República Argentina, y una pluralidad de soberanías y libertades relativas y subordinadas, lejana a la tradición estadounidense, no es el producto de un equívoco ni atribuible a la premura de la redacción: se trata de un uso habitual del concepto de soberanía en el espacio rioplatense, que en las décadas previas se había

⁵²² Artículo II, Sección 2, Cláusula 2 de la Constitución estadounidense de 1787: “[el Presidente] tendrá facultad, con el consejo y consentimiento del Senado, para celebrar tratados, con tal de que den su anuencia dos tercios de los senadores presentes, y propondrá y, con el consejo y sentimiento del Senado, nombrará a los embajadores, los demás ministros públicos y los cónsules, los magistrados del Tribunal Supremo y a todos los demás funcionarios de los Estados Unidos a cuya designación no provea este documento en otra forma y que hayan sido establecidos por ley. Pero el Congreso podrá atribuir el nombramiento de los funcionarios inferiores que considere convenientes, por medio de una ley, al Presidente solo, a los tribunales judiciales o a los jefes de los departamentos.”

⁵²³ Syrett, Harold C. (ed.) *The Papers of Alexander Hamilton*, Vol. 5. New York, Columbia University Press, 1962, p. 335.

⁵²⁴ Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la Constitución Argentina*, op. cit., p. 7. Ver también Souto, Nora. “La idea de unidad en tiempos del Congreso de 1816-1819”, op. cit.

desligado del concepto de nación sin que ello implicara negar, la existencia y referencia a la nacionalidad. Se trata, en fin, de un programa que el joven Alberdi, invocando a “San Simón”, había formulado en 1837 en estos términos:

La edad de oro de la República Argentina no ha pasado, está adelante: está en la perfección del orden social. Nuestros padres no la han visto; nuestros hijos la alcanzarán un día; a nosotros nos toca abrir la ruta. Alborea en el fondo de la Confederación Argentina, esto es, en la idea de una soberanía nacional que reúna las soberanías provinciales, sin absorberlas: en la unidad panteísta, que ha sido rechazada por las ideas y las bayonetas argentinas.⁵²⁵

Primacía Nacional

La “soberanía provincial” pergeñada por Alberdi tiene, como contrapartida, una intensificación del poder y autoridad nacional. El ángulo privilegiado para captar la esencia de la decisión constituyente de 1853 en relación a esta primacía nacional radica en la dislocación entre los sujetos de enunciación y de imputación de la decisión constitucional. En sus *Bases...* Alberdi había identificado a los autores del texto como los “representantes *de los pueblos* de la Confederación argentina”; el Congreso General Constituyente, en cambio, adopta la fundamentalmente más unitaria fórmula de los “representantes *del pueblo* de la Confederación Argentina”). La cuestión eminentemente política, excepcional ⁵²⁶, de la determinación de la titularidad del poder constituyente se superpone al desafío, no de la inexistencia de la nacionalidad, sino del horizonte de la guerra civil, concepto-límite del Derecho Público europeo⁵²⁷, que signa el espacio de

⁵²⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, op. cit., p.18.

⁵²⁶ Para Schmitt, la definición de la titularidad y representación del poder constituyente en el constitucionalismo posrevolucionario encierra las mismas aporías que la teoría de la soberanía en la estatalidad clásica, de la que, en cuanto teorización sobre competencia jurídica originaria y suprema del Estado, es legataria estructural: la determinación de los “grupos humanos” habilitados para reclamar tal capacidad jurídica, la definición de los sujetos de la representación y su carácter (si individual o en representación de colectivos), sus mecanismos de selección e institución, son hechos eminentemente políticos, decisiones soberanas que se imponen sobre la situación excepcional. (ver: Schmitt, Carl, *Teoría de la Constitución*, op.cit., cap. 8 “El poder constituyente”; Schmitt, Carl, *La dictadura*, op. cit., cap. 4 “El concepto de dictadura soberana”).

⁵²⁷ En la visión schmittiana, la oposición material a la guerra civil es el sustrato sobre el cual se recorta la estatalidad clásica del *Jus Publicum Europaeum*, y sus tajantes definiciones de adentro/afuera, neutral/beligerante,

experiencia del momento constituyente de 1853. La enunciación de la tesis constitucional de acuerdo a la cual “la Nación Argentina adopta para su gobierno...” no puede perder de vista el carácter integrante de la Nación que la Provincia de Buenos Aires tiene para los constituyentes.

Estas coordenadas de excepcionalidad permiten ponderar adecuadamente el “constituir la unión nacional” proclamado como objeto del Congreso General Constituyente en el preámbulo del texto constitucional de 1853. Se trata de la formulación técnico-jurídica de una eminente decisión política⁵²⁸: dar un texto constitucional a la nación argentina, incluida la provincia de Buenos Aires -e incluso a pesar de Buenos Aires. Fragueiro había apoyado esta tesis, al sostener en 1852 que frente a los planes de organización constitucional “[n]o hay disidentes; y si aparecieren, serán compelidos a someterse al interés general. La familia argentina ha reivindicado sus derechos y el derecho es su título para constituirse.” Según Fragueiro, había que “cumplir con el Pacto Federal” declarando a las provincias independientes y libres para regirse por sus propias instituciones. Sin embargo, “este derecho, que les acuerda la forma de gobierno adoptada por los pueblos, no debe en ningún caso ser perjudicial al arreglo general”; a tales efectos, según el cordobés,

convendría limitar sus facultades en el punto en que puedan contrariar o embarazar el cumplimiento de las leyes generales. No faltarán casos en que esta restricción sea saludable, sin que por otra parte pueda perjudicar a la independencia de cada provincia.

civil/militar, amigo/enemigo. En palabras de Schmitt, la guerra civil es “guerra entre hermanos, porque se desarrolla dentro de una misma unidad política que comprende también al adversario y dentro el mismo ordenamiento jurídico, y porque ambos combatientes, al mismo tiempo, afirman y niegan esta unidad común. Ambos ponen al adversario absoluta e incondicionalmente en la ilegitimidad. Suprimen el derecho del adversario, pero en nombre de Derecho. La naturaleza de la guerra civil implica la sumisión bajo la jurisdicción del enemigo. Por eso, la guerra civil tiene una relación estrecha, específicamente dialéctica, con el Derecho.” (Schmitt, Carl. *Ex Captivitate Salus. Experiencias de la época 1945-1947*. Madrid, Trotta, 2010, p. 55) Como advierte David Armitage, el mismo concepto romano de *bellum civile* se diferencia de la *stasis* griega -asociada a la disensión, la discordia y el faccionalismo al interior del mundo helénico- precisamente porque su carácter estrictamente jurídico surge en referencia a la participación en una misma comunidad política: “llamar «civil» a una guerra es reconocer la familiaridad de los enemigos como miembros de la misma comunidad: no se trata de extranjeros, sino de conciudadanos.” (Armitage, David. *Civil Wars: A History in Ideas*. New York, Alfred A. Knopf, 2017, p. 12, 43 (traducción propia).

⁵²⁸ La cuestión fue advertida tempranamente por Rivarola, al señalar que “[s]i se observara que esta es menos expresiva de la unidad del Estado que la fórmula de Alberdi, deberá también observarse que el Preámbulo de la Constitución declara una fuente de autoridad más unitaria (fuera o no verdadera en el momento) que la del Proyecto de Alberdi. «Nos los Representantes de las Provincias de la Confederación Argentina», decía el último, conformándose más al origen del nombramiento de los diputados. Pero estos últimos no quisieron llamarse Representantes de las Provincias, y comenzaron: «Nos, los Representantes del Pueblo de la Confederación Argentina, etc.». En cuanto a la unidad nacional, el Preámbulo de Alberdi la daba por supuesta: el de la Constitución la declaró como objeto de la misma: constituir la unión nacional»” Rivarola, Rodolfo. *Del régimen federal al unitario*, op. cit., pp.117-118.

Si el Congreso, por ejemplo, dictare una ley que prohíba la esclavitud en toda la Confederación, no podría ninguna provincia darse o conservar una ley en contrario. Lo mismo decimos respecto a la libertad de cultos, libertad de imprenta, moneda nacional, admisión de nuevas órdenes monásticas, y otros casos. Así la declaración de la independencia de las provincias no puede facultarlas para darse ni conservar leyes que impidan o contraríen el cumplimiento de las leyes generales que el Congreso diere.⁵²⁹

Se trata, en definitiva, de una tesis fuerte en torno a la primacía nacional, que habrá de expresarse en varios aspectos del diseño constitucional, y que recibirá un desarrollo sistemático en las obras de Alberdi.

El artículo 7º del proyecto constitucional alberdiano reza que “[l]a Confederación garantiza la estabilidad de las Constituciones provinciales, con tal que no sean contrarias a la Constitución general, para lo cual serán revisadas por el Congreso antes de su sanción.” Según Alberdi, el “método de organización conveniente supone que la Constitución general de la República debe preceder a las Constituciones provinciales”. Apartándose del patrón histórico estadounidense, el tucumano afirma que

[p]rocediendo sintéticamente, la organización del país debe empezar por la sanción de la Constitución general, y descender de los principios y bases consagrados por ella a la organización provincial, que debe modelarse sobre la general y no viceversa. En los Estados Unidos se siguió el método contrario, porque los Estados tenían ya constituciones parciales desde mucho tiempo.⁵³⁰

El tucumano, es dable señalar, no ignora la existencia de constituciones provinciales, a las que poco tiempo después analizará en su *Derecho público provincial argentino*; la fundamentación de la posición de Alberdi no pretende ser histórica sino teórica, y se funda en la autoridad de Siéyes: “[e]ste método de organización que indico”, sostiene Alberdi, “es el de todo país que rompe con la tradición y adopta el «derecho racional» por punto de partida. Tal es la posición de nuestro país después de 1810. Tal fue el sistema concebido por Siéyes, y aplicado a Francia por la Asamblea nacional el 22 de diciembre de 1789.”⁵³¹ En el capítulo XVII de sus *Estudios...*, Alberdi agregaría que los constituyentes

⁵²⁹ Fragueiro, Mariano. “Organización del Crédito”, *op. cit.*, p.121-122.

⁵³⁰ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, *op. cit.*, p.262

⁵³¹ *Ibid.*, p. 262. (subrayado nuestro)

[c]omprendieron bien el *punto de partida*, de que habla Tocqueville y tuvieron muy presente lo que nuestra política jamás debe olvidar, a saber: que la Federación Argentina se compone de provincias, que por tres siglos formaron un Estado unitario y central, mientras que la Federación de Norte-América, es una Unión de creación artificial y reciente, formada de Estados, que durante siglos vivieron independientes y separados unos de otros.⁵³²

La primacía nacional se expresa de modo cabal en la singular estructuración normativa que Alberdi da a la garantía federal, bajo la forma de un amplio derecho de intervención que, a diferencia del caso estadounidense, “asimila completamente los casos de requisición y de no requisición, para legitimar la intervención del gobierno nacional en las asonadas de provincia, y no hace diferencia entre la requisición del gobernador y la de la legislatura.”⁵³³

Tal intensificación del poder nacional frente a los estados miembros de la federación tiene como reverso un necesario debilitamiento del poder provincial y sus competencias originarias; en esta relativización del sistema federal estadounidense Alberdi apela, además de a los efectos de tres siglos de unidad colonial, al imperio local de la tradición administrativa francesa impuesta desde la década de 1820, y a lo que considera el exitoso ejemplo de la solución ensayada por Chile en Sudamérica con la Ley de Régimen Interior chilena de 1844, impulsada por el general Bulnes⁵³⁴. En el plano legislativo, la primacía nacional se complementa con el monopolio de la codificación de fondo por parte de la instancia federal; incluso más, las legislaturas provinciales de la Confederación son unicamerales —“a la francesa, y no de dos, a la inglesa”⁵³⁵, dice Alberdi, pero

⁵³² Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la Constitución Argentina de 1853*, op. cit., p.45.

⁵³³ *Ibid.*, pp. 57-58.

⁵³⁴ “Nuestro régimen administrativo en hacienda, impuestos, rentas, etc., es casi hoy la obra de Europa. ¿Y qué son nuestras constituciones políticas si- no adopción de sistemas europeos de gobierno? ¿Qué es nuestra gran revolución, en cuanto a ideas, sino una faz de la Revolución de Francia? Entrad en nuestras universidades, y dadme ciencia que no sea europea; en nuestras bibliotecas, y dadme un libro útil que no sea extranjero.” Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., pp.82-83.

Alberdi afirmaba ya en 1837 que “[n]uestras simpatías con la Francia no son sin causa. Nosotros hemos tenido dos existencias en el mundo: una colonial, otra republicana. La primera nos la dio España; la segunda, la Francia. El día que dejamos de ser colonos, acabó nuestro parentesco con la España; desde la República, somos hijos de la Francia. Cambiamos la autoridad española por la autoridad francesa el día que cambiamos la esclavitud por la libertad. A la España le debemos cadenas, a la Francia libertades. Para los que están en los íntimos orígenes históricos de nuestra regeneración, nuestras instituciones democráticas no son sino una parte de la historia de las ideas francesas. El pensamiento francés envuelve y penetra toda nuestra vida republicana. De este modo, ¿cómo no hemos de preferir las nobles y grandes analogías de la inteligencia francesa!” Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, op. cit., p.37.

⁵³⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la Constitución Argentina de 1853*, op. cit., p. 51.

también a la rioplatense, ya que las Salas de Representantes provinciales habían tendido a la misma estructuración-.

La preponderancia del ejecutivo es la columna vertebral que articula verticalmente la organización institucional delineada por los constituyentes. Desde su estrato territorial fundamental, Alberdi advierte que la organización municipal al estilo estadounidense es inviable en un país que, desde las reformas rivadavianas, abandonó la tradición autonómica capitular del autogobierno local en favor de la “policía militar” al estilo francés -la cual, comprendida en su sentido epocal, implicaba una pluralidad de funciones administrativas y de inspección además de orden público.⁵³⁶-. Esta sustracción de competencias municipales -incluidas las tributarias- en favor del poder ejecutivo provincial, sin embargo, se ve acompañada de una doble subordinación del ejecutivo provincial a la autoridad nacional: por un lado, ella se verifica en la subordinación funcional de los gobernadores como agentes naturales del gobierno federal; por otro, en su responsabilización política ante el congreso federal. Respecto a este último, se trata de un instituto ajeno al derecho federal estadounidense, que Zavalia defendió en el Congreso Constituyente como una “facultad neutra”, “una de aquellas centralizaciones del poder, que son necesarias para constituirlo robusto y vigoroso, capaz de asegurar la felicidad y la Soberanía misma de los Estados Confederados”⁵³⁷. Acerca del primero, Fraguero había sostenido en sus *Cuestiones Argentinas* que el Poder Ejecutivo Nacional debía ser autorizado “para crear, organizar y conservar una guardia nacional en toda la Confederación”, designando a los gobernadores provinciales “jefes natos de su respectiva fuerza, reputados como encargados o en comisión del Poder Ejecutivo; del mismo modo que en la ejecución de otras leyes generales dependen también del jefe del Estado sin

⁵³⁶ Según Alberdi, una vez suprimido el Cabildo en Buenos Aires fue “entregada la justicia ordinaria, que ellos ejercían, a jueces letrados de 1º instancia, y a jueces de paz; toda la policía a un jefe y 14 comisarios, con atribuciones designadas por el gobierno, y elegibles por él todos los subrogantes del Cabildo antes elegido por el pueblo.” Esta ley inspirada por Rivadavia “hizo desaparecer la libertad municipal, para reemplazarla con la policía militar, cuyo modelo trajo de Francia, donde los Borbones lo tenían del despotismo de Napoleón I. La policía de tipo francés, el polo opuesto de la policía popular de Norteamérica, y de la nuestra anterior a 1820, dio la vuelta al derredor de todos los pueblos argentinos, que uno por uno hicieron entrega de la administración local en nombre de la libertad, a gobernadores que la ejercieron de ordinario en su provecho exclusivo.” Alberdi, Juan Bautista. *Elementos del derecho público provincial para la República Argentina*, pp. 61-62. Cfr. Galeano, Rodrigo. “En nombre de la seguridad: Lecturas sobre policía y formación estatal” y Barreneche, Osvaldo y Galeano, Rodrigo. “Notas sobre las reformas policiales en la Argentina, siglos XIX y XX”. *Cuadernos de Seguridad*, N°8, Ministerio de Seguridad de la Nación-República Argentina, 2008, pp. 73-112, especialmente pp. 73-84.

⁵³⁷ Ravignani, Emilio. *Asambleas constituyentes argentinas*, op. cit., p. 521-522.

menoscabo del régimen interior”⁵³⁸; el proyecto alberdiano, por su parte, había designado a los gobernadores de provincia y a los funcionarios que dependen de ellos como “agentes naturales del Gobierno general, para hacer cumplir la Constitución y las leyes generales de la Confederación”⁵³⁹. A propuesta de Salustiano Zapata los constituyentes simplemente eliminaron la referencia a los funcionarios dependientes por considerarla redundante, plasmando esta manda legal en el artículo 107 de la constitución de 1853. De este modo, los ejecutivos provinciales se tornan en actores legalmente subordinados a la política nacional.

La figura del Presidente

En la instancia nacional, el amplio predominio de la ejecutividad se manifiesta cabalmente en la concentración de poder y autoridad que recae en la figura presidencial. Las importantes diferencias entre esta magistratura en el proyecto constitucional alberdiano y el modelo estadounidense salen a la luz en un elemental cotejo de los textos. La esfera de las competencias originarias del presidente argentino es mucho más vasta que la de su homólogo estadounidense. Como hemos visto más arriba, el presidente de la Confederación remueve por sí a ministros y secretarios de Estado, ministros, agentes y cónsules diplomáticos, sin intervención alguna del Congreso federal; el Poder Ejecutivo alberdiano, incluso, puede recibir del Congreso “facultades especiales” para “expedir reglamentos con fuerza de ley” (art. 67º, inc. 7).

En “La democracia en Sudamérica”, de 1848, Alberdi había afirmado que “toda democracia es capaz de constituirse, aún la más bárbara”. Sin embargo, “las Constituciones ensayadas en la América del Sud han fallado porque han sido inadecuadas a su condición normal o natural. No han sido obra del estudio: han sido copias”, “sin reparar que [el delito de plagio] tiene su castigo en la

⁵³⁸ Fragueiro, Mariano. *Cuestiones argentinas...*, op. cit., p. 123.

⁵³⁹ En el *Sistema...* Alberdi argumentaría en favor de la economía de este recurso, con el que “disminuye considerablemente el gasto del Gobierno general en lo interior, por más que en su compensación deje el uso de una parte de las rentas nacionales en la provincia en que se causen, para ayudar a pagar el doble servicio de sus funcionarios. Por muchos que sean los inconvenientes de ese arbitrio suministrado por la necesidad, no había en verdad otro más adecuado para empezar a sacar el país del aislamiento y dispersión de sus gobiernos provinciales. El tiempo solamente dará los medios de cambiar ese sistema por otro que asegure el vigor del poder central, siendo de notar que él existió bajo el antiguo sistema colonial español, sin que la anidad administrativa interior padeciese de resultas.” Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico*, op. cit., p. 250.

historia como en el derecho penal”. Frente a esto, Alberdi teme que los pueblos sudamericanos, “después de haber sido víctimas del seductor ejemplo constitucional de los Estados Unidos, están expuestos a correr como juguetes tras el deslumbrador ejemplo de la nueva *República Francesa*”⁵⁴⁰, que en 1848 había adoptado la institución presidencial con elección popular directa sin demasiado debate⁵⁴¹. Por la misma época Alberdi afirma sobre la constitución chilena, única digna de imitación, que

ha sabido resolver la cuestión del poder, tal como conviene al mantenimiento del orden en estos países emancipados de su antiguo gobierno por una revolución profunda y completa. Si creéis que los poderes fuertes sean una realidad de orden y paz, sabed que esos mismos poderes fuertes pueden ser consagrados por una constitución que, dándoles las facultades necesarias, les tracen límites para el ejercicio de ellas.⁵⁴²

En sus *Bases*... Alberdi sostiene que “en la constitución del poder ejecutivo, tanto nacional como provincial”, “nuestra Constitución hispano-argentina debe separarse del ejemplo de la Constitución federal de los Estados Unidos”. En este aspecto decisivo del diseño institucional, que le impondrá uno de sus rasgos históricos más perdurables, la propuesta alberdiana recupera algunos aspectos cardinales del diseño constitucional chileno de 1833, que para el jurista se ha mostrado como la única solución racional para conciliar la tradición monárquica legada por la colonia y la forma republicana impuesta por la revolución. Chile “[h]a encontrado en la energía del poder del presidente, las garantías públicas que la Monarquía ofrece al orden y la paz, sin pAr a la naturaleza del gobierno republicano”. La constitución chilena, para Alberdi, “ha hecho ver que entre la falta absoluta de gobierno y el gobierno dictatorial hay un gobierno regular posible: y es el de un *presidente constitucional que pueda asumir las facultades de un rey en el instante que la anarquía le desobedece como presidente republicano.*”⁵⁴³ En la arquitectura alberdiana, que pretende ajustarse a la realidad histórica de las repúblicas hispanoamericanas, el “estado de sitio” descubre la potencia monárquica del estado bajo el velo de la institución presidencial republicana.

⁵⁴⁰ Alberdi, Juan Bautista. “De la democracia en Sudamérica” (04/07/1848) *El comercio de Valparaíso*, en Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, pp. 294-296.

⁵⁴¹ Rosanvallon Pierre. *El buen gobierno*. Buenos Aires, Manantial, 2015, pp.107-114.

⁵⁴² Alberdi, Juan Bautista. “Compromisos y deberes en que el gobierno absolutista de Buenos Aires se halla de seguir el movimiento político de Europa de este momento” (03/07/1848). *El comercio de Valparaíso*, en Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, pp. 293-294.

⁵⁴³ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit, p.170.

El estado de sitio y el fundamento de la decisión.

La idea de que la salvaguarda del orden público requiere medidas excepcionales en ocasiones extremas es tan antigua como la reflexión jurídica occidental: se remonta a la institución romana de la dictadura, y habría de tener una larga descendencia en la tradición republicana moderna y en la teoría del Estado clásica, hasta desembocar en la tendencia a la despersonalización jurídica de la soberanía que con la revolución francesa parece imponerse, y su intento de normalización jurídica moderna bajo la figura de “estado de sitio”⁵⁴⁴.

En este aspecto decisivo desde lo político, la institucionalidad delineada por Alberdi se distingue radicalmente de la estadounidense -que se limita a la suspensión, por medio de una declaración del Congreso, del *habeas corpus* a casos de rebelión o invasión⁵⁴⁵- dado que el proyecto constitucional alberdiano se destaca por el amplio radio de discrecionalidad decisional que confía y otorga al presidente⁵⁴⁶.

⁵⁴⁴ Schmitt, Carl. *La dictadura*, op. cit., especialmente cap. 6 “La dictadura en el ordenamiento del estado de derecho existente (el estado de sitio)”, pp.221-263; Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*, op. cit., especialmente capítulo 5 “Fundación (II): *Novus ordo saeculorum*”, pp.246-295. Entre la literatura contemporánea: McCormick, John. “The Dilemmas of Dictatorship: Carl Schmitt and Constitutional Emergency Powers”. *The Canadian Journal of Law and Jurisprudence*, Vol. 10, N° 1, 1997, pp. 163-187; Arato, Andrew. “Dictatorship before and after totalitarianism”. *Social Research: An International Quarterly*, Vol. 69, N° 2, 2002, pp. 473-503; Ferejohn, John, y Pasquale Pasquino. “The law of the exception: A typology of emergency powers.” *International Journal of Constitutional Law*, Vol. 2, N° 2, 2004, pp. 210-239.

⁵⁴⁵ La segunda parte del Art. 2º, sección IX, de la constitución de los Estados Unidos fija que “[e]l privilegio del *habeas corpus* no se suspenderá, salvo cuando la seguridad pública lo exija en los casos de rebelión o invasión.” La constitución estadounidense no concede explícitamente al presidente poderes de emergencia, aunque la doctrina de su ejecución se deriva de la teoría de los “poderes implícitos”. Alberdi desarrolla su pensamiento una década antes de la suspensión del *habeas corpus* dispuesta unilateralmente por Lincoln en 1861 en el marco de la guerra civil estadounidense, que inauguraría una nueva era en su política constitucional. Ver: Issacharoff, S., & Pildes, R. H. “Emergency contexts without emergency powers: The United States’ constitutional approach to rights during wartime”. *International Journal of Constitutional Law*, Vol. 2, N° 2, 2004, pp. 296-333.

⁵⁴⁶ Entre la literatura sobre el tema, remitimos a: Dotti, Jorge. “La cuadratura del círculo: la Constitución argentina como testimonio e imposible normativización de lo político. *Empresas políticas*, N°10, 2008, p.281-296. Negretto, Gabriel L., Aguilar Rivera, Jose Antonio. “Liberalism and Emergency Powers...”, op. cit.; Aguilar Rivera, José Antonio. *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. México D.F., Centro de Investigación y Docencia Económicas-Fondo de Cultura Económica, 2000; Gargarella, Roberto. “Discutiendo el constitucionalismo hispanoamericano. Algunos comentarios sobre: *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*, de José Antonio Aguilar Rivera”. *Política y gobierno*, Vol. 9, N° 2, 2002, pp. 445-467; Aguilar Rivera, José Antonio. “El experimento constitucional bajo la lupa: respuesta a mis críticos”. *Política y gobierno*, Vol. 9, N° 2, 2002, 469-485.

Como ya hemos visto, las “facultades extraordinarias” no eran en absoluto ajenas a la tradición constitucional rioplatense⁵⁴⁷. La Suma del Poder Público había sido legalmente concedida a Rosas, convirtiendo a su gobierno positivamente en una dictadura comisarial -que Alberdi a fines de la década de 1840, imaginaria soberana-. La constitución de 1826 también contemplaba por la negativa al estado de sitio, en términos de una suspensión de las garantías individuales que sólo podía ser dispuesta por el Congreso “en el caso de inminente peligro, de que se comprometa la tranquilidad pública o la seguridad de la patria”⁵⁴⁸. El proyecto de constitución de Gorostiaga, del año 1852, concluye aludiendo al “estado de sitio”, aunque sin desarrollar el instituto⁵⁴⁹. Desde el ángulo de la cultura jurídico-política francesa, el presidencialismo fuerte también estaba a la orden del día desde la revolución de 1848⁵⁵⁰. La Constitución republicana de noviembre de 1848, en efecto, determinaba que una ley debería fijar las ocasiones, las formas y los efectos del el *état de siege*; la misma Asamblea Constituyente lo había decretado en junio de 1848 para reprimir los alzamientos opositores, y su vigencia se había extendido hasta octubre del mismo año⁵⁵¹. Pero la República Francesa no es el ejemplo que Alberdi declara seguir en este asunto: en sus palabras, el ejemplo invocado -aunque no literalmente adoptado- es la constitución chilena de 1833 en sus artículos 82° inciso 20, y 161° de la Constitución de Chile, que para él constituyen respectivamente “el medio más poderoso de pacificación y estabilidad que contenga este país”, y “una de las que forman su fisonomía distintiva y su sello especial, a que debe este país su larga tranquilidad.”⁵⁵²

⁵⁴⁷ Chiaramonte, Juan Carlos. “Las facultades extraordinarias en la historia rioplatense”, en *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico. Op. cit.*, pp. 221-231.

⁵⁴⁸ “Las anteriores disposiciones, relativas a la seguridad individual, no podrán suspenderse, sino en el caso de inminente peligro, de que se comprometa la tranquilidad pública o la seguridad de la patria a juicio y por disposición especial del Congreso.” AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina*, op. cit., p. 405.

⁵⁴⁹ Gorostiaga, José Benjamín. *Proyecto de Constitución de José Benjamín Gorostiaga de 1852*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016, disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcpk2c8>.

⁵⁵⁰ Zimmermann, Eduardo. “Liberalismo y conservadurismo en el pensamiento político de Juan B. Alberdi”. En Quattrocch-Woisson, Diane, *Alberdi et l'indépendance argentine. La force de la pensée et de l'écriture*. Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2011.

⁵⁵¹ El general Cavaignac, comisario de ejecución al que se le había transmitido la suma del poder ejecutivo, sería luego presidente del Consejo de Ministros. Ver: Schmitt, Carl. *La dictadura*, op. cit., pp. 249-256; Agamben, Giorgio. *Estado de excepción, Homo sacer, II, I*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2005, p. 40.

⁵⁵² Artículo 82° inc. 2: “Son atribuciones especiales del Presidente: (...) Declarar en estado de sitio uno o varios puntos de la República en caso de ataque exterior, con acuerdo del Consejo de Estado, y por un determinado tiempo; En caso de conmoción interior, la declaración de hallarse uno o varios puntos en estado de sitio, corresponde al Congreso; pero si éste no se hallare reunido, puede el Presidente hacerla con acuerdo del Consejo de Estado, por un determinado tiempo. Si a la reunión del Congreso no hubiese expirado el término señalado, la declaración que ha hecho el Presidente de la República, se tendrá por una proposición de ley”. Artículo 161°:

La solución propuesta por Alberdi consistía en una adopción casi literal del texto chileno, que supone la declaración de la suspensión “del imperio de la Constitución” en el territorio determinado, y su declaración por acuerdo del Presidente y el Senado, que se complementa con la facultación al ejecutivo para adoptarlo de *motu proprio* en caso de receso senatorial⁵⁵³. El Congreso Constituyente incorpora a la constitución el instituto del “estado de sitio” estipulado por Alberdi, pero morigeró la “suspensión del imperio de la Constitución” en favor de una “suspensión de las garantías individuales”; adopta también parcialmente el mecanismo de declaración estipulado por Alberdi, pero extrema el radio de acción presidencial al facultarlo a adoptar unilateralmente tales medidas aun estando en sesiones el Congreso, que deberá ratificar o desechar la declaración⁵⁵⁴.

Carl Schmitt afirmó que, normativamente considerada, la decisión nace de la nada⁵⁵⁵. Se trata de una afirmación rigurosamente cierta en las condiciones epistémicas generales, pero no

“Declarado algún punto de la República en estado de sitio, se suspende el imperio de la Constitución en el territorio comprendido en la declaración; pero durante esta suspensión, y en el caso en que usase el Presidente de la República de facultades extraordinarias especiales, concedidas por el Congreso, no podrá la autoridad pública condenar por sí ni aplicar penas. Las medidas que tomare en estos casos contra las personas, no pueden exceder de un arresto o traslación a cualquier punto de la República.” *Constituciones Políticas de la República de Chile 1810-2015*, pp.241-242. Disponible en <https://www.interior.gob.cl/media/2014/04/Constituciones1810-2015.pdf>.

⁵⁵³ Artículo 28° del proyecto de Alberdi: “Declarado en estado de sitio un lugar de la Confederación, queda suspenso el imperio de la Constitución dentro de su recinto. La autoridad en tales casos ni juzga, ni condena, ni aplica castigos por sí misma, y la suspensión de la seguridad personal no le da más poder que el de arrestar o trasladar las personas a otro punto dentro de la Confederación, cuando ellas no prefieran salir fuera”). Se complementa con su fijación entre las atribuciones del Presidente en el art. 85° inc. 22: “Declara en estado de sitio uno o varios puntos de la Confederación en caso de ataque exterior, por un término limitado y con acuerdo del Senado de las Provincias. En caso de conmoción interior, sólo tiene esa facultad cuando el Congreso está en receso, porque es atribución que corresponde a este cuerpo. El Presidente la ejerce con las limitaciones previstas por él art. 28 de la Constitución.” Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., pp.267-268.

⁵⁵⁴ Artículo 23° del texto constitucional de 1853: “En caso de conmoción interior o de ataque exterior que pongan en peligro el ejercicio de esta Constitución y de las autoridades creadas por ella, se declarará en estado de sitio la provincia o territorio en donde exista la perturbación del orden, quedando suspensas allí las garantías constitucionales. Pero durante esta suspensión no podrá el Presidente de la República condenar por sí ni aplicar penas. Su poder se limitará en tal caso respecto de las personas, a arrestarlas o trasladarlas de un punto a otro de la Confederación, si ellas no prefiriesen salir fuera del territorio argentino.” Se complementa con el artículo 83° incisos 19 y 20: “[El Presidente de la Confederación] Declara en estado de sitio uno o varios puntos de la Confederación, en caso de ataque exterior, y por un término limitado, con acuerdo del Senado. En caso de conmoción interior sólo tiene esta facultad cuando el Congreso está en receso, porque es atribución que corresponde a este cuerpo. El Presidente la ejerce con las limitaciones prescriptas en el Artículo 23. Aun estando en sesiones el Congreso, en casos urgentes en que peligre la tranquilidad pública, el Presidente podrá por sí solo usar sobre las personas, de la facultad limitada en el Artículo 23; dando cuenta a este cuerpo en el término de diez días desde que comenzó a ejercerla. Pero si el Congreso no hace declaración de sitio, las personas arrestadas o trasladadas de uno a otro punto, serán restituidas al pleno goce de su libertad, a no ser que habiendo sido sujetas a juicio, debiesen continuar en arresto por disposición del juez o tribunal que conociere de la causa.” AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina*, op. cit., pp.546-547.

⁵⁵⁵ Schmitt, Carl. *Teología Política*, op.cit.

necesariamente apropiada en relación a nuestro objeto: en ella se presupone la identificación de la norma -y de toda norma- con la conceptualización abstractiva operada por el positivismo jurídico del siglo XX. Desde el ángulo de la primera mitad del siglo XIX es sin embargo difícil sostener que la decisión normalizadora, presupuesto de la legalidad positiva, esté más allá de toda y cualquier normatividad⁵⁵⁶. La apelación de Alberdi al instituto “conservador” de la constitución chilena no puede confundirse con una posición políticamente “conservadora”: interpretado el diseño constitucional en su integralidad, el contenido vinculante de la decisión normalizadora alberdiana apunta a la formación y consolidación de un orden político, en la que el estado de sitio es resorte de última *ratio* de un orden constitucional que tiene por objeto la concreta transformación de la sociedad existente. El mismo Alberdi previno sobre los peligros de imitar completamente el texto chileno, “sensatísimo en cuanto a la conformación del poder ejecutivo, pero incompleto y atrasado en cuanto a medios económicos de progreso y a las grandes necesidades materiales de la América española.”⁵⁵⁷

El ordenamiento constitucional propuesto por Alberdi es un dispositivo jurídico-político finalista que, en franca oposición al fetichismo histórico posterior, se sabe y quiere transitorio⁵⁵⁸. El texto constitucional de Alberdi se propone reasegurar el cumplimiento de su programa político-constitucional a través del bloqueo a toda reforma por un plazo de diez años y la responsabilización de los altos magistrados de los dos poderes representativos del Estado en el cumplimiento de los altos fines constitucionales por él propuestos⁵⁵⁹. La constitución de la Confederación Argentina de

⁵⁵⁶ Por caso, para el franquista Sánchez Agesta esta tesis es la “desvirtuación del pensamiento de Donoso Cortés” y los contrarrevolucionarios, para quienes la decisión no surge de la nada, “sino de la Verdad; indeciso es quien discute, porque no posee la verdad. La Palabra, como verdad, se opone a las «opiniones» como afirmaciones problemáticas del escéptico; estas se discuten, aquélla se sirve «decidiendo».” Sánchez Agesta, Luis. “Las posiciones del pensamiento político y jurídico de Carlos Schmitt”. *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 1942, N° 172, pp. 457-471, aquí pp. 464-465, citado en: Rubio-Manzanares, Ignacio Tébar. *Derecho penal del enemigo en el primer franquismo*. Sant Vicent del Raspeig, Publicacions de la Universitat D’Alacant, 2017, p. 82.

⁵⁵⁷ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., p. 51.

⁵⁵⁸ *Ibid.*, p.45.

⁵⁵⁹ Respecto a la responsabilización de los poderes de Estado, la fórmula de juramento presidencial propuesta por Alberdi pretende obligar al titular del poder Ejecutivo al cumplimiento de los fines constitucionales (Art. 84°: “...fomentaré su progreso material estimulando la inmigración, emprendiendo vías de comunicación y protegiendo la libertad del comercio, de la industria y del trabajo...”); además, el Presidente debe rendir anualmente cuentas del estado de las reformas prometidas por la constitución entre sus “garantías públicas de orden y progreso”, así como proponerlas (Art. 85°, inc. 14: “[El Presidente l]e recuerda anualmente [al Congreso] en sus memorias el estado de las reformas prometidas por la Constitución en el capítulo de las garantías públicas de progreso, y tiene a su cargo especial el deber de proponerlas.”). El Congreso federal, por su parte, tiene entre sus atribuciones las

1853 -y en esto el pensamiento alberdiano es expresivo de su época- es un programa político futurocéntrico, y se afirma en una legalidad histórico-filosófica, supra-positiva. De estas dimensiones de su pensamiento habremos de ocuparnos en el último capítulo de esta tesis.

Las fuentes de la Constitución de 1853 como problema: el Congreso General Constituyente, Alberdi y Fraguero.

La cuestión de las “fuentes” de la Constitución de 1853 ha motivado una vasta literatura, que aquí nos proponemos abordar sucintamente en torno a dos grandes ejes. El primer vector de análisis remite a los actores político-intelectuales involucrados en la puesta en forma de la decisión constitucional de 1853; el segundo, remite a los repertorios intelectuales movilizados por nuestros

de establecer leyes protectoras los fines constitucionales, así como otorgar *privilegios* y recompensas a tales efectos (Art. 67°, inc. 3: “Proveer lo conducente a la prosperidad, defensa y seguridad del país, al adelanto y bienestar de todas las Provincias, estimulando el progreso de la instrucción y de la industria, de la inmigración, de la construcción de ferrocarriles y canales navegables, de la colonización de las tierras desiertas y habitadas por indígenas, de la plantificación de nuevas industrias, de la importación de capitales extranjeros, de la exploración de los ríos navegables, por leyes protectoras de esos fines y por concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulo.”). A su vez, en el proyecto de Constitución de Alberdi tanto el Ejecutivo como el Legislativo son acusables por incumplimiento de las promesas constitucionales. (Art. 86°: “El Presidente es responsable, y puede ser acusado en el año siguiente al período de su mando, por todos los actos de su gobierno en que haya infringido intencionalmente la Constitución, o comprometido el progreso del país, retardando el aumento de la población, omitiendo la construcción de vías, embarazando la libertad de comercio o exponiendo la tranquilidad del Estado. La ley regla el procedimiento de estos juicios”; Art. 29°: “El Presidente, los ministros y los miembros del Congreso pueden ser acusados por haber dejado sin ejecución las promesas de la Constitución en el término fijado por ella, por haber comprometido y frustrado el progreso de la República. Pueden serlo igualmente por los crímenes de traición, concusión, dilapidación y violación de la Constitución y de las leyes. Art. 30. Deben prestar caución juratoria, al tomar posesión de su puesto, de que cumplirán lealmente con la Constitución, ejecutando y haciendo cumplir sus disposiciones a la letra, y promoviendo la realización de sus fines relativos a la población, construcción de caminos y canales, educación del pueblo y demás reformas de progreso, contenidos en el preámbulo de la Constitución.”) Finalmente, Alberdi incluye entre las “garantías de orden y progreso” de su proyecto constitucional el bloqueo de toda reforma por un plazo de diez años, pasados los cuales la declaración podía ser hecha por dos terceras partes del Congreso o de las legislaturas provinciales. En línea con la intensificación de la competencia federal y la centralización política dispuesta por los convencionales de 1853, éstos restringieron la competencia de declaración de necesidad de reforma al Congreso federal. (“Art. 37°: La Constitución es susceptible de reformarse en todas sus partes; pero ninguna reforma se admitirá en el espacio de diez años”; Art. 39° del proyecto alberdiano: Es ineficaz la proposición de reforma que no es apoyada por dos terceras partes del Congreso, o por dos terceras partes de las legislaturas provinciales”; Artículo 30° del texto constitucional de 1853: “La Constitución puede reformarse en el todo o en cualquiera de sus partes, pasados diez años desde el día en que la juren los Pueblos. La necesidad de reforma debe ser declarada por el Congreso con el voto de dos terceras partes, al menos, de sus miembros; pero no se efectuará sino por una Convención convocada al efecto.”)

protagonistas en el proceso de gestación del texto constitucional. Respecto al primer punto, debemos señalar que los convencionales Benjamín Gorostiaga y Juan María Gutiérrez serían los principales responsables de la manufactura final del texto constitucional: protagonistas de la Comisión Redactora, el primero abordó la redacción del Preámbulo y de la parte orgánica del texto constitucional, mientras el segundo se abocó a la parte dogmática y a la elaboración del informe de la Comisión⁵⁶⁰. Aunque es habitual reconocer en la obra alberdiana su principal apoyatura, su absoluta preeminencia, que domina buena parte del tratamiento historiográfico ulterior, no se corresponde exactamente con la perspectiva de los actores del Congreso General Constituyente de 1853⁵⁶¹. Según hipotetiza Beatriz Bosch, esta centralidad alberdiana se remonta a la labor historiográfica de Mariano Pelliza, quien atribuye a Gutiérrez la declaración de que *Las Bases* de Alberdi fijaron la “corriente de ideas” del Congreso de Santa Fe⁵⁶². La autora, en cambio, sigue a Alberdi —quien había comunicado a Gutiérrez que “no he hecho sino tomar lo mejor de lo que andaba en la atmósfera de este tiempo y aplicarlo a la materia constitucional”— para afirmar que

la mayoría de las ideas fundamentales de *Bases* — libertad de comercio y de tránsito fluvial, poblamiento, inmigración, habían sido ya expuestas por Florencio Varela en las columnas de *Comercio del Plata* desde 1845; por José Mármol en *La Semana* (1851); por Sarmiento en *Facundo* (1845), en *Argirópolis* (1850), en los periódicos *La Crónica*

⁵⁶⁰ Haro, Ricardo. “Abogados destacados en el Congreso de 1853: Gorostiaga, Gutiérrez y Del Campillo”. Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. S/F, pp.1-17. Disponible en: <http://www.psi.unc.edu.ar/acadere/doctrina/articulos/artabogadosdestacados>. Bosch, Beatriz. “En torno a la influencia de Alberdi en la Constitución Nacional”. *Revista de Historia Americana y Argentina*, Año III, N° 5-6, pp. 115-124.

⁵⁶¹ Por caso, en la historia de vida de los constituyentes de 1853 redactada por Zuviría, Alberdi merece una mención secundaria, subordinada a la mediación de Gutiérrez (Zuviría, José María. *Los Constituyentes de 1853*, op. cit., p. 115). Como señala Beatriz Bosch, las referencias a Alberdi en las actas del Congreso de 1853 no son abundantes sino más bien escasas, y tampoco resultan elogiosas en todos los casos. Bosch, Beatriz. “En torno a la influencia de Alberdi...”, op. cit. Ver también: Segovia, Juan Fernando. “Las raíces constitucionales del Estado Argentino. Un estudio de las convenciones de 1853 y 1860”. *Iushistoria*, N° 5, 2008, pp. 56-147; y Dalla Vía, Alberto. “Los aportes de Mariano Fraguero, Pedro de Ángel y Juan Bautista Alberdi a la constitución de 1853”, op. cit.

⁵⁶² Según Pelliza, la lectura de las *Bases* “aquel manual práctico, erudito y filosófico, fijó la corriente de las ideas; todos estimaron factible entonces la organización nacional”. Este autor sostiene que “la sugestión feliz del diputado Gutiérrez hizo que sin pérdida de tiempo se solicitara del doctor Alberdi un proyecto de constitución amoldado a *Las Bases*. El doctor Alberdi no tardó en enviar una segunda edición de su libro seguida del proyecto que debía servir de guía a la comisión encargada de preparar los trabajos.” Pelliza, Mariano A. *Historia de la Organización Nacional*, op. cit., pp. 84-85. “Estudiar lo que las *Bases* tienen de nuestro derecho propio”, para Pelliza, “es estudiar la verdadera historia de la constitución federal; como asimismo, estudiar las reformas introducidas en 1860 y posteriormente, es averiguar cuanto se ha desviado nuestro código de su filiación jurídica argentina, para apropiarse preceptos anglo-americanos.” Pelliza, Mariano A. “Ensayo sobre la historia de la Constitución”, op. cit., pp. 265-266.

y *La Tribuna* y en la revista *Sud América* (1851). En seguida de Caseros, en Buenos Aires desarrollaron temas análogos Bartolomé Mitre en *Los Debates* y Dalmacio Vélez Sársfield en *El Nacional*.⁵⁶³

A esta nómina de publicistas influyentes en el diseño constitucional de 1853 debe sumarse, según Bosch, Mariano Fragueiro, “quien, en septiembre de 1852, da a conocer en Copiapó *Cuestiones Argentinas*, cuyas agudas páginas versan sobre los temas que debe considerar el congreso.”⁵⁶⁴ Otto Carlos Stoetzer, cuya interpretación está también signada por su referencia al contexto intelectual del texto constitucional de 1853, adopta un temperamento similar al afirmar que

[s]e ha dicho que los diputados constituyentes, a pesar de sus óptimas cualidades morales e intelectuales, habríanse limitado a reproducir el proyecto de Alberdi, mientras que otros, siguiendo a Sarmiento, han afirmado que la Constitución argentina de 1853 es simplemente una copia de la Constitución estadounidense. Los dos juicios no se ajustan a la verdad, pues no sólo era la erudición de los constituyentes vastísima, sino que consultaron todos los trabajos, tanto argentinos como extranjeros, que circulaban en aquella época.

En la interpretación de Stoetzer los constituyentes de 1853 estuvieron abiertos a una serie más vastas de influencias que las de la obra alberdiana, entre las que se cuentan Sarmiento con su *Argirópolis*, Mariano Fragueiro con sus *Cuestiones Argentinas*, y los periódicos *La Semana*, *El Nacional*, y *Los Debates*, en los que escribieron José Mármol, Dalmacio Vélez Sársfield, Valentín Alsina y Carlos Tejedor, y *El Constitucional*, que en 1852 comenzó la publicación de la constitución estadounidense⁵⁶⁵. Adoptando un temperamento similar en relación a la influencia de nuestros protagonistas, Alberto Dalla Vía sostuvo más recientemente que

[m]ás allá de la notable influencia de la obra de Alberdi entre los constituyentes de 1853, cabe señalar que no fue ésta la única influencia, ya que en materia económica influyeron también notablemente las obras “Cuestiones Argentinas” y “Organización del Crédito”, de Mariano Fragueiro. En esas obras, Fragueiro expresa un fuerte sentido nacional; se puede definir como proteccionista, estatista e industrialista e inspirado en el socialismo

⁵⁶³ Bosch, Beatriz. “En torno a la influencia de Alberdi...”, *op. cit.*, p. 116.

⁵⁶⁴ *Ibid.*, p. 119.

⁵⁶⁵ Stoetzer, Otto Carlos. “Raíces intelectuales de la Constitución argentina de 1853”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Vol. 22, N° 1, 1985, pp. 295-339, aquí pp. 331, 312-313.

utópico, especialmente de Saint-Simon y de Leroux, sin por ello dejar de ser demócrata en política.⁵⁶⁶

En definitiva, si en relación a las generalidades del texto constitucional la influencia alberdiana es ostensible, tal ascendiente no es absoluto ni excluyente. Hemos señalado ya que, mientras Alberdi declinó el Ministerio de Hacienda que le fuera ofrecido por Urquiza, fue el cordobés Mariano Fragueiro, quien efectivamente se desempeñó como Ministro de Hacienda del Gobierno Delegado posterior a Caseros, y ocupó la misma posición hasta septiembre de 1854, a lo largo del febril primer año de existencia constitucional de la Confederación Argentina: desde esa posición desplegaría una intensa actividad dirigida a llevar a la plasmación algunas de las ideas que desarrollara en las décadas previas.

La respuesta a la pregunta por el origen de las fuentes que habrían de animar a nuestros protagonistas en la temprana organización constitucional de la Confederación se dirime, hasta aquí, entre los influjos de origen norteamericano y francés. La vinculación de Alberdi con las fuentes de la tradición constitucional estadounidense hacia 1852 era predominantemente indirecta: Alberdi no domina el idioma inglés –sorprendido por su manejo por parte de Fragueiro en la década de 1830, unos veinte años después confiesa estar aprendiéndolo–, de modo que para la elaboración del proyecto de Constitución incorporado a la segunda edición de las *Bases* recurrirá a la equívoca traducción de la constitución federal estadounidense de 1787 realizada por García de la Sena⁵⁶⁷. Por otro lado, Alberdi no percibe el matiz jeffersoniano que prima en el discurso del círculo de Dorrego, al que acusa alternativamente de desconocer el sistema federal estadounidense y de intentar una translación directa. Finalmente, hacia 1854 es el mismo Alberdi quien afirma que su generación ha comprendido la doctrina federal estadounidense a partir de fuentes principalmente francesas⁵⁶⁸. Entre los autores evocados en los textos de este período -*Bases...*, *Sistema...*,

⁵⁶⁶ Dalla Via, Alberto. “Los aportes de Mariano Fragueiro, Pedro de Ángelis y Juan Bautista Alberdi a la Constitución de 1853”, *op. cit.*, p.9.

⁵⁶⁷ Aldao, Carlos A. *Errores de la constitución nacional: ensayos histórico-constitucionales*. Buenos Aires, Imprenta. de F. Gurfinkel, 1928, pp. 250 y ss.; Rosa, José María. *Nos, los representantes del pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*. Buenos Aires, Huemul, 1963, pp.345-353.

⁵⁶⁸ En sus palabras, “los hechos por sí solos” no le hubiesen dado al federalismo “la sanción sincera, que hoy tiene entre los hombres rectos, a no ser por los trabajos de Tocqueville, Chevalier y Aquiles Murat, que después de 1833 vinieron a ilustrar y decidir a la juventud del Río de la Plata, en el sentido de esa forma de gobierno, que los hechos, por otra parte hacían necesaria e inevitable. Por fin, en 1845, vino el comentario de Story, a completar la conversión que habían preparado ya los publicistas franceses, que vulgarizaron la doctrina federal después de 1833.” Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la Constitución Argentina de 1853*, *op. cit.*, pp. 8-9.

Estudios..., Derecho público provincial...-, se cuentan, además del *Federalista* -que leyó a través de su traducción francesa- y Joseph Story, los europeos Pellegrino Rossi, François Guizot, y Alexis de Tocqueville en política y derecho, y Jean Baptiste Say y Michel Chevalier en economía.

Las fuentes invocadas por Fragueiro son también predominantemente europeas, aunque su conocimiento del inglés le permitió una aproximación directa a algunas fuentes anglosajonas. En sus *Observaciones...*, aparecen mencionados Edward Everett, James Mill y Sismonde de Sismondi, mientras que en su *Organización del Crédito* son invocados John Law, Michel Chevalier -su *Curso de Economía Política* de 1844 será una referencia reiterada⁵⁶⁹-, y John Ramsay McCulloch. Con menor grado de evidencia se ha sugerido también la posible influencia del sansimonismo español⁵⁷⁰, del nacionalismo económico de Hamilton y List⁵⁷¹, y de la posible incidencia de la literatura neomercantilista española⁵⁷². Se trata de hipótesis que nuestra investigación sobre las fuentes no nos permite acreditar directamente, lo que no es óbice para sugerir la posibilidad de una influencia indirecta o a través de fuentes secundarias. El común denominador entre ambos, y que en definitiva es un patrón de la cultura letrada de la época⁵⁷³, es que tanto Alberdi como Fragueiro remiten una y otra vez a la literatura política, jurídica y social francesa.

IV.3. El pensamiento económico del momento constituyente

Al principiar su *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, Juan Bautista Alberdi afirma que

[l]a Constitución Federal Argentina contiene un sistema completo de política económica en cuanto garantiza por disposiciones terminantes la libre acción del trabajo, del capital y de la tierra como principales agentes de la producción; ratifica la ley natural de equilibrio que preside al fenómeno de la distribución de la riqueza, y encierra en límites

⁵⁶⁹ Chevalier, Michel. *Cours d'économie politique fait au Collège de France. Deuxieme année, 1842-43*. Paris, Capelle, libraire-editeur, 1844.

⁵⁷⁰ Terzaga, Alfredo. *Mariano Fragueiro. Pensamiento y vida política*, op. cit., pp. 55-76.

⁵⁷¹ Weinberg, Gregorio. "Estudio preliminar" (1975). En Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas*, op. cit.

⁵⁷² Díaz Araujo, Enrique. *Hombres Olvidados de la Organización Nacional II*, op. cit.

⁵⁷³ Myers, Jorge. "Ideas moduladas...", op.cit., p. 161-174; Herrero, Alejandro. *Ideas para una república. Una mirada sobre la Nueva Generación Argentina y las doctrinas políticas francesas*. Remedios de Escalada, Ediciones de la UNLa, 2009; Tarcus, Horacio. *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, especialmente pp. 9-231.

discretos y justos los actos que tienen relación con el fenómeno de los consumos públicos.⁵⁷⁴

La bibliografía contemporánea en torno al pensamiento económico del momento constituyente ha tendido a seguir a Alberdi para caracterizar una época fundamentalmente liberal en lo económico. Las *Bases...* y el *Sistema...* tienden a ser consideradas como un despliegue complementario de su doctrina liberal en los campos jurídico y económico⁵⁷⁵; en las lecturas menos matizadas, esta unidad doctrinaria es remontada incluso a sus obras de juventud⁵⁷⁶.

⁵⁷⁴ Alberdi, Juan Bautista. *Sistema Económico y Rentístico*, op. cit., p. V.

⁵⁷⁵ Este orden de consideraciones no ha sido ajeno a la historia de las ideas políticas. En su *Tradición republicana*, Botana dedica una apostilla a la relación entre las *Bases...* y el *Sistema...* en la que afirma que “[a] la caída de Rosas, Alberdi escribió dos obras, publicadas entre 1852 y 1855, que trasuntan esa tensión entre ambas visiones de la sociedad. Se trata -claro está- de las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852) y del *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su constitución de 1853* (1855 [sic]). Sobre el telón de fondo del congreso de Santa Fe y de la ruptura con Buenos Aires, Alberdi engarzó una propuesta donde convivían la civilización del individuo y la civilización de las cosas, el orden que nace del ejercicio espontáneo de la libertad y la sociedad integrada por el ferrocarril y la industria. Es el diálogo entre Adam Smith y Michel Chevalier. Por momentos, el protagonista de la sociedad alberdiana es el individuo sin trabas ni impedimentos, sujeto exclusivo de la libertad; en otro instante, esa definición abstracta se desdobra en el habitante extranjero que carga en su alforja de inmigrante las cosas vivas de una civilización. Entremezcladas en mil pasajes, parece difícil discernir con exactitud la primacía de una u otra visión. En todo caso, si hubiera que reducir el matiz a esquema, es posible observar a las *Bases...* como un elogio a la costumbre creadora de libertad y al *Sistema...* como un elogio a la libertad creadora de costumbres.” Botana, Natalio. *La tradición republicana*, op. cit., p. 254 (subrayado nuestro).

⁵⁷⁶ Entre otros ejemplos, María Martínez de Codes ve, siguiendo a Mayer, una crítica al “saladerismo porteño” tan temprano como en 1838; asimismo, advierte que en su *Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano*, “[l]a mayoría de las cuestiones de política económica aparecen tratadas brevemente (...); territorios, navegación interior, libertad de los ríos, comercio internacional, congresos comerciales, causas de la pobreza, caminos, población, colonización, inmigración, ferrocarriles, etc.” (Martínez de Codes, Rosa María. “El pensamiento económico de Juan Bautista Alberdi y su influjo en la organización nacional argentina.” *Historia*, Vol. 23, 1988, pp. 205-228, la cita corresponde a p. 213). En un ensayo que lleva el expresivo título de “Juan Bautista Alberdi y la doctrina del capitalismo liberal en la Argentina”, Jonathan Brown advirtió que el rasgo que “diferenció claramente [a Alberdi] del resto de los escritores de su generación” es que el tucumano “interpretó los problemas sudamericanos desde una perspectiva económica. (...) Sus primeros escritos políticos y jurídicos tienen la impronta del pensamiento francés y alemán en auge en ese momento. Pero un viaje a Europa en 1842 puso en contacto a Alberdi con las obras de los economistas de la revolución industrial: Adam Smith, Jeremy Bentham, Jean Baptiste Say y John Stuart Mill.” (Brown, Jonathan. “Juan Bautista Alberdi y la doctrina del capitalismo liberal en la Argentina”. *Ciclos*, Año 3, Vol. 3, N° 4, primer semestre de 1993, pp. 61-74). Argumentos similares pueden encontrarse en:

Villanueva, Javier. “El desarrollo económico en Juan Bautista Alberdi”. Documento de Trabajo N° 30-Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, mayo de 2009. Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/el-desarrollo-economico-en-juan-bautista-alberdi.pdf>;

Covernton, Guillermo Luis. “Una investigación sobre los principios económicos de Juan Bautista Alberdi y sus vinculaciones con la tradición de la escuela austriaca”. *Anuario de la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario*, Vol IX. Rosario, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2013, pp 58-71, disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/investigacion-sobre-principios-economicos.pdf>

Alberdi afirma que su *Sistema* “pertenece a la economía aplicada y es más bien un libro de política económica, que de economía política”⁵⁷⁷; una obra, en definitiva, de intervención, que no se propone elevadas pretensiones teóricas. Contextualmente considerado, el *Sistema*... tampoco moviliza un repertorio teórico innovador. Invoca a Adam Smith como padre de la escuela de la libertad, pero sus posiciones siguen -incluso en sus diferencias con Smith, que Alberdi no apunta- principalmente al *Tratado de Economía política* de Jean Baptiste Say⁵⁷⁸, su fuente principal. Este recurso se complementa con menciones colaterales a Pellegrino Rossi - “profundo economista” y “sabio escritor de derecho público”-, Michel Chevalier - “un economista versado en los intereses americanos, muy popular en Sudamérica”⁵⁷⁹, antiguo sansimoniano y economista liberal algo heterodoxo que sería referencia permanente de Fragueiro-, al español Flores Estrada⁵⁸⁰, y a *Buenos Ayres y las Provincias del Río del Plata* de Parish en la traducción comentada de Maeso como fuente documental⁵⁸¹.

Aun cuando Alberdi insiste en la absoluta unidad doctrinaria que informa a las obras, es preciso advertir que las *Bases*... se abocaban a polemizar con los antiguos proyectos constitucionales restrictivos en materia de garantías jurídicas para extranjeros, orientados por un patriotismo belicista inadecuado para los fines inmigratorios propuestos por Alberdi; el *Sistema*, en cambio, no sólo defiende la escuela económica liberal clásica, sino que vuelve una y otra vez a dirigir feroces invectivas contra la economía política socialista. Se trata, por lo tanto, del desplazamiento de una antinomia entre constitucionalismo antiguo y moderno -o entre republicanismo belicista y comercial, y las libertades antiguas y moderna- a una oposición entre liberalismo y socialismo. Hemos tenido ocasión de comprobar en la “Introducción” de esta tesis la poca bibliografía que ha sido receptiva a la oposición entre los planes económicos de nuestros protagonistas.

Hemos consignado ya que los aportes de Mariano Fragueiro, responsable de la cartera económica de la Confederación hasta septiembre de 1854 -esto es, antes y después de la sanción

⁵⁷⁷ Alberdi, *Sistema económico y rentístico*, op. Cit., p. VI.

⁵⁷⁸ Say, Jean Baptiste. *Tratado de economía política*, op. cit.

⁵⁷⁹ Alberdi, *Sistema económico y rentístico*, op. cit., p. 85.

⁵⁸⁰ *Ibid.*, p. 201. Flórez Estrada, Álvaro. *Exámen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación y de la prosperidad de todas las naciones*. Cádiz, Imprenta de Manuel Giménez Carreño, 1812. Flórez Estrada, Álvaro. *Curso de economía política*. Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1835.

⁵⁸¹ Parish, Woodbine. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata, desde su descubrimiento y conquista por los españoles. Traducido del inglés al castellano y aumentado con notas y apuntes por Justo Maeso*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Benito Hortelano, 1852.

constitucional- serían fundamentales tanto en el trazado de ciertos aspectos del texto constitucional que no encuentran apoyatura, sino su negación, en la obra alberdiana, cuanto en la definición de la temprana política económica de la Confederación Argentina: las *Cuestiones Argentinas* de Fragueiro, publicadas en 1852, delinean efectivamente los grandes trazos de una política económica integral, que tendría gran predicamento en los albores de la organización institucional nacional. Es importante considerar que el *Sistema...* se publica dos años después de las *Bases...*, y uno después de sancionada la constitución. La interpretación se enriquece al abrirse al contexto histórico-político de la Confederación, y en especial a la formación de su política económica: en este cuadro, el *Sistema...* de Alberdi puede ser legítimamente interpretado -y la evidencia a este respecto, como veremos, es particularmente notoria en su primera edición- como una réplica a las posiciones defendidas por el socialista Fragueiro.

La institucionalidad económica de la Confederación

La formación del gobierno federal conforme la constitución de 1853 exigió el delineado de una institucionalidad económica para la Confederación Argentina: las cuestiones monetarias, rentísticas y financieras serían uno de los asuntos contenciosos centrales entre nuestros protagonistas. A este respecto, los trabajos de Benito Díaz⁵⁸² y Enrique Díaz Araujo⁵⁸³ dan cabal cuenta del importante papel que los aportes de Mariano Fragueiro jugarían en el trazado de ciertos aspectos del texto constitucional que hacen a la institucionalidad económica en formación, así como en la definición de la temprana política económica de la Confederación Argentina posrosista.

Considerada desde el ángulo gubernativo, la situación era crítica. En sus obras de 1852, tanto Alberdi como Fragueiro habían designado a Buenos Aires como capital natural del Estado, confiando en su desarrollo institucional y sus capacidades administrativas como puntos de apoyo para sus planes de organización. Con la secesión de Buenos Aires, la Confederación Argentina, desde su origen, se veía sustraída de los principales resortes rentísticos y administrativos existentes: en especial, la pérdida del puerto, vital fuente de ingresos fiscales, de la Casa de la Moneda provincial, principal resorte de financiamiento por emisión, y de la cancillería de Buenos Aires,

⁵⁸² Díaz, Benito. *Mariano Fragueiro y la constitución de 1853*, op. cit.

⁵⁸³ Díaz Araujo, Enrique. *Hombres Olvidados de la Organización Nacional II*, op. cit.

que había manejado las relaciones exteriores de la Confederación rosista, serían golpes más duros para la organización de la Confederación que la pérdida del instrumento militar bonaerense.

Tal como sugiere Garavaglia, la cuestión de la deuda pública es una faz principal de la construcción de la estatalidad de la Confederación, ya que, “[a]nte todo, los hombres de Paraná se encontraron con la cuestión del «pecado original», es decir, de aquella deuda que había nacido antes del Estado; ésta había posibilitado el triunfo de Caseros, pero la defección porteña del proyecto Confederal hizo que fuera extremadamente difícil pagar esas primeras deudas y a la vez, edificar los cimientos de la construcción estatal.”⁵⁸⁴

Precisamente estas altas cargas serían el argumento que, en el debate por el Artículo 4° de la constitución, referente a la conformación del Tesoro nacional, esgrimiría Gorostiaga para justificar la formación de un Tesoro nacional que absorbiera todas las rentas de aduanas, dejando únicamente las contribuciones directas en manos de los gobiernos de provincia. Aunque la eliminación de las aduanas provinciales es un punto de acuerdo entre Alberdi y Fraguero, la formación del Tesoro nacional no había sido abordada con precisión en el proyecto alberdiano, mientras que Fraguero había propuesto que “el Tesoro Nacional será el Tesoro que se reciba de la provincia de Buenos Aires, siendo esta capital del Estado”⁵⁸⁵. Fraguero, además, había defendido en sus *Cuestiones argentinas* la estricta centralización nacional de las rentas públicas: la aduana de Buenos Aires debía ser nacionalizada, y a ella debían subordinarse administrativamente el resto de las aduanas de la Confederación; asimismo, y aun dando por descontado el déficit con que se erigiría el nuevo Tesoro Nacional, en caso de producirse algún excedente fiscal no debería ser distribuido entre los Estado parte⁵⁸⁶. En el marco del Congreso Gorostiaga sugería que los derechos de importación y

⁵⁸⁴ Garavaglia, Juan Carlos. “Rentas, deuda pública y construcción estatal...”, *op. cit.*, pp. 243-244. Para el período sucesivo, ver: Garavaglia, Juan Carlos “La construcción nacional en la Argentina. Rentas, presupuestos y niveles de estatalidad (1856--1865)” *Prohistoria*, N° 20, julio-diciembre de 2013, pp. 3-43.

⁵⁸⁵ Fraguero, Mariano. *Cuestiones Argentinas*, *op. cit.*, p.155.

⁵⁸⁶ Es interesante advertir que en 1852 Fraguero desconfiaba de las posibilidades de éxito de una política que se propusiera reemplazar el papel de Buenos Aires, porque éste estaba en “la naturaleza misma de las cosas”. “Si Buenos Aires, por ejemplo, dijera: la aduana es de la provincia, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, dirían: está bien; nosotras también tenemos puertos; llamaremos al comercio exterior a ellos, o nuestros buques irán a hacer el comercio a Montevideo, que ofrece las mercaderías en tránsito. Mendoza y San Juan harían lo mismo por la parte de Chile; y Salta, Jujuy y Tucumán buscarían su mercado en Cobija o Valparaíso. Esta reacción naturalmente obligaría a Buenos Aires a establecer el tránsito, en competencia con el Estado Oriental y Chile; y en tal caso disminuirían tanto las entradas de la aduana, que sería más economía el abolirla. Resulta, pues, en buenos términos, que si las aduanas no son nacionales, no pueden ser productivas. De modo que, o no deben existir, o deben ser de la atribución del Gobierno Nacional. (...) Buenos Aires continuará siendo la aduana nacional, como hasta ahora lo ha sido, y otros puertos se conformarán con hacer internaciones directas después de haber asegurado los

exportación eran el único resorte fiscal con que podía contar el nascente gobierno federal “para hacer frente a todas las obligaciones que se le imponían; y que ya había demostrado lo que este recurso podía producir; de modo que en mucho tiempo aún de régimen Constitucional, los presupuestos arrojaran grandes déficits.”⁵⁸⁷

Bajo el ministerio de Fraguero comienza inmediatamente la obra de formación de un aparato rentístico propio que lo libere de las contribuciones y adelantos provinciales, lo que supuso a la vez un progresivo proceso de nacionalización de las aduanas existentes y de provisión de fuentes alternativas de financiamiento a los gobiernos provinciales, que serían fijadas en 1854 por el Estatuto de Hacienda y Crédito Público ⁵⁸⁸. Aunque desde el punto de vista teórico, el librecambismo ya no gozaba del prestigio absoluto que había tenido en las primeras épocas de la revolución, el margen de la política aduanera, sin embargo, es bastante restringido⁵⁸⁹. De cara al

derechos al fisco; y esperarán del tiempo que ha de hacer crecer la población, los capitales y los productos, la oportunidad para obtener todas las ventajas de su localidad y posición. El mercado de Buenos Aires, que lo es de la Confederación desde el tiempo del coloniaje, no debe sus ventajas precisamente a la aduana, ni a los decretos de la Corte de España, ni de los gobiernos patrios: esas ventajas son peculiares a su topografía, a su gran territorio, a sus numerosos productos y a mil otras circunstancias que han arraigado allí los capitales y la población, y todo lo que da facilidades para expender las mercancías internadas, y para hacerse de los frutos que han de retornarse. La aduana es un efecto de esas ventajas y no es la causa de ella. Círrase el puerto de Buenos Aires, y ábrase el de Rosario, por ejemplo, y se vería un trastorno en el comercio, que ni en cien años volvería a repararse; porque los mercados, como ninguna otra cosa, no se hacen con decretos sino por la naturaleza de las cosas, que los forma antes que la autoridad los declare.” *Ibid.*, p. 137.

⁵⁸⁷ Ravignani, Emilio (coord.) *Asambleas Constituyentes Argentinas, op. cit.*, pp. 501-506.

⁵⁸⁸ “Antes que nada”, sugiere Garavaglia, “había que ocuparse de las rentas. Fue necesario, caminar casi todas las provincias (Pedro Ferré y Elías Bedoya ocuparon aquí un papel de primera relevancia, el primero transitó el litoral, el segundo recorrió la Cordillera) para instituir las receptorías, los resguardos, las tesorerías y las contadurías de cada una de las aduanas confederadas. (...) [A partir de 1853], nos hallamos ante a un período de transición de al menos dos años (...) en el cual, las aduanas exteriores –las interiores van desapareciendo en el mismo proceso–, reorganizadas y con nuevo personal, van siendo transferidas de manos de las provincias a las de la Confederación. Incluso durante un momento este personal fue pagado a medias entre las provincias y la Confederación, dando de este modo una idea bien clara de ese lapso de transición entre la fiscalidad provincial a la confederal. Este período se acaba, al menos en el caso de Santa Fe, a fines de 1854; pero, hay que ser consciente que las provincias tardaron bastante en reacomodar su fiscalidad a la nueva realidad confederal, tanto en el caso de las que poseían aduanas externas, fueran fluviales o terrestres, como las que se vieron obligadas a abandonar sus aduanas internas. Las cifras sobre las rentas de las aduanas, publicadas por *El Nacional Argentino* en 1856, dan clara muestra de lo difícil que fue este proceso de «nacionalización» de los ingresos aduaneros.” Garavaglia, Juan Carlos. “Rentas, deuda pública y construcción estatal...”, *op. cit.*, pp.243-244. Las medidas adoptadas por Fraguero pueden seguirse en: Díaz, Benito, *Mariano Fraguero y la Constitución de 1853*, *op. cit.*, pp. 30-34.

Para el período sucesivo, ver: Garavaglia, Juan Carlos “La construcción nacional en la Argentina...”, *op. cit.*

⁵⁸⁹ El predominio del librecambio que había instaurado la revolución había recibido sus primeros cuestionamientos públicos en los días tempranos de la Liga Federal, cuando el correntino Pedro Ferré indicaba que, no proponiéndose entrar en “la cuestión teórica, de si se debe adoptar por principio de la economía de un país, la plena libertad de comercio, o el sistema prohibitivo”, afirmaba, “me basta saber que todo extremo es vicioso.” (Ferré, Pedro. *Cuestiones nacionales. Contestación al Lucero ó los falsos y peligrosos principios en descubierto. Con la refutación a los autores escondidos bajo el título de Cosmopolita y porteño. Por el gobierno de Corrientes, 1832*

Congreso General Constituyente convocado por Urquiza, Juan Ramón Muñoz Cabrera ya advertía que “[l]os intereses industriales de las provincias litorales se hallan en completa oposición con los de las provincias del interior: para amalgamarlos, se necesita un sistema de economía fusionista y esencialmente conciliador.”⁵⁹⁰ Fraguero también se había orientado por la opción conciliadora entre la absoluta libertad y la absoluta protección, con una orientación marcadamente práctica que se dirigía a desarrollar una marina mercante nacional⁵⁹¹. Alberdi, en cambio, había sido vehemente en sus *Bases...* respecto del carácter imperativo del libre comercio, que también extendía a la libre navegación. Urquiza zanjó la cuestión al declarar, con su decreto del 28 de agosto, la libre navegación de los ríos interiores, la integración del espacio de la Confederación como un mercado

y 1833. San Juan de Vera de las Siete Corrientes, Amerindia, 2002, p. 121). Bajo el segundo gobierno de Rosas - con el ministerio de Roxas y Patrón, ya que García había sido defensor de una firme política librecambista- se imponen tarifas diferenciales para los productos del país -pero también de Chile y Paraguay-, a la vez que se mantiene el monopolio de la aduana bonaerense sobre el comercio de ultramar, confirmado por sus triunfos sobre las coaliciones opositoras.

⁵⁹⁰ “Al decir que los intereses industriales de las provincias del interior se hallan en completa oposición con los de las del litoral, hemos tenido en consideración la imposibilidad de aplicar con buenos resultados los principios generales de economía y de comercio, para pueblos tan heterogéneos por su situación, sus costumbres, su educación y hasta preocupaciones. Hemos tenido también en cuenta las desventajas con que tendrían que luchar los pueblos del Interior si cualquiera de los dos sistemas, el proteccionista o el de la libertad absoluta, sirviesen exclusivamente de base al plan de economía adoptado por el congreso Nacional de los estados confederados. La libertad absoluta de comercio, por ejemplo, mataría indirectamente nuestras industrias; ella excluiría de cierto nuestros vinos y nuestros granos del gran mercado nacional, y tendríamos que resignarnos a no exportar el sobrante de nuestra producción que, en vez de prosperar disminuiría. El sistema proteccionista, o restrictivo, podría comprometer entretanto la prosperidad y desarrollo industrial de los demás estados. Si un mal aconsejado espíritu de centralización y nacionalismo tratase de continuar el plan económico iniciado por el tirano Rosas, de hacer tributadas de Buenos Ayres a las demás provincias, cerrando a muchas de ellas su comercio natural con Chile, con el Perú y con Bolivia, tendríamos asimismo un ataque inferido a los intereses materiales y morales de estos pueblos que, en gran manera deben su mejora y adelantamiento a la acción bien hechora que sobre ellos ejerce el cultivo de relaciones comerciales y políticas con los estados limítrofes. De todo lo dicho se deduce que, para conciliar los intereses industriales de los diferentes estados que han de componer la grande asociación federal de Sud-América, se necesita poner en planta un plan de economía fusionista, que armonice tantas desigualdades y exigencias, y que sostenga un equilibrio fiel entre las conveniencias del principio de libertad reconocido por todos los pueblos cultos de la tierra, y las exigencias de un orden de cosas enteramente anómalo o anormal.” Muñoz, Juan R. *Plan de Organización Nacional para las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Mendoza, Imprenta del Constitucional, 1852, pp. 23, 27. Reproducido en Silva, J. Francisco V. “Alrededor de las «Bases», de Alberdi”, *op. cit.*, pp. 235-236.

⁵⁹¹ En su opinión, “por ahora puede concederse la navegación de los ríos a toda bandera mercante de vela que subiendo o bajando los ríos proceda de puerto extranjero o de puerto determinado argentino, con tal que aduane en Buenos Aires y se dirija a puerto extranjero o a puerto argentino determinado; que si se establecen vapores para remolcar, deben ser de la marina nacional, a fin de que el servicio que hagan sirva de instrucción práctica, y especialmente para que puedan servir a menos precio que ninguna empresa particular, y que en cuanto a lo demás, esperemos de la consolidación de la paz, en que recientemente hemos entrado, de la organización que va a darse, del acrecentamiento de la población y del desenvolvimiento de todas las relaciones de la industria, la solución de la cuestión de libertad absoluta.” Fraguero, Mariano. *Cuestiones Argentinas*, *op. cit.*, p.153.

único, y la fijación de derechos de importación y exportación uniformes para toda la Confederación. Limitado el recurso de las rentas -y los debates por las tarifas y los tributos en el Congreso dan cuenta de las dificultades⁵⁹²-, la única alternativa para la erección del Tesoro nacional eran los instrumentos financieros y monetarios. El problema de la escasez de circulante se agravaba para la Confederación: habiendo perdido con Buenos Aires la Casa de la Moneda, heredaba de la Confederación rosista un sistema monetario completamente inarticulado⁵⁹³. En relación a estos aspectos en los que Alberdi apenas se había expedido en sus *Bases...*, la influencia de Fragueiro sería decisiva en estas materias.

Tanto el Pacto Federal de 1831 (art. 16, inc. 5) como el Acuerdo de San Nicolás (art. 2) habían fijado a la deuda y al crédito nacional como uno de los objetos eminentes de arreglo constitucional. El artículo 64, inc. 5 del texto constitucional, finalmente, habría de atribuirle al Congreso el “establecer y reglamentar un Banco Nacional en la capital y sus sucursales en las provincias, con facultad de emitir billetes.”⁵⁹⁴ El proyecto constitucional alberdiano no contemplaba la formación de un banco público; asunto tan ajeno a su orden de consideraciones que no había sido abordado, ni siquiera críticamente, en sus *Bases...* Esta cuestión constituía, en cambio, el componente central de la propuesta de Fragueiro, y un motivo consecuentemente privilegiado en sus *Cuestiones argentinas*. Las posiciones de nuestros protagonistas, hacia 1852, son rotundamente opuestas en referencia al dinero y al crédito, así como en relación al recurso al endeudamiento externo.

Dominadas por las cuestiones de derecho público, las estipulaciones alberdianas en estas materias se limitaron prácticamente a reafirmar su confianza en el efecto benéfico del endeudamiento externo. Llamando a los empréstitos externos “el nervio del progreso material en América”⁵⁹⁵, Alberdi propuso apalancar el desarrollo de infraestructura (ferrocarriles, puertos, vías

⁵⁹² Ravignani, Emilio (coord.). *Asambleas Constituyentes Argentinas*, op. cit., pp. 649-655.

⁵⁹³ “A mediados del siglo XIX la Argentina carecía de un sistema monetario unificado, en directo paralelismo con la falta de un aparato estatal nacional y con las limitaciones de la circulación de mercancías. Desde el fin del período colonial se habían ido configurando dos grandes sistemas: el de las provincias del interior, basado en la circulación de moneda metálica de baja ley, importada de Bolivia y Chile, y el de la provincia de Buenos Aires, donde se utilizaba la moneda fiduciaria, primero convertible (Banco de Buenos Aires, 1822) y luego de curso forzoso.” Regalsky, Andrés. “Banca y capitalismo en la Argentina, 1850-1930. Un ensayo crítico”. *Ciclos*, Año IX, Vol. I, N° 18, 2° semestre de 1999, p.34.

⁵⁹⁴ AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina*, op. cit., p.550.

⁵⁹⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., p.52.

navegables) mediante el endeudamiento externo, en la confianza de que la organización constitucional y el despegue económico subsecuente serían una garantía impar para su eventual amortización⁵⁹⁶. Ahora bien, Alberdi sólo concibe el crédito privado, que “debe ser el niño mimado de la legislación americana”, y toda ley en su contrario debe ser reputada “un acto de lesa-América.”⁵⁹⁷ No sólo no aborda una política de crédito público, sino que tampoco contempla política monetaria alguna: descreyente de la emisión fiduciaria, incluso celebra que “[e]n apoyo del verdadero crédito”, la constitución de California “prohíbe a la legislatura dar privilegios para establecimiento de bancos; prohíbe terminantemente la emisión de todo papel asimilable a dinero por bancos de emisión, y sólo tolera los bancos de depósito.”⁵⁹⁸

La reflexión de Fragueiro, que parte de premisas bien distintas, se aparta punto por punto de la concepción alberdiana. Para el cordobés, “la constitución de un Estado no es más que la organización de los bienes materiales, y ésta ha de encontrarse en la naturaleza de las cosas; porque ellas son como son, por más que les cambiemos de nombre”⁵⁹⁹. Según él, toda idea espiritual, moral, religiosa, artística o científica, se torna propiedad en cuanto se materializa a través de la puesta en práctica de las facultades humanas: en la vida social “todo es materia o está materializado”. Toda propiedad que surge de la materialización de las facultades humanas lo es por sanción del derecho; todo derecho depende de su afirmación a través del poder social organizado bajo la forma de la soberanía, cuya división es, por otra parte, esencial a toda constitución. Pero antes que las usurpaciones entre el poder legislativo y el poder ejecutivo, Fragueiro previene sobre los efectos de la usurpación de la propiedad: para Fragueiro, por tanto, “el primer elemento de la constitución de un pueblo es el derecho de propiedad; su clasificación en pública y privada; establecer entre ellas los límites respectivos e impedir que los poseedores se usurpen entre sí.”⁶⁰⁰

⁵⁹⁶ “Negociad empréstitos en el extranjero, empeñad vuestras rentas y bienes nacionales para empresas que los liarán prosperar y multiplicarse. Sería pueril esperar a que las rentas ordinarias alcancen para gastos semejantes; invertid ese orden, empezad por los gastos, y tendréis rentas.” *Bases*, p. 98. “El dinero es el nervio del progreso y del engrandecimiento, es el alma de la paz y del orden, como es el agente rey de la guerra. Sin él la República Argentina no tendrá caminos, ni puentes, ni obras nacionales, ni ejército, ni marina, ni gobierno general, ni diplomacia, ni orden, ni seguridad, ni consideración exterior. Pero el medio de tenerle en cantidad capaz de obtener el logro de estos objetos y fines (y no simplemente para pagar empleados, como hasta aquí) es el crédito nacional, es decir, la posibilidad de obtenerlo por empréstitos garantizados con la hipoteca de todas las rentas y propiedades provinciales unidas y consolidadas a este fin.” *Ibid.*, p.162.

⁵⁹⁷ *Ibid.*, pp.108-109.

⁵⁹⁸ *Ibid.*, p.72.

⁵⁹⁹ Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas*, op. cit., p.109.

⁶⁰⁰ *Ibid.*, p. 109.

En sus *Cuestiones Argentinas* Fragueiro invoca la ilación de sus obras de la década pasada⁶⁰¹, al insistir nuevamente

en clasificar al poder del crédito como un poder político, que debe abrazar en su jurisdicción la imprenta y toda propiedad pública; que, por consiguiente, debe ser constitucionalmente organizado, y las leyes relativas a crédito público e imprenta deben ser nacionales y comprender toda la Confederación.⁶⁰²

Allí propugna ya por una “Administración del Crédito Público” -nombre que ya aparece en la documentación oficial para referirse a las instituciones financieras creadas a lo largo de la década de 1820-, a la que asigna una amplia esfera de competencias exclusivas. Según prescribe, debe tener bajo su inspección y ejecución las aduanas exteriores, la tesorería y las cajas nacionales, los fondos públicos interiores y exteriores, el banco jefe en la capital y sus sucursales en las provincias; a la vez debe monopolizar las funciones de acuñación y stampa de la moneda, el recibir depósitos y dar y recibir dinero a interés, recaudar la contribución territorial nacional, disponer de las tierras de propiedad nacional, construir puertos, muelles, puentes, ferrocarriles y toda vía pública nacional, y establecer casas de seguro, cajas de ahorro, correos y postas⁶⁰³. La deuda exterior también ocupa a Fragueiro, que en este punto se muestra asimismo rotundamente opuesto a Alberdi. Si el crédito interno permite movilizar los recursos inertes de la economía nacional y darles un provecho industrial, la deuda externa, cuyos intereses deben liquidarse en el extranjero, “no hace ese bien, y causa efectos contrarios.” En su opinión, “la Confederación Argentina debe procurar por todos los medios imaginables traer al interior la deuda exterior que tiene en Inglaterra”, para lo cual recomienda cambiarla por deuda interna emitida por la nueva institución nacional de crédito y, en

⁶⁰¹ Ya en 1845 escribía que “Constituir una autoridad, es declarar un principio de derecho reconocido por una mayoría de razón, y encargar quien lo sostenga para el bien social, como un dogma y una base del bienestar de todos. Las personas investidas de autoridad vienen a ser la personalidad de ese derecho o de ese principio. Ellas no tienen voluntad propia: obedecen a la fuerza del principio reconocido. De consiguiente la autoridad reemplaza al poder material y bruto, y sostiene el convencimiento y la razón social sobre las tendencias y resistencias individuales. Esto es dar libertad y garantías contra los abusos de la individualidad. La soberanía e independencia de los poderes está en la exclusión de otro poder para ejercer su autoridad, y no en el uso absoluto, e ilimitado de ese poder. Toda autoridad reconoce los límites que le señalan los derechos de los individuos en cuyo favor se ejerce y de cuyo ascenso emana. No hay poder sin justicia, ni justicia sin verdad. La autoridad, pues, ha de ser exclusiva, pero circumscripita a su objeto. Solo el juez puede castigar al culpable. Solo el soberano puede dictar leyes necesarias i justas. Así también en nuestro caso, solo la administración de crédito puede hacer el giro de Banco, limitándose o las operaciones que la ley le ha determinado.” Fragueiro, Mariano. *Observaciones sobre el proyecto de estatuto*, op. cit., pp.16-17.

⁶⁰² Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas*, op. cit., p.125.

⁶⁰³ Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas*, op. cit., p.158-159.

caso de no resultar posible, “recurriendo, a falta de otros arbitrios, al reembolso de la deuda, aunque esto costará muchos esfuerzos.”⁶⁰⁴

Como veremos enseguida, buena parte de estas propuestas serían receptadas por el Congreso General Constituyente, que en carácter de legislador ordinario -el tema, según las actas, no mereció mayor debate⁶⁰⁵- aprobaría el “Estatuto para la Administración de la Hacienda y el Crédito Público” elaborado en colaboración por Fragueiro y Juan María Gutiérrez.

Las polémicas por el Estatuto

El proyecto de ley del “Estatuto para la Administración de la Hacienda y el Crédito Público” fue ingresado el 22 de noviembre de 1853, y su tratamiento se inició seis días después, con la participación del ministro Fragueiro. En su mensaje de elevación del proyecto, el Gobierno Nacional Delegado afirmaba haber optado por el crédito público por sobre el privado, recurriendo a su centralización en una corporación, en tanto

dejar ese poder abandonado a la industria particular era perpetuar la pobreza de las masas. Organizarlo como institución política, era acumular la influencia de la centralización a los resortes del despotismo. El medio de estos extremos era confiar ese poder a una corporación, que si bien en sus detalles tiene rasgos fiscales, resalta en su conjunto la forma consejil, tan simpática a los pueblos. (...) Constituido dentro de los límites industriales, viene a ser meramente un poder social cuyo ejercicio en ningún sentido afectará las libertades del ciudadano, ni tendrá contacto con la acción política del Gobierno Nacional, pues que ni dilata ni estrecha los límites que la Constitución Federal le ha trazado.⁶⁰⁶

Al iniciarse su tratamiento en el Congreso, Fragueiro fue calificado como “ministro patriota” por Seguí, quien definió al Estatuto como el instrumento por el cual “la Constitución iba

⁶⁰⁴ *Ibid.*, pp. 171-172.

⁶⁰⁵ Al concluir la sesión del 5 de diciembre, el “Sr. Presidente expuso que debiendo imprimirse el Estatuto que estaba sancionándose deseaba saber el encabeza miento que se le pondría y se resolvió que se le pusiera el que la Constitución señalaba para las cámaras legislativas con la diferencia de poner en su lugar Congreso general Constituyente con lo que se levantó la sesión”. Ravnani, Emilio. *Asambleas constituyentes argentinas*, op. cit., p.640.

⁶⁰⁶ “Mensaje elevando al Congreso General Constituyente el proyecto de «Estatuto para la Organización de la Hacienda y el Crédito Público». Paraná, 21 de noviembre de 1853”. En Díaz, Benito, *Mariano Fragueiro y la constitución de 1853*, op. cit., pp.105-109.

hacerse práctica, y la Confederación ofrecer en espectáculo al mundo, fuerte en su gobierno, rica y feliz: (...) Que si éramos tan desgraciados que estas preciosas ideas no hubieran de realizarse, entonces tendríamos que perder para siempre la esperanza de ser algo.”⁶⁰⁷ Por su parte, el antiguo exiliado unitario y constituyente por Mendoza, Martín Zapata, argumentaba en defensa del Proyecto que

si la Constitución sancionada el 1° de Mayo y promulgada el 25, organizaba al país políticamente por las declaraciones de derechos y garantías y por la construcción y equilibrio de los diversos poderes públicos, el presente Estatuto lo organiza por los intereses materiales creando las más sólidas garantías de orden por la feliz combinación de los intereses privados con los de la Nación, de la sociedad en que vienen naturalmente a refundirse.

Agregaba que “el luminoso sistema proyectado por el Señor Ministro de Hacienda, se ha de realizar prácticamente al abrigo de la Constitución liberal que nos rige, sirviendo [a] ésta al mismo tiempo de apoyo; y poniendo en movimiento y circulación otros grandes elementos de riqueza, ha de hacer la prosperidad de la Confederación.”⁶⁰⁸ Juan María Gutiérrez, por su parte, abundaría en los intentos de ilación y convergencia entre los proyectos de Alberdi y Fraguero. Afirmaba sobre este “salvador proyecto” que “la Constitución sería un simple *desideratum* sin el Proyecto que se discutía (...). Si la Constitución ha establecido la democracia”, y sobre este condicional girará parte de nuestro argumento sucesivo, “el Estatuto es la palanca para los grandes fines que la Constitución se ha propuesto”⁶⁰⁹. Fraguero replicaba en términos que, aunque menos inspirados que los del mensaje de elevación del proyecto, daban cuenta de la situación excepcionalmente crítica del gobierno nacional⁶¹⁰.

⁶⁰⁷ Ravignani, Emilio (coord.) *Asambleas Constituyentes Argentinas*, op. cit., p. 615.

⁶⁰⁸ *Ibid.*, p. 615. Elogiaba también a Fraguero en estos términos: “Desde antes que el ilustrado autor del Proyecto fuese llamado a ocupar el Ministerio que tan dignamente desempeña, yo había presentado con placer que nuestro país le ofrecía un campo vasto y materiales abundantes para dar forma y bulto a sus ideas, y hacer del fruto de sus profundos estudios, en materia de finanzas y riqueza Nacionales una hermosa realidad para su Patria.”

⁶⁰⁹ *Ibid.*, p.616.

⁶¹⁰ “Cualquiera que fuese la importancia de sus trabajos y sus benéficos resultados, más bien debiera atribuirse este bien al Soberano Congreso por haber encontrado en la Constitución sancionada, solución a las mayores dificultades: que el conflicto en que nos hemos hallado ha producido la falta de todo recurso: que sin estos premios antecedentes hubiéramos recurrido a la rutina como medio más conocido y expedito. Que a estas razones y a la feliz disposición en que se halla la República para la adopción de sus ideas deberá atribuirse el buen resultado que lograsen.” *Ibid.*, p.615.

El proyecto, sin embargo, no careció de observaciones. Al discutir sus atribuciones (Título II, 29 de noviembre) emergería la cuestión del posible conflicto con el texto constitucional, mientras que el tratamiento de sus bases de operación (Título V, Cap. 1º, Art. 8, 2 de diciembre) incitaría discusiones sobre su mérito y oportunidad.

Las potenciales colisiones con el texto constitucional pueden agruparse en tres tipos de objeciones, entre las que se cuentan en primer lugar las que aluden al eventual conflicto de las atribuciones confiadas por la constitución al Poder Ejecutivo Nacional. Huergo advirtió que la constitución confiaba estas atribuciones al Ejecutivo, y ello resultaba contradictorio con la exclusividad reclamada por la Administración en estas materias. Por otra parte, halló contradictoria la exclusividad concedida a la Administración en “la realización de empresas de trabajos públicos, puentes, muelles, ferrocarriles” con la manda constitucional al poder legislativo nacional “de proveer lo conducente a la prosperidad del país, obligándole á fomentar las empresas particulares de este género con concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulo”⁶¹¹; en la misma tónica Gorostiaga agregó que el poder legislativo no es competente para alterar la composición constitucionalmente ordenada del ejecutivo nacional. Gutiérrez, por su parte, no se alarmaba del “poder conferido de este modo a la Administración; porque no estando reconocido por la Constitución de Mayo, solo duraría en cuanto su acción y fuerza fuesen saludables”⁶¹².

El segundo orden de objeciones respecto a la eventual inconstitucionalidad del proyecto alude a la potencial formación subrepticia de un nuevo poder político no reconocido por la constitución. Huergo temía que “si se establecen atribuciones exclusivas para esta Administración de Hacienda, se fundará sin pensar un Poder político tan fuerte que invadiría los otros Poderes constituidos y los pondría en conflicto”⁶¹³; Gorostiaga extrema este argumento, al indicar que este cuarto poder, “incompatible con la democracia”, podía ser una “amenaza a las libertades públicas”. Los dos invocan el ejemplo del Banco de Filadelfia -más conocido como el segundo Banco Nacional, que hemos abordado más arriba-. Huergo señalaba que dicho Banco “(tomó) una parte el Gobierno, y hubo (necesidad) de abolirlo, porque puso en peligro la democracia alterando el

⁶¹¹ Ravignani, Emilio (coord.) *Asambleas Constituyentes Argentinas*, op. cit., p.618-619.

⁶¹² *Ibid.*, p.619.

⁶¹³ *Ibid.*, p.618-619.

equilibrio de los poderes constituidos; habiéndose necesitado para ello toda la popularidad del Presidente Jackson.” Gorostiaga, por su parte, agregaba que aquel Banco, que “tenía menos atribuciones que esta Administración”, se había tornado en un “poder temible contra todos los Poderes públicos constituidos”, y “había puesto en peligro la Constitución Norte-americana que había servido de molde y modelo a la nuestra”⁶¹⁴. El ejemplo no es vano: en 1828 el partido Demócrata, con Jackson a la cabeza, había ganado la presidencia con una histórica victoria en el Colegio Electoral, acorde a una movilización electoral sin precedentes. La teoría de la democracia jacksoniana oponía las demandas del trabajador medio a la élite masónica, defendiendo la neutralidad económica del estado como medio de prevención contra su captura por dichas élites: la eliminación de los “privilegios especiales” del segundo Banco Nacional, fundado sobre un monopolio legal considerado ilegítimo, sería la promesa de campaña que lo llevaría a lo que se conocerá como su “Guerra al Banco”⁶¹⁵. En palabras de Diggins,

mientras que los Whigs sostuvieron que la democracia jacksoniana acarrearía una crasa plutocracia, los Demócratas acusaban que una plutocracia coercitiva ya había emergido de la «aristocracia del dinero». Similarmente, los Whigs atacaron el uso de los poderes ejecutivos por parte de Jackson como una forma de «tiranía», y Jackson afirmó que el Banco de Estados Unidos «es en sí mismo un gobierno» y que «la distinción entre éste y el pueblo se había vuelto poderosa.» Pero para los Whigs la principal amenaza a la libertad no provenía del poder de la propiedad, sino del poder de la presidencia. (...) Difiriendo en torno a la fuente de la corrupción, Whigs y Demócratas diferían también en su solución. Mientras que los últimos querían redimir a la nación mediante la destrucción de la tiranía de clase del sistema bancario existente, los primeros querían restaurar la prístina pureza de la vida americana mediante la destrucción de la tiranía ejecutiva de la administración de Jackson, eliminando el «sistema de botín», y

⁶¹⁴ *Ibid.*, p.618-619, 621-622.

⁶¹⁵ Blau, Joseph L. *Social Theories of Jacksonian Democracy: Representative Writings of the Period 1825-1850*. Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1954; Formisano, Ronald P. “Toward a Reorientation of Jacksonian Politics: A Review of the Literature, 1959-1975”. *The Journal of American History*, Vol. 63, N° 1, Junio de 1976, pp. 42-65; Adair, Douglass G. *Origins of Jeffersonian Democracy: Republicanism, the Class Struggle, and the Virtuous Farmer*. Lanham, Lexington Books, 2000. Para Benson, la referencia a Jackson y los jacksonianos como arco analítico oscurece la comprensión del pasaje de la república liberal aristocrática a la democracia igualitaria de mediados de siglo, que no considera una consecuencia de la política jacksoniana. Benson, L. *The concept of Jacksonian democracy: New York as a test case*. Princeton University Press, 2015, especialmente caps. 3 y 5.

resistiendo a la aceptación de la política de masas como el miserable espectáculo de un gobierno complaciendo las demandas de los grupos de interés.⁶¹⁶

El tercer conjunto de observaciones dirigidas al proyecto alude más bien a la posible contradicción entre lo que podemos llamar el “espíritu liberal” de la constitución y el Estatuto: con ello se enlazan la distinción entre las esferas privada y pública, la polaridad de competencias entre individuo y poder público, y -en lo que es una nota singular del “liberalismo argentino” que por entonces comienza a cobrar forma- con los privilegios acordados a extranjeros. Gorostiaga lleva la voz cantante en el tema, al indicar que las industrias que el estatuto llama “públicas” -y en virtud de las cuales reclama su competencia originaria-, han sido consagradas por la Constitución al individuo; también, alude al peligro que las prensas públicas contempladas en el proyecto pueden importar para la libertad de prensa. Gutiérrez se atiene a criticar la exclusión de sociedades extranjeras en la realización de industrias consideradas públicas⁶¹⁷. Seguí, en especial, observa que por no ser una “industria pública”, el “dar y tomar dinero a interés” no debiera ser actividad exclusiva de la Administración nacional.

Fragueiro replicó que no existía incompatibilidad alguna entre la Administración proyectada y la composición constitucional del Poder Ejecutivo Nacional, ya que “era el Gobierno mismo el que ocurría al Congreso sin desprenderse de sus atribuciones para confiar a la Administración General de Hacienda y Crédito el percibo material de las rentas y haberes de la Nación”, y que “[e]n cuanto al cúmulo de poder que se supone en la fundación del Crédito Público”, “*de ningún modo es un poder político, sino social por su organización y sus fines*; que en nada aumentaba la prepotencia de la Administración; del mismo modo que el ejercicio de la fuerza pública en nada aumentaba el poder confiado al Ejecutivo.”⁶¹⁸ Respecto a las atribuciones de exclusividad, Fragueiro afirma que las grandes obras de la época efectivamente exigían la acumulación de grandes capitales, en razón de las cuales los privados habitualmente exigen el

⁶¹⁶ Diggins, John P. *The Lost Soul of American Politics: Virtue, Self-Interest, and the Foundations of Liberalism*. Chicago, University of Chicago Press, 1986, pp.111-112 (traducción propia).

⁶¹⁷ “la realización de empresas y trabajos públicos nacionales, como puentes, muelles, ferrocarriles y canales (...) que por las condiciones mismas del suelo argentino, era preciso no esquivarlo a esfuerzos extraños; que era una calidad exclusiva de América ser mejor estudiada en Europa, que aquí mismo, y muy principalmente en el sentido de esas grandes empresas a las que concurre la Geografía, la Estadística... Que allí se conciben grandes proyectos que no habrían llegado a nuestros alcances; por lo que sería fatal cerrar nuestras puertas a una sociedad que por su actividad e inteligencia, nos colocaría de golpe en el sendero de las mejoras materiales.” Ravignani, Emilio (coord.) *Asambleas Constituyentes Argentinas, op. cit.*, p. 619.

⁶¹⁸ *Ibid.*, pp. 621, 619.

acuerdo de privilegios, y precisamente en virtud de las cuales había surgido históricamente el crédito público. Es en razón de este carácter social del poder del crédito que el ministerio “conceptuaba más prudente y provechoso, conferir ese poder a la Nación que no (sic) abandonarlo al primero que quisiera tomarlo”:

si una Compañía de extranjeros podía, en virtud de las franquicias que acuerda la Constitución, ampararse de estos trabajos procurándose exclusivamente sus provechos, por qué no podría el Gobierno o la sociedad anticiparse sobrándole los conocimientos necesarios y los medios de hacerlo? (...) Al decir esto, era preciso entender que el Crédito Público no iba a ejercer industrias particulares: que *el Crédito Público* no se haría agricultor arando la tierra ni sembrando; que *solamente ejercería las operaciones del Crédito que corresponden a la Sociedad exclusivamente*, porque solo ella está en actitud de hacerlo con ventajas recíprocas de la sociedad y el individuo.⁶¹⁹

El ministro informa que las sociedades extranjeras podrán participar empresas consideradas públicas, aunque siempre por intermedio de la Administración, y que el *Estatuto* en particular no declaraba como actividad excluyentemente pública la de tomar y prestar dinero a interés -a pesar de su opinión personal, según la cual debe ser monopolio público porque en ello la “materia no recibe transformación”.⁶²⁰

Entre las observaciones relativas a sus bases de operación, acaso la más significativa sea la de Gorostiaga, quien pretenden haber encontrado el “*sancto-sanctorum*” del sistema de Hacienda en los seis millones de garantía legal que, suscritos como deuda de la Confederación, serían el respaldo de la moneda: en la falta de otra garantía Gorostiaga ve una reproducción del sistema de Law, de los vales reales y de la moneda bonaerense. Merece destacarse también la consulta de Bedoya respecto al carácter libre o forzoso de la moneda a conformarse, y la objeción de Seguí respecto a que, por su mandato legal, el sistema no permitiría la formación de grandes capitales⁶²¹.

Fragueiro responde que, concordando en las prevenciones que podría generar en el público su curso forzoso -que finalmente será declarado-, el proyecto declara a la moneda libre⁶²². Indica en réplica a Gorostiaga que la moneda vale por los servicios que presta -su valor está en las cosas-

⁶¹⁹ *Ibid.*, p.619.

⁶²⁰ *Ibid.*, p.619, 622.

⁶²¹ *Ibid.*, pp.631-632.

⁶²² *Ibid.*, pp.633.

y no por lo que materialmente es, y que la principal diferencia entre los sistemas monetarios mencionados y el proyecto en vistas es que no será dilapidado en empresas aventureras ni especulativas⁶²³. Por otra parte, su forma de gobierno mediante consejos de administración garantiza que la pluralidad de colores políticos que pudiera haber en la sociedad estén representados en estos órganos, y que compensándose eviten su direccionamiento por afinidades políticas⁶²⁴. Por último, cabe reseñar que Fragueiro invierte la carga de la observación de Seguí: afirma que precisamente el proyecto “no quería la aristocracia en las fortunas” y “que era una amarga burla llamar riqueza nacional a las fortunas de los ricos. Que estos eran sus principios y la razón popular de su cargo: por el pueblo y para el pueblo”, de conformidad con los cuales “el Crédito Público debía servir a todo el mundo según su capacidad”; era justamente “en conformidad a este principio democrático” que la base 5º preveía que se “difundiesen los servicios del banco en el mayor número”⁶²⁵.

La creación de la Administración General de la Hacienda y del Crédito Público, sería finalmente aprobado por unanimidad por el mismo Congreso General Constituyente, en carácter de legislador ordinario, el 9 de diciembre del mismo año. Contemplaba la erección de una organización centralizada en una Administración Superior, y dirigida por un Consejo de Administración presidido por el ministro de Hacienda e integrado con ciudadanos “de probidad” designados por el poder ejecutivo, y una serie de Administraciones Subalternas regionales, desconcentradas en su operatoria y regidas por el mismo sistema de Consejos. Según el Título III del Estatuto, la Administración creada debía operar todas las funciones de hacienda y finanzas de la Confederación y monopolizar las funciones bancarias y monetarias⁶²⁶, con excepción del

⁶²³ *Ibid.*, pp.626-627.

⁶²⁴ *Ibid.*, pp.630.

⁶²⁵ *Ibid.*, pp.630, 632.

⁶²⁶ “TITULO II Atribuciones de la Administración General. Art. 1º Son atribuciones exclusivas de la Administración General: 1º La inspección y administración directa de todas las oficinas fiscales establecidas o que se establecieren. 2º El percibo de todas las rentas, acciones y haberes de cualesquiera denominación, que por Ley o Decreto del Gobierno General deban entrar en el tesoro. 3º El pago de rentas, sueldos gastos y de toda cantidad que por Ley o Decreto deba entregar el tesoro. 4º La contabilidad en todos los ramos de la Hacienda y Crédito Público. 5º La compra y venta de bienes y efectos que el Gobierno dispusiere. 6º La enajenación de los fondos públicos que se crearen, y el pago de la renta de ellos, su permuta y reembolso. 7º El registro y clasificación de la deuda nacional interior y exterior. 8º Toda operación de Crédito Público y las que se conocen por operaciones de Banco, como sellar o estampar moneda, emitir billetes pagaderos a la vista y al portador, recibir depósitos a la orden o a plazos, en moneda o en especies metálicas. 9º La realización de empréstitos o trabajos públicos nacionales, como casas de seguro, cajas de ahorro y de socorro, la construcción de puentes, muelles, ferro-carriles, canales y telégrafos; el establecimiento de postas, de correos, diligencias y vapores para remolque; y otros que puedan comprenderse en

préstamo a interés, para lo cual disponía de todos los bienes y haberes de cualquier clase y denominación que la Confederación poseyera actualmente y en el futuro, tenía poder de dirección y superintendencia sobre las Aduanas, el Banco Nacional y la Casa de la Moneda, disponía el registro de la propiedad territorial y de minas, así como el de hipotecas, capellanías y censos, era encargada de erigir imprentas del Estado a costearse con avisos, y podía desempeñar las funciones de correo en aquéllos casos que se le delegare.

En el Sistema... de Alberdi

En su *Sistema...* Alberdi dedica reiteradas invectivas al pensamiento socialista, que como habremos de ver en el próximo capítulo, serían recuperadas por los cultores de la tradición liberal argentina de diversas matrices ideológicas y teóricas. Desde el ángulo hermenéutico, quisiéramos sugerir que no deja de ser significativo que su adversidad está dada por la “escuela económica que en nombre del socialismo”, y “con máscara de libertad y civilización”, se propone restaurar el mercantilismo y el sistema prohibitivo⁶²⁷. No se trata del comunismo -al que alude en escritos posteriores a 1848 y que aquí ni siquiera menciona-, o del socialismo revolucionario -que tampoco ignora-: su adversario es el “socialismo hipócrita y tímido, que no ha osado desconocer el derecho de propiedad”, pero que en nombre de la “organización del trabajo” ha atacado “el uso y disponibilidad de la propiedad”. En el entendimiento de “que la propiedad sin el uso ilimitado es un derecho nominal”, la constitución argentina de 1853, afirma Alberdi, “ha consagrado por su artículo 44”, “el derecho amplísimo de usar y disponer de su propiedad, con lo cual ha echado un cerrojo de hierro a los avances del socialismo.”⁶²⁸

la clasificación de Nacionales. 10° El Registro de la propiedad territorial pública y Nacional en toda la Confederación, inclusa la subterránea de minas; y el de las hipotecas, censos, capellanías o cualquiera otra que reconozca gravamen. 11° La locación y enajenación de las propiedades territoriales del Gobierno Federal. 12° La publicación por la imprenta de avisos industriales y de todo otro que se dirija al público: la de documentos oficiales y toda otra noticia o razón tomada del movimiento de los Tribunales, oficinas o establecimientos Nacionales.” *Registro Nacional de la República Argentina*. Tomo I (1851-1855). Buenos Aires. Imprenta del Orden, 1863, pp. 233-235.

⁶²⁷ Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico*, op. cit., pp.44.

⁶²⁸ *Ibid.*, pp.16-17.

La hermenéutica del momento constituyente hasta aquí articulada nos permite afirmar en este punto que el *Sistema Económico y Rentístico* se orienta en querella con las doctrinas de Fraguero. Tanto las publicaciones que Alberdi dirigiera contra el proyecto de Fraguero en *El diario de Valparaíso* ya en 1853, y que serían respondidas desde *El Nacional Argentino*, como la correspondencia privada de Alberdi con Urquiza⁶²⁹, no hacen sino confirmar la evidencia que, a este respecto, es particularmente notoria en la primera edición del *Sistema*... En ella Alberdi no sólo celebra explícitamente la reciente derogación del *Estatuto*⁶³⁰, sino que, incluso más, su objeción a la intervención industrial del poder público se extiende precisamente sobre cada uno de los ramos en que se debía involucrar la Confederación de acuerdo con el mismo⁶³¹.

La reiterada prevención de Alberdi respecto a la posibilidad de que la legislación orgánica incurra en la desnaturalización de la Constitución tiene en el Estatuto su concreto referente polémico. A este respecto, la crítica de Alberdi se opone a la Administración pergeñada por Fraguero en los planos de su doctrina económica, de su conformación institucional, y de sus implicancias para la autoridad política presidencial. Respecto al primer punto, que ya hemos

⁶²⁹ Mayer, Jorge. *Alberdi y su tiempo*, op. cit., p.529 (especialmente nota 214). La más completa reconstrucción de la suerte del *Estatuto*... se encuentra en Díaz Araujo, Enrique. *Dos Planes para la Organización Nacional* op. cit., pp. 127-191 (el involucramiento de Alberdi se aborda en pp.174-179).

⁶³⁰ Además de las que se abordan en lo sucesivo, Alberdi interpreta la reciente derogación del “*Estatuto de hacienda y de crédito*” como “una garantía del crédito venidero lejos de justificar temor alguno contra los recursos de la Confederación. Retrocediendo a tiempo del camino en que se había lanzado se ha librado de un peligro y está en mejor aptitud de emplear el recurso del crédito nacional.” (Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico*, op. cit., p.293); por otra parte, afirma también que “[s]iendo el crédito público un recurso destinado para urgencias de la Nación o para empresas de utilidad nacional, como dice la Constitución, parece que ella hubiera querido considerarlo como recurso extraordinario, y lo es en cierto modo, efectivamente (...), bajo cuyo aspecto no puede ser centro y símbolo de los demás recursos financieros, como parecía deducirse del *Estatuto*, abrogado hoy día, que dividió el tesoro nacional en hacienda y crédito, como pudiera dividirse el hombre en todo su cuerpo de un lado, y del otro una de sus manos.” (*Ibid.*, pp.365-366)

⁶³¹ “todo reglamento, todo estatuto, que saca de manos de los particulares el ejercicio de alguna de esas operaciones, que se reputan y son industriales por esencia en todas las legislaciones del mundo, y hace de él un monopolio o servicio exclusivo del Estado ataca las libertades concedidas por la Constitución, y altera la naturaleza del gobierno, cuyas atribuciones se reducen por la Constitución a legislar, juzgar y gobernar; jamás a ejercer industrias de dominio privado. (...) Bancos, casas de seguros, ferrocarriles, líneas de navegación a vapor, canales, muelles, puentes, empresas y fabricaciones de todo género, toda cuanta operación entra en el dominio de la industria, debe de estar al alcance de los capitales particulares dispuestos a emplearse en la explotación de esos trabajos y empresas verdaderamente industriales, si las libertades concedidas por los artículos 14 y 20 de la Constitución, como base del derecho industrial, han, de ser una verdad práctica y no una ostentación de mentido liberalismo (...) No hallaréis en toda la Constitución Argentina una disposición que atribuya a rama alguna del gobierno la facultad de ejercer el comercio, la agricultura o las manufacturas por cuenta del Estado. El gobierno que se hace banquero, asegurador, martillero, empresario de industria en vías de comunicación y en construcciones de otro género, sale de su rol constitucional; y si excluye de esos ramos a los particulares, entonces se alza con el derecho privado y con la Constitución, echando a la vez al país en la pobreza y en la arbitrariedad.” *Ibid.* pp. 463-464.

abordado implícitamente, Alberdi es rotundo al señalar que, en oposición al socialismo, el pensamiento económico de la constitución está inspirado en la “escuela de la libertad” de Adam Smith, que sabemos conoce indirectamente a través de Say. Respecto al plano institucional, Alberdi denuncia una doble contradicción de la Administración de Hacienda con la constitución de 1853, derivadas de su inspiración en las doctrinas administrativas francesas: por un lado, su estructura consultiva es contraria al carácter unipersonal del ejecutivo constitucional; por otro, la centralización del Estatuto se inspira en el patrón unitario, y resulta discordante con el carácter federal de la constitución⁶³². En relación a sus implicancias políticas, Alberdi apunta que la desconcentración del ramo de la hacienda, al sustraer al Poder Ejecutivo la administración del tesoro público, atenta contra uno de sus principales medios de autoridad⁶³³.

El camino emprendido en relación al pensamiento de la organización constitucional de la Confederación Argentina exige una breve recapitulación en vistas de nuestros objetivos ulteriores.

⁶³² “Me detengo en este punto porque contiene un peligro constante de que se altere o comprometa el bello sistema que la Constitución ha dado al ramo de hacienda, por la adopción de doctrinas o ejemplos de administraciones que pertenecen a países regidos por constituciones diferentes de la nuestra. Ya hemos tenido un ejemplo de este extravío en el *estatuto de hacienda*, que entregó la administración de este ramo de gobierno, a corporaciones en cierto modo independientes de él y revestidas de poder deliberante, cuando la Constitución (art. 94) atribuye el despacho de la administración general de hacienda al Ministro secretario de Estado en este ramo. Omitiendo el Consejo de Estado, pone toda la administración del país (art 83) en las manos exclusivas del Presidente, quita de raíz a la administración argentina en todos los grados de su jerarquía, el carácter de consultiva, que la administración francesa hacia derivar del principio en que descansa la institución central del Consejo de Estado. El error del *Estatuto de hacienda*, corregido por su derogación tan oportuna, habrá de repetirse muchas veces si no se pone cuidado en evitar el ejemplo y las doctrinas administrativas de países regidos por gobiernos unitarios, como Francia el país de Europa más influyente en Sud América por la doctrina de sus libros, y Chile el más edificante por el buen éxito de su gobierno en esta parte del continente. (...) Nuestros publicistas leen esas doctrinas; no se dan cuenta de su origen y motivos peculiares, y las aplican a la organización de nuestro país, sin reparar que la Constitución o modo de ser de su orden político está lejos de ser y poder ser unitario en el grado que la Francia debe a muchos siglos de trabajos graduales.” (*Ibid.*, pp.390-392) Más adelante, agrega que “[p]ara que la subdivisión del despacho en varias direcciones no perjudique a la energía y prontitud de la acción administrativa, es necesario que ellas sean generales, es decir extensivas a toda la Confederación en su ramo respectivo, bajo la dirección común e inmediata del ministro del ramo, su cabeza y jefe después del Presidente. Se requiere además, que en vez de estar formadas por cuerpos colectivos (como las administraciones de hacienda, que creó el estatuto abolido), sean unipersonales, siguiendo el sistema de la Constitución que ha puesto toda la administración de la Confederación bajo la alta dirección unipersonal del Presidente.” (*Ibid.*, p.405)

⁶³³ Alberdi sostiene que “las finanzas, como se sabe, son el principal medio de autoridad” (p. 344), para agregar más adelante que “[e]s tan esencial del poder ejecutivo la administración del tesoro público que todo estatuto que le despoje de ella, en todo o parte del poder que le da la Constitución, desnaturaliza ese ramo importante del gobierno del país y ataca la Constitución en su base más fuerte. Ni será preciso para esto que le arrebate todo el poder financiero; pues bastaría, por ejemplo, que la administración del crédito, uno de los recursos que forman el tesoro nacional según la Constitución (art. 4), fuese colocada en manos de una autoridad un poco independiente del poder ejecutivo, para introducir la división o desmembración de éste y preparar su ruina por medio de su debilidad (...) las rentas, como se sabe, son el principal medio de autoridad.” *Ibid.*, p.390.

Hemos visto hasta aquí que el modelo constitucional adaptado sigue parcialmente el diseño federal estadounidense de 1787: si el expediente federal es tanto para Fraguero como para Alberdi una exigencia o imposición de la historia y la coyuntura, la concreta forma centralista que adopta se aparta del modelo estadounidense en rasgos decisivos, para aproximarse al diseño de la constitución chilena de 1833: la primacía legal nacional y la concentración presidencial de poder y autoridad. Hemos advertido también que estos aspectos “centralizantes” constituyen un punto de acuerdo en los planes de organización de Alberdi y Fraguero: para ambos, comprende un punto de apoyo fundamental para sus planes de organización nacional de la Argentina posrosista.

En sus *Bases...* Alberdi había sido claro respecto a la diferencia fundamental entre el constitucionalismo revolucionario y el nuevo constitucionalismo al que estaba llamada la hora: “[l]os fines políticos eran los grandes fines de aquel tiempo; hoy deben preocuparnos especialmente los fines económicos.”⁶³⁴ En este punto coincide con Fraguero, para quien la política de la época de gloria y rapiña debe ceder ante las actuales exigencias de la nueva era industrial. Acordando en que el nuevo orden institucional debe orientarse de modo finalista por motivos de carácter económico, la clave de la controversia entre ambos radica precisamente en el significado que ambos atribuyen a “lo económico”.

Se trata de una cuestión que, en el próximo capítulo, nos proponemos abordar a partir de dos grandes constataciones: por un lado, y al nivel de la superficie textual, se advierte la oposición férrea entre posiciones que se asumen en la distancia que separa al liberalismo del socialismo; por otro lado, y al nivel de los lenguajes movilizados, ambos se ligan en la común referencia a los debates teórico-políticos que, a este respecto, se suscitaran en el ámbito cultural francés. El carácter futurocéntrico de los planes de organización de Alberdi y Fraguero nos invita a ensayar una somera reconstrucción de los repertorios intelectuales que proveen sus fundamentos, en los que la filosofía de la historia implicada en sus diagnósticos y pronósticos se enlaza con la reflexión económica (y la oposición entre economía política y social comienza a perfilarse en la época): a ello nos abocaremos en el próximo capítulo.

⁶³⁴ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op.cit., p. 121.

V. El sentido histórico de la constitución: filosofía de la historia, economía y democracia.

*... frente a la totalidad del tiempo, ninguna época es digna de alabanza o censura, pues todas son simultáneamente deudoras y acreedoras.*⁶³⁵

Este capítulo se propone inscribir las posiciones de Alberdi y Fraguero en el campo de la filosofía de la historia, con especial atención al modo en que sus perspectivas se enlazan, desde posiciones polares, con una común comprensión de la democracia que excede a la noción de régimen, para convertirse en principio de intelección del estado social epocal, y en tendencia histórica a la democratización: se trata de un fenómeno que, a partir de la década de 1830 en Francia, es un vaso comunicante que se extiende a lo largo de todo un arco ideológico que progresivamente se polariza entre liberales y socialistas. Sugeriremos que el aspecto arquitectónico del diseño constitucional es, para ambos, también un plan o programa fundamental para el poder público argentino brotado de una interpretación de un novedoso concepto de lo social, a la vez retroactivo y proyectivo.

El primer apartado se aboca a restituir desde el ángulo de la historia conceptual la indubitable centralidad del “liberalismo” como concepto ordenador de la comprensión del momento constituyente de 1853; como contrapartida, la segunda parte se centra en el socialismo como índice problemático de la historia intelectual rioplatense seminalmente asociado a las generaciones románticas y sus oscilaciones ideológicas.

El segundo apartado se centra en el panorama intelectual francés que comienza a surgir en las postrimerías de la Restauración, y hasta mediados del siglo XIX: nos centraremos en el modo en que la ontologización de lo social pasa a ser un común presupuesto de intelección de los fenómenos políticos al que adscribirán tanto al naciente doctrinarismo como su contestación sansimoniana. La cuestión económica, campo de las oposiciones más claras entre Alberdi y Fraguero, será abordada a partir de la historia intelectual de la emergente disciplina económica en el ámbito rioplatense,

⁶³⁵ Löwith, Carl. “Prólogo a la primera edición alemana”. En Löwith, Carl. *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX*. Buenos Aires, Katz, 2008, p. 17

atendiendo especialmente a la bifurcación entre economía política y economía social y su ulterior impacto en las políticas comerciales, rentísticas y financieras sostenidas por ambos.

El tercer apartado se aboca al modo en que la adscripción de Alberdi y Fraguero a un régimen político nacionalmente centralizado y concentrado presidencialmente es producto de la común consideración del poder estatal e incluso personal como instrumento de la reforma social; por otra parte, veremos el modo en que la convergencia en este medio de técnica política tiene como contrapartida una divergencia fundamental en torno a su sentido histórico de futuro: si para el primero resulta un instrumento adecuado para consumir, por medios inmigratorios, una suplantación que ponga eventualmente a la ciudadanía a la altura de la república democrática, el segundo considerará indispensable una reforma del crédito para la democratización económica de la sociedad.

V.1. Liberalismo y socialismo en la historia intelectual de 1853

El liberalismo argentino, concepto y tradición.

Desde una perspectiva histórico-conceptual, Fabio Wasserman ha observado que “[e]ntre 1750 y 1850 la familia conceptual liberal/liberalismo tuvo una importancia limitada en el discurso político rioplatense.”⁶³⁶ Según el mismo autor, es precisamente

a principios de la década de 1850 cuando comenzaban a coagular nuevos usos y significados que dotaron a «liberal» de mayor densidad conceptual, destacándose en ese sentido la progresiva difusión del neologismo «liberalismo» entendido como un indicador de movimiento temporal y como una fuerza o un sujeto histórico.

Sostiene este historiador que “fue justo entonces cuando «liberal» se constituyó en un «concepto histórico fundamental» (...) La Constitución podría considerarse entonces como piedra de toque del liberalismo argentino que en pocos años empezaría a dominar la vida política y la economía

⁶³⁶ Wasserman, Fabio. “Liberal-Liberalismo”. En Fernández Sebastián, Javier (dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, op. cit., p. 732.

hasta bien avanzado el siglo XX.”⁶³⁷ En una imagen sintética bosquejada por Alonso y Ternavasio, al “momento republicano” siguió el “momento del liberalismo constitucional.”⁶³⁸ A lo largo de este período, los conceptos de liberal y liberalismo perderán progresivamente su carácter adversativo contra el “despotismo”, identificado con una nueva imagen totalizante del régimen colonial, para ir ganando densidad como formación doctrinaria en sentido propio⁶³⁹.

En el ámbito de la historia intelectual que ha tomado a la constitución de 1853 como objeto de reflexión existe acuerdo en señalar que, con el proceso constituyente de 1853, y especialmente a partir de la obra alberdiana, la matriz liberal dominaría los discursos políticos. En lo que sigue recuperaremos algunas de las características centrales del momento constituyente de 1853, tal como aparecen en algunos de los principales mojones de la revisión historiográfica reciente acerca del liberalismo histórico argentino, o de la historia de la tradición liberal argentina⁶⁴⁰. La labor doctrinaria desarrollada por Alberdi entre los años 1852 y 1854 –que como hemos señalado, los gobiernos de Urquiza y Roca posicionarían en el centro del constitucionalismo argentino–, ha tendido a ser considerada un verdadero hito doctrinario del liberalismo político y económico: sin

⁶³⁷ “Entre otros indicadores de esta centralidad se pueden señalar dos cuestiones: por un lado, el hecho de que en las décadas de 1850 y 1860 comenzaron a surgir en las provincias partidos que se identificaban plenamente como liberales; por el otro, que en esos años comenzó a cobrar forma y a difundirse con gran éxito la consideración del liberalismo como una fuerza progresista de transformación histórica que permitía orientar el rumbo político tras décadas de conflictos internos. De ese modo se abría una nueva etapa en la evolución del término liberal, constituyéndose desde entonces en un concepto histórico fundamental.” Wasserman, Fabio. “Entre la moral y la política. Las transformaciones conceptuales de liberal en el Río de la Plata (1780-1850)”. En Fernández Sebastián, Javier (coord.) *La aurora de la libertad. Los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano*. Madrid, Marcial Pons, 2012, pp. 39, 67.

⁶³⁸ Alonso, Paula y Ternavasio, Marcela. “Liberalismo y ensayos políticos en el siglo XIX argentino”. En Jakšić, Iván y Posada Carbó, Eduardo (eds.). *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 279-320.

⁶³⁹ Goldman, Noemí. *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780- 1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008 (especialmente las entradas “liberal/libertad” y “derecho/derechos” a cargo de Fabio Wasserman y Oreste Carlos Casanello respectivamente); Goldman, Noemí. “Constitución. Argentina - Río de la Plata”, *op. cit.*; Goldman, Noemí. “Constitución y representación: el enigma del poder constituyente en el Río de la Plata, 1808-1830”. En Annino, Antonio y Ternavasio, Marcela (coords.). *El laboratorio constitucional iberoamericano: 1807/1808–1830*. Madrid, Iberoamericana, 2012, pp. 203-218. Ver también: Verdo, Geneviève. “El dilema constitucional en las Provincias Unidas del Río de la Plata (1810-1819)”, *op. cit.*

⁶⁴⁰ La revisión historiográfica reciente acerca del liberalismo histórico argentino, o de la historia del liberalismo argentino, no ha estado desligada de la circunstancia política. Así, durante los años ’80, los intentos de reconstruir una democracia en la que el componente liberal merecía un fuerte destaque produjeron una serie de publicaciones refundacionales sobre la incidencia y peculiaridad de la tradición liberal argentina; en la década siguiente, el ciclo de reformas económicas de signo (neo)liberal reactivarían el debate en torno a dicha tradición; finalmente, la crisis política de 2001 y la reconstrucción de la autoridad política proveerían el caldo de cultivo para un reverdecer de estos debates. Ver: Roldán, Darío. “La cuestión liberal en la Argentina en el siglo XIX. Política, sociedad, representación”, *op. cit.*; Roldán, Darío. “Introducción al Dossier ‘La cuestión liberal’”, *op. cit.*

perjuicio de las diversas cualificaciones específicas que habremos de advertir –revolucionario, conservador, autoritario, progresista, etc.–, hay un hilo que anuda estas visiones: el proyecto alberdiano se aparece como el dispositivo ordenador de la historia política (y política-intelectual) posterior.

En el año 1984 vio la luz *La tradición republicana. Sarmiento, Alberdi y las ideas políticas de su tiempo*⁶⁴¹, que desde entonces ha constituido una referencia historiográfica ineludible sobre el pensamiento político argentino de mediados del siglo XIX. Botana ha señalado en los prólogos sucesivos a sus tres ediciones una serie de oposiciones que organizan el despliegue argumental: el “tenso diálogo entre libertad e igualdad”, “la polaridad entre virtud e interés o (...) entre república de ciudadanos y república de habitantes”⁶⁴², la tensión entre “libertas antigua y libertad moderna”⁶⁴³, los contrastes entre “la *grandezza* de que hablaba Maquiavelo (...) y las costumbres pacíficas”, entre “el repertorio de derechos que una constitución republicana reconoce y consagra, y los deberes (...) interiorizados en la conciencia ciudadana”, y entre “ciudadanía participante y los representantes”, o entre “soberanía popular y régimen representativo”⁶⁴⁴. La plurifronte tradición republicana moderna es encuadrada bajo la cifra de esta taxonomía dicotómica, en las que las declinaciones republicanas del interés y de la virtud, ligadas también a dos ideas o conceptos de libertad, aparecen encarnadas por las figuras de Alberdi y Sarmiento⁶⁴⁵.

En la segunda parte de la obra Botana aborda específicamente al pensamiento político del momento constitucional de 1853: el apartado “la polémica constitucional” del capítulo 7 (“El orden político”) dedica varias páginas al contrapunto entre Sarmiento y Alberdi en torno a las cuestiones de cómo realizar la libertad política, la representación, y las exigencias de la virtud, volviendo especialmente sobre los comentarios constitucionales de uno y otro. Tal como se desprende de los apartados bibliográficos que acompañan a cada capítulo, esta reconstrucción retrospectiva del republicanismo moderno es realizada fundamentalmente a la luz de la especial declinación (y

⁶⁴¹ Botana, Natalio. *La tradición republicana*, op. cit.

⁶⁴² *Ibid.*, p.29.

⁶⁴³ *Ibid.*, p.23.

⁶⁴⁴ *Ibid.*, p.14.

⁶⁴⁵ Para una crítica metodológica desde la nueva historia intelectual en torno a los efectos historiográficos de esta estructuración dicotómica, ver: García Sigman, Luis Ignacio. “El pensamiento de Juan Bautista Alberdi en la Tradición Republicana de Natalio Botana: ¿historia o mitología? Una lectura crítica desde la nueva historia intelectual”. *Hib. Revista de Historia Iberoamericana*, Vol. 6, N° 2, 2013, pp. 33-62. Disponible en: <https://revistahistoria.universia.net/article/view/290/pensamiento-juan-bautista-alberdi-tradicion-republicananatalio-botana-historia-mitologia-lectura-critica-historia-intelectual->

sesgo) de Isaiah Berlin, Raymond Aron y Bertrand de Jouvenel. Por caso, Botana dedica extensos pasajes de la obra a la escuela económica clásica –filiada al desarrollo de la filosofía crítica escocesa-, la que aparece como incontestada matriz de la reflexión económica propia del republicanismo moderno. En el prólogo a la segunda edición de su *Tradición republicana...*, Botana hizo propias las críticas respecto a la confusión entre republicanismo y liberalismo en su relato, al advertir que

podría caer en un error de reduccionismo quien concibiese este relato como una puesta al día de la tradición liberal con otro nombre (...) [N]o es, sin embargo, *del todo* así. (...) [L]a tradición liberal (...) ocupa el centro de la tradición republicana en el siglo XIX junto a una constelación de ideas entre las cuales sobresalen los antecedentes clásicos y los nuevos hallazgos provenientes de las escuelas históricas (...) y de la sociología en formación de sansimonianos y positivistas.⁶⁴⁶

Botana advierte en las figuras de Saint Simon y Leroux dos referencias ineludibles para comprender la cuestión de la inteligibilidad histórica que atraviesa a la tradición republicana en el siglo XX. Su consideración, sin embargo, no se extiende hacia la proyección del socialismo republicano o del republicanismo socialista en la reflexión sobre la misma autonomía de la esfera económica, que sería el nacimiento de la economía social.

En “Tradición liberal argentina”, de 1987, Ezequiel Gallo ensayó una breve genealogía del liberalismo político argentino en la que la obra constitucional de 1853 es un verdadero hito fundacional. En relación al pensamiento de Alberdi, Gallo destaca “la comprensión cabal del principio rector del pensamiento liberal” por parte de Alberdi: el del “*gobierno limitado*”. Afirmo luego que

[d]el tronco común de la tradición liberal, Alberdi elaboró una combinación un tanto peculiar. Su radicalismo en el tema económico-social contrastó fuertemente con la actitud conservadora y gradualista que exhibió en el campo político-institucional. En este último ámbito los escritos de Alberdi aparecen como extremadamente atentos a las tradiciones vigentes en el Río de la Plata y obsesionados con la larga secuela de guerras civiles, anarquía y dictadura que siguió el primer medio siglo de vida independiente argentina. Alberdi creyó que la solución a este problema era la constitución de un poder

⁶⁴⁶ Botana, Natalio. “Prólogo a la segunda edición”. En *La tradición republicana*, Op. cit., pp.23-24. (subrayado nuestro)

nacional fuerte, con lo cual promovió una posición más centralista que la adoptada en el modelo constitucional norteamericano que tanto admiraba.⁶⁴⁷

En un trabajo denominado “Argentina: Liberalism in a country born liberal”⁶⁴⁸, Tulio Halperín Donghi formuló de modo palmario la tesis del “país nacido liberal”. Según Halperín, las más tempranas articulaciones de un liberalismo específicamente argentino surgieron al calor del giro terrorista de la política interior rosista, que motorizó una alianza entre los antiguos unitarios y los jóvenes del ’37 contra Rosas, en la que estos últimos aportarían su carácter argentino. La ausencia del frente habitual de polémica constitutiva del campo liberal, esto es, la debilidad de las fuerzas típicamente conservadoras (iglesia, aparato administrativo y militar colonial-monárquico), es una nota distintiva del cuadro social en que emerge el liberalismo argentino, que habría de darle su especial vocación ordinativa. No se trataría, en suma, de una “desviación” del liberalismo, sino de un liberalismo moldeado sin un frente de adversidad tradicional.

Gabriel Negretto también se ha opuesto a la tesis de un liberalismo “desviado” o “fallado”. Este autor ha subrayado que el distanciamiento del proyecto de la “república posible” alberdiana respecto a los cánones del “gobierno limitado” (forma centralizada de federación; ejecutivo vigoroso investido de fuertes poderes de emergencia; restricción de la participación popular por medio de la cualificación electoral) se deben más bien a su orientación en favor de la formación y consolidación del nuevo régimen en un clima de ideas ciertamente menos optimista que el que embargaba a los primeros ensayos constitucionales:

Al promediar el siglo, como es sabido, la interpretación liberal del republicanismo adquirió un carácter hegemónico en el escenario político regional. No llegó a este punto, sin embargo, en un estado ideológicamente puro. El liberalismo triunfante emergió en verdad como un pensamiento de síntesis y compromiso entre corrientes políticas contrapuestas. En particular, adoptó el principio democrático de la soberanía popular y la auto-determinación ciudadana al postular el origen electivo de todos los gobernantes, pero lo limitó, al mismo tiempo, tomando de los conservadores la idea de desmovilizar la participación ciudadana, fortalecer la autoridad del ejecutivo y limitar el poder de las legislaturas como requisito para crear orden. (...) Dado los conflictos entre elites y la ola

⁶⁴⁷ Gallo, Ezequiel. “Tradición liberal argentina”. *Estudios Públicos*, N° 27, pp. 351-378, la cita corresponde a las pp. 352-353.

⁶⁴⁸ Halperín Donghi, Tulio. “Argentina: Liberalism in a country born liberal”. En J. Love, y N. Jacobsen (eds.). *Guiding de Invisible Hand. Economic liberalism and the State in Latin American History*. Nueva York, Praeger, 1988, pp. 99-116.

de movilización popular que desató el proceso independentista en muchos países, las constituciones que establecían ejecutivos débiles y asambleas legislativas todopoderosas, fueron percibidas por la clase política dominante como la fuente misma de inestabilidad política y desorden social. El nuevo revisionismo constitucional apeló entonces a varias interpretaciones del concepto republicano clásico de la constitución mixta con el fin de introducir “balances” en la constitución que limitaran el poder de los parlamentos y fortalecieran al ejecutivo. Hacia mediados del siglo XIX, los resultados de este movimiento se hicieron visibles tanto en la creación de segundas cámaras legislativas con poderes equivalentes a los de la cámara de representación popular, como en el surgimiento de ejecutivos unipersonales, elegidos en forma independiente de la legislatura y dotados de poderes de veto sobre legislación y capacidad para decidir en materia de emergencias.⁶⁴⁹

Según Jorge Myers, las preocupaciones por “la doble cuestión de cómo establecer el imperio de la ley en un país que había conocido la «Suma del Poder Público», encarnado en la figura del dictador combatido por los miembros de la Nueva Generación, y de cómo cimentar un orden estable en una nación nacida de una ruptura revolucionaria” estarían a la base del liberalismo constituyente. Afín a la tesis halperiniana, el autor recupera el concepto de “*nation-building liberalism*” acuñado por Merquior para sostener que en el liberalismo del momento constituyente,

la voluntad de construir un orden se entremezclaba con la necesidad de dar forma a una comunidad nacional, ciertos elementos del arsenal de principios y argumentos del «liberalismo clásico» fueran subordinados a esa consideración primordial. Más allá del probable esquematismo de esta formulación, ayuda a entender por qué en la etapa 1852-1880 tuvo mayor eco en la Argentina un *liberalismo conservador o reactivo*.⁶⁵⁰

⁶⁴⁹ Negretto, Gabriel L. “La genealogía del republicanismo liberal en América Latina. Alberdi y la Constitución Argentina de 1853”. Washington, LASA, 2001, pp. 13-14, 8-9. Ver también: Negretto, Gabriel. “Repensando el republicanismo liberal en América Latina. Alberdi y la Constitución argentina de 1853”. En Aguilar, José Antonio y Rojas, Rafael (coords.). *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 210-243; Negretto, Gabriel. “Los orígenes del presidencialismo en América Latina: un estudio sobre el proceso constituyente argentino (1853-1860)”. *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, Vol. 7, julio de 2013, pp. 127-168.

⁶⁵⁰ Myers, Jorge. “Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo”. *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, N° 26, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2004, pp. 171-172.

Las referencias a un presunto “liberalismo conservador” alberdiano se multiplican en la bibliografía⁶⁵¹. Juan Fernando Segovia⁶⁵² ha dedicado un reciente estudio a ponderar la paradoja lógica, doctrinaria y sociológica implícita en la imputación de un carácter a la vez conservador y progresista al liberalismo alberdiano. Según este autor, la orientación de futuro y la legitimación del recurso a la violencia orientado a una transformación de la situación sociológicamente dada, dan cuenta de la naturaleza revolucionaria del pensamiento alberdiano. El presunto carácter “conservador” no sería sino un efecto retroléptico en la historia de las ideas argentinas.

Elías Palti⁶⁵³, restituyendo la argumentación de Isaiah Berlin que inspira la perspectiva de Natalio Botana – y que también jugaría un papel importante en la formación de la perspectiva de Pocock-, ha sugerido cierta correspondencia en el debate en torno a la libertad antigua (positiva) y moderna (negativa), con aquélla entre los lenguajes políticos republicano y liberal. Advirtiendo – y criticando- la transición entre descripción y normatividad presente en las elaboraciones de la Escuela de Cambridge, Palti desplaza aquella dicotomía hacia el plano de la axiología para sugerir que, al nivel de los supuestos fundamentales de estos lenguajes políticos, la contradicción entre la realización de

valores supuestamente universales (trascendentes) por medios seculares finitos (la república), sujetos, por tanto, a la contingencia y la corrupción”, “se resolvería, en principio, una vez que se abandona, con el liberalismo, el ideal de la realización de valores universales para adscribir la legitimidad de los sistemas políticos a la propia voluntad de sus miembros, es decir, cuando se secularizan tanto medio como fines. Pero

⁶⁵¹ También según Oscar Terán, “[e]n una frase de Bolívar que supo citar y según la cual los Estados de la América antes española necesitaban «reyes con el nombre de presidentes», el tucumano nacido con la revolución creyó reconocer el reclamo razonable de un poder ejecutivo fuerte y centralizado, y en este punto se funden en él liberalismo y conservadurismo.” Terán, Oscar. “Prólogo”. En Alberdi, Juan Bautista. *Política y sociedad en Argentina*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2005, p. XXII. Según Adelman, quien afirma seguir a Botana, los fines económicos propuestos por Alberdi para la constitución llevaron a muchos a pensar que “Alberdi era un liberal económico y un político conservador.” Adelman, Jeremy. “Between Order and Liberty: Juan Bautista Alberdi and the Intellectual Origins of Argentine Constitutionalism”. *Latin American Research Review*. Vol. 42, N°2, 2007, pp. 86-110, aquí p. 100.

⁶⁵² Segovia, Juan Fernando. “El liberalismo revolucionario en Argentina y la república posible ¿conservadora y progresista?”. *Fuego y Raya*, Vol.1, N° 2, 2010, pp. 129-168.

⁶⁵³ Palti, Elías José. “Las polémicas en el liberalismo argentino. Sobre virtud, republicanism y lenguaje”. En Rojas, Rafael, y José Antonio Aguilar (coords.) *El republicanismo en Hispanoamérica: Ensayos de historia intelectual y política*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

entonces surgirá otra forma de historicidad, una que escapa ya al ámbito del «momento maquiavélico».⁶⁵⁴

Esta descripción parece encuadrar con propiedad los esfuerzos reformistas del círculo rivadaviano, su confianza en la opinión pública, y sus consecuentes esfuerzos por formar una esfera pública. Pero, como señala Noemí Goldman, “la llamada generación romántica de 1837 resignifica, después de largos años de «unanimismo» excluyente durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas, el concepto de opinión pública para reemplazarlo por «razón pública».”⁶⁵⁵ El discurso alberdiano, según entendemos, desborda la realización de la voluntad de los miembros del cuerpo político: la operación alberdiana, no exenta de referencias al trascendentalismo deísta, parece consistir más bien en una exigencia de trasvaloración de la comunidad política en su existencia presente, que hipotetizamos histórico-filosófica, y sobre la que volveremos más adelante en este capítulo.

En lo que sigue proponemos abordar la singular matriz de la obra constitucional desde la oposición teórica y conceptual entre liberalismo y socialismo. Sin embargo, para una correcta comprensión de nuestro objeto es importante advertir que sólo desde mediados del siglo XIX el socialismo comenzaría a convertirse en un concepto antagónico al liberalismo: en cuanto concepto político de movimiento, desde la década de 1830 el socialismo comienza a configurarse más bien como un concepto superador del individualismo. En la senda de algunas de las disquisiciones historiográficas asociadas a esta relación conceptual nos aventuraremos en el próximo apartado.

El “socialismo” rioplatense como problema historiográfico.

El término socialista hace su aparición muy tempranamente en la historia intelectual argentina en las páginas de las revistas de la Generación del '37, apenas un lustro después de que su uso comenzara a generalizarse en Francia e Inglaterra. Para 1846 el adjetivo quedaba estampado en el título mismo de uno de los textos clásicos del pensamiento argentino, el *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría, y de algún modo la pregunta (y

⁶⁵⁴ *Ibid.*, pp. 204-205.

⁶⁵⁵ Goldman, Noemí. “Opinión Pública – Introducción”. En. Fernández Sebastián, Javier (dir.) *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconcepts-I]*. Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009pp. 994-995.

la disputa) por el alcance y sentido de dicho adjetivo lleva más de un siglo y medio de historia.⁶⁵⁶

Ya a principios del siglo XX, Paul Groussac habría de afirmar que el “socialismo” alberdiano no vendría a ser más que una inclinación, a partir de la simple oposición entre “individual” y “social”, en favor del *societalismo* como principio explicativo de los fenómenos políticos⁶⁵⁷: Tal como veremos enseguida, Groussac no innovaba en este punto respecto a la autointerpretación que de su trayectoria intelectual hiciera Alberdi hacia la segunda mitad de 1840. Siguiendo esta tónica interpretativa, Coriolano Alberini afirmaría en un estudio clásico que “[l]a palabra «socialista», usada por muchos escritores de distinto color político, es aquí sinónimo de «social», con dos matices: 1º teoría antiatómica de la sociedad, esto es, crítica de Rousseau; 2º espíritu de reforma política de corte democrático. Tal es el sentido del término socialista.”⁶⁵⁸ La tesis de la honda unidad doctrinaria del pensamiento alberdiano, ciertamente, encuentra apoyatura en las palabras del mismo jurista. Según él,

[l]as fuentes y orígenes de mi libro de las *Bases*, son *Preliminar al Estudio del Derecho*, de 1837; Mi *palabra simbólica*, en el Credo de la Asociación de Mayo, de 1838; *El Nacional*, de Montevideo, de 1838; *Crónica de la Revolución de Mayo*, de 1838; *El Porvenir*, de 1839; *Memoria sobre un Congreso Americano*, 1844; *Acción de la Europa en América*, de 1845; *Treinta y siete años después*, de 1847. He ahí los escritos de mi pluma, donde hallará Ud. los capítulos originales que he copiado a la letra en el libro improvisado de mis *Bases*. A eso aludí cuando llamé a ese libro «redacción breve de pensamientos antiguos».⁶⁵⁹

Se trata, como veremos, de una autointerpretación retrospectiva que, enfatizando la imagen de la unidad doctrinaria (o incurriendo en una mitología de la doctrina), habría de desdibujar los perfiles algo más discontinuos en la formación del pensamiento constitucional.

La oposición - también clásica- a la tesis de un pensamiento unitariamente “coherente” en la senda del liberalismo corresponde a José Ingenieros. En su artículo “los sansimonianos

⁶⁵⁶ Tarcus, Horacio. “Aportes para una historia conceptual del socialismo en el espacio rioplatense (1837-1899)”, *Conceptos Históricos*, Vol.4, N°5, 2018, p.128.

⁶⁵⁷ Groussac, Paul. “Las Bases de Alberdi...”, *op. cit.*, p.261.

⁶⁵⁸ Alberini, Coroliano. “La metafísica de Alberdi”. En Alberini, Coroliano. *Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981, pp. 95-108, aquí p. 101.

⁶⁵⁹ Alberdi, Juan Bautista y Sarmiento, Domingo Faustino. *Cartas Quillotanas / Las Ciento y una*. Buenos Aires, Emecé, 2011, p. 152.

argentinos”, el célebre científico y ensayista sería quien por primera vez definiera al colectivo romántico de 1837 como socialista en un sentido fuerte; esto es, en el sentido sansimoniano que, en un ambiente cultural signado por las influencias francesas, entonces predominara⁶⁶⁰. Raúl Orgaz, discípulo de Ingenieros, continuaría esta tesitura interpretativa⁶⁶¹.

La perspectiva actual de la historia intelectual rioplatense, particularmente prevenida respecto a las “mitologías” pseudohistóricas –especialmente implicadas aquí las de la “coherencia” y de las “doctrinas”-, se ven más inclinadas a las lecturas diacrónicas y discontinuistas. Así considerada, la disputa por el alcance y sentido del concepto “socialismo” que señalara Tarcus se remonta, en efecto, a las mismas disputas en que se trabaran, a lo largo de su trajín histórico, los integrantes de los colectivos románticos rioplatenses de las cuarta y quinta décadas del siglo XIX, miembros o no de la Asociación de la Joven Generación Argentina⁶⁶². De este modo, las voces “socialismo” y “socialista” son indicadores privilegiados de algunos de los desplazamientos significativos en las concepciones políticas de los miembros de esta élite político-intelectual.

La perspectiva actual de la historia intelectual rioplatense coincide en reconocer que Alberdi, como casi todos los miembros de la Generación del ’37, fue receptivo en su juventud a las influencias ideológicas de una pluralidad de expresiones ideológicas. Tal como sintetiza Alejandro Herrero, el joven Alberdi elaboraba por entonces “su proyecto de una república democrática utilizando conceptos de familias ideológicas diversas y enfrentadas: saintsimonianos, neo-católicos y liberales.”⁶⁶³ Por caso, en esta época temprana Alberdi evalúa negativamente a los doctrinarios,

⁶⁶⁰ Ingenieros, José. “Los sansimonianos argentinos”. *Revista de Filosofía*, Año 1, N° 5, Buenos Aires, septiembre de 1915. Luego publicado en: Ingenieros, José. *La evolución de las ideas argentinas. Libro II: La restauración*. Buenos Aires, J. L. Rosso, 1920.

⁶⁶¹ Grisendi, Ezequiel y Pablo Manuel Requena. “Raúl Orgaz, la sociología y la historia de las ideas sociales argentinas”. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-027/79.pdf> Las obras publicadas fueron “Las ideas sociales en la República Argentina” (1928) y cuatro libros dedicados al “romanticismo social argentino”: “progreso” del pensamiento nacional a partir de la reconstrucción de su pasado. Orgaz, Raúl. “Ingenieros, sociólogo”. *Páginas de Crítica y de Historia*. Buenos Aires, Gleizer, 1927. Orgaz, Raúl. “Las ideas sociales argentinas”. En *Sociología Argentina, Obras Completas II*. Assandri, Córdoba, 1950. Orgaz, Raúl. “Historia de las ideas sociales en la República Argentina”. En *Sociología Argentina, Obras Completas II*. Assandri, Córdoba, 1950.

⁶⁶² Seguimos en este punto la precisión respecto a que el movimiento romántico del Plata está integrado por dos generaciones, estrechamente vinculadas pero analíticamente distinguibles. Cfr.: Myers, Jorge. “La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, *op. cit.*

⁶⁶³ “Entre 1837 y 1842 [Alberdi] planteaba, empleando sus palabras, una ‘república democrática’ (siguiendo, sobre todo, los discursos exaltados de Leroux), que combinaba los principios de igualdad y de libertad proclamados por la revolución. (...) Invocaba la necesidad de un “dogma social” o “filosofía nacional” (esquema extraído de

y especialmente a Victor Cousin, por sus posiciones políticas posteriores a la revolución de 1830, recuperando en ello las críticas que les realizaba el republicano socialista Pierre Leroux, aunque apoyándose también en el ecléctico Jouffroy, filósofo vinculado a la revolución de Julio que, desalojado del poder por la monarquía constitucional, se había inclinado luego en favor de la república democrática⁶⁶⁴.

En línea con esta tesis, Jorge Myers advirtió que la idea de que “el «socialismo» endilgado a la «Generación del ‘37» por sus enemigos nunca había sido tal, sino que era fruto de un equívoco provocado por la profunda ignorancia de esos adversarios” es en buena medida producto de la *autointerpretación retrospectiva* que Alberdi realizara de su trayectoria intelectual en 1851; ésta, a su vez, lleva la doble marca de su primera retirada de las posturas socialistas con el “giro absolutista” de 1843-4, convertida en un “franco repudio” luego de las revoluciones europeas de 1848. Desde entonces,

[p]ara Alberdi, «socialista» se refería no a un ideal «comunista» -de colectivización de la propiedad privada-, sino a un interés por la «sociedad» que a su juicio era enteramente compatible con una postura liberal. Sin embargo, si la primera parte de aquella descripción alberdiana es correcta, la segunda no lo es tanto. Su perpetuación como marco interpretativo de este período del pensamiento de la «Nueva Generación» ha servido para desdibujar los contornos originales del mismo, ya que si luego de 1848 el «liberalismo» de muchos miembros de esa generación se iría acentuando como marco ideológico de su reflexión, las características del mismo -en muchos casos contradictorias o sorprendentes- sólo se podrán explicar por su origen en un sistema de pensamiento que no era liberal, sino

Leroux, Lerminier y Jouffroy), de una “economía democrática”, es decir, planificada (adhería también aquí a Leroux), un Poder Ejecutivo fuerte (tomaba esta medida de Lerminier) y un Estado Federal (inspirado en las enseñanzas de Tocqueville) con el objeto de lograr la unidad nacional en un territorio donde predominaba la dispersión y la escasa población. Pero al mismo tiempo, Alberdi introducía argumentos de los doctrinarios y de Constant, para defender la libertad individual en oposición al Estado o sociedad que podía amenazarlo.” Herrero, Alejandro. “Juan Bautista Alberdi: de la ‘república democrática’ a la ‘república posible’. Un proyecto alternativo al régimen de Juan Manuel de Rosas”, *op. cit.*, p. 262.

⁶⁶⁴ Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, *op.cit.* Ver también: Herrero, Alejandro. “República, democracia y estado federal. Una aproximación a la recepción de la cultura política francesa en el discurso juvenil de Juan Bautista Alberdi (1837-1838)”. *Cuadernos del Sur. Historia*, N° 35-36, Bahía Blanca, 2007, pp.73-99; Betria, Mercedes. “Resonancias de Jouffroy en el joven Alberdi: entre teoría y praxis de la «ciencia de la política»”. *Polhis. Dossier “Alberdi y sus mundos. Conceptos y saberes en la formación de la Argentina moderna, 1830-1860”*. Año 9, N° 17, 2017, pp.109-136. Cfr.: Vermeren, Patrice. “Le remords de l’éclectisme, précurseur de la synthèse de la philosophie et de la révolution? Pierre Leroux, Proudhon et Ferrari lecteurs de Jouffroy”. *Corpus*, N°33, diciembre de 1997, pp.5-31, y Vermeren, Patrice. *Victor Cousin. EL juego filosófico entre la filosofía y el Estado*. Rosario, Homo Sapiens, 2009.

romántico, republicano, y «socialista». (...) [L]a impronta del republicanismo, cuyos tópicos circulaban entonces profusamente en el Río de la Plata, se superpuso a la del «socialismo» de la Nueva Generación, para otorgarle un lugar de privilegio al ideal revolucionario. Si el republicanismo de los rivadavianos manifestó esencialmente una expresión matizada por el liberalismo doctrinario y el radicalismo filosófico inglés y francés, y si asimismo el republicanismo de los rosistas se plasmó en un molde esencialmente clásico, el republicanismo de la Nueva Generación [según sus referencias explícitas] adoptó en cambio como vehículo el «socialismo» humanitarista de la escuela de Pierre Leroux.⁶⁶⁵

Fragueiro, algo mayor que las generaciones románticas, no pertenece en estricto sentido al colectivo generacional del '37⁶⁶⁶, pero como hemos visto permanece en sus redes de socialización durante la emigración en Chile⁶⁶⁷, y sabemos también que es un lector de fuentes francesas contemporáneas. A diferencia de Alberdi, es justamente después de los acontecimientos europeos de 1848 que Mariano Fragueiro se proclamará públicamente socialista, no en el sentido “societalista” en que Alberdi intentara redefinir hacia esta época sus más tempranas filiaciones político-ideológicas, sino en el sentido en que había comenzado a figurarse en el universo de discursos políticos de la Francia posterior a la década de 1830, desde que a mediados de la misma Leroux invocara la oposición entre el individualismo y socialismo absolutos como la más grave cuestión que se presenta desde el principio de asociación que dominara la época.

V.2. La filosofía de la Historia del momento constituyente de 1853

En la sesión del 20 de abril del Congreso General Constituyente de 1853, el octogenario Facundo Zuviría pronunció un célebre discurso en oposición al proyecto que sería sancionado el 25 de mayo. En vistas de la sedición bonaerense, su oposición se dirigía tanto al contenido específico del proyecto como a su mérito y oportunidad: de acuerdo al veterano luchador de las

⁶⁶⁵ Myers, Jorge. “La revolución de las ideas...” *op. cit.*, p.429.

⁶⁶⁶ Molina, Eugenia. “Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino...” *op. cit.*, especialmente p. 424.

⁶⁶⁷ Rodríguez Rial, Gabriela. “Exilio y comunidades intelectuales en los procesos de consolidación nacional...” *op. cit.*

guerras civiles se trataba, también, de un problema de interpretación histórica. Para el presidente del cuerpo la historia era aún una *magistra vitae*, una fuente de prudencia política, que lo conducía a afirmar que “[l]a experiencia por lo común no está de acuerdo con las verdades especulativas”.⁶⁶⁸ Según el mismo Zuviría,

[l]as instituciones no son sino la fórmula de las costumbres públicas, de los antecedentes, de las necesidades, carácter de los Pueblos y expresión genuina de su verdadero ser político. Para ser buenas y aceptadas deben ser vaciadas en el molde de los Pueblos para que se dicten. Si sancionada la Constitución, se calcula en hacerla aceptar y observar por la fuerza, es seguro que cuando no sea rechazada por la misma, le faltaron la voluntad y convicción, únicas bases de estabilidad en que reside el poder de la ley y la autoridad que ella creare (...) Si el mérito de la [constitución] Inglesa está en que no reposa sobre teorías, sino sobre una reunión de hechos, es porque esos hechos han sido conquistados de tiempo en tiempo; registrados y consignados a medida que se conquistaban. Por esta circunstancia su carta ha venido a ser la expresión del hecho como debe ser toda Constitución para que sea estable: mas no de hechos conquistados simultáneamente y mucho menos de teorías reunidas y desmentidas por los mismos hechos.

En definitiva, opinaba el decano de los constituyentes que “hemos desacreditado esos mismos principios con su inoportuna y hasta ridícula aplicación”, “queriendo ensayar cuanto hemos leído y buscando la libertad constitucional en libros o modelos y no en el estado de nuestros Pueblos y nuestra propia historia.”⁶⁶⁹

⁶⁶⁸ “El derecho público es muy extenso en los libros; pero, por desgracia, estos poco enseñan sobre la aplicación de sus reglas y menos sobre la oportunidad de esta aplicación: una idea práctica vale por muchas teóricas. De esa inoportunidad, de esa latitud, de esa exageración en los principios de esa exaltación y furor al proclamarlos, ha resultado, que siendo las Constituciones la verdadera y sólida garantía de la libertad y derechos públicos, las mismas Constituciones han sido entre nosotros el foco de pretexto (sic) de mayor anarquía, la positiva enseñanza de los trastornos y escándalos, empezando por la destrucción de los Congresos reunidos para evitarlos y de las Constituciones dictadas en garantía del orden y de la libertad. (...) Los resultados han correspondido a nuestra imprudencia.” Ravignani, Emilio (coord.) *Asambleas Constituyentes Argentinas: seguidas de los textos constitucionales, op. cit.*, pp. 471.

⁶⁶⁹ Algo antes indicaba “La ciencia del Legislador no está en saber los principios de derecho Constitucional y aplicarlos sin más examen que el de su verdad teórica; sino en combinar esos mismos principios con la naturaleza y peculiaridades del país en que se han de aplicar; con las circunstancias en que este se halle, con los antecedentes y acontecimientos sobre que se deba y pueda calcular: está en saberse guardar de las teorías desmentidas por los hechos ya sea por la falsedad de ellas, o su mala aplicación. Está también en conocer todos los elementos materiales y morales que encierra la sociedad sobre que va a legislar. Está finalmente, en saber juzgar y combinar todas las pretensiones e intereses discordantes de los Pueblos que constituyen dicha sociedad (...) Con la fuerza se conquista, no se convence; se domina, no se gobierna. Si ella ha obtenido algo en el orden político, es la conquista de uno u otro hecho, que el tiempo haya elevado a principio; mas nunca una Constitución.” *Ibid.*, pp.470, 473-474.

La generalidad de los constituyentes alzaría su voz en contra del diagnóstico prudencialista de Zuviría. Para el sacerdote -católico doctor en teología y defensor de la libertad de cultos- Benjamín Lavaisse, el “carácter ilustrado y liberal” de la Constitución era justamente su principal mérito. En la misma tesitura, tanto Delfín Huergo – secretario de Urquiza, y liberal doctorado en derecho por la Universidad de Buenos Aires durante el segundo gobierno de Rosas- como Salustiano Zavalía -antiguo integrante de la Asociación de Mayo que el fracaso de la Coalición del Norte había arrojado al exilio en Perú- criticarían la idea de que, adaptándose a las particularidades históricas de un pueblo, la constitución jurídica debía incardinarse en una situación de paz y normalidad existente como punto de partida. Incluso más, ambos llegarían a invertir este principio al afirmar que la misma constitución sería el remedio para nuestra falta de vida constitucional, educando al pueblo en hábitos republicanos⁶⁷⁰. Diagnósticos y pronósticos operan, por tanto, como argumentos de última instancia en el debate constitucional de 1853.

Las elaboraciones histórico-filosóficas constituyen uno de los carriles centrales en que discurre, hacia mediados de 1840, el pensamiento político de los integrantes de ese difuso colectivo romántico surgido una década antes⁶⁷¹,

Tal como reza un giro idiomático sobre el que Alberdi y Fragueiro volverán una y otra vez, el pensamiento de la organización constitucional argentina gira en torno a la legalidad histórico-filosófica inmanente a “la naturaleza de las cosas”. La determinación de la lógica o los principios que hacen inteligible ese desenvolvimiento es el núcleo de su diferendo fundamental que, en virtud de la función arquitectónica del orden político en formación, se proyecta en consecuencia sobre sus planes de organización institucional. El punto de partida de la obra constitucional es, tanto para Alberdi como para Fragueiro, la identificación del conflicto histórico-político eminente, cuya

⁶⁷⁰ Según Zavalía, “esperar, como quiere el Diputado de Salta, a que los Pueblos se pongan en perfecta paz y orden político, para dar la Constitución, es como esperar a que sane el enfermo, para aplicarle los remedios. Lo mismo, es aplicable al argumento de la falta de costumbres republicanas, como obstáculo para promulgar la Carta - Por lo mismo que nuestros Pueblos no están educados, es preciso ponerlos cuanto antes en la escuela de la vida constitucional”. Huergo, por su parte, afirmaría que “no hay que temer la anarquía, porque las Constituciones no siempre se han dictado en medio de la paz y de la quietud de los Pueblos - Las Constituciones son unas veces el resultado y muchas otras la causa del orden moral de las Naciones - En Inglaterra, en los Estados Unidos, ella (la Constitución) ha sido el resultado del orden y de las buenas costumbres. Entre nosotros, como en muchas otras partes, ella será la causa, ella será la que morigere nuestros hábitos y la que eduque nuestros Pueblos.” *Ibid.*, pp. 480, 484.

⁶⁷¹ Para un análisis reciente de los problemas y desplazamientos conceptuales asociados al romanticismo en V. F. López, Mitre, Sarmiento y Alberdi, ver: Palti, Elías José. *El momento romántico, op. cit.* Myers, Jorge. “Clío filósofa. Los inicios del discurso histórico rioplatense (1830-1852)”. *Varia Historia*. Belo Horizonte, Vol. 31, N° 56, mayo-agosto de 2015, p. 331-364.

superación o neutralización es el objeto de toda gran política de organización; su comprensión supone su inscripción en cierta grilla de inteligibilidad histórica que conjeturamos filosófica.

El momento constituyente en la historia de las ideas

Una parte no desdeñable de la centralidad histórica del proyecto alberdiano es indisociable, en retrospectiva, de sus posteriores apropiaciones políticas. En la medida en que sus miras están puestas en una realización futura, para Alberdi y sus contemporáneos la legitimidad de la organización constitucional extrae su validez de una imagen de futuro. Según nuestra hipótesis, el venero del que abreva legitimidad y sentido el plan constitucional es el de la filosofía de la historia. La historiografía intelectual sobre el constitucionalismo argentino ha pivotado polémicamente en torno a la determinación del “verdadero” carácter de su pensamiento histórico: romanticismo, ilustración, positivismo, progresismo, conservadurismo, han sido rótulos que desde principios del siglo XX se han aplicado alternativamente al pretender aquilatar la visión histórica de Alberdi y, por extensión, del momento constituyente de 1853. La historia de las ideas tradicional ha tendido a identificar en el texto constituyente elaborado por el Congreso General Constituyente de 1853 el singular producto de un acuerdo entre las corrientes “liberal” (compuesto por Gorostiaga, Seguí, Gutiérrez, Zapata, Huergo, P. Lavaysse, etc.) y “conservadora” (integrado por Zuviría, Centeno, Leiva, etc.).

En el ámbito jurídico, Ricardo Zorroaquín Begú superpuso al conflicto territorial uno de tipo ideológico: según este autor, la lucha entre unitarios y federales es una nueva figuración de la antinomia permanente entre fuerzas progresistas y reaccionarias. Concordando con esta esquematización, la historiografía intelectual tradicional ha tendido a ver en el momento constituyente argentino de 1852-1853 lo que José Luis Romero definiera como la “postulación” y “triunfo” de una “*política realista y conciliatoria*”⁶⁷² que se realizaría entre 1862 y 1880. En apretada síntesis, si el “realismo” de la obra constitucional consiste precisamente en la “conciliación” de tendencias “tradicionalistas” y “progresistas” –contraposición típica a la que se ha tendido a reconducir el cuadro de las disputas político-intelectuales del siglo XIX

⁶⁷² Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp.147-169.

latinoamericano-, la “postulación” de dicha política correspondería principalmente a Alberdi. Remontándolo a lo que considera un “lúcido análisis del panorama político de su país y de la región” hecho por Mitre a mediados de la década de 1850, “todavía hoy interesante, tanto en su aspecto descriptivo como en su aspecto prescriptivo”, Gargarella habría de celebrar recientemente la vigencia de este esquema⁶⁷³. Una historización estricta de los actores que componen las “fuerzas” o “sectores” en pugna desdibuja su presunta autoevidencia. Por caso, ¿es Alberdi un progresista o un conservador? Si lo que se impuso con la sanción de la constitución del proyecto alberdiano fue el desenvolvimiento del “progreso”, entonces Alberdi sería progresista. Si, por el contrario, Alberdi es el introductor en la Argentina del constitucionalismo conservador chileno, entonces el tucumano podría ser justamente filiado como conservador.

Algunos de los filósofos e historiadores de las ideas que a principios del siglo XX se abocaron a la historia intelectual del constitucionalismo argentino sugirieron un movimiento de ideas que iría del romanticismo al positivismo, conforme al cual el pensamiento alberdiano -e incluso de toda la denominada primera generación “romántica” argentina- no era ya “romántico” de cara al momento constituyente: en discontinuidad con los indicios manifiestos de un romanticismo social palpable en las obras tempranas de este colectivo, la obra constitucional sería para estos autores esencialmente “positivista”. Tal es la tónica interpretativa de José Ingenieros, quien sintetizó el devenir de la Generación del 37 como un pasaje del “romanticismo social” al “positivismo”⁶⁷⁴. Alejandro Korn, por su parte, afirma análogamente que la sanción de la constitución de 1853 responde al espíritu del positivismo, del que la denominada Generación del ’80 vendría a ser continuadora y consumadora⁶⁷⁵.

En oposición a la idea de un Alberdi “positivista” al momento de la sanción constitucional, Coriolano Alberini insistió en calificar al jurista como “parte de la generación romántica organizadora del país”, cuyo repertorio intelectual vincula a la recepción francesa del historicismo

⁶⁷³ Roberto Gargarella señaló que la tarea constitucional de 1853 no fue ocasión de polémicas sustantivas, sino espacio de acuerdo: siguiendo este mismo esquema dicotómico (“clásico”), la constitución argentina de 1853 es una fusión “liberal-conservadora”, producto del acuerdo entre fuerzas “conservadoras” y “progresistas”; la referencia a Mitre corresponde a Gargarella, Roberto. *La sala de máquinas de la Constitución: Dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*. Buenos Aires, Katz, 2014, p. 49. Ver también Gargarella, Roberto. “Apuntes sobre el constitucionalismo latinoamericano del siglo XIX. Una mirada histórica”. *IUS. Revista del Instituto de Ciencias Jurídicas de Puebla*, N° 25, 2010, pp. 30-48.

⁶⁷⁴ Ingenieros, José. *Direcciones filosóficas de la cultura* (Caps. V-VI). Buenos Aires, EUDEBA, 1963.

⁶⁷⁵ Korn, Alejandro. *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Cap. IV “El positivismo”. Buenos Aires, Ediciones Solari, 1983, pp. 199-271.

romántico alemán. Para Alberini el eclecticismo (y más ampliamente el romanticismo) francés sería el vehículo por el que indirectamente arribó al Plata la influencia del historicismo alemán. Presuponiendo la oposición entre positivismo y metafísica –en un gesto, en definitiva, profundamente positivista- la visión histórica de la obra constitucional alberdiana fue caracterizada por Alberini bajo la fórmula de un historicismo de parcial “coloración iluminista, pero ello significa: iluminismo en los fines (ideales de Mayo), historicismo en los medios (federalismo relativo)”. La tesis que subyace a su interpretación es que el pensamiento alberdiano sería una totalidad orgánica que, de 1837 a 1852, se articularía a partir de una síntesis historicista entre el iluminismo y el romanticismo, cuyo corolario institucional es la Constitución del ’53, “unitarismo cocinado con salsa federal.”⁶⁷⁶ En solidaridad con la hipótesis interpretativa de Alberini, Jorge Myers atribuyó “la presencia de cierto «molde» ilustrado para el pensamiento romántico de la Generación del 37” al “clima intelectual de la época [que] permeaba el ambiente escolar” en que se formaron los jóvenes románticos, cuando “los postulados del liberalismo de Benjamin Constant y de su ocasional compañera, Germaine Necker, penetraron los recintos académicos en las hojas de los diarios y panfletos que en los años 1820 y 1830 discutían apasionadamente las cuestiones constitucionales y políticas que agitaban la región”.⁶⁷⁷

En sus obras tempranas, Arturo Enrique Sampay recuperó el concepto de teología política de Hegel y Schmitt para advertir que los presupuestos filosóficos de los conceptos fundamentales de la obra constitucional de 1853 (ideas del derecho, de la libertad y de la ontología de la comunidad política) la incardinan en la filosofía del iluminismo –cuyo origen remonta al Renacimiento-. Sampay subrayó la importancia de la metafísica teísta que domina el pensamiento alberdiano, a la que no considera un rasgo superficial sino un verdadero principio estructurante que desembocará en la neutralidad agnóstica de la Constitución. Los decididos rasgos liberales de la misma no son sino una estricta consecuencia derivada de estos postulados. Con todo, Sampay coincidió en lo fundamental con la tesis de Alberini, al afirmar que “[l]a generación romántica, que realizó la

⁶⁷⁶ Alberini, Coriolano. “La metafísica de Alberdi” y “La filosofía alemana en la Argentina”. En *Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981, pp. 61, 108.

⁶⁷⁷ Myers, Jorge. “La revolución de las ideas...”, *op. cit.*, pp. 390.

ordenación jurídica del país, y especialmente Alberdi, coautor decisivo de la Constitución de 1853, concibieron una técnica historicista para el ideal iluminista de la Revolución de Mayo”.⁶⁷⁸

En su estudio comparado de los romanticismos sudamericanos, Marta Pena de Matsushita advirtió en la obra de Alberdi una clara discontinuidad entre el historicismo romántico de 1837 y la opción revolucionaria antirrosista de 1838, que desde entonces habría de revelar la transición de un Alberdi cada vez más liberal e ilustrado, y menos romántico e historicista. Según esta autora, luego de 1843 el utilitarismo y el liberalismo prevalecerían definitivamente sobre el romanticismo y el historicismo, e imprimirían sus rasgos fundamentales estrictamente liberales a la obra constitucional⁶⁷⁹.

En el sutil ensayo “La emancipación sudamericana en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi”, Jorge Dotti señaló que

el problema más interesante que se suscita al leer hoy a Alberdi no es, entonces, el de la eventual tensión entre los aspectos, digamos, «liberales» (de matriz iluminista y corolarios positivistas) y el «historicismo» vagamente romántico. El tucumano los amalgama sin esfuerzos en su ideal de «progreso», noción que constituye el eje constante de su derrotero conceptual. Las dificultades interpretativas se presentan más bien cuando atendemos a los medios que nuestro liberal-historicista propugna para asir ese ideal a lo real, donde debe ser necesariamente puesto en práctica para llevar la emancipación sudamericana a su auspiciado cumplimiento. (...) [E]l pensamiento de Alberdi se respalda en la filosofía de la historia para argumentar un presunto «destino» que les cabría a las colonias devenidas repúblicas. (...) Las Pampas integradas a la división internacional del trabajo desmentirán a Malthus y se beneficiarán importando las manufacturas de vanguardia.⁶⁸⁰

⁶⁷⁸ Sampay, Arturo Enrique. *La filosofía del iluminismo y la Constitución argentina de 1853*. Buenos Aires, Depalma, 1944, p. 8. Argumentos de idéntico tenor aparecen en Sampay, Arturo Enrique. *La crisis del Estado de derecho liberal-burgués*. Buenos Aires, Losada, 1942. En textos posteriores, Sampay profundiza en las implicancias sociológicas-clasistas presentes en esta última obra (Ver: Sampay, Arturo. “La evolución constitucional argentina”. En *Obras escogidas*. Remedios de Escalada, Universidad Nacional de Lanús, 2013, pp. 31-156, así como su defensa de la reforma constitucional de 1949: “Informe del despacho de la mayoría de la Comisión Revisora de la Constitución (8 de marzo de 1949)” (fragmentos). En Altamirano, Carlos. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino, T. IV. Buenos Aires, Emecé, 2007, pp.118-148, especialmente pp.118-121).

⁶⁷⁹ Pena de Matsushita, Marta E. *Romanticismo y política*. Buenos Aires, Docencia, 1985.

⁶⁸⁰ Dotti, Jorge. “La emancipación sudamericana en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi”. En Dotti, Jorge. *Las vetas del texto. Segunda edición ampliada*. Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp. 19- 64, aquí pp. 58-60.

Elías Palti ha señalado recientemente algunas dificultades asociadas a la historiografía regida por “tipos ideales” o “modelos”⁶⁸¹. Una serie de definiciones “normales” -precisas, transparentes y aproblemáticas- de unidades tales como el “pensamiento ilustrado” o la “cultura romántica”, así como de las nociones teleológicas del pasaje de uno a otro, funcionarían como índices con los que contrastar una obra o superficie textual. La misma determinación de la serie de atributos que conformarían a uno u otro concepto, antes que remitir a su naturaleza o esencia, es en sí un problema teórico e histórico cardinal, cuya problematización –como ya hemos apuntado- ha llegado a ser un objeto privilegiado para la nueva historiografía político-intelectual. Coordinaciones conceptuales antinómicas entre “modernidad-progreso/tradición”, “ilustración/romanticismo”, y “romanticismo/positivismo”, que han estructurado largamente la comprensión histórico-filosófica del momento constitucional, tienen un importante valor heurístico, siempre que se reconozcan su historicidad múltiple, la temporalidad y espacialidad de sus desplazamientos y rupturas semánticas, la estratigrafía de lenguajes que se revela en la historia de sus usos. En lo que sigue no nos proponemos discernir el verdadero “carácter” o “esencia” del pensamiento histórico-filosófico de la organización constitucional, ni salvar dialécticamente las aparentes contradicciones, sino abordarlas el territorio en que matrices intelectuales diversas se abren a la interpretación actual. En lo sucesivo nos proponemos más bien resaltar que la persistencia o superposición de aparentes motivos ilustrados y románticos es tributaria de la forma específica en que se estructura el pensamiento histórico-filosófico epocal, signado por el repertorio de lenguajes disponibles entre las décadas de 1830 y 1840.

Para delinear los lenguajes histórico-filosóficos a los que apelarán nuestros protagonistas a la hora de afrontar el desafío constitucional, habremos de remitirnos en especial a las aportaciones provenientes de la cultura francesa, ordenando nuestra reconstrucción en torno al futurocentrismo que embarga al concepto de civilización, y que derrama sobre la política y la economía como un nuevo impulso democratizante. Las (asistemáticas) recepciones locales de los lenguajes políticos de la Monarquía de Julio francesa correrán en paralelo en todo momento: la genealogía del republicanismo liberal francés y su incidencia en el momento constituyente ha sido ampliamente

⁶⁸¹ Palti, Elías J., “Tipos ideales y sustratos culturales en la historia político-intelectual latinoamericana”. En Palti, Elías José (org.). *Mito y realidad de la ‘cultura política latinoamericana’*. Debates de Iberoideas. Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 81-116.

abordada por la bibliografía especializada, por lo que haremos un énfasis relativo en la contestación que recibiera por el emergente socialismo humanitario.

Visiones de la historia entre dos revoluciones francesas: 1830-1848

Desde el ángulo del 1848 europeo, Tocqueville y Marx son los referentes centrales que habrían de proveer, en retrospectiva, las imágenes más impresionantes del período posterior a la Restauración. Tensionada entre el fin de la Restauración y el comienzo del ciclo revolucionario de 1848, la Monarquía de Orleans (1830-1848) ha sido largamente considerada como un tiempo de “transición” intelectual. Ello no carece de fundamentos: la década de 1830 se inicia con el derrocamiento de Carlos X, último rey Borbón de Francia, y el fin de la legitimidad tradicional-dinástica. La década que comienza con la muerte de Hegel ha sido considerada como una partición filosófica del siglo XIX europeo⁶⁸². En el otro extremo, el año 1848 el inicio del fin de la estatalidad clásica al interior del suelo europeo, con el surgimiento de una nueva forma de politización de lo sociedad y de la economía, y la formación de un nuevo conflicto político de escala continental⁶⁸³.

Tocqueville y Marx habrían de legarnos una clásica caracterización “clasista” de la época: al definir al largo reinado de Luis Felipe I como un gobierno de las *classes moyennes*, el primero compartiría la tesis de Guizot; desde la perspectiva posterior al ascenso de Napoleón III, Marx la caracterizaría como el gobierno del gran capital industrial y financiero⁶⁸⁴. Marx y Tocqueville habrían de legarnos, también, los modos dominantes de caracterizar a su oposición de izquierda. En el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848, Marx y Engels los denominarían “socialistas

⁶⁸² Löwith, Carl. *De Hegel a Nietzsche*, op. cit.

⁶⁸³ Los pensadores conservadores alemanes han sabido ver en el año 1848 el inicio de una nueva guerra civil europea: la nueva línea de fractura no se define en el plano confesional, sino económico. Carl Schmitt formuló esta tesis en la academia alemana de la primera posguerra, que en la segunda posguerra tendría expresiones historiográficas “revisionistas” en el mismo ámbito. En los países europeo-meridionales y latinos (especialmente Italia y España), mantuvo predicamento en el ámbito del Derechos Público y Constitucional, y en la Teoría del Estado en general, con una significativa revitalización, desde el último cuarto del siglo pasado, por parte del sector posmarxista de la academia mundializada.

⁶⁸⁴ de Tocqueville, Alexis. *Recuerdos de la Revolución de 1848*. Madrid, Editora Nacional, 1984. Y del mismo autor “Note sur la classe moyenne et le peuple”. En *Œuvres complètes d’Alexis de Tocqueville*, Vol. IX, Études économiques, politiques et littéraires. Paris, Michel Lévy, 1866, pp. 514-519. Cfr.: Ruhlmann, Jean. *Ni bourgeois ni prolétaires. La défense des classes moyennes en France au XXe siècle*. Paris, Seuil, 2001. Marx, Karl. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2003.

utópicos” y republicanos “pequeño-burgueses”⁶⁸⁵. En el otro extremo ideológico, Tocqueville vería a la izquierda republicana desempeñando el papel de verdaderos “enemigos de la libertad” en su cuadro de la marcha de la democracia en Francia. El sociólogo político advierte una multitud de causas que, subrepticias a la vida política de la monarquía constitucional, precipitaron casi inexorablemente a la revolución de 1848: en tal contexto habrían de surgir “teorías económicas y políticas que tendían a hacer creer a la multitud que las miserias humanas eran obra de las leyes, y no de la Providencia, y que se podía suprimir la pobreza cambiando la base de la sociedad.”⁶⁸⁶ Si la primera caracterización extrae su significado de las pretensiones de cientificidad y del antitestatalismo del materialismo histórico⁶⁸⁷, conviene tener presente que buena parte del discurso socialista y republicano popular se dirige a la transformación progresiva de la realidad por medio de sus instituciones políticas, es decir, a la reforma antes que a la revolución o la utopía. La caracterización tocquevilliana, por su parte, supone ya un concepto de libertad política, cuando la disputa por su significación concreta es una de las características de la época⁶⁸⁸. Aunque

⁶⁸⁵ Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Manifiesto comunista*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.

⁶⁸⁶ Según Tocqueville, entre las causas de la Revolución de Febrero se cuentan “[l]a revolución industrial, que, desde hacía treinta años, había convertido a París en la primera ciudad manufacturera de Francia, y atraído a sus murallas toda una nueva población de obreros, a la que los trabajos de las fortificaciones habían añadido otra población de agricultores ahora sin empleo; el ardor de los goces materiales que, bajo el aguijón del gobierno, excitaba cada vez más a aquella misma multitud; el resquemor democrático de la envidia que la minaba sordamente; las teorías económicas y políticas, que comenzaban a manifestarse y que tendían a hacer creer que las miserias humanas eran obra de las leyes y no de la Providencia, y que se podía suprimir la pobreza cambiando de base a la sociedad; el desprecio en que había caído la clase que gobernaba y, sobre todo, los hombres que marchaban a su cabeza, desprecio tan general y tan profundo, que paralizó la resistencia de los mismos a quienes más interesaba el mantenimiento del poder que se derribaba; la centralización, que redujo toda la acción revolucionaria a apoderarse de París y a intervenir la máquina de la administración, perfectamente montada; la movilidad, en fin, de todas las cosas, de las instituciones, de las ideas, de las costumbres y de los hombres, en una sociedad que se mueve, que ha sido removida por siete grandes revoluciones en menos de sesenta años, sin contar con un gran número de pequeñas conmociones secundarias: ésas fueron las causas generales, sin las que la revolución de Febrero habría sido imposible.” de Tocqueville, Alexis. *Recuerdos de la Revolución de 1848*, op. cit., p.114-115.

⁶⁸⁷ En efecto, la matriz de su pensamiento es ajena al giro anti-estatalista que la filosofía de Marx daría hacia 1843. Cfr.: Abensour, Miguel. *La democracia contra el Estado*, op. cit.

⁶⁸⁸ Como ha señalado Antóni Domenech, “[l]a libertad política o republicana era eso, y nada menos que eso: no tener que pedir cotidianamente permiso a nadie para poder subsistir. La democracia republicana tradicional era, desde tiempos inveterados, la promesa de que tampoco los pobres libres tendrían que pedir permiso a nadie para existir socialmente. Y la democracia fraternal republicana de impronta europea era la promesa, aún más radical, de que también los pobres no-libres —los esclavos propiamente dichos, y los nuevos esclavos “a tiempo parcial” (asalariados), los pueblos colonizados y las mujeres—, sujetos a una ancestral *loi de famille subcivil*, se emanciparían, accediendo de pleno derecho a la vida civil de los plenamente libres e iguales (recíprocamente libres).” Domènech, Antoni. “La metáfora de la fraternidad republicano-democrática revolucionaria y su legado al socialismo contemporáneo”. *Revista de Estudios Sociales*, N° 46, 2013, p. 20

profundamente disímiles, las concepciones de Tocqueville y Marx se ligan al considerar a la oposición republicana y socialista de la época como prisionera de una marcha de la historia que parece arrastrarlos inadvertidamente hacia la tormenta de 1848. La autocomprensión de la época dista, sin embargo, de ser la de una “transición”.

El “fundar, inscribir en el largo, plazo, estabilizar: ésa es la obsesión de la generación de la Restauración”. Signo que Rosanvallon identificará con un principio rector de una época para la que ya no bastaba con “elaborar planes de gobierno y escribir constituciones, aun cuando son necesarias”⁶⁸⁹. En este sentido, el desafío de la estabilización posrevolucionaria supuso una transformación capital en los lenguajes políticos. La metaforología jurídica cedería ante nuevas presiones y, con la Restauración, el “realismo social” llegaría a constituirse en presupuesto general del pensamiento político de la época: la crítica al contractualismo y su ontología individualista, y una correlativa ontologización de lo social comienza a atravesar a todas las identificaciones ideológicas⁶⁹⁰.

El característico tono “espiritualista” de la filosofía liberal de la época, que se pretende superadora de la unilateralidad de la crítica ilustrada y del sensualismo, se expresa en el campo de la filosofía de la historia que se delinea entre el eclecticismo filosófico y el doctrinarismo político⁶⁹¹. Como señala Vermeren, “el eclecticismo se quiere una filosofía del presente, que apunta a la emancipación de la tradición y postula, a la manera hegeliana, una identificación del pensamiento filosófico y del pensamiento de la época”: la influencia de la visión hegeliana es clara en Victor Cousin, y se hace más marcada a medida que avanza la década de 1820⁶⁹². El movimiento doctrinario, pequeño partido identificado con el movimiento liberal de oposición durante la Restauración, articularía una la doctrina de la soberanía de la razón (frente a las alternativas

⁶⁸⁹ Rosanvallon, Pierre. *El momento Guizot*, op. cit., p.16. Rosanvallon reconoce allí la incidencia del método de la Escuela de Cambridge, que por otra parte ha producido una intensa renovación y profundización sobre las conexiones intelectuales entre Francia y el republicanismo anglosajón del siglo XVIII.

⁶⁹⁰ “La afirmación de que la sociedad es una entidad real -o realismo social, como la llamaré- fue hecha tanto por teócratas contrarrevolucionarios, como Louis de Bonald, como por protosocialistas, incluidos Henri de Saint-Simon y sus discípulos. Además, los partidarios del realismo social también podrían encontrarse en el campo republicano, particularmente en las décadas de 1830 y 1840, a pesar de la asociación frecuente del republicanismo con la ontología social individualista que Gierke relacionó con el derecho natural moderno.” Wright, Julian, y Jones, Hugh. “A Pluralist History of France?”, op.cit., p. 101. (traducción nuestra)

⁶⁹¹ Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas*, op. cit., especialmente pp.23-72. Jardin, André. *Historia del liberalismo político*, op.cit., pp.279-303.

⁶⁹² Vermeren, Patrice. “La Filosofía, el Estado y la Revolución”, op. cit., p. 103, y Vermeren, Patrice. *Victor Cousin. EL juego filosófico*, op. cit., especialmente pp.158-172.

epocales de la soberanía popular y el derecho divino), en torno a la cual edificó una nueva epistemología “social” del poder político. Sus aspiraciones a la conformación de un gobierno racional por medio de una política científica -en la que los estudios estadísticos jugarían un importante papel- serían primordiales en la fundamentación de su aristocracia de las capacidades⁶⁹³. Los doctrinarios, “[a]l igual que Condorcet (...) aceptaron el progreso; pero la base de éste ya no es el enriquecimiento de la experiencia y los imperativos de la utilidad. Hechos sociales, como la lucha de clases, desempeñan un papel motor.”⁶⁹⁴ Doctrinarios y ecléticos alcanzan posiciones de gobierno con la Monarquía de Julio, y sus elaboraciones habrían de tornarse pensamiento oficial, para entrar en una fase conservadora⁶⁹⁵. Para nuestros fines ulteriores, es importante advertir la respuesta radicalmente alternativa al desafío de la estabilización posrevolucionaria: “el liberalismo, en su fe progresista, se ha encontrado aquí frente, no ya al catolicismo, sino a la utopía dogmática moderna, en particular al sansimonismo, contra el cual, a partir de 1826, trata sobre todo de definirse.”⁶⁹⁶

A partir de la crítica a la filosofía de la historia de Condorcet, Saint-Simon se propuso desde sus obras tempranas inscribir el “estado social” actual en la larga “marcha de la civilización”. Como sostiene Ansart, la objeción temprana de Saint-Simon a la comprensión histórico-filosófica de Condorcet apunta a su inexaminada necesidad de defender la tesis de una marcha permanente y progresiva hacia la igualdad, quedándose por lo tanto en una

fase intermedia entre lo conjetural y lo positivo, en la cual la preocupación por lo concreto empieza a reemplazar las ilusiones de la época conjetural, pero en la cual subsisten todavía formas de pensamiento características del período precientífico. Constituye un ejemplo de este período crítico en el cual nociones abstractas –el espíritu, la igualdad- impiden una verdadera observación de lo concreto.⁶⁹⁷

Según Saint-Simon, las vagas y metafísicas nociones de igualdad, soberanía popular y libertad elaboradas por legistas y metafísicos –a las que considera “armas espirituales” de igual calibre a las de sus adversarios reaccionarios-, debían ser superadas por concepciones positivas e industriales. El principio dinámico de la historia no será ya la marcha del “progreso del espíritu

⁶⁹³ Rosanvallon, Pierre. *El momento Guizot*, op. cit.

⁶⁹⁴ Jardin, André. *Historia del liberalismo político...*, op. cit., p.291.

⁶⁹⁵ “El conservadurismo, en esa medida, no podría ser opuesto al liberalismo. Se piensa al contrario como la consumación de éste, es la *eternidad del liberalismo*.” Rosanvallon, Pierre. *El momento Guizot*, op. cit. p.222.

⁶⁹⁶ Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas*, op. cit., p.50.

⁶⁹⁷ Ansart, Pierre. *Sociología de Saint Simon*, op. cit., p.51.

humano”, sino más bien el desarrollo de la industria y de las facultades productivas. Como demuestra la superioridad artística de la antigüedad clásica, ello no supone que la sociedad marche unitariamente hacia el perfeccionamiento en todos los ámbitos: “ya no será posible entonces hablar de un progreso constante y general, sino que, por el contrario, la observación pondrá de manifiesto la existencia de progresos que se oponen a regresiones particulares: al progreso de la ciencia se opondrá, por ejemplo, la desorganización política.”⁶⁹⁸ Si en sus obras tempranas se observa cierta ambigüedad respecto a la existencia de etapas o fases del progreso humano en general –por caso, si son cuatro o cinco “períodos” o doce “términos”–, desde 1816 su análisis se restringe al ámbito europeo posmedieval. Así considerada, la estructura de la historia europea consiste en una sucesión trinitaria de épocas de crisis y épocas orgánicas: a la Edad Media, caracterizada como una sociedad militar en que los sistemas feudal y teocrático se repartían los poderes temporal y espiritual, hubo de seguir un período de crisis y desorganización que va de la Revolución hasta sus propios días, dominado por burgueses legistas y metafísicos, al que habría de sobrevenir la era de una nueva civilización industrial, en la que la clase industrial reuniría el poder espiritual y temporal.

En lo que constituye un motivo permanente de *El sistema industrial* y *El organizador* (1820)⁶⁹⁹, la propuesta de Saint-Simon apunta a una adecuación entre la “constitución fisiológica” de la sociedad y su “constitución política” en lo que, según su vocabulario, constituye una “constitución positiva”. Para su cumplimiento, una reforma pacífica debe trasladar el “gran poder político”, que para Saint-Simon consiste en la determinación del presupuesto de la administración, a las manos de la clase industrial. La misma será proyectada pormenorizadamente: a diferencia del admirado –en una línea que va de Tocqueville a Guizot, pasando por Constant- modelo inglés, que es modelo de la Carta de 1814, Saint-Simon propone la supresión de la Cámara de los pares, y una recomposición de la Cámara de diputados, que no debe integrarse jamás con funcionarios y dependientes del gobierno sino de acuerdo a un criterio fundamentalmente corporativo, con jefes de todas las ramas de la industria. En el *Catecismo de los industriales* (1823-1826) Saint-Simon insiste en que

[l]a especie humana ha sido destinada, por su organización, a vivir en sociedad. Al principio, fue llamada a vivir bajo el régimen gubernamental. Del régimen

⁶⁹⁸ *Ibid.*, p.53.

⁶⁹⁹ Saint-Simon, Claude Henri. *El Sistema Industrial*. Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975.

gubernamental o militar, ha sido destinada al régimen administrativo o industrial, tras haber realizado los suficientes progresos en las ciencias positivas y en la industria. Por último, debido a su organización, se ha visto sometida a soportar una crisis larga y violenta al producirse el tránsito del sistema militar al sistema pacífico.⁷⁰⁰

Saint-Simon, que en el orden constitucional exige nuevamente la superación del sistema parlamentario inglés, destaca ahora las capacidades de la institución real francesa para conducir este proceso:

La institución de la realeza posee un carácter de generalidad que la distingue y que la sitúa por encima de todas las otras instituciones. Su existencia no está ligada al sistema político actual, a un sistema político cualquiera. Dicha institución convendrá, igualmente, a todos los sistemas de organización social de cuyo establecimiento puedan tener necesidad los progresos de la civilización. (...) Está en la naturaleza de las cosas que el rey tome el título de primer francés de la primera clase de los franceses; (...) hoy, cuando la nación se activa principalmente en la dirección de lo industrial, cuando, esencialmente por medio de trabajos pacíficos, se esfuerza en acrecentar su prosperidad, el único título que puede convenir al rey es el de primer industrial de su reino.⁷⁰¹

Sobre el fondo común de la idea de la realización secular del cristianismo, tópico dilecto de la filosofía de la historia, la distancia que se abre entre la visión de Hegel y de Saint-Simon no sólo es expresiva de diferencias en las respectivas coyunturas políticas. La ciencia trimembre del primero -que se había propuesto superar los dualismos ilustrados entre objetividad y subjetividad, necesidad y libertad, y entre estado y sociedad civil-, había concluido por hallar en la monarquía cristiana luterana la consumación inmanentista del mensaje cristiano; Saint-Simon, en cambio, comienza a figurarse en sus textos de mediados de la década de 1820 el horizonte de un nuevo cristianismo, cuyo credo industrialista e igualitario habría de realizarse, en coalición con las monarquías existentes, en el futuro⁷⁰².

⁷⁰⁰ Saint-Simon, Claude Henri. *Catecismo político de los industriales*. Buenos Aires, Aguilar, 1960, p.119-120.

⁷⁰¹ *Ibid.*, p.102-104.

⁷⁰² En *El Nuevo Cristianismo* (1825), se afirma que “[d]ebes declarar a todos los reyes que el único medio para hacer legítima la realeza es considerarla como una institución cuyo objeto es evitar que los ricos y los poderosos opriman a los pobres; debes declararles que tienen el único deber de mejorar la existencia moral y física de la clase más numerosa (...) [la tarea n]o debe limitarse a predicar a los fieles de todas las clases que los pobres son los niños queridos por Dios; debes usar franca y enérgicamente todos los poderes y todos los medios adquiridos por la iglesia militante, para mejorar rápidamente la existencia moral y física de la clase más numerosa. Los trabajos

En la década de 1830 los registros de la experiencia histórica parecen revelar una nueva orientación futurocéntrica. En referencia al conjunto de una sociedad europea crecientemente conectada, esta década

trajo consigo la irrupción del futuro con un efecto de amplitud hasta entonces desconocido. Las perspectivas a largo plazo del progreso social no solo se proyectaban ahora en un gran número, sino que prendieron también, más allá de la burguesía culta, en sectores de la sociedad mucho más amplios que hasta ese momento, en especial dentro de la pequeña burguesía y del proletariado de las grandes ciudades. Es cierto que los movimientos de protesta radicales de la época, desde los carbonarios italianos de la década de 1820 hasta los levantamientos revolucionarios de 1848 en Francia, Alemania y otros Estados europeos, buscaban al principio cambios en las constituciones políticas. Pero, simultáneamente surgía ya, en medio de ellos, una anticipación de que, por debajo de la superficie de las acciones políticas a corto plazo, había fuerzas sociales que trabajaban en secreto por un cambio de la sociedad a mucho mayor largo plazo.⁷⁰³

A los ojos de los nuevos “profetas” -palabra de nuevos ecos en la época- de una civilización que se concibe cada vez más en vistas de la totalidad planetaria, la historia se abre nuevamente hacia el futuro: las nuevas utopías ya no consisten en una estilización de “la monarquía ilustrada y la ciudad Estado idealizada”; por el contrario, en estrecha conexión con este fenómeno se produce una transformación del discurso utópico, que conecta su orientación de futuro con una emergente internacionalismo pacifista y societalista. El humanitarismo de Mazzini es expresivo de la conspiración nacionalista, democrática y republicana contra las consideradas autocracias europeas, que sería seminal para la formación de la moderna idea del nacionalismo liberal. Por entonces se hizo posible imaginar

sobre el trasfondo de la Revolución francesa y del Concierto europeo, una alternativa política internacional que reconociera la diversidad de pueblos, creencias y formas de gobierno, y que expresara su reconciliación bajo la bandera de la civilización. (...)

preliminares y preparatorios del cristianismo están terminados; tienes que cumplir una tarea mucho más satisfactoria que la que tus predecesores han logrado. Esta tarea consiste en establecer un cristianismo general y definitivo; consiste en organizar toda la especie humana de acuerdo con el «principio fundamental de la moralidad divina». Para cumplir con esta tarea, debes dar este principio como base y objetivo a todas las instituciones sociales.” Saint-Simon, Claude Henri. *Nouveau Christianisme: dialogues entre un conservateur et un novateur*. Paris, Bossange Père, 1825, pp.43,46 (traducción propia).

⁷⁰³ Hölscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro, op. cit.*, pp.81-82.

[Esta] suerte de apuesta orientada hacia el futuro surgió, de forma repentina, durante el siglo XIX como respuesta a un tiempo y un espacio cada vez más estrechos; un momento, además, en que las transformaciones parecieron producirse a mayor velocidad. Este «pensamiento orientado al futuro» sirvió de guía tanto al capitalismo como al colonialismo, (...) para acabar encontrando su confirmación en el rápido crecimiento urbano, en nuevas infraestructuras destinadas a la comunicación transcontinental y en una sucesión de prodigios tecnológicos. Tales sueños acerca del futuro arrastraron consigo a cientos de miles de europeos a lugares como Texas y California, o las elevadas regiones agrícolas de Sudáfrica y el Gran Chaco.⁷⁰⁴

La teoría de la democracia de Alexis de Tocqueville, tal como aparece en su introducción a *La Democracia en América* (1835)⁷⁰⁵, da cuenta de un horizonte de expectativas de democratización del Estado y la sociedad que aparece entonces como irrefrenable para sus actores. De su experiencia en los Estados Unidos Tocqueville, insospechado de pertenecer a la oposición republicana, se propuso extraer una serie advertencias para la Francia de la época, en la que veía una marcha ciega de la democracia. Veía cernirse sobre Francia la amenaza de un nuevo y más poderoso despotismo, provisto de nuevos y más extensos medios de poder social: se trata de la tiranía de la mayoría, frente a la cual la Francia posrevolucionaria -una sociedad desigual y amputada de los antiguos privilegios, sin el contrapeso de asociaciones civiles voluntarias- parecía indefensa. Como señala Román Miguel González, el de Tocqueville era “un *discurso* elaborado *desde arriba y para arriba* y presentado no desde abstracciones aplicables a la realidad, como la tradición rousseauiano-jacobina, sino como la praxis concreta de una sociedad, como la demostración práctica y empírica de la inevitabilidad y superioridad de la democracia.”⁷⁰⁶ Para algunos observadores contemporáneos a Tocqueville, el componente aristocrático de la democracia estadounidense era notorio⁷⁰⁷. El sociólogo político era afín a sus precursores doctrinarios en cuestiones como el

⁷⁰⁴ Mazzower, Mark. *Gobernar el mundo. Historia de una idea desde 1815*. Valencia, Barlin Libros, 2018, pp.53-54, 80-88.

⁷⁰⁵ de Tocqueville, Alexis. *La democracia en América*. México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

⁷⁰⁶ González, Román Miguel. *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp.84.

⁷⁰⁷ Francis Grund señalaba que los principales defensores de la democracia eran los aristócratas esclavistas del sur, mientras veía en el Senado una “aristocracia estatal” (Grund, Francis J.. *The Americans, in their Moral, Social, and Political Relations. In Two Volumes*. Londres, Longman, Rees, Orme, Brown, Green, & Longman. 1837); un año después dedicaría un texto ficcional a retratar el fuerte elitismo de la aristocracia estadounidense, y su actual desprecio por las tendencias democráticas (Grund, Francis J. *Aristocracy in America, from the Sketch Book of a German Nobleman*. Londres, Richard Bentley, 1839).

diagnóstico de la tendencia inexorable de los cuerpos políticos a la centralización -aunque con una valoración más pesimista respecto a sus efectos sobre la libertad política- su aprecio por el rol político estabilizador de las clases medias -por lo demás menos apreciadas por él que por los doctrinarios-, o el rechazo al sufragio universal. Sin embargo, en el pensamiento de Tocqueville la marcha de la democracia no se pondera ya positivamente a partir de su inscripción en el dualismo entre épocas de demolición y de construcción - el que, según Guizot, había servido para movilizar a los sectores bajos contra los privilegios del Antiguo Régimen. La democracia ha dejado de ser una forma de régimen especialmente anacrónica -y según todas las luces de la tradición, una particularmente poco apropiada para las grandes unidades políticas-, para convertirse más bien en un pronóstico de inexorable democratización de la civilización cristiana. Pero en este pronóstico de democratización como reactualización secular del mensaje cristiano encuentra una formulación alternativa entre los herederos de Saint-Simon.

El mensaje de Saint-Simon había tenido una importante repercusión en la *École Polytechnique*, donde encontró una audiencia estudiantil bien dispuesta a la prédica de reforma tecnocrática y meritocrática de la sociedad francesa⁷⁰⁸. Con la muerte de Saint-Simon, ocurrida en 1825, su legado se bifurca entre la recepción de Augusto Comte, su joven secretario y los “sistematizadores” de la enseñanza del maestro, quienes entre 1828 y 1830 redactarían *La doctrine de Saint-Simon*. En retrospectiva Comte será el más célebre heredero de las aspiraciones por una nueva síntesis científico-social de Saint-Simon, quien desde sus tempranas *Lettres d'un habitant de Genève* (1802) había mostrado expectativas de descubrir la “naturaleza misma de las cosas” de la vida social, primero a través de una “física social” y, hacia 1813, a través de una “fisiología social”. Estas reflexiones, ligadas

a unas conjeturas o a unas esperanzas formadas por los hombres de ciencia del siglo XVIII respecto a una ciencia del ser humano (...) presentan bien el ascenso al estado científico del conocimiento del hombre como el resultado previsible de una serie de ascensos semejantes, ya obtenidos, de la astronomía, la física y la química. Al final de la

⁷⁰⁸ Belhoste, Bruno y Chatzis, Konstantinos. “From technical corps to technocratic power: French state engineers and their professional and cultural universe in the first half of the 19th century”. *History and Technology*, Vol. 23, N° 3, 2007, pp. 209–225; Picon, Antoine. “Générosité sociale et aspirations technocratiques: Les polytechniciens Saint-Simoniens”, in “Pour mémoire”: *Revue du Comité d'Histoire*, N°2, 2007, 106–114.

nueva etapa, «la ciencia de la organización social se convertirá en una ciencia positiva».⁷⁰⁹

Comte, quien llegará a ser reconocido como forjador del positivismo y como acuñador del término “sociología” en 1838, ya en su primer *Système de politique positive* (1824) se había basado en el maestro para delinear la filosofía de la historia progresista de los tres estadios, que lo acompañaría por el resto de su carrera filosófica y científica.

Capitaneados por Enfantin, los emergentes sansimonianos no sólo intentarán sistematizar – con cuestionada fidelidad- la obra de su referente, sino que se lanzarán a una campaña publicística a través de una serie de periódicos en favor de la “liberación de las clases más pobres y numerosas”: primero *L’Organisateur*, editado por Duveyrier, d’Eichthal, Laurent y Margerin -que funcionó durante un año desde agosto de 1829-, al que sucedería *Le Globe*, un periódico liberal que se tornó sansimoniano poco después de la revolución de 1830, editado primeramente por Pierre Leroux y luego por Michel Chevallier, quien se convirtió en su principal portavoz entre 1831 y 1832. Lo que debía ser a la vez una nueva ciencia social y una nueva religión, rápidamente intensificaría los tardíos ribetes religiosos de la obra postrera de su inspirador para devenir en una pretendida iglesia sansimoniana de corta vida⁷¹⁰. Desde 1831 un sector disidente del que participarían Leroux y Carnot asume la dirección de la *Revue Encyclopédique*, desde donde llaman a los filósofos a la elaboración de un nuevo dogma social para una época organizadora y religiosa, progresivamente vinculada la república y la democracia⁷¹¹.

A pesar de su régimen político censitario, la temprana apertura de las libertades públicas y su correlativa expansión de la circulación de la prensa de oposición –incluso la vinculada a los movimientos sociales- la Monarquía de Julio generó el cuadro de desarrollo del movimiento sansimoniano. Ello ayudó, como señala Román Miguel González,

a que se produjese una paulatina rehabilitación de la República, aumentase la importancia de la prensa popular de oposición, se desarrollasen públicamente las

⁷⁰⁹ Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas...*, op. cit., pp. 239-247, aquí 242. Saint-Simon, Claude-Henri. “Lettres d’un habitant de Genève a ses contemporains”. En Rodrigues, Olinde (comp.) *Saint-Simon. Son premier écrit*. Paris, A la Librairie saint-simonienne, 1832, pp.2-67.

⁷¹⁰ Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas*, op. cit., pp.257-307; Pilbeam, Pamela. “Religion and the Liberation of the Poorest Classes”. En *Saint Simonians in Nineteenth Century France: From Free Love to Algeria*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp.25-43, aquí p. 31.

⁷¹¹ Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas...*, op. cit., pp. 257-307.

escuelas de pensamiento socialista y, sobre todo, se estableciese un importante asociacionismo popular republicano. En este contexto se produjo la síntesis cultural demócrata-humanitaria de la tradición republicano-jacobina robesperrista, del socialismo utópico y asociacionista y del romanticismo social, creándose un magma cultural del que saldrá el espíritu *quarante-huitard* y el primer socialismo democrático republicano de Louis Blanc, Pierre Leroux, Víctor Considerant...⁷¹²

El fuerte componente religioso será un aspecto constitutivo capital de la perspectiva socialista humanitaria. Lammenais, antiguo católico disidente, con sus *Palabras de un creyente* se torna el forjador de una “mística del pueblo” que de manera progresiva se identificará con el cuarto estado y sus luchas: inscripta en una visión providencialista de la historia, la utopía se transformaría en profecía⁷¹³. Así, “[l]a perspectiva progresista constituye el elemento estructurante mayor del discurso socialista. Ella adquiere, al mismo tiempo, la forma de un dogma y de un axioma, de una verdad trascendente y de una verdad científica.”⁷¹⁴ Como señala Serge Audier,

[d]e entre la vasta nebulosa del socialismo de los años 1830-1840, el pensamiento de Pierre Leroux (1797-1871) presenta una de las tentativas más logradas por conciliar republicanismo y socialismo. (...) El proyecto de Leroux se propone sobrepasar los límites del individualismo de los liberales, que aloja las desigualdades y la fragmentación social en individuos egoístas, pero también del «socialismo absoluto» de los sansimonianos, que se funda sobre un modelo orgánico de sociedad con efectos liberticidas. Al defender un socialismo democrático que integra el legado republicano, se trata de encontrar un camino original entre estos dos escollos que sintetiza lo mejor de la tradición liberal y la tradición socialista.⁷¹⁵

En lo que respecta a nuestro objeto, el principal interés de Leroux no radica únicamente en que fuera él el principal contradictor del doctrinarismo en la época⁷¹⁶, ni en que fuera el introductor

⁷¹² González, Román Miguel. *La pasión revolucionaria*, op. cit, p.73.

⁷¹³ *Ibid.*, pp.75-77.

⁷¹⁴ Lanza, Andrea. *La recomposition de l'unité sociale. Étude des tensions démocratiques chez les socialistes fraternitaires (1839-1847)*. Tesis Doctoral. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), 2006, p.165 (traducción nuestra).

⁷¹⁵ Audier, Serge. *Las théories de la république*. París, La Découverte, 2015, p.52.

⁷¹⁶ Leroux, Pierre. *Réfutation de l'éclectisme, où se trouve exposée la vraie définition de la philosophie, et où l'on explique le sens, la suite, et l'enchaînement des divers philosophes depuis Descartes*. París, Librairie de Charles Gosselin, 1839.

Rodríguez, Gabriela. “Peces hegelianos en salsa francesa: el oficialismo filosófico de Victor Cousin y la crítica plebeya de Pierre Leroux”. En Borovinsky, Tomás, Ludueña Romandini, Fabián, Taub, Emmanuel (comps.)

al ámbito francés de la palabra “socialismo” acuñada por el británico Robert Owen⁷¹⁷; nos interesa, más bien, que fuera quien formulara, desde el campo del republicanismo fraternario, una corrosiva crítica a la utopía científicista de Saint-Simon, y de buena parte del movimiento sansimoniano, tanto respecto a la posibilidad de la anticipación científico-técnica del futuro, como de la eventual clausura de la historia. En el plano histórico-filosófico Leroux, autor de *Refutación del eclecticismo*⁷¹⁸, se caracteriza por ser el elaborador de una doctrina de la “perfectibilidad indefinida” estructurada en réplica al dualismo entre épocas críticas y orgánicas que los sansimonianos recuperaran de su maestro, y afirmativa de una tesis lineal del “progreso continuo”⁷¹⁹. En su pensamiento resuenan dos notas singulares: por un lado, la recuperación del concepto de tradición, asociado a los contrarrevolucionarios, al que da un giro progresista -para él, la filosofía consiste precisamente en el perfeccionamiento de la tradición, y es esto lo que le permite recuperar la revolución de 1789 diferenciándose de Saint-Simon y su séquito-; por otro, su tendencia, cada vez más clara desde fines de la década de 1830, a encuadrar su pensamiento en estructuras trinitarias, que encuentra íntimamente asociadas a la búsqueda de la verdad en las diversas religiones humanas⁷²⁰. La síntesis entre progreso y tradición es, para Leroux, el fundamento de la comprensión de la unidad actual: Según Leroux,

[s]in duda la filosofía de la historia consiste esencialmente en la comprensión de la unidad; sobre todo, busca abarcar las relaciones que unen, en cualquier momento de desarrollo, todas las partes del conocimiento y la actividad humana, y, por lo tanto, de

Posteridades del hegelianismo: continuadores, heterodoxos y disidentes de una filosofía política de la historia. Buenos Aires, Teseo-Universidad de Belgrano, 2011, pp.173-199.

⁷¹⁷ Con su “De l’individualisme et du socialisme”, sería él quien en 1834 introduciría al ámbito francés la palabra “socialismo” acuñada por el británico Robert Owen: Utilizada allí de un modo peyorativo, el “socialismo” –o, al menos, el “socialismo absoluto”- representa una antítesis con otro mal igualmente funesto de la contemporaneidad: el “individualismo” igualmente absoluto. Leroux, Pierre. “De l’individualisme et du socialisme” (1834). En *Oeuvres: 1825-1850*. T. 1. Paris, Société Typographique, 1850, pp.365-380.

⁷¹⁸ Rodríguez Rial, Gabriela. “Peces hegelianos en salsa francesa...”, *op. cit.*

⁷¹⁹ La doctrina de la perfectibilidad de Leroux está desarrollada a lo largo de tres escritos -que según su autor se proponen elaborarla como filosofía, método y religión respectivamente- aparecidos en la *Revue encyclopédique*: “De la loi de continuité qui unit le dix-huitième siècle au dix-septième”, pp.1-59; “De la doctrine du progrès continu” pp.60-100; y “Des rapports du christianisme avec la doctrine philosophique du progrès.” Pp.101-224. Todos en: Leroux, Pierre. *Oeuvres de Pierre Leroux (1825-1850)*, Tomo II. Paris, Louis Nétré éditeur, 1851.

⁷²⁰ Sobre el tema ver Amuchástegui, Jesús. *Louis Blanc y los orígenes del socialismo democrático*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1989, pp.191 y ss.; Lanza, Andrea. *La recomposition de l’unit’e sociale*, *op.cit.*, pp.164-169. Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas*, *op. cit.*, pp.315-341; Behrent, Michael C. “Pluralism’s Political Conditions: Social Realism and the Revolutionary Tradition in Pierre Leroux, P.-J. Proudhon and Alfred Fouillée”. En Wright, Julian y Jones, Hugh S. (eds.). *Pluralism and the Idea of the Republic in France*. Londres, Palgrave Macmillan, 2012, pp.99-121.

cualquier ciencia, de cualquier arte; si estas relaciones generales no se comprenden, si no se siente la unidad de una época, la filosofía de la historia desaparece con el sentimiento de la vida de la humanidad.⁷²¹

Como advierte González Amuchástegui

[l]a idea fundamental de la filosofía de la historia lerouxiana y humanitaria radica en considerar que la dirección definida por la historia es al mismo tiempo deseada por el hombre. Parece claro que Leroux, y también Michelet y Quinet, están *atribuyendo* un significado a la historia; atribuyen una dirección a la evolución de la humanidad, dirección que ellos consideran deseable. Sin embargo, en lugar de asumir que son ellos los que están construyendo una determinada filosofía de la historia; en lugar de aceptar que han seleccionado ciertos acontecimientos históricos y ciertos rasgos del devenir histórico, rechazando otros; en lugar de aceptar que su filosofía de la historia no es más que una interpretación radicalmente valorativa de ésta, presentan su filosofía de la historia como meramente descriptiva del significado de la historia, de la dirección que la humanidad ha seguido y seguirá. En definitiva, pretenden presentar como objetivo, como exigencia de la historia, un proyecto de futuro que entienden deseable.⁷²²

La participación de la constelación cifrada por esta vasta reformulación de los presupuestos temporales en los lenguajes políticos se verifica, en el ámbito rioplatense, hacia mediados de la década de 1830. La concepción clasicista del tiempo que había impregnado los discursos revolucionarios cedía entonces definitivamente ante la nueva “filosofía de la historia”: Alberdi, por caso, celebraría la introducción de Vico hecha por De Ángelis. Como señala Wasserman,

[l]os efectos de esa ruptura entre pasado y presente que terminaría por deshacer el concepto tradicional de Historia, cobrarían forma poco tiempo después en el discurso de los románticos. Esto se puede apreciar en el uso que hacían de conceptos singulares colectivos como Progreso o Historia que contienen y explican a cada uno de los avances como expresiones del movimiento histórico, así como también a los sujetos que los protagonizan y las leyes que lo rigen.⁷²³

⁷²¹ Leroux, Pierre. “De la doctrine de la perfectibilité, (1833-1835)”. En *Œuvres...*, op. cit., t. II, p. 1-224 (La cita corresponde a la p.7; traducción nuestra).

⁷²² Amuchástegui, Jesús. *Louis Blanc y los orígenes del socialismo democrático*, op. cit., pp.202-203.

⁷²³ Wasserman, Fabio. “Experiencias de tiempo y cambio conceptual en el proceso revolucionario rioplatense (1780-1840)”, op. cit., p.16.

La influencia de la filosofía de la historia, y especialmente de la perspectiva de Leroux, es tan fuerte en el joven Alberdi que ha llevado a Olsen Ghirardi a afirmar que “la filosofía de Alberdi es, más bien, una reducción de la filosofía a la filosofía de la historia. Es toda ella, en definitiva, filosofía de la historia.”⁷²⁴ En efecto, en el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, donde no falta oportunidad de encontrar pasajes que replican el tono humanitario democrático y plebeyo del socialismo humanitario de Leroux y Lamennais, Alberdi afirma que “la doctrina de la perfectibilidad es la conciencia de la filosofía.”⁷²⁵ La incidencia de Leroux es también visible en el Salón Literario, que le dedica una tertulia a su doctrina histórica como la más propia del siglo XIX⁷²⁶.

Desde los discursos inaugurales del Salón Literario⁷²⁷, la juventud romántica argentina se posiciona como legítima heredera de la Revolución de Mayo, hasta definir su tarea como la de la consumación emancipadora de la revolución independentista. Pero, como diagnostica Marcos Sastre tempranamente, tal filosofía debe responder a un desafío histórico (esto es, histórico-filosófico) capital, derivado de la asincronía entre la marcha de las ideas y las posibilidades de su realización político-institucional:

En un pueblo que al conquistar su independencia se encontró en la escala más elevada de la civilización—la democracia—sin poseer las virtudes republicanas, las luces, la civilización, que son los elementos de un gobierno popular; sin industria, sin artes, sin costumbres, sin conocimiento de sus derechos y sus deberes, ¿cómo podrían las instituciones liberales crear las virtudes y las luces, cuando ellas mismas necesitan del apoyo de las luces y las virtudes?⁷²⁸

Superada la era de la gloria militar, la tarea para Alberdi es eminentemente filosófica —la conquista de una civilización propia:

⁷²⁴ Ghirardi, Olsen, A. *La Filosofía en Alberdi*. Córdoba, El Copista, 2000, pp. XX. Disponible en: http://www.acaderc.org.ar/ediciones/publicaciones/2000/la-filosofia-en-alberdi/at_download/file

⁷²⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, op. cit., pp.105-106.

⁷²⁶ En *El Diario* se anuncia que una disertación versará sobre que “El espíritu de la Filosofía y la sociabilidad del siglo XIX no es el eclecticismo enseñado por Cousin, es al contrario la doctrina de la perfectibilidad indefinida. Esta proposición será demostrada por un individuo del salón” Mayer Jorge. *Alberdi y su tiempo op. cit.*, p.190.,

⁷²⁷ AA.VV. *Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario, fundado por D. Marcos Sastre*. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1837.

⁷²⁸ Sastre, Marcos. “Ojeada Filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina”. En AA.VV. *Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario, fundado por D. Marcos Sastre*. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1837, p.11.

Nuestros padres nos dieron una independencia material: a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a Europa: una material, que tronó; otra, inteligente, que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada; nosotros romperemos la otra por el pensamiento. Esta nueva conquista deberá consumir nuestra emancipación.⁷²⁹

Tanto en “Doble armonía entre el objeto de esta Institución con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del Espíritu humano”, como en el *Fragmento preliminar al Estudio del Derecho*, ambos de 1837, el significado de Mayo y de la historia del proceso revolucionario americano se incardina en la estela de la revolución democrática moderna. El mismo Alberdi señalará una y otra vez el carácter providencial y verdaderamente cristiano de esta revolución todavía en marcha, que viene a realizar, según la inspiración del historicismo jurídico de Lerminier, el derecho natural racional en la forma específica que convendría a cada pueblo:

Continuar la vida principiada en Mayo, no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y nuestro suelo; seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. (...) Estamos pues encargados, los que principiamos la vida, de investigar la forma adecuada en que nuestra civilización deba desarrollarse, según las circunstancias normales de nuestra actual circunstancia argentina: estamos encargados de la conquista de las vías de una civilización propia y nacional.⁷³⁰

Desde el giro revolucionario de 1838, la pluralidad de civilizaciones hasta entonces proclamada por Alberdi se resumirá en una unidad civilizatoria global, que dará justificación a la alianza de los jóvenes emigrados con la potencia francesa⁷³¹. En la década siguiente, el pensamiento político de los integrantes de este difuso colectivo romántico seguirá hallando en las elaboraciones

⁷²⁹ Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, op. cit., p.20.

⁷³⁰ Alberdi, Juan Bautista. “Doble armonía entre el objeto de esta Institución con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del Espíritu humano”, en *Obras completas de Juan Bautista Alberdi*, T. I. Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886, pp. 257-267, aquí pp.264-265.

⁷³¹ Adoptando una tonalidad humanitaria, se pregunta Alberdi si “¿[e]stará el deshonor, entonces, en ligarse al extranjero para batir al hermano? Sofisma miserable. Todo extranjero es hombre y todo hombre es nuestro hermano. La doctrina contraria es impía y bárbara. No es nuestro hermano un hombre porque ha nacido en la misma tierra que nosotros. Nosotros no somos hijos de la tierra sino de la humanidad. De lo contrario las bestias que han nacido en nuestra tierra serían nuestras hermanas.” Alberdi, Juan Bautista. “Política Exterior. Tiranía de Rosas. Aspecto político de la cuestión francesa”, en Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos*, Tomo XIII. Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900, pp.51-59, aquí p. 56.

histórico-filosóficas uno de los carriles centrales de su discurrir⁷³²: lo que se habrá transformado no es su orientación histórico-filosófica futurocéntrica, sino la grilla de intelección de estas grandes tendencias. En ello el discurso económico jugaría un papel principal.

Economía social y democratización por el crédito

La “economía política sansimoniana”, según la expresión de Zouache, comienza a configurarse desde la muerte del maestro en 1825 -quien, por su parte, ya desde 1817 se había alejado de la economía política liberal-, con los aportes centrales de Enfantin, Chevalier, Leroux y Blanqui. La emergente reflexión económica del movimiento sansimoniano, cuyo discurso se estructura en réplica a la tesis de la economía como momento autónomo de lo social sostenida por la “economía política”, sugiere un nuevo clivaje que estructura la vida social: no se trata de una guerra de clases entre el capital y el trabajo en sentido marxiano, sino de una contraposición entre las clases industrialistas o productivas -que incluía a los trabajadores, granjeros, empresarios y científicos- y la clase ociosa. Su concepto de progreso se articula, para Zouache, en torno a tres factores: en primer lugar, el nivel de civilización de una sociedad comienza a ser visto como directamente dependiente de la distribución del ingreso; en segundo lugar, su ideal progresista apunta a la realización de la “asociación” como momento de superación de las alternancias entre épocas críticas y orgánicas; por último, para los sansimonianos el bien común debe dominar sobre el interés privado, lo que los llevará a una ambigua valoración de la influencia de la economía de mercado en el sistema social: por un lado verán en ella un factor de mejoramiento de la eficiencia en la producción; por otro, identificarán en los mercados de trabajo una tendencia a la caída de los salarios. Los sansimonianos no son “igualitarios”: a favor de la abolición de las diferencias sociales derivadas de la injusticia y los privilegios; en cambio, su modelo de organización supone una sociedad fuertemente jerárquica, y una organización intensamente centralizada es un requisito indispensable para la coordinación que imaginan⁷³³.

⁷³² Para un análisis reciente de los problemas y desplazamientos conceptuales asociados al romanticismo en V. F. López, Mitre, Sarmiento y Alberdi, ver: Palti, Elías José. *El momento romántico*, op. cit. Myers, Jorge. “Clío filósofa. Los inicios del discurso histórico rioplatense (1830-1852)”, op. cit.

⁷³³ Zouache, Abdallah. “Institutions and Development in Saint-Simonian Political Economy”. En *Economic Thought and Institutional Change in France and Italy, 1789–1914*. Springer, Cham, 2017, pp.167-175.
Ver asimismo: *History of Economic Ideas*. Vol. 17, N° 2, 2009, dedicada íntegramente a la economía política del sansimonismo.

Formadores en buena medida de lo que sería el “modelo de desarrollo francés” -en cuya formación a lo largo de las décadas subsiguientes jugarían un rol fundamental-, el aspecto institucional del proyecto de reforma económica sansimoniana supone, a grandes trazos, la estrecha conexión entre tres conjuntos de instituciones: la banca, la industria y la administración pública, con las *grandes écoles* como factor ordenador de formación y reclutamiento tecnocrático. Su afición por las cuestiones financieras no es de extrañar en un círculo integrado por varios miembros de familias ligadas a las finanzas francesas, como el mismo Enfantin, los hermanos Pereire y Olinde Rodrigues⁷³⁴: lo singular, en cambio, son las funciones de multiplicador de la actividad económica y de reforma social que le asignaron:

La economía política sansimoniana subraya el rol del crédito como una alternativa a la competencia perfecta. Esto significa que el mercado sólo no puede tomar decisiones eficientes en una economía capitalista. Una de las funciones principales del sistema de crédito es mejorar la confianza y facilitar la circulación de bienes industriales. La esencia del crédito, ya sea privado o público y cualquiera sea su naturaleza, es transferir parte de los ingresos ociosos a la esfera productiva. En la filosofía sansimoniana es visto como un arma que ayuda a luchar contra el sistema social conservador basado en la propiedad privada y los privilegios de nacimiento.⁷³⁵

Chevalier y Leroux, las dos figuras recurrentes en las obras de Fraguero y Alberdi, separarían sus caminos a lo largo de la década de 1830. El primero, célebre por haberse ocupado de cuestiones de infraestructura y caminos en sus *Des intérêts matériels en France*, viajó en 1833 a los Estados Unidos en una misión oficial dedicada a investigar la infraestructura de la joven nación, cuya experiencia condensaría en sus *Lettres sur l'Amérique du Nord* (1836)⁷³⁶. En 1835 inicia una exitosa carrera funcional, que lo llevaría a reemplazar en 1840 a Pellegrino Rossi en la cátedra de economía política del Collège de France. Todavía en sus primeros años de catedrático se muestra renuente a aceptar el librecambio -sólo lo haría a fines de la década⁷³⁷-, y jamás habría

⁷³⁴ Kindleberger, Charles. *A Financial History of Western Europe*. Londres, Allen & Unwin, 1984, pp.102-107.

⁷³⁵ Zouache, A. “Institutions and Development...”, *op. cit.*, p.171.

⁷³⁶ Chevallier, Michel. *Lettres sur l'Amérique du Nord*. Bruselas, Société belge de librairie, 1837.

⁷³⁷ A diferencia de su antecesor, las primeras conferencias de Chevalier “impugnaron la «prohibición» de la intervención del gobierno en la economía decretada por la «ciencia económica». Al atribuir el entusiasmo anterior por el laissez-faire a una desconfianza legítima de las autoridades ineptas bajo el Antiguo Régimen, consideró que los gobiernos europeos modernos, comprometidos con el progreso moral y material, no solo tenían un «derecho» sino un «deber» en estimular la actividad económica. En cuanto al comercio exterior, Chevalier admitió que constituía una fuente formidable de prosperidad para Gran Bretaña. Pero pensó que era imposible para Francia

de abandonar su creencia en el papel estatal en el desarrollo económico, que hermanaría bien con su rol en el Segundo Imperio. Leroux, por su parte, intensifica sus vínculos con el movimiento popular republicano, para desarrollar a lo largo de la década una polémica a dos frentes “absolutos”: contra el autoritarismo absorbente de la enseñanza sansimoniana, y contra el liberalismo impotente de la escuela clásica⁷³⁸. Finalmente, hacia la década de 1840 el concepto de “economía social”, que había aparecido como sinónimo del de “economía política” entre las décadas de 1820 y 1830, ya habría de presentarse como un modo de abordar las cuestiones económicas radicalmente diferente al de la escuela liberal. Hace por entonces su aparición lo que Andrea Lanza denominara el “socialismo fraternario”, para el que la organización racional e igualitaria del crédito sería cada vez más un instrumento de democratización⁷³⁹.

El impacto de este lenguaje es ostensible en los primeros textos de los románticos argentinos: por caso, entre las cuestiones programáticas propuestas por Echeverría para la Asociación de la Joven Argentina, aquellas que debían dar con un “cuerpo sistemado de doctrina política que abrace principalmente todas las cuestiones más útiles y necesarias a nuestra sociedad”, se cuentan algunas preocupaciones económicas típicamente sansimonianas⁷⁴⁰, que a su modo habrán de repetirse en el *Dogma Socialista*⁷⁴¹. El pensamiento económico de Alberdi, tal como aparece en su *Fragmento preliminar* de 1837, con su anuncio de la llegada de la era de una *economía democrática*, concordante con la moralidad de la nueva época, revela también la fuerte

replicar el modelo británico, porque «no somos una nación comercial o manufacturera», sino «una nación agrícola en primer lugar». Incluso para las manufacturas francesas, sostuvo, la mejor oportunidad de nuevas salidas se encuentra en la expansión de la agricultura doméstica.” Todd, David. *Free Trade and Its Enemies in France, 1814–1851*. Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p.184 (traducción nuestra).

⁷³⁸ Frobert, Ludovic. “Politique et économie politique chez Pierre et Jules Leroux”. *Revue d'histoire du XIXe siècle. Société d'histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe siècle*, N° 40, 2010, pp.77-94.

⁷³⁹ Lanza, Andrea. *La recomposition de l'unité sociale*, op.cit., pp.374-387y ss. Lanza, Andrea. “Démocratie et propriété chez les premiers socialistes républicains français: les enjeux politiques de l'organisation du crédit”. *Histoire, économie & société*, Vol. 30, N° 3, 2011, pp. 81-94; Chaïbi, Olivier. “Entre crédit public et crédit mutuel: un aperçu des théories du crédit au XIXe siècle”. *Romantisme*, Vol. 1, N° 151, 2011, pp. 53-66.

⁷⁴⁰ “¿Es útil un Banco entre nosotros? ¿Qué es el papel moneda? ¿Cuáles sus efectos y su influjo como medio circulante, y resorte para dar fomento a la industria? ¿Qué es el crédito público?”. Echeverría, Esteban. “Dogma Socialista...”, op. cit., pp. 12-13 (nota al pie).

⁷⁴¹ “el pueblo, las masas, no tienen siempre en sus manos los medios de conseguir su emancipación. La sociedad o el gobierno que la representa debe ponerlo a su alcance. Él fomentará la industria, destruirá las leyes fiscales que traban su desarrollo, no la sobrecargará de impuestos y dejará que ejerza libre y severamente su actividad. Él esparcirá la luz por todos los ámbitos de la sociedad y tenderá su mano benéfica a los pobres y desvalidos. Él procurará elevar a la clase proletaria al nivel de las otras clases, emancipando primero su cuerpo, con el fin de emancipar después su razón.” *Ibid.*, pp. 175-176.

incidencia de Jules y Pierre Leroux⁷⁴². La dimensión jurídica del pensamiento alberdiano ha merecido una razonable predominancia -a este respecto, las influencias formativas de Vico, Lermínier y Jouffroy serían centrales para inclinarlo en una comprensión historicista del fenómeno jurídico⁷⁴³-; menos atención ha merecido el hecho de que el temprano pensamiento económico de Alberdi está signado por el mismo espíritu: Alberdi, en efecto, ensaya una *lectura historicista de la historia de la economía política*⁷⁴⁴ en la que los principales hitos de la disciplina clásica son estimados momentos de la trayectoria de una marcha general progresiva de las “ciencia de las riquezas” hacia una “verdad científica absoluta”⁷⁴⁵. Que Jean Baptiste Say atribuyera a Adam Smith la paternidad de la “verdadera ciencia económica” es motivo para que el joven Alberdi le impute al primero, autor del tratado seguido en el curso de Vélez Sarsfield, una “mala inteligencia de la historia económica”⁷⁴⁶. En contrapartida, Alberdi advierte que la ciencia de la política económica parecía lograr buenos avances “gracias a las inspiraciones fecundas de la filosofía francesa”,

⁷⁴² “la economía monárquica que había seguido a la economía feudal, va a ser reemplazada por la economía democrática, es decir, por la economía que, de acuerdo con la faz democrática de la moral que viene, dará por resultado la mayor satisfacción posible, no de algunas naturalezas individuales, sino de la naturaleza unitaria y sintética de la humanidad entera, por el triple desarrollo de la faz material, moral, intelectual de la humanidad.” Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, op. cit., pp.45-46.

⁷⁴³ Adelman, Jeremy. *Republic of Capital: Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World*. Stanford University Press, 1999, pp.168-171; Laclau, Martín. “Las influencias filosóficas en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi”. *Revista de Historia del Derecho*, N° 41, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ene.-jun. 2011, pp. 139-161.

⁷⁴⁴ “Es menester, pues, convenir en que la economía, como la moral, tiene por ley el progreso, la movilidad, el desarrollo; como el derecho, es enteramente armónico con las condiciones del espacio y del tiempo. Este conocimiento nos llevará al de la vida histórica de la ciencia, esto es, de su pasado, su presente, su porvenir; y observando atentamente su misión social en todas las edades de su vida, nos elevaremos a la concepción de una ciencia filosófica de la economía verdadera, ciencia que no ha nacido aún, cosmopolita y de todas las edades, que explique su historia y se traduzca en miles de metamorfosis, sin dejar de ser, bajo todas ellas, siempre la misma ciencia. Esta ciencia que la Francia joven parece haber columbrado ya, se formulará: la ciencia de la riqueza. Esta fórmula será invariable como la naturaleza íntima de la riqueza.” Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, op. cit., p. 46.

⁷⁴⁵ “Smith formuló la economía de su época, como Aristóteles había hecho con la suya, como Colbert había hecho con la de su época, como Quesnay había hecho con los de su época. ¿Qué habían hecho todos estos filósofos? Habían elevado la riqueza y la ciencia de la riqueza de una época dada, al rango de ciencia y riqueza absoluta, filosófica. ¿Qué resultó de este extravío? Que cada época pasada, las necesidades humanas variadas, la moral modificada, la vida material queriendo ser satisfecha por nuevas cosas y nuevos medios, se hacía necesaria la creación de una nueva riqueza y nueva ciencia, que confundiendo también su forma positiva, efímera con su naturaleza filosófica y eterna, se creía recién nacida, disputaba a su antecesora el título de ciencia, hasta que, cumplido su término, tenía que ceder su plaza a otra riqueza y otra ciencia nuevas.” *Ibid.*, p.116.

⁷⁴⁶ *Ibid.*, pp. 47-48.

encontrando prometedores a este respecto los artículos sobre “Economía Política” publicados por Jules Leroux en la *Revista Enciclopédica*⁷⁴⁷.

Este mismo imaginario está presente en los textos tempranos de Fragueiro. Por caso, el punto de partida de la argumentación fragueiriana en los *Fundamentos de un proyecto de Banco* consiste en que “[l]os Bancos vienen a ser una institución social: (...) la más sencilla de sus operaciones es pública y sus efectos necesariamente trascendentales: no pueden oponerse ni aún separarse de la marcha de la civilización: siguen las leyes del progreso”⁷⁴⁸. Consideradas desde este ángulo histórico-filosófico, según Fragueiro

[l]as instituciones de crédito son al estado presente de las sociedades, lo que la introducción de la moneda fue en su época. La moneda ha influido en la civilización tal vez como uno de los primeros resortes. Ella y el fierro han puesto a la generalidad de los hombres en capacidad de emplear sus facultades del modo más ventajoso para sí, y para sus semejantes. La industria, y la propiedad que es su consiguiente, deben a estos poderosos resortes todo lo que son; del mismo modo que la especie humana ha elevado los grados de su poder y de su dignidad moral apoyándose sobre la industria. Si la civilización europea debe algo al descubrimiento de América, es razonable buscar la causa en el oro y plata que se introdujo en aquellos mercados, estimulando las facultades de todos, animando la industria, y aumentando la propiedad.⁷⁴⁹

Es precisamente el desenvolvimiento progresivo del conocimiento de la lógica que rige la marcha de la civilización económica el que permite apropiarse anticipatoriamente de la experiencia principiada por los pueblos de Europa, a fin de evitar los errores cometidos por aquéllos, y multiplicar por lo tanto sus rendimientos benéficos en estas Repúblicas.

Los pueblos europeos también principiaron su carrera del mismo punto de partida que nosotros; y no con un porvenir tan auspicioso; porque no perteneciendo a la actual civilización no tenían ni las tradiciones, ni las experiencias nuestras y sin embargo han encontrado crédito, y se han endeudado monstruosamente aplicando los capitales a la conquista y disipaciones. ¿Por qué no podrán los gobiernos americanos endeudarse para ponerse con esos capitales al frente de la industria? (...) Si pues es una realidad que el gobierno de Chile, como todos los de América, se ha endeudado, y no se encuentra

⁷⁴⁷ *Ibid.*, p.49.

⁷⁴⁸ Fragueiro, Mariano. *Fundamentos de un proyecto de banco*, op. cit., p.8.

⁷⁴⁹ *Ibid.*, p.44.

inconveniente en que esta deuda siga hasta hacerse con el tiempo del tamaño de las de los gobiernos europeos ¿por qué se duda que él mismo puede realizar los fondos destinados al Banco? ¿Por qué pagando rentas, que se sacan de la miseria del pueblo, la deuda pública, puede ascender indefinidamente y acumular guarismos que no se comprenden, y pagando rentas, que saldrán de la reproducción, no podrán acumularse capitales que nos asombren también? (...) Que esas diarias y multiplicadas economías formen el capital de Banco y el tiempo hará de este establecimiento un monstruo de riqueza como ha hecho deudas monstruosas.⁷⁵⁰

Habremos de ver, en el próximo apartado, cómo desde mediados de la década de 1840 sus respectivos planes de organización empiezan a cobrar una nueva forma, que los impulsa a intentar aproximarse a Rosas.

V.3. Diagnósticos y pronósticos entre el liberalismo y el socialismo

*Tenemos la costumbre de no mirar otra cosa en aquel país que su constitución general. A ella comúnmente atribuimos la suerte próspera de los Estados Unidos, y en gran parte es así; pero la raíz principal de su progreso y bienestar, la base más profunda y fuerte de sus libertades, reside en sus instituciones, en sus costumbres, en sus libertades municipales o comunales. Una gran parte del célebre libro de M. Tocqueville se reduce a la demostración práctica de esta verdad.*⁷⁵¹

Los proyectos políticos para la Argentina posrosista, según sostiene Halperín en “Una nación para el desierto argentino”⁷⁵², se moldean sobre el telón de fondo de tres décadas de guerras emancipatoria y civil y casi dos de disolución de la antigua unidad política colonial, frente a los cuales se aparece una verdad irrecusable: la Argentina había consolidado su unidad política bajo la égida rosista. Especialmente luego de la derrota política y militar de las coaliciones antirrosistas de

⁷⁵⁰ Fragueiro, Mariano. *Observaciones sobre un proyecto de banco*. Op. cit., p. 8

⁷⁵¹ Alberdi, Juan Bautista. *Elementos del derecho público provincial para la República Argentina*, op. cit., pp.59-60.

⁷⁵² Halperín Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto argentino”, op. cit.

la década de 1840 —en las cuales convergerían la emigración argentina con las potencias inglesa y francesa—, aquél postulado arrojaría a los integrantes de la Asociación de la Joven Argentina a revisar su autopercepción como única élite competente en la dirección de los asuntos públicos, así como una nueva disposición a reconocer y pactar con las élites económico-sociales forjadas al calor del rosismo. Siguiendo también Halperín, la adversidad a los efectos disolventes de las revoluciones del '48 europeo los conduciría a un alejamiento de su temprano proletariado y socialismo, y los impulsaría a abrazar diversas formas de conservadurismo político: habremos de ver que este juicio no es extensible a Fraguero, sino todo lo contrario. Por otra parte, es dable señalar que el ulterior acercamiento de Fraguero y Alberdi a Urquiza es consecuente con sus posicionamientos del lustro previo: ambos habrían de aproximarse a Rosas en las postrimerías de la década de 1840, abrazando al poder existente y establecido como resorte indispensable para un mecanismo institucional que —según sus expectativas— habría de socavar los mismos fundamentos del despotismo.

Alberdi y Fraguero ante el rosismo tardío.

El triunfo de Rosas de 1846 sobre el último alzamiento comandado por Paz, y la victoria del sistema rosista sobre la reiteradamente levantisca Corrientes en 1847, se inscribe en una serie de victorias sobre las sucesivas alianzas a las que la “Joven Generación” había adherido —y aún motorizado—, y cerraba el largo ciclo de la Guerra del Litoral iniciada con los levantamientos correntino-paraguayos del 38-39⁷⁵³. Este poder singularísimo se sobreponía entonces una vez más sobre los dictados de una racionalidad histórica que, en su autocomprensión, la juventud romántica había pretendido encarnar tempranamente desde el rol publicístico. Bajo el signo de la sobreposición de Rosas a todas las conspiraciones de la Asociación de la Joven Argentina, cuya dirección el mismo Alberdi había pretendido, casi una década de actividad revolucionaria quedaba atrás.

⁷⁵³ Muñoz, Pablo Santos. *Años de lucha (1841-1845). Urquiza y la política del litoral rioplatense*. Buenos Aires, Ediciones Cabargón, 1973.

Elías Palti ha sugerido que la prevaleciente estabilidad del poder rosista es la razón de fondo que explica, a partir del *Facundo* de Sarmiento⁷⁵⁴, no un pretendido “retorno” desde posiciones románticas hacia otras ilustradas, ni simplemente la adopción de la coordinación conceptual antinómica (y asimétrica) de civilización-barbarie como un principio de intelección histórica: la novedad por entonces consiste, más bien, en que adivina la posibilidad del triunfo de la última sobre la primera⁷⁵⁵. Respecto al *Dogma Socialista*, la obra de Sarmiento realiza un doble movimiento, de continuidad y ruptura: por un lado, continuista, cumple parcialmente con el mandato generacional al desechar la antinomia entre unitarios y federales; pero, por otro, se distancia del momento sintético de la dialéctica histórica supuesta en la primera posición política del colectivo⁷⁵⁶. La lógica eminentemente política del *Facundo* se asienta en el aún insuperado antagonismo entre civilización y barbarie, a la luz del cual pretende descifrar el enigma de la revolución argentina en dos movimientos: “primero, guerra de las ciudades, iniciada en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; segundo, guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas de las ciudades.”⁷⁵⁷

La respuesta alberdiana al triunfo rosista -y parcial réplica a la tesis sarmientina- aparecería en 1847, en vísperas de la derrota de la coalición correntina-paraguaya⁷⁵⁸, con su *La República*

⁷⁵⁴ Publicado en 1845, en Santiago de Chile, el *Facundo* fue llamado nombrado originalmente *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*; debió aguardar hasta su tercera edición (Nueva York, 1868) para encontrar su nombre perdurable: *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*.

⁷⁵⁵ Palti, Elías José. “La génesis de la fórmula «civilización y barbarie»”. En Batticuore, Graciela, Gallo, Klaus, Myers, Jorge (comps.). *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Eudeba, Buenos Aires, 2005, pp. 71-84.

La oposición civilización-barbarie, ciertamente, había aparecido en la prensa unitaria de décadas anteriores, pero es a mediados de 1840 que la misma parece constituirse en eje ordinativo de su acción política, tal como aparece por primera vez en su artículo “Política exterior de Rosas” de 1845. Cfr.: de la Fuente, Ariel. ““Civilización y barbarie”: fuentes para una nueva explicación del Facundo”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, N° 44, primer semestre de 2016, pp. 135-179.

⁷⁵⁶ “Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución”; “Nosotros no conocemos más que una sola facción, la patria más que un solo color, el de Mayo, más que una sola época, los treinta años de revolución republicana”. Echeverría, Esteban. “El Dogma Socialista...”, *op. cit.*, p. 196, 199.

⁷⁵⁷ Sarmiento, Domingo F. *Facundo*. Buenos Aires, Losada, 2010, p. 131

⁷⁵⁸ Corrientes había reclamado su soberanía, para coaligarse luego con la república paraguaya en favor de la libre navegación del Paraná.

*Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo*⁷⁵⁹. Alberdi, que ya en 1846 había estimulado a Echeverría a proseguir su acercamiento a Urquiza⁷⁶⁰, se inclinaría en esta obra por ponderar públicamente el potencial papel de Rosas en la constitucionalización de la Confederación Argentina. Esta idea, que es un hilo de continuidad argumental en esta época alberdiana, se intensificará luego de los acontecimientos revolucionarios de 1848, que con su reconfiguración del sistema europeo -expresada en la retracción a Francia e Inglaterra a la disputa intraeuropea y la fractura de su alianza histórica en los asuntos del Plata que el tucumano advierte con claridad en la literatura de la época- abriría el paso al reconocimiento de la posición y reclamaciones de Rosas por parte de dichas potencias⁷⁶¹.

Alberdi anuncia en este texto que los grandes acontecimientos que sucedieron a la revolución de Mayo ya no responden sin más al principio de la *revolución democrática moderna* que había sugerido en sus escritos de juventud; en cambio, la historia de las Repúblicas de la Sudamérica antes española ahora aparece regida fatalmente por un principio común, que les es particular desde el ángulo de la gran historia de la civilización. El enigma de Rosas es presentado ahora, no como una desviación de la racionalidad, sino como una necesidad más profunda: la larga dictadura conservadora -como la que figuró Bolívar en Centroamérica y constitucionalizó Portales en Chile- es, por efecto del despliegue de la moderna civilización comercial en estos pueblos, un

⁷⁵⁹ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina, 37 años después de su Revolución de Mayo, por un ciudadano de aquel país*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1847.

⁷⁶⁰ En 1846 Echeverría escribía a Urquiza que “[n]os asiste el convencimiento que nadie en la República Argentina está en situación mas ventajosa que V. E. para ponerse al frente de ese partido Nacional, y para promover con suceso la fraternidad de todos los Argentinos y la pacificación de nuestra tierra. Esa gloria es envidiable, y si V. E. la conquista merecerá, sin duda, el título de primer grande hombre de la República Argentina.” (Carta de Echeverría a Urquiza, Montevideo 19 Septiembre 1846, en Palcos, Alberto. *Historia de Echeverría*. Buenos Aires, Emecé, 1960, pp.248-249) La veracidad de estas afirmaciones se hace manifiesta en los términos también elogiosos hacia Urquiza que Echeverría dirige al entonces gobernador correntino Madariaga (Ver: Carta de Esteban Echeverría al General Joaquín Madariaga, Montevideo, setiembre 19 de 1846, en *ibid.*, p. 249-250). Enterado de esto, Alberdi escribiría a Echeverría: “Fomente relaciones con Urquiza y los Madariaga. Hágales ver que su idea es sublime verdaderamente y la más alta que se ha concebido en la política de nuestro país de 20 años aquí. Yo la adopto completamente; y no habrá un argentino por estos países que no sea partidario y secuaz del bello pensamiento del general Urquiza, de separarse pacíficamente de Rosas y convocar la República a un arreglo general sobre bases pacíficas y progresivas: es el modo de salvar a nuestro país de los males, que acabarán con él, si sigue como va.” (Carta de Alberdi a Echeverría, Valparaíso, 17 de enero de 1847, en *ibid.*, p.253)

⁷⁶¹ “Compromisos y deberes en que el gobierno absolutista de Buenos Aires se halla de seguir el movimiento político de Europa de este momento” (03/07/1848), “Importancia para Chile que tienen los asuntos de Buenos Aires” (05/07/1848), “A varios corresponsales del Mercurio de ayer” (08/07/1848), “Cuestión argentina” (10/07/1848). *El comercio de Valparaíso*, en Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, pp. 291-294, 297-300, 304-305, 307-308.

momento inexorable de la historia de las repúblicas sudamericanas. La singularidad del caso argentino es por lo tanto solamente aparente, ya que no es más que una manifestación de la aceleración del tiempo histórico que su carácter litoraleño le ha impuesto, haciéndolo más receptivo al influjo europeo⁷⁶².

El jurista pretende posicionarse por encima de los dos partidos en que se divide la Argentina: no habla de facciones, sino de dos partes igualmente “heroicas” y “queridas”. La primera falta de ambas, según Alberdi, fue la de haberse lanzado a las armas en lucha fratricida; luego, si el partido federal recurrió a la tiranía, el unitario supo ligarse con el extranjero. Alberdi acepta que la posición de la Joven Generación podía ser errada, pero que ciertamente su alianza con los viejos unitarios y las potencias extranjeras no se dirigía apenas a derribar al general Rosas, ni tampoco - haciéndose cargo de las acusaciones de la prensa rosista - a favorecer la causa de la restauración monárquica en América. Alberdi sostiene, en cambio, que su intención era

buscar una fórmula de solución para el *establecimiento de la libertad política* en América: de ese problema que aún permanece sin solución, pues no lo son de ningún modo esas constituciones escritas, que, por lo inadecuadas e impracticables, sólo sirven la más veces para fomentar la *hipocresía de la libertad, tan opuesta a la libertad verdadera*. ¿Ignora alguno que la América del Sur, desde la proclamación de la *democracia ilimitada*, se halla en una falsa posición? ¿que el orden ensayado hasta aquí es transitorio, porque es inadecuado, y que es necesario traer las cosas a bases más normales y verdaderas?⁷⁶³

La alianza de esa juventud tenía por objeto, entonces, “someter el partido de la multitud plebeya capitaneada y organizada militarmente por el general Rosas.”⁷⁶⁴ Según Alberdi, este drama sólo parece resuelto para “los demagogos que engañan a la multitud y los espíritus limitados que se

⁷⁶² “De aquí a veinte años, muchos Estados de América se reputarán adelantados porque estarán haciendo lo que Buenos Aires hizo treinta años antes; y pasarán cuarenta antes que lleguen a tener su respectivo Rosas. Digo su Rosas, porque lo tendrán. No en vano se lo llama hoy hombre de América. Lo es en verdad, porque es un tipo político que se hará ver alrededor de América como producto lógico de lo que en Buenos Aires lo produjo y existe en los Estados hermanos.” *Ibid.*, p. 8.

⁷⁶³ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina...*, op. cit., p.20.

⁷⁶⁴ Esta hipótesis sociológica alberdiana ha sido indagada -y en cierto modo, ratificada- recientemente por Ricardo Salvatore en su reconstrucción de la experiencia de los sectores subalternos en la provincia de Buenos Aires a lo largo de un ciclo de reforzamiento de los dispositivos disciplinarios militares y judiciales. Salvatore, Ricardo. *Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires During the Rosas Era*. Duke University Press, Durham, North Carolina, 2003.

engañan a sí mismos”; sin embargo, matiza esto cuando señala que, por efecto del gobierno rosista, “las masas plebeyas, elevadas al poder, han suavizado su fiereza en esa atmósfera de cultura que las otras dejaron.”⁷⁶⁵

El efecto de esta lucha fratricida ha sido, paradójicamente, la centralización del poder nacional: los unitarios perdieron, pero triunfó la centralización del poder en manos de Rosas; el federalismo triunfó, aunque la unidad nacional se realizó. Lo que ha sucedido es que, dentro del país, Rosas ha enseñado a obedecer, por medio de un despotismo sin réplica, a propios y ajenos; sus instruidos enemigos de fuera del país, sin derecho a gobernar allí, han aprendido también a obedecer. Así se ha creado el hábito de la obediencia, que es para Alberdi el supuesto fundamental del poder. Este poder, entiende, es la base de la sociedad y condición de posibilidad de la libertad. Al cómputo del poder de Rosas, compuesto por el encuadramiento militar de la masa plebeya y sus jefes del Interior -elevados en instrucción por la escuela de diez años de gobierno y administración-, Alberdi adiciona el aporte de ilustración y riqueza de los emigrados, siempre deseosos de instituciones y ahora acostumbrados a obedecer: no hay, en consecuencia, país en la América meridional con medios más poderosos para el orden interior; sólo resta para él coordinarlos. Alberdi diagnostica entonces la llegada de la hora de la Constitución política. La libertad frente a las potencias extranjeras, motivo de glorias militares rioplatenses, ha sido consolidada bajo la égida rosista; la libertad interior, sin embargo, carece para Alberdi del contrapeso que haya de mantenerla en pie: la fijeza de la ley. La Constitución escrita, y por lo tanto inmutable -ahora no importa para Alberdi si unitaria o federal, si liberal o despótica-, es la suprema necesidad de la hora.

En *La República Argentina...* Rosas es, para Alberdi, “un mal y un remedio a la vez”. En *Fragmento...* de 1837, Alberdi había visto en Rosas un “gran hombre”⁷⁶⁶; una década después, y por no haber alcanzado más que empresas de gloria personal y no grandes obras legislativas e institucionales, “hasta aquí es apenas un hombre extraordinario”⁷⁶⁷. Sin embargo, es figurado

⁷⁶⁵ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina...*, op. cit., p.27.

⁷⁶⁶ Diez años antes (1837) Alberdi había mostrado la intención de fundamentar racionalmente -y, por lo mismo, limitar jurídicamente- el poder de Rosas. Afirmaba Alberdi entonces: “Rosas, considerado filosóficamente, no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarios. Es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo.” Su origen democrático lo hacía representativo a la singular manera de su pueblo, siguiendo las formas apropiadas a su espacio y tiempo: Alberdi era explícito al indicar que “por pueblo no entendemos aquí la clase pensadora, la clase propietaria únicamente, sino también la universalidad, la mayoría, la multitud, la plebe”. Ver: Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho...*, op. cit., p. 29.

⁷⁶⁷ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina...*, op. cit., p.35.

también como aquél que tiene la piedra de toque del posible edificio institucional: en él radica la salida de la dictadura y el pasaje al orden constituido y la *verdadera* libertad, porque “quien dice *tener el poder*, dice tener la piedra fundamental del edificio político.”⁷⁶⁸ Alberdi parece retomar un viejo tópico de su *Fragmento preliminar...*, para dar ahora con la fórmula de una claudicación honrosa frente a la conciencia tutelar de Rosas.

¿Cómo destruiríais un poder que tiene la astucia de parapetarse detrás de la gloria nacional y alza en sus almenas lo colores queridos de la patria? ¿Qué haríais en presencia de una estratagema tan feliz? Invencible por la vanidad del país mismo, no queda otro camino que capitular con él, si tiene bastante honor para deponer buenamente sus armas arbitrarias en las manos religiosas de la ley. (...) ¿A quién, sino a Rosas, que ha reportado triunfos tan inesperados, le vale obtener el no menos inesperado, sobre sí mismo?⁷⁶⁹

Por la misma época Alberdi insiste en la prensa en la llegada de una nueva hora de superación de la contraposición entre europeos y americanos, propia de la independencia, que sería superada por la concurrencia de los fines civilizatorios europeos y americanos. El tucumano volvía a figurarse en la inmigración el factor dinámico de la aceleración del progreso histórico; incluso más, ya para entonces sugiere la preferencia por la inmigración de “trabajadores de Europa y de los Estados Unidos, donde ya el suelo les escasea.”⁷⁷⁰

Este “episodio rosista” de la obra de Alberdi está lejos de ser una digresión inconducente o un mero paréntesis de la reflexión alberdiana. En un artículo intitulado “La democracia en Sudamérica”, de 1848, Alberdi afirma que “toda democracia es capaz de constituirse, aún la más bárbara”:

hoy no se quiere ya como condición previa que caiga el poder actual, sino que al contrario se anhela porque ese poder sea el que dé un orden legal a la República Argentina. Para el general Rosas es una necesidad y un deber. En cuanto a la posibilidad, ignoramos que sea dudosa para nadie.⁷⁷¹

⁷⁶⁸ *Ibid.*, p.32

⁷⁶⁹ *Ibid.*, p.39.

⁷⁷⁰ Alberdi, Juan Bautista. “Población y Comercio” (10/12/1847) y “De la población en Chile como medio de riqueza y progreso. Cuál población conviene al aumento de la producción nacional”. *El Comercio*, Valparaíso, 10 de diciembre de 1847. Citado por Barros, Carolina, *Alberdi periodista en Chile*, op. cit., pág. 110.

⁷⁷¹ Alberdi, Juan Bautista. “Importancia para Chile que tienen los asuntos de Buenos Aires” (05/07/1848). *El comercio de Valparaíso*, en Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, p. 297.

Mariano Fraguero, por su parte, había pasado en 1846 a Buenos Aires, para regresar a Chile tres años después. Según afirma en el prefacio a su *Organización del Crédito* de 1850,

[u]na larga experiencia en el comercio y en el banco de Buenos Aires en donde fui uno de sus directores por varios años; y una seria observación sobre los abusos del crédito particular en la industria de Copiapó, me han demostrado que todo el mal viene de la individualidad; y he encontrado una confirmación de esta verdad en mi última residencia en Buenos Aires desde 1846 a 1849. Allí encontré removidos los dos grandes inconvenientes para la realización de la democracia y socialismo —la individualidad— y toda influencia de extraña autoridad en la autoridad nacional. *Allí existe una autoridad perfecta con toda la originalidad e independencia de la Nación. La Confederación Argentina está preparada para ser la primera en la reforma social.*⁷⁷²

Fraguero agregaría después, a este respecto, que “[l]as palabras testadas (...) dieron motivo en Chile para hacer cargos acerbos al autor”: la última frase, incluso, sería eliminada de una edición posterior de *Organización del Crédito*, que obsequiara a Avellaneda. Lo que sus detractores no veían, afirma Fraguero en su esbozo autobiográfico de la época, es que “cuanto contiene este libro aboga por el respeto a la propiedad, por el amor a la libertad, por la justicia y conveniencia de deslindar la propiedad pública de la particular, todo lo que es inconciliable con Rosas y sus abusos.” Conforme habría de fundamentar ulteriormente, fue a lo largo de su última estancia en Buenos Aires que

[t]uvo ocasión con este motivo de visitar algunas de las provincias y de observar en ellas y en esta ciudad que existía cierto acomodamiento de la sociedad con el despotismo; lo que revelaba que el poder de Rosas estaba asegurado y que en medio del terror, la vida material de los pueblos tenía cierto grado de desarrollo independiente de la libertad política. La industria y el comercio, creyéndose indiferentes a la acción gubernativa, mejoraban, y en razón directa de este movimiento progresivo parecía adormecerse el tirano. En la misma época la intervención anglo-francesa levantaba el bloqueo y suspendía toda hostilidad contra Rosas, lo que daba por resultado hacer cada vez más firme el poder que éste tenía usurpado. No existiendo el poder de las armas ni dentro ni fuera del país para reconquistar la libertad, el problema era crear un poder sobre la base de los bienes materiales y ponerlo en manos del pueblo para anular o contener al menos el despotismo; hacer servir el prestigio de Rosas para promover una revolución industrial

⁷⁷² Fraguero, Mariano. *Organización del Crédito*, op. cit., p.190.

cuyos resultados serían el respeto a la propiedad, las franquicias comerciales y el consiguiente anulación del gobierno despótico que se encontraría ser un embarazo innecesario, o más bien contrario al fomento y desarrollo de la industria y del comercio.”⁷⁷³

En suma, tanto Alberdi como Fraguero habían elogiado desde la segunda mitad de la década de 1840 las posibilidades del poder rosista para emprender la organización constitucional de la nación; con puntos de partida similares, los motivos y aspiraciones respectivos, sin embargo, son tendencialmente opuestos. El diagnóstico de una era que tiende a la democratización es común para ambos, y su principal diferencia radica en el modo en que ambos habrán de tramitar este hecho. Siendo inexorable el principio democrático impuesto por la Revolución, la cuestión pasa para Alberdi por elevar la población a las capacidades exigidas⁷⁷⁴. La aproximación alberdiana a Rosas de fines de la década de 1840, como la de 1837, es más bien un medio para el cumplimiento de fines ulteriores; el programa político bajo el cual tiene lugar el acercamiento, en cambio, apunta a fines bien distintos. En vistas de la marcha progresiva de la democracia, regida por la perfectibilidad infinita, Alberdi había sostenido en 1837 que “[l]a mejora de la condición intelectual, moral y material de la plebe es el fin dominante de las instituciones sociales del siglo XIX”⁷⁷⁵, el tutelaje político de la plebe era por entonces una condición actual y transitoria, hasta su ulterior emancipación. El diagnóstico de la tendencia secular a la democratización es también un presupuesto de las *Bases...*; lo que ha cambiado es, con su abandono de la tesis de la perfectibilidad, su valoración de las masas argentinas: el control autoritario comienza a perfilarse ahora como una condición indispensable para dar lugar a su proyecto de transformación cuantitativa y cualitativa de la población autóctona “en un sentido ventajoso para la causa del progreso”⁷⁷⁶. Fraguero, cuyo pensamiento nunca abandona el principio del progreso continuo,

⁷⁷³ Fraguero, Mariano. “Autobiografía”. En Fraguero, Mariano, *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, pp.103-104.

⁷⁷⁴ “¿Cómo hacer, pues, de nuestras democracias en el nombre, democracias en la realidad? ¿Cómo cambiar en hechos nuestras libertades escritas y nominales? ¿Por qué medios conseguiremos elevar la capacidad real de nuestros pueblos a la altura de sus constituciones escritas y de los principios proclamados? Por los medios que dejo indicados y que todos conocen; por la educación del pueblo, mediante la acción civilizante de Europa, es decir, por la inmigración, por una legislación civil, comercial y marítima sobre bases adecuadas; por constituciones en armonía con nuestro tiempo y nuestras necesidades; por un sistema de gobierno que secunde la acción de esos medios.” Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., pp.75-76.

⁷⁷⁵ Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, op. cit., p.41.

⁷⁷⁶ “Conviene *aumentar el número* de nuestra población, y, lo que es más, *cambiar su condición* en sentido ventajoso a la causa del progreso. Con tres millones de indígenas, cristianos y católicos no realizarías la república

había visto en su propuesta de reforma del crédito un dique contra el despotismo rosista; de cara a la organización constitucional convocada por Urquiza irá más lejos, al afirmar en ella la posibilidad de ensanchar la democracia, dándole bases materiales sólidas.

En el próximo apartado nos ocuparemos del fundamento que viabilizaría la factibilidad de estos proyectos, determinado, en última instancia, por una visión histórico-filosófica de los fenómenos económicos, termina de configurarse a la luz del significado atribuido a los acontecimientos de 1848 y, muy especialmente, a la intelección de sus causas. Los eventos que se desarrollaban en suelo europeo perfilarán de modo decisivo, a los ojos de Alberdi y Fraguero, sus planes para la organización constitucional de la Argentina: según nos proponemos mostrar, lo esencial de la comprensión histórico-filosófica de los planes constitucionales de ambos se relaciona con la sobrepoblación y el pauperismo como dimensiones constitutivas de la crisis europea. Alberdi y Fraguero extraen corolarios teóricos radicalmente divergentes de una cuestión que estaba en el centro de los debates entre socialistas y liberales: aquél del carácter natural o artificial del pauperismo de las masas, en la larga estela de un debate inaugurado por Malthus y permanentemente reactivado a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Desde esta perspectiva, la unidad del desenvolvimiento histórico hacer converger a la historia pasada y el diagnóstico de la crisis presente con una *prognosis* que viabiliza sus respectivos proyectos de reforma sociopolítica integral para la Confederación Argentina.

La civilización económica y el impacto de 1848.

Durante la primera mitad del siglo XIX, liberales y socialistas franceses habían discutido sobre la hipótesis del desacompasamiento entre el crecimiento de la población y los medios de subsistencia elaborada por Malthus en la década de 1780⁷⁷⁷. Esta discusión habría de proveer la

ciertamente. (...) Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno, si ha de sernos más posible hacer la población para el sistema proclamado que el sistema para la población, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona. Ella está identificada con el vapor, el comercio y la libertad, y no será imposible radicar estas cosas entre nosotros sin la cooperación activa de esa raza de progreso y civilización.” Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., p. 216.

⁷⁷⁷ Charbit, Yves. “Du malthusianisme au populationnisme. Les «Economistes» français et la population (1840-1870)”. *Population*. Año 36, N° 2, 1981, pp.287-293. Hecht, Jacqueline. “French Utopian Socialists and the

clave fundamental de interpretación del nuevo conflicto de la época, tanto para diagnosticarlo como para pronosticar los medios de su superación.

En su *Tratado de Economía* Jean Baptiste Say había hecho suyas las prevenciones maltusianas sobre la evolución poblacional: aunque la realidad desmintiera lo preciso de sus pronósticos, las tendencias generales de la vida social parecían marchar sin embargo en esta línea⁷⁷⁸. Pellegrino Rossi aceptaría por igual las previsiones teóricas de Malthus en su generalidad, destacando sin embargo que ciertas inclinaciones humanas desarrolladas con el perfeccionamiento social morigeran su fatalidad, de modo que con el pasaje de la barbarie a la civilización –y en especial, a partir de la difusión de la instrucción moralizante entre los trabajadores- es posible alcanzar cierto equilibrio entre la reproducción de la población y sus consumos⁷⁷⁹. Sismondi, quien emprendiera una crítica histórica contra la economía política ricardiana, también había evaluado la teorización maltusiana: desligándola de una necesidad natural –confiaba, por caso, en un aumento de la productividad del trabajo agrícola-, habría de proponer medidas gubernativas que debían apuntar a la proporcionalidad entre población y subsistencias⁷⁸⁰.

En torno a los agitados días de 1848, los socialistas como Leroux y Proudhon también discutirían las tesis maltusianas en vistas del novedoso conflicto social que entonces parecía

Population Question: «Seeking the Future City». *Population and Development Review*, Vol. 14, N° 49. 1988, pp. 49-73.

⁷⁷⁸ “Hay sufrimientos, que nacen de la naturaleza del hombre y de las cosas. El excedente de la población sobre las posibilidades necesarias para su mantenimiento pertenece a este grupo. Esta desgracia, más o menos, tan grande en sociedades civilizadas como en tribus salvajes. Echar la culpa de ello al orden de la sociedad es injusto. Imaginarse que pudiese ser posible de liberarse de ello es una ilusión. Trabajar para atenuar esta desgracia es una ocupación noble. Pero no se debe buscar un remedio que no curará nada o cuyos efectos secundarios son más graves que la desgracia misma.” Say, Jean Baptiste. *Traité d'économie politique ou simple exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses*. París, Guillaumin et Cie., 1861. II, Cap. VII, “Des revenus industriels” (traducción propia).

⁷⁷⁹ Rossi, Pellegrino. *Curso de economía política*. Madrid, Boix editor, 1840, pp. 306-387.

⁷⁸⁰ De ello da cuenta la advertencia a la segunda edición de sus *Nuevos principios...* donde se afirma, en contraposición explícita a Malthus, que “[l]os gobernantes y escritores parecían vagar en la búsqueda, a veces, de lo que podría aumentar la riqueza más, y a veces, de lo que podría aumentar la población más, mientras que el uno y el otro, considerados de manera aislada, son sólo abstracciones, y que el verdadero problema del estadista es encontrar la combinación y la proporción de población y riqueza que garantice la mayor felicidad para la raza humana en un espacio determinado.” Sismonde de Sismondi, Jean Charles. *Nouveaux principes d'économie politique; ou, De la richesse dans ses rapports avec la population*, Tomo I. París, Delaunay Libraire, 1827 (segunda edición), pp. I-XXVIII. Las críticas a Malthus ocupan el Libro VII del tomo II: Sismonde de Sismondi, Jean Charles. *Nouveaux principes d'économie politique; ou, De la richesse dans ses rapports avec la population*, Tomo II. París, Delaunay Libraire, 1827 (segunda edición), especialmente pp. 268 y ss.

alcanzar su cénit: si el segundo, luego de un severo examen crítico, la vería como inexorable⁷⁸¹, el primero insistiría en su superación por medio de la reforma social que debía abolir la plutocracia⁷⁸². Desde este ángulo, el estallido del ciclo revolucionario de 1848 aparecía más bien como la manifestación de un conflicto que, subrepticamente, venía desarrollándose en el seno de la sociedad. El pauperismo de las masas trabajadoras es una de las principales preocupaciones de la Asamblea Constituyente de la República Social y Democrática en Francia. Una batería de medidas, como los efímeros Talleres Nacionales basados en el modelo de la *Organización del trabajo* de Louis Blanc⁷⁸³ o el proyecto de constitucionalización del Crédito Social propugnado por Lamennais y Berbet⁷⁸⁴, se dirigen precisamente a avanzar sobre su superación. Es necesario retener, sin embargo, que, como advierte Jacques Viard rescatando la posición a la vez socialista y democrática de Leroux –que, es preciso recordar, por entonces triunfaba electoralmente sobre Cabet y Proudhon–, los debates del '48 difícilmente pueden reducirse a la oposición entre democracia y socialismo figurada por Tocqueville⁷⁸⁵.

La “civilización cristiana y moderna” y la suplantación poblacional en las Bases...

En el célebre capítulo XV de sus *Bases*, Alberdi vuelve a plantear casi textualmente buena parte de los motivos europeístas expresados en su “Acción civilizadora...” –el capítulo lleva incluso un nombre similar–, pero ahora distanciándose explícitamente de la oposición sarmientina entre la ciudad y la campaña como *leitmotiv* de intelección de las luchas civiles argentinas. Por el contrario, afirma allí el jurista,

⁷⁸¹ Charbit, Yves. “Proudhon et le piège malthusien”. *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. 116, N° 1, 2004, pp. 5-33.

⁷⁸² Leroux, Pierre. *De la ploutocratie, ou du gouvernement des riches*. Nouvelle édition. Bousac, Impremierie de Pierre Leroux, 1848, pp. 239-243 ; Leroux, Pierre. *Malthus et les économistes ou Y aura-t-il toujours des pauvres?*. Nouvelle édition. Bousac, Impremierie de Pierre Leroux, 1849 (se trata de una reproducción de los artículos de la *Revue sociale* de noviembre de 1845 a mayo de 1846 publicados bajo el título “De la recherche des biens matériels, ou de l’individualisme et du socialisme”).

⁷⁸³ Blanc, Louis. *Organization du travail (Cinquième édition)*. París, Bureau de la Société de l’industrie fraternelle, 1847.

⁷⁸⁴ Lamennais, Félicité Robert de, Barbet, Auguste. *Projet de constitution de crédit social (Extrait du Peuple Constituant)*. París, Bureau du Peuple Constituant, 1848.

⁷⁸⁵ Viard, Jacques. “Pierre Leroux contre les Utopistes”. *Nineteenth-Century French Studies*. Vol. 19, N° 4, 1991, pp. 541-553.

[e]n América todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que ésta: 1º, el indígena, es decir, el salvaje; 2º, el europeo, es decir, nosotros los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillán (dios de los indígenas). No hay otra división del hombre americano. La división en hombres de la ciudad y hombres de las campañas es falsa, no existe (...) La única subdivisión que admite el hombre americano español es en hombre del litoral y hombre de tierra adentro o mediterráneo. Esta división es real y profunda. El primero es fruto de la acción civilizadora de la Europa de este siglo, que se ejerce por el comercio y por la inmigración en los pueblos de la costa. El otro es obra de la Europa del siglo XVI, de la Europa del tiempo de la conquista, que se conserva intacto como en un recipiente, en los pueblos interiores de nuestro continente, donde lo colocó España con el objeto de que se conservase así.⁷⁸⁶

La dialéctica que estructurara la lucha política hasta entonces, según Alberdi, es la que se dispone en la tensión entre dos grandes orientaciones: la del país mediterráneo, cerrado a los influjos de la civilización comercial, y la del país litoraleño, abierto a la inmigración y a la acción transformadora de la Europa. En una América del Sur atormentada por las vastas extensiones despobladas, será precisamente esta última tendencia la que deba ser incentivada y desarrollada en todas sus potencialidades:

La cuestión argentina de hoy es la cuestión de la América del Sur, a saber: buscar un sistema de organización conveniente para obtener la población de sus desiertos, con pobladores capaces de industria y libertad, para educar sus pueblos, no en las ciencias, no en la astronomía—eso es ridículo por anticipado y prematuro—sino en la industria y en la libertad práctica. Este problema está por resolverse. Ninguna república de América lo ha resuelto todavía. Todas han acertado a sacudir la dominación militar y política de España; pero ninguna ha sabido escapar de la soledad, del atraso, de la pobreza, del despotismo más radicado en los usos que en los gobiernos. Esos son los verdaderos enemigos de América; y por cierto que no les venceremos como vencimos a la metrópoli española, echando a Europa de este suelo, sino trayéndola para llevar a cabo, en nombre de América, la población empezada hace tres siglos por España. Ninguna república sirve a esta necesidad nueva y palpitante por su constitución.⁷⁸⁷

⁷⁸⁶ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., pp.62-63.

⁷⁸⁷ *Ibid.*, pp. 202-203.

El fomento de la inmigración por medio de un diseño institucional de amplias garantías liberales es la clave de la respuesta alberdiana a los dos grandes desafíos poblacionales que la situación parece presentarle: uno de orden cuantitativo, el otro de tipo cualitativo. “Con un millón de habitantes, en un territorio de doscientas mil leguas”, sostiene Alberdi en las *Bases*, “no hay nación, por eso el problema de la República desierta y solitaria debe ser el fin grande y primordial de las instituciones.”⁷⁸⁸ El primer desafío consiste, por lo tanto, en una expansión cuantitativa de la población que, a la vez, dé solidez a la unidad política y multiplique sus capacidades económicas.

Pero el argumento alberdiano se mueve luego hacia la cuestión de cómo acelerar el desarrollo civilizatorio en estas latitudes, para lo cual la dimensión cualitativa del fenómeno poblacional gana centralidad. Será la historia de la civilización expuesta por Michel Chevallier en sus *Lettres sur l'Amérique du Nord*⁷⁸⁹ la que sirva de guía a Alberdi en este punto: de allí extraerá la idea de que la marcha de la civilización se había desarrollado desde oriente a occidente, así como que su desenvolvimiento en los pueblos latinos europeos había sido más lento que en los pertenecientes a la familia germánica. Si del *Curso de economía política* de Rossi extraerá la idea de que, sin alcanzar el desarrollo de sus subsistencias, ciertos pueblos (en especial latinos) parecen nacer sólo para morir⁷⁹⁰, junto a Chevalier Alberdi se diferenciará de aquél al afirmar que la educación popular es incapaz de realizar la elevación cualitativa de la población autóctona⁷⁹¹. Partiendo de estos diagnósticos, Alberdi entiende que la población autóctona es incapaz de posicionarse a la altura de las exigencias civilizatorias de la hora, de cara a lo cual insistirá en la idea del trasplante poblacional, pero esta vez enfatizando la preferencia por la inmigración nórdica.

⁷⁸⁸ *Ibid.*, pp.121-122.

⁷⁸⁹ Chevallier, Michel. *Lettres sur l'Amérique du Nord*. Bruselas, Société belge de librairie, 1837.

⁷⁹⁰ “¿Qué es lo que sucede en ciertos países de la América del Sud? ¿Qué vemos en ciertas partes de la Europa misma? ¿Dejamos por eso de hallar en todas ellas habitantes? no: lo que hallamos es una población más ó menos considerable. Pero ¿hay allí muchos hombres que hayan llegado al colmo de la edad viril? De esos viejos todavía lozanos, que han conservado todas sus fuerzas intelectuales, de esos ancianos que son el honor y la sabiduría viva de un país. Aquellas son poblaciones que parecen nacer para morir; reclutas que caen en la primera batalla; ejércitos sin veteranos.” Rossi, Pellegrino. *Curso de economía política*, op. cit., pp. 311-312.

⁷⁹¹ Herrero, Alejandro. “Juan Bautista Alberdi y su reflexión sobre América durante el régimen de Juan Manuel Rosas (1835-1852)”. *Revista de Hispanismo Filosófico*, N° 10, 2005, pp. 47-58. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/juan-bautista-alberdi-y-su-reflexin-sobre-amrica-durante-el-rgimen-de-juan-manuel-rosas--18351852-0/>

Tal como hemos advertido, la clave que habría de fundamentar su proyecto de transformación sociopolítica integral estará dada por el significado por él atribuido a los acontecimientos europeos de 1848. Seguida atentamente por Alberdi, desde la prensa chilena celebra primeramente los acontecimientos de la revolución de febrero, buscando trazar paralelismos con la situación argentina⁷⁹². Sin embargo, frente a su devenir se llena rápidamente de prevenciones, en especial respecto a “los enemigos de la libertad, servidos por los exaltados y locos comunistas y ultra-republicanos.”⁷⁹³ Por caso, el tucumano subraya que es un error comprender la pugna anglo-francesa en clave de una lucha por la libertad encarnada por Francia y una reacción conservadora inglesa; por el contrario, considera que

[e]n Europa se mueven dos cosas: la República y la libertad constitucional. La república se agita sólo dentro de Francia; la libertad, en toda la Europa. Del movimiento de libertad no es centro la Francia; en todo caso lo es la Inglaterra, a cuyo derredor se han alimentado las libertades modernas de los dos mundos, de tres siglos a esta parte. (...) La Inglaterra, pues, no reacciona al movimiento de libertad que sucede en Europa, o si queréis, al movimiento democrático, ese movimiento que ha existido y existe hoy mismo en el seno de la nación inglesa sin ser República. ¿A qué movimiento reacciona la Inglaterra? Al movimiento republicano francés, no europeo.⁷⁹⁴

La abjuración definitiva del tono y contenido socialista de su juventud es particularmente notoria en la necrológica que Alberdi dedica a Echeverría, cuya inclinación “socialista” – representativa para Alberdi de toda la generación del 37- es presentada ahora como una mera intención de conciliar los intereses del individuo con los de la sociedad. Si en su “Sentido filosófico de la revolución de febrero en Francia” Echeverría todavía volvería una y otra vez a Pierre Leroux, celebrando los esfuerzos desplegados por la República surgida en 1848 en favor de la

⁷⁹² Alberdi, Juan Bautista. “La revolución francesa y la América de Sud” (01/06/1848), “Influencia de la revolución de Francia en los asuntos del Plata” (30/06/1848). En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile. Op. cit.*

⁷⁹³ Alberdi, Juan Bautista. “Rumores de contra revolución en Francia” (22/06/1848), “Verdadero sentido del movimiento europeo. Papel que en él desempeñan la Francia y la Inglaterra” (01/07/1848), “Situación ambigua y difícil de la revolución en Francia” (18/08/1848), “Notable diferencia entre los agitadores y conservadores de las repúblicas, y los de las monarquías” (22/08/1848). *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile. Op. cit.*

⁷⁹⁴ Alberdi, Juan Bautista. “Verdadero sentido del movimiento europeo. Papel que en él desempeñan la Francia y la Inglaterra” en Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile. Op. cit.*, p.290.

“reorganización del trabajo” con miras a superar el pauperismo y la proletarización⁷⁹⁵, Alberdi sostendría en cambio que “decir que la juventud en estos países posee en economía y en política ideas que no sean liberales, es pretender que hemos sido educados en otras nociones que en las de Smith, Say, Rossi y Blanqui.”⁷⁹⁶

En este punto debemos remitir nuestro análisis a las *Bases*. Alberdi alude explícitamente a la doctrina de Malthus al afirmar que

la ciencia económica, según la palabra de uno de sus grandes órganos, pudiera resumirse entera en la ciencia de la población; por lo menos ella constituye su principio y fin. Esto ha enseñado para todas partes un economista admirador de Malthus, el enemigo de la población en países que la tienen de sobra y en momentos de crisis por resultado de ese exceso. (...) Por ejemplo, en presencia de la crisis social que sobrevino en Europa a fines del último siglo por falta de equilibrio entre las subsistencias y la población, la política económica protestó por la pluma de Malthus contra el aumento de la población, porque en ello vió el origen cierto o aparente de la crisis; pero aplicar a nuestra América, cuya población constituye precisamente el mejor remedio para el mal europeo temido por Malthus, sería lo mismo que oponer a un infante extenuado por falta de alimento bajo el rigor de la dieta pitagórica, por la razón de haberse aconsejado ese tratamiento para un cuerpo enfermo de plétora. Los Estados Unidos tienen la palabra antes que Malthus, con su ejemplo práctico, en materia de población; con su aumento rapidísimo han obrado los milagros de progreso que los hace ser el asombro y la envidia del universo.⁷⁹⁷

Los acontecimientos de 1848 son motivo, para Alberdi, de una cabal confirmación de la conciliación espontánea entre intereses americanos y europeos: Mientras que el drama de Europa

⁷⁹⁵ Echeverría, Esteban. “Sentido filosófico de la Revolución de Febrero en Francia”. En Echeverría, Esteban. *Obras completas*, T. IV, Buenos Aires, Casavalle, 1873, pp. 431-461.

⁷⁹⁶ Alberdi, Juan Bautista. “Al Mercurio, por última vez, sobre nuestra marcha y nuestros principios”, *El Comercio*, Valparaíso, 1 de junio de 1848. En Barros, Carolina (comp.). *Op. cit.*, pp.262-263, aquí p.262. Como observa Ingenieros, “Echeverría no alcanzó a conocer esta última escena del drama que tanto le entusiasmara [se refiere al golpe de Luis Bonaparte acabando con la experiencia republicana nacida en 1848]; Alberdi, que estaba en Chile cuando él falleció, tenía ya, al parecer, una noción exacta de que aquello había fracasado. Es así que en mayo, en un artículo necrológico publicado en Valparaíso, volvió a insistir en que el socialismo de Echeverría y de la *Joven Argentina* no tenía nada que ver con el de la Revolución de febrero. (...) Todo esto era inexacto; a Alberdi, mejor que a otro cualquiera, constábale que su filosofía social y la de Echeverría habían sido reflejo del socialismo sansimoniano de Leroux. Pero Alberdi, en esa fecha, escribía en la prensa conservadora de Chile, contra los partidos de la izquierda... Y, sobre todo, se acercaba la hora en que, no siendo ya joven, comenzaba a cultivar «ideas de gobierno».” Ingenieros, José. *La evolución de las ideas argentinas*, op. cit., p.129.

⁷⁹⁷ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., pp. 198-199

es el exceso de población, la tragedia sudamericana consiste precisamente en su opuesto. Es sólo después de 1848 que Alberdi formula su célebre ley de “dilatación del género humano” que rige el “desarrollo de la civilización cristiana y moderna” cuyo “fin providencial” es “el mejoramiento indefinido de la especie humana, por el cruzamiento de las razas, por la comunicación de las ideas y creencias”. Las migraciones, por imperio de “*la nivelación de las poblaciones con las subsistencias*”⁷⁹⁸, son el elemento de equilibrio de una única civilización desplegada entre dos continentes. Para Alberdi, la mentada ley de dilatación del género humano

se realiza fatalmente, o bien por los medios pacíficos de la civilización, o bien por la conquista de la espada. Pero nunca sucede que naciones más antiguas y populosas se ahoguen por exuberancia de población, en presencia de un mundo que carece de habitantes y abunda de riquezas. El socialismo europeo es el signo de un desequilibrio de cosas, que tarde o temprano tendrá en este continente su rechazo violento, si nuestra previsión no emplea desde hoy los medios de que esa ley se realice pacíficamente y en provecho de ambos mundos.⁷⁹⁹

Según Alberdi, “[e]n lo económico, como en todo lo demás, nuestro derecho debe ser acomodado a las necesidades especiales de Sud América. Si estas necesidades no son las mismas que en Europa han inspirado tal sistema o tal política económica, nuestro derecho debe seguir la voz de nuestra necesidad, y no el dictado que es expresión de necesidades diferentes o contrarias.” En razón de ello, el jurista habría de ratificar en su *Sistema...* que

conviene tener presente que la distribución de las riquezas, terreno de la economía política que sirve hace años de campo de batalla a los partidos políticos en Europa, no tiene en Sud América, y mucho menos en el Río de la Plata, el interés de aplicación que en las naciones del otro continente; porque no existiendo entre nosotros el desnivel o desproporción entre la población y las subsistencias, que en Europa hace tan objetable el orden de su sociedad, que permite que unas clases sobrenaden en opulencia y las otras perezcan en degradante miseria, en Sud América son no sólo inconducentes sino ridículas y absurdas las aplicaciones, las doctrinas y reformas proclamadas por los socialistas de Europa.⁸⁰⁰

⁷⁹⁸ *Ibid.*, pp. V-VII.

⁷⁹⁹ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., pp. VI-VII.

⁸⁰⁰ Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico*, op. cit., pp.439-440. Incluso más, Alberdi agrega que en Sudamérica “hay riesgo de que el salario suba hasta el despotismo, al revés de lo que sucede en Europa, donde el

Como veremos enseguida, el significado profundo atribuido a la revolución europea de 1848 en la interpretación perfilada por Alberdi, y que impacta indeleblemente en su imagen histórica (pasada y futura) de la Argentina de la hora, se contrapone radicalmente con la interpretación elaborada por Mariano Fraguero.

La democracia industrial como destino en Organización del Crédito y Cuestiones Argentinas

A diferencia de Alberdi, Fraguero verá en estos acontecimientos europeos la ratificación de las ideas de reforma social bosquejadas unos años antes en sus publicaciones sobre la reforma del crédito en Chile: Así, en su *Organización del Crédito* de 1850 sostiene que “[e]s verdad que entonces, no siendo prácticas en la sociedad mis ideas, no las manifesté con la extensión y seguridad con que lo hago ahora, al ver que aquéllas se repiten en Europa.”⁸⁰¹ De modo que, con posterioridad a los acontecimiento de 1848, el discurso fraguero gana rotundez en sus ribetes socialistas.

La visión histórico-filosófica progresiva de Fraguero aparece condensada en los “Preliminares” de *Organización del Crédito*. Allí el autor afirma, en un pasaje que resume su postura con meridiana claridad, que

[c]ada época refleja el contingente de leyes naturales conocidas. Hoy tenemos de ellas un registro más extenso que nuestros antepasados; los siglos venideros encontrarán ese código aumentado con la adquisición presente, más las nuevas que se hicieren; y así, progresivamente, *la razón humana se acercará al conocimiento de lo que debe ser la vida de la humanidad; al conocimiento de las leyes que establecen la armonía entre Naturaleza, Hombre y Sociedad*. Estos tres grandes elementos del bienestar de los hombres obran de consuno y concurren por leyes fatales al mismo resultado. El hombre sin la sociedad es un ser errante, sin libertad, sin poder, sin medios de subsistencia, sin deberes ni derechos; no es persona. La sociedad no puede suprimir la individualidad; no

salario es insuficiente para alimentar al trabajador. El mismo hombre que en Europa recibe la ley del capitalista y del empresario de industria, viene á nuestro continente y se desquita viendo á sus pies á los tiranos que allá explotaban su sudor. Allá es siervo del capitalista; aquí es su rey y soberano. Los roles se encuentran cambiados completamente. El capital entre nosotros es mendigo de brazos y trabajo; el trabajador se hace buscar descansando á pierna suelta. Tal es la condición del obrero en las ciudades y campañas de Sud-América tan pronto como las agitaciones de la guerra civil ofrecen alguna seguridad y paz á los trabajos de la industria.” *Ibid.*, p.145.

⁸⁰¹ Fraguero, Mariano. “Organización del crédito”, *op. cit.*, p.185.

puede hacer del hombre dotado de voluntad un instrumento pasivo. El individuo y la sociedad no pueden separarse de las leyes de la naturaleza, porque sufrirán reacción. Así es que estos grandes agentes, sirviéndose ya de nuestros aciertos, ya de nuestros errores, nos conducen en último fin hacia esa armonía de naturaleza, hombre y sociedad; marchamos, a pesar nuestro, a la *civilización, pues que por civilización no debe entenderse otra cosa que la relación mejor organizada entre el individuo y la sociedad bajo de las leyes de la naturaleza. Esto sería el orden natural de las sociedades.*⁸⁰²

Esta adecuación de la relación entre hombre y sociedad de acuerdo a la naturaleza de las cosas, como hemos visto en el capítulo anterior, consiste en esencia en deslindar adecuadamente la propiedad privada de la pública, y sobre esta base proceder a una socialización del crédito, hasta ahora usurpado por el individualismo y la tiranía del capital. Es precisamente gracias al carácter progresivo por el cual se van revelando las leyes de lo social que la época actual es capaz de principiar a “curar la llaga universal de las sociedades”, el “pauperismo forzoso”.

La rebelión de los pueblos más antiguos y cultos, la inquietud de sus gobiernos, la anarquía en todas partes, el malestar de cada uno, nos revela una agitación universal, que no es otra cosa que la falta de orden y armonía social. Otra vez no faltaron sectarios de Malthus que con él miraban la peste, el hambre y la guerra, esas terribles plagas del vicio y desorden de la sociedad, como leyes naturales, para establecer el equilibrio entre la población y la subsistencia. Pero al mismo tiempo aparecieron escritores que derramaron la caridad de sus generosos corazones contra tal inculpación a la bondad de la Providencia; y, llenos de fe en los designios del Creador, buscaban el mal en algún vicio de la organización social, y pronosticaban la pronta justificación de las leyes del Padre común de la humanidad. Y en efecto la Europa principia a buscar en el socialismo la solución que no ha encontrado en el individualismo. Esta base de la civilización actual amenaza ruina. La tendencia de las ideas es a construir nuevos fundamentos sociales, sobre los que debe levantarse una civilización nueva también. Se apuran las cuestiones de economía política como exclusivamente sociales, y las únicas eficaces para conciliar todos los intereses sobre el interés común.⁸⁰³

Según la argumentación que entonces desarrolla Fragueiro, el signo de la época es el de la aparición de nuevas líneas de fractura en la vida social, tanto en el seno de la misma sociedad como

⁸⁰² *Ibid.*, p.181 (subrayado nuestro).

⁸⁰³ *Ibid.*, p.182.

entre la misma sociedad y su gobierno político: la esfera social, concebida a la luz de las relaciones de propiedad, se fractura entre una “aristocracia industrial” y las masas pauperizadas; la animadversión política de esas masas proletarias sólo vinculadas al gobierno por el tributo de su sangre, motoriza luego una fractura entre el poder político y la sociedad. De acuerdo a Fragueiro, la causa profunda que anima al conflicto político de la hora, en realidad, se reconcentra en las cuestiones de propiedad:

Todos los partidos políticos, que han turbado la sociedad, son cuestiones de propiedad. Los pueblos del viejo mundo, tan civilizados como industriosos, ¿por qué se convulsionan? ¿por qué las revoluciones tienen en todas partes y en todos tiempos el mismo carácter? Sin duda porque la humanidad está bajo de la influencia de leyes generales, y las mismas causas deben producir los mismos efectos, modificados solamente por los accidentes peculiares de cada pueblo. Las revoluciones son el cumplimiento de la ley de la reacción igual a la acción. Son el individuo y la sociedad procurando la armonía entre ambas partes para establecer el orden social. Individualismo y socialismo son los dos únicos partidos en que se refunden todas las clasificaciones.⁸⁰⁴

Por lo tanto, según Fragueiro, “[e]l orden social y la riqueza misma se interesan en que el mayor número de hombres tenga participación en la civilización. Esta participación no puede obtenerse sino por la distribución de la riqueza.”⁸⁰⁵ Respecto a las posibilidades futuras del desenvolvimiento de la civilización bajo el medio del socialismo, afirma el cordobés que

[l]a civilización actual es el producto de la inteligencia humana, diseminada e individualmente obrando. ¿Cuál será el producto de la unidad de esa inteligencia? Instrucción y capital son la palanca y el punto de apoyo: si ambos se socializan, si se difunden y si el pueblo los toca no más, ¿quién se atreverá a medir su curso y a pesar sus fuerzas? Los progresos de la actual civilización son grandes en verdad; pero se han sucedido lentamente en razón de los esfuerzos de la tendencia natural, encontrados y detenidos en el individualismo; la humanidad ha marchado pero a pasos contados. La tendencia progresiva del hombre, sin aquellos inconvenientes, y allanado el camino por el socialismo y por las instituciones que le acompañan, acelerará su marcha, y sus progresos serán a pasos desmedidos.⁸⁰⁶

⁸⁰⁴ *Ibid.*, p.185.

⁸⁰⁵ *Ibid.*, p.205-206.

⁸⁰⁶ *Ibid.*, p. 280.

En oposición a Alberdi, Fragueiro advierte que de mantenerse las causas de la miseria de las masas europeas, su réplica en Sudamérica será su efecto inevitable. La unidad del desenvolvimiento histórico que ha conducido hacia la pauperización de las masas europeas y a la intensificación del conflicto socio-político, por lo tanto, le motiva serias prevenciones respecto a los efectos de una potencial inmigración. De mantenerse las condiciones de apropiación particularista de la riqueza social, “es imprudente y peligroso promover la inmigración. En más o menos tiempo nos encontraremos tan repletos como la Europa lo está. La población sin capital y sin medios de trabajar, es onerosa más bien que productiva; es preciso antes hacer que los capitales se subdividan y muden de manos.”⁸⁰⁷ Incluso más, de cara al desafío del poblamiento de los “inmensos desiertos que aterran al hombre civilizado”, Fragueiro advierte que no “debemos contar como un recurso, para anticipar el tiempo, con la inmigración europea; la que por sus hábitos preferiría siempre fijarse en las ciudades y poblaciones que ofrezcan más seguridad y comodidad”. Por esta razón “[e]l exterminio de los salvajes por medio de la guerra, ni es justo, ni útil. Después de extinguirlos, ¿qué población ocuparía esas tierras?” En vistas de ello, Fragueiro recomienda en cambio reconocer a los indígenas “el derecho de propiedad al terreno que ocuparen, e intervenir en su distribución entre los varios propietarios, a fin de que conozcan las ventajas del poder social, que da a cada uno lo que es suyo” y educarlos en la doctrina y práctica del Evangelio, en la confianza de que “[e]l Evangelio y el capital son la idea y la acción civilizadoras del hombre.”⁸⁰⁸

En suma, el punto de partida de Fragueiro es el de la afirmación de una verdadera unidad de la lógica que rige el despliegue civilizatorio a escala planetaria, de modo que la situación de la Europa de entonces no es más que la imagen anticipatoria del propio futuro, de no mediar una reforma. Así, la anticipación de los efectos socialmente disolventes de la apropiación particularista de las grandes capacidades de la sociedad industrial lo motiva a promover la reforma por medio de la socialización del crédito, que habrá de derogar la “aristocracia industrial” en favor de la “democracia industrial”.

⁸⁰⁷ *Ibid.*, p. 290

⁸⁰⁸ Fragueiro, Mariano. “Cuestiones Argentinas”, *op. cit.*, pp. 133-134.

Excurso sobre la Constitución de California

Nuestra hipótesis, hasta aquí, ha consistido en subrayar que, antes que a cualquier otro fundamento –en especial, respecto a la idea de un mero predominio del economicismo liberal-, el proyecto constitucional remite a una proyección histórico-filosófica. Acaso el punto en que esto sea más evidente sea en la interpretación del fenómeno de California.

Hemos identificado ya que Alberdi critica alternativamente las posiciones del partido federal capitaneado por Dorrego respecto al debate constitucional estadounidense, acusándolo de confundir la constitución confederal con la federal, advirtiéndolo “que el primero arruinó los Estados Unidos en ocho años, y el otro los restituyó a la vida y los condujo a la opulencia de que hoy disfrutan.”⁸⁰⁹ En este punto, Alberdi pierde de vista tanto el papel que desempeñara el sistema hamiltoniano para el desarrollo de dicha opulencia, así como la oposición del partido demócrata-republicano encabezado por Jefferson que contra el mismo se alzara, y cuyos argumentos en buena medida hiciera propios Dorrego en el Congreso Constituyente de 1824-1826. Pero si esto revela cierto desconocimiento de la historia política y económica estadounidense, en la argumentación desplegada por Alberdi en torno a la Constitución del Estado de California como el paradigma al que debe apuntar el constitucionalismo hispanoamericano se hace manifiesta la orfandad de su visión económico-política.

En el capítulo XII de las *Bases...* el tucumano presenta a la constitución californiana como “la confirmación de nuestras bases constitucionales”⁸¹⁰, atribuyendo a su liberalidad respecto a la concesión de garantías jurídicas a extranjeros sin discriminación de origen ni exigencias de nacionalización las causas de la veloz prosperidad de dicho Estado. Precisamente en el mismo año de 1848 en que la derrota mexicana obligara a ceder dicho territorio a los Estados Unidos se produjo el inicio de la “fiebre del oro”: como pronosticaban Marx y Engels hacia 1850, se iniciaba entonces un desplazamiento del eje de acumulación capitalista que transformaría a la totalidad del planeta⁸¹¹; para el “economista” Alberdi, sin embargo, el papel del oro es despreciable para explicar el

⁸⁰⁹ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., p.128.

⁸¹⁰ *Ibid.*, p.46.

⁸¹¹ Marx, Karl y Engels, Friedrich. “El oro californiano. Canales en América Central”. En Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Materiales para la historia de América Latina*. Córdoba, Ediciones de Pasado y Presente, 1972, pp. 191-197.

florecimiento californiano⁸¹². En oposición a esta confianza ilimitada en las virtudes de la importación institucional, Fragueiro advertiría que

[s]e atribuye la prosperidad de las naciones a su forma de gobierno, a su constitución y a sus actuales instituciones; y andamos al tacto imitando la civilización de la Europa y la libertad de Estados Unidos, como si el bienestar de los pueblos dependiera de formas y palabras, y entretanto olvidamos que el trabajo organizado es la base de la sociedad, y que esa organización no puede encontrarse sino en la originalidad e independencia de cada nación.⁸¹³

Sin llegar a un pronóstico tan preclaro como Marx y Engels, el cordobés habría de afirmar que

[e]l ejemplo de los Estados Unidos y de otros países nuevos nada prueban. Se ve la prosperidad de ellos, y el buen éxito de la emigración se atribuye con ligereza a la constitución, a las instituciones y a la población; pero se olvida que en esos países, el capital, que es la tierra, los bosques, los pastos, los ríos, etc., está prodigado por la naturaleza (...) Más cuando la población llegue al período en que todo esté poseído con exclusión, como lo pide el orden social, no serán ya bastantes la libertad y la constitución.⁸¹⁴

Para Fragueiro es “[e]s inútil buscar la prosperidad de las naciones fuera de la organización del trabajo. La forma de gobierno es cuestión de nombre si desaparece la aristocracia, que representa clase e intereses personales.”⁸¹⁵

⁸¹² “Su constitución de libertad, su gobierno de tolerancia y de progreso, harán más que el oro, la grandeza del nuevo Estado del Pacífico. El oro podrá acumular miles de aventureros; pero sólo la ley de libertad hará de esas multitudes y de ese oro un Estado civilizado y floreciente.” Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida*, op. cit., p. 70.

⁸¹³ Fragueiro, Mariano. “Organización del crédito”, op. cit., p. 291-292.

⁸¹⁴ *Ibid.*, p. 290.

⁸¹⁵ *Ibid.*, p.292.

VI. Conclusiones

*“El tiempo no resuelve nada. Confirma y fortifica lo que existe. Si lo que existe es malo, lejos de mejorarlo lo hace más malo.”*⁸¹⁶

El recorrido hasta aquí emprendido nos permite arribar a una serie de consideraciones finales. En primer lugar, hemos dejado sentado que, en buena medida, la legitimidad histórica del dispositivo constitucional de 1853 está íntimamente ligada a sus sucesivas y plurales apropiaciones posteriores, ellas mismas no exentas de vicisitudes políticas: por caso, hemos observado la serie de modulaciones que han variado desde el reconocimiento originario de su carácter de obra de circunstancias, al rechazo subsiguiente de su originalidad o desviación respecto al modelo estadounidense, para ingresar nuevamente a la corriente central del constitucionalismo argentino entre fines del siglo XIX y principios del XX.

En segundo lugar, hemos advertido, también, la suerte histórica dispar que ha corrido la figura y obra de Alberdi, que llegaría eventualmente a hegemonizar las interpretaciones del momento constituyente de 1853. Hemos visto, también, que tal predominio no era tan rotundo en el contexto de ideas de la Confederación posrosista. El trabajo crítico-historiográfico realizado en torno a las teleologías progresivas y a la deshistorización conceptual que habrían de embargar la ulterior comprensión del momento constituyente nos ha permitido advertir también que éste fue, en lo teórico-político, ciertamente menos homogéneo y más dinámico que el cuadro retrospectivamente dominado por un “liberalismo” -al que, como hemos visto también, los cultores de la tradición liberal argentina habrían de atribuirle muy ambiguos contornos-.

En tercer lugar, el abordaje de la cuestión desde una perspectiva diacrónica, nos ha permitido identificar que en el pensamiento político del momento constituyente, y sin perjuicio de las querellas que en torno a esto habrían de montarse más tarde, las influencias teóricas estadounidenses son decididamente más débiles que las de origen francés. Asimismo, hemos identificado que en algunos de sus rasgos institucionales decisivos, el texto constitucional se aparta

⁸¹⁶ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina consolidada...*, op. cit., p. 132.

del modelo estadounidense, para aproximarse a la constitución chilena de 1833. En especial, este abordaje nos ha permitido dimensionar la incidencia contextual de Alberdi y de Fraguero en vistas de la obra constitucional: hemos notado, también, el importante predicamento que ambos tenían en la época, y que habría de dar lugar a la formación de su controversia.

En cuarto lugar, esta puesta en foco en la querella entre Alberdi y Fraguero nos ha conducido a detectar su común posición en favor de un régimen político centralizante, que vendría a resultar condición técnico-política de sus respectivos planes de organización nacional. En contrapartida, hemos advertido el intenso contrapunto entre nuestros protagonistas en torno a la formación del sistema de hacienda y crédito de la Confederación, que habría de movilizar un debate teórico más profundo, incardinado en la contraposición liberalismo/socialismo, tal cual la misma había ido conformándose en el ámbito cultural francés a lo largo de las dos últimas décadas, y que las operaciones historiográficas retrospectivas sobre la época –tanto alberdianas como estatales– habrían contribuido a desdibujar.

En quinto lugar, la reconstrucción histórica de la trayectoria biográfica de las figuras de Alberdi y Fraguero nos ha permitido, por un lado, relativizar las tendencias historiográficas que, acotadas al ámbito argentino, habrían de celebrar el genio de la obra constitucional a partir de su contraste con el quietismo cultural del período rosista; por otro, nos ha permitido restituir en su concreta dimensión las implicancias de la común radicación en Chile y de sus participaciones en los debates públicos de una época convulsa y políticamente dinámica, que nos permitieron dar cuenta de la progresiva formación de sus respectivas perspectivas.

Por último, el centramiento en el período 1852-1854 nos ha permitido destacar que, desde el punto de vista de sus contemporáneos, la orientación futurible era el fundamento capital de la legitimidad del dispositivo constitucional en ciernes. Tal como hemos derivado del análisis de las fuentes del Congreso General Constituyente de 1852-1853, el horizonte que domina al momento constituyente es el de una transformación radical de la situación sociológica y económicamente dada. La labor realizada nos ha permitido resaltar el rol que el pensamiento histórico-filosófico, en sus vertientes de diagnóstico y pronóstico, jugara al momento de este debate fundacional de la historia constitucional argentina. En esta clave, nos hemos propuesto restituir el pensamiento histórico-filosófico del momento constituyente en su misma historicidad: a tales efectos, hemos recorrido el movimiento del pensamiento de Alberdi y Fraguero, remontando hasta la década de 1830 las cambiantes influencias a las que fueron receptivos, y ponderando especialmente las

rupturas y continuidades. A este respecto, hemos identificado la incidencia de un pensamiento político epocal signado por un horizonte expectativas de democratización de la vida política (y más ampliamente, de la sociedad en su conjunto), así como de una (re)politización de la economía que se yergue en oposición a la escuela liberal clásica. En la intersección entre la economía -que, debemos recordar, se encuentra en un estado teórico previo a la revolución marginalista y su matematización formalista- y la filosofía de la historia, hemos abordado en especial el modo en que Alberdi y Fraguero habrían de extraer corolarios radicalmente diversos de estos presupuestos epocales: si el primero se propone acelerar, por medios institucionales, una inmigración que ponga eventualmente a la ciudadanía a la altura de la república democrática, el segundo considerará indispensable democratizar el capital para permitir al pueblo una verdadera ciudadanía.

El saldo inmediato de esta polémica parece favorecer a las opciones teórico-políticas de Alberdi. De acuerdo al plan alberdiano, la Confederación Argentina se daba, en 1853, un texto constitucional *federal*, de rasgos marcadamente centralistas o *unitarios*. A la luz de su tendencia histórica a la centralización, ciertos aspectos fundamentales del plan constitucional alberdiano quedaron indisolublemente ligados a la intensificación del poder central-nacional, y en particular, del presidencial. Por otra parte, pertenece a la historia el fracaso de la política económica pergeñada por Fraguero: El derrumbe del papel moneda de la Confederación precipitaría su alejamiento del Ministerio, y encaminaría a la Confederación en la senda de la política económica liberal delineada por Alberdi en su *Sistema Económico y Rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Considerado con mayor detenimiento, el balance es menos transparente.

Hacia el año 1854 la división entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina es un hecho consumado: ambas unidades políticas se tratarán conforme a los principios del derecho internacional, bajo garantía de potencias extranjeras⁸¹⁷. En definitiva, la secesión de Buenos Aires, con el correspondiente escamoteo de la base rentística y del aparato gubernativo más desarrollado, impactaría sobre los planes constitucionales de Fraguero y Alberdi: ambos, por razones geográficas, históricas y técnicas, habían considerado a Buenos Aires la capital natural del Estado. La consiguiente *unidad sin centro* a que quedara reducida la Confederación derruiría los cimientos de sus respectivos planes. Para Fraguero supondría casi inmediatamente la sustracción –en virtud de la larga historia de moneda fiduciaria provincial y de su desarrollado aparato aduanero- del pilar

⁸¹⁷ Scobie, James. *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina*. Op. cit., pp. 140-142.

central en que debía reposar la Administración del Crédito Público según sus *Cuestiones Argentinas* de 1852. Para Alberdi, y a pesar de las gestiones diplomáticas que emprendiera para torcer este rumbo, la reforma exigida por Buenos Aires supone la destrucción de su plan constitucional⁸¹⁸, que sólo vería salvado con la federalización de Buenos Aires por el General Roca⁸¹⁹.

Halperín pondera con exaltación lo acertado del cuadro alberdiano de una Argentina que, en un mundo en incontestable expansión capitalista, constituye un desierto a ser poblado; el disciplinamiento plebeyo como principal legado rosista es para Halperín otro mérito de la interpretación de Alberdi. La contracara de este saldo es cierta ingenuidad economicista -una ciega confianza en los efectos benéficos de un proceso de crecimiento económico sin aspectos redistributivos- que asistiría a su propuesta “autoritaria-progresista” de desarrollo nacional⁸²⁰. En una visión algo pesimista respecto de los alcances efectivos de los proyectos de nación elaborados por los románticos argentinos, Halperín Donghi aseveró que, con su proyecto de “progresismo autoritario”, “Alberdi había tenido razón: los cambios vividos en la Argentina son, más que el resultado de las sabias decisiones de sus gobernantes posrosistas, el del avance ciego y avasallador de un capitalismo que se apresta a dominar todo el planeta.”⁸²¹

Por nuestra parte quisiéramos sugerir que, si la parsimonia argumental de Alberdi permite atribuirle la ambigua rectitud de esta previsión, no menos verídicos son los aciertos de Fraguero en el plano de la prognosis. Por caso, y frente a las causas de la prosperidad estadounidense atribuidas por Alberdi, la posterior marcha del tiempo pareció corroborar el diagnóstico de Fraguero: ciertamente, a la expansión de la frontera hacia al oeste -no casualmente en la década de 1840 se enuncia por primera vez la teoría del “destino manifiesto”⁸²²- seguiría la guerra civil

⁸¹⁸ Alberdi, Juan Bautista. *Escritos Póstumos*, T. XIV, p. 811-819, 827-840. Alberdi afirma, entre otras cosas, que “[e]n todas estas reformas hay un plan oculto, pero ciertísimo, de acabar con la institución del gobierno nacional. Se invoca para ello el ejemplo de la Constitución de Estados Unidos. Es un pretexto hipócrita, y los que se dicen unitarios de tradición, no pueden creer de buena fe que convenga a nuestras provincias el sistema de gobierno que va siendo la ruina de México, Centro América, Nueva Granada y Venezuela.” (p. 832)

⁸¹⁹ Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1881.

⁸²⁰ Así, “una concepción que postula consecuencias constantemente benéficas para la libre acción de las fuerzas económicas y afirma con igual vigor la coincidencia necesaria entre el interés nacional y del grupo que controla a la vez el poder político y los recursos económicos de la nación, no reconoce ya función legítima para una clase política que ambicione ser algo más que el agente de negocios de ese grupo dominante.” Halperín Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto argentino”, *op. cit.*, p. 39.

⁸²¹ *Ibid.*, pp. 101

⁸²² Pratt, Julius W. “The Origin of «Manifest Destiny»”. *The American Historical Review*, Vol. 32, N° 4, 1927, pp. 795-798.

estadounidense, a cuya finalización adviniera una férrea política hemisférica cristalizada en la guerra contra España, y seguida luego de la conquista de la hegemonía atlántica y planetaria. Por otra parte, la historia también revelaría que los Estados modernos habrían de formar instituciones de crédito público que, entre otras funciones, monopolizarían la emisión monetaria y regularían la circulación del crédito (nos referimos a los Bancos Centrales). Más aún, a medida que avanzara el siglo XX su función se relacionaría cada vez más con la democratización del crédito hasta llegar a la actual financierización casi total de la vida social. Desde la finalización unilateral del pacto de Bretton Woods, la globalización ha marchado de la mano de una fiduciarización dineraria a escala planetaria inconcebible desde el metalismo alberdiano.

Respecto a las previsiones de nuestros protagonistas para el caso argentino, el gran ciclo inmigratorio que alcanzara su cenit entre fines del siglo XIX y principios del XX habría de mostrar en sus tendencias demográficas generales el acierto de la previsión fragneriana respecto a su inclinación urbana –incentivada, también, por la oligarquización latifundista-. Finalmente, los festejos del Centenario de Mayo bajo la declaración de “estado de sitio” –así como las leyes antiinmigratorias de persecución ideológica aprobadas en la época- parecen dar cuenta también de su acierto respecto a la inexorable emergencia vernácula de la denominada “cuestión social”.

VII. Bibliografía

- AA.VV. *Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario, fundado por D. Marcos Sastre*. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1837.
- AA.VV. *La nota y el credo de los Argentinos residentes en Santiago y la contestación con los documentos justificativos por el Club Constitucional Argentino instalado en Valparaíso*. Valparaíso, Imprenta del Diario, 1852.
- AA.VV. *Documentos de la conformación institucional argentina*. Ministerio del Interior, Poder Ejecutivo Nacional, República Argentina, 1974.
- Abensour, Miguel. *La democracia contra el Estado*. Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens, 2001.
- Abramson, Pierre-Luc. “La Revolución chilena (1848-1852)”, en *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp.91-120.
- Adair, Douglass G. *Origins of Jeffersonian Democracy: Republicanism, the Class Struggle, and the Virtuous Farmer*. Lanham, Lexington Books, 2000.
- Adelman, Jeremy. *Republic of Capital: Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World*. Stanford University Press, 1999.
- Adelman, Jeremy. “Between Order and Liberty: Juan Bautista Alberdi and the Intellectual Origins of Argentine Constitutionalism”. *Latin American Research Review*. Vol. 42, N°2, 2007, pp.86-110.
- Agamben, Giorgio. *Estado de excepción, Homo sacer, II, I*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2005.
- Agamben, Giorgio. *El Reino y la Gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno (Homo sacer, II, 2)*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008.
- Agamben, Giorgio. *Signatura rerum. Sobre el método*. Barcelona, Anagrama, 2008.
- Agüero, Alejandro. “La extinción del Cabildo en la República de Córdoba, 1815-1824”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 37, segundo semestre 2012, pp. 43-84.
- Aguilar Rivera, José Antonio. *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. México D.F., Centro de Investigación y Docencia Económicas-Fondo de Cultura Económica, 2000.

- Aguilar Rivera, José Antonio. “El experimento constitucional bajo la lupa: respuesta a mis críticos”. *Política y gobierno*, Vol. 9, N° 2, 2002, 469-485.
- Alberini, Coroliano. “La metafísica de Alberdi”. En *Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981, pp.95-108.
- Alberini, Coriolano. “La filosofía alemana en la Argentina”. En *Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981.
- Aldao, Carlos A. *Errores de la constitución nacional: ensayos histórico-constitucionales*. Buenos Aires, Imprenta. de F. Gurfinkel, 1928.
- Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho, acompañado de una serie numerosa de consideraciones formando una especie de programa de los trabajos futuros de la inteligencia argentina*. Buenos Aires, Imprenta de la libertad, 1837.
- Alberdi, Juan Bautista. *Memoria sobre la conveniencia i objetos de un congreso jeneral americano*. Santiago, Imprenta del Siglo, 1844.
- Alberdi, Juan Bautista. *Veinte días en Génova*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845.
- Alberdi, Juan Bautista. *La República Arjentina, 37 años después de su Revolución de Mayo, por un ciudadano de aquel país*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1847.
- Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Arjentina, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud, y del tratado litoral del 4 de enero de 1831. Segunda edición, corregida, aumentada de muchos párrafos y de un proyecto de constitución concebido según las bases propuestas*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1852.
- Alberdi, Juan Bautista. *Estudios sobre la constitución arjentina de 1853, en que se restablece su mente alterada por comentarios hostiles, y se designan los antecedentes nacionales que han sido bases de su formación y deben serlo de su jurisprudencia*. Valparaíso, Imprenta del Diario, 1853.
- Alberdi, Juan Bautista. *Elementos del derecho público provincial para la República Argentina*. Valparaíso, Impr. del Mercurio, 1853.
- Alberdi, Juan Bautista. *Sistema Económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, 1854.
- Alberdi, Juan Bautista. *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*. Buenos Aires. Imprenta de Pablo Coni, 1881.

- Alberdi, Juan Bautista. *Obras Completas*. Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886.
- Alberdi, Juan Bautista. “Doble armonía entre el objeto de esta Institución con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del Espíritu humano”, en *Obras completas de Juan Bautista Alberdi*, T. I. Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886, pp.257-267.
- Alberdi, Juan Bautista. “Mi vida privada, que se pasa toda en la República Argentina”, en *Escritos Póstumos*, Tomo XV. Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900.
- Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos*, Tomo XIII. Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900, pp. 51-59.
- Alberdi, Juan Bautista. *Escritos Póstumos*. Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1901.
- Alberdi, Juan Bautista. “El Proyecto de Código Civil para la República Argentina”. En García, Manuel R. (comp.). *Juicios críticos sobre el proyecto de Código Civil argentino*. Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor, 1920, pp. 157-229.
- Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Buenos Aires, Administración General Vaccaro, 1921.
- Alberdi, Juan Bautista. “Política continental: Altas conexiones de las cuestiones del Plata (I-VII)”. *El Siglo de Santiago*, 11 de octubre de 1844. En Barros, Carolina (comp.). *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, pp.67-90.
- Alberdi, Juan Bautista. “Población y Comercio” (10/12/1847). *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. “De la población en Chile como medio de riqueza y progreso. Cuál población conviene al aumento de la producción nacional” (10/12/1847). *El Comercio, Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. “La revolución francesa y la América de Sud” (01/06/1848). En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. “Al Mercurio, por última vez, sobre nuestra marcha y nuestros principios” (1/06/1848), *El Comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.). *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.

- Alberdi, Juan Bautista. “Rumores de contra revolución en Francia” (22/06/1848), *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. “Influencia de la revolución de Francia en los asuntos del Plata” (30/06/1848). En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. “Verdadero sentido del movimiento europeo. Papel que en él desempeñan la Francia y la Inglaterra” (01/07/1848)
- Alberdi, Juan Bautista. “Compromisos y deberes en que el gobierno absolutista de Buenos Aires se halla de seguir el movimiento político de Europa de este momento” (03/07/1848). *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, pp.293-294.
- Alberdi, Juan Bautista. “De la democracia en Sudamérica” (04/07/1848) *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, pp. 294-296.
- Alberdi, Juan Bautista. “Importancia para Chile que tienen los asuntos de Buenos Aires” (05/07/1848). *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997, p.297.
- Alberdi, Juan Bautista. “Situación ambigua y difícil de la revolución en Francia” (18/08/1848), *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. “Notable diferencia entre los agitadores y conservadores de las repúblicas, y los de las monarquías” (22/08/1848). *El comercio de Valparaíso*. En Barros, Carolina (comp.) *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Alberdi, Juan Bautista. *El crimen de la guerra*. Linkgua digital, 2010.
- Alberdi, Juan Bautista y Sarmiento, Domingo Faustino. *Cartas Quillotanas / Las Ciento y una*. Buenos Aires, Emecé, 2011.
- Alberdi, Juan Bautista. *Proceso a Mitre*. Buenos Aires, Editorial Punto de Encuentro, 2013.
- Alonso, Paula y Ternavasio, Marcela. “Liberalismo y ensayos políticos en el siglo XIX argentino”. En Jaksić, Iván y Posada Carbó, Eduardo (eds.). *Liberalismo y poder*.

Latinoamérica en el siglo XIX. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 279-320.

- Altamirano, Carlos. “Entre el naturalismo y la psicología. El comienzo de la ciencia social en Argentina”. En Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (eds.). *Intelectuales y Expertos*. Buenos Aires, Paidós, 2004, pp.31-65.
- Althousser, Louis. *Montesquieu la política y la historia*. Buenos Aires, Ariel, 1974.
- Álvarez, Juan. *Las guerras civiles argentinas*. Colección Socialismo y Libertad, 1912.
- Álvarez, Juan. “La guerra económica entre la Confederación Argentina y Buenos Aires”. En Levene, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina, Vol. VIII*. Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1946.
- Amaral, Samuel. “El empréstito de Londres de 1824”. *Desarrollo Económico*, Vol. 23, N° 92, 1984, pp.559-588.
- Amaral, Samuel. “Alta inflación y precios relativos. El pago de las obligaciones en Buenos Aires (1826-1834). *El Trimestre Económico*, Vol. 56, N° 221 (1), enero-marzo de 1989, pp.163-191.
- Amuchástegui, Jesús. *Louis Blanc y los orígenes del socialismo democrático*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1989.
- Anderson, Perry. *El Estado Absolutista*. México, Siglo XXI, 1998.
- Andreades, Andreas Michael. *History of the Bank of England. Two volumes in one. 1640-1903*. Londres, P. S. King & son, 1909.
- Andrews, Joseph. *Journey from Buenos Aires, through the province of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi.... in the years 1825-26*. Vol. 1, 1827.
- Ansart, Pierre. *Sociología de Saint Simon*. Barcelona, Península, 1972.
- Appleby, Joyce. *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*. Harvard University Press, 1992.
- Aramburo, Mariano José. “Estado, soberanía, nación y otros conceptos conexos en el Río de la Plata, 1824-1827”. *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, N° 1, 2012, pp.107-132. <http://www.ehu.es/ojs/index.php/Ariadna>
- Arato, Andrew. “Dictatorship before and after totalitarianism”. *Social Research: An International Quarterly*, Vol. 69, N° 2, 2002, pp. 473-503.

- Arato, Andrew. *The Adventures of the Constituent Power*. Cambridge University Press, 2017.
- Ardanaz, Martín, Leiras, Marcelo, Tommasi, Mariano. "The Politics of Federalism in Argentina and its Implications for Governance and Accountability". *World Development*. Vol. 53, 2014, pp.26-45.
<https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0305750X13000107>
- Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid, Alianza, 2012.
- Armitage, David. *Civil Wars: A History in Ideas*. New York, Alfred A. Knopf, 2017.
- Audier, Serge. *Las théories de la république*. París, La Découverte, 2015.
- Auza, Néstor Tomás. *El ejército en la época de la Confederación Argentina. 1852-1861*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1971.
- Ayrolo, Valentina. *Funcionarios de dios y de la república: clero y política en la experiencia de las autonomías provinciales*. Buenos Aires, Biblos, 2007.
- Ayrolo, Valentina. "La construcción de un sistema político alternativo: Córdoba durante el gobierno de Juan Bautista Bustos, 1820-1829". En Peire, Jaime (comp.) *Actores, representaciones e imaginarios, nuevas perspectivas en la historia política de América Latina: Homenaje a Francois Xavier Guerra*. Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2007.
- Ayrolo, Valentina. "El federalismo argentino interrogado (Primera mitad del siglo XIX)", en *LOCUS* 36, v. 19, núm. 1, Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal de Juiz de Fora - Minas Gerais, Brasil, agosto, 2013, pp. 61-84.
- Báez, Cecilio. *Ensayo sobre el Doctor Francia y la Dictadura en Sud-América*. Asunción, Talleres Nacionales de H. Kraus, 1910.
- Bagú, Sergio. *El plan económico del grupo rivadaviano (1811-1827): su sentido y sus contradicciones, sus proyecciones sociales, sus enemigos*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966.
- Bailyn, Bernard. *Los orígenes ideológicos de la Revolución Norteamericana*. Buenos Aires, Paidós, 1972.

- Ball, Terence. "Introduction". En Hamilton, Alexander, Madison, James, Jay, John, y Ball, Terence (ed.). *The Federalist with Letters of "Brutus"*. New York, Cambridge University Press, 2003.
- Baltar, Rosalía. *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata, EUDEM, 2012.
- Banning, Lance. "Jeffersonian Ideology Revisited: Liberal and Classical Ideas in the New American Republic". *The William and Mary Quarterly*, Vol. 43, N° 3, 1986, pp.4-19.
- Bacqué, Santiago. *Influencia de Alberdi en la Organización Política del Estado Argentino*. Tesis doctoral presentada en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1916.
- Barba, Enrique. *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*. Buenos Aires, Hyspamerica, 1985.
- Barros, Carolina (comp.). *Alberdi periodista en Chile*. Buenos Aires, Verlap, 1997.
- Bauso, Diego Javier. *Un plagio bicentenario. El "Plan de operaciones" atribuido a Mariano Moreno. Mito y realidad*. Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Bean, Richard. "War and the birth of the nation-state". *Journal of Economic History*, V. 33, 1973, pp. 203–221.
- Beaud, Olivier. "Federalismo y federación en Francia: ¿historia de un concepto impensable?". *Res publica*, N° 3, 1999, pp.7-63.
- Behrent, Michael C. "Pluralism's Political Conditions: Social Realism and the Revolutionary Tradition in Pierre Leroux, P.-J. Proudhon and Alfred Fouillée". En Wright, Julian y Jones, Hugh S. (eds.). *Pluralism and the Idea of the Republic in France*. Londres, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 99-121.
- Belgrano, Juan Manuel. *Exposición de Manuel Belgrano ante el Congreso de Tucumán proponiendo la adopción de una monarquía incaica como forma de gobierno. 6 de julio de 1816*. Archivo General de la Nación. Documentos escritos. Fondo Congreso General Constituyente. Legajo, 1 Doc. 7.
- Belhoste, Bruno y Chatzis, Konstantinos. "From technical corps to technocratic power: French state engineers and their professional and cultural universe in the first half of the 19th century". *History and Technology*, Vol. 23, N° 3, 2007, pp. 209–225.
- Bénichou, Paul. *El tiempo de los profetas: doctrinas de la época romántica*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1984.

- Benson, L. *The concept of Jacksonian democracy: New York as a test case*. Princeton University Press, 2015.
- Benton, Allyson L. "What Makes Strong Federalism Seem Weak? Fiscal Resources and Presidential–Provincial Relations in Argentina". *Publius: The Journal of Federalism*. Vol. 39, N.º 4, 2008, pp.651-676. <https://sci-hub.tw/https://doi.org/10.1093/publius/pjn032>
- Berdiayev, Nicolai. *El Sentido de la Historia. Experiencia de la filosofía del destino humano*. Madrid, Encuentro Ediciones, 1979.
- Betria, Mercedes. "La ciudadanía política en el pensamiento de Esteban Echeverría". *Temas y debates*. Año 16m Nº 23, enero-junio de 2012, pp.57-70.
- Betria, Mercedes. *Pensar la política: la Generación de 1837 y la institución del orden político moderno 1830- 1853. Las miradas de Echeverría y Alberdi*. Tesis de doctorado en Ciencia Política, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales- Universidad Nacional de Rosario, 2012.
- Betria, Mercedes. "Los publicistas del 37: entre la teoría y la praxis del gobierno representativo". *Cuadernos del Ciesal*. Año 10, Nº 12, enero-diciembre de 2013, pp. 11-31.
- Betria, Mercedes. "El concepto de democracia representativa en Esteban Echeverría". *Acta Sociológica*, Nº 71, septiembre-diciembre de 2016, pp.145-165.
- Betria, Mercedes. "Resonancias de Jouffroy en el joven Alberdi: entre teoría y praxis de la «ciencia de la política»". *Polhis. Dossier "Alberdi y sus mundos. Conceptos y saberes en la formación de la Argentina moderna, 1830-1860"*. Año 9, Nº 17, 2017, pp.109-136.
- Beverina, Juan. "Rosas y Lavalle y la expedición del «segundo ejército libertador» (1839-1840)". *Humanidades*, Nº4, 1922, pp.115-130.
- Bidart Campos, Germán. "Notas sobre el carácter abierto y eficaz del poder constituyente originario en Argentina". *Revista de estudios políticos*. Nº 188, 1973, pp. 261-272.
- Bilbao, Francisco. "Sociabilidad Chilena". *El Crepúsculo. Periódico científico y literario*. Nº 2, T. 2, Santiago, 1º de junio de 1844, pp. 57-90.
- Bilbao, Francisco. "A la Crónica de la Revista de Santiago". *La Barra. Diario político y cultural*. Año 1, Nº 32, 11 de julio de 1850, Santiago de Chile.
- Bilbao, Manuel. *Historia de Rosas*. Buenos Aires, Imprenta Buenos Aires, 1868.

- Blanc, Louis. *Organization du travail (Cinquième edition)*. París, Bureau de la Société de l'industrie fraternelle, 1847.
- Blau, Joseph L. *Social Theories of Jacksonian Democracy: Representative Writings of the Period 1825-1850*. Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1954.
- Blumenthal, Edward. "Revolución, ciudadanía, fronteras: las milicias argentinas en la guerra civil chilena de 1851. La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880". *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 2014.
- Bocardo Crespo, Enrique. "Intención, convención y contexto". En Bocardo Crespo, Enrique (ed.), *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*. Madrid, Tecnos, 2007.
- Bonura, Elena. "El crédito público bajo la administración de Juan Manuel de Rosas". *Nuestra historia. Revista de historia de occidente*. Año XIV, N° 28, Buenos Aires, 1981.
- Bonvecchi, Alejandro y Lodola, Germán. "The Dual Logic of Intergovernmental Transfers: Presidents, Governors, and the Politics of Coalition-Building in Argentina". *Publius: The Journal of Federalism*, Vol. 41, N° 2, 2011, pp.179–206.
<https://academic.oup.com/publius/articleabstract/41/2/179/1907185?redirectedFrom=fulltext>
- Bosch, Beatriz. *En la Confederación Argentina: 1854-1861*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Bosch, Beatriz. "En torno a la influencia de Alberdi en la Constitución Nacional". *Revista de Historia Americana y Argentina*, Año III, N° 5-6, pp. 115-124.
- Botana, Natalio. *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880- 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel. *De la república posible a la república verdadera. 1880-1910*. Buenos Aires, Ariel, 1987.
- Botana, Natalio. "Prólogo". En Calvo, Ernesto y Abal Medina, Juan Manuel (h.). *Sobrerrepresentación, reforma política y gobierno dividido en la Argentina*. Buenos Aires, INAP-Eudeba, 2001, pp. 9-15.
- Bourlot, Rubén. *Mariano Fragueiro y la constitución económica de 1853*. Dirección Editorial de Entre Ríos-Ministerio de Gobierno, Justicia y Educación-Provincia de Entre Ríos, 2012.

- Bowden, Brett. *The Empire of Civilization. The Evolution of an Imperial Idea*. Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2009.
- Bowden, Brett. "Civilization: the essence of an evaluative descriptive concept". *Journal of Civilization Studies*, Vol. 1, N°2, 2014, pp.1-23.
- Brahm Garcia, Enrique. "La discusión en torno al régimen de gobierno en Chile (1830 - 1840)". *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, N° XVI, Valparaíso, Chile, 1994, pp. 36-56.
- Bravo Lira, Bernardino. "La Constitución de 1833". *Revista Chilena de Derecho*, Vol. 10, 1983.
- Breaud, Olivier. "La historia del concepto de Constitución en Francia. De la Constitución política a la Constitución como estatuto jurídico del Estado". En Oncina Coves, Faustino (ed.). *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010, pp. 218-258.
- Bruno, Paula. "Paul Groussac. Un articulador cultural en el pasaje del siglo XIX al XX argentino". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Vol. 8, N° 15, 2006, pp.176-186.
- Brown, Jonathan. "Juan Bautista Alberdi y la doctrina del capitalismo liberal en la Argentina". *Ciclos*, Año 3, Vol. 3, N° 4, primer semestre de 1993, pp. 61-74
- Burgin, Miron. *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Buenos Aires, Solar, 1975.
- Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne. "Mitos y simbologías nacionales en los países del Cono Sur.", en Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coords.). *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2003, especialmente pp. 454-465.
- Butler, Judith, Laclau, Ernesto, Žižek, Slavoj. *Contingencia, Hegemonía y Universalidad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Cabeza, Marta. "Las capacidades internacionales de los entes subnacionales en Argentina y en Italia. Un análisis comparado". *América Latina Hoy*, vol. 44, 2006, pp. 135-151. Disponible en: <http://www.redalyc.org/html/308/30804407/>
- Calvo, Nicolás Antonio. *Decisiones constitucionales de los tribunales federales de Estados Unidos desde 1789 estableciendo la jurisprudencia constitucional con los artículos*

relativos de la Constitución Argentina y concordados los textos de ambas constituciones.
Buenos Aires, 1887.

- Camperchioli, Alfredo. *La historia de la teoría y realidad de los privilegios del Banco de la Provincia de Buenos Aires*. Tesis doctoral, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales- Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1967.
- Casarino, Nicolás *El Banco de la Provincia de Buenos Aires en su primer centenario, 1822-1922*. Buenos Aires, Casa Jacobo Peuser, 1922.
- Cayota, Mario. *José Benito Monterroso: el inicuo destierro de un ilustre ciudadano*. Montevideo, Dedos, 2011.
- Chaïbi, Olivier. “Entre crédit public et crédit mutuel: un aperçu des théories du crédit au XIXe siècle”. *Romantisme*, Vol. 1, N° 151, 2011, pp. 53-66.
- Charbit, Yves. “Du malthusianisme au populationnisme. Les «Economistes» français et la population (1840-1870)”. *Population*. Año 36, N° 2, 1981, pp.287-293.
- Charbit, Yves. “Proudhon et le piège malthusien”. *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. 116, N° 1, 2004, pp. 5-33.
- Chevallier, Michel. *Lettres sur l'Amérique du Nord*. Bruselas, Société belge de librairie, 1837.
- Chevalier, Michel. *Cours d'économie politique fait au Collège de France. Deuxieme année, 1842-43*. Paris, Capelle, libraire-editeur, 1844.
- Chiaramonte, José Carlos. *La ilustración en el Río de la Plata: cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*. Buenos Aires, Puntosur Editores, 1989.
- Chiaramonte, José Carlos. “El Federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”. En Carmagnani, Marcello (coord.). *Federalismos latinoamericanos. México, Brasil, Argentina*. México D.F., El Colegio de México - Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 81-132.
- Chiaramonte, José Carlos. *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Chiaramonte, José Carlos. “La cuestión de la soberanía en la génesis y constitución del Estado argentino.” *Historia Constitucional*, N°2, 2001, pp. 107-133.
- Chiaramonte, José Carlos. “Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia”, en Terán, Marta (coord.). *Las guerras de independencia en la América*

española. México D.F., El Colegio de Michoacán - Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, pp. 99-124.

- Chiaramonte, José Carlos. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004.
- Chiaramonte, José Carlos. *Ciudades, provincias, estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires, Emecé Editores, 2006.
- Chiaramonte, José Carlos. *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias: Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica*. Buenos Aires, Teseo, 2010.
- Chiaramonte, Juan Carlos. “Federalismo y constitucionalismo a principios del siglo XX”. En *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*. Buenos Aires, Sudamericana, 2013, pp.123-143.
- Chiaramonte, José Carlos. *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*. Buenos Aires, Sudamericana, 2016.
- Chiaramonte, José Carlos. “Alberdi y el sentido de su federalismo”. *Polhis. Dossier “Alberdi y sus mundos. Conceptos y saberes en la formación de la Argentina moderna, 1830-1860”*. Año 9, N° 17, 2017, pp. 3-21.
- Colacrai, Miryam y Zubelzu, Graciela. “Las provincias y sus relaciones externas. ¿Federalización de la política exterior o protagonismo provincial en las relaciones internacionales?”. *Documento de Trabajo CERIR*, N° 6, diciembre de 1994.
- Colautti, Carlos E. “La Constitución de Estados Unidos y los primeros documentos constitucionales argentino”. *Lecciones y Ensayos*. N° 48, 1987, pp. 85-97.
- Collier, Simon. *Ideas y política de la independencia chilena 1808-1833*. Santiago de Chile, editorial Andrés Bello, 1977.
- Collier, Simon. *Chile. The Making of a Republic, 1830-1865- Politics and Ideas*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Condorcet, Juan María Antonio Nicolás de. *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Madrid, Editora Nacional, 1980.
- Covernton, Guillermo Luis. “Una investigación sobre los principios económicos de Juan Bautista Alberdi y sus vinculaciones con la tradición de la escuela austríaca”. *Anuario de la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario*, Vol IX. Rosario, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2013, pp 58-71. Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/investigacion-sobre-principios-economicos.pdf>

- Cowen, David Jack. *The Origins and Economic Impact of the First Bank of the United States, 1791-1797*. New York, Garland Publishing, 2000.
- Crespo, María Victoria. “Del republicanismo clásico a la modernidad liberal: La gran mutación conceptual de la dictadura en el contexto de las revoluciones hispanoamericanas (1810-1830)”. *Prismas, Revista de historia intelectual*, N° 17, 2013, pp.67-87.
- Cruzat, Ximena, y Tironi, Ana. en *M. Berríos et. al. El pensamiento en Chile, 1830*, vol. 1910, p.1-25.
- Dalla Vía, Alberto. “Los aportes de Mariano Fragueiro, Pedro de Ángelis y Juan Bautista Alberdi a la Constitución de 1853. Comunicación del académico Alberto Dalla Vía en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 10 de junio de 2009”. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*. Disponible en: <https://www.ancmypo.org.ar/user/FILES/08-Dallav%C3%ADa.pdf>
- Dalla Vía, Alberto Ricardo. “La constitución de Cádiz de 1812: su influencia en el movimiento emancipador y en el proceso constituyente”. *Revista de Derecho Político*, N° 84, mayo de 2012, pp. 165-193. Disponible en: <http://revistas.uned.es/index.php/derechopolitico/article/view/9202>
- De Ángelis, Pedro (comp.) *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires, desde el 25 de mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835 con un índice general de materias*, primera parte. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.
- De Angelis, Pedro. *Proyecto de Constitución para la República Argentina*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1852. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/proyecto-de-constitucion-de-pedro-de-angelis-de-junio-1852/html/920dc935-0178-400e-ad29-f8ec0c39d3b9_2.html
- de Dromi, María Laura (comp.). *Documentos constitucionales argentinos*. Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1994.
- de la Fuente, Ariel. “‘Civilización y barbarie’: fuentes para una nueva explicación del Facundo”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, N° 44, primer semestre de 2016, pp. 135-179.

- de Tocqueville, Alexis. “Note sur la classe moyenne et le peuple”. En *Œuvres complètes d’Alexis de Tocqueville*, Vol. IX, Études économiques, politiques et littéraires. París, Michel Lévy, 1866.
- de Tocqueville, Alexis. *Recuerdos de la Revolución de 1848*. Madrid, Editora Nacional, 1984.
- de Tocqueville, Alexis. *La democracia en América*. México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- den Boer, Pim. “Civilization: comparing concepts and identities”. *Contributions to the History of Concepts*. Vol. 1, N° 1, pp.51-62.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (eds.). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires, Biblos, 2004.
- Devoto, Fernando y Nora Pagano. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Devoto, Fernando. “Juan Álvarez, un itinerario historiográfico”. *Anuario IEHS*, N° 23, 2008, pp.75-87.
- Díaz, Benito. *Mariano Fraguero y la constitución de 1853*. Buenos Aires, Editorial El Coloquio, 1973.
- Díaz Araujo, Enrique. *Dos Planes para la Organización Nacional*. Mendoza, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales-Universidad de Mendoza, 1965.
- Díaz Araujo, Enrique. *Hombres Olvidados de la Organización Nacional II: Mariano Fraguero*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional de Cuyo, 1994.
- Dickinson, Harry T. *Liberty and Property: Political Ideology in Eighteenth-Century Britain*. Holmes & Meier Pub, 1979.
- Dickson. Peter. *The Financial Revolution in England. A study in the development of Public Credit. 1688-1756*. Nueva York, Routledge, 2017.
- Diggins, John P. *The Lost Soul of American Politics: Virtue, Self-Interest, and the Foundations of Liberalism*. Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- Di Meglio, Gabriel. “Chaquetas y ponchos frente a levitas. La participación política del bajo pueblo de la ciudad de Buenos Aires a partir de la Revolución de 1810”. *Histórica*, Vol. 34, N° 1, 2010, pp.65-104. Disponible en: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/viewFile/91/91>

- Di Meglio, Gabriel. *Manuel Dorrego. Vida y muerte de un líder popular*. Buenos Aires, Editorial Edhasa, 2014.
- Di Meglio, Gabriel. “Un brindis por «el gran Washington». Miradas sobre los Estados Unidos en el Río de la Plata, 1810-1835.” *Co-herencia*, V. 13, N° 25, 2016, pp.61-88. Disponible en: <http://publicaciones.eafit.edu.co/index.php/co-herencia/article/view/4001>
- di Pasquale, Mariano. “La recepción de la *Idéologie* en la Universidad de Buenos Aires. El caso de Juan Manuel Fernández de Agüero”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 15, Bernal, 2011, pp. 63-86.
- Domènech, Antoni. “La metáfora de la fraternidad republicano-democrática revolucionaria y su legado al socialismo contemporáneo”. *Revista de Estudios Sociales*, N° 46, 2013, pp.14-23.
- Domínguez Arribas, Javier. “El enemigo unitario en el discurso rosista (1829-1852)”. *Anuario de Estudios Americanos*, V. 60, N° 2, 2003, pp.557-579.
- Dotti, Jorge. “Definidme como queráis, pero no como romántico”. En Schmitt, Carl, *Romanticismo Político*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2001, pp.9-62.
- Dotti, Jorge. “La cuadratura del círculo: la Constitución argentina como testimonio e imposible normativización de lo político. *Empresas políticas*, N°10, 2008, p.281-296.
- Dotti, Jorge. “La emancipación sudamericana en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi”. En Dotti, Jorge. *Las vetas del texto. Segunda edición ampliada*. Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp.19- 64.
- Downes, Paul. *Hobbes, Sovereignty, and Early American Literature*. Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- Dunn, John. *The Economic Limits to Modern Politics*, Cambridge University Press, 1992.
- Duso, Giuseppe. “Génesis y lógica de la representación política moderna”. *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del estado, derecho público e historia constitucional*, N° 3, 2004, pp.71-147.
- Duso, Giuseppe. “Conceptos políticos y realidad en la época moderna”. *Historia y Grafía*, Año 22, N° 44, enero-junio de 2015, pp.17-46.

- Eaton, Kent. “Decentralization, Democratization, and Liberalization: The History of Revenue Sharing in Argentina, 1934-1999”. Presentado para la Meeting of the Latin American Studies Association. Hyatt Regency Miami, marzo del 2000.
- Echeverría, Esteban. “Dogma Socialista de la asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837”. En *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, Tomo IV. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, pp. 1-204.
- Echeverría, Esteban. “Sentido filosófico de la Revolución de Febrero en Francia”. En Echeverría, Esteban. *Obras completas*, T. IV. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, pp. 431-461.
- Edwards, José. “La historia del pensamiento económico en Chile (1790s-1970s)”. En Jaksic, Iván, Estefane, Andrés y Robles, Claudio (eds.), *Historia Política de Chile 1810-2010. Tomo III: Problemas Económicos*. Santiago de Chile, FCE, UAI, 2018, pp.369-395.
- Eiris, Ariel Alberto. “Mariano Moreno y la construcción del discurso legitimador de la Revolución de Mayo a través de la *Gazeta de Buenos Ayres*”. *Temas de Historia Argentina y Americana*, N° 22, enero-diciembre de 2014, pp.103-133.
- Elias, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Escardó, Florencio. *Reseña histórica, estadística y descriptiva con tradiciones orales de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay, desde el descubrimiento del Rio de la Plata hasta el año de 1876*. Montevideo, La Tribuna, 1876.
- Eujanian, Alejandro. “Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares”. *Estudios Sociales*, Vol. 9, N°1, 1995, pp. 37-55.
- Eujanian, Alejandro. “Lecturas sobre Paul Groussac”. *Prismas*, Vol. 10, N° 2, diciembre de 2006, pp.223-227.
- Faletto, Enzo. “La especificidad del Estado en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, N° 38, agosto de 1989, pp.69-87.
- Faur, David Levi. “Friedrich List and the political economy of the nation-state”. *Review of International Political Economy*. Vol. 4, N° 1, 1997, pp.154-178.
- Federici, Michael P. *The Political Philosophy of Alexander Hamilton*. JHU Press, 2012.

- Ferejohn, John, y Pasquale Pasquino. "The law of the exception: A typology of emergency powers." *International Journal of Constitutional Law*, Vol. 2, N° 2, 2004, pp. 210-239.
- Ferguson, Niall. *The Ascent of Money. A financial history of the world*. New York, Penguin, 2009.
- Fernández, Teodesio. "En busca de la emancipación mental". *Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2011. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/en-busca-de-la-emancipacion-mental/html/a5722076-6046-11e08d6900163ebf5e63_2.html
- Fernández López, Manuel. "Los textos en la enseñanza de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires (siglo XIX)". Comunicación presentada ante la Academia Nacional de Ciencias Económicas de la República Argentina en la sesión ordinaria privada del 13 de diciembre de 2006. Disponible en: <https://ucema.edu.ar/conferencias/download/Paper.pdf>.
- Fernández Sebastián, Javier (dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*. Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009.
- Fernández Sebastián, Javier. "Ex innovati traditio/Ex traditio innovatio. Continuidad y ruptura en la historia intelectual". En Oncina Coves, Faustino (ed.) *Tradición e innovación en la historia intelectual: métodos historiográficos*. Madrid, Biblioteca Nueva-Siglo XXI, 2013, pp. 51-74.
- Fernández Torres, Luis: "Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana". *Revista anthropolos: Huellas del conocimiento*, 2009, n°223, pp.92-105.
- Ferré, Pedro. *Cuestiones nacionales. Contestación al Lucero ó los falsos y peligrosos principios en descubierto. Con la refutación a los autores escondidos bajo el título de Cosmopolita y porteño. Por el gobierno de Corrientes, 1832 y 1833*. San Juan de Vera de las Siete Corrientes, Amerindia, 2002.
- Ferro, Gabriel. *Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*. Buenos Aires, Marea, 2015.

- Flórez Estrada, Álvaro. *Exámen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación y de la prosperidad de todas las naciones*. Cádiz, Imprenta de Manuel Giménez Carreño, 1812.
- Flórez Estrada, Álvaro. *Curso de economía política*. Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1835.
- Formisano, Ronald P. "Toward a Reorientation of Jacksonian Politics: A Review of the Literature, 1959-1975". *The Journal of American History*, Vol. 63, N° 1, Junio de 1976, pp. 42-65.
- Foucault, Michel. *Dits et écrits*, Tomo III (1976-1979). Paris, Gallimard, 1994.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Foucault, Michel. *Seguridad, Territorio, Población. Curso en el College de France (1977-1978)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Frade Blas, Mario. "Hans Blumenberg y Carl Schmitt: secularización política y reocupación retórica". Tesis doctoral, Universidad Carlos III de Madrid, 2015.
- Fradkin, Raúl O. "Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución". En Flavio Heinz (comp.). *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*, São Leopoldo, Editora Oikos, 2009, pp.74-126.
- Fragueiro, Mariano. *Observaciones sobre el proyecto de estatuto para el Banco Nacional de Chile*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845.
- Fragueiro, Mariano. *Fundamentos de un proyecto de banco. Presentado a la Sociedad de Agricultura i Beneficencia de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta del Siglo, 1845.
- Fragueiro, Mariano. *Organización del Crédito*. Santiago, Imprenta de Julio Belín, 1850.
- Fragueiro, Mariano. *Cuestiones Argentinas*. Copiapó, Imprenta del Copiapino, 1852.
- Fragueiro, Mariano. "Organización del Crédito". En Fragueiro, Mariano, *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos aires, Solar/Hachette, 1976, pp.177-313.
- Fragueiro, Mariano. "Autobiografía". En Fragueiro, Mariano, *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, pp.99-110.

- Fragueiro, Mariano. *Cuestiones argentinas y organización del crédito*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976.
- Frega, Ana, Islas, Ariadna (comps.) *Nuevas Miradas en Torno al Artiguismo: recopilación de ponencias e intervenciones del Simposio “La Universidad en los 150 años de la Muerte de José Artigas: Nuevas Miradas y Debates Actuales sobre el Artiguismo”*. Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación- Universidad de la República, 2001.
- Frega, Ana. “Comentarios a «La dimensión atlántica e hispanoamericana de la Revolución de Mayo», de José Carlos Chiaramonte. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 33, 2011, pp.24-28.
- Frisch, Morton J. “The Significance of the Pacificus-Helvidius Debates: Toward the Completion of the American Founding”. En Hamilton, Alexander y Madison, James. *The Pacificus-Helvidius debates of 1793–1794: toward the completion of the American founding*. Indianápolis, Liberty Fund, 2007.
- Frobert, Ludovic. “Politique et économie politique chez Pierre et Jules Leroux”. *Revue d'histoire du XIXe siècle. Société d'histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe siècle*, N° 40, 2010, pp.77-94.
- Funes, Gregorio. *Examen crítico de los discursos sobre una constitución religiosa considerada como parte de la civil*. Buenos Aires, Imprenta de Hallet, 1825.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método, Vol. I*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2003.
- Gallatin, Albert. *Considerations on the Currency and Banking System of the United States*, s/e, 1831.
- Gallo, Ezequiel. “Tradición liberal argentina”. *Estudios Públicos*, N° 27, pp. 351-378.
- Gallo, Klaus. “Jeremy Bentham y la “Feliz Experiencia”. Presencia del utilitarismo en Buenos Aires 1821-1824”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, 2002, pp.79-96.
- Gálvez, Víctor (seudónimo de Quesada, Vicente G.). *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*. Buenos Aires, Solar, 1942.
- Ganilh, Charles. *Essai politique sur le revenu public des peuples de l'antiquité, des peuples de l'antiquité, du moyen age, des siècles modernes, et spécialement de la France et de l'Angleterre, depuis le milieu du 15 siecle jusqu'en 1823. revue, corr. et augm.* Treuttel et Würtz, 1823.

- Garavaglia, Juan Carlos. “La apoteosis del Leviathan: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”. *Latin American Research Review*, Vol. 38, No. 1, febrero de 2003, pp.135-168.
- Garavaglia, Juan Carlos. “Rentas, deuda pública y construcción estatal: La Confederación Argentina, 1852-1861”. *Desarrollo Económico*. Vol. 50, N° 198, julio-setiembre de 2010, pp. 223-248.
- Garavaglia, Juan Carlos “La construcción nacional en la Argentina. Rentas, presupuestos y niveles de estatalidad (1856--1865)” *Prohistoria*, N° 20, julio-diciembre de 2013, pp. 3-43.
- Garavaglia, Juan Carlos. *La disputa por la construcción nacional argentina. Buenos Aires, la Confederación y las provincias (1850-1865)*. Buenos Aires, Prometeo, 2015.
- García, Carlos. F. *La candidatura presidencial de Don Mariano Fraguero en Buenos Aires*. La Plata, 1943.
- García Sigman, Luis Ignacio. “El pensamiento de Juan Bautista Alberdi en la Tradición Republicana de Natalio Botana: ¿historia o mitología? Una lectura crítica desde la nueva historia intelectual”. *Hib. Revista de Historia Iberoamericana*, Vol. 6, N° 2, 2013, pp.33-62. Disponible en: <https://revistahistoria.universia.net/article/view/290/pensamiento-juan-bautista-alberdi-tradicion-republicananatalio-botana-historia-mitologia-lectura-critica-historia-intelectual->
- Gargarella, Roberto. “Discutiendo el constitucionalismo hispanoamericano. Algunos comentarios sobre: *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*, de José Antonio Aguilar Rivera”. *Política y gobierno*, Vol. 9, N° 2, 2002, pp. 445-467.
- Gargarella, Roberto. “Apuntes sobre el constitucionalismo latinoamericano del siglo XIX. Una mirada histórica”. *IUS. Revista del Instituto de Ciencias Jurídicas de Puebla*, N° 25, 2010, pp.30-48.
- Gargarella, Roberto. *La sala de máquinas de la Constitución: Dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*. Buenos Aires, Katz, 2014.
- Gazmuri, Cristián. *El “48” chileno igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1999.

- Ghirardi, Olsen, A. *La Filosofía en Alberdi*. Córdoba, El Copista, 2000. Disponible en: http://www.acaderc.org.ar/ediciones/publicaciones/2000/la-filosofia-en-alberdi/at_download/file
- Ghirardi, Olsen. *La generación del '37 en el Río de la Plata*. Ediciones de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, Volumen XXXIX, Ed. Advocatus, 2004.
- Giamportone, Tereza Alicia. "Principios hispanos en la formación de los Estados Provinciales en el siglo XIX. El estudio del Poder Ejecutivo en la Provincia de Mendoza, República Argentina". *Estudios Ibero-Americanos*, Vol. 39, N° 2, julio-diciembre de 2013, pp.304-322.
- Gibson, Edward L. *Federalism and Democracy in Latin America*. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 2004.
- Gimenez Fernández, Manuel. *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispano-América*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947.
- Giraudy, Agustina. "The Politics of Subnational Undemocratic Regime Reproduction in Argentina and Mexico". *Journal of Politics in Latin America*. Vol. 2, N° 2, 2010, pp. 53-84. https://scholar.harvard.edu/files/agiraudy/files/giraudy_2010_jpla.pdf
- Giraudy, Agustina. *Democrats and Autocrats: Pathways of Subnational Undemocratic Regime Continuity within Democratic Countries*. New York, Oxford University Press, 2015.
- Goberna Falque, Juan R. *Civilización. Historia de una idea*. Monografías da Universidad de Santiago de Compostela, N° 202. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela-Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 1999, pp.53-61.
- Godfrey, Carlos E. "Organization of the Provisional Army of the United States in the Anticipated War with France, 1798-1800". *The Pennsylvania Magazine of History and Biography*, Vol. 38, N° 2, 1914, pp.129-132.
- Godio, Leopoldo. "La enseñanza en la Universidad de Buenos Aires: del 'Derecho Natural y de Gentes' de Sáenz en el Departamento de Jurisprudencia, al 'Derecho Internacional Público' de Podestá Costa en la Facultad de Derecho y su legado". En Ortiz, Tulio (Coord.) *Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, enseñanzas de su historia*. Ciudad Autónoma de

Buenos Aires, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, 2015, pp.177-214.

- Goldman, Noemí. “«Revolución», «Nación» y «constitución» en el Río de la Plata: léxicos, discursos y prácticas políticas (1810-1830)”. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico-sociales*, N°12,1997, p.101-107.
- Goldman, Noemí. “Los orígenes del federalismo rioplatense (1820-1831)”, en Goldman, Noemí (dir.) *Nueva Historia Argentina. Tomo 3. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. España, Sudamericana, 1998, pp.103-124.
- Goldman, Noemí. “El debate sobre las formas de gobierno y las diversas alternativas de asociación política en el Río de la Plata”. *Historia Contemporánea*, N° 33, 2006, pp.495-511.
- Goldman, Noemí. “El concepto de «Constitución» en el Río de la Plata (1750-1850)”. *Araucaria: Revista Iberoamericana de filosofía, política y humanidades*, N°17, 2007, pp. 169-186.
- Goldman, Noemí. *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780- 1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Goldman, Noemí. “La revolución de Mayo: Moreno, Castelli y Monteagudo. Sus discursos políticos.” *Revista Ciencia y Cultura*. N° 22-23, 2009, pp.321-351.
- Goldman, Noemí. “Constitución. Argentina - Río de la Plata”. En Fernández Sebastián, Javier (Dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Iberconceptos I. La era de las revoluciones, 1750-1850*. Madrid, Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp.325-336.
- Goldman, Noemí. “Opinión Pública – Introducción”. En. Fernández Sebastián, Javier (dir.) *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*. Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, pp.981-999.
- Goldman, Noemí. “Constitución y representación: el enigma del poder constituyente en el Río de la Plata, 1808-1830”. En Annino, Antonio y Ternavasio, Marcela (coords.). *El laboratorio constitucional iberoamericano: 1807/1808–1830*. Madrid, Iberoamericana, 2012, pp. 203-218.

- Goldoni, Marco. *La dottrina costituzionale di Sieyès*. Firenze, Firenze University Press, 2009.
- Goldwasser, Nathalie. “Esteban Echeverría en París (1826 – 1830). ¿Una incógnita histórica?, en Vermeren, Patrice y Muñoz, Marisa (comps.). *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig*. Buenos Aires, Colihue, 2009, pp.277-289.
- González, Horacio. *Filosofía de la conspiración: marxistas, peronistas y carbonarios*. Buenos Aires, Colihue, 2004.
- González, Lucas I. “Political Power, Fiscal Crises, and Decentralization in Latin America: Federal Countries in Comparative Perspective (and some Contrasts with Unitary Cases)”. *Publius: The Journal of Federalism*, Vol. 38 N° 2, 2007, pp. 211–247. <https://scihub.tw/https://doi.org/10.1093/publius/pjn001>
- González Bernaldo, Pilar. “La identidad nacional en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen”. *Anuario IEHS*, N° 12, 1997, pp. 109-122.
- González Bernaldo, Pilar. *Civilidad y política en los orígenes de la Nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires, FCE, 2008.
- González, Román Miguel. *La pasión revolucionaria: culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*. Centro de estudios políticos y constitucionales, 2007.
- Gorostiaga, José Benjamín. *Proyecto de Constitución de José Benjamín Gorostiaga de 1852*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016, disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcpk2c8>.
- Goudsblom, Johan. “Civilization: The Career of a Controversial Concept”. *History and Theory*, N° 45, Vol. 2, 2006, pp.288-297.
- Grez Toso, Sergio. *La cuestión social en Chile: Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago de Chile, DIBAM, 1997.
- Grisendi, Ezequiel y Pablo Manuel Requena. “Raúl Orgaz, la sociología y la historia de las ideas sociales argentinas”. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-027/79.pdf>

- Gros Espiell, Héctor. “El pensamiento institucional del período artiguista (1810-1820)”. *Revista de la Facultad de Derecho – Universidad de la República*. N° 18, julio-diciembre de 2000, pp.249-266.
- Groussac, Paul. “Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional argentino”. En Groussac, Paul, *Estudios de historia argentina*. Buenos Aires, J. Menéndez, 1918.
- Guizot, François. *Historia de la civilización en Europa*. Madrid, Alianza, 1972.
- Gunder Frank, André. “La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología”. *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XIII, N°3, 1969, pp. 269-331.
- Gutiérrez, Juan María. “Noticias Biográficas Sobre Don Esteban Echeverría”, en *Obras Completas de d. Esteban Echeverría. Escritos en prosa con notas y explicaciones por Don Juan María Gutierrez*. Tomo V, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1874.
- Halévi, Ran “La déconstitution de l’Ancien Régime. Le pouvoir constituant comme acte révolutionnaire”. *Jus Politicum*, 2009, Vol. 3.
- Halperín Donghi, Tulio. “Prólogo” a Sarmiento, Domingo Faustino. *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Halperín Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Losada, 1985.
- Halperín Donghi, Tulio. *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- Halperín Donghi, Tulio. “Argentina: Liberalism in a country born liberal”. En J. Love, y N. Jacobsen (eds.). *Guiding de Invisible Hand. Economic liberalism and the State in Latin American History*. Nueva York, Praeger, 1988, pp. 99-116.
- Halperín Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto argentino”. En Halperín Donghi, Tulio (comp.), *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Buenos Aires, Espasa Calpa-Ariel, 1995.
- Halperín Donghi, Tulio. *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Halperín Donghi, Tulio. *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.

- Halperín Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia a la Confederación Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Halperín Donghi, Tulio. *Revolución y guerra: Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014 (1972).
- Hammen, Oscar J. "The Spectre of Communism in the 1840's". *Journal of the History of Ideas*, Vol. 14, N° 3, 1953, pp.404-420.
- Hamilton, Alexander. Carta a James Duane, 3 de septiembre de 1780. Disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Hamilton/01-02-02-0838>
- Hamilton, Alexander. "First Report on the Further Provision Necessary for Establishing Public Credit" 13 de diciembre de 1790. Disponible en: <https://founders.archives.gov/?q=Ancestor%3AARHN-01-07-02-0227&s=1511311111&r=4>
- Hamilton, Alexander. "Second Report on the Further Provision Necessary for Establishing Public Credit (Report on a National Bank)", 13 de diciembre de 1790. Disponible en: <https://founders.archives.gov/?q=Ancestor%3AARHN-01-07-02-0229&s=1511311111&r=3>
- Hamilton, Alexander. "Report on the Subject of Manufactures", 5 de diciembre de 1791. Disponible en: <https://founders.archives.gov/?q=Ancestor%3AARHN-01-10-02-0001&s=1511311111&r=7>.
- Hamilton, Alexander, Jay, John, and Madison, James. *The Federalist. The Gideon Edition*. Indianapolis, Liberty Fund, 2001.
- Hamilton, Alexander, Jay, John, and Madison, James. *El federalista*. México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Hamilton, Alexander, Madison, James, Jay, John (auts.) y Ball, Terence (ed.). *The Federalist with Letters of "Brutus"*. New York, Cambridge University Press, 2003.
- Haro, Ricardo. "Abogados destacados en el Congreso de 1853: Gorostiaga, Gutiérrez y Del Campillo". Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. S/F, pp.1-17. Disponible en: <http://www.psi.unc.edu.ar/acaderc/doctrina/articulos/artabogadosdestacados>

- Haro, Ricardo. “Dalmacio Vélez Sársfield y su labor con motivo de la reforma constitucional”, en AA.VV., *Homenaje a Dalmacio Vélez Sársfield*, T. IV. Córdoba, Academia Nacional del Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, 2000, pp. 177-208.
- Hartog, François. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris, Le Seuil, 2012.
- Hartz, Louis. *La tradición liberal en los Estados Unidos/ Una interpretación del pensamiento político estadounidense desde la Guerra de Independencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Harvey, David. “El «nuevo» imperialismo: acumulación por desposesión”. *Socialist Register: El nuevo desafío imperial*, 2004.
- Harvey, David. *El nuevo imperialismo*. Madrid, Akal, 2004.
- Hecht, Jacqueline. “French Utopian Socialists and the Population Question: «Seeking the Future City»”. *Population and Development Review*, Vol. 14, N° 49. 1988, pp. 49-73.
- Heise González, Julio. *Historia de Chile. El período parlamentario, 1861-1925*. Tomo I, Fundamentos histórico-culturales del Parlamentarismo Chileno. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1974.
- Heller, Hermann. *Teoría del Estado*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Heller, Hermann. “¿Estado de Derecho o dictadura?”. En *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1985.
- Heras, Carlos y Barba, Enrique. “Relaciones entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires (1854–1858)”. En Levene, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina*, Vol. VIII. Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1946, pp.173-246.
- Herlaut, Colonel. “Projets de création d'une Banque Royale en France à la fin du règne de Louis XIV (1702-1712)”. *Revue d'histoire moderne*, T. 8e, N° 7, 1933, pp.143-160.
- Herrero, Alejandro. “Juan Bautista Alberdi: de la ‘república democrática’ a la ‘república posible’. Un proyecto alternativo al régimen de Juan Manuel de Rosas”. *Anuario del IEHS*, N° 17, 2002, pp.261-290.
- Herrero, Alejandro. “Juan Bautista Alberdi y su reflexión sobre América durante el régimen de Juan Manuel Rosas (1835-1852)”. *Revista de Hispanismo Filosófico*, N° 10, 2005, pp.47-58. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/juan-bautista-alberdi-y-su-reflexin-sobre-amrica-durante-el-rgimen-de-juan-manuel-rosas--18351852-0/>

- Herrero, Alejandro. “República, democracia y estado federal. Una aproximación a la recepción de la cultura política francesa en el discurso juvenil de Juan Bautista Alberdi (1837-1838)”. *Cuadernos del Sur. Historia*, N° 35-36, Bahía Blanca, 2007, pp.73-99.
- Herrero, Alejandro. *Ideas para una república. Una mirada sobre la Nueva Generación Argentina y las doctrinas políticas francesas*. Remedios de Escalada, Ediciones de la UNLa, 2009.
- Herrero, Alejandro. “Alberdi, Bases y el gobierno de la Confederación Argentina en la década de 1850”. *Épocas. Revista de Historia*. N° 12, segundo semestre de 2015, pp.47-68.
- Herrero, Fabián. “Los unitarios convertidos en federales y la organización de la nación. Buenos Aires, hacia 1830”. *Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani*, N° 30, Buenos Aires, Enero-diciembre, 2007, pp.35-71. En http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0524-97672007000100002
- Hölscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro*. Madrid, Siglo XXI de España, 2014.
- Hudson, Michael. *America's Protectionist Takeoff: 1815–1914*. Islet, 2010.
- Huertas, Marta María Magdalena. *El modelo constitucional norteamericano en los fallos de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (1863-1903)*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 2001.
- Ilgen, Thomas L. (ed.). *Reconfigured Sovereignty. Multi-Layered Governance in the Global Age*. Aldershot, Ashgate, 2003.
- Illanes O., María Angélica. *Chile des-centrado: formación socio-cultural republicana y transición*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2003.
- Ingenieros, José. “Los sansimonianos argentinos”. *Revista de Filosofía*, Año 1, N°5, Buenos Aires, septiembre de 1915.
- Ingenieros, José. *La evolución de las ideas argentinas. Libro II: La restauración*. Buenos Aires, J. L. Rosso, 1920.
- Ingenieros, José. *Direcciones filosóficas de la cultura* (Caps. V-VI). Buenos Aires, EUDEBA, 1963.
- Irigoín, María Alejandra. “La Expansión Ganadera de la Campaña de Buenos Aires: ¿Una consecuencia de la financiación inflacionaria del déficit fiscal en Argentina del siglo XIX?”. Documento de Trabajo 02-03, Serie de Historia Económica e Instituciones, Depto. de

Historia Económica e Instituciones, Universidad Carlos III de Madrid, 2002. Disponible en: <https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/380/dh020301.pdf>

- Issacharoff, S., & Pildes, R. H. “Emergency contexts without emergency powers: The United States’ constitutional approach to rights during wartime”. *International Journal of Constitutional Law*, Vol. 2, N° 2, 2004, pp. 296–333.
- Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Jaimovich, Dany, y Flores, Andrea. “Cosechando antes de la siembra: Fisonomía del pensamiento económico en los primeros años del chile independiente”. *MPRA Paper*, N° 72637. Alemania, *University Library of Munich*, 2002. Disponible en: https://mpra.ub.uni-muenchen.de/72637/1/MPRA_paper_72637.pdf
- Jardin, André. *Historia del liberalismo político: de la crisis del absolutismo a la Constitución de 1875*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Jefferson, Thomas. “Bank-paper must be suppressed, and the circulating medium must be restored to the nation to whom it belongs.” Carta a John Wayles Eppes, 11 de septiembre de 1813. Disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-06-02-0388>)
- Jefferson, Thomas, Carta a John Taylor, 28 de mayo de 1816. Disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-10-02-0053>)
- Jefferson, Thomas. Carta a Josephus B. Stuart, 10 de mayo de 1817. Disponible en: <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-11-02-0287>
- Jobet, Julio César. *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1951.
- Junge, Kay y Postoutenko, Kirill (eds.). *Asymmetrical Concepts after Reinhart Koselleck. Historical Semantics and Beyond*. Bielefeld, Transcript Verlag, 2011.
- Juste, Stella M. “Marco jurídico de la gestión internacional de las unidades subestatales. Un estudio comparado de Argentina, Bolivia y Chile”. *Derecho y Ciencias Sociales*. Octubre 2017. N° 17, pp.226-246. http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/63492/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Kaiser, Thomas. "Money, Despotism, and Public Opinion in Early Eighteenth-Century France: John Law and the Debate on Royal Credit". *The Journal of Modern History*, Vol. 63, N°1, 1991, pp.1-28.
- Kalyvas, Andreas. "Poder constituyente: Una breve historia conceptual". En Bustamante, Gonzalo y Sazo, Diego (comps.) *Democracia y poder constituyente*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 27-71.
- Kantorowicz, Ernst. *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*. Madrid, Akal 2012.
- Keitner, Chimene I. *The Paradoxes of Nationalism: The French Revolution and Its Meaning for Contemporary Nation Building*. Albany, State University of New York Press, 2007.
- Kervégan, J.-F. *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*. Madrid, Escolar y Mayo, 2007.
- Kindleberger, Charles. *A Financial History of Western Europe*. Londres, Allen & Unwin, 1984, pp. 102-107.
- King, James E. "The Origin of the Term «Political Economy»". *The Journal of Modern History*, Vol. 20, N° 3, 1948, pp. 230–231.
- Klubes, Benjamin B. "The First Federal Congress and the First National Bank: A Case Study in Constitutional Interpretation". *Journal of the Early Republic*. Vol. 10, N° 1, primavera, 1990, pp. 19-41.
- Korn, Alejandro. *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Cap. IV "El positivismo". Buenos Aires, Ediciones Solari, 1983, pp. 199-271.
- Koselleck, Reinhart. "Preface to the English Edition". En Koselleck, Reinhart. *Critique and Crisis. Enlightenment and the pathogenesis of Modern Society*. Cambridge, MIT Press, 1988.
- Koselleck, Reinhart. *Accelerazione e secolarizzazione*. Roma, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989.
- Koselleck, Reinhart. "Futuro pasado del comienzo de la modernidad". En Koselleck, Reinhart, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, pp. 21-40.

- Koselleck, Reinhart. "Historia magistra vitae". En Koselleck, Reinhart. *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, pp. 41-66.
- Koselleck, Reinhart. "Historia conceptual e historia social". En Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, pp. 105-126.
- Koselleck, Reinhart. "Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos". En *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, pp. 205-250.
- Koselleck, Reinhart. "«Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas". En Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, pp. 333-358.
- Koselleck, Reinhart. "A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*". En Lehmann, Hartmut y Richter, Melvin (coords.). *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*. Washington, German Historical Institute, 1996.
- Koselleck, Reinhart, Gadamer, Hans-Georg. *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1997.
- Koselleck, Reinhart. "Espacio e historia". En Koselleck, Reinhart, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós, 2001.
- Koselleck, Reinhart. "Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia". *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, Nº 134, Madrid, diciembre de 2006, pp. 17-34.
- Koselleck, Reinhart. *Crítica y crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid, Trotta, 2007.
- Koselleck, Reinhart. "Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica". *Prismas*, Nº 14, 2010, pp. 137-148.
- Koselleck, Reinhart. "Historia de los conceptos y conceptos de historia". En Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012, pp. 27-44.
- Koselleck, Reinhart. "Conceptos de enemigo". En *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012, pp. 189-198.

- Koselleck, Reinhart. “Innovaciones conceptuales del lenguaje de la Ilustración”. En Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012, pp. 199-224.
- Kynaston, David. *Till Time's Last Sand: A History of the Bank of England 1694-2013*. Bloomsbury Publishing, 2017.
- Lachmann, Richard. *States and Power*. Cambridge, Polity Press, 2010.
- Laclau, Ernesto. “Primera conferencia (22 de octubre de 1997)”. En Villalobos-Ruminott, Sergio (ed.) *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2002, pp. 47-82.
- Laclau, Martín. “Las influencias filosóficas en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi”. *Revista de Historia del Derecho*, N° 41, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ene.-jun. 2011, pp. 139-161.
- Lamarque, Adolfo (comp.) *Arengas de Bartolomé Mitre, colección de discursos políticos, literarios y económicos, proclamas, alegatos in voce, oraciones fúnebres y alocuciones parlamentarias pronunciados desde 1849 hasta 1874*, Tomo I. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1875.
- Lamennais, Félicité Robert de, Barbet, Auguste. *Projet de constitution de crédit social (Extrait du Peuple Constituant)*. París, Bureau du Peuple Constituant, 1848.
- Lanteri, Ana Laura. “Instituciones estatales y orden político. Diseño, prácticas y representaciones de la justicia federal en la «Confederación» (1852-1862)”. *Población & Sociedad. Revista regional de Estudios Sociales*, vol. 18, 2011, pp.49-78.
- Lanteri, Ana Laura. “Las provincias en un ámbito de poder institucionalizado. Representación política y acción legislativa en el Congreso de Paraná en la «Confederación» (1854-1861)”. *Estudios Sociales*, vol. 41, 2011, pp. 69-85.
- Lanteri, Ana Laura. “Acerca del aprendizaje y la conformación político-institucional nacional. Una relectura de la «Confederación» argentina (1852-1862)”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. México, 2013, pp. 69-94.
- Lanza, Andrea. *La recomposition de l'unité sociale. Étude des tensions démocratiques chez les socialistes fraternitaires (1839-1847)*. Tesis Doctoral. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), 2006.

- Lanza, Andrea. “Démocratie et propriété chez les premiers socialistes républicains français: les enjeux politiques de l'organisation du crédit”. *Histoire, économie & société*, Vol. 30, N° 3, 2011, pp. 81-94.
- Lastarria, Victorino. *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago del 3 de mayo*. Valparaíso, Impr. De Rivadeneira, 1842.
- Law, John. *Money and Trade Considered, With a Proposal for Supplying the Nation with Money. First published at Edinburgh, 1705*. Glasgow, R. & A. Foulis, 1750.
- Law, John. *Proposals and Reasons for Constituting a Council of Trade in Scotland. First Published at Edinburg at 1700*. R. & A. Foulis, 1750.
- Le Goffic, Charles y Tellier, Jules (eds.). *Les Mémoires de Saint-Simon (Extraits)*. Paris, Librairie G. H. Delagrave, s./f.,
- Lehmann, Hartmut y Richter, Melvin. *The Meaning of Historical Terms And Concepts New Studies On Begriffsgeschichte*. Washington, German Historical Institute, 1996.
- Leiva, Alberto David (comp.) *Fuentes para el estudio de la historia institucional argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 1982.
- Leroux, Pierre. *Réfutation de l'éclectisme, où se trouve exposée la vraie définition de la philosophie, et ou l'on explique le sens, la suite, et l'enchaînement des divers philosophes depuis Descartes*. Paris, Librairie de Charles Gosselin, 1839.
- Leroux, Pierre. *De la ploutocratie, ou du gouvernement des riches*. Nouvelle édition. Bousac, Impremierie de Pierre Leroux, 1848.
- Leroux, Pierre. *Malthus et les économistes ou Y aura-t-il toujours des pauvres?*. Nouvelle édition. Boussac, Impremierie de Pierre Leroux, 1849.
- Leroux, Pierre. “De l'individualisme et du socialisme” (1834). En *Oeuvres: 1825-1850*. T. 1. Paris, Société Typographique, 1850, pp.365-380.
- Leroux, Pierre. “De la doctrine de la perfectibilité, (1833-1835)”. En *Œuvres de Pierre Leroux (1825-1850)*, Tomo II. Paris, Louis Nétré éditeur, 1851, pp. 1-224.
- Leroux, Pierre. *Oeuvres de Pierre Leroux (1825-1850)*, Tomo II. Paris, Louis Nétré éditeur, 1851.
- Letelier, Valentín (comp.). *La gran convención de 1831-1833: recopilación de las actas, sesiones, discursos, proyectos y artículos de diarios a la Constitución de 1833*. Santiago de Chile, Imprenta de Cervantes, 1901.

- Letelier, Valentín (comp.). *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile*, Tomo XXXIV (1844). Santiago, Imprenta Cervantes, 1908.
- Lettieri, Alberto. “De la República de la Opinión a la República de las instituciones”. En Bonaudo, Marta (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Tomo IV de la Colección Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana, 2007 [1999].
- Levaggi, Abelardo. “Espíritu del constitucionalismo argentino”. *Revista de Historia del Derecho*. Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, N° 9, 1982, pp. 239-301.
- Levene, Ricardo. *El mundo de las ideas y la revolución hispanoamericana de 1810*. Editorial Jurídica de Chile, 1956.
- Levy, Jacob T. “Montesquieu’s Constitutional Legacies”. En Kingston, Rebecca E. *Montesquieu and His Legacy*. Albany, State University of New York Press, 2009, pp. 115-137.
- Locke, John. *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Madrid, Alianza, 1990.
- Loewenstein, Karl. “Constituciones y Derecho Constitucional en Oriente y Occidente”. *Revista de estudios políticos*, N° 164, 1969, pp.5-56.
- López, Vicente Fidel. *Historia de la República Argentina*. Tomo V. Buenos Aires, Casa Editorial Sopena, 1949.
- López Rosas, José Rafael. *Historia constitucional argentina*. Buenos Aires, Editorial Astrea, 1996.
- Löwith, Karl. *El sentido de la historia: Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*. Madrid, Aguilar, 1958.
- Löwith, Karl. “El decisionismo ocasional de Carl Schmitt”. En Löwith, Karl, *Heidegger; pensador de un tiempo indigente*. Buenos Aires, FCE, 2006, pp. 43-89.
- Löwith, Carl. *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX*. Buenos Aires, Katz, 2008.
- Löwith, Karl. “Prólogo a la primera edición alemana”. En *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX*. Buenos Aires, Katz, 2008.
- Lutz, Donald S. “The Relative Influence of European Writers on Late Eighteenth-Century American Political Thought” *The American Political Science Review*, Vol. 78, N° 1, 1984, pp. 189-197.

- Maddox, Graham. "Constitution". En Ball, Terence, Farr, James y Hanson, Russell L. (eds.). *Political Innovation and Conceptual Change (Ideas in Context)*. Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp.50-64.
- Magrabaña, Heraclio. (comp). *Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina redactada cronológicamente por sus gobernantes. 1810-1910*, Tomo I (1810-1839), Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, 1910.
- Maifreda, Germano. *From Oikonomia to Political Economy: Constructing Economic Knowledge from the Renaissance to the Scientific Revolution*. Londres, Asgate, 2012.
- Malcolm, Joyce Lee. "The Novelty of James Madison's Constitutionalism". En Samples, John. *James Madison and the future of Limited Government*. Washington D.C., Cato Institute, 2001, pp.43-58.
- Mann, Michael. *States, war and capitalism: studies in political sociology*. Basil Blackwell, 1988.
- Mansilla, Lucio V. *Retratos y recuerdos*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1894.
- Mansuy, Daniel. "Comercio y virtud en el pensamiento de Montesquieu". *Ideas y Valores*, Vol. 65, N° 162, 2016, pp. 213-232.
- Marchart, Oliver. *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Marichal, Carlos. *Historia de la deuda externa de América Latina: Desde la independencia hasta la gran depresión, 1820-1930*. México D.F., Alianza Editorial, 1988.
- Mariluz Urquijo, José María. "El Río de la Plata y el ambivalente modelo de Roma (1800-1820)". *Investigaciones y Ensayos*, N° 37, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1988, pp. 53-69.
- Marramao, Giacomo. *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*. Barcelona, Paidós, 1998.
- Martí, Gerardo Marcelo. "Aportes para una historiografía de entidades oficiales de crédito. El paradigma del Banco de la Provincia de Buenos Aires". *Ciclos*, Año XIII, Vol. XIII, N° 25-26, 1° y 2° semestre de 2003, pp. 195-224.
- Martínez, Benigno T. *Historia de la provincia de Entre Ríos*. Vol 3. Rosario, Jacobo Peuser, 1919.

- Martínez de Codes, Rosa María. “El pensamiento económico de Juan Bautista Alberdi y su influjo en la organización nacional argentina.” *Historia*, Vol. 23, 1988, pp. 205-228.
- Martínez Paz, Enrique. “Don MARIANO FRAGUEIRO. Noticia biográfica y crítica”. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año 17, N° 3-4, Segunda Parte, Mayo-Junio de 1930.
- Martino, Luis Marcelo. “La auto-representación de un sujeto romántico: «Mi vida privada» de Juan Bautista Alberdi”. *Mitologías hoy*, V. 13, junio de 2016, pp. 147-161. Disponible en: <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v13-martino/259>
- Martucci, Roberto. “La Constitución inencontrable. Conflicto político y estabilización constitucional en Francia durante la transición de la monarquía a la república (1789-1799). *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del estado, derecho público e historia constitucional*, N° 2, 2000, pp. 129-209.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. “El oro californiano. Canales en América Central”. En Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Materiales para la historia de América Latina*. Córdoba, Ediciones de Pasado y Presente, 1972, pp. 191-197.
- Marx, Karl. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2003.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Manifiesto comunista*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Marx, Karl. *El Capital. Crítica a la economía política*. México D.F., Siglo XXI, 2009.
- Matta, Manuel Antonio. “Organización del Crédito”. *Revista de Santiago*. Tomo séptimo, diciembre 1850 a abril 1851, pp. 46-55.
- Matienzo, José Nicolás. *Juan Bautista Alberdi; conferencia dada en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires*, 1910
- Matienzo, José Nicolás. *Juan Bautista Alberdi antes y después de la constitución*. 1934.
- Mayer, Jorge. *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires, Eudeba, 1963.
- Mazzower, Mark. *Gobernar el mundo. Historia de una idea desde 1815*. Valencia, Barlin Libros, 2018.
- McCormick, John. “The Dilemmas of Dictatorship: Carl Schmitt and Constitutional Emergency Powers”. *The Canadian Journal of Law and Jurisprudence*, Vol. 10, N° 1, 1997, pp. 163–187.
- McDowell, Gary L. “The Language of Law and the Foundations of American Constitutionalism”. *The William and Mary Quarterly*, Vol. 55, N° 3, 1998, pp. 375-398.

- Mega, Aixa Noemí y Delsart, Ileana Luján. “Comunidad real y comunidad imaginada: Entre Ríos en la República Entrerriana 1820 / 1821”. *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. 2 al 5 de octubre de 2013. Disponible en: https://www.academia.edu/12499016/COMUNIDAD_REAL_Y_COMUNIDAD_IMAGINADA_ENTRE_R%C3%8DOS_EN_LA_REP%C3%9ABLICA_ENTRERRIANA_1820_1821
- Meiksins Wood, Ellen. *Liberty and Property. A Social History of Western Political Thought from Renaissance to Enlightenment*. Londres, Verso, 2012.
- Mitre, Bartolomé. *Tribuna nacional*, 5 de agosto de 1888. En Halperín Donghi, Tulio (comp.), *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Buenos Aires, Espasa Calpa-Ariel, 1995.
- Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Tomo I, Tercera edición, Buenos Aires, Biblioteca de la Nación, 1903.
- Molina, Eugenia. “Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)” *Universum*, N° 15, 2000, pp. 399-431.
- Monod, Jean-Claude. *La querella de la secularización. Teología política y filosofías de la historia de Hegel a Blumenberg*. Buenos Aires-Madrid, Amorrortu Editores, 2015.
- Montchrestien, Antoine de. *Traicté de l'oeconomie politique: dédié en 1615 au Roy et à la Reyne mère du Roy*. Paris, E. Plon, Nourrit et cie., 1889.
- Monteagudo, Bernardo. “Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización.” Impr. del estado por J. Gonzalez; reimpresso en Guatemala, Impr. nueva, direccion de C. de Arevalo, 1826.
- Morelli, Federica, Thibaud, Clément Verdo, Geneviève (eds.). *Les empires atlantiques: des Lumières au libéralisme, 1763-1865*. Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009.
- Moreno, Manuel. *Vida y memorias del Doctor Don Mariano Moreno*, en Biblioteca de Mayo, T. II, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960.
- Morgan, Edmund S. *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2006.
- Muñoz, Juan R. *Plan de Organización Nacional para las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Mendoza, Imprenta del Constitucional, 1852.

- Muñoz, Pablo Santos. *Años de lucha (1841-1845). Urquiza y la política del litoral rioplatense*. Buenos Aires, Ediciones Cabargón, 1973.
- Murphy, Antoin E. *John Law: Economic Theorist and Policy-Maker*. Oxford: Clarendon Press, 1997.
- Murphy, William J. Jr. "John Adams: The Politics of the Additional Army, 1798-1800". *The New England Quarterly*, Vol. 52, N° 2, 1979, pp. 234-249.
- Murray, Joseph A. *Alexander Hamilton: America's forgotten founder*. New York, Algora Publishing, 2007.
- Myers, Jorge. *Orden y virtud. el discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Myers, Jorge. *Languages of politics: a study of republican discourse in Argentina from 1820 to 1852*. Tesis de maestría, Stanford University, Enero de 1997.
- Myers, Jorge. "La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas". En Goldman, Noemí (dir.). *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. *Nueva Historia Argentina*, T. III. Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Myers, Jorge. "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860". En Devoto, Fernando y Marta Madero (dirs.). *Historia de la vida privada. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires, Taurus, 1999.
- Myers, Jorge. "Una cuestión de identidades. La búsqueda de los orígenes de la Nación Argentina y sus aporías". *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. N° 3, 1999, pp. 275-284.
- Myers, Jorge. "Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: *El Argos* de Buenos Aires, 1821-1825". En Alonso, Paula (comp.). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Myers, Jorge. "Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo". *Estudios Sociales*, N° 26, primer semestre de 2004, pp. 161-174.
- Myers, Jorge. "Ideas moduladas: lecturas argentinas del pensamiento político europeo". *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, N° 26, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2004, pp.161-174.
- Myers, Jorge. "Clío filósofa. Los inicios del discurso histórico rioplatense (1830-1852)". *Varia Historia*, Belo Horizonte, Vol. 31, N° 56, mayo-agosto de 2015, pp. 331-364.

- Negretto, Gabriel L., y Aguilar Rivera, José Antonio. "Liberalism and Emergency Powers in Latin America: Reflections on Carl Schmitt and the Theory of Constitutional Dictatorship". *Cardozo Law Review*, Vol. 21, Nº 5-6, mayo de 2000, pp. 1797-1823.
- Negretto, Gabriel L. "La genealogía del republicanismo liberal en América Latina. Alberdi y la Constitución Argentina de 1853". Washington, LASA, 2001.
- Negretto, Gabriel. "Repensando el republicanismo liberal en América Latina. Alberdi y la Constitución argentina de 1853". En Aguilar, José Antonio y Rojas, Rafael (coords.). *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 210-243.
- Negretto, Gabriel. "Los orígenes del presidencialismo en América Latina: un estudio sobre el proceso constituyente argentino (1853-1860)". *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, Vol. 7, julio de 2013, pp. 127-168.
- Negri, Antonio. *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid, SENESCYT, 2015.
- Nosetto, Luciano. *Michel Foucault y la política*. San Martín, Universidad Nacional de San Martín, 2013.
- Nosetto, Luciano (comp.). *Lecturas de Carl Schmitt. Forma y contenido de la teología política*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani (Documentos de Trabajo Nº 71), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2014.
- O'Donnell, Guillermo. *Modernization and bureaucratic-authoritarianism: studies in South American politics*. Berkeley, Institute of International Studies, 1973.
- O'Donnell, Guillermo. *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- O'Donnell, Guillermo. *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires, Prometeo, 2011.
- Oliver, Juan Pablo. *El verdadero Alberdi. Génesis del liberalismo económico argentino*. Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1977.
- Oncina Coves, Faustino. *Teorías y prácticas de la historia conceptual*. Madrid-México, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Plaza y Valdés, 2009.
- Orgaz, Raúl. "Ingenieros, sociólogo". *Páginas de Crítica y de Historia*. Buenos Aires, Gleizer, 1927.
- Orgaz, Raúl. "Las ideas sociales argentinas". En *Sociología Argentina, Obras Completas II*. Assandri, Córdoba, 1950.

- Orgaz, Raúl. "Historia de las ideas sociales en la República Argentina". En *Sociología Argentina, Obras Completas II*. Assandri, Córdoba, 1950.
- Oszlak, Oscar. "Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio", en *Estudios CEDES*, vol. 1, n°3, 1978, pp. 1-22.
- Oszlak, Oscar. "Formación histórica del estado argentino: La conquista del orden". En *I Seminario Latino-Americano de Políticas Públicas*. FUNDAP/CLACSO, Sao Paulo, noviembre de 1979. Disponible en: <http://www.oscaroszlak.org.ar/images/articulos-espanol/La%20conquista%20del%20orden.pdf>
- Oszlak, Oscar. "Reflexiones sobre la formación del Estado y la construcción de la sociedad en Argentina". *Desarrollo Económico*, vol. 21, N°84, 1982, pp.531-548.
- Padín, Juan Francisco. "Los albores del derecho internacional en la Universidad de Buenos Aires la enseñanza de la materia según Antonio Sáenz". *Academia: revista sobre enseñanza del derecho de Buenos Aires*, Año 14, N.º 27, 2016, pp. 79-99.
- Palcos, Alberto. *Historia de Echeverría*. Buenos Aires, Emecé, 1960.
- Palonen, Kari (ed.). *Politics and Conceptual Histories: Rhetorical and Temporal Perspectives*. Baden-Baden, Nomos-Bloomsbury, 2014.
- Palonen, Kari. "Quentin Skinner Rhetoric of Conceptual Change". En *Politics and Conceptual Histories: Rhetorical and Temporal Perspectives*, Bloomsbury Publishing, 2016, pp. 45-58.
- Palti, Elías José. *El pensamiento de Alberdi*. Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, 1989.
- Palti, Elías, José. "Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el Liberalismo argentino del siglo XIX". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. Vol.5, N°2, 1994, pp. 95-124.
- Palti, Elías José. "Las polémicas en el liberalismo argentino. Sobre virtud, republicanismo y lenguaje". En Rojas, Rafael, y José Antonio Aguilar Rivera (coords.) *El republicanismo en Hispanoamérica: Ensayos de historia intelectual y política*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 167-209.
- Palti, Elías José. *La nación como problema: los historiadores y la "cuestión nacional"*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

- Palti, Elías José. “Teleologismo y normativismo históricos. La revolución historiográfica de François-Xavier Guerra y sus límites”. En *V Jornadas de Investigación en Filosofía 9 al 11 de diciembre de 2004 La Plata, Argentina*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Filosofía, 2004.
- Palti, Elías José. “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’”. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”. *Anales*, Instituto Iberoamericano-Universidad de Göteborg, Nº 7-8, 2004-2005, pp. 63-81.
- Palti, Elías José. “La génesis de la fórmula «civilización y barbarie»”. En Batticuore, Graciela, Gallo, Klaus, Myers, Jorge (comps.). *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Eudeba, Buenos Aires, 2005, pp. 71-84.
- Palti, Elías José. “Ensayo bibliográfico: Hans Blumenberg, Reinhart Koselleck, Pierre Rosanvallon. La frágil arquitectura del pensamiento moderno. Tiempo y secularización en la historiografía conceptual”. *Revista de Estudios Políticos*, Nº 134, octubre-diciembre de 2006, pp. 241-257.
- Palti, Elías José. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.
- Palti, Elías José. “De la República posible a la República verdadera. Oscuridad y transparencia de los modelos políticos”. *Historia política. Revista virtual del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 2007. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/palti.pdf>.
- Palti, Elías José. “Los orígenes intelectuales de la revolución de independencia como ‘historia de efectos’.” Introducción a Halperín Donghi, T. *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires. Prometeo, 2009.
- Palti, Elías José. *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Eudeba, 2009.
- Palti, Elías José. “Tipos ideales y sustratos culturales en la historia político-intelectual latinoamericana”. En Palti, Elías José (org.). *Mito y realidad de la ‘cultura política latinoamericana’*. *Debates de Iberoideas*. Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 81-116.
- Palti, Elías José. *Una arqueología de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018.

- Pani, Erica. “Maquiavelo en el Septentrión. Las posibilidades del republicanismo en Hispanoamérica”. *Prismas*, N° 13, 2009, pp. 295-378.
- Parish, Woodbine. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata, desde su descubrimiento y conquista por los españoles. Traducido del inglés al castellano y aumentado con notas y apuntes por Justo Maeso*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Benito Hortelano, 1852.
- Pascualotto, Matías Edgardo. “Constitución Económica. Crítica de Juan Bautista Alberdi al Estatuto para la Administración de la Hacienda y el Crédito Público del Ministro Mariano Fraguero”. *Revista de Historia Americana y Argentina*, Vol. 48, N° 2, 2013, pp. 197-220.
- Paul, Thazha, V., Ikenberry, G. John, y Hall, John A. (eds.). *The Nation-State in Question*. Princeton, Princeton University Press, 2003.
- Pelliza, Mariano A. “Ensayo sobre la historia de la Constitución”. En *Críticas y bocetos*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1879.
- Pelliza, Mariano A. *Historia de la Organización Nacional. Urquiza – Alsina – Mitre, 1852-1862*. Buenos Aires, F. Lajouane Editor, 1897.
- Pelliza, Mariano A. *Historia Argentina*, Tomo V. Buenos Aires, F. Lajouane Editor, 1897.
- Pena de Matsushita, Marta E. *Romanticismo y política*. Buenos Aires, Docencia, 1985.
- Perelman, Michael. *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*. Durham y Londres, Duke University Press, 2000.
- Perkins, Edwin J. *American Public Finance and Financial Services, 1700-1815*. Columbus, The Ohio State University Press, 1994.
- Petit Muñoz, Eugenio. *Artigas. Federalismo y soberanía*. Montevideo, Universidad de la República, 1985.
- Petit Muñoz, Eugenio. “Valoración de Artigas”. *Revista de la Facultad de Derecho – Universidad de la República*. N° 18, julio-diciembre de 2000, pp.284-306.
- Picon, Antoine. “Générosité sociale et aspirations technocratiques: Les polytechniciens Saint-Simoniens”, in “Pour mémoire”: *Revue du Comité d'Histoire*, N°2, 2007, pp. 106–114.
- Pierucci, Antônio Flávio. “Secularization in Max Weber. On Current Usefulness of Re-Accessing that Old Meaning”. *Brazilian Review of Social Sciences*, N° 1, special issue, Octubre de 2000, pp. 129-158.

- Pilbeam, Pamela. "Religion and the Liberation of the Poorest Classes". En *Saint Simonians in Nineteenth Century France: From Free Love to Algeria*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 25-43.
- Pinto, Julio y Rodríguez, Gabriela. *Entre la iracundia retórica y el acuerdo: El difícil escenario político*. Buenos Aires, Eudeba, 2015.
- Pocock, John. "Conservative Enlightenment and Democratic Revolutions: The American and French Cases in British Perspective". *Government and Opposition*, Vol. 24, N° 1, 1989, pp. 81-105.
- Pocock, John. "Standing Army and Public Credit: The Institutions of Leviathan". En Hoak, Dale y Feingold, Mordechai (eds.). *The World of William and Mary, Anglo-Dutch Perspectives on the Revolution of 1688-89*. Stanford, Stanford University Press, 1996.
- Pocock, John. *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. New York, Cambridge University Press, 2002.
- Pocock, John. *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid, Tecnos, 2008.
- Pocock, John. "Ideas en el tiempo". En *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid, Akal, 2011, pp.35-48.
- Pocock, John. "Verbalización de un acto político: hacia una política del discurso". En Pocock, John. *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid, Akal, 2011, pp. 49-66.
- Pocock, John. "La reconstrucción del discurso: Hacia una historiografía del pensamiento político", en Pocock, John, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid, Akal, 2011, pp. 81-100.
- Pocock, John. "El concepto de lenguaje y el *métier d'historien*: Reflexiones en torno a su ejercicio". En *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid, Akal, 2011, pp. 101-118.
- Pocock, John. "From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion; The Machiavellian Moment, the history of political thought and the history of historiography". *History of European Ideas*, Vol. 43, N°2, 2017, pp. 129-146.
- Pocock, J.G.A. "Afterword: The Machiavellian Moment: A Very Short Retrospect and Re-Introduction". *History of European Ideas*, Vol. 43, N°2, 2017, pp. 215-221.

- Polanyi, Karl. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid, La Piqueta, 1989.
- Polotto, María Rosario. “La argentinidad de la Constitución. Nuevos enfoques para el estudio de nuestra carta magna a principios del siglo XX (1901-1930)”. *Revista Historia del Derecho*, N° 37, ene.-jun. de 2009. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/rhd/n37/n37a04.pdf>.
- Poulantzas, Nicos: *Estado, Poder y Socialismo*. Siglo XXI, Madrid 1980.
- Quiroga de la Rosa, Manuel. *Tesis sobre la naturaleza filosófica del derecho*. Buenos Aires, Imprenta de la Libertad, 1837.
- Rabinovich, Alejandro. “La militarización del Río de la Plata, 1810-1820: Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis.” *Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani*, N° 37, 2012, pp. 11-42. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S052497672012000300001&lng=es&nrm=iso
- Rabinovich, Alejandro M., Zubizarreta, Ignacio. “A modo de introducción: Clausewitz a caballo (o hacia una teoría de la guerra y la política aplicada al Río de la Plata)”. *La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880*. Foros de Historia Política, 2013, pp.1-15. Disponible en: http://historiapolitica.com/datos/foros/foro_movilizacionmilitar_zubizarretayrabinovich.pdf
- Rama, Ángel. *Utopismo socialista en América Latina (1830-1893)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Rama, Ángel. *La Ciudad Letrada*. Montevideo, Arca, 1998.
- Ramos Mejía, Francisco. *El federalismo argentino. Fragmentos de la historia de la evolución argentina*. Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1889.
- Ravignani, Emilio (coord.). *Asambleas Constituyentes Argentinas: seguidas de los textos constitucionales, legislativos y pactos interprovinciales que organizaron políticamente la Nación; fuentes seleccionadas, coordinadas y anotadas en cumplimiento de la ley 11.857. Tomo IV*. Buenos Aires, Casa de Jacobo Peuser, 1937.

- Recchia, Giorgio. “La contribución de Vélez Sársfield a las disciplinas publicísticas y al «constitucionalismo latino»”. *Revista de Estudios Políticos*, N° 76, abril-junio de 1992, pp. 45-62.
- Regalsky, Andrés. “Banca y capitalismo en la Argentina, 1850-1930. Un ensayo crítico”. *Ciclos*, Año IX, Vol. I, N° 18, 2° semestre de 1999, pp. 33-54.
- Reid, Charles J. “America's First Great Constitutional Controversy: Alexander Hamilton's Bank of the United States”. *Legal Studies Research Paper* N° 16-21, University of St. Thomas School of Law, septiembre de 2016. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2841459>
- René-Moreno, Gabriel. *Notas biográficas y bibliográficas*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1901.
- Richter, Melvin. *The History of Political and Social Concepts: a Critical Introduction*. New York, Oxford University Press, 1995.
- Rinesi, Eduardo. “Prólogo”. En Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e historia*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- Rinesi, Eduardo (ed.) *Tiempo y política: el problema de la historia en Montesquieu*. Buenos Aires, Gorla, 2007.
- Rinesi, Eduardo. *Política y tragedia. Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes*. Buenos Aires, Colihue, 2011.
- Rivarola, Rodolfo. *Del régimen federal al unitario. Estudios sobre la organización política argentina*. Buenos Aires, Talleres de la Casa Jacobo Peuser, 1908.
- Rivera, Andrés. “La secularización después de Blumenberg”. *Res publica. Revista de filosofía política*, 11-12, 2003, pp. 95-142.
- Roca, Julio Argentino. “Discurso ante el Congreso al asumir la presidencia (1880)”. En Halperín Donghi, Tulio (comp.), *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Buenos Aires, Espasa Calpa-Ariel, 1995.
- Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina. Tercera parte: Los proscriptos*. Tomo II. Losada, Buenos Aires, 1948.
- Rodríguez Díaz, Universindo. “Conversaciones del general José María Paz con el general José Artigas en el Paraguay”. *Revista de la Biblioteca Nacional del Uruguay*. Año 4, 3a. época, N° 6-7, 2012, pp. 293-295.

- Rodríguez Rial, Gabriela. “Exilio y comunidades intelectuales en los procesos de consolidación nacional. El impacto de la experiencia chilena en la trayectoria colectiva e individual de los hombres de la generación argentina de 1837”. *Estudios Trasandinos*, N° 16, Vol. 1, 2010, pp. 8-32.
- Rodríguez Rial, Gabriela. “Peces hegelianos en salsa francesa: el oficialismo filosófico de Victor Cousin y la crítica plebeya de Pierre Leroux”. En Borovinsky, Tomás, Luduena Romandini, Fabian, Taub, Emmanuel. *Posteridades del hegelianismo: continuadores, heterodoxos y disidentes de una filosofía política de la historia* Buenos Aires, Teseo, 2012, pp. 173-199.
- Rodríguez Rial, Gabriela. “Guerra, comercio y política en Alexander Hamilton: ¿republicanismo liberal contra la *Weltanschauung* liberal?”. *Anacronismo e irrupción: Revista de teoría y filosofía política clásica y moderno*, Vol. 5, N° 9, 2015, pp. 135-170.
- Rodríguez Rial, Gabriela. “La fundación de la república moderna en Estados Unidos de América. Más allá de la disputa entre federalistas y republicanos”. En Rodríguez Rial, Gabriela. *República y republicanismos. Conceptos, tradiciones y prácticas en pugna*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, pp. 169-189.
- Rojas, Ricardo. “Los proscriptos”. En *Historia de la Literatura Argentina* Volumen II, Tercera parte. Buenos Aires, Editorial Losada, 1948.
- Roldán, Darío. “La cuestión liberal en la Argentina del Siglo XIX. Política, sociedad, representación”. En Bragoni, Beatriz; Míguez, Eduardo. *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 275-291.
- Roldán, Darío. “Introducción al Dossier 'La cuestión liberal'”. *Programa Interuniversitario de Historia Política*, Núm. 77, febrero de 2016. Disponible en <http://historiapolitica.com/dossiers/dossier-la-cuestion-liberal/>.
- Román, Claudia A. “Caricatura y política en *El Grito Argentino* (1839) y *¡Muera Rosas!* (1841-1842). En Batticuore, Graciela, Gallo, Klaus, Myers, Jorge (comps.). *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Eudeba, Buenos Aires, 2005.
- Romano, Silvia y Ayrolo, Valentina. “Poder y representación política en Córdoba (Argentina) a mediados del siglo XIX”. *Historia-Uncinos*, Vol. 5, N°1, 2001, pp. 15-49.

- Romero, Ana Leonor. “A treinta años de El orden conservador. Un Dossier sobre un clásico de la historia política”. *Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Año I, Nº 2, 2008, pp. 7-13.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 147-169.
- Romero, Luis Alberto. “Urbanización y sectores populares: Santiago de Chile, 1830-1875”. *Revista EURE - Revista De Estudios Urbano Regionales*, Vol. 11, Nº 31, 1984, pp.55-66.
- Romero, Luis Alberto. *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997.
- Rosa, José María. *Nos, los representantes del pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*. Buenos Aires, Huemul, 1963.
- Rosa, José María. *Nos, los representantes del pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*. 1975.
- Rosanvallon, Pierre. *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Rosanvallon, Pierre. *El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2006.
- Rosanvallon, Pierre. *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*. Buenos Aires, Biblos, 2015.
- Rosanvallon Pierre. *El buen gobierno*. Buenos Aires, Manantial, 2015.
- Ross, César. “Innovating Means of Payment in Chile, 1840s–1860”. En Batiz-Lazo, B. y Efthymiou, E. (eds.). *The Book of Payments: Historical and Contemporary Views on the Cashless Society*. Londres, Palgrave MacMillan, 2017, pp. 33-42.
- Rossi, Pellegrino. *Curso de economía política*. Madrid, Boix editor, 1840.
- Rothbard, Murray N. *The panic of 1819. Reactions and Policies*. Auburn, Ludwig von Mises Institute, 2002.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Le Citoyen, ou Discours sur l'Economie Politique*. Ginebra, s./e., 1765.
- Rubio-Manzanares, Ignacio Tébar. *Derecho penal del enemigo en el primer franquismo*. Sant Vicent del Raspeig, Publicacions de la Universitat D'Alacant, 2017.

- Ruhlmann, Jean. *Ni bourgeois ni prolétaires. La défense des classes moyennes en France au XXe siècle*. Paris, Seuil, 2001.
- Ruiz-Tagle, Pablo. “El constitucionalismo chileno: entre el autoritarismo y la democracia”. En Cristi, Renato y Ruiz-Tagle, Pablo. *La República en Chile. Teoría y práctica del Constitucionalismo Republicano*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2008.
- Sabato, Hilda. “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada”. En Palacios Guillermo (coord.). *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, S. XIX*. México, El Colegio de México, 2007, pp. 1-18.
- Sabato, Hilda. “El experimento republicano en Hispanoamérica. Un ejercicio de síntesis”. En Palti, Elías José (org.). *Mito y realidad de la ‘cultura política latinoamericana’*. Debates de Iberoideas. Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 209-236.
- Sabato, Hilda y Marcela Ternavasio. “El voto en la república. Historia del sufragio en el siglo XIX”. En Hilda Sábato, Marcela Ternavasio, Luciano De Privitellio, Ana Virginia Persello. *Historia de las Elecciones en la Argentina: 1805-2011*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2011, pp. 17-134.
- Sáenz, Antonio. *Instituciones elementales sobre el derecho natural y de gentes [curso dictado en la Universidad de Buenos Aires en los años 1822-23]*. Buenos Aires, Instituto de Historia del Derecho Argentino-Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1939.
- Saint-Simon, Claude Henri. *Nouveau Christianisme: dialogues entre un conservateur et un novateur*. Paris, Bossange Père, 1825.
- Saint-Simon, Claude Henri. “Lettres d’un habitant de Genève a ses contemporains”. En Rodrigues, Olinde (comp.) *Saint-Simon. Son premier écrit*. Paris, A la Librairie saint-simonienne, 1832, pp. 2-67.
- Saint-Simon, Claude Henri. *Catecismo político de los industriales*. Buenos Aires, Aguilar, 1960.
- Saint-Simon, Claude Henri. *El Sistema Industrial*. Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975.
- Salas, Rubén Darío. “Élites rioplatenses, Sistema Representativo, y Cabildo (1810-1827): el vocabulario político”. En Aguirrezabala, Marcela. *De prácticas, comportamientos y formas de representación social en Buenos Aires (s. XVII-XIX)*. EdiUNS, 2006, pp. 64-73.

- Saldias, Adolfo. *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1878.
- Salvatore, Ricardo. *Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires During the Rosas Era*. Duke University Press, Durham, North Carolina, 2003.
- Sampay, Arturo Enrique. *La crisis del Estado de derecho liberal-burgués*. Buenos Aires, Losada, 1942.
- Sampay, Arturo Enrique. *La filosofía del iluminismo y la Constitución argentina de 1853*. Buenos Aires, Depalma, 1944.
- Sampay, Arturo Enrique. "Informe del despacho de la mayoría de la Comisión Revisora de la Constitución (8 de marzo de 1949)" (fragmentos). En Altamirano, Carlos. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino, T. IV. Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 118-148.
- Sampay, Arturo. "La evolución constitucional argentina". En *Obras escogidas*. Remedios de Escalada, Universidad Nacional de Lanús, 2013, pp. 31-156.
- Sánchez Agesta, Luis. "Las posiciones del pensamiento político y jurídico de Carlos Schmitt". *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 1942, N° 172, pp. 457-471.
- Sarmiento, Domingo F. *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina: con numerosos documentos ilustrativos del texto*. Santiago, Belin, 1853.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo. Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga*. New York, Hurd and Houghton, 1868.
- Sarmiento, Domingo F. *Bosquejo de la biografía de don Dalmacio Velez Saarsfield*. Buenos Aires, Imprenta de la Tribuna, 1875.
- Sarmiento, Domingo F. *Obras de D. F. Sarmiento*, Tomo XVII, "La Unión Nacional". Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1898.
- Sarmiento, Domingo F. *Las Ciento y Una/Cartas Quillotanas: Polémica Alberdi-Sarmiento*. Buenos Aires, Losada, 2005.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo*. Buenos Aires, Losada, 2010.
- Sastre, Marcos. "Ojeada Filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina". En AA.VV. *Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario, fundado por D. Marcos Sastre*. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1837.

- Say, Juan Bautista. *Tratado de Economía Política ó simple exposición del modo con que se forman, distribuyen y consumen las riquezas*, 3 vols. Madrid, Imprenta del Collado, 1816.
- Say, Jean Baptiste. *Traité d'économie politique ou simple exposition de la manière dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses*. París, Guillaumin et Cie., 1861
- Scalabrini, Pedro. *Concordancias del Derecho Público Argentino con el Derecho Público Americano*. Paraná, Imprenta de “El Liberal”, 1875.
- Schiera, Pierangelo. “Tra costituzione e costituzionalismo (costituito e costituente). Appunti sul mutamento costituzionale (ricostituente)”. En Bertolissin, M, Duso, G., Scalone, A (eds.) *Ripensare la costituzione. La questione della pluralità*, Monza, Polimetrica International Scientific Publisher, 2008, pp. 77-92.
- Schiera, Pierangelo. *El constitucionalismo como discurso político*. Madrid, Dykinson, 2012.
- Schmeller, Mark. “The Political Economy of Opinion: Public Credit and Concepts of Public Opinion in the Age of Federalism”. *Journal of the Early Republic*, Vol. 29, N°1, 2009, pp.35-61.
- Schmitt, Carl. “La unidad del mundo: (conferencia pronunciada en la Universidad de Murcia)”. *Anales de la Universidad de Murcia 1950-1951*, Vol. IX, 1º, 2º, 3º y 4º trimestre 1950-51, pp. 343-355. Murcia, Universidad de Murcia, 1951. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10201/6499>.
- Schmitt, Carl. *La dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria*. Madrid, Revista de Occidente, 1968.
- Schmitt, Carl. *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes Sentido y fracaso de un símbolo político*. México D.F., UAM, 1997.
- Schmitt, Carl. *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum*. Buenos Aires, Editorial Struhart y Cía, 2005.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid, Alianza, 2009.
- Schmitt, Carl. “La era de las neutralizaciones y despolitizaciones”. En Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid, Alianza, 2009.
- Schmitt, Carl. “Teología política”. En Schmitt, Carl, *Teología política*. Madrid, Trotta, 2009.

- Schmitt, Carl. *Ex Captivitate Salus. Experiencias de la época 1945-1947*. Madrid, Trotta, 2010.
- Schmitt, Carl, *Teoría de la Constitución*, Madrid, Alianza, 2011.
- Schmitt, Carl. *La revolución legal mundial*. Buenos Aires, Hydra, 2012.
- Schmitt, Carl. *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid, Trotta, 2013.
- Schmitt, Carl. “La oposición entre comunidad y sociedad como ejemplo de una distinción bimembre. Consideraciones sobre la estructura y el destino de tales antítesis”. *Anacronismo e Irrupción*. Vol. 4, N° 7, noviembre de 2014 a mayo de 2015, pp. 171-188.
- Schultz, David. “Political Theory and Legal History. Conflicting Depictions of Property in the American Political Founding”. *The American Journal of Legal History*, Vol. XXXVII, 1993, pp.464-495.
- Scobie, James. *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina, 1852-1862*. Buenos Aires, Hachette, 1964.
- Seco Villalba, José Armando. *Fuentes de la Constitución argentina*. Editorial De Palma, 1943.
- Segovia, Juan Fernando. “Las raíces constitucionales del Estado Argentino. Un estudio de las convenciones de 1853 y 1860”. *Iushistoria*, N° 5, 2008, pp. 56-147.
- Segovia, Juan Fernando. “El liberalismo revolucionario en Argentina y la república posible ¿conservadora y progresista?”. *Fuego y Raya*, Vol.1, N° 2, 2010, pp. 129-168.
- Sgarbi, Marco. “¿Por qué problemas en vez de conceptos? Teoría y práctica”. En Oncina Coves, Faustino (ed.), *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010, pp.277-288.
- Sheehan, Colleen. “Madison v. Hamilton: The Battle Over Republicanism and the Role of Public Opinion”. *American Political Science Review*, Vol. 98 N° 03, 2004, pp. 405-424.
- Sheehan, Colleen A. *James Madison and the Spirit of Republican Self-Government*. New York, Cambridge University Press, 2009.
- Sheehan, Colleen A. *The Mind of James Madison: The Legacy of Classical Republicanism*. New York, Cambridge University Press, 2015.
- Shils, Edward. *Tradition*. Chicago, The University of Chicago Press, 1981.

- Sierra, Vicente D. *Historia de la Argentina. Gobierno de Rosas - Su caída - Hacia un nuevo régimen (1840- 1852)*, Volumen 1. Buenos Aires, Editorial Científica Argentina, 1972.
- Sieyès, Emmanuel Joseph. *Political Writings: Including the Debate Between Sieyes and Tom Paine in 1791*. Hackett Publishing, 2003.
- Silva, J. Francisco V. “Alrededor de las «Bases», de Alberdi. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba. Año 15, N° 3-4, Mayo-Junio de 1928, pp.109-285.
- Simal, Juan Luis. “El republicanismo agrario en Estados Unidos, 1785-1824”. *Historia Agraria*, 49, Diciembre de 2009, pp. 73-100.
- Sismonde de Sismondi, Jean Charles. *Nouveaux principes d'économie politique; ou, De la richesse dans ses rapports avec la population*, Tomo I. Paris, Delaunay Libraire, 1827.
- Skinner, Quentin. “Reply to my Critics”. En Tully, James (ed.) *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*. Cambridge, Polity Press, 1988, pp. 231-288.
- Skinner, Quentin. “Prólogo”. En *Los fundamentos del pensamiento político moderno: El renacimiento*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Skinner, Quentin. “Rhetoric and Conceptual Change”. *Finnish Yearbook of Political Thought*, N°3, 1999, pp. 60-73.
- Skinner, Quentin. “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *Prismas: revista de historia intelectual*, N°4, 2000, pp.149-191.
- Skinner, Quentin. “Retrospect: Studying rhetoric and conceptual change”. En *Visions of Politics, Volume I: Regarding Method*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 175-187.
- Solari, Juan Antonio. *Una figura patricia: Mariano Fraguero*. Buenos Aires, Editorial Centro de Historia Mitre, 1947.
- Sonenscher, Michael. *Before the Deluge: Public Debt, Inequality, and the Intellectual Origins of the French Revolution*. Princeton, Princeton University Press, 2007.
- Souto, Nora. “Unidad/ Federación”, en Noemí Goldman (ed.). *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 175-193.
- Souto, Nora. “La idea de unidad en tiempos del Congreso de 1816-1819”. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, Vol. 16, N° 1, 2016. Disponible en: <https://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAv16n1a03>

- Staloff, Darren. *Hamilton, Adams, Jefferson: The Politics of Enlightenment and the American Founding*. Hill and Wang, New York, 2005.
- Stasavage, David. *States of Credit: Size, Power, and the Development of European Politics*. Princeton, Princeton University Press, 2011.
- Stoetzer, Otto Carlos. “Raíces intelectuales de la Constitución argentina de 1853”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Vol. 22, N° 1, 1985, pp. 295-339.
- Strath, Bo. “Mitteleuropa: From List to Naumann”. *European Journal of Social Theory*, Vol. 11 N° 2, 2008, pp.171-183.
- Strauss, Leo. “Comentario sobre El concepto de lo político, de Carl Schmitt”. En Meier, Heinrich (comp.) *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*. Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 133-168.
- Storing, Herbert J. *What the Anti-Federalists were for*. Chicago, The University of Chicago Press, 1981.
- Stuenkel, Ana María. “El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)”, en Myers, Jorge (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Capellades, Katz, 2013.
- Swatos, W. H., & Christiano, K. J. “Secularization Theory: The Course of a Concept”. *Sociology of Religion*, Vol. 60, N° 3, 1999, pp. 209-228.
- Syrett, Harold C. (ed.) *The Papers of Alexander Hamilton*, Vol. 5. New York, Columbia University Press, 1962.
- Tarcus, Horacio. “La historia editorial como historia intelectual. Avatares de las ediciones de Juan Bautista Alberdi”. En Quattrochi-Woisson, Diana (dir.). *Juan Bautista Alberdi y la independencia argentina. La fuerza del pensamiento y de la escritura*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2012.
- Tarcus, Horacio. *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Tarcus, Horacio. “Aportes para una historia conceptual del socialismo en el espacio rioplatense (1837-1899)”, *Conceptos Históricos*, Vol.4, N°5, 2018, pp. 122-178.

- Tedeschi, Sonia Rosa. *La construcción de los Estados provinciales en el Río de la Plata: poder político, institucionalización y conflictividad: Entre Ríos, 1820-1840*. Tesis doctoral, 2016.
- Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Terán, Oscar. "Prólogo". En Alberdi, Juan Bautista. *Política y sociedad en Argentina*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2005.
- Ternavasio, Marcela. "Las reformas rivadavianas en Buenos Aires y el Congreso General Constituyente (1820-1827)". En Goldman, Noemí (dir.). *Revolución, república, confederación (1806-1852). Nueva Historia Argentina*, T. III. Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 159-197.
- Ternavasio, Marcela. "La supresión del Cabildo de Buenos Aires: ¿Crónica de una muerte anunciada?". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, n° 21, 1er. Semestre, 2000, pp.33-73.
- Ternavasio, Marcela. "La visibilidad del consenso. Representación en torno al sufragio en la primera mitad del siglo XIX". En Sabato, Hilda y Alberto Lettieri (comps.). *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 57-73.
- Ternavasio, Marcela. "Construir poder y dividir poderes. Buenos Aires durante la «feliz experiencia» rivadaviana". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, núm. 26, segundo semestre 2004, pp. 7-43.
- Ternavasio, Marcela. *Gobernar la revolución: Poderes en disputa en el Río de la Plata, 180-1816*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Ternavasio, Marcela. *La Revolución del Voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, segunda edición, 2015 (1° edición 2002), pp. 75-98.
- Terzaga, Alfredo. "Mariano Fraguero, un socialista en tiempos de la Confederación". *Todo es historia*, N° 63, Buenos Aires, julio de 1972, pp. 9-29.
- Terzaga, Alfredo. *Mariano Fraguero. Pensamiento y vida política*. Córdoba, Ediciones del Corredor Austral, 2000.

- Tilly, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- Todd, David. *Free Trade and Its Enemies in France, 1814–1851*. Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- Urofsky, Melvin I., Finkelman, Paul (eds.). *Documents of American Constitutional and Legal History. Volume I: From the Founding Through the Age of Industrialization*. New York-Oxford, Oxford University Press, 2002.
- Vanossi, Jorge Reinaldo. “La influencia de la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica en la Constitución de la República Argentina.” *Revista Latino-Americana de Estudos Constitucionais*, Vol. 3, pp. 247-285.
- Varona, E. *Sistema monetario argentino*. Tesis doctoral. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Facultad de Ciencias Económicas, 1917.
- Verdo, Geneviève. “El dilema constitucional en las Provincias Unidas del Río de la Plata (1810-1819)”. *Historia Contemporánea*, N° 33, 2006, pp. 513-536. Disponible en: <http://www.ehu.eus/ojs/index.php/HC/article/view/4177/3723>
- Vermeren, Patrice. “La Filosofía, el Estado y la Revolución”. *Ideas y Valores*, Vol. 44, N° 98-99, 1995, pp. 89-112.
- Vermeren, Patrice. “Le remords de l’éclectisme, précurseur de la synthèse de la philosophie et de la révolution? Pierre Leroux, Proudhon et Ferrari lecteurs de Jouffroy”. *Corpus*, N°33, diciembre de 1997, pp. 5-31.
- Vermeren, Patrice. *Victor Cousin. EL juego filosófico entre la filosofía y el Estado*. Rosario, Homo Sapiens, 2009.
- Viard, Jacques. “Pierre Leroux contre les Utopistes”. *Nineteenth-Century French Studies*. Vol. 19, N° 4, 1991, pp. 541-553.
- Vicuña, Pedro Félix. *Cartas sobre Bancos: recopiladas de las que ha insertado el Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845.
- Vicuña, Pedro Félix. *El porvenir del hombre*. Santiago de Chile, Biblioteca Nacional-Pontificia Universidad Católica de Chile-Cámara Chilena de la Construcción, 2010.
- Villacañas, José Luis, Oncina, Faustino. “Introducción”, en Koselleck, Reinhardt, Gadamer, Hans-Georg. *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1997, pp. 10-20.

- Villanueva, Javier. “El desarrollo económico en Juan Bautista Alberdi”. Documento de Trabajo N° 30- Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, mayo de 2009. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/el-desarrollo-economico-en-juan-bautista-alberdi.pdf>
- Vitelli, Guillermo. “Las seis convertibilidades de la moneda argentina: la reiteración de una misma historia”. *Ciclos*. Año XIV Vol. XIV, N° 28, 2° semestre de 2004, pp. 31-64.
- Wasserman, Fabio. “La Generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. Tercera serie, N° 15, 1° semestre de 1997, pp. 7-34.
- Wasserman, Fabio. *Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837*. Cuadernos Del Instituto Ravignani N° 11, 1998.
- Wasserman, Fabio. “Liberal-Liberalismo”. En Fernández Sebastián, Javier (dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*. Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009.
- Wasserman, Fabio. “Entre la moral y la política. Las transformaciones conceptuales de liberal en el Río de la Plata (1780-1850)”. En Fernández Sebastián, Javier (coord.) *La aurora de la libertad. Los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano*. Madrid, Marcial Pons, 2012, pp. 37-73.
- Wasserman, Fabio. “Experiencias de tiempo y cambio conceptual en el proceso revolucionario rioplatense (1780-1840)”. *e-latina*, Vol. 14, N° 54, enero-marzo de 2016, pp.3-20. Disponible en: <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/1576>
- Weber, Max. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, FCE, 1974.
- Weber, Max. “La política como profesión”, en *El político y el científico*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Weinberg, Félix. *El salón literario de 1837*. Buenos Aires, Hachette, 1958.
- Weinberg, Gregorio. “Estudio preliminar” (1975). En Fraguero, Mariano. *Cuestiones Argentinas y Organización del Crédito*. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976.

- Wendler, Eugen. *Friedrich List (1789-1846) A Visionary Economist with Social Responsibility*. Springer-Verlag Berlin Heidelberg, 2015.
- Wright, Julian, y Jones, Hugh. "A Pluralist History of France?". En Wright, Julian y Jones, Hugh S. (eds.). *Pluralism and the Idea of the Republic in France*. Londres, Palgrave Macmillan, 2012.
- Yurman, Rogelio Pablo. *Nación y Confederación. Rosas y el Pacto Federal de 1831*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2014.
- Zeitler, Elías. "Un problema de sofismas. Los orígenes de la Nación Argentina y sus antinomias." *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, Vol. 2, N° 2, 2015, pp. 120-144.
- Zerméño Padilla, Guillermo. "Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850". En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*. Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, pp. 551-579.
- Zimmermann, Eduardo. "La formación de abogados y jueces en la Organización Nacional: Argentina, 1860-1880". Presentado en el Workshop "The History of Justice in Nineteenth-century Latin America", Institute of Latin American Studies, University of London, 24 de mayo de 1996.
- Zimmermann, Eduardo. "Liberalismo y conservadurismo en el pensamiento político de Juan B. Alberdi". En Quattrocch-Woisson, Diane, *Alberdi et l'indépendance argentine. La forcé de la pensée et de l'écriture*. Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2011.
- Zimmermann, Eduardo. "Constitucionalismo, historia del derecho e historia política: ¿El retorno de una tradición historiográfica?". *Polhis. Boletín Bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, Año 5, N° 10, segundo semestre de 2012.
- Zimmermann, Eduardo. "Translations of the «American Model» in nineteenth century Argentina: Constitutional culture as a global legal entanglement". *Entanglements in Legal History: Conceptual Approaches*, Vol. 1, 2014, pp. 385-425.
- Zinny, Antonio. *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta la fecha, precedida de la cronología de los adelantados, gobernadores y virreyes del*

Rio de La Plata, desde 1535 hasta 1810. Vol. II. Buenos Aires, Administración General Vaccaro, 1920.

- Zorraquín Becú, Ricardo. *El federalismo argentino*. Buenos Aires, La Facultad, 1953.
- Zubizarreta, Ignacio. “La intrincada relación del unitarismo con los sectores populares, 1820-1829”. *Quinto Sol*, Vol. 15, Nº1, 2011, pp.1-27. Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/quisol/v15n1/v15n1a02.pdf>
- Zouache, Abdallah. “Institutions and Development in Saint-Simonian Political Economy”. En *Economic Thought and Institutional Change in France and Italy, 1789–1914*. Springer, Cham, 2017, pp. 167-175.
- Zubizarreta, Ignacio. *Los Unitarios: faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852*. Tesis Doctorado en Historia, Universidad Libre de Berlín, 2011.
- Zubizarreta, Ignacio. “Las logias antirrosistas: análisis sobre dos agrupaciones secretas que intentaron derrocar a Juan Manuel de Rosas, 1835-1840”. *Historia Crítica*, Nº55, 2015. <http://www.redalyc.org/pdf/811/81135390003.pdf>
- Zúñiga Urbina, Francisco. “Constitución conservadora chilena de 1833 y la visión crítica de Alberdi”. *Revista de Derecho Político*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Nº 78, mayo-diciembre 2010.
- Zuviria, José María. *Los Constituyentes de 1853*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1889.
- Zweig, Ferdinand. *Economic ideas. A history on historical perspective*. New York, Prentice-Hall, 1950.

Fuentes documentales

- *Archivo Americano y Prensa del Mundo*, Nº 25. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, julio de 1851.
- *Archivo del doctor Gregorio Funes, deán de la santa iglesia Catedral de Córdoba*, T. III. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 1949.
- *Constituciones Políticas de la República de Chile 1810-2015*. Disponible en <https://www.interior.gob.cl/media/2014/04/Constituciones1810-2015>

- *Registro Nacional*, N°2, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 8 de febrero de 1826.
- *Registro Nacional*, N°4, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 2 de junio de 1826.
- *Registro Nacional*, N°9, Libro 2. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 2 de junio de 1826.
- *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires*. N° 3, Libro Decimoprimer. Buenos Aires, Marzo de 1832.
- *El Argos de Buenos Aires* (1821-1825).
- *El Centinela* (1822-1823).
- *El Crepúsculo. Periódico científico y literario*. N° 2, T. 2, Santiago, 1° de junio de 1844
- *El Nacional* (1825-1826).
- *La abeja argentina* (1822-1823), N° 1 y 2, 15 de abril y 15 de mayo de 1822.
- *La Barra. Diario político y cultural*. Año 1, N° 32, 11 de julio de 1850, Santiago de Chile.
- *Recopilación de las Leyes y Decretos promulgados en Buenos Aires, desde el 25 de Mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.
- *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, N° 1. Buenos Aires, septiembre de 1821.
- *Registro Nacional de la República Argentina*. Tomo I, II y V (1851-1855). Buenos Aires. Imprenta del Orden, 1863.
- *Revista de Santiago*. Tomo sexto y séptimo, octubre-diciembre de 1850 y diciembre 1850 a abril 1851.
- Enmiendas a la Constitución de los Estados Unidos. Disponible en: <https://www.archives.gov/founding-docs/bill-of-rights-transcript>.